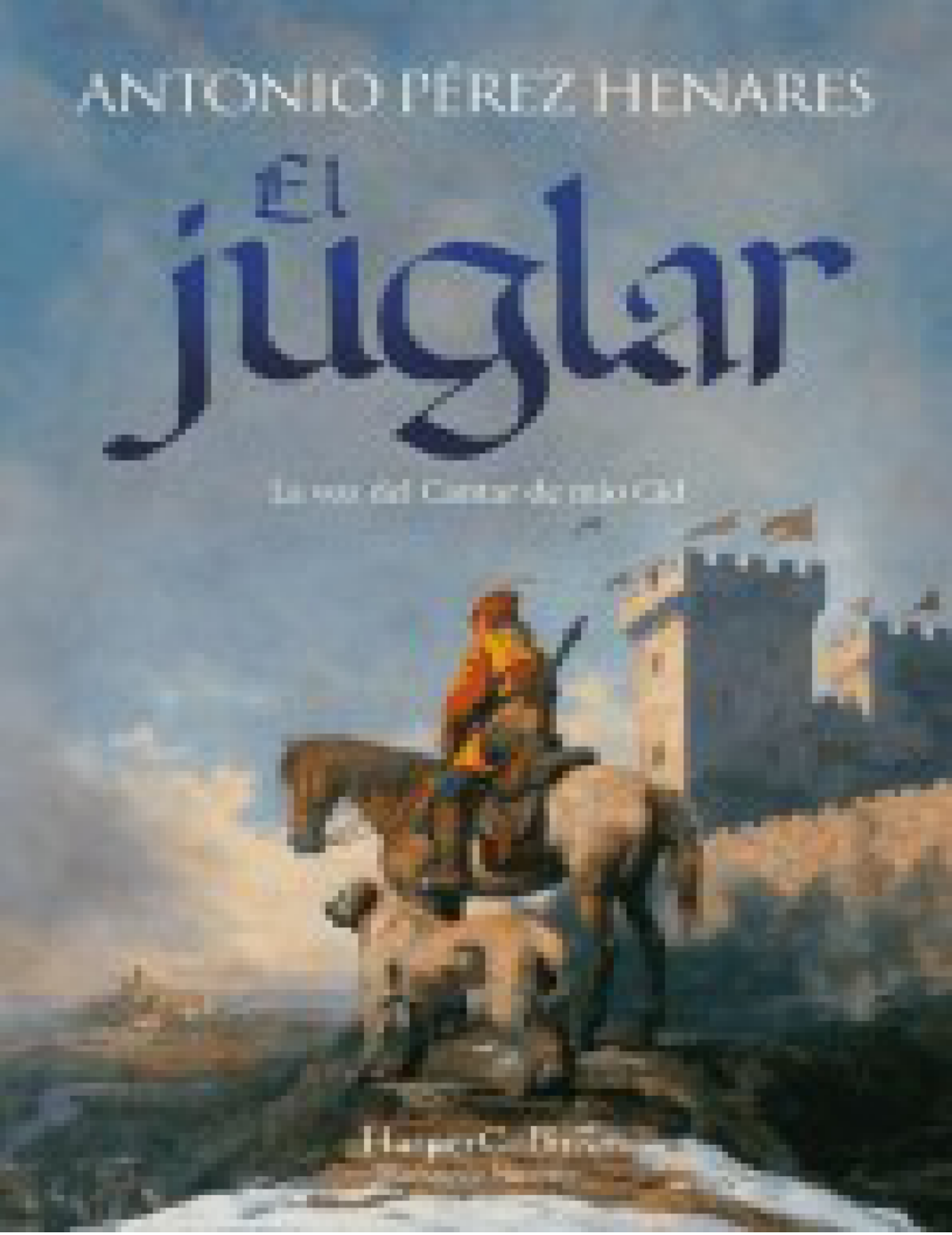
ANTONIO PÉREZ HENARES

El juglar

La voz del Cantar de mío Cid



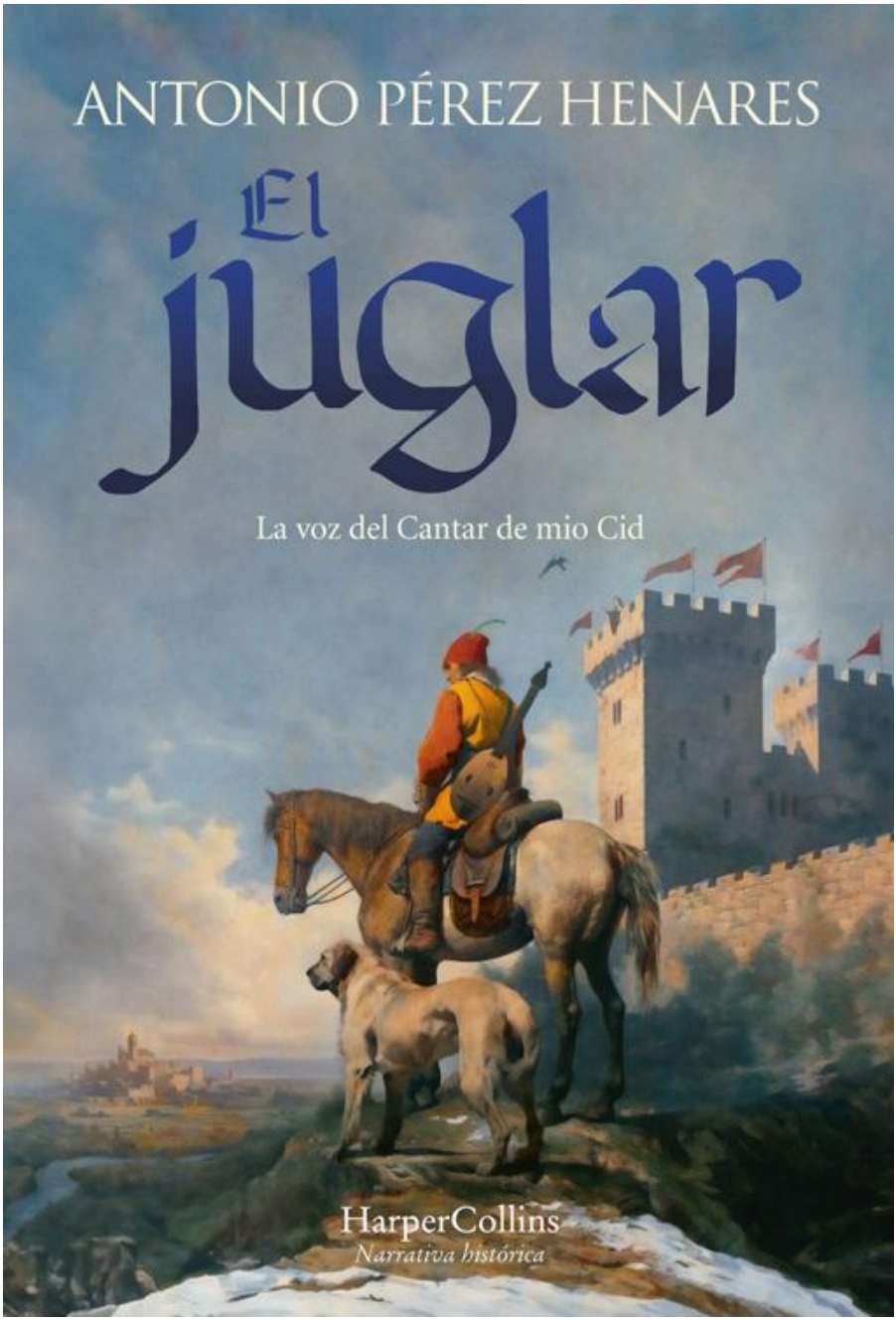
HarperCollins

ANTONIO PÉREZ HENARES
El
juglar
La voz del Cantar de mío Cid
HarperCollins

ANTONIO PÉREZ HENARES

El juglar

La voz del Cantar de mio Cid



HarperCollins

Narrativa histórica

ANTONIO PÉREZ HENARES

El juglar

La voz del Cantar de mio Cid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

El juglar. La voz del Cantar de mio Cid © Antonio Pérez Henares, 2024

© Para la cronología, Plácido Ballesteros © 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®

I.S.B.N.: 9788419883445

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Dedicatoria

Libro I. El abuelo Pedro

1. El mozo de Cardeña

2. El último peón

3. El primer botín

4. El bautismo de sangre

5. Embrazaron las adargas

6. El caballo ganado

7. Zaragoza de los hudíes

8. El sueño roto

9. La vuelta de la voz

10. El regreso del lisiado

11. Los cazurros

12. El hijo, los monjes y la ciega

13. La muerte de Minaya

Libro II. Padre

14. Aprendizajes y coyundas

15. Un encuentro real

16. El hijo de la cruzada

17. Camino de Occitania

18. Aalis

19. El arrebato del juglar

20. Del amor a la batalla

21. De la guerra a la pasión

22. El abandono

23. El regreso

24. El cortejo de los juglares

25. El desfile de los reyes

26. La consejera del emperador

27. La hija del halconero

28. A las orillas del Duero

29. Las juglaresas de la reina Berenguela

30. La peregrinación del moro Alí

31. El último de los Banu Hud

32. El romance de Almería

33. En la corte del Rey Lobo

34. Sonreía cuando expiró

Libro III. Yo, Per Abbat

35. Soledades

36. Despertares

37. Retozos

38. El Cantar en Molina

39. Huida

40. Matar

41. Rumbo

42. Entre Castros y Laras

43. El mejor amigo

44. La fuga de Soria

45. El mastín que me salvó la vida

46. Regreso y perdón

47. Don Nuño

48. La victoria de los Lara

49. La boda de la normanda

50. En la corte del rey Trovador

51. Ante el califa almohade

52. La corte de Alfonso y Leonor de Castilla

53. La señora de Castrojeriz

54. Hacia la Gascuña sin amor

55. Tal dona no quiero servir

56. Cuando el amor nos alcanzó

57. La renuncia

58. Santa María de Huerta

59. Peregrino

60. El juglar de Berceo

61. Yo, Pero el Abbat, don Pedro, el conde, el rey Alfonso y el Cantar

62. El perdón de Dios

Epílogo

Cronología

Notas

Si te ha gustado este libro…

A Jesús Pérez Gómez, mi primo por los dos lados, pero aún más amigo fraternal, que me ha acompañado y compartido rutas y descubiertas por los paisajes y escenarios de esta novela y de aquellos juglares de ayer.

LIBRO I

El abuelo Pedro

1

El mozo de Cardeña

He contado, cantado y escrito de muchos. De reyes y de grandes guerreros, de condes y obispos y de damas. De tantos, de los de a caballo y de los de a pie, a los que alcancé a conocer y de cuyas hazañas supe y de sus cuitas también. Quise al hacerlo que las gentes supieran de ellos y quedaran en sus memorias, si no para la eternidad, que ella es patrimonio único de Dios, sí hasta que suenen en este mundo las trompetas del juicio final.

Pero nada nunca dije de mí, ni mi nombre en lugar alguno figura, ni nadie sabría nunca quién fui. Por ello hoy, al concluir la última de estas páginas a las que he dedicado los últimos años de mi vida, que ya siento concluir, he querido anotar mi nombre, quién y qué soy, y el mes, el de mayo, y el año, 1207, en que lo concluí.

Tuve un hijo y sé dónde vive y está, pero yo no debo verlo y él no puede, ni deberá jamás, saber de mí.

Soy ahora monje, y desde tantos años hace, que hasta llegué a ser abad. Pero antes, y durante otros tantos, fui juglar, que no son caminos, aunque así se crea, tan separados, pues ambos cantan y cuentan, y en pecados, clerecía y juglaresca van a la par. Vivo ahora en un monasterio y mis piernas apenas si me sostienen en pie, pero fueron fuertes y de mucho caminar, que es lo propio para quienes tuvimos aquel oficio de no posar nunca demasiado en ningún lugar.

El primero en el oficio fue mi abuelo, por quien me pusieron el nombre, después de ser soldado y haberlo de abandonar por dejarle seco un brazo la lanza de un catalán. Padre se crio con clérigos, pero también acabó siendo un hombre de caminos y de andar por aldeas, ferias y burgos, y hasta llegó a castillos, e incluso a la corte de un rey emperador. Con monjes de niño me crie yo también, y como él elegí luego la fabla y el cantar como manera de sustento, y por lo que colegí entonces, por mejor y más alegre vivir. Pero acabé a la postre, por mis mortales pecados, penitente y arrepentido, para buscar sosiego y sobre

todo para preservar lo que más quise y quiero, por retornar al convento y al redil.

El abuelo decía los versos aprendidos de memoria, padre ya supo leer y escribir, y yo, por gracia del Altísimo, hoy hago de ello mi mayor dedicación. Para loarlo primero y ante todo a él, pero también a los hombres que hacen cuanto pueden y deben para engrandecer su reino en la tierra.

Por los caminos anduve en muchas compañías de toda condición, pelaje y jaez, pero siempre tuve la leal cercanía de mis mastines. Uno tuve extremeño y los demás de León, que son estos buenos perros, lo mejor y más leal de lo que nace por allí. Uno me lo mataron y otro me lo malhirieron tanto que hube de matarlo después, para despenarlo, yo. Todos los demás llegaron a viejos y este, que está ahora tumbado a mis pies mientras la pluma entinta la piel del pergamino, verá, si Dios lo quiere, cómo me entierran a mí.

Ya no tengo perrigalgos, lebreles como el de mi abuelo Pedro y hasta de su misma raza y simiente, a los que también tuve afición hasta que, hace ya mucho, me detuve aquí, pero a los que bien recuerdo, pues me dieron de comer en más de una ocasión, más que yo a ellos, ellos a mí. Hoy de la pitanza, gracias sean dadas a Dios, también me he vuelto más frugal y no he de ocuparme en demasía. Mis hermanos del monasterio cuidan de mí.

El abuelo perdió el uso del brazo, aunque mantuvo caballo hasta que se murió. Padre comenzó en asno, pero en mejor caballería no tardó tampoco en montar, igual que me pasó a mí, que alterné unos con otros y con el pie tras otro pie cuando las cosas vinieron mal. De abad ya tuve mula, y blanca, además, pero ahora me conformo con poderme sostener sobre mis piernas, que, por fortuna, y pese a dolores y crujidos, aún me aguantan y no del todo mal, aunque los días que barruntan frío bastante peor.

Pero ya ven que al menor descuido me pierdo por trochas y recuerdos y dejo la senda principal a la que debo, de inmediato, retornar.

Comienza en aquel abuelo al que no alcancé a conocer y que era, ¿cómo no iba a serlo?, según mi padre me transmitió, aun medio manco, valiente, además de fuerte y leal. Padre lo quiso y yo sin conocerlo, por lo mucho que de él me contó, quizá aún lo quise más.

Padre no supo decirme con seguridad si el abuelo había nacido en Vivar, aunque la familia sí era de allí, y de muy chico fue al

monasterio de Cardeña, donde se crio y donde se recordaba a sí mismo por primera vez. Hijo de sirvientes de los monjes y sirviente él también al poco de echar a andar y romper a hablar, en cuanto pudo sostener en las manos algo con que llevar, traer y cavar.

El abuelo Pedro fue, desde que nació, un niño robusto; de mozo, un chopo bien plantado, y de hombre, un roble duro y cuajado. Desde chico ninguno de los de su edad se metía con él, y los más mayores y de peor intención solo lo hicieron una vez, y aunque alguno se le impuso por demasiada diferencia de años y fuerzas, supo que a la siguiente iba a perder y prefirió no probar más. Él no buscó nunca pendencia, pero tampoco la rehuyó y tuvo siempre un impulso de proteger a los más infelices y débiles, pues si algo le revolvía las tripas era el abuso con quien no se podía valer.

Aunque lo suyo era, y lo fue unos cuantos años, el andar con los bueyes por los labrantíos, con el azadón por las viñas y con el hacha por los chaparrales, gustaba de ver las armas y a quienes las llevaban. Por Cardeña pasaban infanzones, caballeros y escuderos y hasta condes alguna vez. Y entre todos los recuerdos de aquellos tiempos, guardaba uno que resistió más que ninguno al olvido. Pegado a la saya de su madre, vio a un rey, don Fernando, el primero de Castilla con su comitiva de nobles señores, damas y sirvientes, que hasta los últimos, por los vestidos y aires que se daban, le parecieron todos del mayor rango y condición. Pararon en el monasterio y posaron una noche allí. Y desde aquel día mi abuelo quiso tener una lanza, una espada, un escudo y un caballo para ir montado en él. Le costó mucho el conseguirlo y le duró poco el brazo para poder seguir en el oficio.

Ya siendo algunos años mayor, y muerto a nada de su visita aquel rey Fernando, partido el reino y peleados sus hijos por ello, empezó a mentarse mucho por Cardeña a un paisano suyo de Vivar. Un tal Rodrigo Díaz, que había hecho tan buenos servicios al hijo mayor, el rey Sancho, el segundo, que había llegado a ser alférez real. Andaba él por los doce años o así cuando pudo ver a Rodrigo por primera vez, aunque antes ya había asomado en varias ocasiones por allí. Iba en compañía de otro joven caballero con el que parecía en muy buena disposición y amistad. Iban riendo los dos y tenían por qué de estar alegres según pudo enterarse después, pues habían sido quienes volcaron a favor de Castilla la batalla contra los leoneses en Golpejera y cogido preso a su rey, un Alfonso, el sexto de ese nombre y reino, que allí lo perdió.

Aquella noche Pedro logró escabullirse de casa y alrededor de una lumbre se pudo enterar de quién era el otro que le acompañaba. Álvar

Fáñez, le dijeron, de los infanzones de Orbaneja del Castillo, de por las orillas altas del Ebro. Sobre qué se tocaban Rodrigo y él, hubo su discusión. Eran familia, eso seguro; unos decían que primos hermanos, pero otro, que era de los que más trato y entrada tenía con los frailes y andaba más por el convento, deslizaba que eran aún más, que eran hermanastros, pero no supo dar cuenta de si por parte de padre o de madre. Le restregaron aquello para quitarle razón, pero el otro no se amilanó.

—Pues si no son lo que digo, ¿por qué Rodrigo le llama, como bien se puede comprobar y bien alto lo dice, Minaya?

—¿Y qué? —le replicó el que le llevaba la contraria.

—Pues en várdulo eso es llamarle hermano. Para que te enteres de una vez[1] —remató el defensor de su hermandad.

Aquella fue la primera vez que el abuelo Pedro vio juntos a Rodrigo y a Minaya. Tardaría después años en volverlos a ver, pues a poco tiempos turbulentos sacudieron Castilla: la traicionera muerte del rey Sancho ante los muros de Zamora, el regreso de su hermano Alfonso desde Toledo, donde se había acogido, y la nueva reunificación de los reinos en su persona. Los castellanos acataron el poder de Alfonso, tras jurar él su inocencia a instancias de Rodrigo, ya para entonces conocido como Cid y Campeador.

Ambos, primos o hermanastros, se mantuvieron al lado del nuevo rey y casaron bien. El de Vivar con doña Jimena, hija de un conde astur y con sangres de reyes, y Minaya con doña Mayor, hija del Ansúrez, el magnate más cercano a don Alfonso, a quien había acompañado en su exilio en el Toledo del moro Al Mamún. No tuvo ya Rodrigo la preeminencia que tuvo al lado de Sancho, pero mal con Alfonso no le fue hasta que pasó aquello por tierras musulmanas con García Ordóñez. El conde retornó a la corte derrotado y humillado por el burgalés y por siempre ya lo malquiso y no buscó sino su perdición. Su cercanía al monarca y su rango superior hicieron que sus insidias pesaran más que las razones del Cid, un simple infanzón, por mucho que en batalla le superara en destreza y en valor.

El abuelo Pedro, para entonces ya alcanzada la veintena, de todos aquellos vericuetos apenas si alcanzaba a saber lo poco que un mozo de arado podía escuchar aquí y allá de otros más o menos como él. Pero sí estaba y hasta la muerte, si hubiera que estar, con su paisano

de Vivar, al que tenía como ejemplo y hasta como devoción. Por ello, y a pesar de no tener ni maestro ni quien le pudiera enseñar, se había ido haciendo con algún arma y adiestrándose en lo que se podía adiestrar él solo, o todo lo más con un viejo peón que había participado en alguna expedición guerrera y había logrado volver vivo del encuentro.

El mozo aprendió a manejar el hacha con increíble potencia y habilidad. Había conseguido la cabeza de hierro de una y él mismo le había acoplado un mango de nogal y la había afianzado con remaches y sujeciones hasta hacerla un arma mortífera si se la sabía manejar. Fuerza le sobraba y la destreza la consiguió a base de mucho ejercitarse con ella y practicar. No tenía espada ni lanza, ni escudo y mucho menos una inalcanzable cota de malla, pero también manejaba con mucha soltura un largo bastón de madera de avellano, desbastado, pulido y bien enderezado por sus propias manos, con el que era capaz de poner patas arriba a todo aquel que se atrevía a medirse con él, fuera de un golpe en la cabeza o en un costado o barriéndole una pierna y haciéndolo caer como un saco.

Se afanaba en ser diestro por su cuenta y a su manera, y cuando podía observaba los entrenamientos de algún caballero o de los escuderos para aprender de sus movimientos, maneras y modos. Todo en la insensata esperanza, que en no pocos momentos se convertía en desesperación, de que apareciese la posibilidad de alcanzar su quimera: abandonar el monasterio y su servidumbre en él y lograr su sueño de cabalgar en una mesnada. Incluso en la de aquel adalid a quien tanto admiraba y a quien solo había podido volver a ver, y no de cerca, en contada ocasión, como cuando vino con su hijo Diego, un niño aún, pero algo mayor que las dos niñas, a las que también vislumbró al lado de su madre, la hermosa Jimena, con motivo de la visita al abad don Sancho, con quien Rodrigo tenía una gran amistad y a cuyo monasterio no dejaba de hacer dádivas y favores.

Fue aquello no mucho después de que las intrigas de García Ordóñez dieran fruto, logrando enojar al rey contra Rodrigo. Que no le fue muy difícil, pues, aunque no lo había demostrado desde la jura de Santa Gadea, se la tenía guardada y la chispa acabó en fuego, el enojo en furor y este en un destierro para el Campeador.

Cuando al abuelo Pedro se le presentó la ocasión no la desaprovechó. Sintió que era llegado su momento y que haría lo que fuera, hasta poner en peligro su vida, para formar parte de aquella mesnada que partiría al destierro con él.

[1] «Mi», unido a «anai», que significa «hermano» en euskera, que era a su vez igual o lengua hermana también del várdulo del norte del actual Burgos, componían el apodo completo de Minaya: mi hermano. El condado primigenio de Castilla se enclavó y tuvo una gran raíz vascona. El abuelo de Rodrigo fue alcaide del castillo de Amaya. La utilización de palabras en esa lengua era habitual y algunas incluso acabaron pasando a la lengua castellana de hoy. Por ejemplo, «izquierda» de «ezkerra».

2

El último peón

El abuelo Pedro tendría por siempre en su memoria aquel momento antes del amanecer, con las campanas del monasterio tocando a maitines, cuando vio llegar a la mesnada cidiana con Rodrigo y Minaya cabalgando al frente y más de doscientos pendones detrás.

—Ya vienen, ya viene, ¡ya está viniendo el Cid! —se oyó gritar, y todos dejaron lo que estaban haciendo para irlo a recibir.

Fue él uno de los primeros en llegar a la puerta principal para poder estar lo más cerca posible del Campeador. Cantaban los gallos y empezaba a romper el alba cuando Rodrigo llegó.

En los días anteriores se habían ido sucediendo las nuevas. De cómo el conde le acusaba por atacarle cuando el atacado en principio había sido él, pues se encontraba en Sevilla cobrando las parias al rey Al Mutamid, cuando García Ordóñez hacía lo propio en Granada y con sus tropas y las del zirí se lanzó contra el sevillano. El Cid se vio en la obligación de defenderlo, pues para eso pagaba al rey Alfonso, y lo derrotó y cogió prisionero. Generosamente lo liberó y entonces el otro, despechado y vengativo, corrió a la corte a formar causa. La más grave imputación fue que el rey poeta sevillano le había dado al Cid para su propio pecunio, al margen de las parias, una importante suma y valiosos regalos. El rey acabó creyendo al conde y desterró al de Vivar.

Se supo cómo había sido su salida de Vivar y cómo no ocultó sus lágrimas al abandonar sus casas y verlas vacías al tornar la vista atrás. Ello había sido muy comentado, al igual que su llegada a Burgos, donde se encontró, por orden del rey Alfonso y bajo pena de muerte, con todas las puertas cerradas, sin posada en la que poder alojarse y sin cosa ni alimento alguno que pudiera comprar ni para él ni para los que le acompañaban.

Llegaron también las palabras que tuvo con la niña que salió a decirle

que no era aquello por falta de cariño, sino por temor al castigo real, y cómo Rodrigo, no queriendo causarles ningún mal, tras llegarse a rezar a Santa María, salió de Burgos por la puerta situada frente a la iglesia y cruzando el Arlanzón hizo levantar las tiendas en el arenal que había al otro lado.

—Lo vi con mis propios ojos, cómo hasta allí no dejaron de ir gentes de armas. Si al atardecer eran apenas veinte a caballo, eran ya más de cien las lanzas que le seguían al siguiente amanecer.

Esto lo relató un arriero que había llegado el día anterior y que concluyó contando que un rico burgalés, Martín Antolínez, había traído de su propia casa todo lo que tenía para que la mesnada pudiera comer y consiguió después con un engaño que los judíos le prestaran los dineros necesarios para irse abasteciendo en el viaje de salida de Castilla, pues tenían un breve plazo, a punto de cumplirse, para abandonar el reino, y de no hacerlo cualquiera estaría autorizado a matar a Rodrigo.

Todos en Cardeña sabían que habría de pasar por allí, pues días antes habían llegado su mujer y sus hijos, que iban a quedarse en el monasterio bajo la protección del sagrado lugar y del abad Sancho. Fueron quienes primero salieron a su encuentro, Jimena, cogiendo de la mano a Diego, que ya se sostenía sobre sus piernas, y las dos niñas llevadas en brazos por sus ayas, y ante ellos Rodrigo desmontó, haciendo reverencia al abad, abrazando luego a Jimena y besando a sus tres hijos después. Y de nuevo, el fiero guerrero, al cogerlas en alto y estrecharlas contra su pecho, a la vista de todos, volvió a llorar y las lágrimas bajaron desde sus ojos hasta su bien poblada barba.

Entró luego la familia para rezar en la iglesia y platicar el Cid con el abad los asuntos que habían de tratar. Mientras, fuera, Minaya dio orden de acampar, pero levantando tan solo algunas tiendas, y de preparar de comer para los hombres y las caballerías.

El abuelo Pedro no pudo, como deseaba y había preparado toda aquella noche, que pasó en vela y sin pegar ojo, hablar con el de Vivar. Esperó ante el monasterio, y como el Cid no salía, al fin se decidió y se dirigió al campamento, donde buscó y encontró la tienda de Álvar Fáñez. Y, sin titubear, lo abordó:

—Don Álvar, os ruego me escuchéis. Me llamo Pedro, soy nacido en Vivar, y trabajo aquí en el monasterio, al igual que mis padres. Soy fuerte, resistiré todo lo que sea menester resistir y os suplico que le pidáis a Rodrigo que me permita unirme a vosotros.

Minaya lo miró con gesto serio, y aquella mirada de halcón en su afilada cara imponía respeto. Pedro se la mantuvo sin reto, pero con entereza.

—Eres, entonces, un siervo.

—Hijo de un siervo soy, señor. Por ello os hablo. Para que pidáis a don Rodrigo y ambos al abad que me dé su permiso para poder partir con vos. No quiero huir ni ser un fugitivo, pero deseo con toda mi alma poder formar parte de la mesnada.

Iba Minaya a denegar con la cabeza, pero algo en el joven hizo que contuviera el gesto y quiso saber algo más.

—¿Qué sabes hacer? —le preguntó.

—Sé montar, pero caballo no tengo, y sé manejar el hacha. Tengo una, buena y bien afilada, y con mi bastón puedo derribar a un hombre y hasta a dos. No sé blandir ni he blandido nunca una espada y menos aún una lanza, pero aprenderé cuando consiga alguna de un enemigo abatido. Puedo caminar, no temo a la marcha más larga ni a la fatiga peor, ni me arredran el calor ni las tormentas. Seguiré a pie el paso de la mesnada, en la que veo que hay algunos peones también. No me quedaré atrás ni haré queja de ningún trabajo o faena que se me encargue, haré cuantas labores sea preciso en el campamento, traeré leña y agua, cuidaré de las bestias y me ganaré mi pan. Además, tengo un buen lebrel y cazará para mí y hasta proveerá para algunos pucheros más. Soy fuerte, mi señor, puede preguntar a los monjes y hasta al propio abad, y soy buen cristiano, temeroso de Dios y de la Virgen devoto.

Iba a seguir, pero Álvar, con un ademán de su mano diestra, lo hizo callar. Volvió a mirarlo de arriba abajo y al cabo le ordenó:

—Ve por el hacha y tu palo y vuelve raudo aquí.

Él salió corriendo y volvió a todavía mayor velocidad.

Con otro gesto, el Fáñez lo conminó a seguirlo hasta un claro de un bosquete cercano. Allí se plantó frente a él, desenvainó su espada y le dijo:

—Atácame.

Lo intentó primero Pedro, dejando el hacha en el suelo, con su largo y fuerte bastón. Se fue hacia él haciendo molinetes, que Álvar esquivó

con una inclinación y un salto hacia atrás, seguido de inmediato de otro, velocísimo, hacia adelante, y, en menos de lo que tardó el joven en parpadear, le tenía puesta la espada en el pecho.

—En combate estarías muerto ya —le espetó—. Inténtalo ahora con el hacha.

No le fue mejor, sino peor aún. Fue Álvar ahora quien comenzó a hacer molinetes y a asestarle mandobles con lo plano de su arma, moliéndole brazos, costillas, y al final haciéndole caer al suelo de un golpe en la pierna para luego propinarle un último, sin saña, pero fuerte en la cabeza.

—Con el hacha, muchacho, sabrás cortar leña, pero combatir, no. No sobrevivirías a la primera lid.

—Aprenderé si alguien me quiere enseñar o mirando a los demás cómo lo hacen. Aprenderé o moriré intentándolo. Pero os lo ruego, mi señor, dejadme partir con vosotros. Pedid dispensa al abad. Hacedlo por caridad. Os lo suplico, por el Salvador.

No dejó de apreciar Álvar la tenacidad y decisión del joven, que efectivamente era fuerte y ágil. Hasta algún golpe le había conseguido parar, pero no quería darle ninguna esperanza en falso. Como mucho, accedió a presentar su súplica a Rodrigo.

—No me puedo negar a decírselo. Lo haré, pero también le diré que ahora no sirves ni como peón y que no has pasado la más mínima prueba. No nos demoraremos apenas aquí. Si yo no te mando llamar, no vengas a molestarme otra vez —concluyó.

El día lo pasó el abuelo en medio de la mayor zozobra, y su desaliento iba avanzando a cada hora que transcurría. Cerca del mediodía vio venir, con Martín Antolínez al frente, una nueva y potente tropa, de ciento quince montados. Habían seguido llegando a Burgos, a donde estuvo el campamento, y Antolínez, sabedor de que ello iba a suceder, se había quedado allí esperándolos. El Cid le había dicho que aquel día ya no haría noche en Cardeña, que debía ir a su encuentro. De los nueve días dados por el rey Alfonso para que saliera de Castilla, estaba cumpliéndose el sexto y solo quedaban tres para alcanzar la frontera con los moros, pues hacia allí había decidido dirigirse Rodrigo.

Pedro desesperó al ver que los recién llegados, tras besar la mano del Cid rindiéndole vasallaje, no procedieron a montar tienda alguna, y entendió que no tardarían todos en emprender la marcha. La zozobra se apoderó de él. Había visto cómo Álvar entraba en el monasterio y

quiso seguirle, pero un monje le llamó al orden y le hizo marcharse de allí y ponerse a trabajar al punto. Ya no lo vio, pues, salir, y las horas corrían sin que hubiera llamada alguna del medio hermano del Cid.

Tardaría mucho tiempo en saber, y no por boca de Fáñez, que este no solo transmitió su petición, sino que fue su mejor valedor, primero ante Rodrigo y luego ante el abad. Tanto y tan seriamente porfió (con Rodrigo no le costó demasiado, conocía a sus padres y su familia de Vivar, alguno de los suyos formaba ya parte de la tropa), que lo convenció y aceptó ir a proponérselo al abad don Sancho. Ello fue ya más difícil, pero al abad se le hacía muy cuesta arriba negarle algo a Rodrigo, aunque ello supusiera la pérdida de un mozo robusto y trabajador. Al final pareció avenirse, pero puso una astuta condición: que fuera el padre del mozo, ya entrado en edad, quien hubiera de dar su beneplácito y bendijera su decisión. Confiaba en que este dijera que no, y con ello solucionaría la cuestión sin tener que denegarle el favor a Rodrigo.

Pero ante su sorpresa el padre, tras mucho pensarlo y a pesar de las calladas lágrimas de la madre, dijo que sí. Y entonces al abad no le quedó ya otro remedio que otorgar tal favor.

Cuando un escudero vino a buscarlo al campo, ya al atardecer, donde había estado alzando un barbecho, ya casi del todo perdida la esperanza, no lo podía creer. Con el corazón saltándole en el pecho, le siguió hasta la tienda de Fáñez, que ya habían comenzado a desmontar.

El propio Minaya le dijo severo:

—Por ser paisano de Vivar y por benevolencia del abad, a quien por siempre habrás de estar agradecido, puedes unirte como peón a la mesnada. Serás el último y caminarás detrás de todos. Vete a coger lo que vayas a traer contigo y procura que sea poco, pues lo que traigas es con lo que tendrás que cargar. Ya te indicaré quién será desde ahora tu jefe más inmediato y al que en todo habrás de obedecer. Buscaremos manera de que alguien te instruya para que no te maten a la primera ocasión, aunque temo que no vivirás demasiado, muchacho. Esta noche ya dormirás aquí entre nosotros. Aún puedes pensártelo y volverte con los bueyes. Sería lo mejor para ti.

Al abuelo Pedro ni se le pasó aquella posibilidad por la cabeza. Marchó a despedirse de sus padres, de su hermano pequeño y de las dos hermanas mayores, y después pidió ver al abad don Sancho para que le perdonara y le diera su bendición. Cuando el monje hizo la

señal de la cruz, que recibió arrodillado, sobre su cabeza inclinada, no pudo ahogar un profundo suspiro y a paso vivo marchó a por su hatillo, sus pocos enseres, su hacha y su bastón a unirse a la mesnada del Cid. El lebrel iba trotando unos pasos por delante de él.

Llegado al campamento, se le asignó un lugar entre los peones, en una esquina y alejado de donde acampaban los más nombrados caballeros de la mesnada. Pero fue allí cuando por vez primera escuchó a Rodrigo dirigirse a toda su tropa para darle instrucciones, y como parte de ella, aunque fuera el más humilde, también a él. Se bebió sus palabras como si fuera el agua más fresca y el vino mejor y se le llenó de gozo el corazón.

El Cid convocó a todos, se hizo un silencio total y alzó su poderosa voz:

—Oíd, valientes varones, lo que os tengo que decir. Se cumplen ahora seis días de los nueve que el rey me ha dado de plazo para salir de Castilla. Tenemos mucho camino por delante, así que escuchad con atención lo que debéis hacer. Con el primer canto del gallo, levantad y preparaos para partir, y comenzad a ensillar y estad listos para cabalgar y caminar. Nuestro abad tocará a maitines y nos dirá la misa de la Trinidad. En cuanto concluya, montaremos y echaremos a andar.

Durmieron los veteranos aprovechando la noche, y hasta el joven Pedro aun pudo conciliar unas horas el sueño con su perro acurrucado junto a él. Fue llegando la mañana, y al segundo canto del gallo, los caballos ya tenían puestas las sillas. Tañeron presurosas las campanas, tocando a maitines cuando Rodrigo y Jimena entraban a la iglesia, y toda la mesnada los siguió. Doña Jimena se arrojó de bruces sobre las gradas del altar alabando a Dios, padre y creador del cielo y de la tierra, también del mar y las estrellas, y de la luna y el sol, y exclamó al final:

—En ti adoro y creo de corazón, y ruego a san Pedro que me ayude a implorarte para que guardes de todo mal a mi Cid Campeador, y aunque ahora hayamos de separarnos, nos concedas volver a juntarnos en esta vida.

Concluida su oración y el abad la misa, que ofició con rapidez, Rodrigo abrazó por una postrera vez a su mujer y sus hijos. Llorosa ella y mudo y con los ojos muy abiertos y fijos en su padre el pequeño Diego.

Montaron todos, también su adalid, pero no pudo evitar volver la

cabeza hacia los suyos, su mujer y sus hijos.

Entonces se oyó la voz de Minaya, que le decía:

—Mío Cid, nacido en buena hora, ¿qué se ha hecho de vuestro ánimo? Pensemos solo en aguijar y partamos sin más dilación. Ya se tornarán estos duelos en gozos, Dios nos dará su amparo. —Luego, acercando su caballo hasta donde estaba el abad, le dio una última instrucción—: Don Sancho, si sabéis de gente que quiera venir con nosotros, habréis de decirles que sigan nuestro rastro y aprieten el paso para alcanzarnos cuanto antes puedan, para llegar los más posibles juntos a tierra de moros.

Tañeron de nuevo las campanas de San Pedro, pero tocaron a clamor. Por toda Castilla se oyó su voz: se iba de su tierra Mío Cid Campeador.

Salieron. La larga hilera comenzó con viveza a moverse. No pararon apenas y consiguieron llegar ya aquella noche, tras hacer muchas leguas, hasta Espinazo del Can, donde se detuvieron a descansar. Durante la jornada muchos se siguieron uniendo a ellos, y por la noche continuaron llegando a sus hogueras nuevos hombres que habían decidido dejar sus tierras y casas y seguir al desterrado.

Pedro caminaba alegre, lleno de sueños y energía. El haber tragado todo el polvo del camino, pues fue él quien más que nadie lo sufrió al caminar el postrero, no le borró la sonrisa ni pareció acusar ninguna fatiga. Nada le pesaba ni dolía. Ni siquiera las burlas de algunos otros peones ni las miradas despectivas de los de a caballo, que apenas si se fijaron en él.

El abuelo Pedro, recordaba bien mi padre, pues el suyo muchas veces se lo repitió, se juramentó consigo mismo aquella noche, antes, esta vez sí, de quedar muy pronto rendido por el sueño, que día llegaría en el cual él fuera también montado.

3

El primer botín

Minaya era duro en el trato, más que Rodrigo, pero la tropa lo quería, y si al Cid lo reverenciaban, a él le guardaban el mayor de los respetos. Álvar era el que daba en vivo las órdenes y quien bregaba con ellos en los quehaceres cotidianos, aunque era costumbre de ambos el dar una vuelta juntos por la noche recorriendo el campamento y parándose en los pequeños corros, saludando a este y a aquel. Conocían el nombre de cada cual, y si no sabían todavía el de algunos de los recién venidos (ese mismo día habían llegado y seguían llegando a las hogueras bastantes más), no tardarían en hacerlo pronto también. Además, un buen puñado de ellos eran deudos y familia de ambos, incluso directa, como los sobrinos del Cid Félez Muñoz y Pedro Bermúdez, el impetuoso joven que llevaba su seña.

La primera noche del abuelo Pedro como peón de mesnada, al pasar haciendo su ronda, Fáñez se dirigió al Cid, mostrándoselo al otro:

—Mira, Rodrigo, este es el mozo del monasterio al que el abad permitió venir. Se llama Pedro y fue nacido en Vivar, aunque apenas si vivió allí.

Se levantó el aludido como si le hubiera picado un escorpión, y muy azorado no alcanzó sino a hacer un gesto de deferencia hacia el Campeador.

—Sé de qué familia eres, muchacho. Acuéstate y descansa, que mañana aún será más dura la jornada. —Echó una mirada al lebrel que dormitaba a su lado y había levantado la cabeza, y observó—: Parece que tiene trazas de buen cazador.

—Lo es, mi señor don Rodrigo —se le animó la lengua al aprendiz de guerrero—, hoy mismo ha cogido una media liebre, que se arrancó al pasar una caballería y casi pisarla en la cama donde estaba achantada.

—Ojalá hubiera podido yo traer a mi azor. Pero no es tiempo de llevar en el puño sino la espada o la lanza. El perro no viene mal.

Se alejaron ambos y Pedro aún alcanzó a oír la voz de Minaya:

—Más que el nombre comparten Bermúdez y este mozallón. Ímpetu les sobra a los dos y hasta puede que de este salga un buen lidiador, pero tiene todo que aprender y desbastar.

Tenía buen oído el abuelo Pedro, y al escuchar aquello se le quedó una sonrisa bobalicona en la cara hasta que se durmió.

Faltaban solo dos días para la fecha obligada para estar fuera de Castilla. Había que apretar la marcha. Antes del amanecer ya habían recogido el campamento y, sin salir aún el sol, ya estaban quienes lo tenían, que eran casi todos, a caballo. Tirando por la izquierda de la bien almenada Gormaz, pasaron luego por Alcubilla, para irse por la calzada de Quinea a cruzar el Duero por Navapalos y acabar por rendir jornada en Figueruela. Durante el camino, más caballeros y peones se les siguieron uniendo.

—Mañana ya saldremos de Castilla y entraremos en tierra de moros —le comentó a Pedro uno de los nuevos, que era de aquellos lugares—. Detrás de aquella sierra que se ve allá, ya están.

El paso de la sierra lo conocían bien tanto Álvar como Rodrigo. No era la primera vez que habían usado aquel puerto al que se dirigían para caer sobre el territorio musulmán, más de una algara habían hecho los dos en collera por allí, y no necesitaban guía. Sabían muy bien en qué lugar de la sierra de Miedes iban a posar y llegaron a él antes de que se pusiera el sol. Desde allí se divisaban las altas torres de Atienza, la primera y poderosa fortaleza en poder de los moros, y el Cid quiso contar a cuantos venían con él.

Sin sumar a los peones llegaban a trescientas las lanzas, cada cual con su pendón.

Se dirigió a todos, a los de caballo como los de a pie:

—Como hombres valientes que sois, que a todos os salve el Creador. Echad cebada a las bestias y comed algo vosotros también. Pero no vamos a hacer posada aquí, sino tan solo hasta que caiga la oscuridad. Pasaremos esta noche la sierra, que es escabrosa y empinada y nos costará fatiga, pero hay senda y la conseguiremos cruzar sin que nos vean desde esas altas torres que tiene la Peña Fort y que los moros han. Esta noche dejaremos, antes de que se cumpla el plazo, las tierras del rey.

Desde Miedes bajaron, dejando a su izquierda las torres de Atienza, al

amparo de barrancas, por trochas de jabalís, hasta dar con un río, el Cañamares. Siguiendo penosamente su curso, pues los cortados de pizarra lo hacían muy difícil de andar, llegaron a profundos bosques donde el Cid, ya bien entrado el día, ordenó el descanso y dar otra vez cebada a las caballerías.

Pero no hicieron noche tampoco allí. De nuevo y antes del crepúsculo la mesnada estaba ya en marcha. Al resguardo de los sotos del Cañamares, ya por un terreno mejor y con la luna casi llena dándoles su luz, llegaron a las juntas con el río Henares. Minaya sonrió, con sus ojos de águila entrecerrados hizo un gesto de picardía a su medio hermano y este le correspondió con otro ademán de complicidad. Bien sabían adónde iban los dos.

Aguas arriba, por el lado izquierdo del río para así taparse con los árboles de su ribera de los vigías de la torre de Nublares que se alza sobre el farallón rocoso del otro lado, caminaron hasta llegar al sopié de un monte que llaman de Matillas, donde el limpio caudal del Dulce se viene a unir al arcilloso Henares. Allí, tras las dos noches en vela y camino, pudieron esta tercera dormir. Pero no se permitió fuego alguno y se requirió silencio, pues las voces de los hombres, y por la noche más, se alcanzan a oír muy lejos. Y aunque Castejón de Henares, aquel era el objetivo, estaba al otro lado de la corriente, a bastante mayor altura, casi en el viso de las Alcarrias y a más de media legua, cualquier moro retrasado, algún pastor o un hortelano que se hubiera demorado en la ribera los podría sentir, dar la alarma y frustrar por completo la celada y el ataque que tenían preparado para el siguiente amanecer.

Dio Minaya las últimas órdenes aquella noche y estaban ya formadas las tropas antes de amanecer. El sol comenzaba a acariciar el pico del monte de Matillas cuando vieron cómo, abiertas ya las puertas de Castejón, comenzaban a descender los moros a sus trabajos y huertos a la orilla del río. Bajaban confiados, como tantos días, hombres, mujeres y niños con asnos y acémilas, solo unos pocos montados en caballo y casi ninguno armado. En el pueblo fortificado solo habían quedado algunos hombres guardando las puertas.

Los peones de la mesnada cristiana, y Pedro con ellos, hubieron de quedarse atrás en el campamento a cargo de toda la impedimenta y vituallas. Álvar había dejado muy claras las órdenes:

—Esperad que volvamos. Hasta entonces, que nadie se mueva de aquí —les exhortó, y Pedro no dejó de advertir que por un momento su mirada se paraba en él.

El ataque tenía que ser veloz y fulminante: cien lanzas con Rodrigo al galope por el camino de subida para llegar a las puertas e impedírselas cerrar, entrar y acabar con la resistencia que pudiera haber. Minaya por su lado llevaría con él doscientas lanzas, pero con otra misión. En cuanto el Cid hubiera entrado en el pueblo, debía ascender por la cárcava hasta lo más alto de la alcarria,[2] y cogiendo la senda por los visos, ir localizando los pueblos de los valles e irles cayendo desde arriba. Jadraque, Hita, Guadalajara y hasta asomarse a Alcalá y ya volver grupas desde allí y retornar con todo el botín que hubieran podido coger. Rodrigo, encastillado en Castejón, le aguardaría allí.

El plan se ejecutó con la mayor precisión: el turbión de caballos aterró a todos cuantos bajaban o estaban ya llegando a sus heredades y alquerías, los guardianes de las puertas huyeron desamparándolas y dentro de Castejón solo unos cuantos intentaron resistir y no tardaron en morir. En un santiamén todo había concluido. Álvar con los doscientos remontó de inmediato a lo más alto de las alcarrias y se lanzó a un trote vivo para dar vista cuanto antes al siguiente pueblo de importancia que sabía que se encontraba allí, Jadraque. Tenía un pequeño castillo, si los sorprendía desprevenidos lo tomaría, si no —no era su principal misión—, saquearía la población y arramblaría con todo cautivo, ganado, grano, telas y cualquier cosa de valor que pudiera coger. Lo mismo haría en Hita y, si podía, también en los arrabales de Guadalajara y se llegaría hasta la Vega de Alcalá, y sin pretender nada contra la fortaleza, les mostraría su seña y emprendería la marcha de vuelta con todo lo conseguido al refugio de Castejón.

El botín obtenido por el Cid en Castejón no había sido pequeño. Muchos eran los ganados y no faltaban riquezas en las casas de los moros. Pero mucho más cuantioso fue el que traía Minaya: rebaños de ovejas y vacas, ropas y otras riquezas largas, cautivos de Jadraque, de Hita y hasta de un arrabal de Guadalajara al que lograron entrar y de algunas alquerías en las cercanías de Alcalá. Ni un solo destacamento de caballería musulmana había osado ir tras ellos.

Pedro los vio regresar con la envidia de no haber podido ser él uno de aquellos, y vio también al Cid ir a abrazar a Álvar y le oyó ofrecerle el quinto de todo lo juntado. A todas esas riquezas se unirían luego los rescates por los cautivos, pues habían dejado dicho en los pueblos asaltados que los podrían liberar yendo a pagar por ellos.

Era generoso con Minaya el Campeador, un quinto era lo que le correspondía a él mismo como jefe supremo, pero pocos se esperaban la respuesta y la promesa de Álvar. Y aquellas palabras Pedro, que,

aunque no sabía escribir, sí tenía buena memoria, también se las guardó:

—Mucho os lo agradezco. Con ello hasta el rey Alfonso quedaría bien pagado. Pero no. Prometo aquí y ante Dios que hasta que no haya lid en la que combata ante vos contra los moros, con lanza y con espada, y no me chorree la sangre por el codo, no he de aceptar que me paguéis ni un mal dinero. Cuando por mí ganéis algo que en verdad importe, aceptaré mi parte. Entretanto, tomadlo todo para vos.

La mesnada, que había regresado con él sin sufrir baja alguna, lo vitoreó.

Los días siguientes fueron llegando enviados moros con dineros para rescatar a los cautivos y ganados que la mesnada del Cid no quería llevar con ellos. En pocos días se cerraron los tratos: tres mil marcos de plata pagaron los de Hita y Guadalajara por el quinto correspondiente al Cid. Este hizo liberar también a todos los moros y moras de Castejón, sin que hubieran de pagar nada por ello, pues demasiado daño les había hecho ya, y se negó a llevar ninguna en la mesnada, aunque alguno de los principales se la solicitó.

El reparto del botín supuso cien marcos de plata para cada uno de los de a caballo, y para los peones se quedó en la mitad. Fue el primer botín del abuelo Pedro y era para él una enormidad. Jamás había dispuesto de tal fortuna. En realidad, nunca había tenido dinero alguno y muy poco había hecho por ganarse este, excepto caminar y tragar polvo detrás de las tropas montadas y que su lebrel cazara alguna pieza para echar a la olla.

El mozo había subido al pueblo en cuanto acabó el asalto y ejercido ya alguna misión de guardián de los cautivos, pues Rodrigo, aunque había dejado que la mayoría siguiera con sus labores en los campos, vigilados, eso sí, por cristianos a caballo, puso a los moros principales bajo custodia. Durante las marchas no había tenido oportunidad de adiestrarse en el manejo de arma alguna ni había conseguido hacerse con ninguna de las pocas tomadas como botín y que los caballeros se quedaron antes que con cualquier otra cosa. Pero estaba decidido a tener una cuanto antes y comenzar a ejercitarse con ella.

De hecho, había comenzado ya a hacerlo a nada de regresar Minaya.

Y había sido él mismo su instructor.

[2] En árabe, «alcarria» significa «llano en alto».

4

El bautismo de sangre

Fáñez no había dejado de observar al muchacho desde que salieron de Cardeña. Se sentía responsable de haberlo unido a la mesnada y quería probarlo, de manera personal o a través de algunos caballeros o incluso peones, pues Pedro era el de menor categoría de la tropa y en cierto modo debía obedecer las órdenes de todos.

Se propuso medir su aguante en los tres días de marcha hasta la frontera mora. Lo mantuvo de continuo en la cola del contingente, una verdadera tortura, pues las patas de los caballos levantaban una polvareda que para los de atrás era un martirio insufrible y asfixiante. No había una sola nube en el cielo, ni asomo de lluvia, ni siquiera de una de aquellas tormentas que a veces se presentaban al caer la tarde. Del cielo no podía esperarse, pues, alivio alguno, así que, tras sufrirlo sin queja, el mozo se buscó la manera de hacerlo más llevadero protegiéndose como mejor pudo: lo hizo a la manera agarena, convirtiendo algunos trapos en una especie de turbante que le protegía la cabeza, la boca y la nariz. Algunos se sorprendieron al verlo, pero al día siguiente un par de peones más ya le habían imitado. El que más y el que menos había visto a algún cautivo moro resguardarse así de las inclemencias.

Minaya no solo lo apretó con aquello, sino que los peores trabajos en el campamento le cayeron uno tras otro. Pero a más duros que aquellos estaba acostumbrado desde niño en el monasterio, y los hizo sin rechistar y sin un mal gesto que delatara su enfado. Cuando le tocó ser quien tuviera que traer leña, trajo leña; y si agua, agua; y si hubo de cavar, cavó; si hubo de plantar una tienda, aunque no fuera su tienda, pues no tenía, la plantó sin decir palabra. Durante las dos jornadas nocturnas, que resultaron muy penosas para todos y algunos casi desfallecieron, él pareció inmune a la fatiga, aunque Minaya observó que de algún tropezón y costalada por las escabrosidades del Cañamares cojeaba un poco. Y vio en el amanecer ante Castejón de Henares, cuando el sol comenzaba a dar en las puntas de las lanzas, que le brillaba la mirada y no perdía detalle de cómo se preparaban

las líneas para la carga.

En el regreso de la vega del Henares decidió que, en justicia al menos, una oportunidad habría que darle.

Había hablado con Rodrigo y este le había trasladado su decisión de partir de allí cuanto antes. Era seguro que los moros toledanos, a cuya taifa pertenecía el territorio que habían saqueado, habrían informado al rey Alfonso y a este no le habría gustado nada que su vasallo desterrado estuviera aposentado y campando a sus anchas, arrasando lo que le venía en gana y arremetiendo contra quienes le habían acogido a él cuando perdió su trono y su libertad y, aún peor, le pagaban parias para que los protegiera de tales algaras y desmanes.

El poderoso castillo de Gormaz, que Alfonso había tomado definitivamente a los musulmanes convertido en una de sus plazas fuertes y del que el propio Cid había sido en algún tiempo alcaide, estaba, como habían comprobado, a poco más de dos jornadas, y desde allí podía caerles el castigo de Castilla si Alfonso se enfadaba lo suficiente o si García Ordóñez hacía lo posible para ello. Y no era cuestión, ni ninguno quería, de tener que enfrentarse a su señor natural, pues ello sí que ya sería una traición y violar su propio juramento de vasallaje.

Así que decidieron partir de allí y coger rumbo a las tierras que eran también moras, pero bajo la jurisdicción de otras taifas, en ocasiones la del rey de Valencia y en otras de los Hud de Zaragoza.

Fue justo antes de la partida de Castejón cuando Álvar hizo llegarse al abuelo Pedro donde se encontraba y tuvo con él las suficientes palabras para que al mozo se le iluminara la cara.

Lo primero que le dijo es que habría de conseguir escudo y espada. Quizá algún caballero, o hasta algún notable moro de los liberados, quisiera venderle una adarga, y tal vez alguien tuviera alguna espada proveniente del botín de la que estuviera dispuesto a desprenderse. Y él tenía ahora cincuenta marcos de plata. Así que espabilara.

Espabiló, aunque le salió caro. Y le apretó más el escudero cristiano que le vendió una espada de no buena traza y aún peor condición que el moro que le vendió una buena adarga. El musulmán se quedó pensativo al culminar el trato. Por un lado, había logrado recuperar algo del dinero, y por el otro, en realidad aquellos marcos provenían de él mismo y era con ellos con los que le compraban ahora su hermoso escudo. Pero pensó que voluntad de Alá debía de ser y al

menos estaba vivo.

Pedro le enseñó sus adquisiciones a Minaya y este le hizo otro favor: llevarlo con el herrero y pedirle, aunque desde luego también tuviera que pagar por ello, que le arreglara en lo que pudiera el arma y que al menos se la dejara lista para que no se quedara inútil al primer golpe en la batalla.

Los marcos de plata iban disminuyendo, pero al tiempo aumentaba la alegría del mozo. La noche que, tras salir de Castejón y hacer una jornada no demasiado exigente, acamparon en las cuevas de Anguita, en una pequeña serrezuela donde no faltaba el agua, un buen posadero donde se quedaron varios días, fue cuando tuvo su primer entrenamiento.

Un escudero de Minaya fue el encargado de propinarle una buena tunda de golpes, que poco a poco fue aprendiendo a parar, sin poder apenas devolver alguno. Al día siguiente, Álvar sacó algún hueco en sus ocupaciones y se encargó ya él personalmente. Amén de sacudirle una buena somanta, le comenzó a enseñar a jugar con escudo y espada para conseguir parar con él los golpes y golpear a su vez al contrario. Luego lo llevó donde había un árbol seco y le hizo pasar allí horas, hasta quedar agotado, dándole mandobles.

—Ese ha de ser tu más importante y diario entrenamiento. Si se te desfallece el brazo en la lid, date por muerto, así que lo primero que hay que hacer es tornarlo resistente. Tú los tienes recios, pero se te cansan pronto. Pues han de ser lo mismo que las buenas espadas que los prolongan, las buenas espadas tajadoras, que al tiempo que tienen la máxima dureza para el corte, por el acero, han de tener un corazón más dulce y elástico de hierro por dentro para que no se quiebren. Practica con esta y un día tendrás una que sabrás es la tuya y que es la que esperaba tu mano. Esa habrás de ganártela lidiando.

Otro día la lección consistió en enseñarle cómo debía moverse y aprender a plantarse firmemente sobre sus piernas.

—Lo que no puedes hacer es temblar. La única posibilidad de un peón es mantenerse firme como si estuvieras pegado al suelo y, si hay que retroceder, hacerlo sin perder la cara. Tu perdición será segura si vuelves la espalda. Los pasos hacia adelante, hacia los lados, y aún más hacia atrás, han de ser firmes y seguros. Si caes, ya no te levantarás vivo —le repetía, al tiempo que él mismo ejecutaba rápidos pero medidos y firmes movimientos.

Los días en Anguita fueron los primeros en los que se sintió ya parte verdadera de la mesnada. Amén de la espada siguió, también por consejo de Álvar, adiestrándose con el hacha. Ahí tenía un buen trecho avanzado y a no mucho la manejaba con acierto.

Partieron de las cuevas y cruzaron las aguas del alto Jalón para entrar por el campo de Taranz e irse a albergar entre los pueblos de Cetina y Ariza, cogiendo a su paso lo que les placía de huertas, siembras y ganados, y nadie osaba enfrentarlos. Pasaron después por tierras de Alhama y de Ateca y a la postre fueron a acampar frente al fortificado Alcocer.

Eligió el Campeador allí, protegido por el río Jalón, de cuya agua se abastecería y no podrían cortársela, un otero redondo, fuerte y grande donde fortificarse y plantar sus tiendas. Unas dentro del cabezo, protegidas por una barbacana, y otras en su sopié, junto a la ribera. A Rodrigo se le había metido entre ceja y ceja tomar aquel castillo y desde allí señorear toda aquella tierra, algunas de cuyas poblaciones principales y cercanas ya le pagaban tributo, como Terrer, Ateca y el propio Alcocer, que también lo hacía, pero sobre este último enclave tenía otras intenciones más ambiciosas.

Hubieron de trabajar mucho para construir allí una morada que los albergara a todos y los defendiera de las asechanzas de los moros, que desde luego para nada disfrutaban de su presencia. Lo más costoso fue cavar un foso que rodeaba todo el contorno del cerro, pero que cuando lograron completarlo se dieron por muy satisfechos, pues se aseguraban de cualquier sorpresa o ataque tanto de día como de noche. La guardia era continua, y no pocas de ellas hubo de hacer mi abuelo Pedro.

Más de cien días, quince semanas cumplidas pasaron allí. Apretaban a los moros esperando que se rindieran, y estos, protegidos por sus murallas, confiaban en que los cristianos desistieran y se fueran. Y al cabo de tres meses la situación se hizo más estrecha para ellos que para los musulmanes. Varias poblaciones, incluida Alcocer, se negaron a seguir pagando y facilitando viandas, y les fue cada vez más difícil conseguir sustento para tantos hombres y cebada o avena para tantas bestias. Además, ya se había corrido por toda la comarca, dependiente de la taifa valenciana, que era el Cid Campeador quien allí moraba tras haber sido arrojado de tierras cristianas por su rey y que este no acudiría por tanto en su ayuda.

Lo cierto era que en el campamento cidiano todo comenzaba a escasear y ya no había localidad cercana que los abasteciera y habían puesto a buen recaudo su grano. Había que buscar solución y Rodrigo y Minaya no tardaron en idear una.

Comenzaron a preparar el terreno dando muestras de desaliento y finalmente, ante el alborozo de los moros, comenzaron a desmontar el campamento, recogiendo las tiendas y dando ostensibles muestras de que, siendo imposible expugnar las murallas de la ciudad, se disponían a levantar el campo y retirarse.

Los de Alcocer los observaron y espiaron con atención sus movimientos, y una mañana comprobaron que los cristianos montaban y se llevaban con ellos todos sus pertrechos, excepto una tienda que dejaban atrás, y emprendían la marcha río Jalón abajo. La columna, sobrecargada con la impedimenta, se movía despacio y fatigosamente.

Fue entonces cuando los moros de Alcocer, reunidos en consejo, decidieron que era el momento de vengarse, de recuperar el tributo que antes les habían pagado y arrebatarles mucho más, pues el botín se prometía cuantioso.

—Hagámoslo nosotros antes de que se nos adelanten los de Terrer. Los atacaremos por la retaguardia y huirán dejándonos un buen botín, pues mucho llevan cargado en las acémilas que van detrás.

Esperaron a que se alejaran un poco más y salieron en tropel, de a caballo y de a pie. Los unos casi al galope tras la mesnada en retirada y los otros hacia el abandonado campamento a ver qué podían coger. Todo era griterío y alegría. Que fue aún mayor cuando, al verlos venir a sus alcances, Rodrigo hizo avivar la marcha como si ya huyera, rehusando presentar batalla. Los alaridos de victoria de los sarracenos lanzándose a la persecución resonaron por todo el valle.

Cuando Minaya, que iba entre los atrasados, entendió que se habían alejado lo suficiente de Alcocer, cuyas puertas habían quedado desguarnecidas y era el terreno una llanada muy conveniente para el mejor desenvolvimiento de la caballería, fue cuando hizo la señal convenida y el Cid, girando en redondo desde la vanguardia con los caballeros de su mesnada detrás, se desplegó y se lanzó en tromba contra quienes los perseguían. Estaban utilizando la vieja técnica de los propios musulmanes, el tornafuye, que bien habían aprendido a base de sufrirla. La carga imprevista arrolló a los moros, desbaratándolos y diezmando los grupos dispersos que intentaban resistir. Pero aún hicieron otro movimiento más ya previsto para

completar la celada.

Desentendiéndose de la lid, Minaya, con un potente escuadrón, desbordó todas las líneas moras, y pasó entre el ahora aterrado gentío que venía detrás para interponerse entre ellos y el castillo. Y fue a unirse a quienes en realidad no habían abandonado las cercanías del campamento, sino que habían quedado escondidos atrás.

Entre ellos estaba y aquella vino a ser la primera batalla que Pedro de Cardeña iba a librar. Junto a la mayoría de los peones se había emboscado antes del amanecer, y allí permanecieron ocultos hasta que se trabó, Jalón abajo, el combate. Entonces salieron de entre las aneas y carrizos donde habían estado echados y, desenvainando las espadas, se lanzaron a la carrera hacia la puerta apenas guarnecida, que alcanzaron sin apenas resistencia, y contra los que habían ido hasta el campamento a saquear y ahora intentaban de nuevo entrar al ver lo mal que se estaban poniendo las cosas.

Cuando estos llegaron, se encontraron con unas prietas filas de cristianos armados con algún moro muerto a sus pies. Uno de ellos había caído atravesado por una lanza ligera de un peón y fue rematado por el hacha del abuelo Pedro, que echó mano de ella sintiéndose más cómodo que con la espada para aquella ocasión. Cada vez la manejaba mejor, pero todavía y para ese momento prefirió su vieja arma, que también había aprendido a usar con mayor provecho. Al rematar al musulmán, que no llevaba coraza alguna, de un tremendo hachazo en el pecho, sintió quebrarse las costillas del otro y vio cómo la sangre manchaba el filo de su arma cuando la retiró. Se estremeció al escuchar los estertores del moribundo, pero no se detuvo a pensar más, pues rápidamente hubieron de ocuparse de contener y ahuyentar a los que pretendían entrar. El mozo de arado había tenido su bautismo de sangre y no había sido, por fortuna, la suya la que se había derramado, lo que no era algo muy usual. En los grandes choques, era la peonada la que se llevaba la peor parte, y muchos de los que iban a un campo de batalla por vez primera no volvían vivos de él.

El intento moro de volverse a proteger en Alcocer fue muy débil y breve. La tropa adelantada de Minaya, con él al frente, ya estaba allí. A poco, llegaron también los demás, y la mesnada al completo comandada por el Cid, tras desbaratar y alancear a su antojo varios centenares de moros en la llanura, ya se juntó con ellos. Pedro Bermúdez, con su seña, subió a la torre más alta y la colocó allí. El castillo había sido ganado y los habitantes de Alcocer, ahora desperdigados y a la intemperie, estaban a su merced.

Álvar, con un gesto, saludó desde su caballo al pasar al lado del peón de Cardeña. Y si no hubiera llevado el yelmo puesto y buena parte de la cara tapada por la extensión de este sobre la nariz, y la cota de malla que le cubría por detrás toda la cerviz y la cabeza y por delante el cuello y la barbilla hasta la boca, Pedro hubiera jurado que le había visto sonreír. Algo que era difícil de observar en Minaya, pero a él le pareció que sí.

5

Embrazaron las adargas

Sin embargo, si de algo iba a estar orgulloso durante toda su vida el abuelo Pedro y no se cansaría nunca de recordarlo, contarlo y cantarlo, no fue de esta primera batalla de Alcocer, sino de la segunda, que esa sí fue dura y sangrienta. En ella sufrió la primera herida, pero ganó un caballo de guerra en el que montar.

Tras haberles tomado el castillo con aquella añagaza, los cristianos se aposentaron dentro de la población permitiendo quedarse a los moros que quisieron, pues los hubo que habían huido a otros lugares, a cambio de una total sumisión y de convertirse en sus sirvientes.

El Cid reunió a sus gentes en la plaza principal, junto a la mezquita, mientras que los vencidos esperaban su suerte sentados en el suelo ante las puertas y rodeados de cristianos a caballo para que no se les ocurriera escapar, y les dijo: —Hemos muerto a muchos, y a los que quedan vivos, moros y moras, no los podemos vender. Si los descabezamos no ganaremos nada. Los dejaremos entrar, acojámoslos dentro, pero ahora nosotros somos los señores de aquí y sus casas nuestras son. Posaremos en ellas y ellos nos servirán.

Dio también orden de no maltratarlos ni utilizar dureza ni saña con ellos ni forzar a sus mujeres, pero también que se les tuviera vigilados y estuvieran atentos a cualquier atisbo de rebelión. Él y Álvar se barruntaban que aquello no iba a gustar nada al rey de aquella taifa y que este no podría dejar las cosas así; los musulmanes de Terrer, Ateca y Calatayud, asustados, habrían ido ya ante él en busca de ayuda y exigiendo que combatiera y expulsara a los castellanos de la región.

El joven Pedro tenía motivos para estar contento. El mayor era haber conseguido una espada mejor que la que tenía y que no era sino la que le quitó al musulmán que remató a la puerta de la ciudad y que luego consiguió que le correspondiera como su parte en el botín. Era un arma de buen acero, con filos muy cortantes y una empuñadura que le gustaba mucho más que la de aquel armatoste mercado en Castejón.

Ya antes había logrado tener un sencillo casco para la cabeza y una protección de cuero para el pecho insuficiente. Poco a poco se iba equipando para poder ser un mesnadero pertrechado con todo lo necesario. Sabía cuál sería el paso definitivo, pero a ello aún no podía aspirar: un caballo en el que montar. Y una cota de malla, pero eso era todavía más imposible aún.

La vida en Alcocer era grata para los conquistadores y, aunque el mozo de Cardeña fuera de baja condición, algunos de sus privilegios también le alcanzaron a él. Aposentado con otros de parecida condición a la suya en una casa que había quedado vacía por muerte o huida de sus anteriores habitantes, ahora no les faltaba comida, pues los moros estaban obligados a proporcionársela, e incluso algo de vino pudieron beber, pues los musulmanes, aunque sobre ello pesara prohibición, también se habían aquerenciado con él. Por aquellas tierras había plantadas bastantes viñas y de su caldo fermentado también pudieron ellos probar.

Fue un tiempo de cierta tranquilidad, pero no de holganza. Los caballeros más importantes del Cid se ejercitaban de continuo y obligaban a hacer lo propio a toda la mesnada. Rodrigo y Álvar eran en esto los primeros, pero el Minaya siempre sacaba además un hueco para poder seguir ocupándose del adiestramiento de su discípulo. Era muy duro con él y le recriminaba de seguido sin dejarle pasar ni un fallo, pero también premiaba, no con elogios ni palabras, sino con pequeños gestos cada vez que consideraba que había superado un nuevo listón. La primera vez que uno de sus golpes, un día que entrenaba con un joven escudero, le hizo a este trastabillar y caer, Álvar apareció la tarde siguiente con una punta de lanza y se la entregó.

—Seguro que con tu hacha y buscando y trabajando una madera en condiciones te haces con un buen astil. Por estas riberas he visto algunos buenos fresnos. Te llevará su tiempo, pero pregunta a quienes te puedan ayudar y tendrás lanza también.

En el manejo de las armas iba, pues, el abuelo Pedro progresando, pero con lo que sorprendió a sus compañeros fue con su voz. La tenía potente, bien modulada y sabía darle entonación tanto para contar como para cantar. Atardecido el día se solían juntar a disfrutar del frescor en el patio de la casa y un compañero que sabía tocar instrumentos de cuerda consiguió de los moros un laúd con cuya música alegraba a los demás y el tiempo se pasaba mejor.

Ya la primera noche se animó a acompañarlo con su buena voz, y al

patio acabaron por ir las siguientes veladas peones y montados, algunos moros incluso y hasta algún caballero principal. Pedro se sabía las cantigas y las jarchas de memoria, y si algún pasaje se le olvidaba, lo remedaba y decía a su manera. Eran coplas sencillas, sobre labores y tierra y sobre la Virgen también, pero no faltaban las pícaras y tampoco las de amores, con sus gozos y sus despechos y dolores. Se sabía también un buen trozo del romance del conde Fernán González, que era con el que solía concluir y el que más gustaba a la concurrencia.

Desde muchacho, el abuelo Pedro había tenido en cantar uno de sus grandes placeres. Su voz no pasó desapercibida a los monjes de Cardeña y le dieron entrada en sus cánticos para que hiciera de contrapunto con su voz infantil. Durante varios años eso le reportó sus ventajas, pues comía mejor, gozaba de su favor y se libraba de algunos trabajos. Las oraciones cantadas en latín se las aprendía de memoria y fue así, sin saber ni qué decía, como entendió el compás y los ritmos de las palabras para que entonaran y engarzaran las unas con las otras.

Cuando le comenzó a salir el vello en la cara y se le agravó la voz, a los monjes les pareció que ya no les era útil, porque voces maduras tenían bastantes y el chico, ya lo suficientemente mayor, tenía mejor aprovechamiento con las faenas de campo, y en mozo de arado es en lo que se convirtió.

Sin embargo, él había cogido el gusto a cantar y a escuchar cuanto se cantaba. En cuanto aparecía un juglar, un recitador, un saltimbanqui o un músico ambulante, Pedro ya estaba allí. No es que por el monasterio fueran bien recibidos, pero alguno se dejaba caer. Y además, al muchacho no le importaba hacerse una legua de ida y otra de vuelta para ir a una población vecina por la noche y volver al amanecer para ponerse a arar o a segar con tal de escucharlos. Tenía buena memoria, se le quedaban grabados los versos, y al decirlos en la lengua romance y comprender su sentido, iba entendiendo sus cadencias, su rima y su son. Preguntaba por todo y a todos cuantos cazurros,[3] así los llamaban los clérigos para señalar su baja condición en tal arte, topaba, y ellos se avenían a contestarle. Hasta comenzó a intentar hacer él también sus versos, y cuando llegó a la mesnada ya tenía muchos aprendidos, bastantes troquelados a su gusto o simplemente por olvido de alguna parte y hasta alguno que se había inventado él.

En el corro nocturno de Alcocer eran muchos ya los que esperaban ver aparecer al de Cardeña con su lebrel. El can había sobrevivido al

camino, seguía siendo su sombra y siempre tenía un cacho de pan para él. Ya se dejaban caer por allí bastantes de los más cercanos al Cid: Galín García, nacido en Aragón; Martín Antolínez, el burgalés; Martín Muñoz, que antes mandó Mont Mayor; y sus parientes Pedro Bermúdez y Félez Muñoz, que era el que más gustaba de las jarchas y versos y hasta él mismo se animaba a unirse alguna vez. Con ellos venía también un joven familiar de Minaya, Fan Fáñez, un sobrino o algo así que había rescatado de un monasterio en el que había vivido desde niño. Él y Félez Muñoz compartían gustos por lecturas y saberes que no eran demasiado comunes en los mesnaderos, y siempre trataban con mucha consideración al mozo de Cardeña, que era de similar edad a la suya.[4]

Los cantares y decires eran por todos conocidos y ya los habían oído alguna vez. Pero una noche de buena luna, en la que hubo bastante vino y del mejor que habían catado, el mozo de Cardeña, tras pedirles a los músicos, el cristiano con su laúd y un moro que se les había unido con su rabel, que le dieran por abajo suave compañía, se arrancó con algo que nunca habían escuchado y que a ellos mismos se refería:

Apriesa cantan los gallos, quieren quebrar el albor

cuando llegó a San Pedro el buen Campeador

con los caballeros buenos que le sirven a su sabor.

El abad don Sancho, cristiano del Creador,

rezando estaba maitines, a la vuelta del albor,

y estaba doña Jimena con cinco dueñas de pro

rogándole a San Pedro y a Dios nuestro señor:

Tú que a todos guías, vela por mio Cid Campeador.

Quedaron todos mudos, cogido su corazón, y hasta a alguno, que en cien lides había mirado la muerte sin parpadear, le brotó por los ojos la emoción.

Se la hicieron repetir una y hasta diez veces más. Al irse marchando a

descansar, entre ellos hablando, seguían repitiendo los versos que habían oído y alguno se durmió intentando acordarse del que le faltaba para rematar.

Todos habían escuchado, bien fuera en castillos, burgos, ferias o plazas, relatar de este modo hazañas de héroes, adalides y reyes. Pero ahora eran ellos, porque eran también parte del Cid, quienes eran allí cantados. La nueva corrió por todos los corros y a la noche siguiente la afluencia desbordó el patio. Repitió el cantar y fue agasajado y querido como nunca lo había soñado ser. Y al tercer día acudieron a escucharlo Minaya y el propio Campeador.

Para ellos dijo sus versos con muy particular emoción, y al acabar los ya sabidos, para aún mayor sorpresa de todos, estos fueron los que añadió:

A la sierra de Miedes fuimos a posar,

aún era de día, no era puesto el sol,

mandó contar a su gente mio Cid el Campeador.

Sin peones y otros valientes que son,

trescientas lanzas contó,

que todas tienen pendón.

¡Temprano dad cebada y que el Creador nos valga!

El que quiera coma y el que no cabalgue,

pasaremos la sierra, que es fiera y grande.

La tierra del rey Alfonso esta noche podremos dejar.

Quien nos busque después, hallarnos podrá.

De noche pasan la sierra, venida es la mañana,

y por sus lomas abajo, comienzan a cabalgar.

Sonrió muy abiertamente Rodrigo Díaz y con los ojos risueños y la

boca cerrada lo aprobó Minaya.

Habló el Cid:

—Que para el cantor y la compaña traigan ahora un pellejo del mejor vino, y que de él beban cristianos y moros.

—No demoréis el iros a descansar. Grandes huestes de moros han salido de Valencia y vienen hacia nosotros. Debemos estar alerta y listos para luchar —advirtió Fáñez.

Y partieron los dos.

No tardaron en saber que un potente ejército musulmán venía hacia ellos. La taifa de Valencia estaba en poder de la dinastía amirí, una de las pocas descendientes nada menos que del temible Almanzor. Pero su sangre se había debilitado tanto que había sido tomada por el toledano Al Mamún, el que acogió al rey Alfonso en su exilio, que la tuteló y controló con bodas pactadas. A su muerte los amiríes volvieron a gobernar, y su rey Abu Bakr ben Abdulaziz, a quienes los cristianos llamaban Tamín, fue el rey que quiso emular a su ilustre antepasado y derrotar a aquel osado castellano que se había atrevido a invadir y establecerse en aquella tierra que también le disputaban los Hud de Zaragoza. Envió contra ellos a sus dos mejores generales y tres mil combatientes, a los que habrían de unirse las guarniciones de las ciudades y la frontera de su tierra hasta doblar su número.

Supieron los del Cid de su avance, que venían por Segorbe uniendo a cada paso jinetes y peones, y que llegaron a Cella la del Canal.[5] Su siguiente parada fue ya en Calatayud, desde donde enviaron emisarios a todas las poblaciones vecinas para que se unieran a ellos ante Alcocer, y lo cercaron. Tamín quería que le trajeran vivo al Cid para poderlo exhibir.

Los cristianos vieron asomar sus vanguardias y el ingente número de guerreros que venía detrás. Plantaron sus tiendas frente al castillo y les cortaron el agua del Jalón. Estaban cercados y sin poder escapar, pues todo era tierra enemiga a su alrededor; miraban desde las almenas el enorme campamento y se llenaban de turbación.

Pero no hubo ataque. Los moros se limitaban a apretar el cerco y no intentaron asalto alguno. Tres semanas pasaron así. Estaban ya casi sin agua y les empezaba a faltar el pan.

Iba ya a cumplirse la cuarta semana cuando la tropa cidiana supo que Rodrigo había celebrado consejo con sus caballeros más señalados sobre qué resolución tomar. Ni siquiera se veía la posibilidad de un escape nocturno, pues los centinelas estaban muy próximos y alerta. Minaya había resumido el parecer de todos: —Hasta aquí hemos llegado desde nuestra gentil Castilla. Si no es luchando contra los moros, no podremos escapar. Contamos con seiscientos hombres y alguno más. No esperemos más y salgamos mañana mismo a combatir.

Era lo que el Cid quería oír.

—No esperaba, Minaya, menos de vos. Dad la orden de prepararnos para estar listos antes de que asome el alba. Pero, antes, haced salir a todos los moros que queden dentro de Alcocer, pues podrían advertir de algún modo a los suyos de que nos preparamos para atacarlos. —Y concluyó—: Saldremos todos a la batalla. No quedarán aquí sino dos peones guardando las puertas. Si morimos, que nos entren en el castillo; si vencemos, volveremos ricos todos con el botín.

No se había levantado el sol, la aurora apenas si comenzaba a reír, cuando los moros vieron con estupor cómo se abrían las puertas y en nada, en perfecta formación, más de trescientas lanzas por delante y la peonada y algunas otras detrás estaban ya listas para atacar.

Pedro, que había temido ser uno de los dos elegidos para quedarse en la puerta, estaba ya en las filas junto a todos los demás. Iba en retaguardia con el grueso de los peones y con algunos de a caballo. Les habían dicho que habrían de seguir a los montados y defenderlos de los infantes moros, amén de proceder a rematar, en cuanto hubiera ocasión, a todo musulmán desarzonado que pudieran alcanzar.

Le había sobrecogido al inicio y más que nada el tronar de los tambores, que en cuanto los vieron salir comenzaron los moros a hacer sonar. La tierra misma bajo sus pies parecía estremecerse con su retumbar. El ejército enemigo se apresuró también, y velozmente completaron su formación y confiados en su gran número comenzaron a avanzar.

El mozo de Cardeña pudo ver desde atrás cómo Bermúdez, sin respetar la orden de Rodrigo de aguardar hasta que él lo ordenara, cargó solo portando la seña del Campeador y se lanzó contra el centro de la más poderosa haz musulmana donde estaban las enseñas de sus más altos jefes.

Todo se precipitó a continuación. El grito de carga de Rodrigo,

«¡¡¡Auxiliadlo, por caridad!!!», y la embestida frontal de todas las mesnadas para, tras alancear las primeras filas enemigas, retornar y volver a cargar. Lo repitieron cuanto pudieron hasta que ya el combate se trabó. Los peones avanzaron y se unieron a la lucha también, ya todos revueltos entre el polvo, los gritos, los relinchos y el entrechocar de los hierros. Aguantaban las haces sarracenas, por cada cristiano ellos eran diez, y hubo momentos difíciles.

El abuelo Pedro fue de los que vio el caballo de Minaya caer muerto y quebrarse su lanza, y cómo los moros arremetían contra él. Toparon entonces con su espada, y con ella los mantenía a raya. Los pies firmes en el suelo, los molinetes veloces, los mandobles certeros y los giros siempre medidos y sabiendo bien dónde se iba a pisar, tanto si era al lanzar un tajo o para retroceder defendiéndose; así combatía Minaya, como tantas veces había intentado enseñarle a él, y así salvó su vida. Fue Pedro unos de los primeros que llegó en su auxilio y pronto un grupo de cristianos ya había tejido un círculo protector a su alrededor. Vio también llegar al Cid con un hermoso caballo que acababa de arrebatar a un arráez moro, al que de un tajo tremendo partió por la mitad.

—Subid, Minaya, que los moros aguantan firmes y os necesito más que nunca. Hemos de romperlos de una vez o nos podrían envolver.

Como un rayo montó Álvar y como un demonio vengativo se lanzó a la lid.

Fue dura la batalla, pero al final las líneas moras se quebraron, y sus dos generales, uno malherido por el Cid y el otro por Martín Antolínez, salieron huyendo. El uno se refugió en Terrer, y el otro se encontró con la puerta cerrada y hubo de seguir escapando, con un grupo de jinetes que le escoltaban, hasta Calatayud.

Pedro logró salir vivo de la batalla, pero no lo hizo ileso. Un tajo de espada le alcanzó el muslo, pero por fortuna no penetró hasta el hueso y él se mantuvo de pie, aunque antes de poder retirarse recibió otra cuchillada, esta más superficial, en un antebrazo. Pero él previamente se había cobrado sus piezas también. Había golpeado y herido con su espada hasta lograr, junto a otros peones, hacer retroceder a una fila de infantes moros, algunos de los cuales acabaron tendidos. Y había degollado con su hacha, que llevaba colgada a la espalda, a un caballero musulmán caído y atrapado por su propio caballo moribundo. En fin, había repartido y recibido golpes y casi al final fue cuando había estado a punto de perecer al ser alcanzado, de abajo arriba en el muslo, por la hoja de un infante moro medio caído.

Estuvo a punto de perder pie, pero se logró sostener y se salvó.

Alcanzó a ver poco después la desbandada de los moros y a la caballería castellana salir tras ellos en un alcance donde mataron a muchos más de los que habían muerto hasta entonces. Hubo de llegarse hasta un cirujano para que le restañara la herida, que resultó ser limpia y que vendada ya le permitió, eso no se lo quería perder ni aun estando cojo, llegar hasta el campamento musulmán y participar en el saqueo de todo él.

Fue allí cuando supo de la hazaña de Minaya, quien tras volver a cabalgar había matado él solo a treinta y cuatro moros y había cumplido la promesa de Castejón de llevar hasta el codo el brazo tinto en sangre y hacer por el Cid una cosa digna de mención.

Ahora sí aceptaría tomar la parte que le correspondía del botín, como harían todos. Bueno, todos no; también en la victoria hay quienes no la pueden cantar, pues han perecido en ella. Quince fueron aquella jornada quienes no la pudieron celebrar. Muy pocos para la mortandad causada a los servidores de Mahoma.

El botín fue inmenso. En el campamento encontraron tiendas llenas de riquezas, algunas lo eran en sí mismas por su factura y sus enseres, y en su interior hallaron oro, plata, bandejas, tapices y sedas. En los muertos, joyas y adornos en sus vestidos y yelmos. También armas, corazas, cotas de malla, espadas y puñales que valían una fortuna. Pero nada alcanzaba al valor de los hermosos caballos de la mejor y rápida raza que tanto gustaban a los árabes: quinientos diez, tras haber tenido que sacrificar algunos inutilizados y malheridos sin cura, son los que contaron los cristianos. Pedro los miró con ojos golosos, confiando que en el reparto pudiera alcanzar a tener uno.

Pero todo habría de hacerse conforme a la norma y la costumbre: el quinto del Cid, la parte de Minaya, la de los caballeros principales, la de los de a caballo y la de los peones. Antes habría de juntarse todo y, tras tasarlo, sería el quiñonero quien lo repartiera.

Los heridos fueron curando. El abuelo Pedro, de quien dijo el físico que tenía encarnadura de perro, al poco tuvo cicatrizada la herida del muslo, y la del brazo no pasaba de un arañazo del metal. Hubo de pasar unos días en reposo, pero ocioso no estuvo. No sabía ni supo nunca ni leer ni escribir, pero sí juntar en su cabeza palabras y darles su cadencia y compás. Cuando las tuvo todas formadas como las hileras y escuadras de la mesnada, llamó al que tocaba el laúd y al moro del rabel (el Cid había dejado volver a todos y hasta les dio algo

de lo capturado).

Esa noche hubo fiesta, música y cantar. No faltó, del Cid y Minaya hacia abajo, ni uno solo de la mesnada, y ellos dos ocuparon un lugar de privilegio en la plaza en unos sitiales sentados junto a sus más allegados. No faltaron ni los moros retornados, que también acudieron, aunque hubieran sido de los suyos los vencidos, a celebrar la victoria de los cristianos. Hubo comida en abundancia, buenos vinos y dulces. Y siguiendo el son y el compás del rabel y del laúd, la voz de Pedro de Cardeña se elevó hacia la noche y ascendió hacia las estrellas:

Embrazan los escudos delante de los corazones,

enristran las lanzas, envuelven los pendones

e inclinan las caras por debajo de los arzones.

A grandes voces clama el que nació en buena hora:

«¡Heridlos, caballeros, por amor del Creador!

¡Yo soy Ruy Díaz el Cid, de Vivar Campeador!».

Trescientas lanzas acometen, todas llevan pendones,

de sendos golpes mataron a trescientos moros

y a la tornada que hacen son otros trescientos

los que también desarzonan.

Allí vierais tantas lanzas, tanta loriga pasar y desmallar,

tantos pendones blancos salir bermejos de sangre,

tantos buenos caballos sin sus dueños andar.

A Minaya Álvar Fáñez matáronle el caballo,

la lanza quebrada, a la espada metió mano,

aun desmontado, buenos golpes va dando.

Violo mio Cid, Ruy Díaz el Castellano.

Se fue contra un alguacil moro que tenía un buen caballo,

diole tal espadazo con su diestro brazo

que lo cortó por la cintura y cayó medio cuerpo al campo.

A Minaya Álvar Fáñez fue a darle el caballo.

«Cabalgad, Minaya, vos sois mi diestro brazo,

y hoy en este día es cuando más me hace falta,

que firmes están los moros y aún no ceden el campo».

Y cabalgó Minaya con la espada en la mano.

Hasta ahí llegó el cantor. Calló su voz y un alarido de cientos de gargantas se levantó hacia el cielo dando vivas al Campeador y a Álvar, su hermano.

[3] Los juglares cazurros eran los de más baja condición, iban de pueblo en pueblo y actuaban por la voluntad y lo que les quisieran dar las gentes, y luego estaban los que tenían ya entrada en castillos, salones de condes o hasta en la propia corte del rey, pero ambos eran despreciados por los monjes clérigos, que entendían superior y solo digno a su canto y sus letras (el Mester de Clerecía sobre el Mester de Juglaría).

[4] Fan Fáñez, personaje protagonista de la novela de este mismo autor La tierra de Álvar Fáñez.

[5] Llamada así por el impresionante acueducto romano excavado en la roca de más de veinte kilómetros que hasta hoy mismo se conserva en gran parte y se puede visitar y recorrer.

6

El caballo ganado

El abuelo Pedro volvió a Cardeña antes de cumplirse el año de su partida, montado en caballo moro, con espada en el arzón y, aunque no llevara pendón, con su lanza en el estribo.

A las tres semanas de la batalla de Alcocer, el Cid había llamado a Minaya y le encomendó una embajada:

—Escoge treinta caballos entre los mejores de la yeguada que quitamos a los moros. Para cada uno dispón de silla, rienda y freno y una espada buena. Quiero, si a ti te place, que se los lleves al rey Alfonso como prueba de esta victoria y como obsequio mío.

—Me place la encomienda, Rodrigo —respondió Fáñez.

—Toma también esta bota llena de oro y plata fina. Cuando llegues a Burgos, con ello encarga en Santa María mil misas de agradecimiento al Creador por los favores que nos concede y para que nos los siga otorgando en el futuro. El resto, se lo das al abad de San Pedro para que no les falte de nada a Jimena ni mis hijos. Elije los hombres que quieras para que te acompañen en el camino.

—Bastará con una decena y alguna caballería de carga para llevar impedimenta, cebada y comida. Hemos de cruzar por tierra mora y mejor cuantos menos seamos y más rápido vayamos. Ya hace buen bulto la caballada, más nos valdrá para llegar sin tropiezo. Cabalgaremos de noche y nos esconderemos a descansar de día.

—Conoces bien las trochas y los caminos, Minaya. Más de una vez los hemos hecho juntos.

—Saldré pasado mañana. Que el Creador nos guarde y te guarde a ti, Rodrigo.

—Yo tampoco tardaré, como ya hemos hablado, en salir de Alcocer. He pactado con los moros de Calatayud, de Ateca y Terrer que por tres

mil marcos de plata rescatarán el castillo y nosotros marcharemos de aquí y no saquearemos más sus tierras. Me dirigiré de principio hacia Monreal y Daroca.[6] He mandado emisario al rey Al Muqtadir de Zaragoza y espero respuesta suya. Tenemos en los Hud un gran valedor: su hijo mayor y heredero, Al Mutamin. En la batalla de Graus, siendo infante nuestro rey Sancho, que en gloria de Dios esté, combatimos a su lado los castellanos y vencimos juntos contra aragoneses y navarros. Sé que me tiene ley. Te dejaré señal y recado para que me encuentres a tu vuelta. Si es que vuelves, Minaya.

—Volveré, Rodrigo, y te hallaré donde hayas posado.

El abuelo Pedro, casi del todo recuperado de su herida, que no le estorbaba ya apenas nada, se llenó de gozo cuando supo que era uno de los elegidos para acompañar al capitán de vuelta a Castilla. Cuando Álvar se lo propuso, asintió al instante. Luego cayó en la cuenta de que él iba a pie y que aquel viaje iba a ser muy rápido y no tenía montura.

—Sé montar bien y hasta llevar una mula a las cuatro patas, que es más difícil cabalgar sobre ella que sobre cualquier caballería, pero caballo no tengo.

—Hay quinientos en la yeguada. Tu parte en el botín te dará para hacerte con uno y con su silla y aún te sobrarán dineros. Que te acompañe al quiñonero mi sobrino Fan Fáñez y con él delante le presentas tu pedido y decidle que vais de parte mía.

Agradeció de corazón y lo expresó su gesto y su mirada, pero ya había aprendido también de Álvar a contener las palabras, y con voz alegre y animosa se limitó a decir:

—Espada y lanza ya tengo, que la hice yo mismo con mis manos y la punta que vos tuvo a bien regalarme.

La palabra de Minaya valía más que la plata y el caballo que le dieron no fue de los peores ni la silla tampoco. La presencia de Fan Fáñez, que también iría con su tío a la corte del rey, y alguna cosa dicha a tiempo y con intención facilitaron la mejor disposición y más favorable baremo que aplicar por parte del quiñonero y cuantos hubieron de opinar.

Álvar conocía muy bien la ruta y no dudó ni se perdió por ella, aunque hizo algunos quiebros para ir por caminos más seguros.

Marcharon primero hacia un lugar desconocido para el abuelo y por donde no habían pasado antes, que se llamaba Molina, en un paraje muy agreste,[7] con grandes bosques de pinos y sabinas, hondos y cortados cañones y ríos muy abundosos en aguas. Allí fueron muy bien recibidos por un señor moro que dominaba aquellas serranías y parameras llamado Abengalbón, y que era amigo de Mío Cid y de Minaya. Apenas si se demoraron un día, a pesar de los requerimientos del musulmán, y al siguiente estaban ya en un sitio por el que habían pasado a la ida, las cuevas de Anguita. Por la noche bajaron hacia el río Henares y dos jornadas después ya estaban remontando la sierra de Miedes y entrando en tierra castellana. Desde entonces ya pudieron caminar de día y dormir de noche.

El rey Alfonso aceptó el obsequió del Cid, pero a quien agasajó para que se quedara fue a Minaya:

—Recibo el presente por haber sido tomado a los moros y aún digo que me alegro de las ganancias de Rodrigo Díaz, pero es muy pronto para acoger a quien no hace ni un año desterré por incumplir sus deberes de vasallo y perder mi gracia. Pero vos, Minaya, sois y estáis perdonado desde este mismo instante. Os quedan restituidos vuestros honores y tierras y podéis entrar ya y salir de las de mis reinos cuando queráis y a vuestro antojo.

—¿Y cuándo podrá retornar Rodrigo, mi rey? —insistió Minaya.

—Respecto a él nada más quiero deciros. Pero sabed vos y valorad mi voluntad para con vos y que la corte entera la sepa también.

—¿Y si hay gentes que quieren venir conmigo cuando yo vuelva con Rodrigo?

—Pueden ir libremente, no me airaré por ello ni dañaré sus bienes. Pero mejor sería que no fueseis vos quien se volviera.

Álvar le besó las manos con genuflexión y se retiró diciendo:

—Gracias, gracias, mi rey y señor. Esto nos concedéis hoy, nosotros pondremos de nuestra parte cuanto sea menester para que nos concedáis algo más mañana.

—No se hable más de esto, Minaya —concluyó con gesto algo áspero el rey—. Podéis andar con libertad por Castilla y reuniros con el Cid si queréis hacerlo. Tenéis mi palabra y mi permiso y nadie os molestará

por ello. Ni a vos ni a los que os acompañen, y decid a quienes partieron con él que perdonados están también y sus heredades suyas vuelven a ser.

Al llegar a Cardeña, Álvar fue a ver al abad y a doña Jimena, y Pedro se dirigió a casa de sus padres. Nada más verlo asomar, su madre se fue a sus brazos y rompió en el llanto más alegre y gozoso de su vida.

—Creía que ya no te vería nunca más, hijo mío. Cuánto he sufrido y rezado, pero Nuestra Señora Santa María ha velado por ti y te me ha devuelto vivo.

Fue luego mi abuelo Pedro hacia su padre, a pedirle su bendición lo primero, a darle las gracias por haberle permitido marchar con la mesnada cidiana y a entregarle alborozado los dineros, casi todos los que había atesorado, que les traía.

Su hermano y sus hermanas lo miraban perplejos. Aquel era su hermano, sí, y había vuelto con su inseparable lebrel, que los reconoció y les hizo zalemas, pero en todo lo demás, ¡Jesús, lo que había cambiado! Venía montado a caballo, ¡y qué caballo!, de un negro que relucía y con el cuello engallado, con espada en el arzón, lanza en el estribo y ropas de señor. Parecía todo un caballero. Aunque él los corrigió muy serio sobre aquello: no era tanto, ni lo sería, eso estaba reservado para infanzones y otras gentes de superior condición. Los del pendón en la lanza. Pero sí combatiría montado y formaría en las filas de la mesnada con ellos, como lo hacían cada vez más los caballeros villanos o los concejiles de las fronteras. Y quizá incluso un día le dieran también a él esa consideración y hasta un gran señor o el propio rey le armara caballero. Sin embargo, aquello era soñar.

Pero al pequeño y a las niñas eso les daba igual: su hermano había vuelto a Cardeña como si ya lo fuera y no iban a tardar en írselo a contar al resto de la chiquillería. Que Pedro era un caballero de los que iban con el Cid y había ganado una gran batalla y regresado con dineros y otras cosas de valor y a todos, a sus padres y a ellos también, les había traído muchos regalos.

El mozo fue aquel día la comidilla y la admiración, y envidia ¿cómo no?, de quienes hasta hacía bien poco habían arado a su lado con los bueyes. Muchos querían que les contara toda su peripecia, y algo les relató, pero él con quien se sentía obligado era con el abad, y es al que

quiso ver y presentarle sus respetos y hacerle constar su gratitud. También le llevó un obsequio y algunos dineros.

Pudo quedarse con su familia aquel día y dormir esa noche en su casa, pero ya avisó que al día siguiente saldría de nuevo hacia tierra de moros y a combatir. La madre no quiso enturbiar la alegría y tan solo, cuando ya nadie pudo verla, lloró en silencio por el hijo que había regresado y ahora volvía a perder.

Decidió dejar esta vez al lebrel con ellos. No era la mesnada, y más si iban a ciudades y entraban en campañas, lugar para el animal. Lo raro era que se hubiera salvado. Mejor estaría allí.

—Le encargo el perro, padre. Le cazará bien, pero téngalo por lo menos dos días atado o echará tras de mí. Y vosotras, hermanas, cuidadlo por mí, que cuando vuelva os lo agradeceré —les había dejado dicho como despedida la noche anterior.

Álvar había situado en Cardeña el encuentro de los que se quisieran unir a ellos y marchar en busca del Cid. Pedro, antes de amanecer, ya tenía encinchado el caballo, y al salir se topó con que en la explanada ante San Pedro se agolpaba un gentío que por la noche había llegado y estaba también listo para emprender el camino para unirse al Campeador.

De Cardeña no fueron pocos los que viendo la fortuna de su vecino se sumaron, y de poblaciones como Vivar y de otras vecinas o las de los predios de los Fáñez, allá donde el Ebro, aún fueron más. No habían llegado a veinte los que habían venido y se multiplicaban por diez los que querían marchar. A poco de romper el alba estaban ya de camino. Iba bien entrado el otoño y había refriado mucho. No tardó en ponerse a llover.

[6] Se instaló en el llamado Poyo del Cid, y allí permaneció algunos meses.

[7] La actual Molina de Aragón.

7

Zaragoza de los hudíes

—Nunca vieron mis ojos, ni verán, ciudad como Zaragoza. Ni hubo momento en mi vida donde más cerca me sentí de cumplir mi sueño —solía decir el abuelo, y aún más lo repetía según le fue alcanzando la vejez.

Sus poderosas e imponentes murallas, el inmenso gentío que la habitaba y que dejaba a Burgos, la única ciudad que por entonces había alcanzado a conocer, en poco más que un pueblo,[8] sus palacios, el de la Alegría, donde moraba su rey y que solo pudo ver desde fuera, y el de la Zuda, donde fueron alojados el Cid, Minaya y los más importantes de sus caballeros, a donde un día fue con un mensaje y cuyos jardines, fuentes y salones le dejaron pensando que el paraíso terrenal debería ser algo así, los guardaría siempre en el recuerdo. El más hermoso y el más triste de su juventud también, cuando quiso ser caballero en la mesnada del Cid y por un tiempo lo logró.

Habían hallado a Rodrigo en lo que ya llamaban el Poyo del Cid disponiéndose a partir y hubieron de apretar el paso cuando recibieron el mensaje de que con presteza se unieran a él, pues estaba ya levantando el campo para dirigirse hacia la capital de los hudíes. Había alcanzado acuerdo de ponerse con sus mesnadas al servicio del Al Muqtadir y actuar él mismo como capitán general de sus tropas contra cualquier enemigo, fuera este musulmán o cristiano, con la sagrada exclusión de no hacerlo jamás contra su señor natural, el rey de Castilla y de León, aun a pesar de haber sido por él desterrado.

Los importantes refuerzos que traía consigo Minaya fueron muy bienvenidos, y juntos se dirigieron hacia Zaragoza, a cuyas puertas los recibió el primogénito y heredero, Al Mutamin, y les dio entrada en la ciudad, que los contemplaba con gran curiosidad, vítores y no poco alivio, pues pronto supieron que su llegada era providencial.

Los condes de Barcelona, dos hermanos que compartían el trono,

Ramón Berenguer y Berenguer Ramón,[9] y el montaraz y bravío rey de Aragón, Sancho Ramírez, coaligados con familiares del monarca hudí, su propio hermano, al que había tenido que encarcelar por traición, y su segundo hijo, Fagit, quien había hecho lo mismo que su tío nada más ponerlo al mando de Lérida, amenazaban el reino y a todos cuantos habitaban en él. El viejo rey, un sabio que hizo de su corte lugar de acogida para matemáticos, astrónomos, poetas y músicos, pero también había sido un león que ensanchó su reino y su poder, ahora ya estaba muy mermado de fuerzas y salud y todos conspiraban contra él. Su primogénito, Al Mutamin, había heredado su disposición a las letras, las artes y el conocimiento, pero no, aunque era voluntarioso, su capacidad y obligada firmeza y en ocasiones dureza necesarias para gobernar ni para liderar sus ejércitos. El Cid y su poderosa hueste llegaban en el momento más oportuno.

Poco o casi nada sabían de ello los mesnaderos, tan solo lo que algunos contaban que habían oído decir a algún capitán o caballero principal. Ellos estaban allí para pelear contra quien les ordenara Rodrigo y a nada más tenían que atenerse, aunque habían recibido con alivio el saber que contra otros castellanos no lo tendrían que hacer.

Entraron por la puerta del sur, la de Toledo la llamaban, aclamados por la multitud. El Cid, flanqueado por el príncipe y una comitiva de notables musulmanes, cuyas monturas, sillas, vestidos y joyas darían para comer muchos años a una familia castellana. El color de las banderas repetía los del oro y el azul, símbolos de los Hud que también los nobles replicaban en sus ropajes.

El jolgorio de la gran ciudad los acogió, pero una vez en ella y tras hacer leve parada para que los pudieran contemplar, el grueso de la tropa volvió a salir del interior del recinto fuertemente amurallado para marchar hacia un arrabal. Allí se habían dispuesto para las tropas dos grandes cuarteles provistos de todo lo necesario: cocina, aljibes, letrinas, caballerizas y grandes estancias en las que dormir. El lugar había sido escogido porque en aquella parte de la urbe era donde residía el grueso de la población mozárabe, que era bastante numerosa y tenían en la iglesia de las Santas Masas el lugar de culto cristiano más importante y concurrido de la ciudad. Ahora, con la llegada de los destacamentos cidianos, aún lo sería más.

Los residentes del arrabal los recibieron con alegría y hospitalidad. Eran numerosos, pero el estamento más pobre. Estaban obligados a pagos de tributos especiales por practicar su religión, no tenían apenas posibilidades de ascender en la escala social, ejercían los trabajos más

humildes y sus templos no podían disponer de resonantes campanas de metal, pues la voz del dios cristiano no podía oírse más alta que la del muecín llamando desde lo alto del alminar de la mezquita a la oración a los fieles, pues esa era la voz de Alá.

Los Hud los habían tratado mejor que los tuyibíes, la dinastía anterior a la que habían sustituido, y desde luego mejor que en los tiempos de Almanzor. La fuerte presencia mozárabe en la capital del Ebro tenía que ver con que en el principio de la conquista musulmana el conde visigodo que la dominaba se convirtió al islam, dando lugar a la poderosa dinastía de los Banu Qasi, que incluso se las tuvo tiesas con los califas y mantuvo largo tiempo buena relación y hermandad con los cristianos de Pamplona porque las dos dinastías, cristiana y musulmana, compartían la misma sangre.

Pero aquellos cuentos lejanos apenas interesaban a ninguno de los recién llegados. Mi abuelo Pedro, más curioso, algo alcanzó a saber. La mayoría sí se alegraba de que sus vecinos fueran cristianos, aunque por las ropas nadie podía apenas distinguirlos de los que no.

El de Cardeña había amigado en el viaje con un joven jinete que se había unido a los nuevos durante el camino. Era más que discreto en hablar de su pasado y no hacía mención alguna a su familia ni a su lugar de nacimiento, tan solo que había estado viviendo en Gormaz y formado parte en algún momento de su guarnición. Por alguna desconocida razón buscó el arrimo de mi abuelo, aunque fuera de muy diferente carácter, callado y esquivo, y de complexión, enteco y de no mucha talla. Poco se parecía al grandullón de voz campanuda y risa fácil y abierta que cada vez era más popular en la mesnada y que tenía la mejor entrada en todos los corros, donde era muy bien recibido y al segundo trago requerido a que les recitara algún tramo de sus cantares para poderlo recordar. Dijo el otro llamarse Pedro, como él también, y para no confundirlos se quedó con el Gormaz. Si es que era de allí, que muchos lo dudaban, pues los que sí provenían de aquel lugar, aunque era de poblamiento reciente y muy agitado, tan solo alcanzaban a haberlo visto alguna vez y familia, desde luego, no tenía allí. Pero aquellas cosas en la mesnada no se preguntaban mucho y se respondían aún menos.

Lo único cierto es que ambos se convirtieron en inseparables, o el uno en la sombra del otro, y se complementaban bien. El de Gormaz sabía moverse mejor que nadie por la ciudad y a nada era el guía del otro por sus vericuetos y entresijos. Se sabía barrios, mercados, lugares y rincones donde encontrar cualquier cosa que se pudiera necesitar, hasta aquellas que no se deberían buscar. El de Cardeña, mi abuelo,

que en aquello se dejaba enseñar y lo hacía con agrado, disfrutando del bullicio y las continuas sorpresas que le deparaba la urbe, tenía además otras inquietudes y curiosidades. Como cuando le dio por circunvalar la ciudad entera para contar sus torres. Lo hicieron y el Gormaz llevó la cuenta con los dedos y resultó que fue de diez veces diez el número completo de las que defendían el enorme recinto que amparaban. Algunas eran colosales, otras de menor porte, pero todas completaban una sensación de fortaleza inexpugnable. El grosor de la muralla impactaba también, pues alcanzaba los diez codos.

Al regresar al cuartel y contarlo, uno de los que compartían recinto con ellos y que era muy considerado por todos, pues hasta sabía escribir su nombre, dijo que la habían levantado gentes antiguas, aquellos romanos que hablaban todos como los obispos, en latín, y habían construido también la muralla de León. Y que esta no había habido nadie que la hubiera podido expugnar, ni siquiera aquel gran Carlomagno ni su sobrino Roldán. Asintieron todos muy conformes con la explicación, aunque la verdad era que a ninguno, ni siquiera el que decían que sabía leer, le sonaba poco más que el segundo había muerto tocando un cuerno por haberlo escuchado a algún juglar por alguna plaza castellana. Pero tampoco les interesaba mucho, la verdad. Ellos habían ido allí a hacer fortuna y regresar, si podían, honrados y ricos a su tierra natal.

No tenían, aunque no hubiera guerra y todo pareciera tranquilo, mucho tiempo para el ocio y la holganza, pues Rodrigo y Minaya habían impuesto a la tropa un ritmo constante y duro de adiestramiento. Tenían que conjuntar a todos sus escuadrones e igualar a los veteranos y a los novatos a la hora de moverse, además de responder al unísono a las órdenes y ejecutarlas con precisión.

Habían llegado a principios de verano y el calor había ido subiendo en intensidad. Sudaban a chorros y empapaban las camisas, las calzas, el velmez, la cofia y hasta la loriga quien la tenía, aunque esta y todo lo que se ponían por fuera eran perdidas de polvo, y acababan todos con la boca más reseca que si hubieran estado mascando esparto.

Porque cada mañana, antes de clarear el día, todos los que no estuvieran impedidos por enfermedad o por alguna otra razón de fuerza mayor habían de comparecer armados y alineados en sus respectivos escuadrones formados en torno a su seña en la explanada de Almozara, justo a los pies del palacio de la Alegría. Allí aparecía también los veinte batallones, con cien jinetes cada uno, del ejército hudí, y juntos comenzaban su entrenamiento y evoluciones, pues la pretensión de Rodrigo era convertirlos en una unidad de combate

conjunta y formidable, sacando de cada cual lo mejor: la ligereza de los moros y la potencia de choque de los cristianos.

Los primeros ofrecían muchas dudas, pues si habían conocido tiempos aguerridos, ahora tendían más que a otra cosa al alarde y la exhibición y no le parecían para nada fiables para el combate a Minaya. Tampoco a Rodrigo, pues percibía que se parecían poco a aquellos con los que había hecho sus primeras armas siendo apenas un mozo en la batalla de Graus, contra el rey Ramiro, el padre del actual soberano aragonés, a quien habían dado muerte en la batalla. Con la decadencia del Al Muqtadir había ido disminuyendo el vigor de su ejército, cuyos capitanes gustaban más de los placeres de la mesa y de la copa, del frescor de los jardines y el susurro del agua y de las músicas y danzas de las bailarinas que del entrechocar del acero, el vuelo de la flecha, el calor del combate y el olor del sudor de su caballo.

—Son más de llevar sedas que de empuñar el hierro y más de lucir sus joyas y adornos que de afilar sus espadas —gruñía Minaya cada mañana al verlos comparecer.

Entre sus destacamentos se fijaba sin embargo y con especial atención en los escuadrones de un tal general Umar, que era el más puntual y el más esforzado también, pero que miraba al bies a los cristianos y no cruzaba con ninguno, ni con el propio Cid, sino las palabras imprescindibles.

—Ese moro no es de fiar, Rodrigo —le solía decir.

—Pero es quien mejor dirige a sus huestes y son las que mejor se comportan —respondía el de Vivar.

—Pues por eso hay que tener todavía mayor cuidado con él —concluía el de Orbaneja.

Y con una sonrisa y un gesto cómplice, como diciendo que a su Minaya no se le escapaba ni una, asentía el otro.

Realizaban simulaciones de cargas, ataques en cuña, maniobras de envolvimiento por las alas y tornafuyes fingiendo huidas para girar en redondo y contraatacar a sus perseguidores después. La endurecida mesnada cidiana se había convertido en todo un espectáculo para los zaragozanos, que acudían a ver cómo efectuaban sus embestidas y sincronizados movimientos y prorrumpían en grandes aplausos cuando cargaban para luego contener sus monturas, hacerlas virar y otra vez retornar al ataque. A veces finalizaban con una carga masiva de todos, profiriendo grandes alaridos, que tan solo detenía su atronadora

cabalgada justo a los pies del palacio. Despertaba admiración, pero también hacían pensar que una traición contra ellos podría costarle muy cara a la ciudad. Eran sus invitados y protectores, mas podían transformarse en el peor enemigo si sospechaban que se tramaba algo contra ellos. Y algo en efecto se estaba cociendo, aunque tardó en borbotear en el puchero.

Pasó el verano, llegó el otoño y los mesnaderos castellanos ya se habían convertido casi en parte de la población, y el trato con ellos en el arrabal mozárabe había adquirido nuevos rasgos de vecindad. Y de algo más también. Había quienes habían dejado los cuarteles y vivían en casas y no pocos dormían acompañados. Había muchas mujeres solas, viudas unas, solteras otras, vete tú a saber qué algunas, y bastantes necesidades y no solo de compañía, y ellos despertaban admiración y disponían de buenos dineros. Las soldadas eran altas y se pagaban con puntualidad: se había ajustado un pago de quince mil dinares, de los cuales un tercio correspondía al Cid y otro se repartía entre los capitanes y más principales caballeros y el tercio restante entre la tropa, cobrando los jinetes el doble que los peones.

El de Gormaz había sido de los primeros en instalarse, aunque por supuesto a la hora de formar en las filas no faltaba mañana alguna ni Minaya toleraba que nadie lo hiciera. Mi abuelo, por su parte, seguía en el cuartel la mayor parte de las noches, pero se había hecho muy popular y trabado muchas amistades en el arrabal. Por su alegre y buena manera de ser, pero mucho también al enterarse de su gusto por los decires y cantares, pues eran los zaragozanos muy dados a la música y a entonar aquellas jarchas tan especiales y propias que tenían un vibrante sonar.

Se congregaban con la fresca grandes corros donde el abuelo Pedro no tardó en ser no solo bien recibido, sino aguardado con expectación. Él iba con mucho gusto, así iba sabiendo de instrumentos nuevos que se añadían a los de aire y de cuerda que ya conocía, como el laúd, la guitarra, la vihuela o la zampoña, pues algunos moros se unían con sus chirimías, que parecían unas veces gemir y lamentarse y otras acariciaban el aire y la piel.

Al abuelo no le faltaba nunca un trago del mejor vino ni un dulce de aquellos exquisitos que allí hacían: almendras con miel, rosquillas con nueces o dulces con carne de calabaza. Y algunas frutas que no había probado jamás, pues además de higos y brevas y de cerezas servidas en agua fría, probó también la carne de las naranjas y su zumo, al

igual que el de limón, pero este mejor rebajado, y disfrutó pelando y desgranando su primera granada.

También él encontró quien lo acogiera en su cama, aunque las más de las noches retornaba al cuartel. Una viuda joven con dos hijos, de buenas carnes, guisos sabrosos y una risa alegre, que se hizo cada vez más continua cuando la comida no faltó en su casa. El abuelo fue siempre de ser dadivoso y ella disfrutaba enseñándole algunas cosas que él nunca había sentido ni hecho sentir, pues sus furtivas y más que escasas coyundas en Cardeña, entre sofoco y gruñido, que alguna habría tenido, aunque de ellas bien poco habló nunca, no habían sido ninguna escuela. Entonces supo que además de desfogue eran juego, disfrute, placer y daban para muchas risas, que tanto les gustaban a los dos.

Ella se llamaba Juliana, tenía una boca sabrosa, poderosas caderas, una grupa bien llena y un corazón alegre que sacaba a relucir en cuanto la vida le daba una oportunidad por pequeña que fuera. Él se la dio y ella supo aprovecharla y pagarla con creces. Sus hijos crecían sanos y fuertes y ella quería hacer feliz a aquel hombre grande y de voz recia y hermosa. El abuelo Pedro siempre tuvo de ella el mejor de los recuerdos de aquellos tiempos suyos de guerrero al servicio del rey de Zaragoza, el ya anciano Al Muqtadir, que cuando el invierno y el frío se enseñorearon del espacio sintió que también penetraba en su cuerpo y le iba congelando la vida.

Fue el momento que esperaban los conspiradores. Encabezados por su propio hijo, Al Fagit, ya rey de Lérida, y por su hermano, Al Muzafar, que ahora residía en Zaragoza, pero que antes también había sido rey de Lérida, luego depuesto por traición y perdonado, estaban listos para desatar la rebelión contra el moribundo. Su pretensión era acabar con el heredero, Al Mutamin, en cuanto muriera su padre, o incluso mejor, antes de que lo hiciera, y cuando supieron que estaba ya en su lecho de muerte, pensaron que su hora de actuar había llegado al fin.

Pero Al Mutamin, que no por ser hombre entregado a los estudios y las ciencias dejaba de ser avisado y conocía el corazón de su hermano y el de su tío, pues su padre le había aconsejado bien sobre ambos, les madrugó la intentona.

Avisó a Rodrigo y Minaya escogió en medio de la noche, en los barracones de las Santas Masas, algunos pelotones de los más dispuestos, entre ellos al abuelo Pedro, y acompañando a los guardias hudíes cercaron la casa de Al Muzafar, lo apresaron y lo enviaron a las mazmorras del poderoso e inexpugnable castillo de Rueda, sobre el río

Jalón y a unas siete leguas de Zaragoza. No consiguieron su objetivo con el general Umar, cabeza militar de la trama, quien debía estar sobre aviso y cuando quisieron llegar donde se hallaba se encontraron con que se había ido corriendo a refugiarse en Lérida para ponerse a las órdenes de Al Fagit, llevándose con él dos batallones de caballería.

El viejo rey Al Muqtadir murió a los pocos días y, tras llorarlo, los zaragozanos supieron que habría guerra entre los dos hermanos. Al Mutamin comenzó a llevar junto a él, además de su guardia hudí, otra de cristianos.

Sin embargo, y mientras duró el invierno, los contendientes se mantuvieron cada cual en su sitio. Fue al comenzar el deshielo cuando Rodrigo y Minaya entendieron que iban a tener que empezar a hacer el trabajo por el cual les pagaban. Las tropas del rey aragonés Sancho Ramírez se dispusieron a moverse en sus montañas e iniciaron el descenso a los valles, y por la costa vino con las suyas el conde de Barcelona, Ramón Berenguer, que en sincronía con Al Fagit se había puesto también en movimiento. El aragonés y el catalán esperaban aprovechar la pelea entre los hermanos y apoyaban al rebelde leridano para sacar tajada y aumentar sus dominios apoderándose de territorios del zaragozano. Al Fagit los necesitaba, pues sin ellos no tenía posibilidad alguna y sería aplastado.

Pero fue la velocidad de la mesnada cidiana la que les arruinó sus planes a los tres. Sin concluir la noche tras la tarde en la que llegaron a Zaragoza, ya se había puesto el Cid en marcha con sus escuadrones en perfecta formación.

Al amanecer, al remontar un altozano desde el cual aún se divisaba la ciudad que dejaban atrás, el de Cardeña y el de Gormaz volvieron la mirada hacia sus poderosas murallas cuya protección abandonaban. A ellos, como a todo soldado que parte hacia la batalla, se les vino a la cabeza que tal vez no volvieran a verlas jamás.

[8] Zaragoza sobrepasaba los veinte mil habitantes, mientras que Burgos apenas tenía un par de miles o tres a lo sumo.

[9] Un hijo de este, que acabaría siendo asesinado por su hermano gemelo y que fue después el siguiente conde de Barcelona, se casaría con la hija mayor del Cid, Cristina.

8

El sueño roto

Fue el de Gormaz el que no las volvería a contemplar. Sí pudo hacerlo mi abuelo, el Pedro de Cardeña, y a la vida del otro debió él la suya. Pero en la victoria de Almenar fue también donde su sueño de guerrero quedó para siempre roto.

Las mesnadas cidianas de caballería al completo, a excepción de cien lanzas que se quedaron para proteger al rey, se habían dirigido raudas hacia las fronteras con el reino de Aragón. El puesto más adelantado de estos era la fortaleza de Alquézar y confrontada a ella estaba la de los Hud en Monzón. Directo a ella y a marchas forzadas se encaminó Rodrigo, porque temía Al Mutamin de la lealtad de su alcaide y no estaba seguro de a quién prestaría obediencia, si a él o a su hermano Al Fagit.

El rey aragonés, por su parte, había jurado que el Cid jamás entraría por sus puertas y avanzó con rapidez también hacia allí, como hicieron igualmente las tropas del rey leridano al mando del desertor Umar.

Pero los hombres del Cid se les adelantaron. En la primera jornada avanzaron más de once leguas,[10] y la siguiente noche estaban ya acampados en Piedra Alta[11] dando vista a las asombradas tropas leridanas del general Umar, que para nada esperaban verlos llegar tan pronto. Y un pequeño destacamento de hombres de Fáñez, que se había adelantado en descubierta, se topó con caballería aragonesa en las mismas labores de exploración. El rey Sancho Ramírez estaba acampado a menos de dos leguas también.

Al amanecer del día siguiente y sin esperar un instante y a la vista de los dos ejércitos enemigos, los hombres de Rodrigo, sin que los otros osaran atacarlos, se dirigieron en compacta formación hacia Monzón y con las banderas desplegadas llegaron ante sus puertas, que estaban cerradas y sus almenas llenas de arqueros con sus armas listas para disparar.

Pero el astuto y dubitativo alcaide había observado lo acontecido y la nula respuesta de leridanos y aragoneses. Así que, al proclamar Rodrigo que venía a darle protección en nombre del rey Al Mutamin, optó por abrirlas y entregarle la ciudad, poniéndose a sus órdenes y manifestando su lealtad al nuevo rey.

Con tan importante refuerzo ya encastillado en su interior, Umar primero y Sancho Ramírez después entendieron que lo mejor era levantar el campo, porque ninguno había previsto un asedio y este ahora ya no tenía ninguna posibilidad de éxito.

Así que la primera misión de la campaña, y sin tener que librar un solo combate, acabó bien. Lo mismo sucedió en el castillo de Tamarite, al que fueron a reforzar y donde los recibieron con gran alborozo.

La frontera quedó asegurada y la primavera fue transcurriendo sin sobresaltos.

Pero entonces fue cuando se produjo el hecho que iba a precipitar la batalla: Al Mutamin ordenó reconstruir y reforzar su castillo de Almenar, que estaba a tan solo tres leguas de la capital leridana. Empleó todo lo que fue menester para avanzar en las obras, no escatimó ni en hombres, ni en medios ni en dineros, y se trabajó sin descanso hasta que en apenas unos meses, y aún sin estar del todo concluida, la fortaleza ya era defendible y en ella se aposentó una nutrida guarnición.

Al Fagit, furioso y al tiempo atemorizado por tan cercana amenaza, convocó en su ayuda al conde Ramón Berenguer, y prometiéndole todo el oro que quisiera y varios enclaves que ansiaba tener, hizo que él llamara a su vez a muchos otros condes de un lado y otro de los Pirineos que acudieron convencidos de que con su poderosa coalición desbaratarían al rey de Zaragoza y a sus tropas, por mucho que las mandara aquel castellano apodado el Cid.

Este se encontraba entonces en la zona de Escarp, donde la mesnada sí había tenido que librar duros combates que concluyeron con la toma de su castillo, a cinco leguas de Lérida y a siete de Almenar, y un cuantioso botín de numerosos prisioneros que enviaron a Zaragoza. Pero, mientras, el conde de Barcelona y sus aliados, junto a Al Fagit, tenían ya cercado Almenar, que con sus defensas incompletas se encontraba en una difícil situación. Rodrigo urgió a Al Mutamin a unirse a él y finalmente lo convenció. Ambos se encontraron en Tamarite y el inexperto rey hudí, al verse ante tan potente ejército,

quiso atacar de inmediato. Ante su estupor, Rodrigo lo contradijo y le señaló que los otros los superaban por mucho en número y que tal vez fuera conveniente negociar ofreciendo una fuerte suma si se avenían a levantar el cerco. Un tanto perplejo, Al Mutamin aceptó que se hiciera la propuesta.

La respuesta de Al Fagit fue que no había otra cosa que pudiera ofrecérsele que ocupar el trono y el Salón Dorado del palacio de la Alegría como legítimo y único soberano de todos los reinos hudíes. El conde de Barcelona lo secundó y aun con mayor displicencia. Tildó al Cid de cobarde y rechazó la oferta diciendo que lo que le prometían y multiplicado por mucho era lo que iba a tomar por su mano, pues se iba a apoderar no solo de aquella fortaleza, sino de todas las demás.

Al conocerse sus palabras, Rodrigo enfureció y con él toda su mesnada.

A nada estaban encinchados los caballos, los hombres a sus lomos y las lanzas listas para ser enristradas.

Al Mutamin, con el grueso de sus tropas, excepto algunos destacamentos de caballería que marcharon al combate junto a los castellanos, se quedó encastillado en Tamarite por consejo del propio Rodrigo por si su ataque resultaba fallido y poder así él retroceder hacia el refugio de las murallas de Zaragoza.

Aquella vino a ser la primera y también la última gran batalla que iba a librar el abuelo Pedro.

Los catalanes, acampados en una posición más elevada, se lanzaron en tromba contra las tropas del Cid. Pero no llevaban en sus pies las rudas botas altas de cuero que los castellanos calzaban, sino finos calzados de suave piel, y en vez de monturas con altos borrenes que permitían aguantar mejor los choques, elegantes sillas ligeras. Además, no era día de cazar ciervos que huían, sino de enfrentarse al hierro de los feroces guerreros. Los cidianos los hirieron en las piernas descubiertas donde no les llegaba la cota de malla y los desarzonaron en los embroques aguantando sobre los caballos merced al elevado alzado de las traseras de sus sillas. Aguantaron su primera embestida y la devolvieron recrecida monte arriba.

Mientras eso hacía Rodrigo, Minaya, con trescientas lanzas entre las que cabalgaba el abuelo Pedro, atacó el flanco enemigo donde era más débil, pues estaba compuesto por tropas leridanas de Fagit con algunos de los cuales se habían ejercitado en la Almozara. Estos aún

lograron aguantar una primera carga, pero a la segunda muchos se dieron a huir. Mas no todos. En la primera, Pedro había derribado a un moro, al que pasó hasta bien hondo con su lanzada, y atropellado con su caballo a otro caído. Fue en la segunda, cuando iban ya los otros vencidos y al revolverse él tras haber herido y derribado un enemigo, no vio llegar a uno que aguantaba y le atacó por atrás. Le alcanzó con su lanza por la parte interior del antebrazo, justo por debajo del codo, desgarrándoselo por completo hasta dar en hueso, desviarse y seguir sajando carne y nervios y al final romper por el otro lado de la extremidad.

Mi abuelo Pedro no tenía loriga que se la cubriera, pues tan solo había conseguido un remedo de cota de malla para protegerse el pecho. Se le quedó desmayada la mano y dejó caer su lanza. Notó que el brazo se le desmadejaba y no podía hacer uso de la espada ni del hacha. Un nuevo golpe que vino de otro enemigo, este dado con espada, le alcanzó en la cabeza, dándole con gran fuerza en el yelmo, y aunque este aguantó, él acabó por caer al suelo conmocionado y a merced de sus enemigos.

Iban a rematarlo cuando vio que el de Gormaz llegaba en su ayuda, echándoles su caballo encima y enzarzándose con los jinetes moros que, en número de tres, cerraron contra él rodeándolo mientras él permanecía en el suelo sin poderse valer. Aturdido e inerte, alcanzó a ver cómo una lanza ligera atravesaba el costado de su amigo y este se doblaba en la silla. No sintió ya llegar a otros castellanos, aunque le pareció reconocer la voz de Minaya gritando antes de perder sus sentidos.

La batalla estaba vencida, pero él no pudo ya participar ni disfrutar de la victoria, ni ver cómo a la tercera carga los de Rodrigo con él al frente asaltaban el altozano y Ramón Berenguer, los condes francos y los occitanos se rendían, ni cómo el Cid despojaba de la famosa espada Colada, su tesoro más preciado, al orgulloso conde de Barcelona. De nada de ello pudo gozar porque en toda victoria hay derrotados entre los vencedores y en este caso lo habían sido el de Gormaz y él.

Pero aquello importaba bien poco a todos los demás. El triunfo sobre los leridanos y los catalanes había sido completo, inmenso el botín obtenido y triunfal el recibimiento que los zaragozanos ofrecieron a las tropas castellanas que los habían salvado.

Pedro de Cardeña venía atrás del todo, tendido en un carro al que iba atado su caballo, que había permanecido a su lado, y sabiendo ya que su salvador había perecido por librarlo a él de la muerte. No sentía

nada desde el codo hacia abajo ni podía mover el brazo, cuyas carnes abiertas y sangrantes, tras detener la hemorragia, había cosido el físico. Lo llevó en brazos el mismo Fan Fáñez, por encargo especial de su tío Álvar Fáñez, que fue quien lo había rescatado del campo de batalla. Pero nada pudo hacer con los tendones sajados por los filos de la lanza sarracena.

La herida de la cabeza no le había llegado a quebrar huesos y, aunque parecía a punto de reventar y le costaba fijar la mirada, pasados los días mejoró, se deshinchó y no pareció quedar secuela alguna del tremendo golpe. Pero el brazo derecho se le quedó para siempre inútil, le colgaba como un peso muerto y no podía mover los dedos. La profunda cuchillada le había cortado los tendones y aquello no tenía remedio alguno.

Tras unos días en el hospital del cuartel de las Santas Masas lo llevaron a casa de la viuda, con sus pertenencias, armas y ropas. El caballo permaneció en las caballerizas de la mesnada y tuvo quien lo cuidara.

Su amigo Pedro de Gormaz quedó bajo la tierra de Almenar y se llevó con él los secretos de su vida, pues algunos desde luego y no muy buenos debía tener. A nadie pudo hacérsele llegar nada de lo que tenía, pues a ninguno, ni siquiera al de Cardeña, había dejado recado alguno de a quién hacérselo llegar, como era costumbre hacer.

El abuelo Pedro se fue restableciendo con bastante rapidez gracias a su famosa encarnadura de perro, pero esa no llegaba para soldar tendones tronzados. Sin embargo, su recuperación fue solo de cuerpo, pues su ánimo, al comprender que su sueño de guerrero había concluido casi sin comenzar siquiera, siguió abatido. Se llenó de tristeza y ni siquiera los cuidados y la alegría de la joven viuda lograba aventarla casi en ningún momento del día.

Fue un tiempo aquel del que después casi nunca aceptó a hablar y si lo hacía era tan solo para recordar con gratitud a aquel otro Pedro, de mirada esquiva y turbia, pero que dio su vida por salvar la suya.

[10] Una legua equivale a siete kilómetros. Hicieron pues ochenta kilómetros en un solo día.

[11] Peralta de Alcofea.

9

La vuelta de la voz

Volvió a Castilla a caballo, pero sin lanza ni espada. Se trajo con él su hacha y recuperó su largo bastón.

Los días y los meses habían ido pasando en Zaragoza, estaba ya muy avanzado el año 1082. Su cuerpo había curado y reparado lo que tenía reparación, pero su espíritu seguía enfermo. No contaba, ni decía ni hacía por cantar. Los corros a los que antes iba, y donde fuera tan celebrado, ni los quería pisar. Mustio de cara, perdido el mirar, solo los chiquillos de la Juliana conseguían alguna vez arrancarle una sonrisa de las que antes no abandonaban nunca su cara.

Al cabo de algún tiempo, sin embargo, algo comenzó a moverse en su interior. Lo primero fue que comenzó a atender por sí mismo a su caballo, a darle su cebada, llevarlo a abrevar, cepillarlo y sacarlo al menos un rato a caminar, valiéndose tan solo de su mano zurda. Con ella empezó a acariciarlo en la frente y a llamarlo con el nombre que le puso cuando lo consiguió tras la batalla de Alcocer: Moro, por su pelaje negro azabache. Antes pocas veces se lo decía, pero ahora cogió la costumbre de llamárselo cada vez más, y el animal al poco comenzó a responder a él. Pareciera que ahora fuera como más suyo, algo a lo que cuidar, o quizá fuera el animal el que sintiera que el hombre necesitaba que estuviera junto a él.

Cuando el grueso de la mesnada marchó de la capital y fue a instalarse en Tudela para desde allí controlar los movimientos del rey aragonés, él quedó en Zaragoza y comenzó a frecuentar aún mucho más las caballerizas y a pasar mucho tiempo allí. No había tantos ojos que lo compadecieran y que acabaran posándose en su brazo yerto y ello le hacía sentirse mejor. Fue cuando ya se decidió a montar a Moro de nuevo y poco a poco consiguió hacerlo con cierta soltura, aunque algún costalazo se dio que lo llenó de rabia y frustración, pero al cabo subía bien y, una vez arriba, con el brazo izquierdo y la parte superior del derecho que aún respondía a su autoridad lo conducía cada vez mejor. Comenzó a salir al campo con él, a trotar primero y a galopar

después.

Fue la noche luego de aquella galopada cuando yació de nuevo con Juliana y tras montarla rieron por primera vez los dos.

Lo siguiente que hizo fue conseguir un buen bastón. Lo buscó largo, recio, recto y duro, de nogal. No pensó ni en intentar ejercitarse con la mano siniestra en el uso de la espada ni tampoco en el de la lanza. En ello se dio por vencido sin ni siquiera probar a atarse o de alguna manera abrazar la adarga en el lisiado y utilizar el otro para atacar. Era un tullido y como tal habría de vivir. Fue al aceptarlo por completo cuando en realidad se comenzó de veras a curar. Y cuando también supo que debía regresar a casa, a su tierra, porque donde estaba ya no pintaba nada y se sentía estorbar. Bueno, con Juliana y los chicos no, pero aquellos no eran sus hijos ni aquel en realidad su hogar.

La mesnada lo seguía protegiendo. Le dijeron que podía ocuparse de trabajos en las caballerizas y que tendría soldada de peón. Y aceptó, pero solo hasta que llegara la ocasión de partir de allí.

Fue por entonces cuando vinieron Fan Fáñez y Félez Muñoz, quienes habían llegado a Zaragoza para traer alguna misiva de sus tíos para el rey y aprovecharon para sacar un rato e ir a verlo a él también. Eso lo encareció en mucho, y era para agradecerlo en verdad, que dos de los más importantes caballeros le dieran tal constancia de su favor. Se sinceró con ellos y les confió que quería volver a Castilla cuando acabara por recuperar su ánimo y tuviera mejor ocasión.

Los despidió con mucho sentimiento y les rogó saludaran a sus tíos y sobre todo a su protector, pues bien se barruntaba que era Álvar quien seguía velando por él.

Félez le dijo al despedirse:

—No olvides, Pedro de Cardeña, que, si la mano tienes seca, sigues teniendo viva y poderosa la voz. Mucho nos gustaba oírla y nos gustaría escucharla de nuevo alguna otra vez.

Tras partir, se quedó pensando en aquello y le susurró al Moro uno de aquellos versos que compuso cuando lo de Alcocer. Luego recordó la envidia que de ambos, tan parejos a él en edad aunque no en condición, había tenido. Pero no solo por estar pujantes y enteros, aunque también, sino por algo que ellos tenían y él no: Fan y Félez sabían ambos leer y escribir.

Había pensado en ello durante aquellos meses de oscuridad en su alma. Cuánto le hubiera gustado haber aprendido de muchacho a descifrar los signos de los pergaminos y hasta poderlos él mismo escribir.

La oportunidad de regreso que esperaba se le presentó de la más intempestiva manera, pues de alguna forma fue Castilla la que vino a su encuentro y el propio rey Alfonso quien fue a buscarlo. Bueno, a él claro que no, pero de su llegada sí que se aprovechó, aunque al mismísimo rey casi le costó la vida el viaje.

Según el abuelo Pedro pudo saber después, el asunto partió del gran enredador, el encarcelado Al Muzafar, hermano del fallecido Al Muqtadir y tío de Al Mutamin y de su hermano y rival Al Fagit. El castillo de Rueda, amén de prisión, era la más poderosa fortaleza de toda la ribera del río Jalón. Inexpugnable y amenazadora, con sus tres imponentes murallas y sus enhiestas torres, eran famosas las dos gemelas, llamadas las Dos Hermanas. Sus vericuetos, defensas y trampas para impedir cualquier penetración enemiga se conjugaban con su especial situación natural arriba de un profundísimo tajo sobre el río que le hacía de formidable foso, y al que se podía acceder desde el interior del castillo por un caño subterráneo excavado en roca viva que le garantizaba el abastecimiento de agua. Por sed desde luego no se le podía rendir, e intentar asaltarlo resultaba suicida para todo aquel que cometiera, y la habían cometido bastantes, tal temeridad.

Era el último refugio y la más segura prisión de los reyes de Zaragoza, que se hallaba a tan solo cinco leguas de la capital. Y era también codiciado por todos los reinos vecinos, los musulmanes de Valencia o los cristianos castellanos. Quien lo consiguiera sería el dueño y señor de todo aquel territorio.

Sobre esa ambición trazó el ladino Al Muzafar su plan. Para ello engatusó al alcaide y carcelero Albofalac, a quien convenció de que su mediación le haría rico y poderoso de por vida, amén de señor de toda una taifa. Fue el encargado de conectar con el rey Alfonso, a quien propuso entregarle el castillo a cambio de su protección contra la venganza segura de su señor Al Mutamin. Eso le supondría al castellano el dominio de todo el valle del Jalón. Los dos conspiradores le insistieron una y otra vez hasta que quedó persuadido de que podía salir bien la operación y envió hacia allá a una potente hueste al mando de un infante navarro, Ramiro,[12] sin trono, eso sí, pues este lo tenía en su poder el monarca aragonés.

Llegados ante Rueda, Al Muzafar y Albofalac se mantuvieron en su

promesa, pero exigieron la presencia del propio rey para hacer la entrega y firmar personalmente su compromiso con los dos. Viendo la presa cercana, Alfonso emprendió el viaje rodeado de su corte y caballeros más principales. A su encuentro acudió Albofalac, ultimaron el acuerdo y este retornó a Rueda para culminar la operación, pero allí se encontró con la más horrible noticia que echaba por tierra todos sus planes: el viejo rey de Lérida acababa de fallecer repentinamente. Viéndose entonces perdido, pues su traición ya era una evidencia, maquinó que la única forma de hacerse perdonar por Al Mutamin sería la de aprovechar lo acordado, tender una trampa al rey Alfonso y acabar con él. Y a punto estuvo de conseguirlo, pues tan solo un último atisbo de prudencia en el momento final salvó al cristiano.

Estaba dispuesto que la comitiva, tras atravesar el pueblo y ascender a la alcazaba, iría encabezada por el rey acompañado de sus más importantes magnates, los infantes navarros y varios de sus condes. Tenían que cruzar por un angosto paso, por donde apenas cabían dos caballos a la par, flanqueado por sendas barbacanas y dominado por las Dos Hermanas. Se disponía ya a cruzar la primera puerta que daba entrada al pasadizo cuando, en un repente providencial, Alfonso decidió que fuera delante su séquito y que él caminaría detrás. Avanzaron, y cuando ya se había adentrado un numeroso grupo en la angostura, Albofalac ordenó cerrar la puerta trasera, suponiendo que el rey estaría ya cogido en la trampa. Pero por chiripa aún no había llegado a entrar.

Se desató la matanza. Cayeron sobre los atrapados, sin posibilidad alguna de defensa, enormes piedras, flechas y lanzas hasta no dejar vivo a ninguno. Alfonso no pudo sino salir a escape con los que quedaban con él y llegar desolado al campamento tras haber escuchado los gritos de sus más cercanos vasallos, sin poder hacer nada por salvarlos. Y ahora se encontraba con no muchas fuerzas a su lado, a la intemperie, en territorio hostil y con sus mejores capitanes asesinados. Fue en el día de la Epifanía de Reyes de 1083.

Enterados de la situación en la que se encontraba su señor natural, Rodrigo y Minaya no lo dudaron ni un instante y se lanzaron al rescate. Llegaron desde Tudela a uña de caballo y con toda su mesnada para darle socorro y protección. Y la reconciliación que tantos deseaban se produjo al fin.

Rodrigo consiguió con su autoridad que le fueran entregados los cadáveres de los nobles masacrados y se ofreció a acompañar a Alfonso hasta que estuviera seguro en tierra castellana. Bajo las

murallas de Rueda, donde el traicionero alcaide seguía encerrado a cal y canto, se anunció el perdón total para todos los desterrados y por supuesto para Rodrigo Díaz de Vivar, al que el rey, en presencia de todas las tropas, abrazó. Se ofreció también a todos quienes quisieran regresar a Castilla que podían hacerlo con él.

Fue ese el aviso que le llegó al arrabal de Zaragoza a mi abuelo Pedro. Era la oportunidad que había estado esperando. Cogió su caballo y algunas pertenencias, entre ellas, su escudo y su lanza, que quiso conservar, y, dejando una importante suma de dinero y todos sus enseres a Juliana para que pudiera mantenerse durante mucho tiempo, partió de inmediato a unirse con los castellanos que regresaban a su tierra.

La viuda sabía que eso iba a pasar, lo tenía bien descontado y agradeció en mucho las ayudas que le dejaba, que no había esperado tan generosas y que le vendrían muy bien para sacar adelante a su prole, seguro que las estiraría y les sacaría buen provecho. El que no sabía cómo despedirse era Pedro. Sentía como si hiciera algo malo, pero que tenía que hacerlo. Farfullaba excusas y hasta alguna promesa de imposible cumplimiento. Ella se dio cuenta de su desazón. Le abrazó y le dijo lo que más podía aliviarle:

—Vete, Pedro, que se marchan sin ti, hombre. Has sido bueno. Conmigo y con mis hijos. Te recordaremos siempre. Nos has hecho mucho bien a todos.

Él se conmovió. Se sintió de alguna manera perdonado y tras un último beso a los chicos ahora sí se despidió de ella como debía.

—Me salvaste la vida, Juliana. Te la debo. Y te guardaré en mi memoria siempre. Pero ahora debo ir a vivirla en mi tierra y con los míos —dijo, y salió a escape.

Llegó cuando estaban ya levantando el campamento y disponiéndose a partir. La mesnada cidiana al completo acompañó en los primeros días al rey y el Cid mismo consideró continuar el viaje hasta el final y retornar al lado de Alfonso. Pero pasada y enfriada la emoción del encuentro, se lo pensó mejor y decidió que no era su mejor opción volver a la corte donde tantos enemigos tenía, y que era más de su conveniencia continuar en aquellas tierras de los Hud, ahora de nuevo en la gracia de su rey, aunque pudiendo campar a sus anchas y buscando su propia fortuna. La gran mayoría de sus gentes decidieron seguir con él, pero algunos sí optaron por retornar.

Fue el propio Rodrigo quien notó que, a pesar de su silencio, Minaya ansiaba hacerlo también. Y al ver que no lo haría si él mismo no le obligaba, le forzó a confesar su deseo y luego a que hiciera lo que le pedía su corazón, que era regresar a su casa con su mujer doña Mayor, hija del conde Ansúrez, y combatir junto a los suyos contra los enemigos de Castilla y de su rey fuera este el que hubiera de ser.

Álvar Fáñez cabalgaría desde aquel día y ya por siempre al lado del rey Alfonso, convirtiéndose en su capitán general de las fronteras del sur. Pero nunca dejó de estar en la más absoluta fraternidad de quien, con reconocimiento o sin él, era también su hermano y así se consideraban los dos.

Con Minaya partió su sobrino Fan Fáñez y ninguno de los dos permitió que fuera por detrás de la hueste tragando el polvo el ahora lisiado jinete que había hecho el camino de ida como peón.

Volvía mermado, pero había recuperado la risa y, al entrar en Castilla, el abuelo Pedro volvió a decir sus cantares en las fogatas de los campamentos con su hermosa, fuerte y limpia voz, como Félez Muñoz le había dicho que haría. Y al pasar por una sierra, en una lumbre en la que solo se calentaban viejos cidianos que conocían bien el porqué de aquel cantar, se escuchó en la noche fría, muy fría, de enero, aquel decir:

A la sierra de Miedes fuimos a posar,

aún era de día, no era puesto el sol,

mandó contar a su gente mio Cid el Campeador.

[12] Su hijo del mismo nombre se casaría pasado el tiempo con la hija menor del Cid, María, cuyo vástago y nieto del Campeador, García, acabaría por ser el restaurador de su dinastía en el trono navarro.

10

El regreso del lisiado

No regresaba triunfante como la vez anterior vino, pero tampoco volvía vencido. Llegaba lisiado, pero no era un pobre mermado en busca de caridad y limosna; no alcanzaba a rico, pero traía dineros.

Fue a ver a sus padres a su casilla junto al monasterio. El padre había sufrido en aquellos dos años una fuerte pérdida de vigor y ánimo y estaba muy decaído y avejentado, se movía con dificultad, tosía de continuo y tenía el cuerpo seco y el rostro hundido. Se fijó de inmediato en su brazo y se le ensombreció aún más la mirada. Pedro había notado que faltaba el hermano pequeño. Una fiebre lo había consumido y ahora él volvía mermado. Su madre, sin embargo, con lágrimas en los ojos, lo llenó de besos y de cariños. No pasaba nada, su hijo había vuelto vivo, ¿qué importaba que no pudiera mover una mano si otra le quedaba?

Sus dos hermanas también lloraban, pero cambiaron a las sonrisas cuando les dio las telas que les traía de regalos.

Y el que dio más saltos y cabriolas de todos y no dejaba de dar vueltas a su alrededor fue el lebrel. Estaba flaco como un perro debía estar, pero sin que se le marcara todo el costillar.

—Lo habéis cuidado bien, hermanas. Y aquí está lo que os prometí —les dijo sacando de una bolsita de cuero dos pares de aretes de plata —. Vais a ser la envidia, pero os pueden tomar por moras.

—Descuida, por aquí no vamos a sacar una cosa tan preciosa —dijo la mayor.

—Cuando te cases, quizá sí —dijo la menor.

Y se echaron las dos a reír.

La parte del mozo como jinete en el botín tomado a los condes catalanes en el campamento de Almenar había sido sustanciosa. También había logrado guardarse parte de las soldadas, y aunque le había dejado una buena bolsa a la viuda y sus hijos, se había reservado para sí la mayor cantidad, pues bien supo que no iba a ganar ya tan fácilmente los dineros e iba a necesitarlos todos. En Zaragoza vendió, amén de las armas, cuantas cosas de valor había atesorado en aquellos dos años con la mesnada, y tan solo conservó algunos objetos de plata que había conseguido mantener escondidos y que así pensaba que deberían seguir estando para casos de necesidad acuciante. El lancero había tenido el poso del labriego que siempre se guardaba algo por lo que pudiera venir, que siempre venía algo malo.

El abuelo les dijo a sus padres que no se quedaría mucho en Cardeña, que iba a instalarse en Vivar y allí moraría. Sentía que allí estaban sus raíces y allí quería echar sus ramas. En Cardeña había sido un siervo, un mozo de arado, en Vivar sería otra cosa. Más libre, más él como ahora era y como intentaría ser en el futuro.

Eso hizo. Fue a ver al abad por cortesía, porque ya sabía que el anterior había muerto en olor de santidad y a este nuevo ni siquiera lo conocía. Pero era el abad y sus padres dependían de él y servían al monasterio. Bueno era el llevarse bien con él y mostrarle respeto, a la vez que resaltar ya su invalidez y merma para que no percibiera posibilidad de conseguir cosa alguna, sino bien al contrario demanda de socorros. Que los clérigos y monjes pueden ser hombres santos es posible, pero que son más de pedir que de dar eso es seguro, y lo mejor es que piensen que tienes poco, o mejor, nada.

Ese mismo ropaje de pobre es el que se puso en el pueblo de Vivar, donde le habían dicho que había nacido y donde le quedaba alguna familia. Alardear de tener un botín escondido hubiera sido la peor manera de comprarse una casa, pero con la que el abuelo Pedro puso en práctica consiguió, con los mismos sueldos que le hubiera costado por sí sola, con cuadra para el caballo, la corte para los cochinos y arreñal para las gallinas y por añadidura una viña. Aún le quedó para comprarse también algunas suertecillas de labor y un huerto al lado del río Ubierna, y hasta le sobró un pico y no tan pico para guardárselo. Así que, listo aquello, se puso a buscar mujer, que era lo que le faltaba por hacer de todo lo que había pensado en el viaje desde el castillo de Rueda a Cardeña.

Bueno, todo no, pero no era cosa de que se empezara a ver lo que no tenía por qué saberse. A la labranza no se pensaba dedicar. Su Moro no era caballería para ello, y no tenía ni bueyes ni aperos ni pensaba

en cómo conseguirlos. Nunca le había gustado, y si fue mozo de arado es porque no tuvo más remedio. Y ahora con el brazo como lo tenía, aunque pudiera valerse en esas faenas, peor que se le ponía. Las tierrecillas, a medias o como fuera, ya se las labraría algún familiar de Vivar, que ya se le habían presentado un par de ellos. En su cabeza bullían otras ideas y estaba viendo cómo irles dando forma. Pero lo primero era casarse y tener quien le atendiera en las cosas que él no podía hacerse ni quería.

Buscó lo que quería y lo encontró en el pueblo, que tampoco era cosa de mirar alto ni lejos. Una moza pariente lejana, de edad parecida a la suya y a la que no le había salido apaño, al menos que se supiera y en los pueblos se sabía todo, que culminara en boda.

Se llamaba Valeriana. Era medio castaña sin llegar a rubia, ni guapa ni fea, parecía sana y no tenía malas hechuras para darle buenos hijos. Porque lo que el abuelo Pedro ansiaba más que nada, y eso es lo que más dentro y hondo tenía metido y más se callaba, era tener hijos. Un hijo que fuera lo que él no había podido ser, aunque no tuviera por qué ser un guerrero. Ya había visto en Zaragoza que se podía ser muchas otras cosas además de siervo, labriego o mesnadero.

El asunto, con algún descarte de otras posibilidades que le parecieron peores, por viejas o por secas, una por muy suelta y otra por demasiado atada, fue bastante ligero. Los padres no pusieron impedimentos, la iglesia tampoco, la moza estuvo conforme y solo hubo que celebrar la boda, que fue en Vivar, y un convite para unos pocos, la familia más directa y el gasto justo. Aunque algún dispendio hubo, se mataron un par de borregos grandes y no faltó el vino. Llenaron la tripa todos y no fue demasiado costosa. Las dotes y otras cuentas eran cosas de infanzones para arriba. Como mucho y cuando se murieran los padres, alguna cosa le dejarían, aunque no serían tierras porque la moza tenía dos hermanos varones.

Fue al terminar la comida cuando el abuelo sorprendió a todos. Aparecieron unos músicos que se había buscado: uno de cuerda, una vihuela; otro de viento, una zampoña; y un tamboril, y no sonaban mal del todo. Se animó la fiesta y al final saltó la liebre: Pedro unió su voz a los instrumentos y la puso por encima, dejando mudos a todos. Cantó una cancioncilla de campo y labores que muchos se sabían, otra que se había aprendido él en Zaragoza y en la que su vozarrón bien templado hizo que su novia y ya esposa abriera los ojos todo lo que le daban, y remató diciendo unos versos que hablaban de Vivar y de su Cid. No eran pocos quienes sabían que de mozo cantaba bien, pero aquello no lo esperaba ninguno.

Mio Cid partió de Vivar, hacia Burgos encaminado,

aquí deja sus palacios yermos y desheredados.

De los sus ojos tan fuertemente llorando

tornaba la cabeza y estábalos catando.

Vio sus puertas abiertas, sus postigos sin candado,

las alcándaras vacías, sin pieles y sin mantos,

sin sus halcones ni sus azores mudados.

Suspiró mio Cid y habló bien y muy mesurado:

«Loado seas, Dios Padre, que estás en lo alto,

a esto me han vuelto mis enemigos malos».

Se hizo un profundo silencio. Lo rompió el sollozo de las mujeres. Los hombres tenían un nudo en la garganta. Luego, repuestos, todos comenzaron a preguntarle al abuelo por la última vez que le había visto, que cuándo volvería y con quiénes cabalgaba ahora, que cómo estaban quienes habían salido de Vivar con él y más aún por alguno que era familiar cercano.

Aunque fueron muy pocos los que estuvieron, no hubo por mucho tiempo boda que fuera más comentada. Y Pedro de Cardeña no solo lo había hecho por deleitar a la compaña. Estaba entre las cosas que traía de Zaragoza pensadas.

11

Los cazurros

De creer a padre, que quizá algo también se calló, el abuelo Pedro se dedicó a muchas cosas y a ninguna en particular. Tuvo su casa en Vivar y no se supo que otra tuviera; allí vivió, nacieron sus hijos y allí se vino a morir cuando sintió a la parca llegar. No es que desatendiera lo suyo, eso no, vigilaba que sus tierras estuvieran labradas y su viña cuidada, y venía a ayudar a la cosecha, a vendimiar y a pisar. Los aparceros realizaban todo lo demás y no lo hacían a disgusto, pues en lo de repartir era generoso y no solo se atenía a lo pactado, sino que aceptaba las mermas que si por el pedrisco o que si por junio había arrebatado a la mies una calor y no había granado. Mientras le quedaran unas cuantas arrobas de vino y harina para tener pan todo el año, él se daba por conforme.

En invierno, que por Vivar, como por todo Burgos, era más largo que en otros sitios, se comía medio otoño y se apoderaba de un cuarto de la primavera, sí que se quedaba de continuo y solo salía en caso de mucha necesidad o de faena de enjundia, pero si podía a todo lo más que se allegaba era hasta la capital con ida y vuelta en el día y por la noche a su lumbre.

Pero en cuanto se barruntaba el buen tiempo ya estaba encinchando al Moro, listo para salir a los caminos. Iba y tornaba y volvía a salir. Los primeros años un poco al albur, y luego cada vez con secuencias más fijas, recorridos más ordenados y tirando más a seguro. Al cabo de muy poco tiempo al Pedro de Cardeña, o como le llamaban algunos, al Manco de Cardeña, aunque del todo no lo fuera, se le esperaba por muchos lados, y se sabía más o menos cuándo estaba por llegar. Que siempre coincidía con una fiesta señalada, una feria, un mercado o que era tiempo de esquilar o de subir los ganados al monte o bajar los rebaños de allí.

Pero ¿qué era lo que hacía y cómo conseguía sus dineros? Pues con esto, aquello y todo lo demás, andando siempre por en medio de compras, ventas y trueques.

—Mis cosas, ya lo sabéis —solía decir con una risa.

Al suegro, en los primeros años de casado, una tarde que le vino con rodeos y vueltas a querer indagar y hasta a afearle los muchos días que andaba fuera y por los caminos, lo cortó por lo sano y le paró los pies para siempre: —¿Me meto yo en su casa? ¿A que no? ¿Está pesarosa su hija? Tampoco. ¿Falta de algo en mi vivienda o hay más que en muchos lados? Su nieta —había nacido la primera el año anterior— ¿está bien cuidada? Se cría sana y fuerte, ¿no? Pues, entonces, ¿a qué viene esta pamema de que si voy o dejo de venir? Eso es cosa mía y de nadie más. Y si algo viera que falta en mi casa o hasta que necesita en la suya, entonces sí, dígamelo por derecho y, si puedo, que podré, le ayudaré a remediarlo.

Y allí se acabó la discusión. Por la noche se lo dijo a la Valeriana y esta le respondió que había hecho muy bien. Aprovechó para pedirle una tela para su madre, que la necesitaba, él la sacó de una alforja, se la dio y ahí se acabó la cosa y la conversación.

Lo cierto es que aunque mi abuelo Pedro tuvo momentos y tiempos de andar apretado y alguna ocasión bien apurado, en su casa nunca se llegaron a pasar miserias, y siempre acababa por tener algún clavo al que agarrarse y mantenerse en pie. Es más, tanto a la familia de su mujer como a la suya, a los padres y a los hermanos, alguna mano les tuvo que echar. Porque año por año a él aún le venía a quedar algún sobrante para guardar en previsión de tiempos peores o hasta para hacer favor a quien entendía que se le podía hacer. Tenía buen ojo en eso y pocas veces se equivocó, aunque alguna se la pegó. Pero por una y única vez, pues con ese ya no volvía a trillar de por vida.

Sus añadas más que de trigo o de cebada eran de tratos, trueques, de conseguir esto de allí para llevarlo allá, decir a quién había que ir, indicar quién tenía o podía tener lo que se buscaba o mediar entre los que querían acordar y no sabían sino discutir, aunque a estos, como viera que lo que tenían era mala bilis y peor intención, los dejaba con la palabra en la boca y se iba para otro lado. Que él de todo algo se llevaba, aunque fuera poco, y allí no acababa por haber más que malas palabras y esas no rendían ganancia alguna.

Su figura a caballo, con el lebrel correteando al lado, su bastón de nogal, su buena traza y mejor andar, aunque le colgara el brazo y alguno a sus espaldas le llamara lisiado, se hizo pronto parte del paisaje de los caminos, sobre todo cuando estos estaban más

concurridos de gentes que se movían hacia este sitio o hacia aquel otro porque allí había feria, mercado, gentío, negocio, jolgorio… y juglares.

Porque el abuelo iba por todos aquellos sitios a hacer sus trueques o poner en danza a quienes los podían hacer o comprar y vender, pero esa no fue nunca, y a su hijo se lo llegó a confesar, su razón principal, sino el llegarse para hacer su fablar y su cantar, que era lo que en verdad le gustaba. Amén, claro, que de paso se sacara sus monedas, paños, vasos y otros presentes que luego vendía o mejor entregaba a otros para que se los vendieran por un tanto del beneficio. O sea, que, aunque no lo fuera al uso y fuera más cosas, lo que el abuelo fue y de lo que disfrutó mientras le dieron las fuerzas para hacerlo fue juglar.

A las tropillas de juglares que iban por los pueblos grandes y pequeños, los burgos y las ciudades cuando en ellas había festejos en sus calles, pues a las cortes de reyes y salones de los castillos de los condes y magnates no tenían entrada salvo milagrosa ocasión, los llamaban, con desprecio, cazurros. Eran gente de baja condición, ninguna fortuna, sin lugar fijo en el que posar, que vivía en los caminos y del favor de las gentes cuando se lo querían dar. Que sí acostumbraban a hacerlo, aunque poco podían darles, pues eran igual o incluso más pobres que ellos.

No solían ser mal recibidos, pues traían alegría y diversión. Iban juntos, aunque no siempre bien avenidos, músicos, decidores, retrechadores, acróbatas, saltimbanquis, uno que llevaba una cabra equilibrista, unos haciendo gracias y burlas, otros zalemas y halagos y no pocos palabras gruesas contra todo bicho viviente. Todo lo que se les ocurriera y les dejaran para ganarse una moneda, un mendrugo o un vaso de vino. A veces, se les arrimaba algún ciego decidor al que dejaban juntarse o largaban a patadas según se terciara o viniera el día bueno, malo o peor. Vestían para hacer notar su condición y en ocasiones llegaban acompañados por soldaderas que tocaban crótalos y castañuelas y bailaban para la concurrencia danzas que no gustaban nada a los clérigos ni a las casadas, pero a los mozos y a los maridos, sí, y cuanto más viejos, pues más aún. Unos las llamaban rameras y otros no se lo querían llamar, pero el que más y el que menos estaba dispuesto a probar. Pero ellas venían curtidas en hombres y en caminos y el favor, por capricho o por dinero, lo concedían o no según fuera su gusto o la necesidad exigiera.

Que ellas no eran como la infanta Urraca, aquella hija brava del rey Fernando y la hermana que había resistido a Sancho en Zamora y a saber si no urdido su muerte para reponer en el trono a su favorito, el

actual rey Alfonso, de quien también secreteaban que en su mocedad le ofreció sus favores al Cid y este la rechazó y de eso le tenía inquina; ahora era señora de todo el Infantado y no podía probar hombre ni casar con él, pues así lo estipulaba la condición de su cuantiosa heredad para que esta, al morir, no fuera a nadie sino al rey.

Era muy brava Urraca y se las había tenido tiesas con su señor padre, con quien llegó a disputar y hasta amenazar en su mismo lecho de muerte con dejar la corte y echarse ella también a los caminos si la dejaba sin herencia. El romance que corría y que no se podía cantar en todos los lados era uno de los que más le gustaban al abuelo Pedro. Doña Urraca no era santo de su devoción, pues la tenía como colaboradora en las desgracias de su Campeador malmetiendo en la oreja de su hermano Alfonso, a quien tanto quería y hasta se decía que a saber cuánto y hasta dónde, pero aunque era feroz y arrastrada su apuesta, a los castellanos les agradaba su coraje y sus redaños:

Morir vos queredes, padre, ¡san Miguel vos haya el alma!

Mandastes las vuestra tierras a quien se vos antojara:

diste a don Sancho a Castilla, Castilla la bien nombrada,

a don Alfonso a León con Asturias y Sanabria,

a don García a Galicia con Portugal la preciada,

¡y a mí, porque soy mujer, dejaisme desheredada!

Irme he yo de tierra en tierra como una mujer errada;

mi lindo cuerpo daría a quien bien se me antojara,

a los moros por dinero y a los cristianos de gracia;

de lo que ganar pudiere, haré bien por vuestra alma.

Allí preguntara el rey: —¿Quién es esa que así habla?

Respondiera el arzobispo: —Vuestra hija doña Urraca.

Calledes, hija, calledes, no digades tal palabra,

que mujer que tal decía merecía ser quemada.

Allá en tierra leonesa un rincón se me olvidaba,

Zamora tiene por nombre, Zamora la bien cercada,

de un lado la cerca el Duero, del otro peña tajada.

¡Quien vos la quitare, hija, la mi maldición le caiga!

Todos dicen: «Amén, amén», sino don Sancho que calla.

Lo que más les gustaba a todos, el abuelo lo sabía y cargaba allí el tono y picardeaba la voz, era lo de que «mi lindo cuerpo daría a quien bien se me antojara, a los moros por dinero y a los cristianos de gracia», y lo mejor lo de que a los cristianos gratis, aunque no faltaba quien opinaba que lo de darse a los moros sobraba.

Mi abuelo Pedro no era de ninguna cuadrilla, pero pronto supo de las maneras y andanzas de todos y conocía por su nombre, apodo, catadura, oficio y vicio a todos cuantos las componían, si se habían separado de una y acoplado a otra o habían tirado solos y a su albur. Él, aunque se les juntaba, hacía vida muy diferente, pues tenía casa fija, alguna tierra, entrada en todos los mercados, buen trato con los sayones y amistad con más de un infanzón. Sus andanzas con Rodrigo y su cercanía, de la que solía presumir, aunque no fuera tanta ni para tanto, y su amistad con los Fáñez, para hacerse de más valer, le procuraban un respeto y un aquel, al que se unía su brazo lisiado, que él sabía muy bien aprovechar a su favor. Además de salvarle la vida en Almenar, su compadre de Gormaz le había enseñado esas útiles artes para andar por la vida y que esta no te llevara por delante.

Su costumbre era, acabados sus asuntos en la feria, en la casona de un hidalgo o la sala de una dueña, acercarse a los cazurros, que, a pesar de tener boca peligrosa y modos de andarse con ojo, a él lo toleraban y hasta lo recibían, aunque con alguna pulla, esta no podía faltar, con agrado y cierta estima. Y cuando le llegaba el turno y quería decir su fabla, le acompañaban por lo bajo con los sones de sus cítaras y vihuelas. Excepciones había, claro, y enemigos desde el principio, y por cualquier lado se descolgaba siempre uno nuevo.

—No hay hombre ni mujer por bueno que sea, recto que pretenda ser, por pobre, por mediado o por rico, que no tenga quien le guarde enemiga. Y no es malo que sea así —solía sentenciar y así nos lo fue

transmitiendo a hijos y hasta a mí, su nieto, me llegó su conseja—. Nada hay peor ni indica mayor nulidad que no tenerlo, pues eso señala que en nada te consideran, ni siquiera para envidiarte, y eso que la envidia es pecado que afecta tanto al que no tiene apenas como al que todo lo posee. Siempre se envidia a otro, aunque sea solo por verlo disfrutar de la más pequeña cosa. Si no tienes al menos un enemigo es que no vales nada.

El abuelo acumuló, a lo largo de los muchos años, incontables conocidos, buenos puñados de amigos y un reconocido plantel de contrarios. Entre los acérrimos de estos últimos estuvieron un tiempo largo unos de por el lado de la Bureba, que desde sus inicios y sin saber muy bien el porqué le cogieron rencor, y no solo no le daban entrada, sino que procuraban echarlo en cuanto lo veían asomar.

La enemistad llegó a su colmo cuando un día de feria en Salas el abuelo descrestó con su garrote a su cabecilla y a otro que lo secundó antes de que llegara el sayón del mercado a poner paz. Le valió pasar en la mazmorra una noche y pagar unos sueldos por alterar el mercado, pero lo dio por bueno y bien empleado. Amigos no le faltaban por todos los sitios y fueron a recurrir al alcalde, que no hubiera hecho falta siquiera, pero se lo agradeció, porque la propia autoridad lo conocía y le impuso la menor de las multas que le podía poner.

Al irse preso lo único que le había preocupado fue el caballo y le gritó a un conocido que por allí pasaba:

—Cuida del Moro, que no le falte ni agua ni cebada.

El lebrel lo siguió hasta la cárcel y se echó a esperarlo enfrente de la puerta hasta que al otro día salió.

La cosa había comenzado cuando la mañana de antes el abuelo había llegado muy temprano a la población, y, tras resolver algún trato, se encaminó hacia la plaza donde estaba la fiesta a hacer lo que solía, esperando un hueco para meter lo suyo, que era muy distinto a lo que solían hacer los otros. Pues lo suyo era relato, entre la fabla y el canto de algún romance antiguo, que eran de los que más gustaba, conocía, remedaba y hasta se atrevía a componer. De otros modos tan solo entonaba algunos de las labores y el campo o de desdichas y desventuras, de gozos que al final siempre penaban, de amores y de quereres, aprendidos y más apreciados en sus más jóvenes tiempos. Su plato fuerte lo reservaba para los cantares de gestas y aquellas historias pasadas y hasta presentes que hacían hervir o llorar a las

gentes castellanas según transcurría el relato, y que a él mismo le emocionaban.

Lo que sucedió en Salas tuvo que ver con uno de aquellos romances que le vino al pelo para escocer a los de la Bureba, con quienes se topó a poco de placearse y le miraron torcido. Para alejarse de ellos se buscó un rincón en la parte contraria de la plaza y en la esquina más lejana, en la última columna del pórtico, su lugar, y convocó a las gentes con un reclamo que allí no podía ser mejor. Porque iba a decir y cantar el romance de los Siete Infantes de Lara, que no eran sino de Salas. O sea, los héroes de aquel lugar.

Y si en la historia había alguien malo no era sino doña Lambra, que era de la Bureba y fue en su boda cuando le pidió venganza a su marido y tío de los infantes, don Rodrigo, cabeza de los Lara, por haberle supuestamente, falso de toda falsedad, insultado. Por su culpa hizo que el padre acabara en las mazmorras de Almanzor y sus siete hijos muertos. Pero antes de aquella felonía, este don Rodrigo había sido un gran adalid y había salido triunfante en un ataque a Calatrava.

¡Ay, Dios ,qué buen caballero

fue allí Rodrigo de Lara,

que mató cinco mil moros

con trescientos que llevaba.

Si aqueste muriera entonces

¡qué grande fama dejara!

No matara a sus sobrinos,

ni vendiera sus cabezas

al moro que las llevaba.

Había sido tal su valentía que, en premio, el conde de Castilla le otorgó la mano de la bella doña Lambra de Bureba.

Las bodas fueron en Burgos,

las tornabodas en Salas,

en bodas y tornabodas

pasaron siete semanas:

las bodas fueron muy buenas,

mas las tornabodas malas.

La culpable de ello no fue sino doña Lambra. Hizo armar un tablado en el arenal del río Arlanza ante el que se dieron cita los caballeros invitados venidos de todas partes. Los infantes, por consejo de su madre, doña Sancha, se quedaron en sus posadas para evitar incidentes.

Nadie conseguía derribarlo hasta que un fijodalgo de Bureba estuvo a punto de lograrlo y voceó:

¡Amad, amad, señoras,

cada cual como es amada!

Que más vale un caballero

de Bureba la preciada

que no siete ni setenta

de los de la flor de Lara.

Doña Lambra que lo oyera

en ello mucho se holgara.

¡Oh, maldita sea la dama

que su cuerpo te negara,

si yo casada no fuera

el mío te lo entregaba!

Oídolo ha doña Sancha,

responde muy apenada:

Calléis, Alambra, calléis,

no digáis tales palabras

porque aún hoy os desposaron

con don Rodrigo de Lara.

Más calléis vos, doña Sancha,

que tenéis por qué callar,

que paristeis siete hijos

como puerca en cenagal.

El grave insulto a su madre no tardó en llegar a oídos de su hijo más pequeño y el más amado por ella, Gonzalvico. Su ayo intentó contener su furia, pero no pudo.

No lo quiso hacer Gonzalo,

mas su caballo demanda;

llega a la plaza al galope,

pedido había una vara

y vido estar el tablado

que nadie lo derribara;

alzose en las estriberas,

con él en el suelo daba.

Desque lo hubo derribado

de esta manera hablara.

Amad, amad, damas ruines

cada cual como es amada,

que más vale un caballero

de los de la flor de Lara

que cuarenta ni cincuenta

de Bureba la preciada.

Aquel antiguo día, en ese instante y con tales palabras, se comenzó a hilvanar la traición y la tragedia y en el día de autos iniciado los estacazos entre el abuelo Pedro y los de Bureba.

Doña Lambra, rabiosa y ofuscada, había corrido a contarle a su marido el suceso, a su favor, manera y con mentira, haciéndose la agraviada y exigiéndole venganza. Le había llegado a amenazar incluso de que, si no lo hiciera y no los castigara a todos, ella se haría mora e iría al harén de Almanzor para demandársela al gran adalid mahometano. Don Rodrigo se plegó a sus caprichos, traicionando a su propia sangre, y urdió una vil felonía que acabó con el padre de los infantes preso en Córdoba, enviado por él mismo a Almanzor con una carta en árabe donde se le condenaba a muerte, aunque el caudillo musulmán le dejó en mazmorra, y dándole seña y lugar preciso donde montar la emboscada en la que sus tropas acabaron con las vidas de los siete hermanos.

El día de la pelea del abuelo Pedro con los cazurros de la Bureba no corrió tanta sangre, aunque el encono duró de por vida, pero sí acabó al día siguiente corriendo bastante vino. El cantar se interrumpió en aquella misma proclama del más joven de los infantes tras derribar el tablado al irrumpir los de la Bureba y cerrar sobre él, prestos a molerle a puñadas.

No contaban con que había alanceado moros y sido adiestrado por Minaya. Le bastó con una mano y con su bastón de nogal le sobró para vencerlos. A los primeros estacazos, que con la mano siniestra el abuelo los daba igual de potentes, dos salieron corriendo y los otros dos no pudieron porque ya estaban tendidos en el suelo.

Cuando el abuelo salió al día siguiente de la cárcel se fue con el lebrel y otros juglares amigos a celebrarlo con quienes por él habían rogado

al alcalde, y también con no pocos que sin haberlo hecho se unieron al jolgorio. La fiesta duró hasta que se le acabó el dinero y el posadero ya no quiso sacar más vino. Pero celebraron muy bien y él hubo de acabar el romance y repetir sus últimos versos hasta en cuatro veces cuatro, contando la venganza postrera de Mudarra. Este era un otro hijo habido por el padre prisionero, muy cumplidor a lo visto en tales menesteres, con una hermosa mora que le otorgó sus favores y a quien inculcó como misión de su vida la de vengar a sus hermanos. Cosa que en cuanto pudo Mudarrilla hizo muy gustosamente, viniéndose para Castilla y degollando a don Rodrigo de Lara a la sombra de una encina. O de un haya, que después de los muchos tragos no recordaba bien qué árbol era.

En tales cosas y otras parecidas anduvo el abuelo Pedro y lo hizo por muchos años. De joven pasó a maduro y de maduro a cano, para ya caer en viejo e irse quedando flaco, aunque nunca se quedó encogido. Cuando se le murió el Moro lo cambió por una buena yegua y luego por otra más tranquila, y un lebrel fue sustituyendo a otro, siempre de camada propia. Su última caballería la trocó por un pollino hasta que ya no pudo montar en él sin ayuda, y ni entonces se retiró de los caminos, en los que aguantó hasta casi tener el pie en la tumba con el sostén y el aliento de quien había estado aguardando toda su vida: el hijo que había tardado tanto.

Valeriana y él tuvieron cinco hijos, de los que les vivieron tres. Las primeras fueron dos chicas. Luego hubo un tiempo de vacío. El deseado varón se hizo esperar mucho, solo vino después de uno que nació muerto y de otra niña que no llegó a los dos meses. Fue ya cuando ni lo esperaban, más de un lustro había pasado, con el abuelo Pedro ya muy añoso. Se le había agriado el carácter y suponía que para procrear no valía cuando Valeriana se quedó por última vez preñada, llegó a término el embarazo, el parto fue bien y el mamoncillo salió dando berridos. Ya tenía al fin un hijo, para el que tenía escogido nombre el día en que se había vuelto a Castilla. Le bautizó como Álvar y no hacía falta decir por quién lo hacía.

Porque a lo que más atento había estado siempre fue en saber de Fáñez, y por do quiera que iba, procuraba saber por dónde andaba su capitán y con qué fortuna lidiaba, así como por qué veredas andaba el Cid con los caballeros con los que compartió mesnada y batallas, aunque se guardaba para sí que muchas no habían sido. Y si oía un decir o un romance sobre este tema de algún otro juglar, que le venía al pelo, lo memorizaba, lo recomponía y acababa por añadirlo a su

repertorio.

—Sabiendo cocerlo todo le viene bien a la olla —se decía para sí mismo.

Gustaba de saber, al cabo, sobre cualquier cosa de lo que pasara en Castilla y en los reinos cristianos y moros. El moverse por tantos sitios, conocer tanta gente, preguntar sin reparo y compartir las nuevas de que se había enterado le permitía saber otras antes que muchos, y ser luego el primero en compartirlas. Que entraba ello también en el oficio de juglar y que, amén de los romances, era lo que más querían oír las gentes y con quien más generosos se mostraban.

En los años anteriores no eran pocas las cosas que habían acaecido.

La primera que pregonó a la plebe, tras enterarse por un monje de Cardeña, fue que Álvar, a los pocos meses de volver y quedarse al lado del rey Alfonso, era ya hombre de gran importancia y muchos poderes y tropas bajo sus órdenes. Al amanecer partió para Burgos y allí declamó: —Sabed, burgaleses, que Minaya Álvar Fáñez, el que cabalgó a la diestra de Mío Cid, y con quien yo cabalgué también —eso el abuelo Pedro nunca lo perdonaba—, ahora manda Zorita,[13] que los moros de Toledo han tenido que entregar a nuestro buen rey don Alfonso y que no hay castillo mejor en todo el gran río Tajo.

Él no sabía muy bien por dónde quedaba aquella Zorita, pero un clérigo de Santa María le explicó que era en verdad muy gran e importante fortaleza y que desde ella se dominaba toda la parte alta del Tajo, aquel gran río al que iban muchos a verter, todos los que él había pasado de Atienza hasta Castejón.

Aquello lo llenó de contento y ya empezó a mentar siempre a Minaya con la coletilla «el que en Zorita mandaba».

Fueron años buenos para Castilla, para el Cid y para Minaya. No fue la de Zorita la única buena nueva. Poco tiempo después llegó la mejor y más grande: el rey Alfonso, con Álvar a su lado, había entrado en la gran Toledo y conquistado todo su reino y las riberas al uno y al otro lado del río Tajo. Repicaron las campanas según les iba llegando la noticia, de León hasta Santiago y de Santa María de Burgos a todas las iglesias, ermitas y campanarios que las tuvieran. Fue día muy señalado aquel de mayo de 1085.[14]

Mi abuelo Pedro alardeó mucho, además, de haber saludado a Minaya

cuando este fue en febrero a Burgos con el rey para hacer concesión de bienes y rentas a la alberguería de peregrinos que iban hacia Compostela y que se había allí abierto para atenderlos.

Se supo también que, al año siguiente, cumpliendo las capitulaciones de la conquista de Toledo, Fáñez había llevado al depuesto rey toledano, el esquinado Al Qadir, nieto del gran Al Mamún, al que en todo desmereció, escoltado por cuatrocientas lanzas hasta la ciudad de Valencia. Allí lo subió a su alcázar como su nuevo rey y se quedó con sus mesnadas en Ruzafa para mantenerlo en el trono.[15]

Fue poco después cuando empezaron a rumorearse nubarrones que se convirtieron pronto en tormenta. Se supo que grandes ejércitos africanos estaban desembarcando en España: unos los llamaban morabitos y otros almorávides, traían turbantes negros y las caras tapadas. Se supo que habían subido Península arriba por el oeste, por la vieja calzada, hasta topar en Sagrajas[16] con el ejército cristiano con el rey Alfonso al frente, al que los moros nunca habían vencido en campo. Pero aquel día fue el primero, y no iba a ser el último que lo hicieron. Hirieron gravemente en la pierna al soberano y no fue el desastre mayor, porque Minaya, que había venido desde Valencia para reforzarlo, supo retirarse con orden y no muchas pérdidas y ponerlo a salvo a él y a gran parte de sus tropas.

Los africanos, tras su victoria, no avanzaron, sino que volvieron a Al-Ándalus y reembarcaron hacia sus tierras de África, mas en Castilla se temió y se tuvo por seguro que volverían. Los reyes moros de las taifas le reclamaban su ayuda y ellos habían visto y gozado del jardín de Al-Ándalus. Volverían para quedarse y disfrutarlo.

Quien volvió a Castilla antes fue el añorado Rodrigo Díaz, ya reconciliado por completo, o eso parecía, con el rey Alfonso.[17] Había andado antes de retornar por tierras valencianas, donde estaba sometiendo a su dominio muchos castillos y ciudades, y antes de volver a ellas se pasó por Cardeña, aunque su mujer y vástagos hacía tiempo que ya no estaban allí, sino en los dominios de los hermanos de Jimena en las Asturias, donde tenían condado. También se llegó hasta Vivar para gran regocijo de todos y del abuelo Pedro el que más. El Campeador hizo por recordarlo y al final, al decirle una estrofa de sus versos, no solo lo hizo con alegre cara y abierta sonrisa, sino que lo enalteció delante de todos.

Muchas veces después el abuelo lo reviviría, y diría a todos cuantos querían escucharlo que no recordaba día más feliz que aquel en su vida, aunque hubieran sido tan solo unos momentos los que pasó de

nuevo al lado de Mío Cid.

Vendrían luego años convulsos, el rey desterraría de nuevo a Rodrigo por no haber acudido a su llamada a defender Aledo de un nuevo desembarco almorávide, aunque se salvaría la plaza. Los africanos regresaron de nuevo y por tercera vez y esta para quedarse, y se dispusieron a conquistar todo Al-Ándalus. Primero Málaga y Granada, después Córdoba y luego Sevilla, Almería y Murcia, para concluir con Badajoz, asesinando a su rey Al Mutawakil y a sus hijos. El rey zirí de Granada, Abdalá, y el rey poeta de Sevilla tendrían mejor suerte, siendo desterrados al desierto del Sáhara.

Por el levante, el Cid los había contenido, y tras haber muerto Al Qadir, el entronizado por las lanzas de Fáñez, asesinado por los propios musulmanes, finalmente tomó Valencia y derrotó a todo un gran contingente almorávide en Cuarte y luego, dos años después, a otro en Bairén. Las primeras victorias en campo abierto de los cristianos contra aquellos terribles guerreros africanos.

Álvar, tras su intento infructuoso de salvar Córdoba, se había traído de allí a la princesa Zaida, viuda del hijo de Al Mutamid, que había muerto defendiendo la ciudad. De ella quedó prendado el rey Alfonso, que la convertiría en su cuarta esposa tras haber muerto la segunda, Constanza, madre de quien luego sería la reina Urraca, y una tercera, Berta, que no le dio heredero alguno. Zaida, bautizada como Isabel, sí se lo trajo, le puso el nombre de Sancho y fue recibido con gran alborozo en todo el reino.

El final de siglo no pudo ser más aciago. Amargo sobre todo para el Cid y Jimena, pues su primogénito, Diego, que ya cabalgaba al frente de la mesnada de su padre y había acudido en apoyo del rey Alfonso, nuevamente reconciliados, pereció en la batalla de Consuegra luchando contra los almorávides al lado de Álvar Fáñez. Su medio tío nada pudo hacer por salvarlo al dejar desamparado su flanco el conde García Ordóñez, el viejo enemigo del Cid.

Rodrigo, aún lleno de pesadumbre, seguiría combatiéndolos con éxito dos años más, pero terminaría por fallecer un 10 de julio, cinco días antes de que los cruzados tomaran Jerusalén. Francia y Europa celebraban el triunfo, pero la España cristiana solo tenía lágrimas para llorar derrotas y muertes. Las tornas habían cambiado. Los ejércitos cristianos eran una y otra vez vencidos y la frontera del Tajo temblaba. Solo dos años más tarde el rey Alfonso y Minaya hubieron de ir con una fuerte hueste a rescatar a Jimena, cercada en Valencia, incendiando y abandonando la ciudad, para ponerla a salvo en

Castilla.[18]

[13] Zorita de los Canes (Guadalajara) era el castillo sobre el Tajo que dominaba toda su zona norte y era clave en la maniobra de asfixia sobre la capital toledana que estaba poniendo en marcha Alfonso VI. Zorita había sido construida con la piedra de la cercana y gran ciudad visigoda de Recópolis, que se halla a menos de medio kilómetro del roquedo donde se alza y donde los Di-l-Nun, los bereberes que la conquistaron y que tras la descomposición del califato se proclamaron reyes de Toledo, habían levantado su alcazaba.

[14] 25 de mayo de 1085. La noticia tardaría unos días en llegar a Castilla y aún alguno más en hacerlo a Santiago. Tuvo un enorme impacto tanto en España como en todo el mundo cristiano y aún más si cabe en el islámico, sobre todo en todo el norte de África. La reacción fue inmediata.

[15] Marzo de 1086.

[16] 23 de octubre de 1086.

[17] Enero de 1087.

[18] Nuevo destierro del Cid, en otoño de 1088. Los almorávides, tras regresar por tercera vez, se establecen en la Península y van haciéndose dueños de Málaga y Granada (1090), Córdoba (marzo de 1091) y Sevilla (octubre de 1091); ordenan matar a Al Qadir en Valencia (octubre de 1092) y toman Badajoz y asesinan a su rey Al Mutawakil (febrero de 1094) el mismo año en que el Campeador conquista Valencia (16 de junio de 1094) y los derrota con rotundidad en las batallas de Cuarte (21 de diciembre de 1094) y Bairén (enero de 1097). La muerte de su hijo Diego (batalla de Consuegra) tiene lugar el 15 de agosto de 1097. Muere el Cid el 10 julio de 1099; la toma de Jerusalén por los cruzados tuvo lugar el 15 de julio de 1099. El rey Alfonso y Minaya rescatan a Jimena, sitiada por los almorávides en Valencia (mayo de 1102).

12

El hijo, los monjes y la ciega

Le pilló mayor, pero le devolvió mucha vida y le recompuso el ánimo y hasta el cuerpo. Su hijo, el que sería mi padre, nació cuando el nuevo siglo había doblado hacía un par de años y asomado con los peores augurios, preñado de derrotas. Pero el abuelo Pedro volvió a ser el que era y aún mejor dispuesto, ya ni le importaba que le llamaran a sus espaldas el Manco de Cardeña, aunque no le faltara el brazo, sino que lo tenía muerto, y hubiera nacido en Vivar y no en las tierras del monasterio.

Ahora al fin con un hijo varón podría comenzar a hacer lo que había sido el principal motivo de su vida, y podría poner todo su empeño en ello, aunque antes había que lograr que la criatura cumpliera años y no se malograra como tantos. Fueron los años en que menos se le vio por ferias y caminos y más tiempo pasó en Vivar. Durante casi siete no salió apenas del lugar sino por causa mayor, y volvía a casa a escape.

Hubo sus sobresaltos, pero el niño fue creciendo sano y sin enfermedades malas. Las que tuvo las pasó sin demasiado apuro, excepto la de un enfriamiento que le puso la frente y el cuerpecillo hirviendo. La tía Eusebia hizo bajar la calentura con sus brebajes y emplastos, y el abuelo Pedro le estuvo desde aquel entonces agradecido para siempre, y no permitió que nadie la llamara bruja ni que le faltara para el puchero. Y ya cuando andaba tuvo también algunos percances de crío, rasponazos, torceduras y alguna herida por hacer lo que no debía, pero eso era en realidad la mejor señal de que crecía.

El abuelo tenía muy pensado lo que iba a hacer en cuanto el muchacho se valiera un poco más, pero la muerte repentina de la Valeriana, que una noche se acostó mala con un dolor en el bajo vientre y ya no se levantó y se fue a morir de allí a cuatro días, arrebató mucho las cosas. Ella agradeció en mucho que para la ocasión esta vez su marido sí estuviera en casa y se pudo despedir como Dios manda de él y de sus tres hijos. Se fue sin reproche alguno.

En realidad, nunca lo hizo, y cuando alguien quería malmeterla con su marido siempre tenía la misma respuesta:

—A mí y a mis hijos nunca nos ha faltado de nada y no me ha dado mala vida y sí más de una alegría. Muchas quisieran poder decir eso, y en vez de estar de alcuceras por casas ajenas que se ocupen de las propias, como yo me ocupo de la mía.

Cuando murió la madre, las chicas ya eran mayores y podían cuidar bien del niño, pero mi abuelo no era eso lo que tenía pensado. Desde hacía mucho, cuando un día vio leer en Zaragoza a Fan Fáñez y escribir a Félez Muñoz, los sobrinos de Minaya y de Rodrigo, quiso que su hijo, cuando lo tuviera, supiera hacer lo mismo. Y ahora había llegado el momento.

Marchó con el chico, mi padre, que estaba a punto de cumplir los ocho años, para el monasterio de Cardeña con la bolsa llena, y volvió con ella vacía y sin el niño.

Muchos favores había hecho a los frailes y a otros tantos hubo de comprometerse para que aceptaran lo que les pedía: que lo cogieran a su cargo y le enseñaran lo que quisieran, pero a leer y a escribir como condición primera. El abad se resistía, aunque el tratante utilizó aquellas artes suyas y pronto se dio cuenta de que lo único que quería era subirle el precio y amarrar los favores para el futuro. Favores que un hombre como el abuelo Pedro sabía que podía hacerles. Y de hecho, muchos les había hecho durante el tiempo en que vivieron sus padres, ya fallecidos, y sus hermanas siguieron en Cardeña hasta que se casaron y marcharon a otros lugares. Era cuestión ahora de recuperar aquella espita que del todo no se había cerrado, pero que podía surtir de muchas cosas y con descuentos al monasterio.

El chico se criaría allí, tendría que trabajar como todos, y le enseñarían a ser buen cristiano y latines si querían, pero sobre todo él comprobaría que sabía leer en los libros y escribir en los pergaminos. Si eso se cumplía, sabría pagarlo con creces.

Al despedirse de su Álvar le susurró al oído:

—Tú aprende todo lo que puedas, haz lo que te manden y obedece. Pero descuida, yo vendré en cuanto haga buen tiempo y te llevaré conmigo, y en cuanto seas más mayor te sacaré de aquí ya para siempre. Y aunque te lo propongan, que lo harán y mucho, que no te convenzan para hacerte fraile.

Mi padre Álvar asintió muy serio y en lo que cabía hizo todo lo que el

abuelo le dijo, aunque en lo de obedecer a los monjes no dejaron de presentarle quejas. El muchacho manso no era, Pedro cumplía con su papel y le regañaba mucho, pero para sus adentros se reía.

El primer año, el abuelo cumplió su promesa a medias: lo sacó del convento durante tan solo unas semanas para llevarlo a Vivar y algunos viajes a Burgos, a Castrojeriz y Belorado y poca cosa más. Pero cuando ya iba para los nueve se lo llevó a los caminos el verano entero. Para entonces ya sabía leer y al año siguiente le dijo que sabría poner los versos que él decía por escrito, pero que no tenía con qué. En el monasterio había algunos monjes copistas y uno de ellos, Adelino de nombre, es quien le había enseñado. Pero solo mirando cómo él lo hacía, claro, porque los útiles para hacerlo eran muy valiosos y no iban a dejárselos usar a un mocoso cuando había clérigos que pasaban decenas de años aprendiendo hasta que pasaban a poder hacerlo. Hacía falta una pluma de ave preparada para ello, tinta de humo y goma, negra, que era muy difícil de encontrar y muy cara, y pergaminos, aún más costosos, o tablillas de madera y cera blanqueada, que también servían, pero que eran igual de difíciles de encontrar según para quién y a base de muchos dineros.

—Tú sigue aprendiendo a hacerlo, que yo te conseguiré lo que pides —le contestó el abuelo a su hijo.

Tardó dos años en tenerlo todo, pero al final, el cuarto verano, cuando vino a buscarlo para llevárselo a sus recorridos anuales por toda la provincia burgalesa, parte de Valladolid y hasta de Palencia y Segovia, había logrado la pluma y una de repuesto, lo más fácil, en el mismo Burgos. También allí pudo comprar algunos pergaminos, que le costó cada uno mucho más que la oveja entera de la que habían salido, y la tinta en Medina del Campo de un artesano que allí la hacía y con quien realizó de paso buen negocio, suministrándole algunos materiales que le costaba encontrar y que él le prometió, y cumplió, que le procuraría. Al cabo consiguió a mejor precio las tablillas enceradas que le trajeron de Sahagún, que fabricaban allí los propios monjes y con ellos hizo trato, del que también se aprovecharon los de Cardeña.

Se dio cuenta, eso sí, de que en lo que traía iba a caber muy poco. Unas docenas de versos y ya estaba llena la mitad de una tablilla. Así que había que pensar qué ir escribiendo y qué dejar para más tarde. Empezó mi padre Álvar por las cosas que mejor se sabía el abuelo porque él las había compuesto, y dejaron otros romances que se había aprendido para quien los quisiera copiar. Y así año a año y hoja a hoja fueron padre e hijo completando su acervo.

Cada año el abuelo Pedro se presentaba en el monasterio con un hato de ropa al que siempre añadía algo nuevo, o todo, porque el chico crecía. Mi padre Álvar en el convento vestía con el escueto ropón frailuno amoldado a su edad y estatura, pero para llevarlo a las ferias y que le acompañara a sus recitales con los juglares el abuelo le mercó lo necesario, desde zapatos, calzas, camisa, un jubón y hasta un pellicón por si había que pasar alguna noche a la intemperie, que según en qué zona y con qué viento puede resfriar mucho, aunque fuera el mes de agosto. Algo para la cabeza ya se lo compraría en el primer mercado.

Disfrutó el niño de aquella vida desde el primer momento y no veía llegar el día en que salieran a la primera feria o a cualquier mercado, esperando con ansia el reencuentro con quienes había conocido el pasado año. Las tropillas de juglares, y aún más las soldaderas, lo acogían con mucha alegría, si el crío pasaba el platillo caía alguna cosilla más y ellas le hacían toda suerte de fiestas y cucamonas. Quizá alguna había sido madre y a saber dónde estaban sus hijos, o lo hubieran querido ser.

Cuando Álvar, mi padre, ya tenía once años cumplidos, el abuelo aún montaba en yegua y dispuso para él una pollina muy mansa que les llevaba los aperos y a él también sobre la albarda. Se acordaba bien de aquel año, porque fue cuando los chicos de un pueblo de Las Loras le dieron una paliza para quitarle el bonete colorado que llevaba puesto y los zapatos que calzaba, y salieron corriendo, insultándolo y llamando a su padre «tullido». No era raro que cosas así pasaran, los juglares estaban siempre en pueblo ajeno y expuestos a ello, pero los golpes esta vez fueron peores y estuvo una semana con un moratón en el ojo y dos por lo menos con una costilla que le dolía mucho y hubo que ponerle una venda alrededor del pecho.

Su padre le dijo que para la próxima vez procurara no separarse de él ni de la cuadrilla de conocidos, y le preparó un buen garrote, del tamaño propio para su edad y estatura, pero mi padre le pidió un puñal. El abuelo Pedro hacía ya tiempo que escondía uno y bien afilado entre sus ropas, pero le dijo que para eso no tenía edad todavía. El niño estuvo pensando que cuando fuera mayor volvería allí y se vengaría, pero no regresaron en años. De hecho, el abuelo dejó de hacerlo para siempre y él, una vez que cayó de casualidad por allí, ya hecho un hombre, estaba en cosas más importantes que buscar a quienes le habían molido a palos siendo un chiquillo.

Pero el resentimiento más fuerte y que le daba hasta cierta vergüenza fue por lo que le pasó con el ciego. A él le daba pena el hombre y al

otro rabia por dársela. Notaba la compasión del niño y le cogió un odio terrible. En cuanto podía, se las ingeniaba para hacerle algún mal o enemistarlo con los demás. Se equivocó un día yendo más allá, lo agarró con unas manos que parecían garfios y le dio golpes hasta que el crío pudo escaparse. Cuando se enteró el abuelo, su garrote no reparó en cegueras y le quitó las ganas de volver a hacerlo nunca más. El ciego aquella noche dejó la compañía de la cuadrilla y no se volvió a juntar con ella. Cuando en algún caso coincidía en algún sitio y en cuanto los olfateaba, salía a escape para otro lado.

Tuvieron que pasar algunos años hasta que una muchacha ciega, maestra con la viola, le enseñara a tañerla y le disipara el rencor del alma y volviera a ser compasivo con quien padecía tan gran desgracia.

Las cuadrillas de juglares con las que seguían ruta el abuelo Pedro y su hijo solían hacer recorridos casi fijos, de año en año y por las mismas comarcas. Cambiaban algunos, pero siempre quedaban otros conocidos y así se mantenía la relación y el contacto. Llegaban algunos jóvenes y dejaba de hacerlo algún viejo; las soldaderas eran las que menos fijeza guardaban y no era cuestión de preguntar las razones ni indagar quién las mantenía. A una muy alegre que lo trató con mucho cariño se la encontraron su padre y él años más tarde en Belorado acompañando a un señor viejo, mantecoso y calvo. Mi padre Álvar fue hacia ella, pero el abuelo lo retuvo.

—Quédate quieto, muchacho, ella nos ha reconocido también y nos ha hecho un guiño. Era una buena mujer y ha encontrado buen acomodo. No es cosa de estropeárselo. Tú como si no la conocieras de nada —le dijo, y luego por la noche se lo explicó con más detenimiento.

A mi padre se le quedó grabada una frase: «La vejez es cosa mala para el juglar y la ramera». Y si se podía, estaba claro que había que dejar el oficio antes de que esta llegara. Pero no se podía casi nunca, ni en un caso ni menos en el otro, y se acababa hecho un desperdicio y abandonado en cualquier sitio o tieso al borde de cualquier camino. Sobre todo, si se pertenecía a la condición más baja, que era la de los cazurros y la de las mujeres que los acompañaban.

Recordaba aquellos años mi padre como envueltos todos en un miedo, sobre todo tras el año 1108, cuando fue lo de Uclés[19] y el ejército castellano fue derrotado y masacrado por los africanos. Mataron al infante Sancho, apenas con trece años, la esperanza del reino y de su padre, y a los siete condes que lo guardaban, entre ellos su ayo García Ordóñez, que sí supo morir como un héroe. El rey Alfonso se quedó sin heredero, la frontera se desplomaba y todo lo ganado durante su

reinado se perdía como agua que se escurre de una banasta de anea. Un año, un mes y un día después de Uclés, perdido el heredero, sus condes muertos y la frontera en peligro, falleció el rey Alfonso. Todo lo que había logrado estaba en peligro y a punto de ser tomado de nuevo por los moros.

Antes de morir llamó a sus más leales, entre ellos Minaya, y les dio una última orden: que fueran fieles y leales con su hija Urraca, que sería reina de León y Castilla y casaría con el rey de Aragón, Alfonso I, que había sido monje y era un guerrero temible, y le llamaban Batallador. Con él compartiendo el trono con Urraca, suponía, la situación podría mejorar y enfrentar mejor a los africanos.

Un nuevo y todavía más poderoso ejército almorávide cruzó otra vez el estrecho en el año 1110 para reforzar a sus tropas ya establecidas en Al-Ándalus, cuya conquista completaron tomando la última taifa, la de Zaragoza, y se lanzaron contra las fronteras cristianas. Ya habían antes cruzado el Tajo en varios sitios y se habían apoderado de los pasos y los castillos que los guardaban, como el de Alcalá de Henares. Ahora iban a por la presa más codiciada: querían Toledo y fueron a por él con todas sus fuerzas. Su conquista sería la estocada más letal para el reino de Castilla y dejaría en nada todo lo conseguido.

Fue cuando emergió de nuevo, desaparecido el Cid, la figura de Minaya, y Pedro la cantó otra vez y con toda su voz por las plazas, mercados y ferias y donde quiera que quisieran escucharle. Álvar Fáñez, capitán de la frontera, alcaide y príncipe de Toledo, aguantó la embestida de todo el ejército almorávide.

Tras la derrota de Uclés, el duro guerrero de Orbaneja había conseguido salvar buena parte del ejército derrotado, cruzado la sierra de Enmedio y logrado alcanzar los muros de Zorita, donde se encastilló y agrupó a todos los supervivientes. Se preparó para resistir el embate contra la línea del Tajo y combatió con hábil desesperación, retrocediendo y atacando, pero resistiendo cuanto le era posible, aunque perdiera batallas y hubiera de ver rendirse varias de sus fortalezas.

Finalmente, todas las fuerzas musulmanas se lanzaron contra Toledo. Y a pesar de su situación privilegiada, del foso del gran río que lo protegía y de sus potentes murallas, era tal su número y su empuje que estuvieron al borde mismo de tomarla. De hecho, ya creían tenerla en sus manos, tras haber asaltado el castillo de San Servando y tener casi deshechas las torres que protegían la puerta de Almoguera, que les daría ya entrada expedita a la ciudad.[20]

Para contar lo sucedido, el abuelo Pedro se puso sus mejores galas y se presentó en Burgos con su hijo Álvar al lado. Se hizo acompañar para la ocasión de una joven que no la había mejor con la viola en toda la ciudad y hasta en Castilla entera, que no andaba con juglares, pero sí tocaba en fiestas y para otras damas, y para la ocasión se prestó a acompañarlos con el permiso de sus padres. Se subieron ambos a una pequeña tarima preparada al efecto, a la salida de la plaza de Santa María que da a la puerta por la que el Cid había salido treinta años antes hacia su primer destierro.

Templó su voz Pedro de Cardeña con un trago de buen vino que le acercó su hijo. Y empezó a relatar la historia con una voz tan hermosa que pareciera haber vuelto a estar en la primavera y no ya en el otoño y muy entrado de su ya luenga vida:

Toledo a punto de caer estaba

y los moros para entrarla

por la puerta de Almoguera.

Minaya con cien valientes,

con la mano en las espadas,

salieron a pie por ella.

Con tal furia arremetieron

hendiendo tantas cabezas

y cortando tantos brazos

que dudaron los agarenos

y dieron atrás los pasos.

Entonces con aceite y brea

a sus máquinas de guerra,

que derruían murallas,

les arrimaron las teas

y les prendieron candela.

Allí oiréis los chillidos

de los que ardían vivos,

y los que saltaban a tierra

caían bajo los aceros.

Las máquinas infernales

al averno se volvieron

derrumbadas en sus fuegos

por el valor de Minaya.

Así se salvó Toledo,

la joya del rey Alfonso,

la corona del río Tajo

y el orgullo castellano.

Contó luego a la plaza llena que, impotente y rabioso el califa al no poder tomar la ciudad, levantó el cerco y se lanzó a destruir, talar e incendiar las vegas y todos los lugares por los que fue pasando, Talavera y Madrid entre ellos. Pero Toledo se mantuvo cristiana y así se salvaron el reino y el reinado del rey Alfonso.

No dijo que mientras allá al norte y tras el Duero la sensación de peligro parecía lejana, por las fronteras de la Extremadura castellana el miedo volvía a galopar desenfrenado a lomos de caballos árabes y jinetes con turbantes negros y banderolas verdes de seda.

Mi padre, el joven Álvar con once años cumplidos, se había quedado extasiado, pero no por oír a su padre, sino por escuchar la viola que tañía aquella hermosa joven. Fue entonces cuando se dio cuenta, porque hubieron de ayudarla a bajar de la tarima, de que sus ojos, aunque abiertos y bellos, no veían. Era ciega. La ciega, quien por mediación del abuelo Pedro ante los padres de ella le enseñaría a tocar la vihuela y la cítara. Y quien, siendo todavía un niño, enseñó a mi padre a conocer el amor, pues ella, Florinda, fue su amor primero y

no confesado nunca, pero sí escrito en una tablilla que yo encontré un día.

Él fue mi padre Álvar, y yo el que ahora copio y recuerdo en Medinaceli al primero de nosotros, el abuelo Pedro, mi abuelo, tratante, juglar y mesnadero.

[19] El 29 de mayo de 1108.

[20] Primavera y verano de 1110.

13

La muerte de Minaya

Después de las octavas de Pascua mayor, en el año de 1114, en la ciudad de Segovia mataron a Álvar Fáñez. Y no lo mataron moros, no. Aquellos a quienes había combatido por más de medio siglo, sin descanso y hasta el día anterior, no lograron nunca abatirlo con espada ni alcanzarlo con flecha y darle muerte. Nunca pudieron llevarse su cabeza cortada y exhibirla en las puertas de Córdoba. Tal honor y fama para cualquier guerrero musulmán, tras morir el Cid, no hubiera habido mayores en todo Al-Ándalus.

Él era el capitán cristiano de las fronteras, su gran enemigo y el más tenaz, al que más de una vez habían conseguido vencer, cercar y hacer huir, pero que siempre retornaba a la lid, resistía y volvía a retroceder solo para tornar de nuevo a atacar.

No fueron ni africanos ni andalusíes, no, quienes pudieran alardear de haber logrado tal hazaña.

Que fueron cristianos, sí, y su muerte el peor deshonor y baldón para quienes ensuciaron su vida con tal acción. Concejiles segovianos que tantas veces habían cabalgado junto a él, con los que había vencido en Toledo y a los que había salvado del exterminio en Uclés.

El nombre de los asesinos nunca se pregonó, y cada cual de quienes lo hicieron dijo que fueron otros quienes en el tumulto hundieron su acero en el ya viejo cuerpo, cerca de cumplir los setenta años,[21] pues no había en toda Castilla vergüenza que soportara tal y tan mal galardón. Lo hicieron y callaron. Ellos estaban con el Batallador y Minaya era el gran valedor de la reina Urraca. Lo hicieron porque alguien que podía hacerlo, pero nunca aparecer ni que se mentara siquiera su nombre, se lo mandó.

Eran duros, sabían su oficio de matar, pero no les gustó hacerlo ni que se supiera quiénes a ciencia cierta lo habían hecho. Todos y ninguno y hasta alguno estuvo en su funeral e incluso era sincero su pesar. Ahora

era su enemigo, pero antes había sido su guía y su adalid.

Aquel mal día en Segovia lo vivieron el abuelo Pedro y su hijo, y fue este, mi padre, Álvar de nombre como el muerto y en su homenaje bautizado así, quien me lo contó a mí. Fue el más triste en la vida del abuelo y su hijo le vio desconsoladamente llorar y repetir una y otra vez que no podía ser así, que era vergüenza para Segovia, para Castilla, para Alfonso el aragonés y para la cristiandad entera que cristianos hubieran matado al mayor defensor de la cruz y quien sostenía la frontera contra los feroces africanos que la volvían a amenazar.

Minaya murió, como no podía ser de otra manera, por hacer honor a la palabra dada a su rey de que defendería a su hija Urraca, legítima y única heredera de sus reinos. Y hacerlo le costó la vida, porque no hubo peor enredo que aquel ni más difícil situación para él y para la mitad de Castilla y la mitad de León.

La boda con el rey aragonés no solo no benefició a los reinos, sino que fue motivo de gran división y de guerra intestina entre sus propios súbditos. No ayudó a la reina, desde luego, el hecho de ser mujer.

Había quienes no reconocían su derecho por ser de tal condición, y esos fueron los primeros que en cuanto comenzaron las disputas en el matrimonio tomaron partido inmediato por el marido aragonés, que, según se murmuraba, lo era en los escritos, pero en el tálamo, no.

Además, y para peor comienzo, ya antes de la boda, se había sabido que en las capitulaciones firmadas por ambos se especificaba que, de nacer un hijo de ambos, este sería el heredero de los dos reinos y las dos coronas. Se le arrebataba así su legítimo derecho al infante Alfonso, el hijo habido en el primer matrimonio de Urraca con Raimundo de Borgoña y que vivía y se formaba en Galicia, bajo la tutela del obispo Gelmírez, el mitrado de Santiago de Compostela.

No había pasado ni medio año del desposorio cuando los nobles gallegos, con el conde de Traba, ayo del infante, y el arzobispo de Santiago al frente, proclamaron a Alfonso Raimúndez rey en Compostela, en lo que fue el anterior señorío de su padre Raimundo de Borgoña, a quien el infante no alcanzó a conocer, pues era un niño de pecho cuando murió. Tras entronizarlo decidieron llevarlo hasta Lugo para hacer lo mismo, que les salió bien, y luego continuar hasta León para coronarlo también allí, que les salió muy mal. Las tropas del aragonés los sorprendieron antes de llegar, en Viadangos, haciéndoles huir en desbandada. El Batallador los persiguió, invadiendo Galicia, y

aplastó definitivamente la intentona tras derrotarlos de nuevo en Monterroso.

Aquello fue en primavera, pero no pacificó la situación, pues aquel mismo verano ya no estaban solo los gallegos descontentos, sino que muchos leoneses y castellanos, en las Cortes que se celebraron en León, defendían la separación de los cónyuges aduciendo que el matrimonio era ilícito por ser parientes. Estos lograron que el papa interviniera y amenazara a la pareja de excomunión si no atendía a su decisión de que debían separarse, algo que Urraca acató muy gustosa y se apresuró a hacer. Pero su marido el Batallador se negó a ello, y se siguió considerando como rey de Castilla y de León.

Fue entonces cuando la guerra volvió a las tierras cristianas del norte del Duero, pero no fueron jinetes africanos venidos del Sáhara, sino los propios nobles, obispos, mesnaderos, concejiles y peones quienes la prendieron, partidarios unos de Urraca y otros del aragonés, que era un verdadero rayo para las batallas como su sobrenombre indicaba.

La reina se refugió en Sahagún, lugar que en absoluto respetó el Batallador, apresándola y encerrándola en El Castellar al tiempo que deponía a su abad.

Igual hizo con el arzobispo de Toledo, que también la había apoyado, y sus tropas entraron en todas las ciudades que se habían manifestado a su favor. Orense, Palencia, Osma y Burgos fueron tomadas para reafirmar su posición.

Sin embargo, y apoyada por la nobleza y los obispos, Urraca logró escapar de su prisión y refugiarse en Candespina. El conde Pedro González de Lara era su gran valedor, y al decir de muchos, su amante, que puede que entonces no, pero al poco sí, pues tuvo luego dos hijos con él.

El monarca aragonés, que quería seguir siéndolo también de León y Castilla, no tardó en recuperar el control. En alianza con la hermanastra de Urraca, Teresa, y su marido, Enrique el Borgoñón, asaltaron Candespina, pusieron en fuga a los leales a la reina y a esta no le quedó más remedio que someterse.

—En apariencia, Álvar, solo en apariencia. La reina Urraca tiene graves defectos, como los tuvo su padre, no digo que no, pero brava lo es tanto como él[22] y aunque sea mujer. No se rendirá así como así —le decía el abuelo Pedro, partidario de ella y más contrario aún al aragonés, a quien veía como un invasor.

Este había hecho entrada triunfal en Toledo y se consideraba ya vencedor. Tras una breve estancia en la ciudad, para recalcar su autoridad sin que ya ni el obispo le rechistara, se marchó dejando una vez más la frontera con los moros tan solo bajo el amparo de las tropas de Minaya, que, fiel a su costumbre, contraatacó a los musulmanes cuando menos se esperaba y en un golpe de mano recuperó la inexpugnable Cuenca. Aunque, rodeada de enemigos y aislada de su línea de fortalezas, no duró demasiado tiempo en su poder.

Y también contraatacó Urraca, esta vez ya de la mano de su joven hijo. La nobleza gallega y el arzobispo Gelmírez dieron un nuevo paso en su rebelión y lo proclamaron rey de Galicia con el nombre de Alfonso VII, como clara muestra de continuidad con su abuelo Alfonso VI. La reina, rompiendo ya definitivamente el acuerdo y sumisión ante su supuesto marido, pues seguía la duda aún de que lo fuera o no, pues él se negaba a aceptar la disolución, logró un nuevo vuelco a la situación y en cierta manera manifestaba también que su hijo era, inequívocamente, el heredero del trono. Pero cuando ella muriera, antes no.

El unir sus fuerzas supuso que el control de las ciudades se le fuera escapando al aragonés y durante los dos años siguientes fueron cambiando todas de bando. Una de las últimas en que quiso resistir fue Burgos, que fue rodeada por tropas adictas a la reina y a su hijo y el arzobispo Gelmírez.

—Burgos rodeado por gallegos y aragoneses. ¿Quién nos lo iba a decir? —Se hacía cruces el abuelo en el mercado de Castrojeriz, pues la vida seguía en medio de las disputas, que tampoco solían acabar en batallas campales, sino en movimientos y contramovimientos de unas mesnadas y otras, aunque los choques menudeaban y muertos y heridos no dejaba de haber.

—Mala cosa —le contestaba un pastor que había acudido a vender sus ovejas—. Yo las voy a quitar todas, pues el otro día me mataron dos docenas y otras tantas que se llevaron también para comérselas. Y no me digas quién. Hombres de armas, que lo mismo me da de quién sean. Y contento porque no se las llevaron todas ni me mataron a mí. Así no se puede vivir.

Asentía la concurrencia y el pesar se percibía en todo el mercado, donde parecía haber mucho más silencio y faltaba el barullo de cuando andaban en paz.

—Va para largo, me parece a mí —dijo un cedrero que se había acercado a tocar y estaba quejoso de no haber sacado ni para un cantero de pan—. No son tiempos para andar por los caminos.

—Pues vete donde están los gallegos acampados, algunos han ido y las soldaderas también —le replicó el que tocaba la flauta para que bailara su cabra—. Verás como no encuentras a ninguna que baile por aquí que no sea mi chivilla.

Lo del cerco de Burgos, al menos, pronto se acabó. Las tropas del Batallador se marcharon hacia el sur. Renunciaba a controlar aquellos territorios. Pero a Segovia, no.

Pero donde se puso negro el panorama fue por la abandonada frontera del sur. Sabedores de la situación, los almorávides, que habían nombrado emir a un temible guerrero, Al Mazdali, atacaron por toda la línea. El año 1112 cercó Guadalajara y arrasó todo el valle del Henares. Y viendo lo pobremente guarnecidos que estaban los pasos del Tajo, al año siguiente volvió con cuantas fuerzas consiguió para apoderarse de todos cuantos pudiera y con ellos en su poder crear cabezas de puente para hacer retroceder hacia el norte a los cristianos e incluso volver a llevar hasta el Duero la frontera. Enfrente solo tuvo a Minaya. Parte de sus divisiones se lanzaron sobre la vega toledana sometiéndola a un terrible pillaje y llevándose numerosos cautivos para venderlos como esclavos en Córdoba. Otras fueron Tajo arriba y lograron asaltar el castillo de Oreja y hacerse con el paso. Dejaron guarnición allí y se convirtieron en pesadilla de toda la ribera a uno y otro lado.

Cercaron a Fáñez en el castillo de Montesant, pero no pudieron conquistarlo ante su cerrada defensa, y se tuvieron que retirar. Más al norte sí lo lograron con el de Almoguera, y a punto estuvieron de conseguirlo también con el de Zorita, aquel primero que mandó Minaya, cuya población arrasaron y alardearon de haber tomado su fortaleza. Pero no pudieron expugnar la alcazaba, que resistió.

Aquella campaña, donde se había batido en tremenda desigualdad y perdiendo solo algunos enclaves y aguantando al Tajo como frontera salvo algunas excepciones, iba a ser la última del gran capitán de la resistencia cristiana contra los almorávides.

Enterado el abuelo Pedro de que Minaya andaba al año siguiente por Segovia liderando a los partidarios de Urraca, pues era esta una de las pocas ciudades castellanas todavía decantadas hacia el Batallador, y habiendo cumplido su hijo Álvar los doce años, decidió iniciar una

temprana ruta como tratante y como juglar. Quería resolver algunos encargos pendientes por la zona, en Sepúlveda y Ayllón, y luego llegarse, pasada la Semana Santa, a la capital. En Sepúlveda, el trato con un pielero le salió muy bien. Era tierra de ovejas y los pergaminos se hacían con sus pieles, que allí las había buenas y baratas. Dejó apalabrados negocios si una recua las llevaba en condiciones donde habían acordado. Habría beneficio para todos y, claro, para él también. De entrada, el pielero los convidó al padre y al chico a un cuarto de cordero asado, con una salsa que hacían por allí en la que el joven Álvar no dejó de mojar pan, hasta rebañarla toda.

Lo que menos se esperaban es que, nada más llegar a Segovia, los golpeara como una maza la infeliz noticia que estaba en todas las bocas. La tarde anterior a la salida de una iglesia es cuando los concejiles habían cerrado contra él y asesinado a Minaya. La ciudad, incluso no pocos de los partidarios del aragonés, estaba consternada. Ellos se quedaron al funeral. Su mujer, doña Mayor, había muerto hacía ya, pero su hija doña Estefanía vino prontamente desde Hita, donde estaba casada con el señor de aquella villa.

Ella sabía de la voluntad de su padre. Que lo llevaran a enterrar a Cardeña, donde estaba sepultado el Cid y desde el año anterior también doña Jimena.[23] Él deseaba reposar con ellos y algunos otros compañeros que habían tenido la misma voluntad.

Sabedor el abuelo Pedro de que el pequeño cortejo con los restos de su capitán se dirigía hacia allí, no lo dudó ni un instante y decidió partir con él. El que entonces apenas era un niño, con su mismo nombre como seña de su aprecio por él, lo acompañó.

Iniciaron el camino. No era el mismo, pero no estaba lejano a aquel primero en el que, por sierras vecinas, el abuelo Pedro se había unido, gracias a Minaya, a la mesnada del Cid. Ahora, juntos de nuevo, regresaban al lugar desde donde habían partido: a San Pedro de Cardeña, de donde un amanecer salieron desterrados hacia tierra de moros para allí ganarse el pan.

Donde todo comenzó, todo iba a terminar. Todo terminaba ya. Cuando las ceremonias funerarias en Cardeña concluyeron, padre e hijo marcharon hacia Vivar. Antes de perder de vista el monasterio, el abuelo Pedro, volviendo la vista atrás, le dijo al pequeño Álvar:

—Cuando yo muera, tráeme también aquí.

[21] Según el cálculo del autor, contaba con sesenta y siete años.

[22] Fue apodado precisamente como el Bravo.

[23] El sepulcro del Cid y de Jimena sigue presidiendo una sala del monasterio, donde en las paredes, a un lado, están los nichos con los nombres de sus capitanes en el destierro y en lugar preminente el de Álvar Fáñez. El sepulcro fue profanado por los franceses durante la guerra de la Independencia y se llevaron las osamentas. Se consiguieron recuperar en gran parte, y ahora se encuentran sepultados bajo una lápida con sus nombres justo a los pies del altar mayor de la catedral de Burgos.

LIBRO II

Padre

14

Aprendizajes y coyundas

Mi relato cambia aquí de voz. Ya no es tanto la del abuelo, aunque seguirá sonando todavía por detrás, durante los ocho años que aún vivió tras la muerte de Minaya, sino la de mi padre. Y ya no reproduciendo, como al principio, la del abuelo Pedro, sino con su propio acento, sentido y entonación, que yo mismo, y a pesar de que tantos años ha que me falta, sigo teniendo metida en la cabeza. Porque si el abuelo tenía, dicen, aquella potente y grave voz, padre conseguía, siendo más suave y menos poderosa la suya, que penetrara mejor en quienes le escuchaban y se les quedara dentro, ya fuera cuando con ella quería enardecer o hasta herir, que lo sabía hacer muy bien, o cuando acariciaba, que aún lo hacía mejor.

Padre fue hombre de mucho vivir y mucho vivió. Y supo hacerlo con igual naturalidad en palacios y entre reyes, magnates y damas que en descampados, mercados, ventas y apriscos entre labriegos, cantaderas, posaderos, pastores y patanes. Repasando mis recuerdos con él y los escritos que me legó y guardo como tesoros, comprendo ahora mejor su transitar por la vida, y en algo y por ello lo envidio, con ánimo ligero y paso alegre, sin darle excesiva importancia a los besos de la fortuna ni a los tropiezos y desdichas. Y todo lo hizo amando vivir, hasta su último día. Pasó por la vida y la vida por él, como he visto a los barcos deslizarse por el pecho del mar, unas veces empujados por vientos amables que hinchan sus velas y otras cabalgando sus olas furiosas. Supo disfrutar de glorias y pasiones, aguantar desamores y traiciones, soportar caídas y esquivar abismos y hasta huir, sin vergüenza alguna, si entendió que no tenía salida mejor.

—Un juglar —solía decirme— no es de honor de lo que vive, aunque sea quien más lo enaltezca en la vida de otros. Dejémoslo, generosamente, para los héroes. —Y añadía, cuando ya tuve yo edad para escucharle tales cosas—: Y parecido hagamos con la belleza y el amor. Dejemos a los caballeros que las adoren y veneren como a intocables diosas, que yo prefiero, y bien seguro estoy Alvarcico de que ellas también, que el amor, además de con versos, sedas y flores,

lo hagamos desnudos.

Luego y tras ello, bebía con tiento y deleite de su copa de vino y remataba:

—No te fíes, esos caballeros que tanto alardean de tales purezas hacen en realidad lo mismo y peor y más suciamente. En estas cortes y palacios hay más rameras y cabrones que todos los que vi yo cuando iba con mi padre Pedro con los cazurros y las cantaderas.

El abuelo Pedro, desde lo de Segovia, aunque por fuera no lo aparentaba, ya no era quien fue. Se le notaba en pequeñas cosas y en lo que solo alcanzaban a ver quienes lo conocían bien y más cerca estaban de él. Que no pusiera ya jamás un pie en aquella ciudad era de comprender, pero que abandonara el negocio con el pielero de Sepúlveda ya era harina de otro costal, que le temblara la voz cuando decía los versos de Miedes o los de Alcocer estaba en sentimiento y razón, pero que ya no quisiera salir de las tierras burgalesas o como mucho entrar un poco en las más cercanas de Valladolid, Palencia o Rioja no cuadraba con aquel andariego que tantos caminos había recorrido.

Fue dejando de ir a las ferias lejanas, luego también a los mercados más próximos, y se le fueron olvidando las fiestas. Un día dejó la yegua al hijo y él se montó en la pollina. Y tres años después, cuando Álvar cumplió los diecisiete, le dijo que a aquel sitio fuera ya él solo, que ya se podía valer y haría mejor papel.

Muerta la Valentina y las hijas con los maridos, cuando no estaba el hijo, que cada vez pasaba más tiempo fuera y paraba menos por Vivar, al igual que antes hizo él, se quedaba solo en su casa.

Solo pero no desatendido, pues las dos hijas casadas lo quisieron cuidar y vio crecer algunos nietos, que fueron su postrera alegría. A ellos, a la fresca en los veranos y a la lumbre en los inviernos, era a quienes les contaba, y no le hacía falta vihuela, el cantar del Cid, el de los infantes y todos los demás.

Quizá fue por ellos por los que no se cayó del todo y se mantuvo erguido hasta que se echó a morir. Lo hizo un enero, tres años después cuando Álvar ya tenía veinte, volaba solo y, a lo que parecía, mejor en las cosas de la juglaresca de lo que había volado él. Porque Álvar ya había pasado en más de una ocasión del mercado al castillo y a casa de un conde después.

Cuando el abuelo Pedro se puso malo, se acostó y dijo que se iba a

morir, pues se murió. Mandaron recado a Álvar, que de aquellas andaba por Burgos y pudo llegar a tiempo para ver cómo le dieron la extremaunción, recibir su última bendición y escuchar una frase de las suyas al ver cómo venía vestido:

—Vaya paños que gastas, hijo mío, para tan pocos años que tienes. Me alegro de ver que tan bien te va. Por ello no te va a envidiar tu padre, pero cuídate de todos los demás. De los hombres mucho, pero de las mujeres más.

Luego le recordó su deseo y la promesa de ser enterrado en Cardeña. Él lo había dejado ya preparado, pero los monjes podían intentar olvidarse de lo pactado y recibido. Su hijo Álvar le garantizó que no. Cumplió su voluntad y aun consiguió que lo pusieran en un rincón, pero en lugar cercano a donde estaban aquellos con quienes quería estar. Pero aquello le costó bastante más de lo que estaba ya con creces pagado. Hubo una enseñanza de su padre que él nunca aprendió: «Cuando vayas a pedir algo, de rico no vayas vestido».

En los primeros años con los juglares, mi padre Álvar siempre había estado a la sombra del suyo, que era mucha; se limitaba a acompañarle, escuchar y mirar todo cuanto le rodeaba, que era enorme y no había visto jamás. Todo le sorprendía, por todo preguntaba y nada se le hacía extraño. Se le despertó una viveza y una alegría que no tenía cuando estaba con los monjes y que le acompañó por siempre. Pareciera que solo hubiera estado esperando aquella vida, y cuando en los inviernos volvía al monasterio lo hacía con resignación y pena deseando que pasaran los meses y poder volver con su padre a los caminos.

No tardó tampoco mucho en comprender que él era en buena medida un privilegiado, pues a su alrededor los niños de su edad pasaban muchas necesidades y miserias. Los de las gentes de los pueblos y aún más algunos cuyos padres eran ambulantes como él, pero en su caso solo por un tiempo y por voluntad. Su padre tenía su casa y hacienda, y él, allí o en el convento, siempre cobijo y comida.

Otros en su edad pasaban calamidades, frío y hambre, mucha hambre a veces y hasta se morían. Notaba la envidia y no le sorprendió que aquellos chicos le hubieran pegado para robarle. No los perdonó, pero tampoco los odió mucho tiempo por ello.

Él tenía siempre la protección de su padre, pero a muchos les faltaba y no tenían ninguna. Un verano, una de las cantaderas con quienes coincidieron en varias ferias trajo con ella un niño pequeño. Mi padre

se encariñó con él y lo protegió cuanto pudo, intentando que no le faltara comida y hasta consiguiéndole alguna ropa. Al año siguiente la madre reapareció sola y bastante maltrecha. Preguntó a su padre, a ella no se atrevió, por el pequeño:

—Se murió durante el invierno y su madre no sé yo si pasará este que viene. Pobrecilla.

No indagó más por aquello, pero jamás lo olvidó.

En los mercados, las romerías, las fiestas, las bodas de los señores y convites de los mediopobres siempre había jolgorio y el vino y los juglares animaban a todos. Sí. Y era mejor disfrutarlo y más por cuanto era tan efímero.

Las gentes, no importaba lo humildes que fueran, también lo hacían así y hasta con más alegría que quienes mucho tenían. Las plazas se llenaban de colorido y de risas, cantaban, bailaban y por el tiempo que fuera disfrutaban su propia alegría. Si con pan solo, bien, y si ese día además había carne y llenaban la barriga, pues mejor. Ya llegarían, seguro, los tiempos malos, ¡como para desperdiciar los pocos buenos que tenían!

Aprendió aquel espíritu de las gentes sencillas y se empapó de él en aquellos primeros años. Caló de tal forma en él que acabaría por convertirse en uno de los rasgos más relevantes de su carácter. Al tiempo que su padre, ya hecho un mocete, comenzó a dejarlo ir solo a algunos sitios y al poco de que campara ya a su aire y libre albedrío, fue cuando comenzó a ser hombre, pues llegó el momento de en verdad valerse por sí mismo, y eso no le fue fácil y al principio le costó bastante.

Había estado siempre muy arropado y cuando se encontró que no había en quién apoyarse y que tenía que resolver por él mismo, estuvo a punto de capotar, y desde luego en más de una ocasión tuvo que levantarse después de llevarse una buena costalada. No fue porque le faltara con quien juntarse y seguir siendo bien recibido, tenía un buen repertorio, aprendido de su padre, y al que él había añadido algunas cosas. Se alejaba en todo lo que podía de las zafiedades cazurras de con quienes compartía ruta y se esmeraba en pulir sus entradas con los romances de gestas y también de algunos amores. En muchas ocasiones era el más celebrado y tras cuya intervención más caía en el platillo o en el gorro que se pasaba a la concurrencia. El hecho, además, de ser tan joven hacía que los ojos, sobre todo de las mujeres, se fijaran mucho más en él que en los demás. Con ello se ganó algún

malquerer de los otros y le costó los primeros disgustos, hasta ser rechazado en alguna cuadrilla y tener que hacer el siguiente camino solo hasta el siguiente destino.

Hubo más de esas, los más curtidos le cogían celos y envidia, uno le acusó de hacerle la rueda a su mujer y le dio dos puñadas, y otros le dijeron que no querían que se les arrimara más. Pero hubo otros con los que, y por mayor prudencia suya, la cosa fue bien. Hasta que le sucedió con quienes mejor le habían acogido lo que le pudo costar no solo el perderlo todo, pues con lo puesto le dejaron, sino que podían haberle quitado hasta la vida.

Una pareja de un violero y una bailadora le acogieron con mucho afecto pretextando los buenos encuentros anteriores habidos cuando iba con su padre. No los recordaba él tan estrechos y cercanos, pero su amabilidad y el sentirse protegido le hizo confiar en ellos. Parecían, sobre todo la mujer, haberle cogido el cariño que se dispensa a un hijo. Y eso le costó amanecer un día poco menos que desnudo, con tan solo las calzas y la camisa puesta, sin zapatos y sin nada de lo que llevaba de ropa, impedimenta, instrumentos, la alforja, por supuesto la bolsa y, lo que más le apenó, la yegua con la silla y todo el atalaje.

Habían andado con otros juglares por el norte del territorio burgalés y, tras pasar una semana en Briviesca, la pareja le había propuesto proseguir los tres juntos aún más hacia arriba diciéndole que ellos conocían aquellos lugares y los recibirían muy bien. Sin recelar en nada, aceptó. Aquella noche acamparon en despoblado, la noche era buena y no hacía frío. Cenaron y la mujer les ofreció, solía hacerlo, como final una infusión que preparaba con hierbas, a la que añadía unos botones de manzanilla, que ayudaba a dormir. Y ya lo creo que él durmió, en realidad casi pudo haber no despertado, y cuando lo hizo fue con la cabeza más que confusa, la garganta reseca y hasta le costó ponerse en pie. De hecho, se cayó dos veces. Menos mal que habían acampado cerca de un manantial y agua no le faltó. Quizá fue lo que le salvó.

Nada le habían dejado. Ni siquiera la manta en la que se acostaba. Aunque una cosa sí encontró. La había dejado apoyada en la pared medio derruida de un aprisco que allí había y no la vieron o con las prisas de desaparecer de allí con su botín se les olvidó. Era su cayado. Menos mal, pensó, y que no descubrieran el secreto que la vara guardaba. Era un apreciado regalo de su padre. Había elegido la madera y se la había hecho desbastar y curar con esmero para que lo llevara siempre consigo y le sirviera de ayuda y apoyo en el camino. Y algo más. La vara tenía una hermosa empuñadura y en ella una

pestaña que permitía tirar y sacar del interior de la madera un largo y afilado acero con una punta letal. Ese secreto, menos mal, no se lo había contado a quienes lo habían engañado y asaltado de tan sucia manera. A él, vencido e inerte por los efectos del brebaje envenenado a saber con qué, de nada le sirvió, pero ellos de saberlo tal vez hubieran rematado su faena valiéndose del arma. Pasó entre vómitos y al borde del manantial varias horas, y también comenzó a evacuar con una continua cagalera, lo que contribuyó a limpiarle de la sustancia con que le habían envenenado. Quizá beleño o matalabos. Le pusieron poco por error o no lo prepararon bien del todo, o incluso no lo quisieron matar, sino robarle solo.

No estaba para pensar en eso, aunque no lo podía evitar y se culpase a sí mismo por su estupidez al haberse confiado así. Lo que era importante era cómo salir de allí, pero estaba muy débil y apenas podía andar, y además descalzo. Optó por esperar un tiempo, a la sombra y cerca del agua; corría el mes de agosto, e hizo lo mejor.

La fortuna le ayudó. Por el camino, viniendo en dirección a Briviesca, apareció un carretero que lo socorrió. Mi padre le contó su desgracia y le preguntó si se había cruzado con una pareja de juglares, un caballo y una borrica, y él le dijo que no. Con ellos no se había cruzado o bien, al verlo venir, se habían ocultado o se habían desviado y cogido otra senda para que no pudiera seguirse su pista.

Lo único cierto de lo que le habían contado para convencerlo de que se uniera a ellos resultó ser que se conocían muy bien el territorio y que se supieron perder por él. Lo más probable es que hubieran seguido por territorio alavés, y vete tú a saber si no habían subido hasta más arriba y llegado a lo más recóndito del territorio vascón, allí búscatelos, y luego pasado el tiempo quizá habían tirado por la costa, bien hacia las tierras cántabras y astures o por el otro lado hacia Navarra. Padre no volvió a saber de ellos nunca jamás y de su buena yegua menos aún.

En Briviesca lo atendieron, sabían quién era el abuelo Pedro, que aún vivía por entonces, y lo asistieron proporcionándole alguna ropa y sustento para poder retornar a Vivar. Y si pasó un rato de los peores cuando se despertó en el camino de Briviesca aturdido, de arcada en arcada y despojado de todo lo que tenía, aún temía más el que le iba a pasar al tenérselo que contar a su padre.

Pero fue más la tortura de imaginárselo que lo que sucedió. El abuelo lo dejó hablar y hablar, contando y volviendo a contar lo pasado y lamentando el haberse dejado engañar de tan mala manera una y otra

vez. Al ver que se había desahogado bastante, hizo un gesto y cuando, al fin, calló, le dijo:

—Pues nada, Álvar. Has vuelto vivo. Y eso vale más que nada y por ello doy y debes dar tú gracias a Dios. Por lo demás, pues que habrá que ir viendo cómo comprar otra yegua.

A mi padre se le abrió el cielo con ello. Y comió aquel día, pues hasta entonces había comido poco porque ni podía tragar, hasta saciarse, y aunque no era de mucho beber, bebió hasta achisparse bastante.

Luego, ya más tranquilo, padre e hijo hablaron de todo, y sin regañarle, el abuelo le señaló lo que había hecho mal. Lo que más, haberse ido solo con los dos. La maldad de los otros, sin embargo, no era culpa suya y de ella no podía sentirse responsable. Le confesó que él de joven también se vio en otra parecida, aunque la suya de un estacazo por la espalda con el que lo quisieron derribar. Y cayó, pero tenía la cabeza muy dura, se levantó y acabó por correr a bastonazos a los dos.

—Me alegro de que no hayas perdido la vara —remató—. Tenla a mano siempre.

Y la tuvo, y en una posterior ocasión esa vez sí lo salvó. Aquella había sido su primera arma y la conservó muchos años, y aunque luego tuvo otras, puñales y espadines, nunca dejó de tener una similar, aunque cambiara de cayado.

El abuelo se puso a la tarea de recuperar primero la confianza en sí mismo de su hijo, luego de intentar dar con los criminales y entremedias de ir reponiendo lo robado. La yegua tendría que esperar, pero el chico podría ir valiéndose con la pollina. Lo de la yegua era lo que más les había dolido a los dos, y no solo por lo que valía, sino por el cariño que ambos le tenían al animal y la vida que ahora le iban a dar. Porque buena no iba a ser con aquellos dos, y a ver en qué manos acabaría por caer. Lo otro sí se pudo reponer. De hecho, en casa había bastantes cosas y no hizo falta comprar demasiado. Mi padre sintió también mucho lo de la vihuela, el primer instrumento que había aprendido a tocar y que tuvo en propiedad.

El abuelo trató de dar con la pareja de juglares ladrones. Mandó recado a muchos y a muchos lados, y consiguió una noticia suya. Se los había visto a los pocos días por tierras alavesas como habían supuesto, pero ya no llevaban la yegua, solo la borrica.

—No son tontos, la han vendido —dijo el abuelo Pedro—. De haber

seguido con ella, se les podía haber seguido la pista mejor.

Pero esta se perdió. No hubo más. Fue muchos años después cuando una tarde se le acercó a mi padre un viejo juglar. Le dijo que él era uno de los que estuvieron con él en Briviesca y de quienes se separó para seguir hacia el norte.

—Yo a ninguno de los dos lo volví a ver, pero hace unos años me contaron que él había acabado muriendo por Pamplona, y que decían que si no le habían envenenado.

Mi padre ya para entonces había progresado mucho, y lo invitaban a acompañar a los más altos señores. El viejo le pidió una ayuda y Álvar, fuera verdad lo que le había contado o mentira para obtenerla, no se la negó.

Tras el tropezón hubo de recomenzar, pero no le costó apenas el reincorporarse, y tras la peripecia vivida tenía mejor entrada incluso y despertaba mayores simpatías.

Tenía la ventaja de saber tocar, y bien. La joven ciega le había enseñado y lo había aprovechado mucho, vihuela y cítara, y ahora tras quedarse sin la primera había optado por la segunda y se acoplaba aún mejor a ella.

La ciega fue su amor de niño y como niño lo vivió, pero casi sin dejar de serlo ya conoció el otro, que fue ya su primera pasión carnal. Y entre ellos y ellas, entreverados, pasaría su vida enredado. A los quince años había ya dado un primer estirón y pocos años más tarde se le conformó casi por completo el cuerpo, con algo más de altura aún, y también ganó algo en fuerza, pero más en lo uno que en lo otro al decir de sus hermanas, que se lo decían, y también de su padre, que se lo callaba.

No era membrudo ni grueso de cuello, sino esbelto, de larga zancada y suelto de movimientos. Para un combate no lo más estimado, pero para subirse a una tarima y actuar en una plaza, consiguiendo atraer la atención de los plebeyos, o en un palacio para un conde y sus invitados, su planta era mejor que ninguna y eso sí que se lo cuchicheaban entre ellas las damas.

Tenía ojos grandes, no del todo oscuros, con un destello verdoso, cara fina, nariz aguileña, aunque no excesiva, y sonrisa fácil que enseñaba unas hileras de dientes en su sitio y bien conformados. Les gustaba a

las mujeres y se fijaban en él y él se fijaba y gustaba de ellas. Su trato para con las damas o para las que no lo eran le salía de natural, no abusaba del halago ni se perdía en galanterías ni en baladronadas tampoco, sino que entre ellas se mostraba tranquilo, atento y prestaba atención y no solo a sus palabras.

Siendo yo, mucho después, ya un mozo que en aquellas mismas andaba, me reveló su secreto:

—Sobre amor y cómo lograrlo, todo lo aprendí de ellas. Ellas mismas me enseñaron porque yo las atendía. Son ellas quienes te indican qué les agrada o qué no soportan. Solo hay que seguir el camino que te marcan, aunque no suelan hacerlo con palabras. Y es lo que más emboscan, porque ese es su secreto. Si lo descubres, tendrás su corazón casi ganado. Pero habrás de saber el momento y estar atento a su señal, para no ganarlas por no haberte atrevido en el momento preciso o perderlas por agobiarlas a destiempo después. Y no olvides nunca, pues es lo único común entre hombres y mujeres en estas lides: se desea lo que nos rehúye y huimos de lo que nos atosiga. A ellas también les pasa, muchacho, y puede que, si te alejas, ella venga. Y si no viene, es que ya lo tenías de antes perdido, y sigue tu camino sin volver atrás la cabeza. Que no te estará mirando, descuida.

Él, desde luego, en tales artes comenzó muy pronto, y tuvo a bien y sin grandes reparos contarme algunos de aquellos lances, que no dejaban algunos de ser conocidos, al igual que su fama de buen galán hasta edad tardía. Yo sabía que mi padre, antes de casar, y hasta casado, aunque se casara enamorado, tuvo amores sonados y otros de los que nadie atisbó a saber nada. De ellos desde luego no dio cuenta nunca, y si de los primeros se supo, es porque no se ocultaron o porque los descubrieron otros.

El primer lance consumado más bien se lo consumaron a él. Fue al año siguiente del percance de Briviesca, esta vez por Belorado, casi frontera con tierras riojanas y una noche de San Juan, que una cantadera que le tenía echado el ojo se lo llevó lejos de la luz de las hogueras, le enseñó lo que no había probado hasta entonces y le sacó los colores contándolo luego, tan contenta por haber sido ella la primera en haberlo catado. Él tampoco, pasado el azoramiento, se mostró disgustado, sino bien dispuesto a seguir aprendiendo, y lo hizo según la maestra con mucho aprovechamiento.

—Cabalga bien el mozo, clava duro y ahonda bien. Da gusto que te ensarte así una buena lanza —comentó sin recato alguno y acompañada por las risas de todos.

Él se arregostó a la coyunda y la moza se unió al grupo marchando con él desde allí. Hacían función por donde pasaban hasta llegar a Burgos, desde donde él ya marchó a Vivar y la soldadera siguió su camino despidiéndole muy sonriente al partir.

Fue llegado a su pueblo natal cuando descubrió que la cantadera le había dejado algún regalo de recuerdo que le picaba en sus partes y que había hecho guarida y nido en su vello.

No sabía a quién recurrir, desde luego y en esta ocasión a su padre, no. Tras intentar quitarse aquellos bichejos diminutos metiéndose al río y frotándose con todo y que por nada conseguía hacer desaparecer, se acordó de la tía Eusebia, la que le había curado más de una tos y que tenía fama de bruja, pero en el pueblo era muy reclamada por unos y por otros y para las más variadas y oscuras cuestiones.

Le contó su problema y la vieja sin más le hizo descubrir sus partes pudendas y reconoció el mal al instante, aunque ya sospechaba de él:

—Has tenido suerte, no es grave ni de dentro, son ladillas. Te costará desprenderte de ellas y puede que tengas que repetir la cura algunas veces, pero vente mañana, que te tendré preparados unos polvos que deberás echar en un puchero o algo con el agua lo más lo más caliente que puedas aguantar y meter toda la parte donde anida en él. Es la única forma. Y hasta que no quede ni una, pues ponen huevos y, aunque creas que ya no las tienes, vuelven a aparecer, y tienes que hacerte la cura otra vez. —Y concluyó con una risa tunante—: No te preocupes más por ello. De niño, de algo mucho peor te salvé.

Aliviado por sus palabras y sin que lo vieran, consiguió la vasija que le pareció más conveniente, recogió el saquete de la tía Eusebia, bajó hasta los sotos del río y escondido allí hizo lumbre, calentó hasta que borboteó el agua, echó los polvos y puso en remojo, y mientras pudo soportar, lo que tenía que poner. Que casi se escaldó, pero no llegó a tanto, y sí que acabó con las ladillas a las que al fin vio flotando muertas con mayor alivio que si hubiera matado a un batallón de almorávides. Tuvo mucha suerte y no tuvo que repetir la operación. Se guardó, eso sí, la bolsita con los polvos por lo que pudiera pasar. Y con la Eusebia fue lo más generoso que podía ser.

Pero el gusto por la coyunda ya lo había cogido, aunque con prevención las siguientes veces y, si era posible, obligando a la pareja a un aseo previo. No sería el último percance a lo largo de la vida porque una vez, muchos años después, para aleccionarme a mí sobre estas cosas de la vida que no se enseñan, o sí, en los conventos, me

previno que no eran ni mucho menos solo cosa de cantaderas y rameras y que anduviera con cuidado.

—Aquello primero mío fue una pobre soldadera, pero algo peor me pegó una dama muy linajuda, que a saber si aquel recado me vino a mí del marido o de algún otro antecesor mío en su alcoba. Ya dicen los curas que el pecado trae con él su penitencia, pero el propósito de enmienda añadido no parece que dure mucho.

Mas de tres historias de aquellas me contó; lo hacía con toda la sencillez y para procurar que yo aprendiera por él lo que si no de otro modo iba a aprender por otros y de peor manera. Pero siempre con una premisa y condición. Relataba el lance, la deriva, la conclusión y hasta la moraleja también, pero jamás un nombre ni una indicación precisa de un lugar que pudiera conducir a identificar a la dama, igual daba que fuera doncella, casada o viuda.

—Y conste —recalcaba—, que es por respeto a ellas. Pues si con ella yacieras es porque quisisteis los dos y entre los dos ha de quedar y no por no manchar el honor de cualquier cabrón.

En esa discreción era en lo único en lo que se parecía al abuelo. A este, aunque se le sospechara el haber tenido sus coyundas furtivas, dada su vida y andanzas y con qué tipo de gente, enamoramiento y mantenida no se le conoció ninguna. Cuando le querían tirar de la lengua y buscaban el provocarlo y que soltara la prenda, él se escudaba en su brazo:

—Pero si soy un tullido —decía soltando una risa.

—¡Como si eso importara!

Pero de ahí no le sacaban.

Padre, de cuando lo acompañaba en sus viajes, de algún secreto suyo sí se enteró, pero tampoco dijo en la vida palabra. Y aunque lo tacharan de brusco en ocasiones, él no lo fue nunca con su mujer ni tampoco con ninguna otra. Había en ello cierta marca de la que no se presumía, pero se enseñaba en casa, como a mí me enseñaron. El maltratar a una mujer no era cosa de hombres cristianos. Daba igual que fueras rey, un conde, un villano o un labriego. Lo decía la ley de Dios y la de los buenos hombres. Aunque hubiera de ello quien hiciera incluso alarde y quienes le jaleaban.

15

Un encuentro real

Poco a poco, sin irlo casi notando, estaba comenzando a asomar un tiempo nuevo en el reino de Castilla y León y toda la España cristiana. Y en la musulmana, también.

En Al-Ándalus los almorávides comenzaban a aflojar, y su poder, a resquebrajarse. El vergel corrupto, clamaban algunos de sus clérigos más encendidos, los había corrompido.

—Vinisteis contra quienes habían abandonado la senda del profeta y ahora os habéis convertido en lo que combatíais ayer. Habéis cambiado la silla del caballo por los cojines del harén, el tañido del arco por el del rabel y del laúd, y el ardiente viento en la cara y el retumbar de la batalla por la brisa y el rumor de agua en vuestro jardín. No habéis vuelto a llevar la media luna a Toledo y han sido ellos quienes exhiben la cruz en sus enseñas ante las murallas de Córdoba.

El nuevo alcalde cristiano de Toledo, Oriol Aznárez, un aragonés puesto por el Batallador, pero que se quedó en Castilla y fue confirmado en su cargo por Urraca, no solo había resistido otro y más débil intento de asalto a la ciudad, aunque los moros arrasaron Magán y Cabañas y reabastecieron sus guarniciones de Oreja y Alcalá, sino que al año siguiente fue él quien, con sus concejiles y las mesnadas fronterizas, atacó. Corrió su campo, atravesó el Guadiana y bajó hasta el Guadalquivir asolando las vegas, expugnando incluso castillos y cogiendo cuantioso botín hasta amenazar Córdoba.

Salió a combatirlo el mayor de los Mazdali, el que años atrás había sembrado el terror en el Tajo y su solo nombre llenaba de pavor, pero Alá ya no estaba con él. Fueron los cristianos quienes rompieron sus líneas y desbarataron sus formaciones, llegando hasta donde él mismo estaba y dándole muerte a espada, aunque sus leales defendieron su cuerpo y lograron que los infieles no se llevaran su cabeza.

Crecidos en la victoria, los toledanos no se retiraron, sino que encastillados en un lugar que habían tomado, Cocentaina, esperaron la embestida de sus hijos, que clamaban venganza. Fue el mayor, Muhamad, nombrado por el emir, quien vino contra ellos, mientras al otro hermano, Abdalá, le entregaron el gobierno de Granada. La fortuna se había vuelto adversa para su linaje y sucumbieron los dos: Muhamad estaba ya muerto al poco de un mes y Abdalá, enviado a Zaragoza para defenderla del ataque del Batallador, pereció también allí. Al saber que aquella estirpe había encontrado su final, las guarniciones cristianas del Tajo dieron gracias a Dios, mientras que las musulmanas de Alcalá y Oreja presintieron que su final se acercaba. Y así fue en el primer caso, la ciudad del Henares fue tomada por don Bernardo, retornando a la mitra toledana. Oreja resistiría mucho más.

Alfonso I el Batallador, consumada la separación de Urraca por definitiva sentencia papal, no abandonó sus pretensiones, pero bajó en buena parte su presión militar y se dedicó a reforzar su poder sobre los territorios que le eran más afectos. Repobló Soria y se afianzó en Atienza y La Rioja, así como en Álava y Vizcaya, pero dedicó sus mayores esfuerzos a combatir y aprovechar la debilidad musulmana. Cercó Zaragoza, que los almorávides habían acabado por arrebatar a los Hud,[24] a quienes solo les quedó el refugio de la poderosa Rueda, donde se encastilló su último superviviente, Zafadola, y consiguió por fin apoderarse de la enorme y bien amurallada ciudad, que hizo su capital.[25] Bajó luego poco a poco hasta tomar Calatayud y después conquistar también el Alto Tajo haciéndose con la bien fortificada cabeza de aquellas agrestes tierras, Molina de Aragón. El pequeño, y hasta hacía poco recluido en las montañas pirenaicas, reino de Aragón había bajado a las llanuras, señoreado el Ebro y convertido en una gran potencia en el tablero hispano.

El Imperio morabito había comenzado su declive, aunque aún daría poderosos coletazos. Las causas de su retroceso y descomposición no estaban tanto en su relajamiento en Al-Ándalus, sino en su misma raíz y corazón, en los propios desiertos del Magreb, donde había nacido y donde ahora un nuevo movimiento, de aún mayor rigor y dureza contra las desviaciones del Corán, los almohades, había comenzado a actuar y a combatirlos allí. En Al-Ándalus, tanto ello como el creciente empuje cristiano alentaban las revueltas. Una en Córdoba obligó al emir a utilizar todas sus fuerzas en sofocarla.

Castilla comenzaba a respirar. Se había establecido una suerte de cohabitación entre la reina Urraca y su hijo, también rey para muchos. Crecientes territorios en los que más o menos se mantuvo la paz y trajo mayor sosiego, aunque no dejaban de surgir conflictos, algunos

violentos. El peor de todos, que casi le costó la vida a Urraca, fue en Compostela, donde había ido a apaciguar a las gentes que protestaban contra los abusos de Gelmírez. La población se volvió contra ella también y los cercaron en una torre de la catedral, que estaba en construcción. El obispo logró escapar por un pasadizo cuando le prendieron fuego, pero a ella la cercaron al salir, la derribaron en el barro, la desnudaron por completo, la golpearon y la apedrearon, rompiéndole varios dientes. Logró sobrevivir porque algunos vecinos lograron calmar a la turba. Su joven hijo intervino después en apoyo de su madre y reunieron entre ambos tropas para poder recuperar el control de la ciudad, que luego sufrió una cruenta represión a manos del obispo, el cual, a pesar de su comportamiento, recobró su gobierno. Pero Urraca, que nunca se había fiado de él, no lo olvidó.

El terrible incidente sí sirvió para aproximar a la madre con su hijo, el infante Alfonso, y esta maniobró con astucia para librarlo de la influencia del obispo. Aquel mismo año lo llevó con ella a León, alejándolo de Galicia y haciéndose acompañar también por él en sus viajes por las fronteras con el territorio islámico, las Extremaduras, y eso reforzó su figura y su papel de heredero. Se estableció por un tiempo en Toledo, ahora bajo la tutela del obispo Raimundo, y allí se dio a conocer entre los capitanes y adalides que defendían a Castilla de los almorávides.

Urraca así conseguía borrar en la zona la influencia de su exmarido, que había gozado de mucho predicamento por allí. De las orillas del Tajo volvió al norte y, tras ser solemnemente armado caballero el día de Pentecostés, el 25 de mayo de 1124, se estableció, aunque siguió viajando de manera constante, en el monasterio de Sahagún, donde le llegó menos de dos años después la noticia de la muerte de su madre. Murió doña Urraca un 8 de marzo de 1126 en el castillo de Saldaña a la edad de cuarenta y seis años, de parto del que hubiera sido el tercero de los vástagos engendrados en ella por su último amante y protector, el conde Pedro González de Lara.

Nadie manifestó alegría por ello, pero tampoco excesivo pesar. La primera mujer reina de León y de Castilla había sabido mantenerse contra tantos y tan fuertes en el trono, pero ahora era un alivio su desaparición, que ya permitía a su hijo, a quien un día aceptó desheredar, el ser rey de Castilla, de Galicia y de León. Eso, aunque su primo portugués, Alfonso Enríquez, nieto de Alfonso VI e hijo de una hermanastra de Urraca, Teresa, ya llevaba tiempo diciendo que de lo suyo no. Y el aragonés no estaba dispuesto a entregarle nada de lo que de una manera u otra había conseguido arrebatarle a Castilla aquellos años de atrás y ahora señoreaba él.

Cuando murió su madre, Alfonso llegó raudo a León, donde se hizo coronar, tras vencer la única resistencia armada de la guarnición de las Torres, por el obispo don Diego, que le era afín, y en presencia de importantes condes y magnates leoneses y asturianos, aunque también con muchas ausencias, unas declaradas y otras emboscadas, bastantes de ellas castellanas. Pero el joven rey demostraba valentía y decisión, y con ello se empezó a ganar el apoyo de algunos poderosos, sobre todo el del gran magnate Suero Bermúdez con todos sus numerosos deudos, y de las gentes castellanas, entre ellas mi padre, el juglar de Vivar que ya tenía afecto por Urraca, como el abuelo Pedro le inculcó, y pronto vio en su hijo el mejor futuro para el reino.

Desde León, el recién coronado Alfonso se dirigió a Zamora, y allí concitó la adhesión y reconocimiento no solo de quienes habían sido sus valedores, su viejo ayo, el conde Pedro de Traba, y su gran apoyo, el obispo Gelmírez, que al fin verían su causa triunfar y unirse a ellos ahora a toda la nobleza gallega y la de toda aquella región. Alfonso siguió su periplo por Salamanca, Cea y hasta Saldaña, donde había fallecido Urraca, recibiendo el respaldo de autoridades y señores de los territorios por los que pasaba.

Aquel creciente clamor popular hacia él hizo que su padrastro, el Batallador, preocupado por la fuerza que comenzaba a tener, entrara con un poderoso ejército en tierras castellanas y se dispusiera a darle una lección en el campo de batalla. Consideraba que sus fuerzas serían muy escasas y su capacidad de liderazgo en el combate, aún menor.

Se equivocó: la invasión aragonesa despertó el orgullo de Castilla. Burgos fue de las primeras en ponerse a su lado y su castillo se le entregó. Ciudades y pueblos, infanzones y caballeros villanos comenzaron a engrosar sus tropas y los juglares a cantar por las plazas la razón del buen rey Alfonso VII y la sinrazón del aragonés. Entre ellos, destacó aquel joven de Vivar, mi padre Álvar, que no solo arengaba a quienes partían a su encuentro, sino que partió con ellos a salir al encuentro del nuevo rey. Fueron hacia Tierra de Campos, uniéndoseles de continuo gentes, hasta llegar al valle de Támara. Allí toparon ya con el Batallador.

Se sorprendió este del ejército que se formaba al otro lado, pero el suyo seguía siendo superior y el más experimentado. El joven rey también meditó sobre lo mismo, y sobre el verter sangre cristiana y desangrarse ambos reinos, también. Envió carta a su rival y comenzó la negociación para mayor fortuna de toda la cristiandad.

El joven Alfonso, por herencia de su madre y sus ancestros de León,

reclamaba el título de Emperador, que el otro había usurpado, y las tierras que por esa misma herencia materna le correspondían a él y el otro también ocupado. El soberano aragonés, por su lado, que lo era también del reino de Pamplona y de Navarra, al quedar sin heredero por las muertes del navarro rey García el de Nájera, muerto en Atapuerca, y de su hijo Sancho IV, asesinado en Peñalén, reclamaba la devolución de las tierras que fueron de ese reino por testamento de Sancho III el Mayor y que su primogénito había perdido a manos de su hermano Fernando, tras perecer en Atapuerca, y ampliadas luego aún más por Alfonso VI.

En las llamadas Paces de Támara cedieron ambos, más el joven que el viejo, pero a la larga él ganó. Ahora estaba en inferioridad y no tenía fuerza militar para oponerse al gran guerrero que se le enfrentaba y menos para recuperar territorios donde el otro ya estaba afincado. El Batallador no tenía herederos y él sí muchos años para recuperar lo que ahora pactaba entregar. Aceptó que las posesiones navarras volvieran a su soberanía: Vizcaya, Álava, Guipúzcoa y La Rioja, pero también Belorado, la Bureba, Soria, Almazán y San Esteban de Gormaz, el enclave más alejado y el más doloroso de ceder, y que sería al poco el primero que volvería a estar en su poder. Molina de Aragón y Traíd, sus conquistas en el Alto Tajo, seguirían también en su poder. El joven Alfonso sabría esperar.

Por el momento consiguió que de manera definitiva Burgos quedará en su reino, igual que Oca, Frías, Pancorbo, Briviesca, Castrojeriz, Atienza, Santiuste, Sigüenza y Medinaceli. Hubo fuerte debate por Sigüenza, por ser sede episcopal y la importancia que ello tenía, pues el aragonés había restaurado también la de Tarazona y desde allí extendido su influjo al poner bajo su jurisdicción también a Soria y otras poblaciones cercanas a ella. Finalmente, en las paces quedó establecida la castellanidad de la sede de Sigüenza, y su jurisdicción sobre Medinaceli también.

Concluidos los pactos, vuelto a su tierra el Batallador con su ejército y dispersado el castellano, el juglar al que entonces se comenzó a conocer como Álvar de Vivar, como él mismo se quiso presentar ante el rey, apadrinado por un magnate burgalés pudo actuar y recitar algunos trozos del Cantar de Rodrigo heredados de su padre y otros ya compuestos por él. Mucho le pluguieron al rey, pero el juglar, prudente, evitó aquellas partes en que su abuelo, Alfonso VI, no salía bien parado. No era cuestión enemistarse con su nieto la primera vez que cantaba para él.

Lo hizo de nuevo en la propia Burgos, ciudad por la que Alfonso sintió

desde entonces mucha gratitud, aunque entendió que su sede principal estaba en León. Mi padre tuvo la ocasión de ser acompañado de nuevo por la ciega que le había enseñado a tocar y que le hizo sonar a él por primera vez el corazón. Aunque ahora ya había conocido el amor carnal, al verla y escuchar cómo arrancaba la música a su cítara, hubo de ahogar un suspiro.

Tan solo eso me confesó, no me quiso al respecto decir nada más sobre aquella relación con ella. La que hubiera, si la hubo, mi padre la guardó preservada en el silencio en el último rincón de su corazón. Solo sé, y puedo contar, que jamás la olvidó.

[24] 31 de mayo de 1110. El momento de máxima expansión almorávide fue también el casi inmediato inicio de su decadencia.

[25] 1118.

16

El hijo de la cruzada

Mi padre, Álvar de Vivar, cogió sus instrumentos, viola y cítara, su libro donde tenía copiados algunos de los romances que recitaba, ropa para actuar si volvía a ser invitado en la corte, el nuevo caballo que había sustituido a su yegua robada, una bolsa con algo de dinero —no quería arriesgarse a llevar mucho, tampoco podía, lo preciso para salir de un mal paso— y decidió seguir al joven rey, de parecida edad a la suya, solo veintidós años, tres años menos que él, y que ahora marchaba hacia el sur, hacia Toledo.

Siempre había querido ir allí, pero ni de chico lo habían llevado, el abuelo nunca iba tan lejos, ni él en sus salidas se había arriesgado a hacerlo. Quería conocer aquella ciudad acechada siempre por los musulmanes, que era leyenda, ciudad sagrada, capital de los reyes godos y donde se decía que estaba oculta la mesa del rey Salomón y quién sabe qué otras increíbles riquezas y tesoros.

Allí se había perdido el reino por la violenta pasión del rey Rodrigo por la bella Florinda, la Cava, la hija del conde don Julián. La había ganado de nuevo el abuelo del nuevo Alfonso, y el nieto, que mucho amor le tenía a su memoria y a la muy hermosa ciudad casi del todo rodeada y protegida por el río Tajo, quería hacerse coronar allí por el obispo, cabeza metropolitana de la Iglesia en las Españas, y ser así reconocido como soberano en todas aquellas Extremaduras fronterizas.

Fue aquel el primer gran viaje de mi padre, al que tantos seguirían después, y el descubrimiento de su propia pasión por conocer y recorrer ciudades y gentes, las diferentes lenguas, las otras religiones y costumbres. Quería admirar y aprender todo lo que desconocía, toda la belleza, las maravillas, la sabiduría, la música y la poesía que en el mundo existían y que, hasta ahora, constreñido al territorio que recorría anualmente, no había podido ver ni vivir. Porque, ante todo, aquel viaje a Toledo fue, por muchas cosas, el comienzo de un nuevo vivir para él.

No tuvo excesivo problema en agregarse a la comitiva real, pues había causado buena impresión al monarca y su mayordomo lo autorizó, pero tan solo a que marchara con ellos, sin intentar acercarse al círculo del rey ni por supuesto a este a no ser que fuera llamado. Tan solo lo hicieron una vez, justo al llegar a una villa no muy grande de nombre Madrid, donde con otro juglar más, un cedrero que también los acompañaba, tocaron para el rey, y él dijo algunas estrofas de la funesta pasión del último rey godo por el que España se perdió y que me llegó a enseñar a mí en alguna ocasión, pero perdió el legajo donde lo tenía copiado y acabó por olvidar también él la mayoría de los versos.

Mi padre no había heredado la memoria de la que disfrutó el abuelo Pedro, pero sí me dijo que al rey le agradaron mucho los versos, y que llegados a Toledo lo volvió a reclamar para que los volviera a decir. Esta vez fue en el alcázar, que había sido de los reyes moros y luego residencia de su abuelo Alfonso VI cuando rindió la ciudad, que bien lo recordaba desde que allí estuvo exiliado y luego la frecuentó siempre que pudo. De hecho, allí falleció, pero no se quiso enterrar en su catedral e hizo que se trasladaran sus restos a Sahagún.

También tuvo sus aposentos allí Minaya, que fue el prínceps de la ciudad y su alcaide cuando, y bien poco hacía de ello, defendió la plaza ante el peor embate almorávide. Y aún seguían intentándolo los moros expugnar en cuanto tenían ocasión, de hecho, la última vez tan solo dos años atrás. El estar en territorio tan fronterizo produjo en padre singular emoción.

Pero lo más importante que allí le sucedió fue el encuentro que daría lugar a una amistad profunda y duradera con alguien a quien admiró por encima de todos los grandes personajes que conocería a lo largo de su vida: Alfonso Jordán. Su nombre mismo ya evocaba la aventura, y lo que se sabía de su peripecia lo había convertido en el prototipo al que aspiraban los caballeros y por quien suspiraban las damas.

Incluso mi padre, perdido hasta entonces en andurriales y mercados burgaleses y alejado de cortes y señores con linaje, había ya oído hablar de él. Era primo del rey, conde de Tolosa, marqués de Provenza y duque de Narbona, uno de los más importantes señores, si no el que más, de las tierras de los francos allende el Pirineo, que había nacido en Tierra Santa a poco de que se ganara Jerusalén y fue bautizado en el río Jordán, como el propio Jesucristo. Supo ahora que había venido de sus feudos en peregrinación a Santiago de Compostela y que al saber de la entronización de su primo se había dirigido a Toledo para poder rendirle allí homenaje.

A partir de aquella noche en el alcázar toledano iban a saber muchas más cosas el uno del otro y a compartir muchas otras y por muchos otros lugares.

Padre fue invitado junto con otros juglares, algunos venidos de la Occitania con el señor de Tolosa, que destacaban por sus lujosos atavíos y por cierta altivez para con los nativos, a que tras la coronación en la catedral acudieran por la noche a una fiesta de celebración que el rey ofrecía a los más notables de la ciudad para que la animaran con su música, sus cantos y decires. Se sorprendió mi padre allí al saber que algunos occitanos que se llamaban a sí mismos trovadores no tocaban instrumento alguno, ni cantaban sus propios versos, sino que eran otros quienes los declamaban ante las gentes, pues consideraban que era cosa de plebeyo y deshonrosa tañer cítaras o templar laúdes. También ponían caras de hastío cuando se entonaba algún cantar de gesta y ostensiblemente lo hacían ver.

Hubo de sufrirlo mi padre cuando le llegó su turno y un muy elegante trovero tocado con un gorro gualda de tela estampada, jubón del mismo color con algunos irisados, calzas de hermoso azul y finas botas talares, negras, hacía ostensibles gestos de aburrimiento y abría y mantenía abierta la boca en un interminable bostezo.

Sus trovas habían sido cantadas antes en occitano por su juglar de más confianza y a quien entregaba sus versos, acompañado por una hermosa juglaresa que lo secundaba con salterio y con arpa, según era el caso. Había sido muy celebrado y aplaudido con gran entrega por todos, aunque la mitad muy larga no entendía ni de lo que trataba, que era de desdichas de enamorado y de dama muy relamida.

Al saber que aquella estancia había sido habitada por él, quiso mi padre homenajear a Minaya, y recitó, acompañándose él mismo con su vihuela, las estrofas de la batalla de Alcocer y la carga de la mesnada cidiana del abuelo, que había ampliado ya bastante con lo que él le contó. Los aplausos, aparte del bostezante, que los hizo con desgana y por cumplido, fueron apasionados y largos por parte de quienes, como aquellos a quienes se cantaba, más de una vez habían embrazado sus lanzas delante de sus corazones.

Fue entonces cuando le llegó el recado del Jordán para que acudiera a donde estaba, muy próximo al monarca. Azorado, pero rebosando alegría, mi padre, que aquella noche se había puesto su mejor gala que además le había servido para el viaje, sombrero de cuero, sobrevesta blanca, capa fina y oscura como el color de las calzas, y botas de montar, pero de piel curtida, se acercó a quien ya supo que era

Alfonso Jordán, que relucía con su vestir, al tiempo colorido, en verdes y azules, y bellamente sencillo, aunque no le faltaban los brocados en oro ni el adorno de un tocado rematado por una pluma. Se inclinó ante él no sin haberlo hecho antes, y descubierto, ante el rey Alfonso, con una cumplida reverencia.

—Con tu permiso, primo —dijo el Jordán pidiendo venia al monarca, que la concedió con sonrisa—, que le acerquen un escabel y que se siente a mi lado. Y pronto y presto que le traigan buen vino, que es con lo que dicen en estas tierras que hay que pagar al juglar —concluyó alzando la voz y haciendo brotar las risas.

Después todo fueron preguntas, pues la curiosidad por todo del occitano era insaciable.

No había escuchado jamás aquel cantar y hubo Álvar de contarle que tan solo eran por ahora retazos que contaban las hazañas de quienes sí conocían muy bien los castellanos, pues eran recientes héroes en la lucha contra los moros, y de ellos el señor de Tolosa también tenía algo de memoria y recuerdo, sobre todo de Rodrigo el de Vivar y de Álvar Fáñez. Sobre este último quiso el rey añadir algo:

—Fue gran capitán de mi abuelo en estas fronteras, el defensor de este alcázar y esta ciudad contra los moros africanos y el gran valedor de mi madre Urraca contra las asechanzas del aragonés, su marido. Sus partidarios lo mataron ya siendo un anciano, pero murió combatiendo. Sentí el no conocerlo. Toledo fue por él muy honrada, que bien me lo ponderó don Raimundo, el obispo, cuando pasé aquí una larga temporada. Buen vasallo de quien fue buen y gran señor.

El rey, algún verso que los romances cidianos repetía, «¡Qué buen vasallo, si hubiera buen señor»!, sí parecía que hubiera llegado a escuchar y para quienes fueran buenos entendedores lo quiso de esta sutil forma refutar. Y en la mesa se hizo muy respetuosa aquiescencia y silencio al respecto.

Alfonso de Jordán, sin alcanzar a comprender el algo que había sobrevolado la noche, siguió su plática con mi padre, cayendo en la cuenta de que llevaba el mismo nombre que Minaya y haciéndoselo explicar. Indagó también sobre la vida de su interlocutor y se sorprendió de que supiera leer y escribir, y además en latín y en romance. Hablaron de versos y de juglares, de sus andanzas con los cazurros, de sus pequeños viajes y de cuánto a él le gustaría poderlos hacer a aquellos lugares de los que hablaban. Que Álvar, mi padre, tenía muy decidido el hacerlos, y el primero a la tumba del apóstol, el

camino a Compostela, como sabía que el noble francés había hecho saliendo desde la capital de su territorio, Toulouse.

Aun sabiendo a quién hablaba y cerca de quiénes estaba, padre habló con aquella espontaneidad suya sin falta de respeto, pero tampoco sin trabas. El del Jordán le daba pie a ello y se congratulaba de que el castellano, sin perder su compostura, conversara con él de aquella manera. Le complació tanto que antes de dar por finalizada la charla lo convocó para el día siguiente:

—Os espero mañana, no muy temprano, pero sí para poder tener antes de comer un buen rato para seguir esta plática. Ahora retiraos, pues de lo contrario temo que a Sigedulfo, el trovador que os bostezaba, le puede dan un ataque mortal de envidia. Apurad conmigo la copa y hasta mañana, Álvar.

—Lo que vos mandéis, mi señor —contestó retirándose, con una reverencia final, sin darles la espalda ni a él ni al rey Alfonso. No sabía nada de protocolos cortesanos, pero eso sí que lo había aprendido tras habérselo advertido el cedrero con quien había hecho el camino.

Al día siguiente, bastante antes de cuando se le esperaba, ya estaba ante la puerta de donde tenía su alojamiento el señor de Tolosa, de Provenza y de Narbona, en un edificio adosado al propio alcázar. Sus sirvientes le dijeron que era muy temprano y que volviera al cabo de dos horas. Las aprovechó, aunque con cierta zozobra, pensando que el noble quizá ya se hubiera olvidado de conversación y cita, deambulando por la ciudad. Era muy consciente de cuál era la posición de cada uno y lo honrado que debía sentirse por el solo hecho de haber sido citado, aunque tal vez el otro ni se acordara ya de quién era. Pero se respondía a sí mismo que no, que los criados no le habían echado de su puerta a patadas, sino dicho que volviera después. Aunque la duda le corroyera, la hermosura y recovecos de la ciudad lo entretuvieron tanto, se perdió por la aljama judía, que no la había visto en lado alguno igual, que, cuando las campanas anunciaron que se habían pasado las dos horas, hubo de salir a escape y a la carrera, cuesta arriba, hacia el alcázar. Tenía buenas piernas, pero llegó resollando y hubo de parar un poco antes con el fin de recuperar la compostura.

No le hubiera hecho falta correr, aún tuvo que esperar otra hora más, pero esta vez más tranquilo, pues un sirviente le advirtió de que le avisarían cuando su señor lo requiriera y que no se mantuviera lejos y sí a la vista. Fue un buen rato, pero a él se le hizo corto pensando en

todo cuanto debía decirle y hacerlo con concreción y sin tomarse confianza ninguna. Al fin lo llamaron y Alfonso Jordán lo recibió muy atento, y nada más hacerlo entrar hizo que se llegara hasta ellos un sirviente que traía en sus manos varias prendas.

—Habéis de vestir como debe hacerlo un juglar de la mayor categoría. Sé de la austeridad castellana, pero pienso que cada cosa tiene su momento, y para la música, la poesía y el placer no hay que ir vestido como para una cabalgada de guerra. Es costumbre premiar al juglar que nos complace con un presente y este, que olvidé daros anoche, es el mío, unas prendas que espero podáis lucir en la siguiente ocasión que volvamos a disfrutar de vuestros versos.

Mi padre recogió el presente, pero no hizo por desenvolver el atado, pues entendió que eso habría de hacerlo luego, pero agradeciéndolo mucho y en verdad, pues así lo sentía. Pasaron luego a una pequeña y fresca estancia y cuando iba a comenzar a decirle lo que tanto había meditado, el Jordán lo sorprendió haciéndole sin preámbulo alguno una increíble propuesta:

—Creo que es preciso que sepáis quién soy y a qué se debe mi parentesco con vuestro rey. Debéis saberlo porque deseo que entréis libremente a mi servicio, que podréis dejar cuando os plazca, y que me acompañéis en mi periplo por estos reinos y luego vengáis conmigo a mis tierras.

Él se quedó mudo. Había pensado en pedirle algún tipo de protección para poder comenzar a tener entrada en los palacios señoriales y posibilidad de acercarse a la corte, y se encontraba con que todo aquello era superado con algo que ni podía en sueños haber imaginado.

Su interlocutor no le dejó respiro, y suponiendo tal vez que su silencio era duda, le insistió:

—¿Qué me decís? ¿Tenéis impedimentos personales o ataduras que os lo impidan?

—Ninguno, señor, ninguno. Perdonadme. No esperaba algo tan generoso por vuestra parte. Seré feliz de acompañaros.

—Pues, entonces, comenzaré a ilustrarte. Habrás de saber quién soy y por qué soy primo del rey de León y de Castilla.

Y fue Alfonso Jordán, conde de Tolosa y de Provenza, quien aquella mañana de agosto en Toledo hizo de juglar para contarle la historia de

su padre en las cruzadas y la suya propia para recuperar sus condados a un cazurro, hijo de un siervo del monasterio de San Pedro de Cardeña que cabalgó en la mesnada del Cid y que recorría plazas y mercados contando sus hazañas. Y supo hacerlo en verdad como el más avezado juglar:

—Cuando los feroces almorávides derrotaron en Sagrajas al rey Alfonso VI, y a ese Álvar Fáñez que anoche glosabas, pidió ayuda a la cristiandad de allende los Pirineos para que le ayudaran a contenerlos. De no hacerlo, les advirtió, podría, para salvar su reino, dejarles el camino expedito a los moros y que avanzaran si querían hacia donde ellos moraban.

»Tan solo tres contestaron: dos primos, nobles borgoñones, Raimundo y Enrique, y mi padre Raymond de Saint-Gilles, conde de Toulouse. Vinieron con sus huestes, aunque llegaron ya tarde y los africanos ya señoreaban Al-Ándalus. Aun así él lo agradeció y les dio a sus tres hijas como esposas. Nacida de Constanza, la reina, su hija Urraca fue esposa de Raimundo, cuyo hijo es hoy nuestro rey Alfonso. De su amante, la noble leonesa Jimena Alonso, su hija Teresa, a Enrique, cuyo hijo es Alfonso Enríquez, conde de Portugal, que pretende, y no se recata de ello, convertirse en rey de aquel territorio. Y Elvira, mi madre, a mi padre, el IV conde de Toulouse.

»Yo soy su heredero, Alfonso de nombre también como mis dos primos, vuestro rey, y el que quiere serlo de Portugal, todos bautizados así en honor de nuestro abuelo común, Alfonso que llamaron el Bravo y que fue el sexto de ese nombre ciñendo la corona de León y Castilla.

»Los dos primos borgoñones se quedaron en España, pero mi padre regresó a Toulouse para acudir como uno de los grandes campeones cristianos a la primera cruzada. Consiguieron tomar Jerusalén y, tras hacerlo, le fue ofrecida por los cruzados a mi señor padre la corona de rey. Pero él la rechazó por entender blasfemia el hacerlo donde murió coronado de espinas nuestro señor Jesucristo. Sí aceptó el nuevo principado de Trípoli, donde fundó la gran fortaleza de Monte Peregrino para dar amparo a quienes se dirigen a Tierra Santa y donde yo nací, pues mi madre, a pesar de su extrema juventud —tenía quince años cuando se celebró su boda—, acompañó a mi padre a la cruzada y ambos se instalaron en Trípoli. Cuando yo nací decidieron que fuera bautizado en las aguas del Jordán, donde el Bautista lo hizo con el propio Jesús de Nazaret, nuestro Salvador. Por ello me llamaron así, y por eso también me conocen como Hijo de la Cruzada.

»Dos años después de mi nacimiento, en el año 1103, falleció mi padre en medio de un terrible incendio en nuestro castillo, y nunca sabré si pereció combatiendo las llamas o a manos de los asesinos que las provocaron. Mi madre hubo de retornar conmigo a Francia buscando amparo, pues un poderoso cruzado, Guillermo de Cerdeña, se aprovechó de mi orfandad y usurpó nuestros derechos. Llegados a nuestras tierras francesas, mi hermano Bertrand, mayor que yo e hijo de una esposa anterior de mi padre, nos acogió con gran cariño y nos colmó de atenciones nombrándome conde de Rouergue en prueba de su afecto fraternal.

»Bertrand fue en verdad un hermano y, tras dejarnos bien acomodados, emprendió viaje con sus huestes hacia Trípoli para restablecer allí el dominio de nuestra casa. Lo consiguió prestamente expulsando de allí al Cerdeña, pero su mandato fue muy corto, pues solo tres años después, en 1112, falleció quedando al frente del condado de Trípoli su hijo Ponce, mientras que en los señoríos de Tolosa y Provenza su herencia recayó en mí.

»Guillermo, duque de Aquitania, mi tutor y el regente de mis dominios, se aprovechó de mi corta edad e invadió mis tierras. No me acobardé, supe cuál era mi deber, pero hube de esperar a cumplir los quince para, ya alcanzada la mayoría de edad, reclamar ante la justicia y con las armas lo que me pertenecía. Aquel mismo año conseguí recuperar cierta parte de la herencia y al cumplir los veinte ya lo conseguí en su totalidad, aunque por ello, y me apena en mucho contarlo, hube de sufrir una excomunión papal, que por fortuna para mi alma ya me fue levantada, por haber castigado y expulsado de su monasterio en mis tierras a los traidores monjes de Saint-Gilles, que se habían puesto por entero al servicio del usurpador, el no menos traidor Guillermo de Aquitania.

»Pero con ello no concluyó mi tarea. Hube de enfrentarme también con alguien bien conocido por vosotros, Ramon Berenguer III, conde de Barcelona, que me disputaba la parte que me correspondía de la Provenza. Lo derroté en buena lid y lo expulsé de mis tierras, pero supimos conseguir luego una buena paz y un reparto del territorio que a los dos benefició y que me alegro de haber firmado. Hoy, unidos estos títulos al ducado de Narbona, mis dominios se extienden hasta los Pirineos por el oeste, los Alpes por el oriente, Auvernia al norte y el Mediterráneo al sur.

»Viven ahora en paz mis súbditos y presumo de que aprecian a su señor. Es mi corte un lugar alegre, concurrido por todo tipo de viajeros y de artistas, donde son siempre bien recibidos los juglares

que llenan de música y poesía los días y las dulces noches de aquellas tierras. He querido hacer de ella un lugar luminoso y encantador donde hay risa en vez de llanto, procuro ser justo con mis vasallos y que no se pase hambre en mis tierras. Ya sé que dicen que son mis palacios y fiestas centro de pecado y lujuria, pero aspiro a que mis gentes me quieran más que me teman, y que mis enemigos me teman más que me quieran.

»Soy leal con quien mi lealtad merece, como mi primo Alfonso, vuestro rey, que siempre podrá contar con mi apoyo y mi brazo.

Concluía así su relato, y tras remojarse los labios y sorber un zumo de limón exprimido y rebajado con agua fría, del que ofreció a mi absorto padre un vaso, que juzgó exquisito, remató su parlamento con una de sus alegres risas y una última frase:

—Solo quisiera que mis guerreros digan de mí que soy el primero en la batalla y en la guerra, pero aún más que mis damas proclamen que lo soy aún mejor en la cortesía y el amor.

17

Camino de Occitania

Aquella misma tarde, Álvar trasladó sus pertenencias a su nuevo alojamiento, pues el conde dispuso que de inmediato se le procurara allí posada y establo para su montura, tras dar órdenes a sus sirvientes de que se le tratara con la deferencia debida. Antes, no pudo resistir ya más la tentación de probarse las ropas con que se le había obsequiado. Eran en verdad fascinantes, tanto en colores como en tacto: le sorprendió la suavidad de la camisa y de las bragas de lino, que nada tenían que ver con las ásperas telas que hasta entonces él había llevado. Se añadían un jubón y una calzas que combinaban los colores verdes y gualdas y se completaban con una capa que, al igual que el tocado para cubrirse la cabeza, con camafeo y pluma, jugaban con el color rojo: granate oscuro para la primera y bermellón para la gorra. Eran esos los colores de Castilla, el noble occitano no los había elegido al azar. Había añadido a ello unos botines de piel muy suave y fina que, desde luego, no eran para andar por calles embarradas ni para un largo viaje a caballo como el que le había dicho no tardarían en emprender en unos días.

Era lo más preciado que había tenido nunca. Volvió a empaquetarlo todo con esmero y cuidado y se puso sus viejas ropas de camino, mucho más sufridas y que para tal menester le harían mejor apaño.

El viaje se demoró no unos días, sino casi dos semanas, pero al cabo partieron. El rey lo había hecho antes camino a León, pero yendo primero hacia Talavera y hacia el oeste para ir recorriendo aquellos otros enclaves fronterizos, ascendiendo rumbo a Ávila y Salamanca, que quería visitar antes de retornar a la capital de su reino. Era preciso que las gentes, nobles, clérigos y plebeyos supieran y vieran con sus ojos que ya había un rey único. El aragonés se había apropiado de muchos territorios que sí lo habían sido de su abuelo, pero ello habría de esperar a que el reino recuperara sosiego y fuerza.

La partida del de Tolosa se demoró porque el conde quiso conocer Toledo a fondo y empaparse de su historia, rincones y las diferentes

culturas que la habitaban. Algo que, a quien había nacido en Tierra Santa, interesaba sobremanera. Un día entero pasaron en la judería, donde el de Jordán, además de preguntar por todo, acabó por adquirir un auténtico surtido de artesanías y toda suerte de trabajos en plata, en los que algunos de los judíos eran maravillosos artesanos. A la postre se encaprichó de un impresionante candelabro de nueve brazos, que le costó no solo muchos dineros, sino tener que hacer la presión debida para que el orfebre accediera a vendérselo.

No fue su única compra, pues de Toledo salió con el que sería por mucho tiempo su más preciado caballo: un maravilloso ejemplar de pura raza árabe, fino y veloz, de esbelto y engallado cuello y una capa de tan intenso pelaje negro que relucía al darle la luz del sol. Pero no lo compró solo por su belleza, sino que comprobó sus virtudes, de las que su amo, un escudero toledano, alardeaba: una extraordinaria velocidad y una increíble agilidad para girar, quebrar y revolverse.

—No es un caballo de paseo, aunque haga que se vuelvan las miradas, sino que conoce el olor de las batallas —lo enalteció, aunque no hacía falta, su vendedor—. Fue en una y más allá del Guadiana cuando se lo arrebaté a un arráez moro que no lo merecía, pues era mucho mejor la montura que el jinete.

No escatimaba el dinero el conde si algo le interesaba, pero tampoco lo desperdiciaba, y para negociar se valía de las más hábiles fintas. Él no regateaba el precio, sino un sirviente suyo, un hebreo que también nos había acompañado a la judería. Con el escudero fue más fácil que con sus compañeros de raza el rebajar la exorbitante cantidad que pedía y a la que quería sumar la silla, que al de Jordán no le gustaba, pues le pareció que no era la original que el animal llevaba cuando fue capturado, y eso estuvo a punto de tirar por tierra el acuerdo. Solo al ver que el conde le hacía a su negociador una seña y se levantaba para irse comprendió el escudero que podía quedarse sin nada y que lo que habían ofertado no se lo iba a dar nadie, pues se preferían caballos más grandes y fuertes, aunque no fueran tan hermosos. Y aceptó apresuradamente la oferta.

El de Jordán buscó entonces la silla acorde para tan especial animal, al que dijo que no pondría el nombre hasta llegar a su palacio de Tolosa. La logró encontrar tras varias infructuosas tentativas en el mercado, merced a un guarnicionero que le dio la dirección de un ilustre musulmán que tenía una a la que él había reparado no hacía mucho un pequeño descosido.

—No la he visto ni más hermosa ni mejor cuidada, señor.

Tras localizar la vivienda del propietario, fue aquella la negociación más ardua, pero la consiguió al fin. Una silla mora jineta del mejor y más suave cuero, con el arzón y algunos otros adornos repujados en plata, así como su petral, ataharre, cincha, riendas y freno, todos de exquisita factura.

Cerraron el trato, esta vez directamente el conde junto a la fuente y el surtidor de agua del patio de la hermosa casa en la que el árabe seguía viviendo. Era este uno de los pocos que lo era y uno de los más reconocidos como referentes de su comunidad por los moros que se habían quedado tras las capitulaciones del rey Alfonso VI con Al Qadir y los principales de la ciudad. Muchas de estas disposiciones ya habían sido arrambladas, entre ellas el mantener el culto en la mezquita mayor, que ahora era la catedral cristiana, pero otras se conservaban, y aunque eran muchos los que se marchaban de la ciudad hacia el sur y no pocos los que esperaban que la tomaran de nuevo los de su religión, bastantes aguantaban y se doblegaban a la autoridad cristiana.

—No son de fiar, señor —le advirtió mi padre—. Tras el desastre de Uclés, el infante Sancho y los siete condes de Castilla consiguieron llegar huyendo hasta las puertas del castillo de Belinchón para acogerse a sus murallas. Pero los moros que había dentro habían matado a la guarnición castellana y las habían cerrado. Contra ellas los despedazaron a todos. Son traidores por naturaleza y si un día tuvieran oportunidad, cuando vuelvan de nuevo aquí los ejércitos almorávides, les abrirían las puertas.

Sonrió Alfonso Jordán al escucharlo. Era bien cierto lo que decía, como lo era también que el último deseo que Alfonso Jordán tenía entre ceja y ceja era el llevarse a Toulouse un juego de ajedrez, un tablero con todas sus figuras. Lo había visto jugar en muchas casas nobles, lo hacían su primo el rey y los magnates y obispos como juego de inteligencia y estrategia como ninguno había. Era señal de distinción y lo jugaban tanto los musulmanes —se decía que ellos lo habían traído desde mucho más al oriente, de donde venían las especias y la seda— como en los reinos cristianos. Era en verdad apasionante y deseaba más que nada tener uno.

En realidad, la demora en marcharse había tenido en aquello su principal motivo, pues el señor de Toulouse había pasado largas horas, todas las que el prelado pudo concederle, intentando aprender las reglas e instruyéndose en el juego. Don Raimundo, que decía con humildad que él no era muy experto y que muchos lo derrotaban, a él le venció en todas cuantas partidas echaron, aunque las últimas ya

fueron mucho más igualadas y el Jordán estuvo cerca de la victoria, pero un error postrero le llevó a ver otra vez a su rey abatido.

Porque de ello trataba el juego. Un tablero con diferentes figuras, ocho peones por delante y por detrás otra línea de las más principales y poderosas, con mayor capacidad de desplazarse, de ataque y defensa, como caballos, torres y alfiles protegiendo al rey. Cada cual tenía acotado su movimiento y podía con él y por turno derribar y eliminar a las figuras contrarias. Se trataba de ir acabando con las más posibles y perder las menos propias hasta cercar al rey y darle muerte y con ello ganar el combate y la partida. Eran tantas las posibilidades y alternativas y por tanto precisas las más hábiles y estudiadas estrategias, donde también cabía el tender trampas y emboscadas sacrificando algunas fichas para obtener luego piezas más codiciadas y posiciones de ventaja, y hacían tan apasionante el juego que había quienes dejaban de comer por proseguir con él hasta que concluía.

Fue finalmente el propio obispo quien tuvo la generosidad de regalarle al conde un juego completo y muy hermoso con piezas de marfil, las blancas, y de ébano, las negras. No hizo dispendio el prelado, sino en realidad un buen negocio, pues el conde dejó para la iglesia un donativo que multiplicaba el valor de lo recibido.

Hechas las compras importantes, ya apenas si perdió el del Jordán tiempo en baratijas, aunque llenó medio saco en el zoco, con un guiño pícaro a los caballeros y escuderos que aquella mañana nos acompañaron e hicieron también acopio. Era el momento de los regalos para la vuelta y cada cual pensaba a quién hacérselo.

Por fin, ya entrados en septiembre, la comitiva se puso en marcha de vuelta a su casa. Este día ya se madrugó y a poco de salir el sol salían ellos por la puerta de Bisagra para emprender camino hacia Burgos, pasando por Madrid y posando de nuevo allí, a las afueras, como a la venida, aquella la primera noche para ir luego a cruzar la sierra, y hacerlo la siguiente hasta acampar ya casi en lo alto y trasponer en la mañana para dar vista a la meseta norte, y en otro par de jornadas llegar a hacer posada a Lerma. Desde allí, sin pasar por la capital castellana, se dirigieron hacia el nordeste para alcanzar la frontera con los dominios de Aragón, en Belorado, y enfilar hacia Roncesvalles, ya en el Camino de Santiago, que empezaban a llamar Camino Francés al ser la ruta habitual que los peregrinos francos hacían hacia Compostela.

Hicieron noche en Belorado, lugar al que el Batallador, para congraciarse con la población, había otorgado diez años atrás un

generoso fuero. El lugar, a orillas del río Tirón, que iba a dar sus aguas al Ebro, tenía a pesar de esas mercedes honda raíz y querencia castellanas. Era el paso natural del valle del Ebro a la Meseta y estaba dominado por un castillo levantado por los primeros condes de Castilla. Había sido el propio Fernán González, el primer conde en intentar emanciparse de la tutela leonesa, quien en agradecimiento a sus habitantes por liberarlo de las cadenas con la que las gentes del rey de Navarra lo llevaban preso les concedió el derecho a celebrar feria todos los lunes del año y que los viajeros encontraron muy animada al llegar en ese día, pues allí se daban cita los labriegos del valle con los ganaderos de la vecina sierra de la Demanda.[26]

Mi padre había acudido a ella con el abuelo, y por sí solo en más de una ocasión y hasta el año anterior mismo. Esta vez había también antiguos compañeros suyos por ella y no dejó de ser reconocido por algunos, que se hicieron cruces al verlo en tan importantes compañías y a cuyo encuentro fue luego y con los que compartió unos tragos a los que quiso unirse el conde, dejando asombrados a todos y muy contentos a los cazurros, a las troteras y soldaderas y hasta al ciego, que echaron uno de los mejores días de su vida y recordaron para siempre aquel paso del generoso caballero occitano.

Este se rio mucho con sus modos y maneras que, grotescas y groseras pero agudas, no se paraban en nada, y en sus cánticos y dichos no dejaban títere con cabeza ni cabeza sin sufrir sus burlas, aunque se cubriera con mitra o hasta llevara corona.

—Si alguna tropa de estos apareciera por Toulouse, me parece que más de uno vendría a mí a exigirme que los echara de nuestras tierras y que les cortara la lengua.

—Y más de tres damas, mi señor —le apuntó riendo uno de los más jóvenes y el más risueño de los caballeros que le acompañaban, Albán de nombre—, se pondrían muy coloradas.

—En ciertas cosas se toman estas gentes de aquí muchas libertades —terció otro, llamado Ravier, con quien siempre andaba haciendo chanzas y tirándose puntadas, más de bromas que de veras.

—Alguna que tú bien conoces, a buen seguro. Por eso prefieren a nuestros trovadores, como Sigedulfo, que solo les destilan almíbar y que proclaman que solo rozarles la piel les dejaría mancha. Y, por cierto, ¿qué ha sido de él? —preguntó Albán.

Unos se encogieron de hombros, otros esbozaron una irónica sonrisa y

al cabo el conde contestó:

—Que le ha picado una mosca castellana. —Y le coreó una carcajada a la que ni Álvar pudo sustraerse.

Al retornar a la posada, Álvar le puso al Jordán al tanto de que el lugar, Belorado, cuyo nombre le había sorprendido y gustado, había sido recientemente una de las plazas fuertes del propio Cid Campeador, pues el primer rey de Castilla y de León luego, su bisabuelo Fernando I, se la había entregado a este cuando era uno de sus jóvenes caballeros, armado al mismo tiempo que Minaya en la iglesia de Santiago en Zamora, como dote al casarse con Jimena.

Ahora, y desde hacía ya bastantes años, había caído, tras el desdichado matrimonio de su tía Urraca, en manos del aragonés, pero mi padre estaba seguro de que el nuevo rey, en cuanto pudiera, la devolvería a sus dominios.

La guarnición que aseguraba el lugar y custodiaba el paso recibió a los visitantes con extrema cortesía, y su capitán mandó de inmediato aviso de quién estaba llegando a tierras riojanas para que trasladaran la nueva al soberano de Aragón y de Pamplona.

Al día siguiente, puestos ya en la Ruta Jacobea, Álvar no dejó de comentarle a su señor occitano que él estaba haciendo al revés su primera peregrinación, pues en vez de ir hacia el sepulcro del apóstol lo estaba haciendo en dirección contraria.

—Camino de Santiago es, y la próxima vez, que la habrá, caminaremos hacia Compostela.

Para padre lo que ahora sí empezaba era la andadura hacia lo desconocido. Al verlo en aquel séquito, al lado de tan gran señor, ricamente ataviado, en cercana conversación, compartiendo risas y actuando como si fuera uno de ellos, cualquiera de sus antiguos compañeros o sus vecinos de Vivar o hasta sus más recientes amigos del mismo Burgos hubieran pensado que aquel Álvar en nada se parecía al que ellos habían conocido y que sería ya muy otro de aquel humilde juglar que andaba en compañía de cazurros.

Pero no era así. Era solo el exterior, eran solo sus vestidos, porque años más tarde, en un trance delicado que hubimos de afrontar juntos como padre e hijo, me diría que aquella noche se había sentido, cuando iban a cruzar aquel río de Belorado, más Álvar que nunca, en el inicio de todo y no en la meta de nada, y que fue cuando renació o ya brotó a raudales su primer y más libre espíritu, su alma libre,

curiosa y alegre, deseosa de recoger en la vida todo aquello hermoso que pudiera ofrecerle. Y cuando llegaran las cuitas, las penas y las desgracias, saber afrontarlas también con la misma disposición y buen encaje, como hizo cuando lo dejaron desnudo, inconsciente y envenenado al lado de un camino.

La siguiente posta fue ya en Santo Domingo de la Calzada, así la llamaban ya los habitantes a la población, pues santo consideraban, y en ello andaba ya la Santa Madre Iglesia, a aquel eremita, Domingo García, fallecido por entonces tan solo hacía nueve años atrás, que había hecho de su vida el ofrecer amparo y ayuda a quienes la necesitaban, y en particular a los más pobres y necesitados peregrinos que pasaban por aquel lugar. De su empeño y de sus manos había salido la construcción de aquel puente para facilitar el paso del río Oja, cuyas aguas habían provocado en alguna ocasión no solo penalidades sino desgracias, así como una espléndida calzada que conducía hasta él y que hizo variar la vieja ruta de tránsito. Había levantado también, y antes de ello, la iglesia, y luego un albergue y un hospital para los viajeros del camino. Su bondad había sido tan grande que el Creador le dio el don del milagro y en olor de santidad murió al cumplir los noventa años y apenas nueve antes del paso de mi padre por el lugar.

En Santo Domingo no había nadie que no relatara, cada cual con su interpretación y manera e incluso había quien aseguraba haber sido testigo del hecho, lo que Domingo hizo para probar la inocencia de un pobre peregrino condenado a la horca tras ser acusado falsamente del robo de un cáliz de plata, resucitando a un gallo y una gallina no solo muertos, sino que ya estaban guisados y en el plato. Desde aquel día en el templo tenían siempre una gallina y un gallo a los que cuidaban con mucho esmero y que eran ya el símbolo de la población. El dicho popular era, y no hubo nadie de la partida que no se lo supiera cuando prosiguieron camino: «Santo Domingo de la Calzada, donde cantó la gallina después de asada».

Al llegar a Logroño ya eran esperados y un pequeño destacamento salió de la ciudad para saludarlos y conducirlos a unos aposentos preparados al efecto. La nueva de su paso había llegado al soberano aragonés y este había querido manifestar así su respeto y deferencia por tan ilustre viajero, aun sabedor de su parentesco, cercanía y amistad con su rival leonés. O tal vez por ello. También porque venían a ser ambos, Pirineos de por medio, vecinos. Alfonso el Batallador sabía ser también cortés si la situación lo requería.

Fue en Pamplona donde se encontraron ya con una recepción del

mayor nivel, pues el magnate de confianza del monarca encargado de representarlo en la capital del viejo reino durante sus ausencias los recibió con todo boato y, tras instalarlos en aposentos dignos de su rango, ofreció un espectacular ágape al conde y a sus más cercanos. Entre ellos incluyó el de Jordán a su juglar, con quien por el camino no había dejado de conversar e ir trabando con él cada vez mayor simpatía y amistad.

La vivienda del gobernador no deslumbró en absoluto a los occitanos, pero sí un tanto a Álvar, que aunque en algunas de algo menor nivel ya hubiera estado, nunca como invitado a su mesa. La entrada, con la recia puerta, sus adornos y clavos de cabeza labrada, no era diferente a otras que había visto en Burgos, mas fue dentro donde se percató de la riqueza que en ella se albergaba. La entrada se abría a un patio con un pozo en su centro, sobre cuyo brocal se alzaba una armadura de hierro de la que pendía el caldero para extraer el agua. Hacia el mediodía se encontraban los palacios de los amos, edificios de una planta, construidos con buena piedra y buen techado rematado con tejas. Daba entrada a ellos un arco de herradura y allí se hallaban el salón, las estancias y los aposentos de los dueños.

Un tercer cuerpo del patio lo ocupaba otro edificio, este de construcción más modesta, con la cocina cuya chimenea asomaba por el tejado y que comunicaba a su vez con el corral, donde se levantaban otras construcciones. Una era el silo, donde estaban los graneros y los atrojes, y otra la bodega, con su lagar y su viga, en la que pusieron mucho acento cuando iba mostrándosela, con sus tinajas y cubas, señaladas las que contenían los vinos más añejos.

Cerca de allí se abrían los establos con sus pesebres ahuecados en grandes troncos de árboles, el gallinero, la cochiquera de los gorrinos y en una esquina el palomar. Junto al establo estaban las letrinas y otro edificio en el que tenían sus camas los siervos y criados. Pegada a las habitaciones del palacio se hallaba una estancia con unas grandes cubas destinadas para el baño de los señores y que eran atendidas por un siervo encargado de calentar el agua en unas calderas cuando estos querían utilizarlas.

Pero lo que en verdad deseaba mostrarles el magnate eran las estancias principales. Para ello hizo comparecer a su esposa, una señora ya de cierta edad y abundosa en carnes, y a sus dos hijas jóvenes, por debajo de los veinte y más cercanas a los quince, dos doncellas con el pelo suelto y rubio, ambas de aspecto sano y piel clara y mejillas dadas a ruborizarse, y un niño de unos ocho años al que hizo saludarlos a todos y luego tras ello retirarse con su ayo.

Señaló el anfitrión con mucho orgullo que un cuarto hijo y el mayor de todos se encontraba ausente, pues se hallaba al lado del rey y sus mesnadas ya de vuelta en Zaragoza. Esperaban pronto su visita, tras retornar de una expedición por territorio musulmán a las que el Batallador era muy aficionado, que había hecho incursiones hasta la vega de Granada y vuelto con miles de cristianos mozárabes. Ahora parecía que también había traído algunos y un fuerte número de cautivos. De hecho y de anteriores ocasiones ellos tenían una sierva mora.

En el salón principal se encontraba una gran mesa, rectangular, de buena madera, cubierta ya con un enorme mantel y dos cátedras de altos respaldos en ambas cabeceras, así como sillería ya dispuesta en los costados. Dos arcas pegadas a las paredes, con techo a dos vertientes, completaban el mobiliario principal. Un impresionante y alto candelabro sostenido por un astil enclavado en un trípode iluminaba la estancia y encima de la mesa ya estaban también encendidos varios ciriales para iluminarla especialmente, pero lo que más sorprendió a Álvar fue ver colgadas de las paredes lo mejor de la vajilla, las piezas más esplendidas de plata que poseían los dueños de la casa.

No hizo el amo por mostrar los aposentos más al interior, aunque al paso el juglar pudo atisbar en un hermoso mueble una cama sobre un armazón de madera, a buena altura y sostenido por cuatro patas labradas, al igual que sus costados. El cabecero y la parte de los pies estaban rematados por cuatro relucientes bolas de metal y el lecho estaba cubierto, amén de las sábanas y mantas que habría debajo, por una colcha forrada de pieles de ardilla.

Todo este edificio conectaba con el de la cocina por un zaguán. Esa sala era muy amplia y en su centro ardía el fuego del hogar, que desahogaba sus humos en una gran campana. Había, aparte de todos los utensilios precisos para la lumbre y los cacharros necesarios para asar, freír y cocer, dos grandes asientos con respaldo y algunos otros de buen porte también donde la familia pudiera sentarse a gozar del calor del fuego en las tardes frías. Que aún no lo eran, pero que ya empezaban a serlo un poco, pues el otoño ya asomaba.

En todo se iba fijando mi padre hasta que al fin se sentaron. Ofreció el magnate al conde una cabecera, colocando a sus hijas a su lado, y él ocupó la otra sentando así junto a su mujer.

Cada comensal tenía para sí una silla de cuero y delante un tazón de plata, una cuchara del mismo metal, una copa dorada para el vino y

un vaso de vidrio tallado para el agua. En el centro y espaciadas, había tres herradas de plata llenas de agua cristalina y otras tres redomas de cristal tallado que contenían el mejor vino añejo de la casa.

El banquete comenzó con los sirvientes trayendo en unas grandes soperas un caldo espeso hecho con tocino, ajo, pan y puerros, del que cada cual se servía a su discreción en la escudilla.

Cuando se supuso concluido, aparecieron de nuevo con unas fuentes planas, cada una con una pierna de cordero asada, una para cada dos comensales.

La tercera entrada, tras retirar las sobras de la anterior y ofrecer a todos aguamaniles, por supuesto de plata, para limpiarse las manos, fueron truchas, muy frescas y pescadas aquella misma mañana, según la anfitriona.

Para el cuarto plato se sirvió lomo adobado, para lo cual los criados trajeron cuchillos de mesa y nuevos aguamaniles. Pero aún quedaba un quinto que era el guiso de más enjundia, de gallina y ánade, que se sirvió en escudillas con los tropezones de la carne de las aves.

Ante este último manjar un caballero del conde en su lengua y algo quedo no pudo evitar hacer la broma ante la que rieron todos los viajeros, incluido Álvar.

—No me importaría que estas aves salieran en verdad volando como en el milagro de santo Domingo. Voy a reventar, amigos.

Las libaciones de vino habían sido copiosas. Algunos caballeros incluso comenzaron a hacer halagos y cumplidos a las jóvenes doncellas, que los agradecieron muy arreboladas. El conde también se los hizo muy galantes a la señora, que aún ofreció una última entrada de postres: un surtido de frutas, higos, peras y manzanas, y miel y queso y confituras dulces de las monjas de un monasterio cercano.

Con una última libación y muy cortésmente, Alfonso Jordán, tras hacer una seña a sus hombres, pronunció unas agradables palabras de agradecimiento para con el rey aragonés, su anfitrión, su dama y sus hijas, apuró con todos su copa y pidió permiso para retirarse. Adujo que había un largo camino que hacer al día siguiente y debían salir al alba. No quería tener que cruzar los Pirineos con el mal tiempo ya encima.

Antes de que se dirigiera cada uno a su lugar de descanso, pues los

habían distribuido en varios aposentos diferentes, el conde se acercó a Álvar y le dijo:

—He observado que, cuando hablábamos en algún momento en occitano entre nosotros, tú seguías la conversación, y has sido el primero y el único de los españoles en reírte con lo de la gallina.

En efecto, mi padre estaba aprendiendo una nueva lengua. Y para cuando llegaron a Tolosa ya había comenzado a hablarla.

[26] Lleva a gala ser históricamente la primera feria de España y a día de hoy se sigue celebrando cada lunes animando su porticada plaza Mayor. Y pasando por allí, ahora también, los peregrinos hacia Santiago.

18

Aalis

El desfiladero de Roncesvalles quedaría para siempre grabado en la retina del juglar. Ya había supuesto un enorme impacto verse debajo de aquella impresionante muralla de enormes montañas y feroces picos, de bosques inmensos, de roquedos inaccesibles y de torrentes limpios y bravos. Le habían mantenido absorto y mudo en una continua y atenta mirada a todo cuanto le rodeaba y se cernía sobre él. Quería absorber y atesorar en la memoria todo aquello para siempre, pero ya atravesar por aquel mítico desfiladero que había visto perecer a Roland supuso un enorme impacto emocional en el poeta.

Tras un día de continua subida desde el amanecer, el cielo se había ido encapotando y comenzó a llover de manera pertinaz, lo que hizo protegerse a los viajeros con sombreros de anchas alas y capas. Pero la lluvia no hizo sino añadir magia al tránsito de la comitiva y al caminar de los hombres y las bestias en fila entre las dos paredes del angosto valle; a todos cuantos iban los alcanzó una misma emoción y cuando un caballero comenzó a recitar elevando su voz una estrofa de la Chanson de Roland, otro le continuó, y otro luego y otros después hasta que lo hizo el propio conde Anfós, pues ese es el nombre occitano que sus hombres daban a su señor. A mi padre se le puso un nudo en la garganta y se le humedeció la mirada. Sabía del héroe franco y de su muerte, pero no había oído su canción cantada en su propia lengua y se prometió que a la vuelta se la traería aprendida y escrita además.

Estaban alegres de volver a su patria, se notaba hasta en el fuego del campamento, que parecía brillar más, y en el olor de la leña mojada, que les revivía la piel tras aquellos calores y soles implacables de Castilla. Albán, Geroni, Raol, Arnos, Ravier, Landrí, Marcéu, Savarie, Romeu se reían y hacían bromas entre ellos y trataban a Álvar como uno más, con cierta condescendencia por su extranjería y su juventud, pero con la camaradería que da el caminar tantos días juntos. Ellos habían hecho todo el Camino y se habían postrado ante el sepulcro de Santiago, y habían acompañado hasta allí junto con su señor al obispo

de Toulouse, quien con parte de la comitiva había retornado a su catedral, donde los estaría ya esperando hacía meses.

Ellos y la mayoría de los hombres de armas habían seguido al conde hasta León, para homenajear y ayudar a su primo el rey y además para que don Anfós pudiera volver a ver de nuevo a su madre, doña Elvira, que viuda había vuelto a España y se había vuelto a casar con un noble leonés. Viuda de nuevo ahora, le presentó a su primogénito, al que no veía desde que era un niño y por quien lloró de orgullo y emoción, a sus tres hermanastros nacidos allí.

Habían seguido con el rey hasta Toledo, pero antes le habían ayudado a reducir, si no a la obediencia sí a tenerla que simular, al levantisco Pedro González de Lara, amante de la reina Urraca y padre de los dos hijos que con ella tuvo (del parto del tercero fue del que murió), y que profesaba muy mal querer y peores pretensiones contra el nuevo rey, y habían asistido a su coronación en la emblemática ciudad. En su sueño había estado también el haber librado una batalla contra los feroces africanos enemigos de la cruz, pero ello había quedado para otra ocasión.

Tenían tanto que contar cuando llegaran que estaban ahora muy ansiosos por concluir su viaje. No regresaba con ellos el trovador de los bostezos, este se había incorporado al séquito del rey Alfonso al saber que el juglar castellano había sido invitado por el de Jordán a acompañarlos. Sin embargo, dos de ellos, Albán y Ravier, que también gustaban de trovar aunque eran hombres de espada y espuelas, le habían ido enseñando y Álvar ya se atrevía con alguna canción de las suyas occitanas, que era recibida con jolgorio y risas cuando pronunciaba una palabra mal. No se enfadaba por ello, sabía que eran de amistad.

Alfonso Jordán también tenía prisa en llegar, había mandado dos emisarios por delante y desde Toulouse regresaron al galope hacia donde estaban. La ciudad los aguardaba. Estarían allí en tan solo un día más. El conde ordenó que para la entrada todos se vistieran y compusieran de la manera mejor. Tolosa saldría a la calle a recibirlos y ellos deberían corresponder.

A la mañana siguiente dieron vista a sus murallas, se dirigieron a la puerta más principal. Sonaron las trompetas en las almenas y el conde Alfonso Jordán hizo entrada en su ciudad. Montado en su árabe negro, de paso señorial y gallear de cabeza, con su portaestandarte y su enseña a su lado y detrás, y en fila de a dos, los caballeros que venían con él. En la última, antes de los infantes, también formados, y los

carros y acemileros con la impedimenta que cerraban la marcha, flanqueado por Ravier y Albán, entró a la capital occitana el joven Álvar de Vivar, con las ropas regaladas por el señor de Tolosa y su vihuela colgada a la espalda.

El desfile por las calles hasta el palacio condal resultó triunfal. Pararon en la puerta de la catedral, donde los esperaba el obispo, descabalgó el conde Anfós, besó su anillo y recibió su bendición. Luego a la entrada del palacio se disolvió ya el cortejo. Cada cual marchó a abrazar a sus mujeres e hijos, a sus padres y hermanos. Dio órdenes el conde, que se transmitieron de inmediato, y un criado vino a ocuparse de alojar al castellano y de llevar a su caballo al establo. Se le comunicó que aquella tarde y noche podía descansar, pero que al siguiente día habría de estar a mediodía con su instrumento para contribuir a la fiesta y recepción que el conde daba a los más principales con motivo del regreso y éxito de su peregrinación.

Álvar vivió aquellos días anonadado. Los recordaría en un estado de cierto entontecimiento, sin saber muy bien ni por dónde se las andaba ni cómo debía andar. Todos los retornados tenían mucho y a tantos que contar. Él menos y a nadie, pero todos por cortesía le hacían preguntas también y se congratulaban de que las supiera o intentara al menos contestar en su lengua. Cumplida la cortesía ya iban a sus cosas, y lo dejaban sin saber muy bien qué hacer.

En aquella primera recepción sí tuvo su papel y fue presentado con mucha simpatía por el propio conde, que lo alabó. Hizo lo que pudo y no debió de hacerlo del todo mal. Se ciñó a sus poemas épicos, pero no se quiso alargar. Los que le escuchaban apenas si alcanzaron a entender algo de su relato, pero los compañeros de viaje lo aplaudieron a rabiar y entonces los demás hicieron lo mismo.

Disfrutó de la fiesta y del yantar, que fue abundante y muy exquisito, pero para nada parecido al atracón ofrecido por el pamplonés. Excepto quizá en lo concerniente al vino, que corrió aún más que allá.

Más embriagado que por el caldo fermentado de la uva, tenían a mi padre las bellas mujeres que participaban en el festejo. Sueltas y alegres como danzaderas, pero al mismo tiempo señoriales y esquivas, jugando con las atenciones de los caballeros en un juego de galantería en que ellas marcaban el compás.

Muchas le fueron presentadas por sus compañeros del camino: Chilou, Ideleta, Arola, Catarina, Gaudia, Loisa, Elisea, Natalena y tantas más. Pero a nada ya no recordaba el nombre ni a quién correspondía cada

cual, aturullado por aquella mezcla de atención intensa y de lejanía sin solución de continuidad que todas habían practicado con él. Pero por la noche, ya en la soledad de su pequeño cuarto, perfectamente acondicionado y con todo lo necesario para su aseo y descanso, sí recordó especialmente un nombre y muy claramente la cara y los ojos de azul claro de a quien correspondían, aunque apenas si había cruzado dos palabras o tres con ella: Aalis.

19

El arrebato del juglar

Tras aquellos primeros días, casi dejó de ver al conde durante las siguientes semanas e incluso por meses, en los que estuvo de continuo en viaje fuera a Provenza o a Bayona o a lugares del propio condado de Tolosa que requerían su atención tras tanto tiempo ausente. Tenía, y era lógico, gran cantidad de asuntos pendientes, pero aún sacó un resquicio para no dejarlo desatendido a él. Aparte, Álvar alguna faena tenía, atender a su caballo, por ejemplo, pero de inicio le puso un instructor para que le acabara de enseñar la lengua de Oc. Ya se manejaba con soltura, pero el conde quería que lo hiciera a la perfección y dada su facilidad para ello no le iba a ser difícil a poco que se esforzara. Y Álvar, si quería, sabía esforzarse.

También le fueron facilitadas tablillas enceradas y todo el recado necesario para escribir. En su habitación o en un pequeño jardín que había abajo, hasta que el invierno lo desaconsejó, aprovechó su tiempo para ampliar, acoplar y transcribir lo escuchado al abuelo y componer algunas cosillas más que le venían a la cabeza. Pero sobre todo dedicó su atención a aprenderse parte, optó por el final estremecedor, de la Chanson de Roland, que fue traduciendo al romance castellano.

En una de las apariciones del conde por palacio lo hizo llamar a su presencia, y tras preguntarle si estaba satisfecho de su estancia le dio una nueva ocupación, aunque aquello fue lo que menos le pareció y sí su mayor solaz.

Acompañadas de sirvientes de confianza y ayas, las jóvenes a las que había conocido recibían instrucción, más allá de la que solían recibir las mujeres por su condición, por parte de algunos maestros y que compartían con aprendices y caballeros incluso que gustaban de acudir a las lecciones, como era el caso de Albán y Ravier, y Álvar fue incluido a ellas como un estudiante más. Uno de los profesores era italiano y a nada el castellano estaba aprendiendo aquella lengua también.

Las clases se complementaban con discusiones teológicas, éticas, pero también poéticas, que eran las que concitaban la máxima atención y debate. Se le ofreció pronto participar también en ellas, puesto que sabía expresarse en latín, lo que solían hacer los clérigos para remarcar su posición, y él aceptó encantado.

Muy pronto se haría notar. La disputa más reñida, más allá de la consabida sobre si era preferible el latín o la lengua romance, considerada por la clerecía inferior, en lo que andaban todos inmersos era en las nuevas corrientes poéticas que se disputaban la hegemonía, y que se trasladaban a la propia vida y anhelos de quienes participaban en ellas.

Si estaba en Toulouse y podía acudir, el conde Anfós era el primero en participar en ellas. Una que estuvo muy encendida fue la del que estaba viniendo a llamarse el amor galante o puro, en el que el contacto carnal mejor debía estar absolutamente ajeno, pues ello lo manchaba y lo hacía innoble. Al caballero, a la dama y al poema. Se encendían en ello los apasionados paladines de tal expresión y vivencia y sacaban de continuo a relucir los amores de Tristán e Isolda como maravilloso ejemplo a seguir. Y todos quienes participaban de aquella idea elegían a su dama a quien servir, adorar y ofertar cuantas hazañas, laureles, gestas y sacrificios por ella pudieran hacer.

Los había más descreídos, aunque se solían tapar. Al propio conde le observó Álvar alguna sonrisa muy indicativa cuando alguno muy exaltado se propasaba en su ensoñamiento espiritual. Otros, como era el caso de los dos amigos Albán y Ravier, sin entrar en aquella lid permanecían no solo ajenos, sino que se reían con disimulo de ellos.

—Mira, Álvar, quienes más proclaman pureza, aunque alguno sea sincero en su declamación, si tuvieran la oportunidad de consumar físicamente su pasión no la dejarían escapar —le decía por lo bajo Albán.

—Yo voy más allá. Es incluso tapadera para algunos que amantes son en verdad. Hay damas casadas cortejadas por caballeros que se dejan cortejar y so pretexto de que todo es galantería y adoración espiritual la coyunda acaba por suceder —remachaba Ravier.

—Es condición humana que hombres y mujeres quieran yacer juntos. Y si están cerca y sienten atracción ello acaba, con versos o sin ellos, por concluir en fornicio —proclamaban los dos riendo.

Se contaba mucho, además, en el mundo de los trovadores, la historia

bien reciente de quien fue uno de los más famosos y el más poderoso, además, pues había sido nada menos que duque de Aquitania, cuyos territorios eran más grandes que los del propio rey francés y que no se lo había hecho pasar nada bien en su infancia y primera juventud a su conde don Anfós: Guillermo, el noveno de su dinastía, conocido como el Trovador. Lo era y alardeaba de ello y estuvo siempre su palacio lleno de muchos de ellos que le rendían pleitesía y de juglares que daban a conocer sus poemas por todo el ducado, por los señoríos vecinos y hasta por las tierras del rey más al norte también. Pero lo que fue su verdadera pasión, de la que la poesía no fue sino un instrumento, fue la lujuria.

—Era tal —le ilustró Albán al joven y atónito castellano— que acabó por tener un harén de doncellas, que lo dejaban de ser, que para sí lo hubiera querido el califa cordobés, que según me dijeron gustan de quien más de las de cabellos rubios y carnes blancas. O sea, que Abderramán en la congregación del aquitano se hubiera sentido en el jardín de las huríes.

Los dos francos se habían traído interesantes saberes de su estancia por España, y ahora les parecía de justicia compartir los de su tierra con su amigo burgalés.

—Se vanagloriaba en definirse como un «trinchador de dòmnas» y, aparte de arrebatarles las mujeres a sus súbditos, incluso a nobles de inferior rango que él y presumir de sus muchas amantes, no dudaba en dedicarle sus poemas y hacerlos pregonar a una de ellas en particular, que fue la que más le duró y a la que llamaba la Peligrosa.

Le recitaron uno de ellos que ejemplificaba esto a la perfección; en él pedía consejo a la hora de elegir montura, en este caso entre dos yeguas, y quiso consultárselo a algunos de sus caballeros que conversaban en los establos con él:

Caballeros, aconsejadme en esta duda.

Nunca escoger me fue tan difícil

que no sé si quedarme con doña Agnes o doña Arsen.

Sus caballeros soltaron la carcajada, pues bien sabían que aquellas «yeguas» no eran equinas ni estaban en aquella cuadra.

Ravier añadió a aquellas peripecias, quizá por destacar también algo más positivo en la memoria del duque, una que interesó mucho a mi padre, pues hacía muy directa referencia a España, en concreto al reino de Aragón:

—Fue también un esforzado lidiador. Era concuñado del rey Alfonso de Aragón, pues su hermana Inés de Aquitania había sido la esposa de su hermano el rey Pedro I, al que no dio hijo varón y por lo cual el Batallador heredó la corona.[27] Conservaron alianza y amistad y cuando los almorávides, tras perder Zaragoza, armaron un gran ejército para atacarle y volverla a recuperar, Guillermo el Trovador acudió en su ayuda y juntos derrotaron al infiel en Cutanda, gran batalla de la que bien habrás oído hablar.

Y en efecto lo había hecho, pues en Cutanda, en el camino entre Valencia y la capital del Ebro, dos años después de haber tomado Zaragoza, el Batallador quebró el espinazo del Imperio africano, que sufrió su primera gran derrota campal de la que no se acabó nunca de recuperar[28] y que le valió al vencedor para apoderarse de Calatayud, Ricla, Daroca, la parte alta del Jalón y toda la orilla del Ebro. Lo que Álvar desconocía es que un duque aquitano, mujeriego y trovador hubiera sido partícipe decisivo en ella.

Ravier continuó:

—El duque trovador acabó mal. Tras corromper a un convento de monjas entero y arrebatarle a la fuerza su mujer a un caballero vasallo suyo, la Iglesia decretó la excomunión sobre él y acabó sus días en pleno declive y hasta sufrió prisión. Falleció hace apenas unos años, cuando nosotros partíamos hacia nuestra peregrinación. Él y su hijo, Guillermo de nombre también y décimo y actual duque, fueron quienes intentaron arrebatarle sus posesiones a nuestro conde y señor, don Anfós, siendo un muchacho. Nosotros dos combatimos a su lado para impedirlo —proclamó ufano—, aun siendo entonces muy jóvenes. Tan jóvenes como él. Ahora nuestra relación de vecindad con el nuevo duque buena no es, pero estamos en paz.

Mi padre quiso devolver a su comienzo la conversación. La del amor galante y sin contacto carnal, desde luego corriente más que alejada del duque Trovador:

—¿Y qué piensa nuestro conde de la cuestión que hoy se ha debatido?

—Tú, como nosotros, habrás observado sus gestos y su manera de sonreír. Él está casado y la condesa no puede tener queja alguna de su

proceder, pues nadie hay más discreto que él, pero partidario del amor cortés, y solo cortés, nuestro conde no lo es —contestó muy cortesanamente Albán.

—¿Y las damas que hoy estaban allí, a qué creéis que se inclinan? —repreguntó otra vez Álvar pensando en Aalis, a la que de nuevo había vuelto a ver y que respondió a su saludo con una leve sonrisa un tanto fría y no le volvió a mirar.

—Pues por lo que expresan pareciera muy claro. Todas son las más fervientes partidarias del amor cortés. Ello es lo que no se cansan de alentar y repetir —dijo Albán con cierto retintín.

—Lo repiten tanto como si fuera a ellas a quienes antes se hubiera de convencer —concluyó, siempre picante, Ravier.

No fue sin embargo aquella velada en la que se dio a conocer Álvar. Fue en otra posterior, ya entrado el invierno, que no estaba ayuno de frío tampoco por allí, aunque nada que ver con las heladas noches y peores amaneceres de su Vivar natal. Aunque nevaba también, la nieve que en tierra burgalesa se amontonaba, se helaba y se mantenía a veces por semanas, allí sirvió para embellecer más los jardines y el palacio condal, en el que se acondicionó una caliente sala donde poder hacer la reunión a la que acudieron los hombres con buenas pellicas de pieles y las damas con largas capas con capucha, la mayoría de azul, más claro o más oscuro.

Esa velada de mi padre es la que mejor conozco yo que ahora la cuento, pues era uno de los pasajes de su vida que más le gustaba recordar. Fue donde como juglar se batió por toda juglaresca y por el cantar de gesta en particular. Combatió contra todos, los venció y ganó el más preciado tesoro del que en su vida pudo disfrutar.

En toda la Occitania los trovadores habían conseguido la primacía en cortes, palacios y castillos. Eran gentes cultas e ilustradas, que conocían bien el latín, pero que comprobaron que el romance era lo que se escuchaba y cada vez más en las plazas y calles, la lengua que el pueblo amaba y que los nobles comenzaban a hacerlo también. Empezaron entonces a escribir en ella sus versos, se los dieron a los juglares para que los cantaran y les fue mejor. Pero ellos no iban a rebajarse a hacerlo por su boca ni iban a tañer ni soplar instrumentos y actuar por las plazas, burgos y castillos. Era indigno de su condición, pero a través de los juglares que expandían sus composiciones se hicieron famosos, aclamados, solicitados, admirados… y aborrecidos en no pocas ocasiones también. Pero todos les guardaban la máxima

consideración como creadores y autores, y cuando decían que la juglaresca era algo menor y de peor condición nadie les osaba contradecir.

Pero aquella tarde de invierno el joven juglar burgalés, ante los muchos discursos que en ello abundaban, tras permanecer callado y bajada la cabeza durante largo tiempo, se irguió lleno de pasión y les replicó:

—No es cierto lo que decís y dais por bueno y probado aquí. No hay nada más hermoso ni más vibrante ni que despierte más emoción en un conde o en un peón que una gran canción de gesta. No hay nada que pueda compararse. Eso es difícil que podáis rebatirlo. No son rimas llenas de lagrimillas y melindres las que emocionan a las gentes de a caballo o a los de a pie. No son ellas, sean nobles o plebeyos, las que las gentes escuchan y les expanden el corazón. ¿No os oí yo a vosotros, caballeros, al pasar por Roncesvalles, entonar por turno, que todos os la sabíais, la Chanson de Roland? Todos os emocionasteis. Y yo entonces, aun sin entender parte de lo que decía, hasta rompí a llorar. Como a veces me sucede, dentro de la sencillez del poema de mi propio padre, cuando él cantaba y canto yo las hazañas del Cid. Que se me quiebra incluso la voz. Porque esa voz mana del corazón.

»¿Quién escribió la Chanson? —preguntó para responderse a sí mismo —. Sus versos no tienen nombre que los suscriba, pero la cantan aquí desde hace mucho más de un siglo y, creedme, por los siglos se cantará. ¿Y estos trovadores tan aplaudidos hoy y cuyo autor hay que pregonar antes de decir el primer verso, cuánto tiempo pasará antes de que sean olvidados?

Dejó la última pregunta en el aire y, sofocado por su propio atrevimiento, calló y se sentó.

Se hizo un instante el silencio y luego una bataola de protestas y gritos se apoderó de la reunión. Todas las voces clamaban contra el atrevimiento de aquel tosco y atrevido extranjero. Todas las miradas, furiosas unas, despectivas las más, cerraban sobre él. Bueno, todas no, había quienes solo asentían callados y otros que callaban sin asentir. Pero fue multitud quien rebatió lo expresado por él y además no faltó quien además ridiculizó y trató de simples pregoneros cuando no zafios a los juglares. Si hubieran sabido que él mismo y el abuelo Pedro habían estado con los cazurros, los de más baja condición, lo habrían echado de la sala en la que estaban y lo hubieran arrojado no ya a la nieve, sino al lugar donde se hubiera hecho barrizal.

Ninguna voz osaba alzarse en su favor. Pero entonces sucedió lo inaudito, quien se levantó y habló fue nada menos que Anfós Jordán:

—No emitiré juicio alguno ni daré ni quitaré razón —comenzó su parlamento—, pero dada la desigualdad de fuerzas me permitirán, caballeros y damas, que rompa una lanza a favor de mi joven amigo. No entraré en la disputa, pero sí les relataré lo sucedido en una batalla que hizo y es historia de nuestro propio mundo de hoy. —Hizo una pausa, en medio de un silencio sepulcral, y prosiguió—: Cuentan las crónicas de la batalla de Hastings, la que supuso el triunfo del duque Guillermo de Normandía y la conquista de Inglaterra, que en poder normando está desde entonces, un lance bien conocido pero que entiendo debía conocerse más, a tenor de lo escuchado aquí. Al cabalgar hacia la lid, al lado del duque lo hacía el juglar Taillefer. Este había venido durante el camino cantando a la multitud de infantes, aquel día casi todos lo eran, que venían detrás, la aquí citada Chanson de Roland, que las tropas escuchaban enardecidas y la secundaban mientras se acercaban al enemigo.

»Formados los de Guillermo y prestos ya para el ataque, Taillefer pidió al duque el honor de ser él quien diera el primer golpe. Le fue concedido y, entonando la canción y haciendo malabares con su acero, se lanzó contra la hueste enemiga, matando a dos ingleses antes de ser abatido él.

Hizo otro silencio el conde ante un silencio aún mayor de quienes antes tanto habían voceado y al fin concluyó:

—Los juglares desde antiguo han acompañado a los reyes y a sus señores a la batalla, han combatido por la victoria junto a ellos y en los campamentos, los sitios y los cercos, en el real o junto a la tropa, han entretenido la espera, aliviado la angustia y alzado el ánimo cantando las buenas y queridas canciones de gesta. Desde tiempo antiguo y en la España cristiana, donde cada día se combate al enemigo musulmán y de la que proviene este joven, los he escuchado cantar yo. Por eso quise que Álvar viniera aquí. Ni doy ni quito razón, lo dije, todos libremente se han expresado y ahora os pido a todos, amigos, que brindemos a la par y con buen vino por juglares y trovadores.

Y en este caso, ni uno solo de los presentes osó no aplaudir.

Emocionado y agradecido, pero al tiempo un tanto desbaratado por su propio arrebato y por el apoyo recibido, aunque hábilmente disimulado por quien además había dejado aún más claro que era su

personal invitado, Álvar se levantó y alzó su copa y sobre todo sus ojos hacia donde antes no se atrevía a mirar.

Y entonces es cuando vio, clavados fijamente en los suyos, los de intenso azul de la bella Aalis, que con su copa en la mano brindaba por él.

[27] Una hija del Trovador, Inés de Poitou, se casaría unos años después de la muerte del Batallador con su hermano, que le sucedió en la corona, Ramiro el Monje, a quien daría una hija, Petronila, casada a su vez después con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV, lo que supondría la decisiva unión del condado a la corona aragonesa.

[28] La batalla de Cutanda, localidad próxima a Calamocha, Teruel, tuvo lugar el 17 de junio de 1120.

20

Del amor a la batalla

Aalis pasó del desdén al interés, del interés a la admiración y de la admiración a la pasión. Ella dio los pasos y se los enseñó a dar a él, ella le mostró los caminos del amor y le hizo explorarlos en su cuerpo, ella dijo cuándo era el principio y cuándo llegaría el final. Pero se tomó su tiempo y no dio señal alguna más allá de aquella mirada el día de su arrebatada intervención. Preparó con esmero el terreno y como una araña fue tejiendo la tela donde él habría de caer, aunque bastante prendido en la red estaba ya. Pero Aalis quería envolverlo bien. Y divertirse haciéndolo, aún más.

La intervención a favor de los cantares de gesta le había proporcionado al juglar castellano algunos nuevos amigos y una atención mayor por parte de las damas, pero también e inevitablemente los primeros enemigos en la corte. Los trovadores, claro, pero no hubieron de faltar tampoco los más destacados miembros de quienes se consideraban a sí mismos los guardianes del sagrado tabernáculo del conocimiento y consideraban al joven, amén de un patán, por su origen y nacimiento, alguien sin base ni formación ni por tanto derecho a formar parte de su círculo. Pero a ellos se añadieron, y eran los más peligrosos, y ellas aún más, quienes lo percibieron como un peligro y comenzaron a envidiarlo por su demostrada cercanía y amistad con el conde. Socavarla fue desde entonces su misión principal, y hacerlo con la suficiente doblez para que él los tomara por amigos y para mejor hacerle caer en sus trampas y meterlo en situaciones comprometidas que pudrieran la relación con el señor de Tolosa.

Eran muy hábiles y diestros en tales menesteres, pues a ello habían dedicado sus esfuerzos de toda una vida de cortesanos, pero Álvar, aunque joven y plebeyo, también había tenido su aprendizaje en un vivir más sufrido y menos fácil que el de quienes ahora le buscaban las vueltas. Los cazurros habían sido sus grandes maestros, y tenía además y siempre presentes en la cabeza las enseñanzas del abuelo Pedro, su padre, con quien había hecho muchos caminos y participado

en más de tres añagazas en su oficio de tratante. No era muy diferente aquí, por mucho que estos fueran nobles, exquisitos y educados.

A sinuoso y resabiado no le ganaba nadie al ciego aquel cuya ira hubo de sufrir, a melosas y hacerte quedar en un verbo como el peor de los tontos no había quien le ganara a una soldadera y en cuanto a untuosos y solapados no los había más entrenados que algunos de los frailes de Cardeña que había conocido en su niñez y mocedad.

Aunque en alguna celada cayó, de las más se logró zafar y le vino mejor que bien contar con leal amistad de Albán y Ravier, que le fueron advirtiendo sobre este y sobre aquel. En cualquier caso, entre los caballeros, escuderos, peones y gentes vinculadas al servicio de las armas era donde se había hecho más popular.

Y por encima de todo estaba Alfonso Jordán, que era bien consciente de lo que iba a suceder y más tras su intervención y cómo iban a comenzar las murmuraciones contra el joven y los recados para él. Se divirtió con ello y en más de una ocasión pudieron reír los dos, como cuando uno de aquellos a quienes tenía encargada su enseñanza vino a secretearle que empezaba a sospechar que Álvar pudiera ser un espía del rey de Aragón o del conde de Barcelona, pues demostraba excesiva curiosidad por saber nuevas de las relaciones de esos reinos con los señoríos occitanos.

—Pero si resulta que mi primo Alfonso acaba de casar con Berenguela, la hija del conde de Barcelona. Pues sí que anda bien informado el descubridor de espías. En cualquier caso, tus preguntas indicarían que eres un espía del rey de León, y dicen por aquí los aquitanos y los de la Normandía que ese soy yo —se había mofado el Jordán tras haber despachado al informante diciéndole muy serio que lo tendría todo en mucha consideración.

Era en realidad el conde quien le procuraba a mi padre noticias de España cada cierto tiempo. Que los almorávides volvían a rebullir por la frontera y habían corrido la vega de Toledo y saqueado Talavera; que Alfonso Enríquez, el portugués, también su primo, no cejaba en sus intentos de convertirse en rey, y que a pesar de que había sido cercado y prometió no reincidir, en cuanto se vio libre comenzó de nuevo a intentarlo.

Le preocupó la nueva de que otra vez el conde Pedro González de Lara había hecho traición, pues cuando el Batallador había atacado la fuerte ciudad de Medinaceli, frontera entre ambos reinos y que ansiaba poseer, esta fue socorrida desde Atienza por el propio rey, que

acudió presto hacia allí, negándose el conde de Lara, que tenía señoríos y mesnadas en aquel territorio, a prestarle ayuda alguna.

—El amante de la reina Urraca siempre fue el enemigo mayor de que Alfonso heredara el trono, y a ello dedicó todos sus esfuerzos, a enturbiar y corromper cuanto pudo la relación con su hijo. Muerta la reina, el conde aún alberga, pura quimera, pero en ella está obcecado, el conseguir derechos para sus hijos habidos con ella, uno de los cuales es varón, y hasta para él mismo. Han sido muchos desaires, y rebeliones abiertas también, como la que ayudamos a sofocar cuando el rey fue coronado en León y en Toledo. Estoy seguro de que reincidirá y mi primo no debía perdonarle más.

—¿Y qué debería hacer?

—Pues hacerlo matar —contestó con una sonrisa Alfonso Jordán, que tras su siempre agradable apariencia había demostrado ser implacable y no tener consideración cuando lo entendía necesario, sin parar en rango y condición—. El traidor reincidirá siempre en su traición. Un día, si no lo hace mi primo, habré de ser yo quien lo tenga que matar.

Pero todas aquellas cosas no eran para mi padre algo que le turbara en demasía ni el motivo principal de su estado de ánimo, donde la alegría, tristeza, esperanza, desolación, exaltación y abatimiento danzaban a su alrededor y hurgaban en su cabeza mutando de una hora a otra y hasta en un parpadeo también.

Esa tortura que le acuciaba de noche y de día, en todo instante y en cualquier lugar, se llamaba Aalis.

Ella había sido, al poco de aquella velada, la primera en acercarse a él en una de las reuniones a las que asistían los dos. Era hija única de una dama viuda que no había querido volverse a casar. Dueña de algunas tierras no lejos de la capital y no escasa fortuna, pero no tantas ni tan cuantiosas como para suscitar excesivas ambiciones, prefería disfrutarlas a solas con su hija y no quería hacer por el momento mudanza en tal estado de cosas donde se sentía bien y confortablemente instalada ahora que su marido la había dejado, muriéndose, definitivamente en paz.

Aalis, ahora recién cumplidos los dieciséis, era además la perfecta cómplice de su madre, a la que a pesar de su juventud igualaba en agudeza y en penetrar, pues había tenido una magnífica maestra, las verdaderas intenciones de quienes se acercaban a ella.

Y había comenzado a detectar que, entre sus compañeras, sus amigas

y rivales, algunas empezaban a mostrar señales de acercamiento y reclamo hacia mi padre. Quizá, debió de pensar, ella se había retrasado un poco al actuar, pero no estaba dispuesta a aceptar ninguna intromisión. No pensaba consentirlo. Aalis tenía bien decidido que sería suyo y de nadie más.

Su primer paso fue brindarle su amistad, ayuda y protección ante las maledicencias que sobre él se propalaban, y entre las damas aún más, y se ofreció muy dilecta a advertirle de quienes buscaban hacerle mal. Sabia, ese fue el más fácil y socorrido pretexto para acercarse sin descubrirse, y él, tras aquella conversación, creyó tener senda hacia el cielo. Y en las nubes estuvo un día o dos, pero Aalis no fue en nada más allá. No solo eso. Enfrió la relación y sus sonrisas se dirigieron a otros. Sobre todo, si estaba presente Álvar. Aleteaba junto a él y luego iba a posarse en otra rama.

Jugó bien su juego y con el juglar enamorado, que lo estaba, no podía sino ganar. Pero en algo se equivocó. Tal vez lo prolongó demasiado sin tener en cuenta que él no estaba acostumbrado a tales artes y maneras que eran tan frecuentes allí. Álvar no era como aquellos a quienes hasta el momento había tratado. No entendía de rodeos, ni de astucias ni de andar encelando, ni tampoco, que en ello experiencia sí tenía, de dejarse tontamente engatusar. Eso ya lo había pagado otras veces, y en algún momento, a pesar de su completo arrobamiento, entendió que estaban jugando con él. Y sin más, aún demolido por dentro, cortó todo acercamiento y se negó a jugar. La rehuyó.

Aalis no lo esperaba, nunca le había sucedido nada igual y creyó de inicio que era un enfado celoso que ella sabría muy bien cómo resolver. Le dio cita en el pequeño jardín de la casa que con su madre tenía en la ciudad, lo recibió una sirvienta y lo hizo pasar.

Había preparado el momento y apareció resplandeciente, alegre y amigable. Pero al poco cambió de actitud y doliente le manifestó sentirse herida por su desatención, y trocó a enfurruño su antes jovial actitud. Álvar se mantuvo serio, envarado y le dijo no entender qué podía él haber hecho para merecer tal regañina. Aalis cambió entonces de nuevo su gesto y, melosa y sin dejar de utilizar ni una de sus armas, la sonrisa, la mirada, un mohín en la boca, un toque en su cabello, se acercó a él llegando a casi rozar su cuerpo.

Entonces dio un repentino paso hacia atrás y le dijo abruptamente a la bella:

—Estoy enamorado de ti, si tú lo estás de mí, me tendrás para siempre

y a tus pies, pero, si no, a este juego yo no voy a jugar.

Y sin más se dio media vuelta y se fue.

Mil veces se arrepentiría Álvar, ya al salir de la casa y aún más durante toda aquella noche de insomnio, de haber hecho tal cosa, y al día siguiente estuvo a punto de abordarla donde fuera y pedirle todos los perdones y excusas que habría de pedir. Pero, al meditarlo, se dio cuenta de que en lo dicho no había vuelta atrás.

Pero fue aquello, a pesar de sus miedos, lo que provocó la reacción y la admiración de Aalis. Y de la admiración al amor, el paso es mucho más fácil de dar.

En realidad, ya lo había dado. Ella se hubo de confesar que estaba enamorada como antes nunca lo había estado de aquel rústico, rudo si se quiere, pero un hombre como no había conocido otro igual. Había despertado su interés con su valentía y emoción al hablar desde el corazón, y ahora había hecho brotar de nuevo, tras un primer ataque de cierta rabia y estupor, su admiración por la sinceridad con que había proclamado su sentimiento y al tiempo su disposición a renunciar a ella si no era en verdad correspondido. Y así lo había hecho al suponer que no, y se había marchado de su lado cuando ella ya acercaba su cuerpo al suyo.

Aalis decidió que ahora, menos que nunca, lo dejaría escapar. Quizá aquello era lo que había estado esperando siempre y ahora había aparecido de repente y encarnado en quien menos habría imaginado.

Así que esta vez fue ella quien fue a verlo al jardín bajo el estudio donde se aposentaba él. Era un lugar discreto, pero a la dama parecía darle igual. Nada más tenerlo ante sí, lo abrazó, le ofreció su boca y lo besó con ardor apretando su joven cuerpo al suyo como por entero ofreciéndoselo.

Se apartó luego de él. Un paso para tomar aliento y hablar. Tenía húmedos los ojos y le brillaba una lágrima en la mejilla.

—Yo también estoy enamorada de ti. Y me tendrás, pero todo habremos de hacerlo como verdaderos amantes, compartiendo pensamiento y piel, sueños y miedos, gozos y dolores, sabiéndonos y enseñándonos el uno al otro. Recorreremos el amor, pero no seré tuya si no siento que tú eres también totalmente mío. Y eso lo tendré que ir viendo a cada paso que demos. Que no será mañana, pero que no tardará. Yo te avisaré.

Se vieron muy pronto. Aalis gozaba de la absoluta lealtad de su sirvienta y podía aprovechar las ausencias de su madre, que solía irse a la finca de su propiedad para atenderla mientras ella se quedaba en la ciudad, pues había muchas casas en las que podía pernoctar y muchas familias que la acogían con sumo placer en cualquier momento.

La primera vez que lo recibió como amante lo hizo vestida a la manera que las más jóvenes estaban recuperando de tiempos antiguos: llevaba un cotte-hardie, un vestido muy ajustado que solo se podían poner las que tenían un cuerpo que pudiera lucirse, pues no disimulaba ni ocultaba, sino que marcaba bien los pechos, las piernas, las caderas y hasta las partes más íntimas se podían presentir. Y Aalis lo había llevado al límite para hacerse aún más deseable. Hablaron largamente, se hicieron promesas y juramentos, se besaron cien veces y al cabo ella determinó que se iba a entregar a él, pero con una condición: no perdería su virginidad, no habría desfloración, pues para ello quería saber algunas cosas, consultar otras y estar preparada. Pero sí quería yacer desnuda con él y darse a todos los juegos amorosos que se les pudieran ocurrir.

Antes de comenzar sus caricias, le hizo prometer de nuevo que no intentaría, en el arrebato de la pasión, penetrarla y romper su virginidad. Él lo mantuvo y ambos se entregaron al juego amoroso, con tal intensidad y arrebato continuos y con tal fuego que, tras parecer haberse apaciguado por un instante, volvió a avivarse aún más. Él había holgado con varias mujeres antes y al principio pareció ser el maestro, pero a nada fue Aalis quien iba encontrando la manera de darle deleite y placer y se satisfacía ella también. Hizo que todo su cuerpo fuera recorrido por las manos y los labios de él. Todo y por entero, sin dejar el más íntimo lugar, donde la lengua de él la llevó al éxtasis y a gemir y luego gritar como una poseída.

Ella hizo luego lo mismo con él y al final, llevándose al nido de su boca su miembro, lo trató con tal mimo y ansia a la vez que él derramó su simiente y ella fue feliz viéndolo gozar.

Acabaron extenuados y él incluso llegó a dormir hasta que Aalis, cuidadosa y prudente, le despertó y le hizo salir cuando aún los amparaba la oscuridad.

Aalis, como muchas de las jóvenes mujeres más ilustradas y atrevidas, conocía la apasionante historia que toda Francia seguía de los amores prohibidos de Abelardo y Eloísa. Él era un personaje muy relevante, poeta famoso, pero también gran erudito, sabio en múltiples disciplinas y lenguas y reconocido como el maestro de dialéctica más

solicitado por las casas aristocráticas para educar a sus vástagos. Era además notoria su belleza y galantería y estaba ya muy curtido en amores cuando, a la edad de treinta y cuatro años, en la cima de su prestigio, se le contrató para educar a Eloísa.

Ella tan solo tenía diecisiete años, era hija de una escandalosa relación entre un senescal de Francia y una abadesa de un convento de gran renombre, y había quedado al cuidado de su tío, un canónigo de la catedral de Saint-Étienne de París. Ella era una joven alta, quizá demasiado, y muy inteligente, y sabía latín, griego y hebreo. Él la sedujo, pero ella lo enamoró también a él.

Sus amores, las cartas que entre ambos se escribían, su arrobamiento mutuo a través del intelecto y la espiritualidad no habían sido traba sino aliciente para dar rienda al amor y a la sexualidad más libre que escandalizaba a muchos, pero a otros subyugaba y admiraba. Y querían imitar.

Habían sido descubiertos y separados, pero lograron volverse a reunir para dar otra vez rienda a su pasión. Ella quedó embarazada y alumbró un hijo, llegaron a contraer matrimonio, pero el tío de Eloísa logró llevarlo a juicio por violación y consiguió que lo castraran. Pero ni eso consiguió detener su relación, que perseveraba en la más elevada conversación literaria y amatoria entre ambos. Ella finalmente se había hecho monja y llegado a abadesa, y él monje, aunque su libre pensar y actuar le acarreó graves problemas, expulsiones y una condena final a sus escritos y pensamientos, que se consideraron impíos y herejes.

Cuando Álvar vivía sus amores occitanos y yo aún estaba por nacer, ambos amantes vivían aún, y su leyenda, la de sus amores, era fuente de inspiración en jóvenes como Aalis, que se sentían muy cercanas en anhelos a Eloísa.[29] Abelardo había pregonado de tal manera su amor en hermosos poemas en latín que estos se convirtieron en los más apreciados, y más de una enamorada deseaba fervientemente que algo así pudiera sucederle a ella también y que su nombre se supiera en todas partes como lo era el de ella, pues era cantada por doquier.

Ponías el nombre de Eloísa en todas las bocas. De mí todas las plazas, de mí cada casa resonaban, escribió ella, pues también lo hacía y de este modo daba rienda suelta a su libertad y no ocultaba, sino que exhibía sin tapujos su deseo. Su meta era amar sin vergüenza ni sentimiento de culpa, y una de esas reflexiones era la que había alentado a Aalis de tal manera que decidió entregarse por completo al juglar.

Como obsequio y compromiso de amor, copió en una tablilla las palabras de quien era su inspiración: No hay pecado de lujuria cuando se produce por efecto del amor, y se la dio a Álvar cuando aún desnudos yacían juntos, sudorosos y mojados aquella primera vez. Y cuando se despidieron, le dijo: «Yo quiero amar como Eloísa amó a Abelardo y yo quiero que me ames como él la amó a ella».

Nada de aquello que aquí relato, tales intimidades, me las llegó a contar, pero yo descubrí, al morir él, entre sus escritos y tablillas, algunas donde tanto él como ella e imitando a Abelardo y Eloísa habían escrito su propio epistolario de amor. Y si ellos no se avergonzaron de amarse, aunque yo ahora sea un hombre del Señor, he de respetar su deseo y no avergonzarme de transcribirlo también, aunque difícil será que tales cosas puedan ser leídas alguna vez. Supongo que no.

Aalis tomó, tras su entrega, el mando de los encuentros con Álvar. Lo hizo con prudencia y precisión. Todo estrictamente sometido a la regla del secreto y de la mayor ocultación y cuidado para no ser descubiertos.

Se vieron otras dos veces más en las que ella mantuvo la norma de no llegar a consumar la penetración. Iban a convenir un nuevo encuentro cuando un imprevisto desbarató sus planes: Álvar fue llamado de urgencia ante el conde. Fue hacia el palacio con algo de prevención, pero ya antes de llegar y por el movimiento de caballeros, caballos y armas, entendió que era un asunto mayor por el que se le convocaba allí. Y así era.

—El conde de Lara ha vuelto de nuevo a la rebelión —explicó el Jordán—. Derrotado otra vez, y abandonado en su pretensión por su propio hermano, que ha aceptado la completa sumisión al rey, el contumaz fue conducido a prisión, pero, una vez liberado por el rey Alfonso bajo palabra de cesar en su rebeldía, huyó a Aragón. Allí se ha puesto al servicio del Batallador y han osado atacar territorios en tierras francas. Han cercado Bayona y el Lara viene entre sus jefes principales. Parto de inmediato hacia allá para ayudar en su defensa y acabar de una vez con el traidor. No eres un guerrero, Álvar, pero no te impediré venir si quieres hacerlo.

—Me haces gran honor, mi señor. Por nada del mundo dejaría de ir.

—Salimos mañana al amanecer. Cabalga junto a tus amigos Albán y Ravier. Me sentiré más tranquilo si lo haces así.

Álvar se apresuró en abandonar el palacio y buscó la manera de hacer llegar un mensaje de su partida a Aalis. Creyó haberlo logrado, pero no recibió respuesta durante todo el día. Dejó todo listo y preparado para salir al día siguiente, solo a falta de ensillar su caballo, y se retiró, desalentado y triste por no poderse despedir, a descansar a su aposento. Cuando entró se encontró con que Aalis le estaba esperando allí.

—Has tardado mucho en venir, Álvar —susurró—. Entra en el lecho conmigo y entra esta noche también en mí. Ya estoy lista y no quería que partieras sin haberme tenido por completo.

Aquella noche fue en la vida de Álvar la que más veloz pasó de todas cuantas había vivido y las muchas más que le faltaba por vivir.

Más tarde, cuando aún no empezaba, pero ya poco debía faltar, a presentirse el alba, se vistió y, en silencio, se marchó.

Abajo su fiel sirviente la esperaba. Quiso la fortuna que esos días la madre no estuviera en Tolosa y con el ajetreo nadie se fijara apenas en aquellas dos figuras ocultas bajo sus capuchas y capas que llegaron a su destino con sofoco, pero sin percance alguno.

Antes de marchar y con un beso final, Aalis le había hecho prometer:

—Has de volver para hacérmelo otra vez. —Y se echó pícaramente a reír. Era desde luego el aliciente mayor que mi padre podía tener para regresar.

[29] Abelardo murió en la abadía madre de Cluny en 1142; Eloísa, como abadesa en la que ella misma fundó en 1164. Fueron enterrados juntos.

21

De la guerra a la pasión

Fue una gran cabalgada. Alfonso Jordán tenía muchas ganas de llegar a Bayona y ajustar cuentas de una vez con el conde de Lara. Ahora el castellano había cometido un error: estaba en su terreno y no pensaba dejarlo escapar de allí.

Cuando llegó a Bayona con sus tropas lo primero que comprobó es que el asedio de los aragoneses no era muy contundente. Cerco total no había a la ciudad y no hubo mejor prueba de ello que pudieron entrar sin problemas, siendo recibidos con enorme alegría por la población y con entusiasmo por la guarnición que la custodiaba.

Lo que explicaron al conde era que más bien se trataba de una prospección de sus defensas y una intimidación, buscando más que un asalto que la ciudad se plegara a sus exigencias y se comprometiera a rendir vasallaje a la corona de Aragón. Pero con los refuerzos llegados no parecía que tuvieran la suficiente fuerza y maquinaria para intentar la conquista.

Por el lado de Jordán se estimó, sin embargo, que sus destacamentos podrían correr grave riesgo ante la superioridad en número del enemigo acampado si se decidían a salir a campo abierto y ser ellos quienes atacaran.

Se mantuvo así y por una semana la situación, con continuo envío de emisarios y sin que hubiera avance ninguno y ni siquiera muestras de hostilidad por parte de los aragoneses. Sabían que el conde de Tolosa era quien comandaba las tropas recién llegadas y los ánimos se habían enfriado bastante. Su rey no estaba allí, y quienes estaban al mando no se acababan de poner de acuerdo en lo que era más sensato hacer. El más virulento era el conde de Lara, pero no dejaba de ser un recién llegado a sus filas y los caballeros aragoneses no dejaban de mirarlo un poco de soslayo. No era sino alguien que en el fondo había traicionado a su rey y puesto hacía nada al servicio del Batallador. Que bien venido era, pero tampoco para tener mucha confianza en él.

Algunos informadores tenía el Jordán en el campo contrario y las facilidades para transitar de la ciudad a los acampados iban aumentando según pasaban los días de inacción y de tranquilidad. Así, no tardó en saber que la tropa enemiga no gozaba de una moral precisamente enardecida ni estaba dispuesta a lanzarse a un enfebrecido ataque. También confirmó que el Lara no gozaba precisamente de mucho predicamento entre los mandos y jefes destacados y probados en tantos combates al lado del Batallador. Alguna chanza sobre él ya corría por el campamento aragonés.

Se le ocurrió entonces que tal vez la compañía de Álvar podía resultarle muy oportuna. Al fin y al cabo, era un juglar, y los juglares siempre eran bien recibidos en los campamentos de las tropas. Así que lo envió con algunos de los emisarios, en este caso comandados por Ravier, para ir a negociar algunas bagatelas con los rivales como poder utilizar una zona neutral para hacer algunos intercambios, algo que ya se estaba de hecho produciendo.

Lo que en realidad quería el conde Anfós era provocar a su rival. Y creía saber cómo hacerlo. Mi padre iba a ser quien le hiciera llegar al conde la ofensa que lo llenara de rabia para que cometiera el error que lo perdiera.

Los aragoneses aceptaron el trato, y en un clima de cordialidad los enviados fueron invitados a compartir mesa con algunos de sus capitanes. Se comió bien y se bebió mejor. Con las libaciones llegaron los cantos del juglar, que echó mano de su repertorio cazurro, de las jarchas más impúdicas, las groserías más obscenas y las burlas más crueles. Las risotadas fueron su mejor aplauso y fue entonces cuando soltó lo que había ido a soltar.

Lo dijo como si fuera un secreto que con los efluvios de la bebida no había podido guardar. Y era que el conde de Tolosa no dejaba de pregonar y era conocido por todas sus tropas y en toda la ciudad que el conde de Lara era no solo un felón, sino que había traicionado toda la confianza en sus señores, que había yacido con la reina Urraca siendo esta aún la esposa del Batallador, que dos hijos tenía con ella y que pretendía conseguir para el varón una corona de rey. Y aún más, que si el rey Alfonso VII le había arrojado de sus tierras era porque había pretendido ahora intimar con la nueva reina, doña Berenguela, que, al contárselo airada a su real marido, este lo había arrojado de la corte y que por ello había huido a Aragón.

Bebieron más, cantaron todos y al atardecer la embajada, bastante ebria, volvió tambaleante a entrar por las puertas de Bayona.

—¿Creéis que llegará lo dicho al conde de Lara? —preguntó el Jordán.

—A estas horas, señor, no solo lo sabe él, sino todo el campamento también. No había nada más que ver la cara de los aragoneses cuando Álvar lo estaba contando —contestó Ravier.

—¿Y vos qué pensáis, Álvar? —inquirió el conde.

—Que estará rabioso y no medirá su respuesta y sus denuestos hasta que él solo se meta en la trampa.

Y se metió. Fue tanta su furia y sus improperios ante los más importantes caballeros de la expedición y tantas las baladronadas de lo que pensaba hacer con aquel maldito y relamido conde occitano que, aunque luego hubiera querido, no pudo ya recular.

Por la mañana, llegó ante la puerta de Bayona un emisario a caballo y vestido de gala. Traía un requerimiento de don Pedro González de Lara para el conde de Tolosa, don Alfonso Jordán. Que o bien retiraba y hacía pregonar sus disculpas y reconocía haber mentido en sus acusaciones, o habría de batirse en duelo mortal contra él.

Era lo que esperaba el conde Anfós y aprovechó con rapidez la oportunidad que al fin se le presentaba. Hizo de inmediato proclamar que se ratificaba en todo lo dicho, que el conde de Lara era un felón, libidinoso, adúltero y traidor a su señor natural. Y envió a Albán vestido igualmente de gala para llevar su respuesta al campamento aragonés. Pedro González de Lara no podía ya, si no quería quedar como cobarde de por vida marcado, evitar batirse en duelo con el Jordán.

Aquella tarde se enviaron los padrinos y se concretaron el lugar y las armas a emplear. A caballo, con lanza y espada. Era a muerte, no se tenía por tanto que otorgar ningún cuartel al vencido.

El combate, en un campo entre las almenas de Tolosa y el campamento aragonés, fue a poco de salir el sol. Y de un lado y otro no hubo nadie que no se levantara para poderlo contemplar.

En la primera galopada ya se pudo comprobar que el Lara no tenía posibilidad alguna ante la destreza, fuerza y bravura del occitano, que para la ocasión no montaba su árabe, sino un gran y potente garañón de batalla. El Lara fue derribado en el primer choque, pero logró desembarazarse de su caballo, levantarse y echar mano a la espada. El Jordán desmontó entonces también y se fue hacia él, prosiguiendo el combate a pie. El Lara a nada ya retrocedía bajo la lluvia de golpes

que le caían encima. Y finalmente, con su guardia ya vencida y privado del escudo por un poderoso golpe de su enemigo, la espada de Alfonso Jordán cayó sobre su hombro, hiriendo la carne, rompiendo el hueso y causando además un gran destrozo en su costado. El Lara se derrumbó. El Jordán clavó su espada en el suelo, renunciando a rematarlo, y detuvo el combate. Tuvo al cabo él también clemencia con el derrotado, pero no la tuvo la muerte, pues, a causa de sus graves heridas, no duró en exceso su agonía, no tardó el castellano en fallecer.

El contumaz enemigo de su primo Alfonso ya no lo traicionaría más.

Al cabo de unas semanas, tras una nueva deliberación, aragoneses y occitanos acordaron el retirarse los unos y los otros y permitir el paso de sus mercancías y comitiva hacia el interior de los territorios francos. Alfonso Jordán volvió a Tolosa, tras mandar un emisario a León para dar cuenta de lo sucedido a su primo, y Álvar regresó a Aalis.

Lo que siguió fueron meses de pasión. En la espera, Aalis no había hecho sino imaginar y soñar con fundir su cuerpo con el del amante que por vez primera había penetrado en lo más profundo de su ser, se encontraba hueca y vacía y solo ansiaba volverlo a sentir en su interior. Lo vio entrar junto al conde y estalló de gozo al contemplarlo cabalgar tan apuestamente, anhelando que esa noche la cabalgara a ella. Que todo lo había maquinado al saber de su regreso, y pudo ofrecerle una noche en lugar apartado y sin testigo alguno donde dejarle la rienda suelta y aguantar sus embestidas, que fueron feroces, sobre todo cuando él la montó por detrás. Ella hizo un primer ademán de rechazo, pero al ver que buscaba la misma entrada lo aceptó y así se sintió del todo cubierta y por momento sometida, sin otra fuerza sino para gemir y esperar la siguiente acometida.

Luego fue ella a cambio la que exigió cabalgar y él se extrañó de aquel nuevo saber, pero al desparramar desde arriba su cabellera sobre su pecho mientras sus senos firmes y en punta se movían al compás de su trote, no pudo pensar ya en nada más que en contemplarla y gozar. Era ella quien se ensartaba y se reía cada vez que le lograba sacar a él un sonido de placer. Álvar en el combate era callado, aunque concluida la lid gustaba mucho de hablar.

Fue la primera de sus noches juntos y sin temor a que nadie los pudiera sorprender. Eran casos contados y siempre cuando ella le

avisaba, pues Aalis en ello nunca le dejó tener decisión. Era ella quien señalaba fecha, hora, lugar y forma y manera de llegar cada cual y marchar, pues no había olvidado los peligros que aquello suponía y lo que podía acarrearles a los dos, pero ante todo a ella misma. Por ello había pedido un tiempo para informarse y ver de evitar lo que no deseaba de manera alguna, el quedar preñada. Supo indagar, aconsejarse de quien podía saber y poner de su parte y hacerle poner a él ciertas precauciones y remedio, anteriores y posteriores, para que aquello no se produjera jamás si ella no lo deseaba. Y no lo deseaba en absoluto. Ella quería disfrutar del amor y había logrado alguna secreta confidente que la aleccionara y fue desde luego muy aventajada alumna. Álvar no supo quién era aquella maestra y cuando una vez osó preguntar, supo por el tono y por el gesto que aquel era un territorio que le estaba vedado y prohibido indagar.

Su astucia fue la mejor solución para no ser descubiertos. Al juramento mutuo de que nadie, amén de ellos, pero nadie, podía saberlo, y por parte de Álvar así fue. Hasta el descubrimiento de estas tablillas yo mismo no tuve más señal que alguna referencia a un amor suyo de juventud en Occitania, sin ahondar para nada en su profundidad y pasión y aún menos en la identidad de ella, y además añadieron algunas añagazas que desviaron del todo la atención. Ella en apariencia comenzó a frecuentar mucho más algunos salones y a dejarse agasajar por algunos pretendientes y a él le puso como tarea hacer exactamente igual. Para su círculo más cercano, tras alguna cierta observación al principio por parte de alguna que no dejó de observar la adoración con que el juglar miraba a Aalis, se extendió la sensación de que ambos no tenían sino una distante cordialidad. Pero al comprobar que con los meses no había sino una mayor frialdad, la sospecha se disolvió. Sobre otras damas sí recayeron, bastantes, además, y entre ellas mismas creían que la que había logrado mayor intimidad era otra.

Ayudaron también a ello los continuos viajes que él comenzó a hacer con el conde por toda la región llegándose hasta Narbona, pudiendo contemplar aquel nuevo mar, el Mediterráneo, donde no había tenido ocasión de asomar, y divisando, aunque de lejos, las inaccesibles montañas de los Alpes. A la vuelta recuperaban el frenesí y se intercambiaban los escritos en los que se contaban y señalaban sus pensamientos sobre el vivir de su amor y tantas otras cosas tanto si venían al caso como si no.

Ella había seguido leyendo lo que había podido conseguir de las misivas entre Abelardo y Eloísa y una de ellas sería luego motivo de una gran duda. En una ocasión y cuando él la montaba por detrás, al

concluir se le escapó un azote nada fuerte, poco más en realidad que una palmada, en sus firmes posaderas, y ella, tras dar un gritito y mirarle con aparente enfado, se echó después a reír. Y entonces le confesó que estaba pensando en que hicieran algo que había leído de cómo hacían el amor quienes habían sido su inspiración:

—Escucha, Álvar, lo que dice Abelardo: «A veces le pegaba, le daba golpes por amor, por ternura, y estos golpes eran más dulces que todos los bálsamos. Todo lo que la pasión puede imaginar como insólito, lo añadíamos». —Y le retó—: ¿Me lo querrás hacer?

Lo hizo en alguna ocasión, la primera una vez que el vino los descontroló, pero no para llegar a causar demasiado dolor, o al menos ella no lo entendió como tal. Alguna vez más también, cachetes, algún tirón del pelo para intentar dominarla más, pero no ahondaron por tal camino. A Álvar al menos no terminaba de agradarle. Ella sí gustaba de perder el control de sí misma, pero, acabada la pasión, resultaba estremecedor cómo recuperaba la cordura y la razón. Comenzaba a pensar y apagaba el corazón.

22

El abandono

Pasó más de un año. Tal vez incluso dos. Mi padre no percibió hasta casi el final ninguna señal. La pasión alimentada por el secreto, el peligro y lo esporádico de los encuentros hacían que cada uno de ellos fuera único y especial. En alguna ocasión habían podido incluso estar varios días juntos en la pequeña guarida campestre a la que tenía acceso Aalis y ambos habían suspirado por volverlo a repetir. Nada excepto la sensación de cierta inseguridad y zozobra de que algo imprevisto sucediera, o que alguno de ellos no acudiera, que no dejó de ocurrir en ocasiones, enturbiaba lo que ella seguía llamando su camino del amor.

Hasta que, de repente, Aalis desapareció de Toulouse junto a su madre y por una temporada se las dejó de ver. Cuando reapareció y Álvar, jubiloso, se apresuró a intentar coincidir con ellas en alguno de los lugares donde su presencia entraba en lo normal, tardó en poderlo hacer, y cuando al fin sucedió, había algo en ella que lo inquietó. Pero al despedirse le pidió que esperara unos días, y le dijo que le haría llegar por su sirviente, como en ocasiones anteriores, fecha, día y lugar al que acudir para encontrarse con ella a solas. Eso le tranquilizó.

Aalis, recordaría para siempre Álvar, estuvo en aquella ocasión especialmente tierna, llena de amor y de complicidad con él. Lo amó, lo gozó, le acarició con la mayor de las dulzuras y le hizo el amor con la mayor entrega y pasión. Vestidos ya, ella le retuvo y le pidió que se sentara a su lado, pues tenía que darle una noticia de la mayor importancia. Le sirvió el mejor vino, bebieron ambos, ella habló y él se sintió morir. Fue tan inesperado que su primera reacción fue de incredulidad, de que era imposible, que no podía ser, que no lo había entendido bien.

Pero Aalis lo había dicho con voz muy clara, con toda serenidad, con cariño incluso en su tono:

—Querido Álvar, no nos volveremos a ver. De aquí a unos meses estaré casada y me marcharé de aquí. Este ha sido mi último regalo de amor para ti. Te dije una vez que habría un día final. No quería despedirme de otra forma sino así. Ha sido hermoso poderlo celebrar como hemos hecho esta última vez. Siempre te tendré en mi recuerdo y en mi corazón. Te he amado con locura, he sido tuya y tú mío hasta el último instante. Así ha sido y así ha de quedar.

Aquel día Álvar perdió algo más que el habla, que tardó en recuperar, para intentar preguntar un porqué.

Ella se lo explicó. Él había sido su amor, pero ahora se trataba de su futuro y de su vida, y ese había sido el motivo de su ausencia. Le había prometido a su madre que, llegado el momento, las dos elegirían un marido para ella y lo habían encontrado. Ya tenía que casarse y eso era algo muy diferente a los caminos del amor. Esto nada tenía que ver con la pasión; le explicó que el elegido era un hombre ya bastante mayor, adinerado, claro está, pero no del círculo conocido y ni siquiera de Toulouse. Un propietario de la Provenza, viudo, que vivía en una pequeña ciudad y con una hija ya mayor, de hecho más que ella, y que había decidido ingresar en un convento. Su madre lo había escogido y a ella le había parecido bien. Para el siguiente tramo de su vida esa era la mejor solución.

Lo suyo no había tenido nunca más que presente y los dos habían sabido que no habría un mañana juntos. Él se hubiera marchado en algún momento o ella habría tenido que aceptar una proposición matrimonial de algún caballero de allí, y eso sí que no había querido hacerlo, para no herirlo así.

Siguió exponiendo, con calmada y cariñosa voz, sus razones. Él la escuchaba atónito, mudo y espantado con lo que entendía era una terrible frialdad. Pero poco a poco comprendió que todo estaba decidido y que no valía la pena ni protestar ni pretender que cambiara de opinión. Desde la estricta razón, ella estaba en su total derecho de hacer lo que ya había hecho y en lo que no había vuelta atrás.

Le pasó por la cabeza que todo aquello bien podría ser una imposición de su madre, que tal vez los hubiera descubierto y la hubiera forzado a acatar aquella decisión que no era suya, sino de su progenitora, a la que se sentía tan unida y obligada.

Dudó en preguntarlo, y al final se decidió:

—¿Descubrió tu madre nuestro amor y te ha obligado a esta solución

o te has sentido obligada tú a hacerlo así?

Su respuesta fue el más inesperado y demoledor mazazo final:

—No, amor mío, no. —Y el «amor mío» le seguiría sonando para siempre profundamente sincero y lleno de verdad—. He de contarte un último secreto, el único que de verdad y a lo largo de estos años no he compartido contigo. Mi confidente, desde casi el primer día, desde que me enamoré de ti, quien me ayudó en todo, quien facilitaba nuestros encuentros, quien me aconsejó y procuró remedios para no embarazarme, pues a ella acudí cuando quise entregarme por entero a ti, no ha sido otra que mi madre. Mi madre entendió mi amor y le debemos estar agradecidos los dos de haber podido gozar de él.

Aquello lo dejó ya por completo anonadado. Ella lo condujo hasta la puerta. Hacía frío y le puso la gruesa capa sobre los hombros, se la colocó con esmero y afecto y lo abrazó. Después, le dijo:

—No te olvidaré jamás. No me olvides tú a mí. ¿Quieres darme un último beso?

Y se lo dio.

Esto padre sí llegó a contármelo cuando fui a él, muchos años más tarde, tras mi primera tribulación amorosa. Me dijo entonces algo que, luego al leer su propia historia, he entendido mejor:

—Cuando te abandonen, hijo mío, espero que lo hagan como en mi juventud me abandonaron a mí.

23

El regreso

Alcancé a calcular que el abandono de Aalis debió acontecerle a mi padre allá por el año 1132 o 1133. Él se sumió entonces en un tiempo de desolada pena y desorientación. A veces sus versos rezumaban furia y rabia contra la traidora, pero luego se abría paso la comprensión y en sus tablillas asomaba un verdadero cariño y una enorme gratitud. Puedo contar yo ahora que siempre le guardó un gran amor y un maravilloso recuerdo del que ella le dio. Siempre guardó su secreto como su más preciada joya que a nadie consintió en mostrar. Nunca hizo alarde de ello ni tuvo la debilidad de confesárselo a ninguno de sus mejores amigos de entonces, Albán y Ravier, cuando estos hicieron por saber el motivo del abatimiento. Tozudamente calló. Nunca volvió a verla ni quiso conocer nada de su nueva vida, aunque por casualidad una de sus amigas reveló el nombre de la ciudad a la que se había trasladado. El de Aalis fue su primero y gran amor y muy diferente a los demás que pudo tener, hasta el más trascendente de su vida, aquel del que vine a nacer yo.

Tras la pérdida de su amada, mi padre cayó en una profunda postración, pero hubo de disimularla y encontró en el estudio su mejor salida. Hablaba ya latín, romance castellano, occitano, italiano y ahora se propuso aprender hebreo. El idioma y las costumbres de los judíos le fascinaron. Se hizo asiduo visitante de su barrio en Toulouse para aprender de un rabino que lo aceptó como alumno, y aunque solo iba a aprender su lengua, lo hizo también de su cultura, su dios y su filosofía y su manera de vivir, y tampoco era ajeno a su constancia y tesón en el esfuerzo y en el trabajo. Desde entonces siempre mantuvo hacia ellos un gran respeto y se negó a seguir la fácil y socorrida acusación popular que hacía de ellos el chivo expiatorio ante cualquier desgracia. Cierto que habían sido los grandes colaboradores de los musulmanes a su llegada a España, cierto que poseían muchas riquezas y cierto era que por deudas acababan por hacerse con el control de muchas haciendas, y no dejaba mi padre de entender que algunas de sus prácticas eran contrarias al sentir general y que sus préstamos se acercaban mucho y en ocasiones traspasaban a la usura.

Pero él mantuvo siempre una cercanía con los judíos muy poco habitual y desde aquellos años tuvo entre ellos grandes amigos y utilísimos contactos que el rey Alfonso no tardaría en saber apreciar.

Adormecidas con el paso de los días, que volcaron a meses, las grandes tristezas, dejada atrás la ira y recompuesta un algo la propia estima, antes de aceptar lo sucedido, no pudo evitar el arrebato vengativo que le hizo pasar del aislamiento y la autocompasión a emprender una actividad desenfrenada. De pasar sus días y sus noches en abatida soledad, pasó a frecuentar todo lugar de encuentro y diversión, participar en todo aquello que le diera oportunidad de lucirse y buscar al cabo en la seducción de otras damas una suerte de revancha contra las mujeres por lo que ella le había hecho sufrir. Los nombres de Chilou, Ideleta, Arola, Catarina, Gaudia, Loisa, Elisea y Natalena volvieron a danzar a su alrededor, y con algunas a las que falsamente cortejó durante las maniobras de distracción para ocultar su verdadera pasión, en esta ocasión sí llegó más allá de hacer cumplidos, y más de una y de dos sucumbieron esta vez a la tentación.

El propio conde, al que había preocupado su desánimo, del que supuso acertadamente la razón (los síntomas eran muy obvios para alguien experimentado como él, aunque no quiso indagar sobre la identidad de la responsable), se alegró de lo que llamó su resurrección. Para levantarle el ánimo y darle nueva muestra de su amistad, lo había convidado a compartir mesa con él y su siempre discreta esposa, Faydide d'Uzés, con la que se había casado antes de visitar España por primera vez, y saludar a sus hijos: el mayor, su heredero Raimundo, en honor de su abuelo, que ya andaba por los diez, y la pequeña y tímida Faidivia. Convocó también al selecto encuentro a algunos de los más destacados y cercanos personajes de su condado, para levantarle el ánimo, y se encontró con el Álvar más alegre, ingenioso y hablador que nunca había conocido. Quizá un poco excesivo, se malició el Jordán.

Y tenía razón al hacerlo, pues a poco vino a ser motivo de preocupación. Las andanzas del juglar castellano con ciertas damas, incluidas algunas casadas, comenzaron a ser la comidilla de Toulouse y a crear problemas con gentes de importancia y consideración. Se volvieron a levantar las murmuraciones y las envidias, pero en esta ocasión ni fue prudente ni se preocupó de desactivarlas, sino que, muy al contrario, parecía divertirse en provocarlas y aumentar los enfados contra él.

Se enredó en más de tres o cuatro asuntos sentimentales, que despertaron ira y envidia entre los hombres e insidias y despechos

entre las damas, pues quienes lo amaban un día lo odiaban a la semana tras haberse enterado de que era otra la destinataria de sus nuevos versos y que ya no la galanteaba a ella, sino que había cambiado de jardín.

Albán y Ravier, que de principio le habían acompañado en algunas de sus iniciales correrías, hubieron de ser los primeros en advertirle que debiera ser más prudente y guardarse más, pues crecían los que le odiaban y ya había quienes estaban tramando su perdición, pues nada hay más peligroso que un pretendiente despreciado o un marido cornudo. Bueno, tal vez sí: una amante despechada. Aunque se rio de la preocupación de sus amigos, el aviso no cayó del todo en saco roto, y al pequeño y elegante puñal que solía llevar más bien como adorno añadió su bastón ahora mucho más fino y con muy rica empuñadura de plata, pero que seguía conservando su vieja y oculta utilidad.

Fue el que le salvó la vida, aunque de la primera y dura puñalada, no.

Fue una noche al volver de un encuentro furtivo y cuando pasaba por el pequeño jardín al que daba su aposento. Una sombra se abalanzó sobre él, y aunque era ágil y procuró esquivarlo, no pudo evitar que le clavara el puñal, aunque al menos logró que no lo hiciera donde lo quería alcanzar y donde la hoja habría sido mortal. Herido, saltó hacia atrás y logró sacar de su funda el largo acero enfundado en el bastón. Su asaltante no esperaba algo así y por un momento titubeó. Mi padre le lanzó una estocada que encontró carne, pues oyó el sorprendido aullido de dolor del otro, que sin más y cojeando huyó.

Gritó pidiendo ayuda, pues la herida suya en un costado sangraba mucho y parecía de consideración. Estaba cerca del palacio condal y no tardaron en acudir a ayudarle. El conde Anfós fue avisado e hizo que de inmediato buscaran a su médico personal y que viniera a curarlo sin dilación. El hebreo, pues esa era la raza del cirujano, lo reconoció, y amén de que también era la muy poderosa voluntad del señor, hizo por simpatía personal hacia él todo lo que estuvo en su mano para conseguir detener la hemorragia, que de no haber tenido los cuidados y suturas necesarias lo habría vaciado. De hecho, pasó varios días en bastante mal estado, y en la segunda y febril noche se llegó a temer por su vida. Al final ayudó también su fuerte naturaleza, y sobrevivió.

El atentado contra su protegido enfureció sobremanera al Jordán. Ordenó que se descubriera como fuera y utilizando cualquier método al autor y que se lo trajeran vivo para hacerle confesar quién lo había comprado para que cometiera el asesinato, pues le parecía evidente

que había sido un encargo de alguien principal y que conocía además los hábitos y vivienda de quien había de morir.

Dieron con él y en efecto quedó probado que había sido el autor, pues tenía mal curada la herida que Álvar le hizo en el muslo. Pero no pudo hablar, pues un pescador lo encontró flotando en el Garona, entre las dos islas del Ramier. El bellaco era conocido en la ribera por sus pendencias y habilidad con el puñal, pero quien le había encargado la muerte de Álvar, al enterarse de su fracaso, tuvo la precaución de encargar, y esta vez con más éxito, también la de él.

Alfonso Jordán supo que el asunto no era baladí y que todo indicaba que había sido alguien muy poderoso, y posiblemente hasta cercano a él, quien se hallaba detrás, que el juglar en sus devaneos había mordido algún pastel muy peligroso que podía ser mortal y que la intentona podía repetirse.

Optó de principio por sacarlo de Toulouse y llevarlo en todos sus viajes por sus dominios con él. Aquello, amén de seguridad, fue bálsamo para el burgalés. Recuperó el buen juicio y volvió a su ser. Aunque bien es cierto que con la pérdida de Aalis y el atentado algo se había roto en él. Algo que empezó a saber que debía intentar recoser y recuperar. Empezó a interesarse más y más por lo que sucedía en España, y esperaba con ansiedad a los emisarios que regularmente llegaban hasta el conde con nuevas de León. Al Jordán se le hizo muy pronto evidente cuál era su mayor deseo, aunque aún no se atrevía a decírselo: ansiaba regresar a su tierra, necesitaba volver y reencontrarse consigo mismo allí. La Occitania ya no era sitio y lugar para él.

Fue entonces cuando, providencial, llegó la gran noticia: Alfonso el Batallador había sufrido una derrota, la única contra los musulmanes en toda su vida, al intentar tomar la fortaleza de Fraga y a resultas de la herida recibida había muerto a los pocos días. Aragón y Navarra se habían quedado sin rey y no había heredero que le sucediera, pues no había concebido hijo alguno. Su testamento había complicado aún más las cosas. Dejaba los reinos a las Órdenes Militares y la protesta ante el sinsentido y la imposibilidad material de llevarlo a la práctica había sumido a los reinos en una convulsa situación. Al final, hubieron de llamar a un hermano suyo, Ramiro, monje en un convento, para que aceptara la corona de Aragón y salvara la situación. Mientras, los navarros habían aprovechado la oportunidad para restaurar su propia dinastía.

El elegido había sido García Ramírez, nieto del infante asesinado en

Rueda, Ramiro, cuando entró a la trampa justo antes de que lo hiciera el rey Alfonso VI, que así se salvó. Y nieto, por el lado materno, también del Cid Campeador, pues era su hija mayor Cristina la que había casado con el hijo del muerto, y el vástago de ambos era el que había conseguido ser ahora coronado como rey y ganado el apodo del Restaurador.

Todo ello significaba además algo de total importancia y trascendencia: el momento del rey Alfonso VII de León y de Castilla había llegado por fin.

Alfonso Jordán se dispuso a partir de nuevo rumbo a las Españas, pues su primo en una nueva misiva le había invitado a asistir a su coronación como emperador. El Jordán fue una vez más el primero en aceptar y ponerse en marcha para llegar a la catedral de León a tiempo de poder rendir vasallaje a quien tanto quería y admiraba y por quien tanto había velado y luchado. Asistir a su triunfo sería su premio.

El de mi padre, Álvar de Vivar, fue el poder regresar a España con él.

24

El cortejo de los juglares

Precedidos por un abrecalles con un gorro inmenso tocando una campanilla, dando saltos y haciendo cabriolas, venían por delante dos, vestidos con sus galas mejores, a cual de ellas más chillonas de color, subidos en sendos pollinos, muy bien enjaezados, tocando el uno un doble tambor mientras el otro hacía sonar a todo pulmón un ronco albogue de cuerno de vaca con boquilla de caña. Cuando se cansaban de oírse, cambiaban, y el uno echaba mano a un carracón y el otro a una chifla para que el ruido no cesara ni un momento.

Los escoltaban a ambos lados acróbatas, contorsionistas, saltimbanquis, uno que danzaba sosteniendo sobre su cabeza en vertical un gran madero, unos que jugaban con mazas, otros con bolas. Entre ellos saltaban y bailaban danzaderas y trotonas de pies ligeros y vestidos volanderos con castañuelas, crótalos, platillos, tarrañuelas y panderetas. Los hombres llevaban prendas muy ceñidas al cuerpo, de color verde los más, con caperuza azul y botines de piel muy fina y muy ajustada al pie.

Un poco detrás, para no espantar a los asnos, venía un grupo con un oso sujeto por la nariz con una argolla, que bailaba al son de una dulzaina, una vihuela y un tamboril que tocaban cada uno de los miembros de la familia que vivía a costa del animal. A ratos la hija mayor, de muy esbelto cuerpo y aún mejores piernas, enlazaba sus manos con las garras de plantígrado, erguido sobre sus patas, y danzaban los dos.

A lo largo del cortejo corriendo de atrás adelante o de delante para atrás y metiéndose entre la multitud, venían personajes estrambóticos con disfraces, caperuzas de las que colgaban cascabeles, enormes mangas que les caían desde los codos hasta los tobillos, dando gritos, profiriendo burlas, haciendo risas y asustando niños, que se dejaban asustar poco, amenazándolos con vejigas de cerdo infladas y prendidas en palos. Dos de ellos, los de mayor altura y corpulencia, portaban cada cual un largo bastón de cencerros como símbolo de orden y

autoridad e intervenían, no para calmar el estruendo, sino cuando este bajaba algo y era preciso volverlo a aumentar.

El grueso del desfile ya no tenía tanta organización, pues cada cual venía un poco a su aire y gusto, juntándose unos con otros. Venían juglares de todo tipo, edad y condición. Quienes tocaban instrumentos de viento iban por delante con añafiles, trompetas y bocinas, seguidos de quienes llevaban flautas de hueso y madera, zampoñas, dulzainas, chirimías y gaitas gallegas y astures.

Los de cuerda se habían retrasado un poco, tal vez para poderse hacer oír algo mejor, e iban con trajes un poco más cuidados, a cuadros unos, jugando con los colores y todos los tonos del azul, rojo, amarillo y verde, pero con predilección por los más vivos y alegres. Había quien tañía una lira, quien una pequeña arpa, también fídulas y salterios, algún cedrero y muchas cítaras y vihuelas y otros tantos rabeles, laúdes, bandurrias y guitarras. En ocasiones varios se ponían de acuerdo, juntos iniciaban unos acordes comunes y una voz se elevaba por encima iniciando un cantar.

No había un juglar en el reino, habían llegado hasta del lejano Toledo, que pudiendo acudir hubiera dejado de ir ese día a León en el día de la coronación de Alfonso VII como emperador. Si no faltaban reyes, duques, condes, magnates y caballeros no podían dejar de venir ellos. La capital hervía de gentes y ellos la hicieron bullir, reír y cantar. Era un día grande para los grandes y no estaba de más que lo fuera para los humildes y que los juglares consiguieran algo para sus bolsillos también. El oso tenía que comer.

El día anterior a la celebración se habían concitado todos los juglares y comenzado a componer el cortejo extramuros para entrar por la puerta más cercana a San Isidoro y hacer primera parada allí, y luego coger la calle donde estuvo la vivienda de Rodrigo Díaz de Vivar. «De esta casa salió para ir a misa de recién parida Jimena, mujer del Cid», señaló uno de los juglares que era leonés y se las daba de erudito, y luego, cogiendo ya la arteria principal, se encaminaron hacia la explanada de la catedral. Un gran gentío acudió a ver su desfile, sin que faltaran los más nombrados nobles y caballeros que llevaban ya varios días atestando los palacios de sus iguales y amigos y las posadas de la ciudad. Entre ellos y ocupando un lugar bien elegido para no perderse la función se habían colocado, en una balconada en la que no faltaba ni buen vino, ni yantar ni hermosas damas, don Alfonso Jordán y algunos señores occitanos venidos con él.

Disfrutó aquella mañana el conde como pocas lo había hecho. Era

desde luego un día especial para él, pero lo que no podía prever era cómo iba a concluir. Había echado en falta desde primera hora a Álvar, mi padre, que no lo había dejado ni un paso, excepto cuando hubo de ir a cumplimentar a su real primo. El juglar estaba en verdad contento de retornar a su tierra y había recuperado el mejor y más jovial de sus espíritus.

Pasaba por debajo de donde se encontraban los occitanos cuando le vieron llegar, unido al cortejo de la juglaresca. Traía puestos sus vestidos regalo de su protector, su tocado y calzas rojas y su jubón verde; venía tocando su cítara y un grupo alrededor cantando y haciendo sonar al compás sus instrumentos con él. Al estar ya cerca uno de los acompañantes del conde, el que tenía más fino oído, escuchó decir el nombre del Jordán: —Anfós —le dijo—, esos juglares te están cantado a ti.

Callaron todos para oír mejor y en efecto, llegado el grupo tras la balconada, observó que terminado el romance lo iniciaban de nuevo.

Mi padre miró hacia arriba y le hizo un guiño a su señor. Sonaron laúdes, rabeles, vihuelas y cítaras y en la voz del de Vivar se comenzó a escuchar el cantar de Alfonso el del Jordán:

Don Alfonso, el del Jordán,

en sus aguas bautizado

y por ellas bendecido,

por su muy fardida lanza

y su bien blandida espada,

tiene fama bien ganada.

Con ellas recuperó el condado, castigando a los traidores

que se lo habían robado,

y leal a su linaje,

pues era hijo de infanta,

vino a rendir homenaje

a su primo el rey Alfonso,

en estas tierras de España.

No le resistió almena,

ni moro que lo enfrentara,

ni conde que lo retara,

aunque fuera un conde Lara

y yacido hubiera con reina

y que llevara de nombre Urraca.

En duelo lo mató en Bayona,

debajo de la muralla.

Con su muy pulida parla

y con su decir occitano,

con sus corteses modales,

su galanura y su planta

y su muy risueño trato,

dicen que es su otra lanza

la que hace más estragos

y que en ella con gusto se ensartan todas las dueñas y damas,

leonesas o castellanas,

sean doncellas o viudas,

y aun estando casadas.

La risotada en el balcón fue general y a la mirada del conde hacia Álvar, con un gesto de divertida amenaza, siguió una invitación a todo el grupo a que subieran donde estaban y compartieran vino y recibieran algún presente.

—En eso has estado ocupado, truhan. En esparcir infundios contra tu señor, ¿eh? —le reconvino con su más divertido tono el Jordán.

—Es mi regalo de despedida, mi señor. Con mi mayor gratitud y para que mi tierra os recuerde siempre a vos —respondió.

—Sabía que querías dejarme y comprendo tu razón. Pero no será ahora. Habremos de hablar muchas cosas. Concluida la coronación de mi primo, conversaremos largo los dos y puede que seamos, si puedo, tres.

25

El desfile de los reyes

El día siguiente, el de la coronación de Alfonso VII, lo que más interés despertó en la población que se echó a la calle para ver el imponente desfile, tan diferente al del día anterior, fue el paso del rey moro.

Pues un moro vino también a León para rendir vasallaje al Emperador. Se llamaba Aben Hud Almostansir Sayf al Dawla, el último de los hudíes, y le llamaban Zafadola los cristianos. Caída Zaragoza en manos de los almorávides, él, como último superviviente de la dinastía, se había refugiado en el poderoso castillo de Rueda, de infausta memoria para los cristianos, y allí permaneció encastillado cuando el Batallador se apoderó de su capital. Todavía en vida de este, había visto el hudí su oportunidad, y tras declararse vasallo de Alfonso, al que entregó el territorio que le quedaba en el Jalón, ambos urdieron un ambicioso plan que no les estaba saliendo por el momento nada mal. Zafadola se había dirigido a Al-Ándalus y alentado la rebelión contra los morabitos. Habían conseguido éxitos importantes e incluso dominar temporalmente la propia Córdoba, amén de ciudades y fortalezas que seguían bajo su control. Un rey hispanomusulmán vasallo del más poderoso rey cristiano al mando de toda Al-Ándalus podía ser el avance mayor al que se podía aspirar.

Los leoneses se quedaron atónitos al verlo aparecer al frente de una espléndida comitiva donde las sedas, el oro y las piedras preciosas levantaron tanta admiración como los hermosos caballos en los que montaban, enjaezados y adornados como solo los moros lo saben hacer. Que un rey moro llegara a prestarle vasallaje hasta allí venía a demostrar a sus ojos que sí, que el rey Alfonso VII se podía intitular el Emperador.

Causaron también gran impresión, descollando por encima de la gran cantidad de condes y magnates que acudieron de todos los confines del reino, los cortejos del rey de Navarra, García Ramírez, y del propio cuñado del que iba a ser coronado, el conde Ramón Berenguer IV de Barcelona. No acudieron su primo Alfonso de Portugal ni el rey

Ramiro II el Monje de Aragón, disgustado con él por haberle arrebatado Zaragoza y entregarla en tenencia al nuevo rey navarro, a pesar de haberse casado poco antes con Inés de Poitiers, hija del conde de Poitiers y sobrina de Alfonso Jordán, para engendrar un heredero a la mayor rapidez posible.

El Jordán, al frente de los señores occitanos, causó también gran sensación, como lo hicieron muchos otros grandes señores de allende los Pirineos, como el conde de Foix, el de Cominges, el de Gascuña, el de Urgel, nieto del famoso conde Ansúrez, que tenía también grandes propiedades en España, y el señor de Montpellier.

La fecha elegida no lo había sido al azar, sino que era la determinada por el concilio de los obispos y quizá porque también otro domingo de Pentecostés, 25 de mayo también, once años antes, fue la fecha en que su madre Urraca le había armado caballero. Once años de muchas tribulaciones y no pocos disgustos, pero que había conseguido superar hasta brillar como ahora hacía por encima de todos los demás reyes cristianos y moros de la España entera.

Durante aquellos años que mi padre había pasado fuera, el rey Alfonso se había asentado muy firmemente en el trono y había ido recuperando poco a poco el poder hegemónico sobre los otros soberanos cristianos. Esto se había hecho ya muy patente tras la muerte del aragonés en el desastre de Fraga, pero antes había ido recuperando terreno y prestigio a muy poco de verse obligado a firmar el acuerdo de Támara.

Su primer movimiento, sin embargo, no había sido militar, sino un pacto matrimonial con el conde de Barcelona, que casó con su hermana doña Berenguela, lo que le supuso el establecimiento de una potente y sólida alianza.

En el campo de batalla, la primera ocasión se la dio el propio Batallador, que no contento con lo ganado quería avanzar aún más y, en el año 1129, se lanzó sobre la frontera castellana intentando ocupar Medinaceli. Sus habitantes pidieron ayuda a su rey y este no dejó de prestársela. Convocó a sus huestes y nobles en Atienza, ahí es cuando se había producido la segunda defección de los Lara, y dirigiéndose con una potente tropa logró que el aragonés hubiera de retirarse tanto de allí como de la vecina Morón y encastillarse en Almazán. Aconsejado el aragonés por algunos obispos y algún consejero que se atrevió a decirle que el leonés solo defendía lo que había sido pactado por ambos, no hubo finalmente combate. Pero con ello aquellas tierras, que el joven Alfonso había socorrido e hizo fortificar,

recuperaron la confianza en él, y la línea de la frontera se consolidó definitivamente. De hecho, después de aquello el Batallador no volvería a asomar por allí.

Dos años después, el joven rey Alfonso daría un paso más. Si alguna espina tenía clavada más honda que ninguna era la del castillo y territorio de Castrojeriz, que, situado cerca y al noroeste de Burgos, estaba en manos aragonesas al igual que algunas poblaciones próximas a él. La ocupación había despoblado en buena medida el territorio y finalmente en el año 1131 se decidió a atacar. Puso cerco a la potente fortaleza, defendida por el teniente del Batallador, Oriol García, y se propuso recuperar toda la comarca. No fue nada fácil, pues el castillo estaba bien pertrechado y resultaba casi imposible expugnarlo si no se contaba con máquinas de asalto. Pero mantuvo muy firme el cerco y encontró en la sed su gran aliada. Apretó el asedio para impedir que tanto por el frontal de la fortaleza, que daba a la población a sus pies, como por la parte de atrás del gran cerro, desde el que se divisaba el río Odra, hubiera posibilidad alguna de abastecimiento. Al tiempo ofreció generosas condiciones de rendición, permitiendo la retirada con sus armas y a todo el que quisiera marchar. Al cabo el alcaide Oriol aceptó, yéndose con sus fieles hacia Belorado, primer lugar y frontera con los dominios del Batallador.

Todo el extenso territorio quedó con ello liberado, pues al ser conocida la noticia los castillos de Herrera y Castrillo se entregaron también al rey. Las gentes comenzaron a volver, a edificar casas y a plantar viñas, árboles frutales en la vega y trigo y cebada en la llanada. Los peregrinos a Santiago hicieron de aquel lugar uno de los de mayor tránsito, sitio de reposo y posada a lo largo del extenso trecho que faldeaba el monte, y su calle principal se convirtió en un hervidero de gentes. No tardarían en levantarse allí edificios, iglesias y hasta un gran hospital y albergue para peregrinos poco tiempo después.[30]

Poco después concluiría también la rebeldía de quien había sido su mejor sostén, el conde asturiano Gonzalo Peláez, antes su alférez real. Disgustado con el rey por otorgar privilegios a contrarios suyos, pero cercanos a su amante, la también asturiana y hermosa noble Gontroda, de la que tuvo una hija a la que llamó como a su propia madre, Urraca, y crio como infanta junto a él, se sublevó. Costó mucho someterlo, aunque logró que le devolviera Tudela, y tras resistir un tiempo e incluso tener un enfrentamiento en el que llegó a matar al caballo del propio rey, fue al cabo derrotado y apresado. Puesto en libertad, marchó a Portugal para ponerse al servicio de su primo, el que se declaraba ya rey de Portugal, y seguir haciéndole la

guerra al rey Alfonso, pero antes de ello le alcanzó la enfermedad y murió.

Sin embargo, lo que le había otorgado mayor prestigio a Alfonso había sido el reinicio de la lucha contra los musulmanes. Y su primera conquista no le había costado batalla alguna, sino que vino por la sumisión de Zafadola; este, encastillado en Rueda y acorralado por los almorávides que habían derrotado y muerto a la totalidad de su familia, vio en la alianza con él su alternativa mejor, sobre todo cuando le llegaron las noticias de sus enfrentamientos con el Batallador y la derrota y sumisión de los condes rebeldes.

Reunió a sus hijos y a sus principales caballeros y les preguntó:

—¿Conocéis lo que ha hecho el rey de León contra el rey de Aragón y contra sus rebeldes?

—Lo conocemos —contestaron.

—Estamos encerrados aquí, nuestro territorio mengua de continuo, solo es cuestión de poco tiempo que los morabitos acaben con nosotros como han acabado ya con nuestras familias. Vayamos a él, hagámonos sus vasallos y busquemos su protección. Será junto a él como nosotros, los hudíes, recuperemos los dominios que los almorávides arrebataron a mis padres y a los vuestros —propuso, y aceptaron sus seguidores que le permanecían leales.

Zafadola había entregado Rueda y el territorio donde aún se mantenía y se había puesto a su servicio. Alfonso le había entregado territorios y castillos en las fronteras toledanas, y con él al frente había ido avanzando por territorio musulmán aliándose con los andalusíes contra los africanos, y presentándose el hudí como el señor de todas aquellas zonas de donde se lograba expulsarlos.

Sintiéndose cada vez más fuerte, el rey Alfonso había lanzado entonces, dos años antes de su coronación como emperador, una gran campaña contra el mismo corazón del poder del califa africano que cada vez tenía mayores dificultades en su Magreb natal.

El ejército de Alfonso y de sus aliados musulmanes se había congregado en Toledo y cruzado Sierra Morena en dos grandes columnas: una por el paso del Muradal al mando del conde Rodrigo González de Lara, ya por completo a su servicio, y la otra por un paso que desde entonces se conoció como Real comandado por él mismo. Saquearon sin que nadie osara hacerles frente en todo el territorio hasta alcanzar la campiña de Córdoba y hacer lo propio allí, siendo

aquel tiempo de recogida de cosecha, con lo cual el botín fue enorme y los destrozos causados aún más, pues lo que no se podían llevar con ellos lo incendiaban, talando además olivos, higueras, frutales y viñas.

Los musulmanes abandonaban las poblaciones pequeñas, al igual que fortalezas y castillos menos defendibles, y huían a refugiarse en las ciudades más grandes y amuralladas o en las más poderosas alcazabas. Las tropas cristianas dieron vista a Sevilla y acamparon en sus cercanías, saqueando la comarca entera y haciendo continuas salidas desde allí, sembrando el pánico entre los moros. Llegaron incluso hasta una importante ciudad, llamada Jerez, que consiguieron asaltar, saqueándola y entregándola después al fuego y la destrucción.

Tan solo tuvieron un percance grave cuando un grupo de alocados jóvenes de muy ilustres linajes se saltaron la disciplina real y emprendieron por su cuenta una aventura hacia unas isletas en las marismas de la desembocadura del río, sabedores de que en ellas había grandes yeguadas y rebaños de bueyes. Estos fueron sorprendidos por una numerosa y bien organizada tropa de caballería musulmana que dio muerte a bastantes de ellos, tan solo unos pocos lograron regresar vivos al campamento central.

Desde entonces, todos siguieron las órdenes reales y nadie emprendió acciones por su cuenta.

Asolada toda aquella zona, el ejército al completo cruzó el Guadalquivir y se presentó ante los muros de la capital de los almorávides, Sevilla. Ante ello, los que no eran de la estirpe de los africanos, sino de los andalusíes, enviaron en secreto emisarios a Zafadola. Le propusieron que intercediera ante el cristiano y que los ayudara a ellos a librarse del yugo almorávide, y que le pagarían aún más tributo que el que antes habían pagado a su abuelo, y que a él lo elegirían rey de todos ellos para que los gobernara.

Zafadola, tras consultar con el rey y de acuerdo con él, les respondió a los emisarios:

—Id y decid a mi hermanos, los príncipes andalusíes, que han de rebelarse y tomar ciudades y castillos, los más fortificados y más fáciles de defender. Que provoquen la guerra y la rebelión contra los morabitos, y cuando estos vengan contra vosotros, una vez hayamos marchado nosotros hacia el norte, el rey cristiano y yo vendremos a socorreros.

Ellos aceptaron, y en no pocos sitios comenzaron a levantarse contra

los africanos, nombrar sus propios príncipes y considerar a Zafadola como el rey de todos ellos. Pero algunos, tras expulsar a los africanos, tampoco querían ser vasallos del rey cristiano ni servir al hudí, sino quedarse ellos como reyes.[31]

La expedición volvió a tierras castellanas al cabo de meses trayendo con ella un inmenso botín con miles de cautivos y un número enorme de camellos, cabras, yeguas, caballos, bueyes, vacas, carneros, ovejas y enormes riquezas de las ciudades saqueadas. Llegados ya a territorio cristiano, pusieron rumbo a Talavera, donde el ejército se disolvió y todos cuantos habían participado en la incursión propalaron la victoria obtenida, la mucha riqueza conseguida y el tremendo castigo infligido a los musulmanes por el joven rey. La nueva llegó no solo al reino de León y de Castilla, sino que se conoció en todos los demás. La mayoría de los nobles que habían tenido dudas del poder del rey Alfonso lo acataron y buscaron su favor. El conde de Lara, que en tiempos había conspirado con su hermano contra él, aun sirviéndole ahora bien, se sintió postergado y renunció a la tenencia que tenía de la ciudad de Toledo y de otras importantes plazas, y partió como peregrino a Jerusalén, uniéndose a los cruzados. El rey entregó entonces aquellas plazas a Rodrigo Fernández de Castro, con lo que su ya poderosa familia se engrandeció aún más y no tardaría en competir en poder con los Lara por la hegemonía en Castilla y la cercanía del rey.

La inesperada derrota y posterior muerte del rey, Alfonso I de Aragón y de Navarra, gran dominador en los campos de batalla de toda España, iba a poner punto final a su hegemonía y al comienzo de la de su hijastro. Nada hacía suponer ese final cuando, tan solo un año antes de la coronación de este último como emperador, el Batallador se había lanzado con su poderosa y bien entrenada hueste guerrera y acompañado de muchos nobles y vasallos occitanos, bearneses, así como los más importantes obispos de la zona, todos ellos con sus mesnadas, contra territorio musulmán cosechando una victoria tras otra y finalmente poniendo sitio a la muy bien fortificada ciudad de Fraga.

Los dos intentos de socorrerla por parte del combativo Avengania, el príncipe musulmán almorávide de Valencia y Murcia, se saldaron con sendos fracasos. Los habitantes de Fraga le ofrecieron entonces entregarle la plaza si les permitía salir de ella sin tomarlos cautivos, pero el Batallador, creyendo tener la ciudad ya en sus manos, se negó. Juró que todos los nobles musulmanes serían degollados, sus hijos y mujeres convertidos en esclavos y la ciudad sometida al saqueo por el mucho encono que habían puesto en defenderla.

Mientras, el pertinaz Avengania había logrado armar otro ejército con refuerzos llegados de África y también desde Córdoba, Sevilla y Lérida, que se unieron a sus tropas sin que de ello se enterara el rey aragonés. El ataque contra el campamento cristiano le tomó por sorpresa, el intento de contratacar en campo abierto tampoco logró cambiar el signo del combate y la salida de los defensores de Fraga y otra hueste que Avengania había dejado oculta derribó las defensas cristianas y se produjeron la desbandada y la matanza. La gran mayoría de jefes del ejército del Batallador, así como varios obispos, perecieron o fueron hechos prisioneros. Los setenta infantes que custodiaban la tienda real perecieron por salvar al Batallador, y los infieles se apoderaron del tesoro y las reliquias, entre ellas un trozo del madero donde Cristo fue crucificado, que el muy religioso rey siempre llevaba con él.

Finalmente, aunque herido, y acompañado tan solo de diez caballeros, entre ellos el navarro García Ramírez, que luego restauraría la corona navarra, logró salir huyendo, y tras atravesar por Zaragoza sin detenerse allí, siguió hasta el monasterio de San Juan de la Peña. Entró en él, ordenó cerrar las puertas, y su postración por la derrota, el desastre al que había llevado a sus gentes y más principales de sus caballeros y sus propias heridas le hicieron caer en el lecho del que ya no se levantó para fallecer un 25 de agosto, exactamente un año antes del día en que su hijastro fue coronado como emperador.

Al morir el Batallador sin herederos, dejó en testamento todo el reino a las órdenes militares que custodiaban Tierra Santa, mas los nobles impusieron como sucesor a su hermano Ramiro, monje en un monasterio del que fue forzado a salir para que el reino no cayera en el caos.

La ciudad de Zaragoza, la máxima conquista del rey aragonés, aguantó en poder cristiano, pero muchos castillos del otro lado del Ebro volvieron al poder musulmán y el reino se partió, eligiendo los navarros en Pamplona a García Ramírez, a quien el leonés Alfonso le entregó la ciudad de Zaragoza tras haber llegado con sus tropas hasta allí y tomarla, aunque con ello también la salvó de un posible ataque musulmán.

Todos los astros parecieron por entonces favorecer al rey Alfonso. Y diríase que Dios también. Y desde luego el papa, o sea, su representante en la Tierra, con toda certeza.

Porque tal había sido así por una muy simple razón: el rey Alfonso era sobrino suyo. El papa Calixto II no era otro que el hermano de

Raimundo de Borgoña. Había sido elegido para el papado en Cluny en el año 1119. Recuperó luego la silla de Roma en manos del antipapa y celebró la Dieta de Worms primero y después el gran Concilio de Letrán, que había zanjado definitivamente la cuestión.

El papa Calixto había hecho profundos cambios en la Iglesia, como la condena de la simonía u otra que producía muchísima controversia y aún mayor enfado entre los afectados: la declaración del celibato obligatorio para los sacerdotes. Le dio tiempo también a poner en marcha la segunda cruzada, pero para su sobrino Alfonso y para todos los reinos cristianos españoles su hecho más trascendental fue la instauración del Año Santo Jacobeo, que habría de celebrarse cada año en el que el 25 de julio, día de Santiago, coincidiese en domingo, y otorgaba a todos los peregrinos que llegaran a la tumba del apóstol en el transcurso de un Año Jacobeo el Jubileo, o sea, la indulgencia plenaria para todos sus pecados. Y por supuesto, había ido allanando en todo lo que pudo a su joven sobrino hasta aquella proclamación suya como emperador de Hispania, aunque no la pudo llegar a ver, pues falleció el año anterior a su celebración.

Aquello del imperio era ante todo una cuestión eclesial, y quien tenía la palabra era la reunión de los obispos y sobre ellos el papa, ahora Inocencio II, que había mantenido como legado suyo a Guido de Vico. Ellos habían de decidir si coronarlo o no. Se habían reunido previamente en concilio en León y Alfonso había expuesto ante ellos la petición. La cuestión, lógicamente, había sido convenientemente madurada y hubo por los presentes plena aceptación. El concilio concluyó en que de ahora en adelante podría y debería ser llamado Emperador de toda España, aunque un enorme territorio siguiera estando en manos musulmanas, pero quedaba reconocido por Roma su derecho a serlo.

Habían sido ellos, los obispos, una vez que todas las comitivas estuvieron en el templo, los protagonistas de la gran ceremonia. Estaba el de León, claro, don Arriano, quien fue el encargado de imponerle la corona; el de Toledo, don Raimundo, el primado, y no hubiera faltado el de Santiago, Gelmírez, gran valedor de Alfonso en su dura juventud, pero estaba postrado en cama. No fallaron los de Orense, Oviedo, Palencia, Segovia, Burgos, Ávila y el de Sigüenza, don Bernardo, que aprovechó para zanjar la disputa con el de Tarazona, que junto al de Zaragoza también acudió, pues ambas ciudades, al igual que Nájera en Navarra, las había tomado el leonés aprovechando la muerte del Batallador. De hecho, se había postulado como rey tanto de Navarra como de Aragón, pero no lo logró.

Era un día de gloria tras años de conflictos para el rey Alfonso, pero ni en este faltó la espina. La ausencia del aragonés tendría fácil arreglo muy poco después, con la devolución de Zaragoza y el acuerdo de la boda de su hija recién nacida de Inés de Poitiers, la sobrina del Jordán, con el conde de Barcelona, su propio cuñado, que se ocuparía del reino de inmediato y el monje podría volver a tomar los hábitos, que era su verdadera y constatada vocación.

Peor era la de su primo hermano, Alfonso Enríquez de Portugal, que ya no se recataba en llamarse rey, sino que manifestaba abiertamente su independencia de León. Y peor se iba a poner, pues Alfonso, para amigar con Aragón, le tuvo que quitar al navarro la tenencia de Zaragoza, y fue este entonces quien se disgustó con él y se alió con el rebelde portugués, atacando ambos al leonés. Lo de García Ramírez lo arregló, ¿quién si no?, Alfonso Jordán, cuando volvió hacia sus territorios tolosanos tras haber permanecido largos meses en España y pasó por Pamplona, logrando restablecer la paz y la concordia entre él y su primo. El otro, el portugués, a pesar de sufrir bastantes descalabros en combate, concluyó por salirse con la suya, y el Emperador, tras decirle que lo aceptaba como rey, logrado su propósito del vasallaje, ya no quiso después saber nada más de él.

Pero aquellos días y hasta meses del verano de 1135 habían sido de fiesta y regocijo en la ciudad de León. Y aquella era una de las cosas que mi padre más gustaba de recordar.

Concluida la coronación, el jolgorio continuó durante varios días. Los juglares, los cazurros y los que no, siguieron en las calles y en las plazas, mientras que algunos privilegiados como mi padre tuvieron acceso a la corte donde tenían entrada los favoritos del rey, descollando entre ellos el segrer gallego, Palla, y dos muy famosos trovadores venidos de la Occitania, el renombrado Marcabrú y el que le iba comiendo el terreno, Alegret; los dos eran gascones, pero nunca se llevaron demasiado bien, sino bastante mal. Los había antecedido, este en la corte del Batallador, otro occitano, Poncio, que siempre viajaba con el aragonés y que presumía de haber sido el primero en llegar a nuestras tierras.

Alegret era el más bullidor, se hacía de continuo notar y no perdía ocasión de halagar al rey. Gustaba usar de la sátira contra quienes quería herir y de añadir a sus poemas moralejas, sobre todo a la hora de reconvenir a maridos infieles acusándolos de ser quienes fomentaban la promiscuidad en las mujeres. Con ello hacía alusión implícita, sabiendo que eso molestaría a su rival, un trovador anterior a ellos, Cercamón, que había sido el maestro y al que veneraba

Marcabrú. Este, adoptando poses de mucha dignidad, vestido casi siempre con amplias sayas hasta los pies, de color rojo y con hermosos brocados, ponía gran distancia con él y no se recataba, sino que cuantas veces tenía ocasión decía que el otro era tan solo un adulador de su señor y por ello falto de respetabilidad.

Alegret era por su parte un decidido partidario del amor cortés, y eso hizo que Palla y Álvar, en cierta ocasión en la que declamó enfáticamente sus versos, aprovecharan para reírse un tanto de él:

Debería estar satisfecho simplemente

si pudiera venir ante ella con las manos unidas

y mostrarle, llorando, de rodillas,

como soy su vasallo únicamente.

El gallego sonrió con ironía, pero mi padre, con la soberbia de la juventud, dijo:

—Eso canta Alegret porque es triste, viejo y feo.

Palla le riñó con suavidad:

—Joven Álvar, viejo lo serás tú también, y triste ya habrás estado, por amor, alguna vez.

Y padre sintió una puntada en el corazón y se calló.

Álvar encontró en el compostelano Palla un referente primero y un amigo después. Palla era un hombre ya para entonces maduro, amable en el trato, dulce en su hablar, y que tomó de inmediato simpatía por el aún joven castellano ávido de aprender. Ya en el primer encuentro dedicaron buena parte de su tiempo a conversar.

Los segreres eran, en todo el norte galaico, una suerte de figura intermedia entre los humildes juglares de las plazas y los trovadores, nobles de origen, y poco dados a mezclarse con quienes consideraban poco más que chusma. Palla tenía estudios, cierta fortuna y había aprendido mucho de los primeros poetas franceses que llegaron por el camino hacia la tumba del apóstol, entre ellos el aquitano Guillermo. Sacó mucho provecho de sus enseñanzas y su lugar de nacimiento,

pues el hecho de que la infancia y buena parte de su juventud el entonces acosado Alfonso la pasara en Compostela hizo que acabara por tener relación con él, entrara en su corte y lo acompañara en muchas ocasiones. Había comenzado componiendo y cantando, y acompañándose con su propia música también si era menester las ancestrales y galaicas cantigas de amigo que solazaban mucho al joven príncipe, pero bajo el influjo occitano pasó a componer después hermosos poemas de amor y a llorar el desamor en otros aún más bellos y cantados con enorme saudade.

A Palla, aunque no lo exteriorizara, Alegret no le gustaba mucho, pero aún le disgustaba más Marcabrú. Desde siempre había notado en él una afectación y un engolamiento que casaba muy poco con su carácter y manera de ser. El gascón, sabedor de su cercanía al rey, hacía por congraciarse con el gallego, pero el otro, con sutileza y sin que pudiera agraviarse lo más mínimo con ello, sabía cómo mantener la distancia y no se dejaba enredar en su juego.

Estaba ahora Marcabrú en plena prédica a través de sus versos para alentar a los caballeros francos a que vinieran con sus tropas a combatir junto con el Emperador a los enemigos mahometanos, pero no obtenía apenas frutos más allá de alguna encendida palabra que no se traducía en espadas. Y era aún más elogioso con Alfonso que el propio Alegret, pues no dudaba en proclamar que era el rey más refulgente de toda Europa y que todos los señores cristianos deberían tomar ejemplo de él.

Con su peculiar sorna galaica, Palla un día se atrevió a profetizar a quien se iba convirtiendo en su alumno:

—Veremos lo que dice Marcabrú cuando no saque de su bolsa lo que le piensa sacar.[32]

Sabedor de las tribulaciones del burgalés en su primera juventud, de su peripecia en la corte de Tolosa y de su cercanía a Alfonso Jordán y al valorar muy positivamente su inteligencia y percibir su lealtad, Palla no tardó en ser su mejor protector en la corte del Emperador, y más al detectar que los trovadores occitanos, tanto los muy renombrados como los más desconocidos que habían venido acompañando a sus respectivos señores, no parecían tenerle ningún aprecio, sino más bien procuraban hacerle el vacío.

Esta actitud, propiciada por el Bostezador de Toledo, como gustaba mentarlo a mi padre, que había vuelto a aparecer, no pasó desapercibida también para el Jordán, que, sabedor de las intenciones

de su protegido de quedarse en su tierra, buscó la manera de poder favorecerlo ante su primo. También de que se rodease de quienes pudieran aconsejarle mejor, y sin duda Palla era en esto el más indicado, y mucho se había alegrado al verlos juntos y en buena sintonía. Pero también tenía guardada una tirada más: la hermana del rey, la infanta doña Sancha Raimúndez, pues no había en toda la corte quien tuviera mayor influencia ni voz más escuchada por el soberano que la suya.

Álvar de Vivar fue presentado a su rey. Este, que ya lo había conocido en Toledo años atrás, había sido informado por el Jordán de su peripecia y su deseo de quedarse en el reino castellano. Alfonso lo observó con curiosidad, eran de muy pareja edad y no le desagradó su desparpajo al responderle a todo cuanto le quiso preguntar. Incluso detectó que era muy verdadera su alegría cuando él mismo le dio a conocer que habían vuelto a dominio castellano las poblaciones cercanas a su tierra natal, entre otras muchas, tras la toma de Castrojeriz. También Belorado y toda La Rioja y Álava, que el nuevo rey había recuperado rápidamente tras morir el aragonés, y así hubo de aceptarlo el nuevo rey navarro.

Ese había sido uno de los primeros pasos, como la recuperación de Soria y Almazán, eliminando ya cualquier amenaza sobre Medinaceli y con lo que se sacó esta otra espina que tenía clavada de cuando las Paces de Támara con el Batallador. Ahora las tornas habían cambiado, el monarca más poderoso por ejércitos, territorio y alianzas de todos los reinos cristianos era sin duda él. Los almorávides tenían graves problemas en el Magreb, y aunque habían comenzado a atacar de vez en cuando la frontera, la iniciativa la llevaba él. Contaba con Zafadola y soñaba con un Al-Ándalus ya del todo bajo su control. Aquel era el sueño imperial y me decía mi padre que entonces muchos lo veían a punto de poderse alcanzar. Resultaría ser después el sueño de un brillante día de mayo, pero por entonces, y durante bastantes años, pareció que podía ser una realidad.

[30] El de San Antonio Abad, cuyas ruinas aún persisten.

[31] Sería el principio del segundo período de taifas, que iba a ir consolidándose según fue desplomándose el Imperio almorávide.

[32] Así fue. Tras diez años de estancia en España y muy cerca del Emperador, Marcabrú acabó echando pestes contra él por considerarlo tacaño, al entender que no había recompensado sus elogios de la

manera que creía merecer.

26

La consejera del emperador

Si hubo persona y mujer de la que el rey Alfonso se fiara y quisiera, desde antes de tener siquiera uso de razón hasta que murió, no fue otra que su hermana mayor, Sancha, la única, por ambos lados, de Raimundo el Borgoñón, muerto siendo ellos niños aún, y de su madre la reina Urraca. Tenían, habidos por esta con su amante el conde de Lara, dos hermanastros, Elvira y Fernando, pero no tuvieron entrada en la corte ni reconocimiento alguno como miembros de la estirpe real, aunque ellos se intentaran intitular como tales.

Los dos hermanos, Sancha y Alfonso, fueron muy pronto separados. Enviado Alfonso a Galicia y quedando ella con su madre y dos tías, Elvira y Sancha, hijas de Alfonso VI y la princesa mora Zaida, bautizada como Isabel, cuyo hermano Sancho fue el primer heredero al trono, muerto a los trece años por los almorávides en Uclés.

El conquistador de Toledo había otorgado el Infantado a las dos, al igual que lo tuvieron anteriormente sus hermanas, Urraca de Zamora y Elvira de Toro, lo que conllevaba cuantiosas propiedades, bienes y privilegios de por vida, siempre y cuando no se casaran. Al hacerlo, ambas perdieron tal condición y las ganancias asociadas, también.

Los hermanos, aún separados, procuraron en cuanto pudieron tener todo el trato posible, y Alfonso tuvo en Sancha su mejor valedora, incluso contra su propia madre, que de inicio aceptó que él fuera desheredado si engendraba de Alfonso el Batallador. En la larga serie de conflictos con el padrastro, su madre y los amantes de esta, Sancha fue perpetuamente leal a su hermano y en los tiempos en que este ya pudo retornar a León buscaba constantemente cómo estar junto a él. Le acompañaba siempre que podía en sus estancias en el monasterio de Sahagún, que tan caro les era a los dos y donde se había hecho enterrar su abuelo, a pesar de haber muerto en Toledo. Los dos profesaban a Alfonso VI una enorme admiración y desde muy joven el futuro rey pretendía imitarlo en todo, en su desempeño como soberano y más aún en sus avances, ciudades y territorios ganados a

los infieles y retornados al reino de la cruz.

Nada más ser coronado, cuando su madre falleció, lo primero que hizo emulándolo fue hacer lo que había hecho su abuelo con la favorita de sus hermanas, Urraca, señora de Zamora, y amén del Infantado, dar a la infanta también el título de reina.

A partir de ahí, doña Sancha se convirtió en su principal consejera, su apoyo incondicional, y con su buen juicio y gran energía, pero no falta de bondad, sería siempre la voz que en los momentos más difíciles el rey deseaba, antes que otras, escuchar y a la que solía más caso hacer. La infanta se convirtió en señora de varios de los monasterios más importantes del reino, entre ellos, el de San Isidoro de León, el que había sido engrandecido y cuidado con todo esmero por la infanta Urraca, su predecesora en tal función, y heredó también todos los infantados del reino de León, los de Covarrubias, Valle de Torío, León, Tierra de Campos, el Bierzo y Asturias.

Alfonso Jordán la conocía muy bien y quiso buscar para su amigo el juglar el mejor apoyo y cuando fuera menester también el más sabio consejo. Doña Sancha estimaba en lo que valía a su primo, tanto como lo estimaba el rey, y finalmente el hijo de la cruzada consiguió su propósito antes de partir: un nuevo encuentro del rey, su hermana y él para hablar de ello. Fue San Isidoro el lugar elegido y al cabo un cuarto se añadió a la reunión, Palla, el juglar, pues él también sentía afecto por el joven y le quería ayudar. De hecho, habían intimado aún más, con su proverbial facilidad por las lenguas. Mi padre había añadido a las que ya sabía el galaicoportugués, y hasta se había animado con algunos versos en ella.

El más serio y hasta reacio al comienzo fue el Emperador, que no acababa de entender qué papel podía jugar un juglar, amén de invitarlo en ocasiones a cantar en su corte o llevarlo en alguno de sus viajes, y en qué le podía valer un joven juglar recién retornado de Francia a él y a sus labores y problemas como monarca de varios reinos.

Fue Sancha, que ya tenía hablado con el Jordán lo de las habilidades de mi padre, quien comenzó a reblandecer su ánimo y su gesto también:

—Nadie hay, hermano, quien tenga las puertas abiertas de castillos, burgos y cortes como un juglar. Ante nadie se habla con más desenvoltura y falta de cuidado con lo que se dice que ante ellos, en una fiesta y cuando el vino no ha dejado de servirse en las copas. Muy

pocos, además, comprenden tantas lenguas como él sabe hablar y hasta escribir: el latín de los clérigos, el romance de las plazas, el hebreo de las aljamas judías, el occitano de los ultramontanos, el lemosín de los catalanes, y ahora me dice Palla que el galaicoportugués también. Es castellano, y en esas tierras de tu reino, algunas que acabas de recuperar, él tiene raíces y las conoce muy bien. Si ante quienes son nuestros alcaides y gentes de confianza se puede presentar con algún aval que señale nuestra buena disposición para con él, le haríamos gran favor, pero él nos lo puede devolver siendo los ojos y los oídos que en muchos sitios nosotros no podemos tener. Pues bien claro está que en los lugares donde nos sean contrarios, bien al revés nada de ese favor ha de saberse, sino ocultarlo cuanto más mejor.

El Jordán ya había señalado que Álvar sabía completar tales misiones y aprovechó para contar la que había desempeñado en el campamento aragonés ante Bayona, cuando consiguió que el conde se batiera en duelo mortal contra él.

—Advierta, mi señor y emperador —cuando había más gente presente el Jordán jamás le apeaba al rey el tratamiento para que otros nobles no consideraran que ellos podían hacerlo también—, que sabe mantener quieta la lengua, pero sabe cómo utilizarla cuando llega la ocasión.

Palla, al que el rey tanto apreciaba, lo apoyó también. Fue incluso quien apuntó, al cabo sabía de qué se mantenían quienes eran como él, que podría ser conveniente que amén de lo que con sus trovas y cantares consiguiera se le asignaran algunos dineros para sus recorridos.

—Caballerías, instrumentos, bagajes y ropas tiene de sobra y, si algo le falta, antes de marchar se lo aportaré yo —remachó el conde de Tolosa—, pero el que tenga o unos dineros o alguien a quien poder recurrir allá donde vaya, habrá de poderse hacer.

—De ello me encargaré. Tal cosa hay que hacerla con la mayor discreción. Yo lo haré y no necesitaré de nadie para ello —añadió la infanta Sancha.

Aquello amoscó un poco al rey. No podía él quedar así y que cualquiera pudiera ver falta de grandeza y de generosidad.

—No me lo habéis de enaltecer más. Me agrada el castellano. Y sí, tenéis alguna razón en que lo que nos puede contar no van a hacerlo

ni mis condes, ni mis alcaides y menos aún los de otros reinos, y desde luego menos aún quienes me tienen como rival. Quiero además obsequiarlo como se ha merecido hasta ahora y como espero que se merezca aún más después. Pero serás tú, Sancha, quien más tarde y cuando yo me retire concrete cuál ha de ser forma y manera de hacernos llegar las cuestiones que él entienda debemos saber. A ti y a nadie más habrá de reportar, y tú le transmitirás si es preciso a dónde es conveniente que dirija sus pasos, o si debe acudir a nuestra llamada para que nos acompañe a cualquier lado. Hacedlo ahora llamar, lo recibiré aquí y luego yo me retiraré.

Hizo venir a uno de los pajes que siempre le acompañaban y lo envió a que hiciera presto el mandado que le había encargado ante su mayordomo.

El Jordán, por su lado, hizo llamar a su protegido y que de inmediato se presentara, pues a un rey no se le puede hacer esperar jamás y ya le había advertido que debía estar sin moverse de su aposento por si surgía la ocasión y que acudiera al instante y sin demorarse ni un momento si recibía llamada de él.

Fue el buen Albán el encargado de irlo a recoger. Álvar, sonriente pero nervioso, que no sabía muy bien lo que su protector pretendía conseguir, salió a escape con él. Le preguntó a su amigo, pero el occitano sabía aún menos que él.

Llegaron presurosos a San Isidoro, les franquearon las puertas y entraron a la sala donde el rey lo esperaba en compañía de los demás. Lo saludó con una profunda reverencia, al igual que a su hermana, y esperó sus palabras:

—Acércate, Álvar de Vivar, tu rey quiere entregarte un obsequio. Sé que vas a permanecer en mis reinos y que no partirás con mi primo para Tolosa. Bienvenido seas. He de retirarme ya, esto te doy ahora y espero poderte otras cosas dar si nos sirves bien —le dijo el rey.

Y tras decirlo, le entregó envueltos en un paño dos hermosos vasos de plata. Una bolsa con algunos dineros no quiso dársela personalmente, sino que ya fue la infanta la encargada de hacerlo, así como de indicarle el primer territorio y recorrido que antes y rápidamente había pensado que era el que más podía interesar, y quizá de principio para él más fácil de hacer y que menos sospechas podía levantar.

A solas los cuatro se concretó su cometido, que en realidad sería el hacer lo que siempre había hecho como juglar, ahora con un rango

mayor y mejor entrada a lugares de poder. Tener ojos y oídos abiertos para informar de los estados de ánimo, de las contrariedades, de los enfados, de las desafecciones o, si fuera el caso, de que pudiera haber en marcha alguna traición o preparativos de revuelta. Para ello, y por si fuera un asunto grave, se le facilitaron los nombres a los que recurrir en las diferentes fortalezas y que ellos enviaran emisarios, a los que se avisaría de que él era persona de fiar. Además, se le entregó un breve escrito firmado por la hermana del rey, en el que se incluía la consideración de ser persona al servicio de doña Sancha, y abundante recado de escribir para no pasar dificultades, pues en ocasiones y en según qué sitios no era fácil de encontrar.

La infanta, además, entendió que en cualquier caso no habría modo mejor de hacer llegar las nuevas, si estas eran lo suficientemente importantes y urgentes, que su conexión con los monasterios de frailes o de monjas, bastantes de los cuales pertenecían o eran asimilados al Infantado.

—Abades y abadesas, tras mostrarles este documento, serán tu mejor cauce, y también si es preciso te podrán sus monasterios servir de lugar de acogida y protección si te vieras en dificultades. Que no tiene por qué haberlas, porque estarás en nuestros reinos.

En efecto, no iba a salir ni de los territorios del rey Alfonso ni apenas de los más conocidos por él, pues su destino no iba a ser otro que los lugares que recientemente habían pasado de nuevo a ser dominios de León y de Castilla, tras años bajo el mando del difunto Batallador.

Concretado todo, quiso doña Sancha mostrarles las reliquias y joyas de San Isidoro. Muchas había allí depositadas, así como algunas maravillosas obras de orfebrería de metales y piedras preciosas. Entre ellas, un cáliz muy bello formado por dos antiguos cuencos tallados en ónice, uno el copón de consagrar y el otro de peana, ambos unidos entre sí y en parte recubiertos en oro. Las piezas de ónice estaban recubiertas de oro en la copa, nudo y peana. El interior de la copa también estaba revestido de oro, y todo trabajado con gran delicadeza en filigranas, arquillos, espirales y pequeños caracoles y adornado con azules zafiros, verdes esmeraldas, blancas perlas, aljófares y un camafeo que representaba un rostro sonriente. Tanto el oro como las piedras preciosas para adornar el cáliz fueron donados por la infanta Urraca de su ajuar personal, y en la peana una inscripción así lo confirmaba.

Mucho lo admiraron, pero cuando mi padre y Palla quedaron en verdad sobrecogidos fue al entrar en la cripta donde estaban el

panteón y los sepulcros de los reyes de la dinastía. Los dos juglares no habían contemplado nunca maravilla mayor ni más hermosa que aquellas paredes, bóvedas y techos tan primorosamente pintados que no permitían despegar la vista de ellos y que despertaron en los dos una enorme emoción. Ambos también notaron en el silencioso recorrer de los dos primos el respeto y recogimiento tanto del Jordán como de doña Sancha al ir caminando entre las tumbas de sus antepasados, mientras iban señalando los nombres de todos los que allí estaban enterrados. Aunque quien no lo estaba allí era su propio y admirado abuelo, Alfonso VI, que había elegido para ello San Benito, en Sahagún.

Al concluir el sobrecogedor paseo y estar a punto de salir, doña Sancha volvió la cabeza para mirarlos a todos y, en voz baja pero audible, dijo:

—Cuando llegue mi hora quisiera estar con ellos aquí.[33]

[33] Y lo está, en su condición de reina además, cerca de su madre Urraca I de León, según consta en el epitafio en latín grabado en su sepulcro: Hic Requiescit Regina Domna Sancia, Soror Imperatoris Justitia Culmen, Et Pietatis Apex Santia Pro Adefonsi Filia Urrachae Et Raimundi.

27

La hija del halconero

Primero oyó el grito del halcón. Un chillido penetrante, repetido por dos veces, que rasgó el azul. Pero no alcanzó a ver al pájaro. Una figura en las almenas, en el medio del larguísimo lienzo de muralla que abrazaba todo el cerro por su lado posterior, atrajo su atención. Y más aún cuando, recortada contra el cielo limpio de la mañana, vio que era la de una mujer.

Estaba allí, con el brazo derecho extendido y la mano protegida por un guante, llamando al ave de presa. El afilado sonido de un silbo se lo confirmó.

Volvió a oírse, en respuesta, la voz del ave de presa y entonces pudo enfocar mejor los ojos y localizar el punto en movimiento que lo delató.

—Qué alto vuela el peregrino —habló para sí mismo observando la inconfundible silueta del cazador alado.

El halcón estaba comenzando a bajar, dejándose caer primero en picado y haciendo luego giros en vuelo de planeo con intervalos de aleteo, alejándose y acercándose en sus vueltas para, a la postre, enfilar recto a su destino e ir a posarse en el puño enguantado que le ofrecía la mujer, y donde comenzó a recibir su recompensa por obedecer. «Algún pequeño trozo de carne», supuso mi padre.

Él estaba justo en el inicio de la ascensión por la cara posterior de la enorme fortaleza levantada tiempo atrás por los califas en Gormaz, que ocupaba toda la alargada y empinada muela sobre el río Duero. Había partido, antes de salir el sol, del cercano castillo de Osma, a poco más de una legua, y tras avanzar a buen paso en la yegua árabe llevando a la otra en reata y cruzar los enebrales, había dado vista al Duero y a la fortaleza, por encima de la que ya asomaba el primer sol del día. Aflojó entonces la marcha y aprovechó el frescor del río, que se agradecía en el mes de julio, y fue aguas arriba por la orilla hasta

llegar a la senda de acceso al gran castillo, al que hubo de buscar entrada por el lado contrario al que había llegado y donde había visto a la mujer halconera.

No tuvo necesidad de buscar cruce alguno, pues Gormaz se encuentra en el lado norte de la corriente. Subió despacio, pues hubo de recorrer faldeando aquel costado de la muralla, dejando por abajo a la pequeña población que se había ido formando a los pies del monte, hasta dar con la puerta de acceso a la alcazaba, que delataban los más poderosos torreones, residencia de quien mandaba en la plaza.

Los guardianes de la puerta le miraron con interés, lo llevaban viendo desde que asomó al principio de la cuesta, pero antes de que le preguntaran nada fue él quien les requirió por la residencia del alcaide. Y hacia allí dirigió sus pasos.

Aunque no cuándo, este sí sabía que el juglar vendría, y aunque no se le había desvelado el porqué, también sabía que era conveniente que se le tratara con cierta deferencia. Hacía un mes largo había llegado un emisario con instrucciones al respecto de doña Sancha. Era un juglar decían que renombrado y que había estado por Francia. Y aunque doña Sancha no hubiera dicho palabra, siempre era una alegría el recibir nuevas y saber de otros lugares, y si traía música y canciones aliviaría el sopor y aquellos calores del verano de aquel lugar, donde en cuanto subía el sol a lo alto parecía aplanarse la llanada entera. Solo el verdor de los sotos del Duero refrescaba algo, aunque fuera la vista.

Se le proporcionó aposento para él y sus caballerías, que despertaron, sobre todo la yegua torda, ponderadas miradas de aprecio, y el alcaide le ofreció ya para la atardecida, cuando se aliviara el bochorno, aunque allí en el alto aventaba un poco la brisa, compartir cena con él y sus caballeros más principales, lo que aceptó gustoso. Como también que para el día siguiente, ya en el enorme patio de armas, se haría fiesta para todos, mesnaderos, menestrales, gentes del pueblo y hasta para los moros mezquinos que aún quedaban por allí.

En ello ya le acompañarían algunos, le ofreció don Martín, el alcaide, que sabían tañer algún instrumento, y precisamente uno de los mezquinos era el que mejor templaba.

La noticia de que había llegado un juglar era ya por todos conocida antes de mediodía, y si alguno no la sabía es porque había salido a los campos antes de que él apareciera por la ribera del Duero.

Ya en la cena, un hombre maduro de recio pelo cano, sin barba aunque bigotado, que no parecía de armas pero tampoco comerciante o artesano, le dijo a mi padre y a los presentes quién lo había visto primero:

—Mi hija, Lucía, lo vio llegar de mañana por poniente, cuando estaba volando al torzuelo de peregrino que estamos adiestrando. ¿Puedo preguntarle su nombre y de dónde viene? El oficio ya lo sabemos y nos agrada mucho la visita. Yo soy Hugo, el halconero y quien más años lleva aquí viviendo de todos, salvo Alí, el mezquino, claro. El que toca el rabel.

—Vengo desde Osma, y antes de Soria. Mi nombre es Álvar, en Vivar nacido.

Al dar el nombre del pueblo, unos miraron con sorpresa y otros soltaron un respingo. Don Martín fue quien habló el primero:

—¡El solar de don Rodrigo! Habrá de saber, si no lo sabe, que Gormaz fue tenencia suya, pues fue señor de esta fortaleza y, como castellanos, orgullosos de ello estamos.[34] Ahora sois aún más bienvenido, señor juglar.

—Lo sabía por mi padre, que aunque por breve tiempo, pues una herida le dejó seco el brazo, acompañó al buen Cid como peón al destierro, y volvió a su tierra con caballo y con espada, pero lisiado —respondió Álvar mi padre, y la conversación se animó del todo, pues todos querían saber y decir. Y ya no pudo parar ni de responder ni de escuchar tampoco, porque tanto don Martín como algunos otros caballeros tenían muy sabrosas cosas que contar.

El alcaide estaba además seguro, pues llevaba bastante tiempo por aquellas fronteras, de que el disgusto de don Rodrigo con el rey se había producido precisamente por aquello de que estando en Toledo los moros atacaron Gormaz y se llevaron muchos cautivos y botín y él salió tras ellos con el Minaya. Luego, y tras andar por Zaragoza, el Campeador había vuelto a la gracia real y la tenencia de Gormaz era buena prueba de ello. Después llegó lo de Aledo y el nuevo castigo, pero al final murieron ambos reconciliados.

—Y los dos perdieron a su único hijo en combate contra los mahometanos. Diego, el del Cid, en Consuegra, y Sancho, el heredero del reino, en Uclés —remató mi padre.

Se sintió bien y en su sitio aquella noche y entre aquellas gentes. Poca doblez allí había. Los habría mejores o peores, más valientes o menos

o más crueles o más justos, pero ponían su sangre y su vida por delante y allí estaban, pues sin ellos, sin su brazo y su coraje, no había almena, ni foso, ni rastrillo ni alcazaba que aguantara. Ni Gormaz siquiera. Y no pocos de ellos también sabían lo que era perder un hijo, o la mujer, o las hijas, o un hermano, y todos llevaban la piel arada por los costurones de las heridas.

Hacía mucho, muchos años, que Álvar no se sentía así, ni sentía así a Castilla. Comió de su pan y bebió de su vino, y no hubo que pedirle que dijera y que cantara.

Comenzó con aquello del abuelo Pedro de «Embrazaron las lanzas delante de los corazones» y la noche, cuajada de estrellas y una luna que no quiso ser media, se hizo tan corta que cuando empalideció el cielo y empezó a asomar claridad por el naciente, don Martín mando pedir más vino.

Cuando padre despertó al día siguiente con el sol apretando a las piedras, agradeció que le hubieran dado cebada a sus yeguas, y tras conversar con el alcaide, montó a la más vieja de las dos y fue hasta el río. Le dijeron dónde podría bañarse y que no habría peligro en ello si además sabía nadar un poco. Cuando iniciaba el camino se le unió el halconero y bajaron hasta el soto. Hugo quería echar un ojo a unas arboledas donde pensaba que podían haber criado los azores, porque siempre era bueno saber dónde conseguir algún pollo. Le mostró un plácido remanso, hasta con un poco de arena en la orilla, y el agua del Duero le quitó las telarañas de la cabeza, que esa noche habría de tenerla despejada.

Al subir luego, mi padre se percató de que el halconero, además de controlar posibles nidos de azor, se subía un pequeño cuévano de mimbre lleno de cangrejos.

—Mi hija los prepara muy bien y sabrosos —le dijo—. Vendrá a escucharte esta noche.

No se podía imaginar entonces mi padre que ella habría de ser mi madre.

[34] En el intervalo entre el primer y el segundo destierro cidianos, Alfonso VI le entregó el mando y tenencia de la combatida y trascendental fortaleza al Cid, quien la ejerció durante algunos años desde el 1087.

28

A las orillas del Duero

Antes de llegar la Navidad, mi padre estaba casado, yo a nada, y hasta antes, en camino, y antes de cumplirse el año naciendo, pero en Medinaceli. Y siempre he creído, y sigo creyendo hoy en día, que fue mi madre, Lucía, a quien el Señor tenga en su gloria, quien lo dispuso todo.

El ojo se lo había echado de lejos y bastante antes de que él la viera en la almena. Por algo criaba halcones y volaba azores. Lo había visto ir aproximándose con sus dos caballos, casi solazándose cerca de los sotos del río. Le pareció que era joven por la manera de ir montado y no de mala figura. Por las gentes supo, en cuanto atravesó el rastrillo, que era un juglar y que le había recibido el alcaide, o sea, que alguien era también. Cuando su padre volvió de la cena al amanecer, casi lo tuvo que callar antes de lograr que se metiera, aunque fuera por poco tiempo, en la cama.

Cuando subió luego con los cangrejos tampoco había manera de callarlo, con que si era de Vivar, que si su padre había estado con el Cid, que si él mismo venía de la corte de Alfonso y había estado en otra de un primo suyo que era conde en Francia, que si había estado en la mismísima coronación del Emperador, y susurrando para que así se entendiera que era cosa más secreta, que si doña Sancha, su hermana, lo tenía en mucha estima.

Lucía la hija del halconero, como todo Gormaz la conocía, no llegaba aún a los veinte, pero ya le iba faltando poco y según decían, pero a ella ni le importaba, se le iba haciendo tarde, pues otras ya andaban por tres hijos y alguna por dos maridos, porque los hombres morían bastante por aquellos parajes y en los oficios de la guerra. Pretendientes había tenido, pero siempre se protegió en su padre para quitárselos de en medio, y so pretexto de cuidarlo y no dejarlo solo, entre ambos y, de común acuerdo, se zafaron de ellos. A los que intentaron otras artes, los paró en seco, pues tenía las garras y el genio más afilados que sus azores. Y le dio igual que fueran peones,

escuderos o hasta algún joven caballero, a quien además, y por parte de don Martín, le valió el atrevimiento el tener que humillar y llevar un tiempo la cabeza gacha.

Era una mujer hecha y más derecha que un chopo, bravía, enérgica en los andares, más alta que muchas, de fuertes brazos y piernas y muy poco metida en carnes. Pelo trigueño, como los ojos, la tez morena por el sol, la frente despejada y el mirar directo como los pájaros que criaba y adiestraba.

No era aquello cosa de mujeres, pero en Gormaz todos sabían que sí era cosa suya. Su padre había llegado allí siendo bien reconocido en tal oficio, no mucho después de que el Cid dejara la tenencia y se marchara rumbo hacia el levante y antes desde luego de que conquistara Valencia. O sea, que debía llevar en Gormaz cerca de cuarenta años si es que no los pasaba. Allí se había casado, y cuando el señor con quien había venido y a quien le cuidaba los pájaros perdió la vida en Uclés y su familia retornó hacia el norte, él decidió quedarse, aunque fuera lo menos aconsejable.

Y a punto estuvo de tener que arrepentirse. Pero por fortuna aquello no llegó a los tiempos de cuando Almanzor, y los almorávides, aunque hicieron alguna incursión, cruzaron el Tajo y en algún sitio el Henares, a Gormaz ejércitos no llegaron, aunque en una ocasión, unas partidas los cogieron por sorpresa y les hicieron matanza y cautivos entrando por la parte trasera de la muralla, aunque no pasaron del muro divisorio con la parte de la alcazaba.

Más problemas les habían dado en realidad los aragoneses, empeñado el Batallador en hacerse con todo. Fueron años convulsos aquellos, pero a él le trajeron mujer y todo. Porque con quien se casó el halconero fue con una aragonesa de por Tarazona, a quien una desgracia había dejado sin marido, y otra, unas fiebres muy malas, sin hijos varones. Lucía, la que iba a ser mi madre, tenía poco recuerdo de ella, pero alguno le quedaba de una mujer con tanto genio como cuidado con los suyos y con tanta mano firme como cariño. Iba a darle un hermano cuando el niño nació muerto y ella no pasó el sobreparto.

Hugo y la niña se quedaron solos, en Gormaz, casi como parte de la propia fortaleza. Él le fue enseñando de lo que sabía, que era de criar y adiestrar aves de presa. No les faltaron nunca ni pájaros ni trabajo. Bien criaban algunos y los preparaban para la caza y los vendían a los caballeros y hasta a algunas damas de los principales de la fortaleza, o bien estos les dejaban los que ya tenían a su cuidado, o se los llevaban cuando caían enfermos o sufrían percances o heridas.

En ello, Lucía demostró tener un don especial, sobre todo con los pollos o a la hora de conseguir que, sobre todo los halcones peregrinos, sus favoritos, completaran su largo aprendizaje y que cuando al fin se los liberara por primera vez de sus ataduras y volaran libres volvieran a su mano. Aquel era el momento crucial y que podía acabar en el peor fracaso si sencillamente el ave se marchaba volando y no volvía. Algunos lo hacían, pero en muchas ocasiones madre conseguía que acabaran por retornar al cabo de unos días.

Llevó su arte a una dificultad incluso mayor. Normalmente los pájaros se llevaban en el puño cuando se salía a cazar, pero ella logró que alguno de los suyos volara en lo alto, en la vertical de su cabeza, y así, cuando avistaban una presa, al no tener que arrancarse desde el guante y ganar altura primero, tenían la posición ganada picando desde los cielos a aquella velocidad tremenda, como un proyectil, silbando al caer por los aires e ir a golpear y herir mortalmente a su objetivo, fuera este paloma, ánade, perdiz o garza.

Lucía la hija del halconero era parte de la fortaleza cuando mi padre llegó por la senda del Duero y se la llevó con él. Eso dijeron, pero lo más cierto es que ella lo vio llegar desde lo alto y decidió que era suyo.

La noche en que se produjo el encuentro, don Martín había hecho encender hogueras en la explanada, al otro lado del foso divisorio, para que hubiera alguna luz, tras haberle enseñado aquella tarde con detenimiento y mucho detalle tanto la fortaleza como su historia, que presumía de conocer al detalle.

Mucho se sorprendió Álvar de la grandiosidad de la fortificación. Gormaz era un enorme recinto amurallado que protegía la totalidad de aquella muela alargada, que dominaba toda la llanura y los pasos del Duero, y su visibilidad le permitía el prevenir la llegada de los ejércitos enemigos. La habían levantado los musulmanes sustituyendo un pequeño castillo anterior, también alzado por ellos, que había sufrido los ataques de los condes castellanos, que llegaron a tomarlo en varias ocasiones. Los musulmanes recuperaron la zona y el gran Abderramán ordenó construir las fortificaciones debidas que protegieran a Al-Ándalus de los embates cristianos. Esta en concreto fue levantada por el gran general Galib y bajo el califato de Alhakem II, máximo jefe de las tropas de la frontera con los cristianos y en especial de la marca media y de aquella zona confrontada a Castilla. [35] El castillo de Gormaz se convirtió en pieza clave de la defensa musulmana, y resultó decisiva en lograr mantenerlos alejados de Medinaceli, enclave esencial de toda la marca central y que enlazaba

con la oriental.

Desde que se levantó fue combatida por los cristianos, que lograron asaltarla y mantenerse por unos años, hasta que el gran caudillo Almanzor llegó hasta ella y la convertiría, partiendo de Medinaceli para sus aceifas, en pieza clave de sus expediciones que durante dos decenios llevaron el terror, la destrucción y el cautiverio a todos los confines de los reinos cristianos, desde Santiago a Barcelona, pasando por León, por Zamora o por Palencia y por toda fortaleza, ciudad o monasterio que se encontrara en su camino.

Hubo de llegar su muerte en 1002 para que la cruz respirara. Sobre ella mucho había oído hablar mi padre en el viaje. Mas de cien años después, la memoria de Almanzor permanecía viva y temible, y el nombre del guerrero musulmán aún era sinónimo de miedo en muchos de los lugares por los que había pasado en la ruta que ahora venía haciendo, hasta en el viejo y recóndito monasterio de San Millán de la Cogolla, y también de leyendas y lugares, donde se decía que se le había derrotado o incluso muerto.

En su reciente camino hacia Gormaz desde Soria, había pasado por Calatañazor, donde se afanaban en decir que allí había sido derrotado y que salió malherido de la batalla.

En Gormaz, don Martín le relató lo que los mezquinos le habían dicho a él de la memoria contada por sus abuelos:

—Llegó vivo hasta aquí, y se instaló en este alcázar donde nosotros estamos y en esta torre que aún hoy llaman por ello de Almanzor. Venía en efecto muy postrado y enfermo, pero logró continuar hasta alcanzar Medinaceli, donde aquel azote de Dios entregó su alma al diablo. En Medinaceli o antes de llegar, porque los del vecino Rello aseguran que fue a morir en una torre que hay en su término, que llaman del Tiñón. Pero hubieron de pasar años hasta que definitivamente los cristianos pudiéramos asentarnos firmemente en Gormaz. Ello ya fue en tiempo del rey Fernando,[36] el primero que reinó en Castilla y en León, el padre de nuestros reyes Sancho y de don Alfonso VI, que les tomó Toledo. Desde entonces, Gormaz ha resistido, aunque ha sufrido alguna entrada por sorpresa, pero sin poder tomar la ciudadela.

Pudo ver, en efecto, que la fortaleza, alzada en su totalidad sobre sillares de piedra labrada, se dividía en dos partes muy bien diferenciadas. La una era el alcázar donde estaban la citada torre de Almanzor, la sala de armas, un gran aljibe y la torre del homenaje que

hacía de puerta de entrada y daba a la salida de él. Esta parte estaba defendida por un total de siete torres. Luego, en el recinto amurallado de casi mil quinientas varas de perímetro, quinientas treinta y cuatro de largo y setenta y dos de ancho, con lienzos de veintiocho pies de altura,[37] se asentaba la tropa y estaban las caballerizas, los almacenes y una alberca de planta cuadrada de grandes dimensiones excavada en la roca. Había allí lugar para muchos cientos y hasta miles de hombres y tropas de a caballo y de a pie, como punto de reunión y partida para atacar o como asentamiento para contener y responder a un ataque. Contaba con varias poternas abiertas hacia el norte y se conservaba la puerta califal, abierta hacia el sur con alfiz o arrabá en un cuerpo formado por dos torres unidas. En total, y las fueron contando una a una, el número de torres era de veintiocho y la última se alzaba donde el recinto terminaba siguiendo el contorno del cerro en forma de punta, a manera de trapecio en aquel espolón al poniente.

—El sol nos sale cada mañana por el alcázar y se nos pone cada tarde por aquí —le señaló con orgullo el alcaide.

—¿Y las banderas de la media luna han vuelto de nuevo a ondear sobre estas almenas? —pregunto Álvar.

—Han asomado, pero no han logrado señorear a Gormaz. Ni siquiera tras el desastre de Uclés, donde tantos de los nuestros perecieron. Muchos habían salido de aquí. Los africanos, tras aquello, volvieron a señorear el otro lado del Tajo y en esta zona, desde Cuenca, llegaron a alcanzar el río Dulce y el Henares, tomando el castillo de Pelegrina, pero no intentaron siquiera llegar a Medinaceli. Las batallas han sido para nuestra desgracia entre cristianos. Gormaz estuvo, casi desde que don Alfonso quedó como único rey al morir su madre, en manos castellanas, pero bien sabéis que no ha sido así hasta hace apenas unos años con Soria y otras plazas. A Medinaceli lo pretendió hasta el final el Batallador y Gormaz hubo de cederlo a nuestro rey por un tiempo, pero en cuanto pudo lo recuperó y ahora ya no están los aragoneses para reclamar nada y menos lo que nunca fue suyo.

Al crepúsculo comenzaron a subir a la fiesta las gentes del pueblo y a congregarse cuantos estaban de guarnición, servían o tenían allí sus artesanías y oficios. Vino también el juglar moro, que trajo con él su rabel e hizo algunos ensayos con Álvar. Aparecieron incluso un par de cazurros, venidos desde Rello y que a saber cómo se habían enterado y se quisieron unir a la fiesta. Eran de los que hacían saltos y equilibrios

y se los dejó participar, al igual que a otro que subió del pueblo con una cabra que bailaba al sonar de su flauta. Para todos hubo de comer y de beber.

Aunque el protagonista fue padre. Ya se había corrido por todos los lados quién era y qué había cantado la noche anterior, y él agradeció en mucho la acogida y también la ayuda del moro, pues ello le permitía no tener que acompañarse tan solo él con su vihuela cuando había de decir bien el cantar. Tenía por costumbre iniciar su actuación con una fabla, que ahí sí se acompañaba él mismo con algunos acordes, donde relataba aquello que luego iba a recitar, y en este segundo tramo, aunque también echaba mano de su instrumento, si otros le acompañaban se podía entregar él más al cantar. Resultó que Alí era muy bueno en hacerlo y apoyarlo por abajo con su rabel, y a poco se hacían moro y cristiano visajes y gestos para que entrara el uno o saliera el otro.

Desde el inicio, padre notó fija en él la mirada de madre, pero madre decía que había sido al revés. En cualquier caso, el uno del otro o el otro del uno estuvieron pendientes los dos. Ella tenía sitio con su padre, en las filas primeras, y no se perdió detalle ni de los cantares ni del juglar, y él tampoco dejó de posar sus ojos en la halconera en cuanto tenía ocasión. Había algunas dueñas, pocas, entre ellas la esposa de don Martín y unas cuantas más, algunas hijas también y mozas del pueblo las que más, a las que era obligación cumplimentar, y eso Álvar sabía hacerlo muy bien. Y lo hizo a conciencia, pues algo de las artes occitanas no se le había olvidado. No fueron pocas las que creyeron que este o aquel verso les estaba dedicado particularmente a ellas, o que aquella sonrisa en su dirección les estaba solicitando algo más que el que se la devolvieran.

Si aquello enceló a madre yo no lo supe jamás. Lo que sí sé es que no pasaron dos días para que, esa primera vez con su padre, salieran los tres a volar los pájaros. Y desde aquel día ya pocos fueron los que no hacían por encontrarse a solas y Álvar aprender el arte de la cetrería. De hecho, yo mismo algo sé, porque siendo niño en nuestra casa nunca faltaron azores y halcones.

Amén de los de su padre y de los que adiestraban o cuidaban para don Martín y otros caballeros de Gormaz, Lucía tenía, como propios, tres pájaros ya enseñados, un azor y dos halcones, un macho, un torzuelo, y una prima, una hembra joven de peregrino, que son más grandes y potentes que los machos, aunque estos puede que las superen un algo en velocidad. Cuando la cogió de su nido en el cantil del Duero era ya un niego, o sea que tenía su pluma echada y estaba a punto de

arrancar a volar; ese era el momento, ya que antes morían muchos y no se criaban tan bien. La había sacado adelante pasado el cambio de pluma, que era un trance muy delicado, quizá el que más, consiguiendo que comiera la carne troceada de piezas recién muertas, y ahora ya estaba en período de adiestramiento para cazar y conseguir aquellas magníficas evoluciones que Álvar ya la había visto hacer. Mi madre había cogido la costumbre de ponerles nombres a sus pájaros, y a esta la había bautizado con el de Tizona, pues había oído decir que ese era el nombre de una espada del Cid.

Un día le enseño a Álvar, que demostró un interés inaudito aunque fuera algo que nunca le hubiera atraído anteriormente nada, todo aquel proceso y los utensilios precisos. Lo primero las pihuelas, las pequeñas tiras de cuero, que se solían hacer de piel de perro por ser más suave, con las que los pájaros permanecían atados por encima de sus garras a la alcándara, y a través de una lonja de cuero de buey de poco más de una vara de longitud, a los bancos o postes de reposo o al puño del halconero. Para sacarlos a volar les ponía también un pequeño cascabel en cada pata. Así los oía en el cielo o los podía localizar cuando, atrapada la presa, se posaban en el suelo. Era bueno llegar pronto al pájaro y, antes de que la desplumara y comenzara a comérsela, ofrecerle un trozo de carne en el guante para que la soltara y la cambiara por el regalo que ella le ofrecía. Ella lo llamaba, como Álvar había escuchado el día de su llegada, con un silbato redondo que emitía un sonido muy penetrante y además le reclamaba con su propia voz un grito repetido, «¡huey, huey!», que el halcón reconocía también, y al que acudía al puño donde lo esperaba en el guante un trozo de carne como premio por obedecer.

La lúa, así llamaban al guante, no solo era necesaria, pues las garras de los halcones y azores son muy fuertes y afiladas e incluso sin querer, en un tropiezo y al intentarse asir, podían atravesar una mano, sino que era un instrumento primordial para el manejo del ave. También, y al igual que en la caperuza, la lúa solía llevar un símbolo o un color que identificara a su dueño.

La caperuza con la que se le cubría al ave la cabeza era fundamental. Privado de visión, el pájaro permanecía tranquilo e inmóvil tanto cuando estaba en sus horas de reposo como cuando se lo transportaba para llevarlo a cazar.

Antes de ello había que enseñarle a atacar a sus presas. En libertad lo hacían sus padres, en cautividad era labor del halconero. Para ello se preparaban señuelos y las primeras veces un fiador, o sea, una larga y fina cuerda, de hasta casi doscientas varas, atada a las pihuelas para

que en aquellos primeros vuelos no optara por escapar. En eso era preciso un ayudante, el que hacía girar el señuelo, que semejaba a un ave, y para ello se utilizaban sus alas y plumas, sobre el que se soltaba el halcón. Era muy importante el saberlo llevar bien para que le fuera al pájaro lo más difícil de atrapar y aprendiera a revolverse y girar, descender, remontar, planear y picar.

El día definitivo era el que salía por vez primera a cazar y se soltaba sobre una pieza. Era el momento en que bastantes la agarraban y no la querían soltar o escapaban con ella. A muchos se los recuperaba, pero había algunos que se perdían para siempre, posiblemente para perecer, pues ya no eran salvajes y sin el hombre difícilmente podrían encontrar sustento. Pero en ocasiones a alguno, tiempo después de perderse, se le había divisado con sus inconfundibles pihuelas colgando.

Tizona ya había pasado ese trance, y ahora Lucía la estaba preparando para lo que se consideraba el máximo rango y valor de un halcón: cazar de altanería, algo que muy pocos conseguían aprender.

Todo ello Álvar lo parecía escuchar con gran atención, pero era lo que menos le importaba en aquel momento a ninguno de los dos. Era la compañía del otro la que buscaban y cada vez deseaban más. No lo ocultaron además, y aunque Hugo de inicio se disgustó y temió por su hija, unas palabras con ella y otras con el pretendiente le quitaron la preocupación. No habría, si lo hubiera, sino lo que hubiera que haber, y bendecido por Dios.

Álvar se instaló en Gormaz, aunque en ocasiones hacía alguna salida, una de vuelta a Osma, por asistir a una feria a la que fue acompañado de no pocos de la fortaleza, incluida la familia halconera y don Martín; otra a las fiestas de Berlanga, a las que acudió solo y pasó allí una semana; y otra a Rello, el poblado cerca de Medinaceli que le sorprendió. No era una gran fortaleza como Gormaz ni como Berlanga tampoco, pero estaba muy fuertemente defendido y amurallado por completo todo él. Tampoco quiso ni pudo negarse a acudir, y no estaba cerca, hasta el lugar donde se levantaba la torre del Piñón, extrañamente circular y cónica, donde le juraron que ahí era donde había al fin perecido el maldecido Almanzor.

Madre lo quiso siempre y aún más lo admiró, si le hubo de perdonar algo serían las muchas ausencias, y si algo hubo peor derivado de ellas, no quiso enterarse. Madre siempre fue así y él volvió siempre, y otra casa no tuvo que la que tuvieron los dos. Madre, siendo yo muy niño, me enseñó como un tesoro una tablilla que guardaba de él con

más mimo que ningún regalo de todos cuantos, y eso que siempre volvía cargado de ellos, le pudo hacer. Eran los versos del primer cantar que él le había dicho quedamente y acompañados por el rumor del río Duero, solo para ella y sus oídos.

Había sido una tarde que habían bajado ambos a cazar al sotobosque con el azor Fernán, que llevaba tal nombre como homenaje al conde Fernán González y a aquel renombrado azor que él portaba y del que de tal manera se encaprichó el rey de León que lo tomó en «gallardín» comprometiéndose a que cada día que pasara sin pagar se duplicaría su cuantía. Y fue esta tanta, que cuando el conde de Castilla la reclamó, el rey leonés hubo de aceptar perder la Castilla entera por no poderla pagar.

En el romance era otro el azor, otro el río, el Arlanza, y otro el protagonista, Gonzalo de Lara. Pero para mi madre Lucía era el Duero bajo Gormaz:

Los siete infantes hermanos

por fer placer a su tía

por aqueste río Arlanza

cazando con aves iban.

Después que hubieron cazado

a Barbadillo volvían,

entraron en una huerta

que de placer ende había,

a sombra de la arboleda

los infantes se ponían.

El menor de los hermanos,

que don Gonzalo decían,

un azor tomó en su mano,

en el agua lo ponía,

con sabor de lo alegrar

mucho regalo le hacía.

El mimo y afecto por su azor del menor de los infantes de Lara no era mayor que el que mi madre le tenía al suyo. Y aún era más grande hacia él el aprecio que mi abuelo Hugo le profesaba, pues este tenía al ave como la mejor para la cacería. Desde luego entre los bosques, en rasantes a flor de tierra, en quiebros y en virajes, no lo había ni más fino ni más fiero. Aquella misma tarde lo había demostrado Fernán de sobra.

A los tres meses de aquello fue la boda, muy celebrada, y a los cuatro mis padres partieron hacia Medinaceli, donde ya fui yo a nacer. Me agrada pensar que fui concebido en aquella ribera del Duero, y no me agrada menos la ilustre villa de mi nacimiento, a donde Hugo, mi abuelo halconero, se vino años después a vivir. En nuestra casa siempre hubo una sala con alcándaras de pared a pared y nunca estuvieron vacías mientras él y mi madre vivieron. Hasta los lisiados en algún percance tuvieron posadero y comida hasta que la muerte les llegó.

No pocas veces he pensado yo, aunque no sea muy propio de un fraile y aún menos de un abad, que una prima, un torzuelo o un azor ya mudado me hubiera mucho gustado llevar al puño y echarlo a volar hacia el cielo y que ello no es pecado sino gozo que nos ofrece el Creador.

[35] La fortaleza califal, que ha llegado a nuestros días, data del año 965. Galib casó a su hija con Almanzor, y aupó a este hasta que, enfrentados por el mando, Almanzor lo asesinó.

[36] Se da la fecha de 1059, aunque sufrió algún ataque o hasta puede que alguna breve reocupación musulmana posterior.

[37] La vara castellana equivale a 83,6 cm y el pie a 27,9 cm. La fortaleza fue en época medieval la más grande de toda Europa.

29

Las juglaresas de la reina Berenguela

Mi padre paraba más por Medinaceli y aquella zona de Castilla en los meses fríos. Era cuando empezaba la primavera, cuando solía partir, y difícilmente se le veía asomar por allí en los de estiaje. Fue así siempre su vida y madre lo comprendió desde antes de convertirse en su mujer. A mí me criaron ella y mi abuelo Hugo, pero desde que tuve uso de razón y hasta antes de tenerlo, si algo ansiaba era verlo aparecer. Era aquel el momento más feliz del año, y aquellos días primeros en que mi padre estaba de regreso era un festín de todo, de risas, de besos, de ver qué me traía y qué me iba espaciando, una cosa ahora, otra mañana, otra cuando me portaba bien. Pero, sobre todo, de contar por dónde había estado, qué ciudades había visitado, con quién se había encontrado y si había visto batallas o bodas, si había estado en la corte cerca de grandes señores y si había besado la mano al rey.

En aquellas idas y venidas ya no iba solo, pues desde el encuentro en Gormaz el moro Alí procuraba no despegarse de él y siempre que lo invitaba acudía presuroso. De hecho, había acabado él también por trasladarse a Medinaceli con su larga prole. La suerte había cambiado para el mezquino tras conocer al cristiano: su protección le valió para lograr comprarse un buen rabel y dejar el que tenía, bastante desvencijado, y después de una primera gira juntos pudo además añadir un laúd. Recuerdo de niño aquella amistad, pues en aquellos años se fraguó su relación, que se extendía a las familias, aunque cada uno en su lugar.

Mi padre añadió a sus lenguas el árabe, y una vez que los oí disputar por alguna cosa relativa a la cadencia y versos de una jarcha, mi padre hablaba en castellano y el otro le replicaba en la lengua mora o no sé si al revés. Era cosa de ver la estampa de ambos cabalgando en collera, en animada conversación, padre montado en la torda árabe y el mezquino en la negra más pausada y vieja; para caballo no le daba la industria y mi padre se la prestaba para los viajes, aunque la cebada la pagaban a medias, como igualmente se repartían los beneficios, si

los había, de sus faenas. Más ganaba el cristiano, que era quien abría las puertas, pero le venía muy bien un compañero de camino curtido en sobrevivir, alegre de poderlo hacer y agradecido de poder caminar y cantar con él. No todos veían aquello natural, pero no era infrecuente entre los juglares, al fin y al cabo, gentes de mal vivir.

De sus correrías, supongo que a madre y al abuelo Hugo padre les daba cuentas bien diferentes de las que me daba a mí, pero cuando fui siendo un poco mayor comencé yo también a enterarme de que padre era algo más que un juglar, aunque lo era y de buena fama, y que no le cerraban puerta de castillo ni de palacio a la que fuera a llamar. No sería, sin embargo, hasta que rompí a viajar con él ya de mozo cuando alcancé a vislumbrar algunos otros negocios que se traía entre manos de los que ni siquiera madre ni el abuelo Hugo tuvieron una cabal idea y que eran el motivo de tener que encontrarse en ciertos lugares y en determinados momentos.

Supe después por sus escritos y anotaciones sueltas y atando algunos cabos por mi cuenta, además, que en aquellos primeros años de vida míos es cuando trabó relación con la casa de Lara, algo que en el futuro sería decisivo para mí.

El nuevo cabeza de la familia, don Manrique Pérez de Lara, había ido llenando el vacío que la presión del Batallador había forzado, y ahora sus intereses, propiedades y poder no dejaban de crecer en ninguno de los dos grandes concejos de Villa y Tierra de la región, el de Atienza y el de Medinaceli. Además el abandono de los aragoneses de territorios que antes les habían pertenecido y habían dejado despoblados, como Molina de Aragón, le ofreció una oportunidad que no desaprovechó.

Don Manrique era el hijo mayor del rebelde Pedro, el muerto en Bayona por el Jordán, pero él había sabido ponerse muy pronto de parte del rey, y a poco de morir su padre, y como cabeza de su linaje, ya estaba en su mayor cercanía, y a nada le fue concedida la tenencia de Ávila. Los Lara, hicieran lo que hiciesen, siempre serían los Lara, y al año siguiente don Manrique había sido nombrado ya alférez real, lo que le daba preeminencia sobre todos los grandes señores del reino.

En el año que mi padre llegó a Medinaceli, el Lara había solicitado que se le otorgara el enorme señorío de Molina e iniciar su repoblación, que el rey le concedió. No tardaría en convertirlo en uno de los grandes feudos que por largo tiempo quedó unido a su familia.

Fue precisamente a Molina el primer viaje de mi padre y el objeto de la primera y larga carta que desde Medinaceli, tras una más sucinta

anterior desde Gormaz dándole cuenta de todo lo acaecido desde su llegada, además de su matrimonio y residencia allí, hizo llegar a doña Sancha. En ella le daba detalle de su paso por Castrojeriz, Belorado, Santo Domingo de la Calzada, Nájera y Soria y la situación en que él entendía que se encontraba la región.

En Molina se dio a conocer al poderoso magnate don Manrique de Lara, que algo debía saber de su relación con doña Sancha y le trató con deferencia. De si tenía conocimiento de su amistad con el Jordán no se habló, el conde nada dijo y el juglar selló su boca aún más. La relación quedó establecida y un algo más. El jefe de los Lara, sabedor de sus andanzas por tantos sitios y sus cercanías con la corte, así como de su estancia en Toledo, quiso saber sobre quienes ya veía perfilarse como sus grandes rivales: los Castro.

Porque su contraparte era Gutierre Fernández de Castro, el mayor de la otra casa, que siempre había estado al lado del rey y se había opuesto desde el primer momento a las relaciones y privanza de la reina Urraca con su padre, don Pedro González de Lara. Don Gutierre contaba con el apoyo de su hermano, Rodrigo Fernández de Castro, ahora actual alcaide de Toledo, cargo en el que había sustituido precisamente a un Lara, a su tío, que había partido hacia Tierra Santa, enfadado de nuevo con el rey. Ni don Manrique ni los Lara tampoco podían además quejarse, pues el monarca le había dado a él mismo el ansiado y prominente cargo de alférez real que antes había tenido el Castro, ahora alcalde toledano. Un toma y daca, vamos.

Pero don Manrique respiraba por sus heridas pasadas y presentes, y mi padre detectó que la puja entre ambas familias no iba a hacer sino crecer y enconarse. De ello y más tarde dio cuenta a doña Sancha también.

El acontecimiento más importante de todos aquellos años y el que más sensación causó, por encima de las muchas algaras y arrancadas fronterizas, una buenas y otras malas, como las de don Munio Alfonso, el adalid de Mora, que un año les cortó la cabeza a dos gobernadores moros, al de Córdoba y al de Sevilla, y al siguiente un moro se la cortó a él, fue el largo cerco y toma final del castillo de Oreja, en Toledo, pues vino a restablecer en buena medida las fronteras vulneradas por los almorávides después de lo de Uclés.

Aquello acaeció el mismo año que yo nací, pero por mi padre sé que en ello no hubo solo el cerco de las mesnadas castellanas y las hazañas de sus caballeros, sino que también allí tuvo lugar la gesta de una reina y su corte de juglaresas que puso en fuga avergonzado a un

emir.[38]

Padre había ido solo en aquella ocasión, pues no era la mejor entrada para aparecer por el campamento cristiano el ir acompañado por un musulmán, y era la petición del relato de aquello la que más gustosamente atendía, o que sin que mediara petición se arrancaba con ella. Por mi lado he de decir que luego yo hacía lo mismo también, pues no había relato mejor y que más agradara a doncellas, barraganas, dueñas, condesas y reinas, y por supuesto a mozas plebeyas y de toda condición. Pero encima de todas a juglaresas de todo porte y condición, desde trotadoras,[39] soldaderas y bailarinas a tañedoras de arpa, cítara o salterio, porque a todas enaltecía.

Desde luego el suceso nos franqueó muchas puertas, nos proporcionó mucho buen paño y hasta abrió el cerrojo de alguna estancia que no se hubiera debido abrir. No sé si a padre, que desde que casó de aquellas cosas, si las hubo, se las callaba y más a mí. Pero por mi parte me confieso pecador y en mi descargo diré, hechas ya las penitencias y dejada atrás la lujuria, por el remordimiento, pero también y sin remedio por la edad, que era comenzar aquel decir y las damas no tener ya ojos y oídos sino para el juglar.

Al sitio de Oreja, que dio comienzo en abril,[40] convocó el rey Alfonso a cuantas tropas de todos los confines de sus reinos pudieran acudir. Él mismo se puso al frente, pues quería acabar de una vez por todas con aquella penosa situación. Desde la fortaleza de Oreja, las tropas almorávides y las andalusíes[41] habían causado continuos y cuantiosos males a los cristianos, sirviendo como base, paso del Tajo y origen de razias contra todas las poblaciones ribereñas cristianas, a las que se llevaba decenios destrozando cosechas, asaltando burgos y llevándose innumerables esclavos. Fueron muchos los grandes magnates y renombrados linajes que estuvieron presentes, pero el rey, por cercanía territorial, pues don Rodrigo era el alcaide toledano, puso junto a sí en el mando a los dos Castro, que los elevaba un poco, pero muy importante escalón, sobre los demás.

Tras un ejército y en un campamento así eran muchos millares de almas y oficios quienes, además de los hombres de armas, se daban cita allí. No faltaron los juglares y por muchas razones no quiso dejar de hacerlo tampoco mi padre. Pudo tener acceso a la cercanía del rey y este, al reconocerle, le hizo llamar y recogió su mayordomo las misivas que traía para su hermana doña Sancha. También le hizo explicarse con brevedad sobre sus andanzas e impresiones de la frontera, alegrándose de saber que las repoblaciones y los fueros atraían a las gentes y consolidaban las presencias cristianas tanto o

más que las propias y necesarias fortalezas.

El cerco era recio y se habían dispuesto abundantes máquinas de asedio, pero el castillo estaba muy bien defendido, mejor pertrechado y con tropas muy combativas, dirigidas además por un poderoso adalid que había sido el azote y dado muerte a muchos importantes caballeros cristianos. Pasaron los meses, no se hacía mella en las defensas y llegaron inquietantes noticias. Un ejército salido desde Córdoba se dirigía hacia allá para socorrer a los sitiados, y venían con ellos el jefe almorávide Avengania y diferentes gobernadores andalusíes, pero también un ejército enviado por el califa recién elegido en Marrakech, Tasfim.

Los exploradores cristianos y algunos informadores moros notificaron al rey sus intenciones. Solo una parte de las tropas iba a seguir, con Avengania, hasta Oreja, y el grueso se dirigiría a Toledo, buscando que Alfonso acudiera hacia allá. Entonces el jefe almorávide volvería a hacer lo de Fraga, atacar el debilitado campamento y destrozarlo. Tras ello irían a unirse a los otros y acabarían con el rey cristiano.

Pero Alfonso no cayó en la trampa. Envió un destacamento y algún pequeño refuerzo de arqueros hacia Toledo, amén de algunas gentes que estarían mejor tras las murallas que frente a las de Oreja y la expedición que venía al rescate de los moros, y se aprestó para defender con todo lo que tenía, que eran muchas mesnadas y muy poderosa caballería, sus posiciones y el campamento que había procurado fortificar.

Entre quienes partieron a Toledo estuvo mi padre, que así pudo vivir y contar lo que allí acaeció.

Llegado el ejército musulmán ante los muros de la ciudad, encontraron a esta muy bien guardada, con caballeros, ballesteros, peones que guarecían almenas, torres y puertas. Intentaron atacar las torres frente a San Servando y no pudieron ni siquiera tomar la primera y atravesar el Tajo. Redoblaron al siguiente día el ataque y tan solo consiguieron sufrir muchas bajas. Y aquella tarde la reina Berenguela, la emperatriz, hizo que en el más alto lugar de la más alta torre del alcázar, frente al cual los generales moros tenían posadas sus tiendas y desde donde daban los asaltos, se colocara un trono. En él se fue a sentar, con sus mejores galas, al tiempo que les hacía llegar a los atacantes una misiva que los llenó de vergüenza:

¡Venís contra mí, una mujer! No ganáis honra, sino que os cubrís de deshonor. Si queréis luchar como hombres y contra hombres, id a Oreja, donde se encuentra mi marido el rey Alfonso. Allí os está esperando con sus armas y sus mesnadas dispuestas.

Miraban los jefes moros a la torre del alcázar y oyeron que desde allí llegaba una música que hizo que las tropas que atacaban comenzaran a mirar asombrados hacia aquel lugar de donde salía. Entonces contemplaron que flanqueando a la reina había un gran número de mujeres, también de muy buenas ropas vestidas y con mucho colorido en sus trajes y tocados, que cantaban acompañándose de tímpanos, cítaras, címbalos, salterios y otros muchos instrumentos más. El ruido de la batalla fue decayendo y al final cesó sustituido por el sonar de tantos instrumentos acompañando al coro de voces femeninas, que se elevaba por encima del latido de la guerra y se unía al rumor del agua del río al pasar.

Según siguió relatando mi padre, ya no hubo más ataques ni intentos de asalto, que en cualquier caso habrían resultado muy costosos e inútiles al encontrarse la ciudad muy fuertemente defendida. La expedición musulmana no venía con el mínimo instrumental necesario para poder combatir aquellos muros y su intento de atraer allí a Alfonso había resultado un fracaso. Las provisiones para hombres y bestias al poco comenzaron a escasearles, y el ejército llegado a Toledo optó por retroceder hacia Calatrava. Avengania, viéndose solo y contra una fuerza muy superior, desistió de atacar el campamento y optó por la retirada también. Alfonso siguió apretando el cerco a Oreja y logró al fin cortar todo suministro de agua, aun teniendo los moros tan cerca el Tajo.

La sed acabó por hacerles pedir el amán y demandar al rey cristiano, y según la costumbre, el poder enviar mensajeros a los suyos por todo Al-Ándalus y al otro lado del mar para saber si iban a acudir a socorrerlos:

—Concédenos una tregua de un mes, y si no hubiera quien nos defienda, saldremos ante ti y te entregaremos el castillo, pero nos dejarás marchar en paz con todas nuestras pertenencias hasta Calatrava, ciudad nuestra.

Aceptó Alfonso, mas impuso condiciones:

—Me daréis quince rehenes entre los más nobles de todos los vuestros,

a excepción de vuestro adalid. Y si al mes no encontráis quien os defienda, me devolveréis el castillo, pero quedarán en él las ballestas, todas las armas y todos los bienes comunes excepto los personales, que podríais llevar con vosotros. Además, los cristianos cautivos que están en vuestra fortaleza se alimentarán ya de mi mesa por medio de mis servidores.

Aceptó el alcaide moro, de nombre Alí, y entregó los rehenes, que fueron llevados a Toledo.

Sus emisarios llegaron hasta el califa Tasfim, en Marrakech, pero este cada vez más acosado allí prefirió guardar sus tropas para sí y los gobernadores en Al-Ándalus bastante tenían con sofocar sus propias rebeliones como para acudir a salvar castillos ajenos.

Al cabo de un mes, cumplido el plazo, sin posibilidad de ayuda, Alí entregó la fortaleza según lo convenido. Entraron en Oreja los cristianos e izaron los estandartes reales sobre la torre más alta. Los vencidos, tan solo con sus objetos personales, y entregados definitivamente todos los cautivos cristianos, hubieron de esperar en el campamento algunos días hasta la llegada de los rehenes que les fueron entregados y ya se les dejó coger el camino hacia Calatrava. El rey Alfonso ordenó a Rodrigo Fernández de Lara que con una pequeña hueste los escoltara, pues las gentes de las milicias concejiles toledanas querían matarlos a todos.

Era ya octubre, habían pasado siete meses desde el inicio del asedio, pero ahora toda aquella frontera del Tajo volvía a estar en manos cristianas al uno y al otro lado del río. Dos años después y tras otro cerco y otro amán similar al de Oreja, el rey tomaría también Coria y ocuparía todo su alfoz.

El Imperio almorávide, que había sembrado el terror en los reinos cristianos, se desangraba y las rebeliones contra los africanos se sucedían por todo Al-Ándalus. Parecía llegado ahora el momento de Zafadola. Y llegó, en efecto, y pareció tomar la senda prevista, pero los designios de Alá, aunque están escritos, son inescrutables.

[38] Infructuoso cerco de Toledo por los almorávides y reconquista de Oreja y el paso del Tajo por Alfonso VII.

[39] Quizá en el hecho de que a estas primeras se las llamara también «ligeras de pies» no esté en la ofensiva y degradante expresión empleada después y durante muchos siglos para referirse

insultantemente a una mujer.

[40] 1139.

[41] Los cronistas cristianos de la época utilizaban los nombres bíblicos de moabitas, los africanos, y agarenos, los hispanos musulmanes, para referirse a ellos.

30

La peregrinación del moro Alí

Alí, el juglar mezquino de Gormaz, hombre de natural alegre, conformado con su suerte y cumplidor de los preceptos de Alá, aunque se saltara alguno como el vino y, en ocasiones, la oración, si el momento y la compañía no eran las más adecuadas, no fue en su vida en peregrinación a la Meca, pero hasta la tumba del apóstol Santiago en Compostela sí llegó. Fue aquel su más largo viaje y del que siempre contó y cantó grandes maravillas de todo lo que había visto. Y de nada estuvo más agradecido a Álvar que de haberlo llevado con él.

Al burgalés le llegó a Medinaceli una misiva de su amigo y protector Alfonso Jordán, demandándole acudir a su encuentro en la ciudad de Pamplona para desde allí hacer juntos el camino hacia Santiago, pues él anhelaba volver, para pedir a través del santo perdón e indulgencia por sus faltas.

Había tenido varios percances, entre ellos el haber pretendido quedarse para sí Narbona, que tenía como albacea de una joven huérfana, Ermengarda de Narbona, cuyo padre había perecido en la derrota de Fraga junto al Batallador, en un mal empeño y similar al que pretendieron hacer en su niñez contra él y había sufrido el castigo divino por ello. Fue derrotado y preso, pues a quien pretendía expoliar fue apoyada por el conde de Barcelona, que era su primo.

Luego, Ermesinda, hermanastra de Ermengarda, acabaría casando con don Manrique de Lara, y entonces Álvar ya no tuvo más remedio a su vuelta que contar su relación con el tolosano Jordán. La condesa Ermesinda no le dio mayor importancia, pues se alegraba mucho de recibir en la fría y áspera Molina de Aragón las visitas del juglar para conversar en su lengua occitana con él, recordar las suaves dulzuras de su tierra y cantar con sus damas las canciones más hermosas de los trovadores de su solar natal.

Fue aquello algún tiempo después, y menos recordado, además, porque lo acaecido en aquel viaje a Santiago en que se acompañó de

Alí tuvo mucho que contar, y durante él pudieron asistir a muy importantes hechos que hacen que ahora, cuando yo lo cuento, los reinos cristianos sean como son y no como pudieron ser.

El rey Alfonso no había tenido otro remedio que ir a la guerra contra su primo portugués, Alfonso Enríquez. De nada habían valido sus esfuerzos y las treguas y tampoco iba a acabar por valer la fuerza de las armas, aunque en ella llevara ventaja el leonés. Vencía y establecían acuerdos, pero a nada volvía la rebelión y el rey portugués contaba con todo el apoyo de sus vasallos, que aspiraban a lo mismo que él, dejar cualquier dependencia para con el Emperador. Y no solo eso, sino que quienes entraban en conflicto en sus propios reinos con él encontraban de inmediato protección en el portugués y establecían alianzas para hacerle juntos la guerra.

Exactamente era eso lo que estaba sucediendo cuando Álvar y Alí llegaron hasta Pamplona para aguardar allí al Jordán. El rey García de Navarra había vuelto a hacer tratos con el Enríquez y tan solo días atrás había trabado con éxito combate con tropas catalanas y aragonesas, aliadas del Emperador, a las que había vencido y puesto en fuga.

Estaban recogiendo los despojos de la batalla ganada cuando, de improviso, apareció con una hueste que creyeron mayor el propio Alfonso VII. Al ver sus estandartes echaron a huir los navarros, llegándose hasta Pamplona para refugiarse allí y dejando el campo y el botín al leonés, que, tras perseguirlos hasta las murallas de la ciudad, marchó a Nájera, que ya era ciudad y tierra suya, y allí había celebrado su triunfo.

Corría el mes de abril y, tras ello, el rey había partido hacia Castilla, pero dando orden de que para mediados de mayo se congregaran todas sus huestes y de todos sus reinos de nuevo allí en Nájera, donde estaba el panteón de los viejos reyes navarros, ancestros de ambos, para marchar contra el rey García por haberse revuelto contra él y por segunda vez.

La congoja se había apoderado al saberlo de toda aquella tierra y los propios consejeros de García le imploraban que hiciera lo que fuera menester para librarse de la guerra con el Emperador y sus muchas mayores fuerzas que las que ellos podían oponer.

Todo ello fue lo primero que, tras dos días de espera, le contó Álvar a su amigo el conde. Su imprevista llegada también había llegado rauda a los oídos del rey García nada más ver aparecer su comitiva. La

nueva fue recibida con gran alborozo, tanto por el monarca como por los que estaban a su lado. Vieron en ello su tabla de salvación y le mandaron presurosos emisarios para que acudiera a reunirse con él. Se lo toparon a las puertas de palacio, pues el Jordán ya estaba, por su cuenta y voluntad, dirigiéndose hacia allí.

No tardó en convencerlos, bien convencidos estaban ya, de que era preciso firmar una paz, y esta duradera y de por vida, con el Emperador. Convenido todo, el conde, acompañado de varios nobles navarros, los más próximos a su rey, además de Álvar y Alí, partieron en busca de Alfonso, a quien hallaron en Burgos, y allí el Jordán, a quien tanta estima profesaba, ablandó su corazón y le predispuso para el perdón y la paz. El conde, para sellarla, propuso a su primo una boda. Y la novia propuesta hizo sonreír a su padre, el rey. Y a su hermana doña Sancha, que estaba a su lado, aún más, pues era ella quien la había criado.

Tenía ya para entonces el rey Alfonso cuatro hijos habidos con la reina Berenguela, dos varones, el primogénito, Sancho, que contaba diez años, Fernando, a punto de cumplir los siete, y dos niñas en medio, Constanza, con ocho largos, y Sancha al borde de cumplirlos.[42] Pero no era ninguna de ellas la propuesta para la boda y atar con el enlace, todo lo que se pudiera atar, la alianza entre los reyes y sus reinos.

El rey Alfonso tenía una hija mayor, Urraca, entonces para cumplir los doce años, habida antes que el primogénito, pero fuera del matrimonio, en tierras asturianas de Tineo, de una noble y muy hermosa dama de la que todos decían bondades llamada Gontrodo Pérez, que fue el gran amor de Alfonso en su juventud. Nada más nacer, por decisión del padre y para criarla como una infanta real, la separó de la madre y la entregó al cuidado de su hermana doña Sancha, la infanta célibe, que fue quien la educó y a la que trató siempre como si fuera hija de su propio vientre. Ella fue la primera no solo en aceptar la propuesta, sino en alborozarse por ella: la bastarda dejaría de ser postergada al convertirse en reina. El Emperador encontró también muy en razón el consejo de su primo y este lo expuso a los navarros, que se lo trasladaron a su rey, quien no dudó en aceptar. Las nupcias quedaron fijadas para el 24 de junio en la ciudad de León.[43]

Resuelto aquello y habiendo plazo para regresar a tiempo, Álvar y Alí prosiguieron con Alfonso Jordán la peregrinación a Santiago desde la capital castellana, acompañando a la comitiva real que se dirigía primero hacia Sahagún. Al llegar en la primera jornada a Castrojeriz, el juglar se asombró del cambio experimentado por la población, que

había crecido mucho desde la vez que él había pasado por allí. La calle de tránsito de los peregrinos pasaba ya de las dos mil varas de longitud y estaba llena de puestos con vituallas, posadas y todo tipo de establecimientos, hasta los que no tenían nada de piadosos, pero donde hay gentío todos los vicios de los hombres se dejan notar. No faltaban juglares, pero Álvar no reconoció a ninguno. Ya se lo había dicho en sus años más mozos un viejo cazurro: «Para el juglar y la ramera no hay mal peor que la vejez».

Llegados a Sahagún, ellos tan solo pernoctaron una noche allí y partieron de mañana al siguiente día, pues el rey tenía previsto quedarse durante algún tiempo en el muy nombrado y bien trabajado por sus monjes y no cientos, sino miles, de siervos, en sus diferentes propiedades, monasterio de San Benito, donde el rey, al igual que su madre y su abuelo, Alfonso VI de León, solía pasar largas temporadas. Este, el conquistador de Toledo, había dispuesto que, tras su muerte en la ciudad del Tajo, fueran al monasterio trasladados sus restos y estaba enterrado allí.

El Emperador quería aprovechar su estancia ahora para resolver diversos asuntos con el abad. El riquísimo monasterio, no lo había igual en propiedades y rentas, había sido, desde que el monarca no era mucho más que un mozalbete, su gran valedor económico. Y lo seguía siendo, pues en muchas ocasiones adelantaba los dineros para iniciar las expediciones reales, sobre todo si estas se dirigían a territorio musulmán. A la vuelta de ellas, el rey se lo pagaba con creces con el botín obtenido, cautivos y nuevas concesiones de villas y privilegios.

Cuando por su parte los occitanos llegaron a León, echaron cuentas de que les restaban por hacer unas setenta leguas a Compostela, y que en siete o a lo sumo nueve días podían estar ante el sepulcro del apóstol si no se demoraban en las paradas del camino. Lo hicieron un poco al pasar por Astorga, la vieja Asturica, en la que el Jordán gustaba mucho detenerse, pero a partir de allí apretaron el paso y yendo a caballo y con bestias de refresco pudieron llegar en el tiempo previsto.

Según iban acercándose a Santiago cada vez encontraban más gentes en el camino. Y algunas no parecían precisamente peregrinos. Había quienes vivían honradamente de proveerlos, pero los había también que habían hecho de saquearlos su oficio. Unos con trampas y otros aún peor, con violencia y robos. Al poderoso grupo del conde, donde eran visibles las armas, nadie osaba acercarse con tales intenciones, aunque sí todos los limosneros con quienes cruzaban.

—Haría bien el rey en comenzar a velar por la seguridad en el camino,

son necesarios hospitales y refugios, y de ellos se van levantando algunos, pero sería también conveniente que hubiera hombres de armas que velaran por la seguridad de los peregrinos. Es algo que quisiera someter a la consideración de mi primo. Hazlo tú, Álvar, por tu parte ante doña Sancha, que será de seguro muy proclive a apoyarlo y quien mejor pueda interceder por ellos.[44]

De hecho, en dos ocasiones hubieron de amparar ellos mismos a peregrinos asaltados. El primero era un hombre que venía desde Barcelona y al que habían apaleado para robarle todo cuanto llevaba y dejado malherido. El catalán se dolía mucho de los golpes, pero aún más de lo perdido. Los otros fueron una familia de cierto rango de la Provenza, de las tierras que no pertenecían al Jordán, sino que estaban bajo el dominio de Ramón Berenguer. En su caso habían sido sus propios sirvientes, a los que habían contratado para atenderlos, los que una noche habían desaparecido llevándose todo lo que pudieron con ellos, incluidas sus monturas. Jordán los auxilió y el noble provenzal juró el devolver lo prestado cuando volviera a su territorio, tras reconocer sinceramente ante el conde su mayor gratitud, y eso que en el conflicto surgido por la delimitación de dominios con el de Tolosa él era uno de los que habían luchado contra él.

El moro Alí era quien más se asombraba de todo, pero de más que nada, y desde que habían llegado a tierras gallegas, del intenso verdor de todos aquellos campos. Aquello le fascinaba, pero no tardó en comenzar a quejarse de las continuas lluvias y las nieblas.

—Es muy hermoso, como el paraíso de Alá, pero espero que a ese le haya puesto más sol. Amo el agua y las fuentes, pero estas las prefiero ver brotar desde la tierra y que no caigan sobre mí de continuo desde el cielo.

Álvar no olvidaría nunca el momento en que divisaron desde lo alto de un monte la ciudad de Compostela ni cuando se postró ante la tumba del apóstol. El Camino, me llegó a decir al contarme aquel viaje, lo marcó con su huella, aunque no fue consciente de ello sino al volver. Lo había recorrido con una extraordinaria atención a todo cuanto le ofrecía, fueran los lugares, fueran las historias que de cada cual se contaba o fueran sobre todo las conversaciones con las gentes con quienes coincidían, de tantos sitios y lenguas diferentes, pero todos con un extraño y mismo impulso.

Fue aquello, intangible y hondo, lo que se le quedó dentro, lo que nunca pudo olvidar. Hasta casi el fin de sus días padre me decía que deseaba volver, pero ese segundo camino nunca lo emprendió y la

muerte le alcanzó antes de que se volviera a poner en ruta. Cuando madre murió, me prometió hacerlo juntos, pero siempre surgió algo que se lo impidió, un conflicto, una guerra o un reclamo de urgencia al que no pudo dejar de acudir, y antes de iniciarlo le llegó a él su final. Quizá a mí me hubiera valido aquella peregrinación con él para no cometer después los grandes yerros que luego cometí.

Al conde de Tolosa, tras haber llegado al camarín donde se halla el sepulcro del mayor de los «hijos del trueno» y serle permitido ascender al lugar donde pudo abrazar al santo, oyendo misa después, se le notó presa de una muy particular emoción. Acabada la ceremonia, le confesó a Álvar la razón:

—Mi gran enemigo Guillermo de Aquitania, hijo del Trovador y padre de Leonor, actual mujer del rey de Francia, que me odia aún más que él, pereció en este mismo lugar en plena misa. Cayó fulminado por un repentino mal, que pudo ser de natural o por mano humana que con algún veneno se lo provocó. Me ha venido todo ello a la cabeza y he rogado al apóstol su protección.

El Jordán llevaba algunos días preocupado. Al llegar a Palas de Rey los había alcanzado un emisario con nuevas de Tolosa. Buenas no debían de ser, pero don Anfós no quiso compartirlas con Álvar. La vuelta se hizo con prisas y no se quedó a la boda. Era obvio que muy serios asuntos le reclamaban en su propio feudo y hubo de partir raudo para allí.

Álvar y Alí sí acudieron, no se la hubieran perdido por nada en el mundo, y de aquella boda el juglar moro no dejaría nunca de repetir que jamás había visto tal cosa ni la volvería a ver.

Álvar pensaba que mucho más fastuosas sí las había y alguna de gran boato había visto en Toulouse, pero lo que pudo contemplar en León no tenía parangón. Fue obra de doña Sancha, para enaltecer a su ahijada, que de tan niña inspiraba enorme ternura, pero cuya seriedad y compostura dejaban a muchos perplejos. Aunque era evidente que aún pasarían algunos años antes de que pudiera concebir, quiso la infanta hacer ver que era aquel un matrimonio de rango real, que Urraca era una hija querida y como tal considerada del rey y que igual que sus demás hijos debía ser tratada.

Siguiendo el consejo de su hermana, el Emperador había ordenado a todos los magnates del reino que junto a sus nobles caballerías vinieran preparados y engalanados para las nupcias. Agradó a muchos la invitación, pero de manera especial a los asturianos y ya muy en

particular a los de Tineo, pues de allí eran su madre Gontrodo y su abuelo don Pedro, y rivalizaron en todo por ser los más preparados y quienes mejor enjaezados traían sus caballos para la ocasión.

A la cita en la catedral llegó el Emperador con la reina Berenguela y la más nutrida representación de los magnates de León y de Castilla. Lo siguió luego el rey García, también acompañado de no pequeña muchedumbre de sus caballeros y engalanado como correspondía a un rey prometido en matrimonio. Por último y entrando en León por la puerta Cauriense,[45] acompañada de la infanta doña Sancha, reina de título también y serenísima hermana del Emperador, llegó la novia, doña Urraca, rodeada de caballeros, clérigos y muchas doncellas de las más nobles estirpes, vestida para su boda con los colores azules de su Asturias natal.[46]

La ceremonia fue muy vistosa, pero lo que consiguió que todos los presentes y oyentes se hicieran cruces fue lo que doña Sancha había preparado a continuación.

Esta había dispuesto que el tálamo nupcial estuviera en los palacios reales, situados en San Pelayo. Se congregó en los alrededores, Álvar sí llegó en esta ocasión a reconocer a algunos compañeros suyos de profesión, una enorme muchedumbre de bufones, juglares, juglaresas, mujeres y doncellas que cantaban todos acompañándose de órganos, flautas, cítaras, salterios y tanta clase de instrumentos que algunos, ni Álvar ni Alí, que se unieron a ellos por indicación de doña Sancha, habían visto jamás.

Por encima de todas las gentes que se congregaban allí y sentados en sendos tronos reales situados en lugar elevado ante las puertas del palacio, se encontraban contemplándolo todo el rey Alfonso y el rey García. Y en derredor suyo, obispos, abades, condes y nobles en asientos más bajos para poder seguir todos la fiesta que doña Sancha tenía preparada, tanto para nobles como para plebeyos.

En primer lugar, se había montado un palenque donde los caballeros pudieran demostrar su destreza arrojando sus lanzas sobre un recio tablado de madera que habían de intentar derribar.

Finalizado este, se soltaron enfurecidos toros, enrabietados aún más por el ladrido de perros que los acosaban, y a quienes, lanza en ristre, y probando su habilidad, coraje y destreza y el manejo de sus caballos, habían de dar muerte los contendientes. No faltó la sangre, ni de los toros ni la de algún desgraciado equino al que hubo que sacrificar.

Por último, y para la plebe, se preparó una diversión: se hizo soltar un gran puerco, un enorme verraco de muchas arrobas, y que fueran únicamente los ciegos quienes pudieran ir a él, matarlo y comer todos la carne. Y los ciegos, queriendo matar al marrano, en vez de acertarle al cochino se herían entre sí, provocando la gran risa de todos los presentes y un jolgorio que no cesó ni cuando al final consiguieron derribarlo y acabar con el animal.

El rey Alfonso dio a su hija y a su yerno grandes regalos de oro y plata y muchos caballos, y la infanta Sancha obsequió a su sobrina mulos y mulas y unos vasos de oro de mucho valor. El rey García retornó a Pamplona escoltado por caballeros castellanos a los que, llegado a su corte, agasajó con un gran banquete y muchos regalos también. Desde entonces y hasta su muerte permaneció leal al Emperador y le ayudó en cuanta campaña se le requirió. La madre de la nueva reina, doña Gontrodo, después de ver así engrandecida a su hija, como nunca había pensado ver, profesó como monja en la ciudad de Oviedo hasta que el Creador la llamó.

Pero de todo lo visto y escuchado, de todo lo vivido y disfrutado, el episodio de los ciegos y el cerdo, carne inmunda que jamás probó, fue lo que más impactó a Alí y lo que no dejó de contar nada más regresar a Medinaceli y a todo quien le quiso escuchar. Sobre todo, a los de su religión.

[42] Sancho sería rey de Castilla y se casaría poco después con la hija del rey García, Blanca de Navarra. Su hijo sería Alfonso VIII el de las Navas, Fernando fue rey de León y casado con la hija mayor de su sobrino, Alfonso VIII, Berenguela. Sería el padre de Fernando III el Santo, quien reunificaría de nuevo los reinos. Sancha se casó años después con el hijo del rey navarro, Sancho VI el Sabio, y Constanza con el rey Luis VII de Francia.

[43] La diferencia de edad era enorme y la edad de ella, una niña aún, no llegaba a los doce. El rey García tenía cuarenta y cuatro, había quedado viudo y tenía ya heredero, el futuro Sancho VI el Sabio. A pesar de su corta edad —no había alcanzado al casarse ni siquiera la edad núbil—, Urraca aún alcanzó a darle una hija al rey navarro antes de que este muriese en el año 1150, Sancha Garcés, que acabó por ser la esposa del II señor de Molina, Pedro Manrique de Lara, hijo mayor de don Manrique, que acaba de aparecer en escena. Él lo hará mucho más. Estas gentes se mezclaban entre ellas una barbaridad. Cuestión de poder, dinero y tierras, como hoy.

[44] El origen de la Orden de Santiago hay que buscarlo en esa misión en el reinado posterior a Alfonso VII, reinando su hijo Fernando II en León. Este encargo recayó en un grupo de trece caballeros, conocidos como los Fratres o Caballeros de Cáceres, todos de alto linaje, que tuvieron que abandonar esa ciudad al ser conquistada por los almohades. Eran comandados por Pedro Fernández de Castro «Potestad», que era descendiente de los reyes de Navarra, por línea paterna, y de los condes de Barcelona. Estos caballeros, arrepentidos de la vida licenciosa que hasta entonces habían llevado, decidieron formar una congregación para defender a los peregrinos que visitaban el sepulcro de Santiago apóstol. El rey castellano Alfonso VIII y su mujer Leonor de Plantagenet les entregaron el castillo de Uclés en el año 1174. La idea de proteger a los peregrinos no era nueva, sino que la habían ya puesto en marcha los canónigos regulares de San Agustín. Los trece caballeros decidieron asociarse a aquellos religiosos y se obligaron por voto solemne a guardar y defender aquellos caminos. Los canónigos, aceptando el ofrecimiento de los caballeros, convinieron en recibirlos en su orden, vivir con ellos en comunidad y ser sus capellanes para dirigirlos espiritualmente y administrarles los sacramentos. Fue entonces cuando los Freires de Cáceres cambiaron su nombre al de Freires de Santiago, dando ya nombre a la luego renombrada orden.

[45] Claudio Sánchez Albornoz, el máximo exponente de la historia medieval española, señala su ubicación exacta en su extraordinario libro Una ciudad de la España cristiana hace mil años. Estampas de la vida de León.

[46] Las novias medievales jamás podían vestir de blanco, considerado este el color de la muerte y de los sudarios.

31

El último de los Banu Hud

Cuando doña Ermesinda, la condesa occitana, se instaló en Molina con su pequeña camarilla de acompañantes, las visitas y estancias de mi padre se hicieron más frecuentes a los dominios de don Manrique, pues su esposa reclamaba de continuo que Álvar viniera a entretenerlas acompañado del musulmán y de algún otro juglar que resultó también del agrado de las damas. La dueña, al igual que sus damas, estaba encantada de que el apuesto castellano supiera trovas de su país y pudiera conversar con ellas en su lengua, amén de que era posible requebrar con él sin traspasar límites, pues conocía las reglas del juego de las francas y era capaz de entrar en el palenque de la lisonja, el galanteo y la seducción sin traspasar los límites no escritos ni declamados, pero de obligado cumplimiento hasta que la dama decidía ella romperlos. Si tal pasó en alguna ocasión, con padre quedará en su secreto y su pecado, pues a mí nunca me comentó nada.

Yo por aquel entonces pasaba ya mucho tiempo en el cercano monasterio de Santa María de Huerta con los monjes del Císter establecidos recientemente, pues mi progenitor estaba empeñado en que recibiera la educación debida, amén del latín cuanto pudieran enseñarme. He de reconocer que desaproveché bastante los esfuerzos y dineros, pero aun así todavía me valieron de algo tiempo después.

El Lara estaba haciendo trabajar esforzadamente a todos por levantar murallas, torres, casas y todo lo necesario para convertir a Molina en una ciudad con porte y rango que fuera un emblema de su linaje y que su ya bien conocido escudo con los dos calderos negros se identificara como el más señero de Castilla. Con permiso de los Castro… o sin él. Y a través de sus estancias en el castillo, Álvar estaba al tanto de todo cuanto acontecía y al conde le interesaba contarle, esto es, lo que estimaba más conveniente para que lo propalara, tanto en los reinos cristianos como en las tierras de los moros, cada vez más convulsas y revueltas.

—Los agarenos —así llamaba don Manrique a los hispanomusulmanes

para diferenciarlos de los últimos invasores africanos, los almorávides, a quienes tachaba de moabitas— han olido sangre. Saben que el Imperio de Marrakech se tambalea ante el acoso de los almohades, el anterior califa ha muerto y le ha sucedido su hijo Tasfim, que no es capaz de contenerlos, y en Al-Ándalus, quienes han sufrido su bota y su rigor, están afilando los cuchillos. Si Zafadola, el Banu Hud, sabe jugar sus cartas, puede hacerse con todo o con muy buena parte de ello, pero no sé yo si puede masticar todo lo que está mordiendo.

No se equivocaba en esto el Lara. No mucho después sus predicciones se hicieron realidad, pero también que la ambición y soberbia del Banu Hud acabaría mal para él.

Le contó a Álvar que las rebeliones contra los almorávides se habían extendido por doquier y que en la región de Mértola, incitados por un místico, habían dado muerte a todos los hombres del velo, que así se los conocía por ser esta una de las costumbres de los sanhaya, las poderosas tribus donde estaba su origen, a orillas del Níger. Toda la zona suroeste de la Península estaba en abierta rebelión y algo muy parecido había sucedido en Valencia, Murcia y Lérida. Zafadola alentaba las revueltas en Córdoba, Jaén, Andújar, Úbeda y Baeza, y en Sevilla, Granada, Almería y la misma Calatrava los almorávides eran también atacados.

Zafadola consiguió expulsar de Córdoba a su jefe más destacado y competente, Ibn Ganiya, Avengania para los cristianos, y colocar a sus afines al mando. Pero su posición no era firme y sus carencias como líder se hicieron notar muy pronto. El jefe de la revuelta en Mértola se conjuró con el prestigioso alcaide de Calatrava, Farax, y otros notables descontentos con el aliado del Emperador y maquinaron para asesinarlo. Zafadola descubrió el complot y yendo con sus tropas, entre las que había poderosas mesnadas cristianas, desde Córdoba hacia Calatrava, que era su plaza más importante e intermedia en el camino hacia Toledo, interpeló al alcaide descubriendo su doblez e intenciones:

—Sé que pretendes traicionarme y no te voy a dar ocasión de hacerlo —le espetó de improviso al tiempo que llamaba a los caballeros cristianos, y señalándolo les dijo—: Arrojaos sobre él y matadlo.

Lo hicieron y Farax fue degollado en el acto.

Aquello encrespó a muchos de los musulmanes contra el Banu Hud y buscaron con mayor empeño cómo acabar con su vida. Los cordobeses se volvieron contra él y alzaron al poder al sufí de Mértola. Zafadola

hubo de escapar hacia Jaén y, al encontrarse allí con creciente hostilidad, al igual que en Úbeda y Baeza, acudió entonces al rey Alfonso.

—El Emperador —relató el Lara a mi padre— nos envió a apoyarle a los condes Ponce de Cabrera, a Armengol de Urgel y a mí y nos ordenó: «Id y someted para mí y para el rey Zafadola a todos esos rebeldes de Jaén , Úbeda y Baeza y que vuestra espada no perdone a ninguno de ellos».

»Eso nos ordenó y eso hicimos. Entramos en aquel territorio y lo destruimos. Entonces acudieron los moros derrotados a Zafadola y le pidieron que los librara de nosotros y que entonces le servirían a él, y el hudí vino hacia nosotros con sus tropas y se llegó a nuestro campamento con la siguiente embajada: “Devolvedme los prisioneros y el botín que habéis capturado y yo iré con vosotros al Emperador y haré luego lo que él me mande”. Aquello mereció la réplica inmediata de nosotros tres: “Aléjese de nosotros tal propuesta. Tú enviaste mensajeros a nuestro rey pidiendo que nos enviara y destruyéramos a los rebeldes y su territorio. Y tal como pedías, y el Emperador nos ordenó, hemos hecho”.

Zafadola se irritó mucho ante la respuesta y nos amenazó: «Si no me entregáis los prisioneros y el botín, volveré a mis líneas y combatiré contra vosotros».

Don Manrique Pérez Lara relató a mi padre, orgulloso, cuál fue su respuesta:

—Le respondí yo mismo en nombre de los tres y le dije seco y con duro gesto: «Ahora es la ocasión y el momento». Él marchó donde los suyos, nos armamos nosotros, montamos en nuestros caballos y cargamos contra ellos. No tardaron en volver las espaldas y algunos de nuestros caballeros rodearon y apresaron a Zafadola. Lo traían hacia nuestras tiendas cuando se presentaron los «pardos», los duros caballeros villanos de la frontera que habían participado en la expedición con nosotros, y al reconocerlo, cerraron contra él y le dieron muerte.

Don Manrique de Lara sabía que al Emperador no iba a gustar en absoluto nada lo sucedido, como también ellos lo habían lamentado, y mandaron de inmediato emisarios a León a darle cumplida cuenta de lo que había pasado y no haber tenido intención ninguna de que Zafadola muriera. El Emperador se apenó mucho por ello y quiso expresar, además de su tristeza por la muerte de su vasallo, su

amistad, e hizo que se proclamara que nada había tenido que ver con ello, diciendo: «Estoy limpio de la sangre de mi amigo Zafadola».

Así pereció el último de los hudíes y así se malbarató la intención del rey Alfonso de un Al-Ándalus con un rey hispanomusulmán vasallo del emperador cristiano. Lo peor, además, no era aquello, sino lo que estaba hirviendo en África, que era una muy diferente cosa y no tardó en asomar como el verdadero peligro que no tardaría en acecharlos a todos.

En la siguiente visita a Molina, don Manrique aún trajo peores noticias.

—Los almohades han acabado con las huestes de Tasfim. Primero vencieron al jefe de sus ejércitos y a su mejor tropa, que resultó ser de cristianos al servicio del emir y el catalán Reverter su adalid, a quien han muerto. Tasfim hubo de salir entonces él en persona con los destacamentos que le quedaban a combatirlos. Fueron deshechos y él hubo de huir. Refugiado en un castillo, los zanatas lo rodearon y con el fuego del alquitrán lo incendiaron, quemándolo vivo. La noticia llegó ya hace semanas a nuestro rey y también la conocen los jefes almorávides y su cabeza Avengania. De hecho, Álvar, estamos preparando las tropas y partimos de inmediato contra ellos. Quisiera que me acompañaras esta vez. Será una gran campaña. Hemos de aprovechar su debilidad.

Álvar retornó a Medinaceli, se despidió de mí, de madre y de Hugo y no volvimos a verlo en meses. No llevó a Alí con él. A su vuelta le trajo a madre unos zarcillos cordobeses, al Hugo unas caperuzas de un cuero finísimo para sus azores y a mí un pequeño laúd apropiado para mi edad. Deseaba que comenzara a saber tañer instrumentos y me dijo que él mismo me enseñaría. Aquello me llenó de contento y padre cumplió en buena parte su promesa hasta que tuvo que volver a marcharse.

Antes le había dado tiempo a contarme lo inmensa y hermosa que era Córdoba, donde habían cercado al jefe almorávide Avengania hasta que este optó por rendirse y entregar la plaza, pero a condición de quedarse él mismo al mando, aunque ahora al servicio del Emperador. También me describió Calatrava, que los moros llaman Qal'at Rabah, y que mucho lloraron su pérdida. Era la más poderosa y estratégica ciudad entre Córdoba y Toledo, que vigila el paso del Guadiana. Por ello el rey había decidido entregarla a los caballeros templarios para

que la guardaran.

Todo sonreía al rey Alfonso, pero también llegó el aviso de que los primeros destacamentos almohades habían desembarcado en tierras del Algarve siendo muy bien recibidos por el místico de Mértola.

32

El romance de Almería

La hospitalidad generosa de don Manrique, las atenciones de la condesa, la cercanía de Molina y el poder de los Lara, pues tanto Medinaceli como Atienza, a pesar de su orgullo como los más grandes concejos de la Transierra, con cientos de pueblos bajo su autoridad y disponer de las más poderosas mesnadas concejiles, se encontraban en su área de influencia, hicieron que mi padre se olvidara cada vez más de León, de doña Sancha, y de Burgos y Vivar, que aún quedaban más atrás, y que su vida, y por tanto la nuestra, comenzara a girar alrededor de la poderosa familia.

El contacto con don Manrique se fue haciendo cada vez más frecuente y la cordialidad dio paso a lo más parecido a la amistad entre el conde y el juglar, que, aunque sin llegar al grado de confianza y hasta intimidad de la que había mantenido con el Jordán, sí se le asemejó en muchas cosas. El cabeza de los Lara valoraba en mucho la agilidad y finura de juicio de Álvar a la hora de discernir entre las apariencias y las verdaderas intenciones de los hombres.

—Por eso sueles llevarme ventaja en el juego —ambos se habían aficionado mucho al ajedrez—, pareciera que adivinaras la treta que pretendo y, conocedor de mis pasos, armas tú la emboscada —le decía riendo el magnate cuando padre le derribaba alguna de sus piezas más valiosas y caía un caballo.[47]

Las estancias en Molina se prolongaban cada vez más y los viajes deambulando por las ciudades con Alí fueron cada vez menos. El invierno lo seguía pasando en Medinaceli, pues era muy crudo en Molina, pero cuando estaba ya bien entrada la primavera y en el verano lo habitual era encontrarle en las tierras del señorío de don Manrique, que además gustaba de recorrer bajando desde el río Gallo, que atraviesa la propia ciudad, para aguas abajo llegar por sus imponentes desfiladeros a los aún más impresionantes del río Tajo.

Nos llevó en una ocasión a mi madre y a mí, y ascendidos a lo alto de

uno de aquellos sobrecogedores cantiles que se yergue justo por encima de una pequeña ermita excavada en la base de la roca que llaman de la Virgen de la Hoz, extasiada su vista ante la fragosidad, verdor y los inmensos bosques que se extendían a nuestros pies, mi madre exclamó: —No verán tus ojos, pero, por mucho que vean, tierra igual que cante al Dios de los cielos la hermosura de su creación.

No recuerdo, sin embargo, que mi madre nos acompañara nunca a los palacios molineses, ella no gustaba de salir de Medinaceli, aunque sí estuvo en más de una ocasión en las casas que allí tenía también el conde, las mejores de la villa y donde conoció a la condesa Ermesinda, con la que simpatizó. De hecho, tras saber lo de los halcones, quiso acompañarla para llevarlos a volar y cazar junto a los caballeros, lo que causó mucho placer en la occitana, que lo encontró de mucha y excitante emoción y repitió varias ocasiones más. Pero como solía ocurrirle, tras entusiasmarse con ello una temporada y llevarse incluso aves entrenadas por Lucía a su residencia molinesa, su interés decayó. Pero siempre, lo recuerdo bien, tuvo con madre mucha deferencia y le manifestó gran afecto. Por Molina, madre creo recordar que estuvo, además de cuando la jornada a la ermita de la Virgen de la Hoz, tan solo en una ocasión y fue precisamente para llevarle a la condesa una prima de peregrino de la que se había encaprichado.

Así pues, Álvar de manera paulatina fue acrecentando su cercanía a los Lara hasta que se entendió o sobreentendió que estaba a su servicio, y como tal, y gozando de la confianza de quien era cabeza de la casa, se le consideraba.

Don Manrique se aficionó a su compañía y a su aparentemente ligero consejo y ya quería llevarlo con él a todos lados. Y, por supuesto, a la guerra también. Fue por ello por lo que acabó tomando parte en la conquista, a orillas del Mediterráneo y tras atravesar todo el territorio musulmán, de la ciudad de Almería, cúspide de la gloria del Emperador.

Los almohades, tras utilizar la invitación del místico del Algarve, determinaron que, una vez conquistado todo el Imperio almohade, tras asaltar y quedarse en su capital Marrakech, su siguiente paso no podía ser otro sino apoderarse también de todo lo que los otros habían tenido, y en especial de Al-Ándalus, e imponer allí su doctrina. Su fundador y guía, el mahdi Utmar, había predicado que debían volver a la pureza del islam, y si había desviación, blasfemia y corrupción de la doctrina de Alá, en ningún sitio la había más que allí, que incluso había hecho caer en la decadencia y la perversión a los morabitos del velo.

Su primer objetivo fue Sevilla. En 1146, tras un masivo desembarco en Algeciras, propiciado por la defección del almirante almorávide Ibn Maymun, que se pasó a ellos, se apoderaron de Cádiz. Un ejército enviado por el califa Al Mumin y mandado por el general Barraz conquistó Jerez, Niebla, Silves, Beja, Badajoz y finalmente la capital hispalense. Pronto vieron tanto moros hispanos como cristianos lo que estaba por venir. Los almohades demostraron una potencia arrolladora en combate, y su sola presencia, sus compactas haces, su poderosa caballería, la ferocidad de sus guerreros y el atronar de sus tambores hacían temblar a sus enemigos. Pero era peor cuando conquistaban las ciudades. Mataron a todos los almorávides de cierto rango, a los cristianos mozárabes y la emprendieron también contra los hebreos, que habían vivido desde que llegó el poder del islam en paz y alianza con los musulmanes, asaltando la aljama judía y matándolos también además de quedarse con sus mujeres, casas y riquezas. Establecieron en Sevilla su capital y se dispusieron a extenderse por todo el Al-Ándalus, ahora dividido en taifas y donde aún tenían territorios los morabitos, encabezados por el pertinaz y astuto Avengania.

De ello estaba enterado el Emperador, que ya de antes tenía muy adelantado el plan de una conquista que a muchos parecía quimera: atacar en el extremo este del Mediterráneo, con lo que se asestaría un potente golpe a los moros, lo limpiaría de los piratas que tenían su nido allí y el reino de León y Castilla pondría pie en el Mediterráneo meridional, enfrente mismo de esa África de la que llegaban oleada tras oleada los invasores musulmanes.

El proyecto del que don Manrique, en la máxima confianza real, pues amén de haber sido teniente de Toledo y Madrid, Ávila y Medina, también había sido el artífice principal de la toma de Calatrava y ayudado en la rendición y vasallaje del almorávide Avengania, tenía cumplida cuenta, se había comenzado a fraguar el año anterior durante el cerco de Córdoba, con una visita de emisarios genoveses y pisanos, ambos con potentes flotas. Estos les propusieron el asalto a Almería y repartirse su control, dos partes para el Emperador y otra para los genoveses en plena propiedad y libre de todo impuesto o cargo alguno. Alfonso recibió con agrado la idea y firmaron acuerdo de llevarlo a cabo al siguiente año.

Mientras, el Emperador tenía que atar muchos cabos. Y los anudó bien. El paso por tierras musulmanas lo tenía franco merced al vasallaje comprometido por Avengania en la misma Córdoba. La participación del conde de Barcelona había quedado también acordada, pero Alfonso consiguió, tras propiciar un encuentro del rey García con el catalán, de continuo enemistados, que el navarro

también se uniera a la expedición. Ayudó asimismo al éxito que los ejércitos almohades de Barraz, el general que había tomado Sevilla, tenían otras preocupaciones; taifas que se les habían sometido los rechazaban ahora por sus imposiciones rigurosas, y en el propio solar africano se habían producido rebeliones de los almorávides, que no se daban aún por derrotados.

El papado también apoyó la idea y hasta el juglar Marcabrú reapareció en escena y compuso una trova especial para la ocasión intentado atraer también a caballeros del sur francés. No tuvo apenas éxito, y los que llegaron fue porque eran nobles cercanos al Emperador, al rey navarro o al rey de Aragón y conde de Barcelona que tenían vasallos y territorios al otro lado del Pirineo.

Sin embargo, la clave, ya que Alfonso VII carecía de barcos de guerra, algo a lo que no tardaría en comenzar a poner remedio, fue el apoyo de las flotas coaligadas: la genovesa, la más numerosa con sesenta galeras y otras ciento sesenta y tres naves menores, la pisana, la catalana y la occitana, que al mando de Guillermo de Montpellier se unió también a la expedición. Reunidas a finales de julio en Barcelona, ya estaban ante Almería en la primera quincena de agosto de 1147, a donde por tierra había llegado el Emperador, tras haberse reunido con sus mesnadas y las del rey de Navarra en Toledo a finales de mayo. En la bajada hacia el sur había ido conquistando diversas plazas, entre ellas Baeza y Andújar, y comenzado el cerco por tierra de la propia ciudad de Almería, situando ya sus máquinas de asedio.

La hueste reunida era monumental, aunque los moros se defendieron con mucha bravura, haciendo incluso algunas salidas casi suicidas con su caballería para intentar romper el cerco, pero perdiendo en ellas lo mejor de sus tropas.

Al finalizar septiembre la situación de la ciudad era insostenible, y los musulmanes se dirigieron a Alfonso para solicitar un amán según la costumbre hispana y un mes de plazo para intentar recabar apoyos exteriores. Los genoveses y pisanos malinterpretaron el sentido de las embajadas y pensaron que los castellanos y navarros planeaban cobrar una gran suma y retirarse, y lanzaron un último e impetuoso asalto, que fue el definitivo, y la alcazaba, donde estaban ya encerrados los últimos defensores, se entregó a los cristianos.[48] El botín fue enorme —la ciudad era un gran emporio comercial de todo el Mediterráneo— y se repartió entre todos cuantos habían participado, y el número de cautivos cristianos rescatados alcanzó la cifra de diez mil.

El mando de la ciudad se dividió tal y como estaba pactado, entre el Emperador, dos terceras partes, y los genoveses la otra restante, dejando el leonés la tenencia en manos del conde Ponce de Cabrera. Al conde de Lara, le adjudicó la de la ciudad de Baeza, que también habían tomado.

Pero la hazaña y su significado iban mucho más allá. Hacía casi cuatro siglos y medio que los cristianos, desde la derrota goda, no habían vuelto a pisar como vencedores aquellas costas, y ahora señoreaban una gran ciudad y su litoral. No faltó quien pensó, el propio rey Emperador, que el sueño de la reconquista, o al menos el sometimiento de todo Al-Ándalus, podía hacerse realidad.

Con gran contento y esperanzas el rey Alfonso junto con sus nobles más cercanos, entre ellos don Manrique con Álvar a su lado, que había estado presente en toda la expedición y el asedio, regresaron a Toledo, a donde llegaron antes de que comenzara diciembre. Padre no había sido en absoluto el único juglar que acompañaba la expedición, pues en el cortejo al Emperador venían varios de ellos, aunque no Marcabrú, que no era dado a tales y peligrosos viajes.

El clima de euforia era enorme y uno de ellos, cuyo nombre llegó a decirme mi padre, pero que olvidé y él no anotó en ningún lado, hizo la solemne lectura del cantar que había ido componiendo, él en su mayor parte aunque parece que también ayudado por otros juglares, a lo largo de la expedición. Recuerdo que Álvar me dijo que el juglar era un clérigo natural de Toledo, que ello no se me ha olvidado, quizá por serlo yo ahora. Pero siento no recordar cómo se llamaba, pues en su humildad no firmó su poema como no habría dejado de hacerlo Marcabrú, de cuyas trovas hoy nadie recuerda un verso, pero muchos conocen su nombre.

Los suyos son los del muy mentado y conocido Poema de Almería, y que ahora cuando escribo son motivo de inspiración para mí. Por ello he creído oportuno traerlo aquí, aunque no sean palabras propias, aunque quizá en alguna hasta pudiera haber participado Álvar, mi padre. Lo hago porque ayuda a celebrar a aquellos hombres ilustres y sus gestas, que hoy es necesario recordar, pues sobre nosotros, y más terrible que nunca, se cierne la amenaza de los muzmutus almohades, aquellos que entonces acababan de invadir nuestra tierra, y contra los cuales está cada vez más cerca el día y la decisiva batalla contra ellos y su califa.

Así empezó aquel juglar toledano su cantar:

Rey piadoso, rey fuerte, a quien se reserva el lance último de la muerte, danos sosiego y concédenos una lengua locuaz

para que cantando con elocuencia y abundantemente tus maravillas describa las guerras afamadas de santos varones.

Lo que narró el poeta después fue quiénes llegaron a aquella cita:

Reuniéronse los caudillos españoles y franceses

y por tierra y por mar proyectan la guerra contra los moros.

Púsose al frente de todos el monarca del Imperio toledano.

Tal era Alfonso que tiene el sobrenombre de Emperador.

De cada uno de los que llegaron fue cantado sus virtudes:

Es el mes de mayo. Se adelantan las espadas de Galicia, habiendo gustado primeramente las dulzuras de Santiago.

Como las estrellas del cielo, así refulgen millares de lanzas.

Millares de escudos centellean y las armas están aguzadas poderosamente.

Los conduce el conde Fernando Pérez de Traba. Galicia fue el primer lugar donde Alfonso fue reconocido como rey. Tras ellos van los de León:

En pos de estos la florida milicia de la ciudad leonesa enarbolando pendones se precipitan como un león.

Ella ocupa la cumbre de todo el reino hispano.

Y los dirige:

Radimiro prudente y afable, cuidadoso de la defensa León, hermoso de aspecto, vástago del linaje de los reyes.

Los asturianos:

Gente es esta que a nadie resulta odiosa o fastidiosa.

Ni la tierra ni el mar han podido nunca avasallarlos.

Es de potentes fuerzas y no tiembla ante el cáliz de la muerte.

Los mandó su caudillo Pedro Alonso, que no era conde todavía, pero lo fue al regresar por su valor.

Los castellanos:

Tras estos marchan miles de lanzas de Castilla,

varones afamados, poderosos durante luengos siglos, sus campamentos brillan como las estrellas del cielo.

Su mando lo ostenta el propio Emperador.

Los guerreros de las Extremaduras, comandados por el conde Ponce de Cabrera:

Invencible, incontable y sin cuidado

la Extremadura conociendo de antemano todo lo venidero, sabiendo por los agüeros que la raza malvada había de perecer, al ver tantos estandartes únese audazmente a ellos.

Señala luego a alguno de los más mentados adalides:

Ved ahora que llega Álvaro, el hijo del noble Rodrigo.

Este dio la muerte a muchos y mantuvo a Toledo,

y es alabado como padre por tener tal hijo, y su hijo por tal padre.

De todos además es conocido Álvar, su abuelo,

alcázar de la honradez, ciudadela de la bondad,

aunque nadie hubo más implacable contra los enemigos.

Oigo en efecto decir que también el famoso Álvar Fáñez subyugó los pueblos de los ismaelitas, y que las fortificaciones y castillos roqueros de ellos no pudieron resistir, quebrantaba las fortalezas, tan fuertemente las estrechaba.

Si en tiempo de Roldán hubiera sido Álvaro

el tercero después de él y de Oliveros,

confieso sin reparo la verdad: bajo el yugo de los francos hubiera estado la raza de los agarenos,

y no hubieran yacido muertos los queridos camaradas, porque bajo el claro cielo no hubo ninguna lanza mejor.

Tal era la fama del Minaya, mi abuelo Pedro hubiera sido feliz al escucharlo, que continúa diciendo:

Rodrigo mismo, el que es llamado a menudo mio Cid, de quien se cuenta que no le gana ningún enemigo,

el que venció a los moros y también venció a los condes nuestros, solía enaltecerle, considerándose a sí mismo menos digno de alabanza que él; pero yo confieso la verdad, que no oscurecerá ningún tiempo: mio Cid fue el primero y Álvaro fue el que le seguía.

Por la muerte de Rodrigo plañe Valencia,

que no pudo ser retenida ya en poder de los cristianos.

¡Oh Álvar! Te lloran y te honran con sus lágrimas

los jóvenes a quienes tan bien mantuviste y a quienes armaste piadoso.

Yo hubiera corregido aquí a este juglar, y seguro que mi padre también, pues tengo por más que cierto que lo que siempre hubiera acaecido de hacerles la pregunta a los dos, a Álvar y a Rodrigo, de quién era primero, Rodrigo hubiera dicho que Álvar, y Álvar no hubiera dejado poner en duda que Rodrigo.

No se quiso olvidar de otros, ni podía:

Martín Fernández de Hita mandó descolgar de las casas las armas, y asestó grandes golpes a los moros.

Con él se regocija Hita, porque es señor de ella.

Blanquísimo de rostro, ancho de cuerpo y de miembros, hermoso, robusto, bondadoso, es el cuidado del regimiento.

Despavoridos huyen los moros, cuando truena su voz.

Él armó con armas hermosas a hermosos donceles

y el campamento de Martín resuena con el alboroto de los jóvenes, ellos desprecian la muerte y así también se vuelven audaces, y gozan con la guerra más que goza un amigo con su amigo.

No quiero quede olvidado el ilustre conde Armengol de Urgel, que brilla como una estrella entre los ejércitos aliados, y es querido por los cristianos y por los sarracenos.

Si puedo decirlo, a muy pocos puede ser equiparado, si se exceptúa a los reyes.

No tardó más tampoco en acudir a la guerra

Gutierre Fernández de Castro, ayo que fue de Sancho, hijo de nuestro Emperador,

quien tan pronto como nació fue entregado a él.

Rinde homenaje al otro rey, el de Navarra que acude a la cita también:

Aprisa corre a la guerra, enarbolando el estandarte real, sueltas las riendas, el yerno amado del Emperador, don García Ramírez.

Pamplona entera se junta con Álava, y Navarra resplandece por sus espadas.

En el camino hacia Almería se apoderaron de toda la comarca y la ciudad de Andújar, junto con la fortaleza de Baños de la Encina y Baeza, y son confiadas todas a don Manrique Pérez de Lara:

Al frente de todas estas ciudades como diestro en las armas es colocado el conde Manrique, amigo sincero de Cristo.

Agradó a todos, complació justamente al Emperador

que su brillo abarcase a sarracenos y a cristianos.

Notable por su hermosura, era él mismo querido de todos, suntuoso y espléndido, jamás tacaño con nadie.

Era poderoso en las armas y tenía inteligencia de sabio, gozaba con la guerra y poseía los conocimientos propios de ella.

En cuantas cosas hacía emulaba a su padre,

y fue su padre el conde Pedro de Lara,

que durante muchísimos siglos gobernó su propio país.

También sigue el hijo en todo las huellas de su padre, en la flor de su

temprana edad, pero enriquecido en esta dignidad, y distinguido por el Emperador a causa de su conducta.

Llegados a Almería, ven llegar las flotas aliadas de franceses, catalanes, genoveses y pisanos, que ya desembarcados saludan al Emperador:

Desplegadas banderas,

aguarda con sus soldados armados junto a las orillas del mar.

Tal como lo prometió, vuestro cuñado Raimundo, Ramón Berenguer, vuela presuroso enfurecido en demasía contra los enemigos y juntamente vienen las gentes de Pisa y de Génova.

Guillermo, señor de Montpellier, los sigue de cerca con su insigne y fuerte escuadra.

Hasta aquí oyó el cantar aquella noche Álvar en Toledo. Hasta allí había compuesto el juglar. No le había dado por entonces tiempo a más. Y es lo que yo he alcanzado a poder leer también, pues hasta aquí es donde llegan los juglares que ahora lo recitan, y no sé ni conozco si aquel juglar de Toledo lo llegó a completar.[49]

[47] En el ajedrez medieval, la figura de la reina, la pieza más poderosa en el ataque y custodia del rey, no existía. Fue una innovación española en el siglo XV en tiempo de Isabel de Castilla, y puede que la figura de la reina tuviera mucho que ver en su pronta y exitosa difusión.

[48] 17 de octubre de 1147.

[49] El cantar de la conquista de Almería que se conserva y fue transcrito en el relato del reinado de Alfonso VII se termina bruscamente y no hay noticia alguna de que tuviera continuación. Se desvela a través de él que mediante el matrimonio con una hija de Minaya los Fernández de Castro tenían y alardeaban del parentesco con él.

33

En la corte del Rey Lobo

Álvar, cada vez más inmerso en los asuntos de su poderoso protector, vivió de manera muy intensa y en ocasiones muy personal los acontecimientos que, a partir de la toma de Almería, comenzaron a producirse de manera cada vez más veloz. El conde de Lara, bien informado de todo lo que sucedía, lo convirtió en varias ocasiones en su emisario y en otras tantas en su mejor informador, pues dada su condición de juglar no eran pocos los que consideraban que en los asuntos de la guerra él no tenía ni conocimientos ni interés y hablaban en su presencia sin el cuidado necesario que ante gentes de armas solían poner. El saber todas las lenguas que se usaban tanto en territorio musulmán como cristiano le ayudaba en tal labor. Y si se hacía acompañar por Alí, aún mejor.

Se prodigaban sus visitas y estancias en Molina, donde ya tenía aposentos. La villa crecía a ojos vistas, pues don Manrique le otorgó fuero, que fue muy beneficioso para que llegaran nuevas gentes a establecerse allí, bastantes huyendo del sur, donde la presión y rigor almohade se notaban cada vez más, y no solo mozárabes, sino judíos también. En Lucena, los nuevos amos de la ciudad desataron una tremenda matanza de hebreos y redujeron a escombros y cenizas su aljama.

El año siguiente a la conquista de Almería, el almorávide Avengania dio otro giro: viéndose cada vez más apretado entre su vasallaje a Alfonso y la creciente fortaleza de los almohades, que cada vez controlaban más ciudades y taifas completas, optó por llegar a un acuerdo con el califa Al Mumin y abandonar Córdoba, dejándola en sus manos. Ello suponía un gran revés para los cristianos, pues ya no tenían, más allá del último enclave cristiano, la crucial Calatrava, bases en las que apoyarse en el territorio musulmán para prestar apoyo a Almería, y se habían quedado sin aliados de peso en Al-Ándalus tras la muerte de Zafadola y ahora la desafección del almorávide. Aquello conllevó además que los pequeños reyezuelos de las taifas entendieran que no tenían más remedio que entregarse al

nuevo poder africano para sobrevivir, aunque supusiera la completa sumisión a todos sus dictados y normas. Pero lo otro era acabar degollados sin compasión. Alá podía ser misericordioso, pero los muzmutus no.

Pero había uno que les resistía y que no solo eso, sino que extendía su poder y se enfrentaba con éxito a los ejércitos africanos. En él puso su mirada el Emperador y la puso también don Manrique de Lara, pues su señorío molinés tenía lindes con él. Se trataba de un muladí llamado Muhamad Ibn Mardanis, pero por todos conocido y por su astucia como el Rey Lobo, que había logrado hacerse con el control de todo el Levante por debajo de la línea fronteriza con el conde de Barcelona y rey consorte y efectivo de Aragón, amén de cuñado del Emperador, que también tenía mucho interés en llegar a acuerdos con él.

Don Manrique, antes de proponerle al juglar la misión para la que lo requería, le puso en antecedentes sobre el personaje. Se sabía que en efecto era descendiente de cristianos y su propio patronímico, al que no renunciaba, lo delataba como hijo de un Martín; además, se mostraba vistiendo, de vez en cuando, atuendos cristianos, pero, sobre todo, lo que más le gustaba era contratar para sus ejércitos cuantos más adalides y mesnaderos castellanos mejor. De hecho, sus tropas más aguerridas lo eran, y él hacía alarde y presumía de que así fuera. Don Manrique lo definió como un personaje de enorme habilidad, valentía y talento, pero también de una crueldad despiadada y una total falta de escrúpulos, sin ningún respeto ni a palabra ni acuerdo suscrito que pudieran entorpecer su interés. Estaba emparentado con otro reyezuelo de la zona, Ibn Hamusk, llamado por los cristianos Amusco, con cuya hija estaba casado, y había ido ampliando cada vez más su territorio y convertido finalmente a Murcia en su capital, mientras su suegro se había instalado en Valencia.

Álvar y Alí, se consideró que por su condición musulmana podría serle útil, debieron viajar hasta él y entregarle, en nombre del conde de Lara, pero también del propio rey Alfonso, una carta proponiéndole un encuentro. Y si el Lobo aceptaba, se llegaría entonces el propio don Manrique hasta donde él considerara para ultimar el lugar y detalle de la reunión con el Emperador.

Pero además el Lara quería aprovechar la ocasión para que Álvar le suministrara cuanta información pudiera obtener de él, sus intenciones, en qué consideración lo tenían sus súbditos y cuál era su verdadera capacidad militar y económica. Aunque esta última era bien conocida. Había convertido a su taifa en el mejor lugar para el

comercio de todo el Mediterráneo, su huerta era un vergel, las riquezas fluían por todos los lados y su moneda, el morabito lupino, de oro, cuatro gramos cada una, era la más codiciada y valorada no solo de la Península, sino también de todo el mar colindante y aun entre los francos y en la lejana Constantinopla. Álvar no tenía que ocultarse y llevaría, además, una pareja de hombres de armas del conde que lo escoltarían y se daría a conocer como emisario de don Manrique ante la primera autoridad dependiente del Mardanis que se toparan en su camino.

Al final de la primavera de 1148 iniciaron el viaje. En Lorca ya tuvieron el primer contacto con alguien de mayor rango, aunque algunos oficiales menores le habían inquirido antes sobre su destino. Los soldados que los acompañaban no llevaban sus armas a la vista y, como los dos juglares no perdían ocasión para demostrar su habilidad en los zocos de los lugares por los que pasaban en su camino, el viaje había trascurrido sin incidentes importantes. La región vivía en paz y prosperidad a lo que a primera vista se podía ver.

Ibn Mardanis había nacido en Peñíscola y era muy joven para haber alcanzado ya tanto poder, pues solo tenía veinticuatro años. Su familia ya gozaba previamente de cierta relevancia y su padre había sido el gobernador de Fraga, contra la que se había estrellado el Batallador tras parecer invencible y haber derrotado a los morabitos en Cutanda, amén de haberles arrebatado Zaragoza. Resultaba ser que uno de los tíos de Mardanis, ya muy minado el poder almorávide, que solo sustentaba con energía Avengania, había combatido al lado de Zafadola y a la muerte de este aprovechó la ocasión, o más bien eso ya lo hizo su audaz sobrino, para apoderarse de Murcia y Valencia. Porque fue ya él, su tío murió en combate muy pronto, quien se había entronizado, pactado con Ibn Hamusk, que señoreaba toda la sierra del Segura, casado con su hija y pasado a dominar toda la región. Entre ambos controlaban las ciudades de Valencia y Murcia con sus respectivos territorios, además de parte de Cuenca, Teruel y Almería. Ejercían su poder de manera independiente, pero reconociendo la soberanía nominal de los califas abasíes de Bagdad como desafío añadido al poder almohade en el Magreb, que también se había proclamado califato. Su ambición no había hecho sino comenzar y eso, nada más ser recibido por él, fue lo primero que Álvar detectó.

El Rey Lobo había reaccionado con singular rapidez a su llegada y nada más haber sido informado desde Lorca de que un juglar castellano venía con una carta, que quería ser entregada de manera discreta, del conde Manrique de Lara, envió a recogerlo allí un pequeño destacamento de su guardia, la mayoría cristianos, y lo hizo

conducir ante él. Los hizo aposentar en estancias anejas a su propio palacio y los había deslumbrado con su hospitalidad. Dejaron que Alí, al que identificaron como un mezquino[50] y su sirviente, pudiera permanecer a su lado, ya que esta era la voluntad de Álvar, aunque no cuando hubiera de acudir a presencia del soberano musulmán. Los dos guardias también quedaron aposentados cerca con el resto de los soldados del Mardanis.

Les ofrecieron baños, ropas, manjares y a Álvar esclavas para servirle en todo lo que quisiera disponer. Alí también se aprovechó de ello y no desdeñó nada que pudiera tomar, pero fue casi mudo cuando un día yo, por malévola curiosidad, quise indagar lo que había hecho mi padre, pues sobre eso también calló y no consideró que fuera de importancia transcribir tales menesteres. Al moro a la postre, vino de por medio, conseguí sacarle mucho más de lo que él quería contarme y creo que ni siquiera recordó después cuánto había hablado de lo que no quería hablar.

Mi padre sí me detalló y hasta dejó escritas sus impresiones, y afirmaba que aquella corte era sin duda entre las musulmanas la que más placer a todos los sentidos, fueran la vista, el oído, el gusto, el tacto o el olfato, permitía disfrutar a los privilegiados que podían acceder a los jardines, los estanques, las fuentes, los árboles, los arbustos, las flores, los tapices, las sedas, las alfombras, los manjares, las frutas, los dulces, los zumos y el vino también, pues los mejores no faltaban en los salones y banquetes del Rey Lobo.

Al día siguiente de llegar fue convidado a uno y, aunque había estado en algunos cristianos y musulmanes y occitanos de alto nivel, aquel los superó a todos en lujo, calidad, exotismo y diversidad de los manjares y lujos.

Quizá en todo Ibn Mardanis pecaba de exceso y aquello descubriera su propia personalidad y delataba su intención de deslumbrar a todos sus invitados, aunque fuera un castellano que no era sino un simple juglar. O tal vez es que había intuido que padre era algo más, no por quien era, sino por quienes lo enviaban. Lo más probable es que aún por entonces y tan joven deseaba impresionar a todos, pues no llevaba apenas un año y medio en el poder, estaba comenzando a disfrutarlo y quería exhibirlo con cierta ansiedad. Esa fue otra de las primeras impresiones sobre ello que extrajo Álvar y más tarde transmitió a don Manrique.

El juglar fue invitado en el trascurso de la velada, y como deferencia se permitió que lo acompañara Alí, a interpretar algunas de sus piezas

y cantares. Lo hizo, con humildad y contención, muy sumisamente secundado por el moro. Estaban presentes, según les dijeron, grandes poetas, sabios, matemáticos, astrónomos y algunos músicos, que intervinieron luego, y en verdad era maravilla escucharlos, al igual que el ver danzar a algunas bailarinas, algunas también duchas en tañer instrumentos, y a las que era difícil dejar de mirar.

Se sorprendieron al comprobar que hablaba la lengua árabe, pero el poeta más celebrado y refinado de todos observó con malicia que la pronunciaba con mucha dureza y sin dar ni captar los matices necesarios, y a padre no le fue difícil comprender, aunque el otro lo hizo taimadamente, que se burlaba de él.

Pero uno de los artistas, músico, más sencillo, entabló amable conversación con él y le hizo una confidencia:

—Ibd Salim —así se llamaba el poeta— es muy envidioso del bien ajeno, aunque este sea mucho menor que el suyo. Le duele cualquier agasajo que puedan hacerte, aunque a él se lo hagan mucho mayor. Es así siempre y aún le duele más que por ser extranjero las bailarinas crucen los ojos contigo más que con él. Que no alcanzo a comprender del todo esa cuestión, pues es bien notorio que a él le gustan mucho más los mancebos. —Y se echó a reír tras su pequeña maldad.

El músico, de nombre Abdel Rahman, se convirtió desde aquella noche en su amigo y fue él por quien más pudo saber del rey a quien había venido a conocer. Congeniaron en su común afición al arte musical y fuera de solemnidades los tres juntos, en las noches que allí pasaron, comenzaron a deleitar a los que acudían a oírlos en los jardines ante sus aposentos entonando canciones castellanas o andalusíes, cantándolas ora en romance ora en árabe, ora en algo mezcla de los dos. Aprendieron allí una que luego tocarían y cantarían ya por siempre a su regreso a Castilla:

Mi corazón se va de mí.

¡Ay señor, no sé si me volverá!

¡Me duele tanto por el amado.

Está enfermo, ¿cuándo sanará?

El trío de los dos moros y el cristiano, en el poco tiempo que estuvieron en Murcia, adquirió allí una gran popularidad. En más de una ocasión, ya juntos, volvieron a los convites de Ibn Mardanis y algunos de sus notables pugnaban por llevarlos a sus mansiones también. Y al poeta envidioso se lo llevaban los diablos cada vez que los tenía que escuchar.

Pude yo saber después, sacando de acá, de allá, de él mismo y sobre todo de Alí, que el gran éxito de padre en su misión fue que consiguió ganarse la confianza de una mujer de palacio, que me dijeron ser la hija de una sirvienta muy cercana y de confianza total de la familia del Rey Lobo, cuya madre había sido cristiana, aunque ella ya no, que se llamaba Aziza. Un día su nombre se le escapó a Alí y alcancé a comprender que buena parte de la información que pudo recabar sobre el Rey Lobo y su suegro Ibn Hamusk provenía de ella.

No sé mucho más de la misteriosa mujer, ni qué relación alcanzó a tener con mi padre, pero sí que él le tuvo enorme gratitud y guardó un indeleble recuerdo suyo. Pues fue ella quien pudo advertirle del peligro que corría y con ello le salvó la vida. Cuando ya iba a partir de Murcia con la respuesta de Ibn Mardanis de que estaba dispuesto a encontrarse con don Manrique en Uclés, que era entonces aún dominio musulmán desde la derrota cristiana y ahora estaba en manos del Rey Lobo, para ultimar allí el encuentro definitivo con el rey Alfonso, Aziza le advirtió de que no tomara el camino que tenía previsto, ya que le aguardaban allí para asesinarlo a él y a todos cuantos fueran a su lado. Le sugirió que adelantara, sin decírselo a nadie, un día su salida de Murcia, y que se fuera disfrazado y por otro camino distinto al que estaba previsto que iba a tomar. Convinieron ambos que, una vez a salvo, ella haría llegar a través de su madre una carta suya al Rey Lobo dándole detalles de la conspiración para asesinarlo e impedir que hiciera llegar un mensaje, urdida por quienes dentro de Murcia ya estaban al servicio de los almohades, y cuyos nombres le proporcionó. Sin duda, Aziza era algo bastante más que la hija de una sirvienta de palacio, pero el qué y quién era nunca lo pude saber del todo.

La gestión de Álvar, por lo demás y salvo en ese punto de que querían matarlo para entorpecer, retrasar y enturbiar en lo posible el acuerdo con la muerte del emisario, no había sido nada difícil. Ibn Mardanis estaba deseoso de llegar a pactos con el Emperador y con su cuñado el conde de Barcelona, así como con los genoveses y pisanos con quien ya tenía suscritos algunos, pero que quería ampliar. Propuso encontrarse con don Manrique en cuanto a este le fuera posible y fijar fecha con él para hacerlo después con el rey Alfonso, a cuya reunión

acudiría también su suegro.

Siguiendo el consejo de Aziza, Alí y él, sin decir nada, ni siquiera a sus dos escoltas, salieron no solo un día, sino dos antes de lo previsto, tras dejar todo tipo de señales de que estarían en Murcia hasta la fecha convenida, incluso invitando la noche anterior a la partida a un banquete en el que incluyeron al poeta envidioso, al músico amigo y hasta a alguno de los nombres de los conjurados facilitados por Aziza para que no sospecharan nada de su plan. La noche de su huida, poco antes del amanecer —tenían salvoconducto de Ibn Mardanis para salir sin fecha alguna—, aparejaron ellos mismos sus caballos, fueron a los aposentos de los guardianes, despertaron a los suyos, los hicieron vestirse a toda prisa, montaron a escape y al clarear el alba estaban ya fuera de las puertas de la ciudadela, y al medio día muy lejos de allí. Alcanzaron la frontera con toda la rapidez posible y llegaron sanos y salvos directamente a Molina, donde por fortuna en ese momento estaba presente don Manrique.

El informe de Álvar le satisfizo sobremanera. Tomó buena nota de los detalles de la personalidad del Rey Lobo, pero aún más de las maniobras almohades para intentar reventar la alianza. Entendió y calculó acertadamente las líneas maestras del pacto que el muladí ansiaba, buenas tropas que le sirvieran a él contra los muzmutus y al tiempo preservarían, al actuar de tapón, a Castilla de sus ataques. El acuerdo no tendría exclusividad con el rey Alfonso, sino que era extensible a catalanes, aragoneses, pisanos y genoveses, pero los castellanos tendrían una cierta prioridad y más prevalencia ante el catalán, pues eran sus mesnadas las más curtidas en las luchas fronterizas. Tendría tantas y con tan buenos adalides como pudiera pagar y ellas le servirían para forrar de hierro a su reino contra el fanatismo almohade y al tiempo salvaguardar el de Alfonso. El odio mortal que profesaba a los muzmutus sería una bendición para Castilla y no importaba en ella que él mismo hubiera de caer en las mismas prácticas de despotismo y crueldad, incluso mayores, de aquellos a quienes combatía.

—Sabe muy bien lo que quiere y sabe también que nuestro rey Alfonso es el mejor aliado que puede tener y con quien se puede no solo salvar, sino ampliar su poder. El Lobo ha entendido que más allá de su suegro no va a contar con nadie más en Al-Ándalus, todos los reyezuelos están rendidos ya sin remedio al almohade. El almorávide Avengania bastante tiene con preservarse él y se ha encastillado donde más seguro se siente, en las islas Baleares, donde no le pueden alcanzar y él puede desde allí hostigarlos. Si como me dices, Álvar, Ibn Mardanis está poseído por la ambición y carece de escrúpulo alguno,

eso no nos viene mal y nos conviene en realidad, pues ello le lleva a convertirle en nuestro mejor aliado. Es valiente, avisado y curtido en la guerra y comprende que no tiene más salida para mantenerse en el poder y aumentarlo hasta donde pueda llegar que unir su suerte a la del Emperador. Sabe que, de no hacerlo, mañana estaría desposeído de todo y al día siguiente, muerto. No le queda otra —concluyó el conde de Lara.

Don Manrique estaba muy seguro en ello, pero resultaba también que si Ibn Mardanis necesitaba al rey Alfonso y a sus mesnadas castellanas, este lo necesitaba igualmente a él. Así que se vieron prontamente en Uclés y comenzaron a preparar los acuerdos, y facilitó que también los tuviera con Ramón Berenguer, emparentado con Alfonso y hasta con él mismo también a través de las bodas occitanas, como con los genoveses y pisanos. Nada más comenzar el siguiente año, el día 8 de enero, pasadas las fiestas de la Natividad y la Epifanía de Reyes, el rey Alfonso ya los estaba esperando para refrendar los acuerdos ya apalabrados y sellar los pactos de amistad en el castillo de Zorita, el que levantaron los Di-l-Nun y que Álvar Fáñez mandó, y hasta él llegaron desde sus dominios conquenses, atravesando la sierra de Enmedio[51] con muy lustrosa comitiva para entrar por la puerta de los califas, así llamada por haber cruzado por ella en varias ocasiones el gran Abderramán, Ibn Mardanis y su suegro Ibn Hamusk, a la poderosa alcazaba sobre el río Tajo.

Los pactos allí suscritos fueron firmes y se mantuvieron largo tiempo. Las mesnadas castellanas pasaron a ser el nervio del ejército del Rey Lobo, que se declaró vasallo del castellano, un vasallaje a distancia, con pago de tributos y pacto de ayuda militar, pero independencia política total en su territorio. Y aún más. Fue el Rey Lobo quien pasó a ser el gobernante efectivo de la conquistada Almería en nombre de Alfonso, al tiempo que su suegro hacía lo mismo con las ciudades bajo poder castellano de Úbeda, Baeza, Andújar y demás de la sierra del Segura.

Con Ramón Berenguer, el Lobo estableció una alianza similar, con pago de tributos a cambio de ayuda militar y dejar en el olvido que el conde catalán le había arrebatado, a la vuelta de la toma de Almería, las plazas de Tortosa, Lérida y Fraga. Abrió también a los mercaderes, genoveses y pisanos, los puertos de Valencia y Denia, y firmó con ellos tratados comerciales.

De todos los pactos actuaba en buena medida como valedor el Emperador, lo que reforzaba su posición hegemónica. Los resultados para el Rey Lobo fueron espectaculares, su comercio experimentó un

crecimiento enorme y su corte en Murcia, que creció suntuosa, culta y rica, fue embellecida con grandes obras para las que trajo a los mejores maestros, y hermosos y exuberantes jardines, y protegida por una impresionante muralla que fue su mejor bastión.

Pero la clave de todo era la lucha contra el almohade y en ello se iban a empeñar tanto Ibn Mardanis como Alfonso en una batalla que ahora no había hecho sino comenzar, y que los iba a tener a ambos empeñados hasta el mismo día de su muerte.

El pacto de Zorita fue a significar, y eso sí que mi propio padre pudo llegar a verlo, el mayor escollo con que se toparon los africanos en su intento de controlar de inmediato Al-Ándalus. La batalla iba a ser incesante durante muchos años, con alternativas de uno y otro lado, con victorias y derrotas que se sucedían a veces de manera inmediata. Padre, que fue invitado en Zorita a la fiesta posterior en la poderosa alcazaba sobre el río Tajo, volvió a Medinaceli satisfecho de haber ayudado al Lara y cumplido su misión. Le contó a madre que el Rey Lobo le había hecho deferencia y honor al saludarle, y que con su fuerte y joven voz le había dado una noticia que quiso que escucharan todos los demás:

—Quienes te quisieron matar ya no podrán intentarlo jamás. A ellos no les ha sido ni corto ni fácil el morir. Insultaron mi hospitalidad para contigo, juglar. Tú supiste escapar y yo cobré venganza por ti y por mí.

Le llamaban el Rey Lobo, y había por qué.

Fue a la salida de aquella reunión, en Zorita, donde el rey recibió una triste noticia de Tierra Santa que le apenó, y tanto o más que a él, a mi padre Álvar. Su primo Alfonso Jordán, que había partido hacia su tierra natal, esta vez como cruzado, había muerto antes de llegar a Jerusalén. No había sido en combate, sino por una extraña enfermedad que le sobrevino de manera repentina cuando estaba ya en Cesarea. El juglar quiso saber algo más de lo sucedido a su amigo y gran valedor y recurrió a don Manrique. Este no hizo sino aumentar sus dudas.

Sabía Álvar, desde la última vez que se vieron en la peregrinación a Santiago, que había tenido que regresar de urgencia a Tolosa, pues tenía allí graves asuntos que atender. El conde de Lara le contó que estos no habían sido sino la acusación a parte de sus vasallos de estar cayendo en herejía[52] que le había sido advertida por su muy influyente y amigo Bernardo de Claraval, el poderoso abad

cisterciense y autor de la regla por la que se regían los caballeros templarios, para que le pusiera algún remedio.

Pero el Jordán defendió a sus súbditos y una segunda excomunión cayó sobre él. Ello había sido dos años atrás. La salida que Bernardo y él vieron entonces para su situación fue que él participara en la nueva cruzada a la que el papa estaba llamando y de la que el abad era máximo impulsor. El hecho de que lo hiciera alguien de su nombre, fama y significación, hijo de quien era, el héroe que tomó Jerusalén, serviría como potente llamada y además para que se le retirara el anatema.

En Tierra Santa se le recibió con entusiasmo, pero no por todos. Algunos, por su fama, veían peligrar su posición. El Jordán llegó, tras demorarse visitando Constantinopla, a Acre en el verano del 1148 y avanzó hacia Cesarea. Allí, vigoroso y sano a sus cuarenta y cinco años, falleció repentinamente. Alfonso Jordán generaba grandes simpatías, pero tenía poderosos y enconados enemigos. La cruzada estaba encabezada por el rey de Francia Carlos VII y por Conrado III, emperador del Sacro Imperio Romano, que marchaban por separado y acabaron derrotados ambos por los turcos seléucidas. La mujer de Carlos era la jovencísima y bella Leonor de Aquitania, hija del duque Guillermo y enconada enemiga del Jordán desde que el entonces muchacho le infligiera las más duras y dolorosas derrotas para recobrar sus feudos. La regente de Jerusalén era Melisenda, madre de Balduino III, y temía que el trono pudiera ofrecerse al Jordán como en su día se le ofreció a su padre, el duque Raimundo. Sobre las dos se cernió la sospecha de haber ordenado el envenenamiento de quien consideraban uno de los peores escollos para sus pretensiones o intereses.

—La sospecha de que don Alfonso haya muerto envenenado ha llegado al rey al tiempo que la noticia, y esta traída por uno de los caballeros que le habían acompañado hacia allá —le confesó el conde de Lara a padre con un gesto de resignación.

El Emperador perdía su más firme y leal apoyo familiar. Y a nada perdió también el más cercano, pues la reina Berenguela murió también.

Para Álvar, con don Anfós, su nombre occitano, murió el más leal y galante caballero de todo el orbe cristiano y el príncipe de los juglares. Dejó dos hijos varones, Raimundo, que lo sucedió en el condado de Tolosa, y el pequeño Alfonso, al que así llamó en homenaje no a él, sino a su real primo el Emperador.

[50] Así llamaban tanto los cristianos como los musulmanes de Al-Ándalus a los moros que se quedaban en territorio cristiano si eran de humilde condición.

[51] La actual sierra de Altomira, entre las provincias y tierras alcarreñas de Guadalajara y Cuenca.

[52] Inicio del movimiento cátaro.

34

Sonreía cuando expiró

En algún momento de aquellos tiempos, padre había dejado de ser juglar y en un día, de repente, dejó de ser joven.

Desde que yo tengo recuerdo de él, a Álvar bastaba con mirarlo y estar cerca de él para sentirlo, desprendía por todo su ser, aunque ya fuera un hombre maduro, el joven afán de vivir y aquello había estado siempre con él. Parecía tener dentro de sí un manantial, que ya fuera en la fortuna o en la adversidad, en la alegría o el pesar, le hacía brotar un ansia de seguir, de caminar, de buscar, de descubrir, de amar o hasta de sufrir. Había ido cumpliendo años, pero aquello destacaba aún más, a pesar de que el tiempo le hubiera hecho mella en su cuerpo y en su rostro, que su fuerza y su juventud permanecían intactas en él.

Pero un día yo, su hijo, vi que ya no era así ni ya iba a serlo jamás. Mi padre de repente había dejado de ser quien fue, lo mismo que esto de manera más paulatina, por haberse ido deslizando poco a poco sobre él, había dejado de ser un juglar, aquel juglar que iba por los caminos, bailaba con soldaderas, reía con los cazurros, encandilaba a rudos guerreros, seducía dueñas y enfurecía a los clérigos. En alguna curva del camino, a saber cuál, se le había quedado atrás también el espíritu libre al que Occitania había enseñado los placeres y las zozobras de amor, la mirada a la belleza del mundo, la pasión por los paisajes de Dios y por las obras hermosas de los hombres. Y, por último, había perdido lo que siempre había acelerado sus pulsos: la emoción de relatar las gestas, de escribir las hazañas, de rememorar las heroicas tragedias, las venganzas y las traiciones y de hacerlas sentir a las gentes que lo escuchaban fueran estos de la condición que fueran, abadesas o rameras, porqueros o caballeros, condes o plebeyos, siervos o reyes, moros o cristianos, mezquinos o emires, como si lo estuvieran catando con sus propios ojos. De haber algo de ello mantenido, pensaba yo con los años, el poema de Almería, lo hubiera escrito él. Pero no lo hizo, sino que copió el que otro, y para mí de menor talento y más empalagoso decir, sí aprovechó el poderlo hacer.

Todo ello comenzó a notarse de manera cada vez pronunciada cuando regresó de los dominios del Rey Lobo y tras retornar del encuentro de los reyes en Zorita. Lo había vivido y hasta propiciado y ello sí le había hecho vibrar, pero ya su relato era el del escribano, que era en realidad lo que había acabado por ser. El escribano de don Manrique, el servidor en la confianza del conde, quien ahora estaba al tanto y en los enjuagues de lo que se cocía en los calderos de los Lara y procuraba estarlo de lo que se susurraba en los jardines del Rey Lobo, de lo que se guisaba en las cocinas de los Castro y de lo que se servía en la escudilla de plata del Emperador. Y todo lo anotaba, pero ya no como cuando escribía en aquellas tablillas enceradas, cuando se afanaba por recordar un verso del abuelo Pedro, sufría por mejorar una estrofa que él había escrito sobre aquel combate en que quebró el yelmo y el valor de un musulmán, o unas veces con golosa picardía, otras con suave melancolía y las menos con una punzada de dolor, al rematar una rima para un otro corazón que en el pasado había hecho latir desbocado el suyo.

Ese cambio sí sé cómo y por qué fue. Fue un lento declinar, porque también Álvar, como todos, sufrió el paso de la edad y se dejó vencer por el tener lugar fijo, casa de buen asiento y piedra labrada, fuego encendido, yantar seguro para sí y para los suyos, amparo del poderoso y barbacanas ante los enemigos. La protección de don Manrique, lo que sus trabajos para él le aportaban en dineros y en relación, el sentirse en seguro y que lo estuviera su familia también, por mucha zozobra que hubiera alrededor, todo ello pesó. Aunque hubiera alguna vez, cuando todavía cogía la vihuela, venía Alí y tocaba su rabel, que a él le asomaba a los ojos aquella luz y por un rato retornaba aquella complicidad del mezquino y el errante que un día se vinieron a encontrar en la fortaleza de Gormaz.

He de decir, llegado aquí y al releerme a mí mismo, que lo anterior puede dar la impresión de un hombre quebrado y de amarguras lleno. Y no fue así. Siguió teniendo la risa fácil, siguió afrontando con serenidad la desgracia. Pero lo que quiero decir es que ya no era como fue, como yo lo hubiera querido por siempre recordar, como me hubiera gustado salir a los caminos con él, como Álvar salió con el abuelo Pedro. Siempre quise el poderlo hacer alguna vez, como el viaje a Santiago, pero nunca fue y me quedó allí dentro aquella herida, este vacío.

A los palacios y a los castillos, a los salones con escudos de armas y hasta a las cortes reales me llevó, pero como me hubiera gustado, solos padre y yo, por esos caminos de Dios, a caballo o pie, con la cítara colgada en la espalda, como él fue con el abuelo, por esas

sendas no fui.

Aquello —siempre le eché la culpa y de ello provinieron muchos de mis odios— vino dado por su nuevo cometido, que nunca quise ni quería entender, y a ello atribuí que su fuego interior se apagara y él se cubriera de ceniza gris.

Sospeché también, después del viaje a la Murcia del Rey Lobo, si aquello pudiera ser por una mujer, tal vez aquella Aziza, de la que con tanto misterio y ocultación se negaban a hablar tanto él como Alí. Que algo hubo entre los dos, lo di por hecho, pero deseché que de su cambio y actitud vital pudiera ser responsable, pues antes al contrario ella bien podía haberle avivado sus ascuas y no había sido así. Tuve la osadía de preguntarle a él mismo por ella, aunque ocultándole la verdadera razón de mi demanda, y su respuesta y latido de su propia voz me hizo comprender que no había sido, fuera lo que fuera, algo que hubiera quedado marcado como a hierro al rojo en su interior y aún le quemaba de alguna forma por dentro, sino que simplemente era un algo del pasado que ya se había quedado plácidamente allí.

Decidí, puedo estar equivocado, que en su declinar nada tenían que ver las experiencias amorosas. Era al contrario, más bien. La desaparición de aquellas pasiones, que lo habían acompañado desde casi niño, era en realidad un síntoma de su desinterés por la vida. Si quebrarlo no lo había conseguido Aalis con aquel abandono, que le dio al cabo aún más fuerza, nadie podía haberlo hecho después.

La muerte de madre, pensé, tal vez hubiera podido ser la causa final, pero tampoco lo vi así. Cuando Lucía murió, a él lo sentí sufrir en lo más hondo y con tremenda intensidad. Pero no fue tampoco aquello, es más, el recuerdo de madre siempre fue luego de los pocos esbozos de resurrección y retorno al ser anterior que pudo tener.

Me pregunté mucho siendo adolescente por ello: ¿qué le dejó seco a él, como la espada del moro dejó seco el brazo del abuelo? ¿Qué agotó el manantial e hizo que dejara de fluir en sus entrañas el agua de su alegría por vivir? No lo supe entonces, no lo sé ahora y ya no lo sabré. No encontré respuesta porque no la había, como yo quería ingenuamente que la hubiera. No había espada del moro. No había esa única causa responsable. Porque quizá fue nada y fue todo. Porque quizá fue el propio vivir.

Aunque para mi vida yo sí tuve una causa a la que achacar mis desdichas después y como tal la sufrí y pené durante muchos años. La muerte de mi madre trajo también muertes. Me devastó. Mi padre

intentó que no fuera así, pero no lo logró. Fue peor. Volvió a mi lado y me quiso tener al suyo. Pero yo me negué y lo negué a él en lo profundo de mi ser. Lo culpé de mi dolor y lo odié.

Lo vi sentir y sufrir en lo más hondo y sordamente, con toda la dureza que hace sufrir el remordimiento y el no haber estado mucho cerca y al lado de ella. Y el no haberle dicho lo que la había amado y la amó hasta el final. Pues tuviera las aventuras que tuviera, Álvar, desde que la conoció, siempre la amó, siempre fue su única esposa y mujer y su casa la única casa que tuvo y que sintió suya y de los dos. Ella siempre lo supo y no necesitó perdonarlo, porque no se sentía que tuviera, en el fondo, el porqué. Pero yo, no. Yo no lo perdoné.

El abuelo Hugo había muerto también unos años antes. Padre estaba lejos y no se enteró hasta su vuelta. El halconero apareció una mañana tendido cerca de su mejor azor, que saltaba y hacía sonar sus cascabeles sobre una liebre que acababa de cazar. Estaba en el rastrojo, caído a unas pocas varas, como si hubiera ido corriendo hacia su pájaro para cogerle la presa y recompensarle con un trozo de carne que todavía apretaba en la mano enguantada. Se desplomó y ya no se levantó. Al ver que no regresaba, un compañero, que aquel día había ido con él para llevarle el morral y compartir alguna pieza que le quisiera dar, fue hacia donde le había dejado apenas hacía nada, tapado por un cerrete, y lo encontró.

—Mejor muerte no ha podido tener mi padre —dijo su hija, y lo dijo de corazón.

Lo amortajó y luego, por mediación del conde de Lara, consiguió poderlo llevar a enterrar a Gormaz.

—Murió como creo que hubiera querido hacerlo y como Dios le concedió, pero yo sabía dónde quería que se le diera tierra. Y eso, gracias a don Manrique, también se lo hemos podido dar.

Madre, aunque no pensamos nunca nadie, ni ella tampoco, que sería tan pronto, al menos sí que nos avisó con tiempo de que se iba a morir.

Fue aquello cuando yo iba a cumplir los catorce y ella muy joven aún, tan lozana y fuerte que cuando enfermó nadie pensó que iba a perecer. Nadie excepto ella, que presintió que sus días llegaban a su fin e hizo avisar a Álvar, que por entonces por fortuna se encontraba no lejos de Medinaceli visitando con el conde propiedades suyas por Atienza y Soria. Padre vino a escape, sin hacer parada alguna llegó a

su lado y no se separó de ella durante los casi tres meses que le costó morir. No escatimó en dineros en médicos y remedios, ni en pedir favores a moros y judíos que decían tener los mejores. De nada sirvió. La hija del halconero se fue consumiendo, como si el mal la royera por dentro, y llegó día en que no se sostenía ya en pie y otro que tampoco podía ya comer sin ayuda y cuando ya en nada se podía valer.

Durante todos aquellos días, el abatimiento de Álvar contrastaba con el conformado sentir y hasta se diría que el contento de Lucía de tenerlo a su lado. Ella sonreía cada vez que entraba en la estancia, aunque hubiera salido tan solo unos instantes antes, sonreía cuando le hablaba y aún más cuando tocaba para ella, que lo hacía muchas veces, pues así lograba que durmiera un poco. Ella también le pedía que le recitara cosas, muchas veces aquella parte del romance de los infantes de Lara a las orillas del río.

Padre, bien lo sé, sufrió mucho, porque lo vi, aunque fuera ella quien moría y sentía muy fuertes dolores, que ello sí, un médico hebreo alcanzó a mitigar. Padre sufría por el tiempo pasado en que no estuvo, por los muchos días y noches que había pasado lejos de nosotros, por su culpa de habernos tenido en lo que ahora sentía como abandono, por no haberle hecho saber más de su amor, por no haberle hecho sentir su querer.

Yo notaba también cómo me miraba a mí y veía en sus ojos el reproche que se hacía a sí mismo. Había sido su único hijo. Madre tuvo un parto muy difícil del que estuvo a punto de morir y ya no pudo concebir más. Me había hecho educar como él creyó, y se esforzó por que pudiera hacerlo y que fuera lo mejor para mí, pero no había estado donde yo ansiaba que estuviera, mucho más junto a mí y mi madre.

Fueron tres meses de tristeza, primero, y de angustia, al final, cuando ya cada día parecía el último. Pero la fortaleza de Lucía era mucha y se resistió hasta su postrero aliento a morir. Y fue aquel final instante el que para el resto de mi vida se quedó en mi memoria clavado. Mi madre, con la última mirada, justo antes de que sus ojos quedaran fijos, inmóviles, sin vida, estaba mirando a padre, a su Álvar. Y sonreía cuando expiró.

LIBRO III

Yo, Per Abbat

35

Soledades

Odiaba a mi padre, por dejarme solo entre aquella gente extraña que me cataba de arriba abajo como inferior; odiaba al conde, a la condesa, a sus hijos y a todos a cuantos tenía que agradecer el estar allí, donde no quería estar; odiaba incluso a madre por morir, aunque era un instante y tras él me anegaba la tristeza y me sentía el más miserable ser por haberla odiado. Odiaba todo cuanto me rodeaba, y nada ansiaba más que huir de allí.

Yo soy Per Abbat, bueno, lo sería después. No he hablado apenas de mí en todo cuanto hasta ahora llevo escrito, porque sabría que tendría que decir, a poca honradez que tuviera, quién y qué fui, y me avergonzaba el tenerlo que contar. Yo era entonces un muchacho de apenas catorce años lleno de ira y de miedo, que reventaba en una furia rabiosa que me hacía temible.

Mi vida estuvo, durante largos años, preñada por el odio y roída por el rencor.

Llevé durante mucho tiempo un vivir airado, violento y cruel, hasta llegar al homicidio y la desesperación.

Ahora soy Per, un abad, clérigo y juglar, pero lo que fui antes he de contarlo también, pues no hay río manso que no haya sido antes un embravecido torrente. He de dar, pues, y sobre todas las cosas, gracias al Creador por haberme rescatado de mi propia perdición, y he de agradecerle a Él también el haber puesto en mi camino quien me enseñara el amor y a amar. Y que yo aprendiera, por él, a renunciar.

De todo ello daré cuenta, pero he de comenzar a contar por el principio.

Padre vació casi del todo nuestra casa y la cerró. La casa que había sido de los dos, suya y de madre, y uno allí solo no iba a poder vivir. Se le caía encima. Lo aplastaban los recuerdos y los remordimientos. Yo no solo no contaba allí para aliviarlo, sino que le acrecentaba el

recuerdo y el dolor. Me sacó de mis estudios del cercano monasterio de Santa María de Huerta, donde yo estaba internado, y me llevó a vivir con él a Molina. Solo recogió de la vivienda lo que era de uso común y propio de nosotros dos; todo lo demás, lo que era y sonaba a madre, lo dejó allí, las camas, los utensilios de la cocina, las mesas, los manteles, los tapetes, la vajilla. Todo lo dejó atrás y echó la llave a la puerta. Y sé que nunca más la abrió.

En Molina, él ya llevaba mucho tiempo aposentado en las casas de don Manrique, y la posibilidad de residir allí de manera permanente le fue ofrecida de manera inmediata. Tan solo había que añadir un cuarto para mí. Para la yegua árabe (la única que quedaba, la otra, muy vieja ya, se la regaló a Alí) tenía desde hace tiempo también un pesebre en las caballerizas de los Lara. Sobró con un carro, ni a medias se llenó, para transportar todo lo que nos llevamos, donde lo más voluminoso era un arcón donde estaban las tablillas y los escritos, y algunos recuerdos del abuelo Pedro, entre ellos su escudo, loriga de cuero y hacha, de las que padre nunca se quiso desprender, y su viejo bastón, que aún conservaba el estilete en su interior. Los cetreros del conde se llevaron también el último halcón que había criado madre, y una hembra de esmerejón, lisiada de un ala, que ella le había pedido que cuidara hasta que se muriera, que no tardaría mucho, porque era muy vieja ya.

La casa de Medinaceli, allá en la calle que salía de la plaza porticada, hacia donde se abría la puerta de la muralla encarada al norte, quedó cerrada, y no la abrió mientras vivió. Quisieron comprarla y a todos les contestaba: «Aguardad». No la vendió jamás. Ni yo, de lo poco que no he de avergonzarme, tampoco.

Me llevó a vivir con él, pero eso no quiso decir que pasara más tiempo conmigo. Si acaso menos, pues ahora ya no dejaba de acompañar a todo y a todos los lados a don Manrique, como si yendo de aquí para allá olvidara lo que ya no le esperaba. Pero atrás me quedaba, solo, yo.

Dispuso con don Manrique el proseguir mi educación. Él tenía un hijo, el mayor, de edad pareja a la mía, tan solo un año y pico menor que yo, y de nombre Pedro, como el mío, por ello para distinguir comenzaron a llamarme Pero a mí. Junto con él se educaban y adiestraban también algunos vástagos de sus caballeros más relevantes. Yo podría unirme al grupo, aunque ellos habían recibido una formación muy diferente a la mía, y tenían en el ejercicio de las armas y aprender como infanzones a desempeñarse en lo que luego sería su quehacer de por vida su principal y única misión. No era

preciso que yo lo hiciera, aunque decidieron que tampoco me vendría mal el aprender a montar y a manejar una ballesta, una azcona y hasta dar algún mandoble con la espada. Pero se entendía que aquello no iba a ser mi prioridad, sino más bien favor que se me hacía, pues espuelas de caballero, por mi condición, no iba a calzar nunca. Iba a estar con ellos, pero no iba a ser uno de ellos. Y nunca lo fui. A nada tampoco quise serlo, y a poco más los aborrecí.

De inicio, en el recinto del castillo donde se ejercitaban, todo fueron miradas despectivas; supieron quién era y mi condición, y no acababan de entender qué hacía yo entre ellos. De las miradas pasaron a las palabras ofensivas, y de ellas a querer hacer de mí su sirviente. No supe la primera vez cómo reaccionar ni responder. Hice hasta ademán de obedecer, como reflejo del hábito adquirido con los frailes, pero algo se me rebeló y me negué. Se produjo el primer incidente: Beltrán, hijo de un infanzón de Cogolludo, corpulento y sanguíneo, fue quien hizo cabeza para obligarme a que les llevara agua para beber. Me llovieron gritos, empujones y algún golpe. Me salvó de más Pedro, el hijo de don Manrique, que aún menor en edad que Beltrán y algunos otros, no lo era, sino al contrario, de condición. Cuando intervino cesaron en su ataque, pero ya no iban a cejar en su acoso jamás. Lo aguanté durante semanas y fue a peor, pues, cuando dejábamos los ejercicios físicos, llegaban las horas de latines. Entonces mi mayor preparación y soltura, de la que de inmediato se percataron nuestros preceptores, que me enaltecieron y pusieron como ejemplo para los demás, los enrabietó aún más contra mí. Los insultos y empellones se hicieron costumbre en ellos y se convirtieron en cotidiana tortura para mí.

Dudé en decírselo a mi padre, pero me acabé por callar. Él algo debió de notar y me preguntó, mas no dije nada, pues pensé que de hacerlo hasta sería peor para mí. Pero al cabo una cosa sí le pregunté:

—¿He de obedecer a los hijos de los caballeros si me ordenan servirlos?

Se quedó Álvar callado. Lo meditó y al fin me contestó:

—Al conde y a su hijo, sí. Si alguno de los padres de ellos o cualquiera de tus instructores te lo demandan, hazlo también, pero a los hijos de los infanzones no los tienes por qué servir.

Algo al respecto debió de consultar él también, porque aquella noche volvió a la conversación y, como de pasada, me espetó:

—No eres aquí un sirviente, hijo mío. Yo estoy al servicio de don Manrique, pero no como un siervo, y tú menos has de serlo de los hijos de quienes, como yo, también le sirven a él.

Fue aquella, y quiero recordarlo ahora para bien, la vez, una de las muy pocas, por no decir la única, que sentí el amparo de mi padre. Si hubiera estado presente más tiempo y ocasiones, tal vez hubiera habido alguna más, pero sus ausencias fueron cada vez más continuas y alargadas. Yo entendí que debía intentar componérmelas por mí mismo y arreglármelas como pudiera.

Supongo que algo debieron de decirles nuestros instructores a mis enemigos, ya los consideraba así, pues noté que su encono subía, y me mantuve atento ante lo que de seguro tramaban contra mí. Cesaron en lo de pretender que los sirviera, pero me tomaron como blanco de todas sus burlas y desprecios hasta hacerme el mayor de los vacíos y dejarme por completo aislado. Solo quedaba la agresión y esta no tardó en llegar.

Yo apenas si me ejercitaba con la espada, solo tenía aquella del abuelo, y siempre a solas. No lo hacía con la lanza, aunque montar sí montaba la yegua árabe que, aunque iba teniendo años, era todavía un gusto verla galopar, pues ahora para sus viajes mi padre utilizaba un caballo más robusto. Me aficioné al arco y la ballesta y a lanzar la azcona, y no se me daba mal. Pero nunca cruzaba armas con ninguno, y mis golpes solo tenían como destinatarios los postes de madera. Los aprendices, en cualquier caso, teníamos severamente prohibido dirimir nuestras disputas con arma alguna, pues ello suponía una falta muy grave que conllevaba la expulsión. Las peleas eran a cuerpo limpio, con puños, presas y patadas.

Aquello fue lo que Beltrán provocó. Aquel día noté cómo se tensaba el aire nada más llegar, no tardaron en llegar las voces y el hacerme un corro alrededor. Entonces Beltrán se dirigió a mí caminando con aire amenazador, se plantó delante y me escupió. Y no esperó ni a que respondiera, me golpeó con el puño en la cara, aunque no me alcanzó de lleno, pues logré taparme un poco con la mano, y se abalanzó sobre mí. Recibí mucho castigo y en algún momento pareció tenerme ya casi ahogado e inmovilizado, pero la rabia y la desesperación iban creciendo en mi interior y en un momento que tuve a mi alcance su oreja se la mordí con todas mis fuerzas. Lo agarré por el lóbulo y tanto apreté y tiré, mientras él chillaba como un gorrino cuando le echan el gancho para llevarlo a degollar, que le arranqué un pequeño trozo. Me soltó de su presa y nos incorporamos los dos. Él sangraba y se palpaba la oreja herida, y entonces yo me lancé sobre él y a patadas en el

estómago y una que le alcancé a dar en sus partes lo derribé, y en el suelo a puñadas, a horcajadas sobre él, le hice sangrar aún más por la nariz. Vinieron sobre mí muchos, me quitaron de él e iban a comenzar, de hecho, ya habían comenzado, a golpearme, cuando el joven Lara se interpuso y a grandes gritos logró que pararan.

Ayudaron a levantarse a Beltrán, me miraban muy foscamente y me hicieron gestos de amenaza, pero no se me acercaron ya.

Sí lo hizo Pedro de Lara. Muy serio me dijo:

—Habré de decírselo a mi padre, don Manrique. Él decidirá. Pero le diré también que la pelea no la comenzaste tú.

Sin ser entonces mi amigo ni serlo en los dos años largos más que yo pasaría en Molina, sí fue el único que me ofreció, si no apoyo, sí su ecuanimidad cuando todo estuvo contra mí. Eso no lo olvidaría nunca, no lo he olvidado hasta hoy.

36

Despertares

La pelea con Beltrán me trajo consecuencias. Más que por ella en sí misma, por la forma en que se produjo y sus consecuencias: la pérdida de un cacho de su oreja por mi mordisco. Aquello de noble lid no tenía nada, y aunque le cicatrizó y curó bien y el trozo era pequeño, la marca le quedaría de por vida y estaba incluso establecido lo que había de pagarse por ello al perjudicado, lo que mi padre cancelaría con prontitud. Me amonestó con severidad, pero más que por lo sucedido, por lo que ello significaba en su relación con don Manrique. Hubo de ir hasta Cogolludo a reparar el daño y pedir disculpas al padre del afectado, que se quedó para los restos con el apodo del Desorejado y mantuvo de por vida un odio feroz y las peores intenciones contra mí.

Se tomaron también algunas medidas generales, y aunque hubo alguna sanción para los aprendices, el más perjudicado fui yo. O tal vez no. Porque el castigo fue separarme del grupo y dejar de ejercitarme con ellos. Ellos conseguían de esta forma lo que querían, pero a mí no me importó demasiado. Lo cierto es que esa había sido ya la realidad, pues apenas nadie, y eso si había sido obligado por un instructor, había cruzado armas conmigo, o sea, que apenas nada cambió, excepto en los ejercicios de a caballo donde a veces había participado. Nadie antes, ni menos ahora, había contemplado el adiestrarme para ser un guerrero ni se me ocurría a mí el aspirar a ser un día armado caballero. No se me prohibió el realizar los ejercicios que quisiera, como siempre con mis propias armas, pero todavía más separado y ya sin recibir de los maestros instructores ninguna atención. Las horas lectivas sí habría de compartirlas y se me añadió alguna más. Pero me quedaban muchas vacías y en soledad. Para quienes habían sido a la fuerza mis compañeros me convertí en un apestado. Tan solo unos cuantos, Pedro de Lara y pocos más, me dirigían la palabra, comía apartado de los demás y rehuían encontrarse conmigo, salvo si por obligación no lo podían evitar.

La fría Molina se me hizo más gélida aún. En el recinto fortificado,

que ocupaba todo el cerro y coronaba la torre de Aragón, pues se había alzado aprovechando la erigida por el Batallador, las celliscas de viento y nieve llegaban antes de que asomara siquiera la estación invernal, y esta no concluía hasta que la primavera estaba ya muy entrada por otros lugares. Llevaba una vida solitaria, mi padre estaba casi siempre fuera en viajes con don Manrique y cuando regresaba, y aunque se esforzaba por agradarme, nada tenían que ver aquellas vueltas con las que cuando de niño yo anhelaba el día de su venida y temía el de su partida. Yo contestaba con las menores palabras posibles a sus preguntas y, tras sucesivos intentos de acercamiento, padre fue desistiendo también de buscar mi cercanía. Observé con oculta satisfacción que aquello le entristecía y ello me hizo ahondar aún más en mi actitud.

Había encontrado además una espita por donde escapar de mi obligada situación. Me aficioné a bajar al pueblo y a las orillas del río; el Gallo era muy rico en truchas y cangrejos, y cuando el tiempo se dulcificaba era el lugar de encuentro de muchas gentes. Los alrededores del puente estaban siempre concurridos y yo comencé a frecuentarlos también. Ser el hijo del juglar, al que muchos conocían y por quien tenían gran admiración, me sirvió de mucho para ir haciendo conocidos, primero algunos arrapiezos y mozos de mi edad y luego un poco mayores. No tardé en ser parte de un grupo que, aguas abajo y a salvo de miradas, hacía con cestas de anea acopio furtivo de peces y cangrejos, y fueron aquellas tardes y crepúsculos donde me volví a escuchar reír, tras no haberlo hecho desde la muerte de mi madre. También había muchachas y fue con ellas con las que comencé a picardear.

Fueron ellas, y aquella cuadrilla, quienes me animaron a coger mi vihuela y sacarle algunos acordes una noche en mi aposento. La había traído conmigo desde Medinaceli, pero hacía largos meses, desde que dimos tierra a mi madre, que la sola idea de hacerla sonar me resultaba repulsiva.

En realidad yo no sabía a qué me dedicaría en la vida, más allá de que desde niño me habían enseñado a tocar diferentes instrumentos, algo que había aprendido con bastante más aprovechamiento que otras cosas. Siempre había tenido la certeza de que cuando alcanzara una edad padre me llevaría con él, pero eso ahora se había deshilachado también. Que siguiera aprendiendo de todo es lo que me alcanzaba a decir. Ahora, tantos años después, alcanzo a entender que por aquellos días él estaba aún más confuso y perdido que yo.

Toqué aquella noche y lo volví a hacer las siguientes, y en el castillo no

faltaron pronto quienes lo venían a escuchar. También lo oyeron quienes me había arrojado de su lado, pero ellos no asomaron por allí. Sí lo hizo Pedro de Lara con dos de sus cercanos y me animaron a cantar. Lo hice, y el joven Lara mandó que me trajeran vino. No era la primera vez que oía los versos del Cantar de mio Cid, pergeñados por mi abuelo o quizá ya por mi padre, o retocados por él, pero me los hizo repetir.

En unas semanas, coincidentes además con la llegada del buen tiempo y el calor, mi situación en Molina había cambiado. Ya no me parecía ni gélida ni hostil, mis enemigos parecían haber empequeñecido hasta desaparecer en mis pensamientos, era hermoso comenzar a ver brotar en plantas y flores la tierra entera y bajar hasta el puente del río a cantar con la vihuela jarchas, romances y picardías para que bailaran las damas. Plebeyas, campesinas y siervas fueron mi primer público y sus sonrisas y guiños mis primeros aplausos. No mucho después yo buscaría, o lo harían ellas, algo más.

Mi favorita era la canción del prisionero, porque un algo así me sentía, porque sabía que las enternecía y porque hasta hoy mismo hay muy pocas que me parezcan más hermosas:

Que por mayo era, por mayo,

cuando hace la calor,

cuando los trigos encañan

y están los campos en flor,

cuando canta la calandria

y responde el ruiseñor,

cuando los enamorados

van a servir al amor;

sino yo, triste, cuitado,

que vivo en esta prisión;

que ni sé cuándo es de día

ni cuándo las noches son,

sino por una avecilla

que me cantaba el albor.

Matómela un ballestero;

dele Dios mal galardón.

Ellas eran las calandrias y yo me creía el ruiseñor, pero también sabían responderme a mí, y por andar de flor en flor, un día me lo hicieron a coro, y con unos versos que yo mismo había dicho y ahora me los devolvían como reproche.

De la retama la rama,

de la rama la corteza,

no hay bocado más amargo

que amar donde no hay firmeza.

No pude sino reír y rieron también ellos, mozas y mozos, que me la volvieron a cantar y fue ya después tantas veces entonada que se convirtió en la más popular de todas.

Cuando mi padre regresó aquella vez, se sorprendió de oírme practicar. Vino a mi cuarto y vi alegrarse su cara. Se volvió sin decir palabra y al poco regresó. Traía su cítara con él y con un solo gesto me pidió que le siguiera. En Álvar aún quedaba algo del juglar y tal vez yo me hubiera precipitado al darlo por enterrado. Creo y confieso ahora que aquella noche tocando con su hijo, conmigo, algún brote verde afloró en su ánimo, y que a mí aquello hizo que se me vaciara un poco el pus que estaba enconando contra él.

La noche siguiente no, pero dos días después, sí, don Manrique ofreció un banquete en el salón grande y Álvar me dijo que acudiríamos los dos y que vendría también un bufón. Fue aquella mi primera actuación junto a mi padre y ante gentes de alcurnia. Nos vestimos para la ocasión, padre con un traje que en su último encuentro le había regalado el Jordán y que no le había vuelto a ver lucir, y yo con un jubón nuevo y unas calzas granates que había tenido guardadas

para mí. Al concluir, la condesa Ermesinda me hizo llegar hasta ella para hacerme un obsequio. Lo recogí con un arrebol en el rostro que me fue imposible contener. Al dármelo me habló en su lengua occitana, pero yo no la entendí, entonces se volvió ella hacia padre y con un mohín de regaño le dijo:

—Álvar, no debes de privar a tu hijo de la lengua del amor. Enséñasela.

Y toda la concurrencia, alborozada por sus palabras, el buen yantar y el buen vino, lo celebró. El primero y con mayores risas, don Manrique.

No me faltó tampoco la felicitación del hijo de ambos, Pedro, ni que este me manifestara con gestos y alharacas su aprobación. Del resto de los aprendices apenas si vi por el salón a unos pocos y ejerciendo de pajes de los condes y servidores de su mesa, lo que era gran honor. Ni el Desorejado ni sus seguidores asomaron por allí.

Cuento estos días felices porque no quiero ser injusto con su memoria ni con padre, y tengo para mí que quizá todo hubiera podido trascurrir de otra manera y él lo intentó. Pero otros fueron los designios del Señor.

Poco más de dos semanas después, mi padre volvió a marchar. Y esta vez la ausencia duró hasta casi la Navidad.

Las nuevas de la corte del Emperador no eran buenas y todas tenían una misma dirección. Los ejércitos almohades no cesaban de ocupar ciudades y territorios y no había reyezuelo de taifa que no se les sometiera. En los años anteriores, y tras fracasar Alfonso en su intento de recuperar Córdoba, ellos habían tomado Badajoz y toda su taifa, y luego todos los reyezuelos del extremo occidental de Al-Ándalus, Évora, Jerez, Niebla, Ronda y Tavira, convocados por el califa Al Mumin, cuyo poder ya era tan absoluto que lo convirtió en hereditario, acudieron a Marrakech a rendirle pleitesía y jurar obediencia, tanto a él como a las sagradas doctrinas del tawid.

De toda la zona solo faltó a la cita el líder místico Ibn Qasi, señor del Algarve, quien había sido el primero en solicitar su ayuda y facilitar su primer desembarco en la Península. Ahora, en un intento desesperado de librarse de su poder y su rigor fanático, intentó pactar con el rey de Portugal, pero entonces sus propias gentes se revolvieron contra él, lo asesinaron y se sometieron a Al Mumin. Los muzmutus en

todos los lugares en los que tomaban el poder mataban a los cristianos que siempre habían vivido allí, pagando los tributos y respetando la primacía del islam, y a los judíos, considerados gentes del Libro también y que bajo ciertas condiciones podían vivir en tierra musulmana y los habían ayudado desde el comienzo, los sometían a la más feroz persecución. Estos habían comenzado a huir de todo Al-Ándalus y llegaban a Calatrava pidiendo amparo y lugar donde vivir al Emperador.

La excepción era el Rey Lobo, que no solo detenía sus avances, sino que los derrotaba y los hacía retroceder. Con las poderosas mesnadas cristianas que comandaban sus tropas, hacía huir a los temibles africanos y estaba avanzando por tierras de Jaén, señoreando la capital y sus mayores poblaciones, y volvía a controlar de nuevo ciudades perdidas y castillos ocupados.

Los dos reyes, el Lobo y el Emperador, se habían vuelto a ver de nuevo, esta vez en territorio musulmán, en Lorca. Mi padre estuvo también presente, reclamado por el propio rey, sabedor de su buena relación con el Mardanis. Los silencios y la tristeza del juglar no debieron de pasar desapercibidos para el muladí; a él tampoco se le pasó el ver cómo del joven ambicioso quedaba intacta la avidez y aún mayor, pero su carácter había cambiado. Rodeado de una temible guardia cristiana de los más feroces guerreros pardos, las gentes temblaban a su paso, y sus maneras de tratar a quienes lo rodeaban y la forma de ellos de acudir a sus llamadas o de marchar de su presencia mostraba el temor que le tenían. Con los cristianos se deshizo en agasajos y amabilidades, exhibiendo ante ellos todo el lujo y riqueza de su corte y su palacio, mucho más ostentoso ahora que cuando Álvar lo visitó por primera vez. Al regreso a tierra cristiana volvieron a pasar por Zorita, y al llegar a una peña que llamaban de Anguix[53] y que dominaba las juntas del Tajo con el río Guadiela, el rey ordenó a un caballero, llamado Martín Ordóñez, que levantara allí un castillo, y para ello le hizo donación de extensas tierras a su alrededor que le encargó repoblar. Fruto del acuerdo alcanzado fue el cerco por el Rey Lobo de Guadix, que quería entregarse a los almohades, hasta tomarlo y asegurar toda la zona y dejar expeditas las líneas de abastecimiento y contacto con Almería.

Poco antes había muerto también el rey García de Navarra, el que fuera nieto del Cid, y le había heredado su hijo Sancho VI, apodado el Sabio. La alianza entre los reinos se había retejido con dos bodas: el joven Sancho, el primogénito de Alfonso VII, que ya iba a la guerra con él, se había casado con doña Blanca, hija del difunto García y hermana del nuevo rey, y el propio soberano navarro por su parte

había casado con doña Sancha, hija del Emperador. Incluso el propio rey Alfonso había vuelto a casar, en este caso con una extranjera, una polaca llamada Rica, nieta de Leopoldo III de Austria.

Las alianzas entre los reinos cristianos eran ahora más necesarias que nunca para poder afrontar la terrible tormenta que amenazaba desde el sur y cada vez crecía más en fuerza y poder.

En Molina, entre los aprendices de guerreros, corría la nueva de que al año siguiente el Emperador iba a hacer una gran campaña, que iba a ir contra los muzmutus para preservar Almería y las fortalezas en su ruta hasta allí. Y que al tiempo el Rey Lobo con las mesnadas castellanas, al mando del nieto de Minaya Álvar Fáñez, Álvaro Rodríguez el Calvo, que era el terror de los moros y ya había derrotado en más de una ocasión a los almohades, iba a atacar y retomar Granada. Todos anhelaban el poder ir ellos también, y aunque algunos sabían que habrían de esperar todavía dos años o tres, otros como Beltrán el Desorejado estaban seguros de poder acudir ya en esta ocasión.

[53] Uno de los escenarios más señalados de la novela El rey pequeño de este mismo autor.

37

Retozos

Entró en mi estancia con sigilo. Me sobresaltó, pero se llevó el dedo a sus labios golosos y me miró con un brillo travieso en los ojos. Vino hacia mí, que estaba tendido en la cama, y no me dejó incorporarme, sino que con su mano me empujó mientras se inclinaba sobre mí y me acercaba su busto y el arranque de sus grandes y turgentes pechos, que tantas veces había catado con furtivas y ansiosas miradas y que estaban a punto de descubrirse del todo.

Aguanté la respiración. Me cogió una mano y se la llevó al escote para que sintiera su tibieza. Noté que al instante mi miembro viril comenzaba a crecer. Como lo había hecho cuando había pensado en ella y en lo que ahora estaba sucediéndome, o cuando había llegado a besar y acariciar entre sofocos a algunas muchachas del río.

Me dijo con voz queda y sinuosa, como quien está a punto de paladear un dulce:

—Te voy a catar, chico, antes de que lo haga otra. Y tú vas a catar hembra. Déjate hacer.

Con un tirón del cordón de su blusa se descubrió del todo el pecho. Tenía unas tetas grandes, temblonas pero firmes, y con pezones rosados como botones.

—Amásamelas —me ordenó— y bésamelas.

Lo hice y noté cómo el pezón se le endurecía, y ella soltó un respingo hacia dentro.

Llevó su mano a mis partes y me agarró. Se echó a reír.

—Tu espada esta presta para acometer.

No perdió un instante, se desnudó y me apresuró a desvestirme.

Se echó desnuda en el lecho, boca arriba y abierta, y me hizo echarme sobre ella. Con su mano me dirigió a su apertura emboscada en una pequeña pelambre oscura y rizada. Entré y la penetré con mi verga hasta enterrarla entera en su carne.

Ella me abrazó con sus muslos para que ahondara mejor. Yo arremetí una, dos, tres veces, y no muchas más. A nada sentí que daba sacudidas y me derramaba en su interior. Ella me apretaba con su coño para exprimirme el último latido, hasta que mi fuerza expiró.

Me descolgué rodando de costado y me quedé mirando al techo. Todo había sucedido en apenas nada.

Ella se estaba riendo:

—Ya has catado mujer. Ahora reposa, no te hará falta mucho, y entonces me lo volverás a hacer. Ahí es cuando sabré si merece la pena de volver por aquí.

Alcanzo a recordar que se llamaba Justina. No era muy alta de estatura, tenía caderas anchas, un culo redondo y poderoso, como sus pechos, y un talle fino, con vientre plano. No era muy agraciada de cara, pero tenía unos ojos muy vivos y risueños y unos labios gruesos, rosados y golosos.

Tuvo razón en cuanto a la espera. Ella propició que fuera aún más corta. Comenzó a besarme y lamerme por todo el cuerpo, y me pidió que volviera yo a sus tetas tras enseñarme antes un poco a degustar su boca.

Comprendí que las caricias en sus pechos eran lo que más la excitaba, y que si lo hacía con cierta fuerza, aún más, y gemía. Arrecié en ello y empezó a retorcerse y a dar fuertes respingos. Aún quiso ordenarme:

—Mámalas, apriétamelas y hasta muérdelas, si quieres, pero sin hacerme demasiado daño.

Al hacerlo y con dureza es cuando me di cuenta de que comenzaba a adquirir dominio sobre ella y su cuerpo, pues se puso a gemir y hasta gritar, aunque ahogadamente, perdido el control.

Lo recuperó separándome y bajando con su boca por mi pecho y mi ombligo, hasta llegar a mi verga, que ya había comenzado de nuevo a engordar y endurecerse. Se la tragó entera. La gustaba, chupaba y lamía, y lo hizo también con mis cojones.

—Ya esta lista de nuevo tu espada para el combate. A ver cuánto aguanta en la lid. Móntame ahora. Lo habrás visto hacer a los burros. —Le gustaba mandar, quizá porque era el único momento en que podía hacerlo, pero sus expresiones guerreras delataban cuáles solían ser sus jinetes.

Se puso a cuatro patas como las yeguas, ofreciéndome la redondez de sus nalgas en pompa. Y de nuevo me condujo diestramente a su interior con la mano.

Entré con fuerza. Ahora ella estaba más húmeda y hueca y respondió ya a la primera embestida con un gemido. La cabalgué con brío, penetrando hondo, saliendo y volviendo a picar espuelas. Ella pasó del gemido al bufido y a resoplar hinchando los carrillos y soltando el aire a golpes cada vez que la arremetía. Me acució:

—¡Dame, dame, fuerte, fuerte, dame!

No fueron ya muchas más las embestidas de mi espada, como ella la llamó, que se quedó en la última, ya fija y clavada, palpitando y derramándose. Pero en esta ocasión ella, allí en sus entrañas, también se estremecía y mojaba.

Se había mantenido durante mi asalto apoyada primero en las manos y luego en los codos para que yo la llegara aún más dentro, y concluido y desensartada se dejó caer de lado.

—Aprendes pronto y cabalgas bien. Tú vas a domar a muchas hembras con esa espada. Yo te enseñaré a blandirla mejor aún y a dar placer y tomarlo con ella.

Era una de las sirvientas de la torre principal y era sabido que sus servicios al señor y a otros señores eran muy estimados. Tenía bastantes más años que yo, pero se mantenía lozana. No había tenido ningún hijo.

Desde aquella tarde de aquel verano donde hasta en Molina el sol abrasaba y había que buscar en el sopor de las tardes el cobijo de las piedras frías, aprovechaba los resquicios para holgar conmigo y yo holgué muy placenteramente con ella. Aunque no tardó en dejar de ser la única.

No tardé en darme cuenta de que yo despertaba creciente interés en las mujeres y que el resultarles atractivo me otorgaba poder sobre ellas. Con el tiempo comprobé que era arma de doble filo y también descubría mi debilidad, pero entonces ello me creció hasta

ensoberbecerme.

La siguiente en mi lecho fue ya por disposición mía, tras agasajarla y dedicarle mis atenciones más que a las otras. Era otra sirvienta del castillo, más joven, de pareja edad a la mía, pero tampoco virgen, y en su caso ya con un hijo. Rubia y más esbelta y delicada, no tardó en atenderme y aceptar venir a mi habitación, donde tras satisfacerme le hice un regalo que recibió con mucho alborozo. Menudeé sus visitas con las que escondidamente también me seguía haciendo la fogosa y experta Justina, a la que tanto hube de agradecer para mis lances posteriores. Y sucedió lo inevitable, que estando en plena coyunda con la otra se presentó sin aviso y con el sigilo habitual la una, y nos sorprendió enfoscados en nuestra pasión.

No se sofocó ella en absoluto, como sí lo hice yo, y un poco también la joven, pero no demasiado. Y al echarse Justina a reír a carcajadas ante la situación, ella se rio también. Luego acaeció algo que nunca hubiera imaginado.

—¡Muy pronto ha aprendido el mozo! —exclamó.

Y muy excitada al vernos desnudos y empalando yo muy fuertemente a la dulce rubia que gritaba como cierva alanceada, la poderosa hembra quiso ser cubierta a su vez y se unió a nosotros dos exigiendo que mi verga la atravesara también a ella, montándola como más le gustaba, por detrás, y dándole fuertes azotes en las nalgas con la mano hasta ponérselas coloradas, y hasta con una varita en alguna ocasión. Mientras ello hacía, la joven, aumentada su pasión, exigía que mi boca la contentara a ella también. No sé si logré satisfacerlas a ambas, pero yo quedé exhausto y por unos días hasta las rehuía. Pero era potro joven y a nada fui yo quien las busqué. Eso sí, de una en una y no a la vez.

Fue aquel el verano en el que las hembras y el retozar fueron casi mi exclusiva obsesión. Por fortuna y al darme cuenta de que la vihuela y los romances eran la mejor de las llaves para abrir aquellos candados, me esmeré mucho con ella, y no iba a lugar alguno sin llevarla conmigo, excepto a mis obligaciones lectivas. Pero a ellas también, pues estaba aprendiendo, por consejo de mi padre, a tocar la cítara y el cedro y esta vez lo hacía con una afición que no había manifestado nunca años atrás.

Seguí frecuentando el pueblo y mientras hizo buen tiempo y calor siguieron las canciones y galanteos en el puente y los sofocos por las riberas y alguno pasó a más, pues creyó ella, lavandera y casada, que

se podía limitar a jugar como solía hacer, y se encontró ya no con un mocete al que podía manejar, sino con un macho cabrío al que al principio no pudo y luego ya no quiso contener.

No pasaba aquello desapercibido en el castillo. Tampoco era yo un dechado de discreción. Pero mientras quedaba en plebeyas y sirvientas, no pareció que a nadie molestara, excepto a los aprendices de caballero, que eso me satisfizo mucho, que me miraban con muy envidiosa rabia y yo, sabiendo el porqué, aún los encelaba más. Si el Desorejado hubiera podido cogerme el cuello con sus manos me lo hubiera tronchado como a un pollo por hacer tanto de gallo. Eso es lo que llegó a mis oídos que proclamó furioso al comentarse entre ellos mis andanzas; me lo susurró mi dulce rubia en la mejor posición, y nada me pudo saber mejor.

El desastre me alcanzó ya bien entrado el otoño, cuando era necesario encender las chimeneas y quemar cargas de leña para poder calentar la estancia principal y alguna de los señores. Los demás nos teníamos que arreglar cada cual como mejor se sabía aviar.

La condesa solía reclamarme para tocar y cantar en algunas ocasiones, aunque yo no había aprendido su parla occitana, y eso no le agradaba. No tuve yo nunca en ello la facilidad de mi padre Álvar y doña Ermesinda no me manifestó nunca demasiado afecto, si es que alguno me tuvo, y siempre intuí en ella recelo y hasta cierta aversión. No gustaba y cercenaba cualquier proximidad de su hijo Pedro hacia mí, pues detectó la mutua simpatía entre ambos, e hizo lo que pudo para mantenernos alejados.

A ella podía no gustarle, pero a alguna de sus damas occitanas, la más joven y que había venido no hacía mucho a Castilla, con vistas a casar bien, sí. No es que yo fuera, eso siempre lo supe, un hombre del atractivo que tuvo y retenía mi padre, ni en su rostro, ni en su porte, ni en su expresión. Yo no era ni alto ni bajo, quizá un poco más fuerte de hombros y más duro de cara y mirada, que podía, y más tarde lo comprobé, ser fija, aviesa y llegar a intimidar. La joven dama, Erenia, morena y juncal, se fijó quizá en esa mirada, que a ella, en vez de intimidarla, la atrajo aún más.

En las veladas del salón no faltaba nunca y en cuanto podía llamaba mi atención. Era hija de un caballero provenzal con cierto parentesco, aunque lejano, con el conde Berenguer. No le faltaban pretendientes, pero era cuestión de la condesa y de su padre el decidir cuál le convendría más. Ella se aburría y estaba deseando perder de vista las fragosidades, soledades y los fríos molineses. Pero, mientras, quería

divertirse, y me eligió como pajarillo para su jaula cuando yo había empezado a echar, pero no las suficientes, alas de gavilán.

Fue ella quien comenzó la rueda, ella quien buscaba encuentros fortuitos, ella quien dio el primer beso y salió alborotada corriendo, ella quien pactó la primera cita en la oscuridad y quien se zafó cuando parecía a punto de desmayar. Se asustó tras ello, pero al cabo volvió a jugar. Esta vez ya con protestas de amor, pero poniendo un límite: su virginidad. Aquello no lo podían traspasar. Me consiguió encelar. Habría de tenerla, aunque bien sabía que ella quería guardarse para quien sería luego su señor, un noble que ennobleciera a su prole. Un juglar no lo iba a ser.

Se produjo un encuentro nocturno. Yo hube de conseguir llegar sin ser visto donde ella me esperaba y pude gozar de su cuerpo, de todo menos de lo prohibido, que ella compensó con caricias impensables hasta lograr que yo, aunque enrabietado, me encendiera más. Pensé que una u otra vez ella se rendiría a la pasión y se entregaría por completo a mí. Ya habría manera de reparar o excusar aquello, como Justina tiempo atrás me había comentado que hacían las muchas doncellas que habían dejado de serlo para luego volverlo a ser. Bastaba saber fingir.

Hubo tres ansiosos encuentros más. En el último estuvo a punto de suceder, pero ya no hubo otro. Doña Ermesinda nos descubrió, y mis días en Molina se volvieron oscuros y helados. Se me ordenó permanecer en mis aposentos y se dieron severas instrucciones de que nadie sin permiso de la condesa pudiera visitarme. Justina, de la que algo sospechaba o tenía certeza incluso, fue la primera en ser advertida. Tras varios días de encierro me llamó la dueña a su presencia, y rodeada de sus damas y de las autoridades dejadas por don Manrique al mando de la fortaleza, me juzgó. De inicio y final lo decisorio era que Erenia era noble, y yo un plebeyo de baja condición que había abusado de la hospitalidad de los condes por el cariño que se tenía a mi padre, cuyo nombre había enfangado con mis acciones perversas. Merecía ser azotado con el látigo por el sayón y ser expulsado para siempre jamás de sus dominios. Pero aquello quedaría pendiente hasta la llegada de don Manrique y de mi progenitor, pues estaban ya en el camino de regreso.

En mis indagaciones supe que Erenia no había dicho ni una sola palabra en mi favor. Mantenía que ella había sido la cortejada, y suponiendo que se trataba del galante amor de un trovador que no buscaba sino inspiración, ella había aceptado el cortejo sin suponer en ello maldad alguna.

Pero fue también Erenia quien me salvó, pues hizo comprobar por una experta matrona que su flor estaba intacta, y tras ello juró que entre ambos no había habido ni apenas un beso, y que cuando yo había intentado mayores accesos, ella huyó. Y que su delatora, otra dama cercana a la condesa, solo podía afirmar haberme visto salir de su habitación.

La prueba de virginidad rebajó mucho su vergüenza, pero no tanto mi culpabilidad. Seguí sin poder salir del castillo y continuó en vigor que nadie se pudiera acercar a mis aposentos, y aunque se fue relajando el control, nadie osaba acercarse por allí, y aún menos quienes habían frecuentado mi lecho.

Pero la sentencia pendía sobre mi cabeza, pues el conde y mi padre estaban ya para llegar. Y no sabía a quién temer más de los dos.

38

El Cantar en Molina

Don Manrique con su hueste y mi padre llegaron a Molina una semana antes de Navidad, en medio de una gran nevada. Los vi llegar y esperé.

No tardó en aparecer ante mí mi padre con gesto serio. Sin más, me preguntó: —¿Yaciste con ella?

—Sí.

—¿La desfloraste? ¿Rasgaste su virginidad?

—No.

—¿Dónde tenían lugar vuestros encuentros?

—En sus aposentos. En hora que ella me señalaba y me franqueaba la puerta.

Eso fue lo esencial del interrogatorio. Tras algunos detalles más, volvió a salir. Tardó muy largas horas en regresar. Se me hicieron angustiosas. Cuando retornó seguía teniendo en su rostro una grave expresión, pero noté en él cierto gesto de alivio.

—Ni te azotarán ni habrás de marchar de aquí. Don Manrique y yo decidiremos tu castigo. Por unos días y hasta ello deberás continuar enclaustrado en tu aposento.

Lo primero me hizo respirar, lo segundo hasta me alivió. Por un tiempo yo tampoco me quería mostrar.

Fueron a la postre días muy provechosos para mí y para padre también. Pasó todo el tiempo que pudo a mi lado y hablamos lo que desde hacía años habíamos dejado de hablar. Hasta le confesé algunos, no todos, de mis retozos, sin entrar en detalle tampoco, y le vino a la cara la primera sonrisa.

—Vaya, o sea que ya has catado mujer. Un poco después que yo en edad —y se echó a reír—, pero en parecidas circunstancias y similares maestras.

Me alegré de que en ello quedara la conversación.

Colegí, por lo que me fue contando, que la razón mayor de lo acordado por el conde fue el hacerle notar mi padre que convertir un escarceo de jóvenes alocados, por fortuna sin consecuencias, en un escándalo que se incrementaría con el castigo público en la picota, solo iría en perjuicio y deshonor de la dama, cuando precisamente su honra había quedado salvada. Si iba a casar, aquello no iba sino a levantar la peor murmuración y mancharla de muy grave manera, impidiendo precisamente lo que se buscaba. El tipo de castigo y de penitencia señalarían que había existido el pecado, sí. Pero también convertirlo de venial en mortal.

Aquello convenció a don Manrique, pues estaba muy en sazón, aunque a la condesa no le satisfizo en absoluto y al conde le costó mucho apaciguarla. Más todavía cuando se determinó que yo no marcharía desterrado de allí.

Eso supe después que le había costado mucho más conseguirlo a mi padre. Y que tuvo que poner encima su baza definitiva: si yo me iba, nos iríamos los dos. Eso hizo no solo dudar, sino que irritó a don Manrique, que estuvo a punto de aceptar el envite y dictaminar que marcháramos de inmediato de Molina. Casi estaba decidido a que fuera así, pero la desatada presión de doña Ermesinda jugó al cabo en su propia contra. El conde, en un arranque, hubo de decir que quien mandaba en Molina y en aquel castillo era él. Y que, imponiéndome ciertas condiciones, si Álvar se quedaba yo podría quedarme con él. Tal vez hubiera sido mejor para nosotros que nos hubieran echado de allí.

La condición fue que nuestros aposentos cambiaran de lugar. Dejaron de estar en la parte noble y a mí se me vetó por entero, a no ser que fuera llamado explícitamente, el paso y entrada por muchos lugares, y desde luego a la torre y estancias principales. Nos instalaron en los pabellones donde residía la tropa y la servidumbre, cerca de las caballerizas. Mi castigo fue el dejar de recibir toda suerte de instrucción, ni en letras y latines ni musical, y asignarme, por un año, trabajo en los establos.

Supe que mi padre había tenido que tragar mucha bilis y no pocas humillaciones para conseguir el arreglo, y aunque tuve un ataque de

mandarlo todo al demonio y estuve a punto de escapar, por una vez lo refrené, y acepté.

Aquello nos unió de nuevo. Determinamos que, pasado un año, o mejor, cuando él volviera del siguiente viaje, al que estaba comprometido, en el que don Manrique había de acompañar al Emperador a tierras de Al-Ándalus al principio de aquella primavera, convendríamos entre ambos qué camino tomar. Y quedó implícito que, si no cambiaba la situación, partiríamos de Molina los dos. Si no a Medinaceli, que bien sabía yo que a padre le devolvería a la postración, ancha era Castilla si caminábamos juntos.

Aquello me llenó de vigor y esperanza. Yo era y fui por mucho tiempo de pasar de la euforia a la postración por cualquier cosa menor. Padre me decía que afrontaba de mejor manera y talante las situaciones más graves, pero que me desarbolaba el inconveniente más pequeño y la más nimia contrariedad. Siempre ha sido esa mi falla mayor. Hoy mismo, cumplidos los setenta años largos, aún lo es. Moriré con ello por más que lo intente controlar.

En aquellos dos meses de aquel invierno que pasamos en Molina pocos días fueron buenos, pero logramos no hacerlos malos nosotros y uno, al menos, fue feliz.

Fue justo antes de la partida para juntarse con el rey. No sé de quién partió la idea, sospecho que del joven Lara, que ya iría con la mesnada, a caballo y con espada y con rango de escudero. Previo paso, quería su padre, a las espuelas de caballero.

Pedro debía de saber que en el repertorio y escritos que guardaba o había, en este caso, compuesto padre, de las hazañas del Cid, se incluían varios pasajes donde se mencionaba a Molina, y propuso y convenció a su padre de celebrar una velada donde se dijera aquella parte del Cantar. Don Manrique lo tomó como cosa propia y se lo trasladó a Álvar. No se esperaba la respuesta que encontró: que para hacerlo y acompañarlo me necesitaba a mí.

Hubo algún grito, pero al final y de nuevo Pedro Manríquez de Lara dio con la solución: no se haría en el salón principal, sino en el patio de armas, y podrían asistir peones, menestrales y sirvientes. Las damas podrían verlo desde la torre. Y con ello y por su hijo, a quien no sabía negarle nada, doña Ermesinda transigió.

Así que padre y yo nos pusimos el traje de juglar y tañimos y cantamos juntos por una vez. Recuerdo ahora y sin tener que mirar en pergamino

alguno aquellas estrofas en las que el Cantar da cuenta del paso de Minaya por Molina en su viaje desde Valencia a Medinaceli cuando fue a buscar a la mujer y las dos hijas del Cid, que venían desde Burgos, para llevarlas a su boda con los infantes de Carrión. Y a la vuelta posaron de nuevo en el entonces reino del moro Abengalbón camino a la capital del Turia, a donde él mismo, con doscientos caballeros, las acompañó.

Oigo como si fuera ayer la voz de mi padre, poniéndole voz al Cid, ordenándole a sus caballeros que las fueran a buscar: Tú Muño Gustioz y Per Vermudez delant

e Martín Antolínez, un burgalés leal,

el obispo don Jerome, coronado de prestar,

cabalghuedes con ciento guisados para huebos de lidiar.

Por Santa María[54] vos vayades passar,

vayades a Molina, que iaze más adelant,

tiénela Abengalbón, mio amigo es de paz,

con otros ciento caballeros bien vos conssigrá; hiz por Medina[55] quanto lo pudiéreis far, mi mujer y mis fijas con Minaya Álvar Fánez, así como a mi dixeron, hi los podredes fallar; con gran honra aduzidmelas delant.

E yo fincaré en Valencia, que mucho costadome ha, gran locura sería si la desenparás;

yo fincaré en Valencia que tengo por heredad.

Me escucho a mí mismo cuando de regreso vuelven a pasar por Molina camino a Valencia:

Entrados son en Molina, buena e rica casa,

el moro Abengalbón bien los sirve sin falla, de quanto que quisieron non ovieron falla,

aun la ferraduras quitar gelas mandava

a Minaya e a las dueñas, ¡Dios, cómmo las ondrava!

Otro día de maña luego cabalgavan,

fata Valencia sirvialos sin falla;

lo so despendié el moro, que dellos no tomava nada.

Con estas alegrías e nuevas tab ondradas

apres son en Valencia a tres leguas contadas.

A mio Cid, que en buena hora cinxo espada,

dentro a Valencia el mandado llevavan.

Mi padre fue aplaudido y jaleado, yo bastante menos, pero tampoco me faltaron los vítores.

Miré hacia la torre. Doña Ermesinda no estaba. Sí casi todas sus damas y entre ellas la culpable de mi desdicha, que muy sonriente palmoteaba, y no juraría, porque no debo, siendo abad ahora, pero por seguro tengo que al ver que yo miraba hacia donde ella estaba me mostró muy alegre cara y esbozó con la mano un saludo y con el ojo un pícaro guiño.

Supe a nada que partía hacia sus esponsales, que iban a ser en Tarazona, con un noble aragonés que tenía allí y en Bulbuente muchas y ricas heredades.

Padre me contó que ellos también partían de nuevo, que marcharían primero a Huete, nuevo feudo de los Lara que estaban fortificando. Luego irían hacia el sur. La vez anterior el Rey Lobo les había pedido que atacaran ellos por tierras de Jaén y volvieran a poner guarniciones cristianas en todo el territorio de Andújar y su sierra. Fiaban mucho en aquella campaña para aliviar la presión que sobre los ejércitos de Mardanis los muzmutus ejercían. Este, cada vez más apurado, exigía cada vez más tropas castellanas y más ataques de las mesnadas de Alfonso.

La misma noche de la velada en el patio de armas, seguida de un banquete al que, eso no lo consiguió, yo no fui invitado, padre me contó que don Manrique había anunciado la decisión tomada por el Emperador de que a su muerte sus reinos se dividirían. Sancho, el

primogénito, sería rey de Castilla, y Fernando, el menor, reinaría en León. Ambos en esta ocasión cabalgarían a tierras musulmanas flanqueando a su padre.

Al proclamarlo el conde en el salón del banquete, nadie levantó voz en contra, pero tampoco hubo un solo grito de entusiasmo. Sí lo hubo cuando tras ello don Manrique anunció la otra gran nueva. En Soria había nacido un hijo del infante Sancho y de doña Blanca de Navarra, al que habían puesto, por su abuelo, también de nombre Alfonso. Fue el joven Lara el encargado de levantar su copa por él, y ahí sí que todos cuantos estaban reunidos en el salón de la torre se levantaron y gritaron vivas al recién nacido y que Dios le concediera larga vida, y que tras reinar su padre Sancho, él reinara también en Castilla después.[56]

[54] Santa María de Albarracín.

[55] Medinaceli.

[56] El futuro Alfonso VIII, el vencedor de las Navas.

39

Huida

La hueste de los Lara regresó a Molina a nada de comenzar el mes de marzo. Al frente de la tropa venía don Manrique, y a su lado su hijo Pedro. Entre las filas delanteras divisé también al Desorejado, que cabalgaba muy ufano, al contrario que muchos de la mesnada, que traían un aire abatido. Yo buscaba con la vista a mi padre, pero no lo hallaba. Me comenzó a entrar la zozobra cuando acabaron de pasar los de a caballo y entre ellos no estaba. Detrás venían los de a pie y cerraban los carros. Y entonces, cuando estos pasaban, es cuando vi su caballo negro, el que se había llevado, sin silla y sujeto por un ramal al carromato. Supe entonces que Álvar había muerto.

No fui al patio de armas. Esperé a ser llamado. Unas horas más tarde llegó un sirviente y me dijo que le acompañara, pues quería verme el conde. No me hacía falta mirar los semblantes de aquellos con quienes me cruzaba, muchos ya sabían, como yo, aunque aún no me la hubieran dicho, la mala nueva. Don Manrique no hizo sino confirmármela.

Había sucedido ya en el regreso, cuando volvían de Andújar, objetivo que habían logrado al pedir los moros amán y aceptar para la plaza como alcaide a un hombre de Ibn Hamusk y guarnición reforzada por castellanos. Fue en el camino cuando la enfermedad empezó a hacer estragos. En el campamento alguna peste había incubado y muchos comenzaron a tener diarreas y vómitos. Bastantes se recuperaron, pero mi padre, cuatro días después de que le comenzaran los dolores y arcadas, entró en un estado febril. Hubieron de ponerlo en un carro y por la mañana amaneció muerto. Lo enterraron allí mismo, junto a quienes también habían perecido aquella noche, para que su hedor no contagiara a los sanos.

Don Manrique me hizo saber que cuando padre cayó enfermo le había hecho prometer que, si algo le sucedía, se encargaría de mí y no me faltarían techo ni sustento, y que cumpliría su palabra. Me despidió diciéndome que en breve me encontraría algún acomodo, y que podía

ya recoger los enseres que mi padre había llevado con él, aunque la ropa la habían quemado.

Lo hice y también conduje al caballo a la cuadra, al lado de la vieja yegua árabe. Desde que lo vi sin silla y sin Álvar encima aquel mediodía, ya tenía decidido que allí yo no me iba a quedar ni una noche más siquiera. Sin mi padre, mis enemigos iban a acabar conmigo. Poco podía esperar de don Manrique con doña Ermesinda metiéndole día y noche cizaña. Preparé mi huida. Yo no era un siervo, sino un hombre libre, y no podrían perseguirme por marchar y llevarme mis cosas, pero no quería que nadie sospechara que iba a marcharme al siguiente amanecer en cuanto abrieran las puertas.

Para ello preparé y empaqueté lo mejor posible aquello de valor que pudiera llevarme y vender luego, que no era mucho, pero algunas buenas cosas sí había, amén de ropas, armas y vajillas y unas pocas monedas, que yo sabía dónde las guardaba padre. Y las dos caballerías, claro, y nuestros instrumentos de juglaría. Metí todo lo que pude en las alforjas, y algunas otras cosas más las saqué aquella misma tarde del castillo para dejarlas escondidas y que no me hicieran tanto montón cuando saliera al día siguiente. De hecho, salí con la yegua ensillada, con sus arreos y algunas alforjas, y volví con ella del ramal y a pelo sin que los guardias se dieran cuenta de nada.

Por la mañana, con el caballo y la árabe en reata, pero sin silla, tampoco me hicieron apenas caso. Fui yo mismo quien les dije que quería llegar pronto a Medinaceli para resolver algunas cosas de mi difunto padre. Luego, en vez de coger tal senda, tire río Gallo abajo, y antes de que atardeciera estaba ya en las juntas con el Tajo por el puente de San Pedro, que crucé, y mi rastro se perdió ya para todo el que quisiera buscarme. Que no me buscó nadie. Al no verme y decir el guardapuerta que me había ido a Medinaceli no se preocuparon de más, y cuando a las dos semanas seguí sin aparecer es cuando ya pensaron que me había ido y que no pensaba volver. Y supongo que fueron bastantes los que se alegraron.

Yo seguí por los bosques para luego salir del cañón del río y remontar a las parameras, pero sin perder de vista la depresión del Tajo para seguir yendo aguas abajo: mi intención era llegar a Toledo. Mucho me había contado padre de su riqueza y multitud de gentes y allí podría tal vez buscar buen acomodo. No me importaba cuánto tardara. Había hecho acopio de bastante comida, que había robado en las cocinas, y de cebada, en los establos, para mis caballerías. En cuanto pudiera vendería una de las dos, la yegua vieja, y algo sacaría. Empezaría también a ofrecer mi música y mis cantares por los pueblos y ferias

por los que pasara. Al fin y al cabo, de ello se habían sustentado mi abuelo y mi padre.

Era un hombre devastado, la ira me había regresado todavía con mayor encono y el odio me desbordaba. El que mi padre, cuando había vuelto a recuperar esperanzas, me hubiera sido así arrebatado me rebelaba aún más, y miré varias veces a lo alto, gritándole a Dios y al cielo por la injusticia contra mí cometida. No tenía a nadie, pero me abrasaba el deseo de vengarme de todos, de los que dejaba atrás y de los que me pudiera encontrar delante. Me las valdría por mí mismo y como fuera, y no perdería el tiempo en pensar en el daño que podía hacer. El daño ya lo tenía yo en las entrañas.

Ese fue mi comienzo como juglar en los caminos, esos fueron mis primeros días deambulando en busca de un pueblo, una hogaza y una lumbre. Nadie que no fuera yo mismo y conseguir todo aquello que pudiera hacer mío me interesaba en nada. Nada tenía yo que ver con las luchas de los reyes, las peleas de los condes y las envidias de las dueñas. A quien yo pudiera arrebatar algo, se lo arrebataría. Y día llegó en que arrebaté hasta alguna vida y otros más que casi perdí la mía.

40

Matar

Tres años después ya no tenía ningún caballo y andaba a pie acompañado de un mastín y un lebrel. El caballo negro, con la silla y los arreos, lo tuve que vender por menos de la mitad de lo que valía. No llegaron a cuarenta los mencales que me dieron por todo, y de esos solo me quedé la mitad, pues la otra se me fue en pagar por librarme de la cárcel por haber proferido palabras gruesas y romper además dos dientes y la nariz a un marido ofuscado. La yegua vieja me la robaron, una noche en que me acosté más borracho que de costumbre, algunos con los que había estado bebiendo y que o lo aguantaban mejor que yo o bebieron menos para aprovechar la ocasión. Poca vida le quedaba al hermoso animal, que ya lo era bastante menos, y sentí que no la iba a tener buena con aquellos, aunque en los últimos tiempos tampoco yo se la había dado.

Me quedé a pie, aunque después y en cuanto pude me hice, a imagen de mi abuelo, con un mastín, un cachorrón que conseguí de un pastor de la Transierra en el puerto de la Quesera, en trueque por un paño verde que se le encaprichó. Lo crie y ahora ya era un bicharraco de cuidado que daba miedo a cualquiera y más con la carlanca de púas de hierro que entró también en el trueque con el cabrero. El lebrel se nos juntó, vino él a nosotros por la Tierra de Campos. Por las trazas que traía y muchas señas de palos, buen amo no había tenido. Y en eso sí puedo decir que conmigo le fue mejor y a nosotros con él también, pues resultó muy cazador. Yo he pegado, y con saña, a hombres, pero nunca a un animal que no se vaya a defender. Jamás a un caballo y menos aún a un perro, que después del golpe te viene a lamer la mano.

De lo que me llevé conmigo cuando salí de Molina me quedaba poco y menos. Las armas, excepto el hacha, un puñal y el bastón con el acero emboscado, las vendí en Toledo, y luego a cachos o de uno en uno los paños, los vasos, las escudillas y todo aquello que pudiera trocar en un mercado. Incluso parte de las ropas de juglar. Y todos los instrumentos menos la vihuela, que era lo que mejor se me daba tocar. Con ello y lo

poco que sacaba por los cantares había ido tirando, pero ahora, cuando iban a hacer cuatro años de que escapara, las cosas se me habían ido poniendo de mal en peor. Y además el reino estaba revuelto y los caminos peligrosos e infestados de ladrones y mesnaderos, a cuál de ellos peor para un juglar que camina solo.

Porque a Castilla, en tan solo un año, se le habían muerto dos reyes. Primero don Alfonso, el Emperador, que a poco de aquella expedición en que perdí a mi padre murió también, en la siguiente intentando salvar Almería, que no la salvó, de los almohades. Expiró atravesado ya el paso del Muradal, allá por un sitio que llaman de la Fresneda y a la sombra de una encina, que ni a techado pudo llegar. Lo trajeron a enterrar a Toledo y en la catedral está, que yo lo he podido ver y es el primer rey que quiso yacer para siempre allí. Pero es que, casi al año justo, el mes de agosto y apenas con diez días de diferencia, fue a morir y ser enterrado a su lado en Toledo su hijo Sancho, en la flor de su juventud, dejando un niño huérfano de padre y madre, pues doña Blanca había muerto de sobreparto al darle a luz. Era Alfonso, el octavo de su linaje, con tres añejos de edad, cuya custodia, y con ello el poder, se disputaban como lobos los Castro y los Lara. Una pelea cruel en que enzarzaban a todos y que pagaba y desangraba a Castilla, que veía como pueblos, ciudades, castillos se enfrentaban entre sí.

Poco me importaban entonces a mí tales cosas, pero de todas se acababa por saber porque a cada instante se me cruzaban. El rey Sancho, tal vez viéndolas venir y sintiendo llegar su hora, había dispuesto en su testamento que, de producirse su muerte, sería tutor del pequeño Alfonso el cabeza de los Castro, don Gutierre Fernández de Castro, que también había sido ayo suyo y lo había criado a él. Un hombre reconocido por ser prudente y cabal, pero ya de muy larga edad. Para compensar, quedaba nombrado como regente del reino el cabeza de los Lara, que no era otro sino don Manrique, de cuyo lado yo había escapado, y cuya familia en tenencias, señoríos y propiedades tenía un peso aún mayor que los anteriores. Hubo quien le aconsejó que la mejor indicada para tutelar a su hijo bien pudiera ser la infanta Sancha, su tía y gran consejera de su padre, que sabía aunar voluntades y era respetada por todos. Pero Sancho no lo atendió.

Consideró que su decisión contentaría a las dos familias y que sería lo mejor para su heredero el tener el apoyo y sostén de ambos linajes. Pero lo que tenía la buena intención de componer resultó la peor manera de pudrir las cosas. Laras y Castros comenzaron desde el primer día a conspirar para quedarse con todo. La primera jugada llevó el sello de don Manrique, que era hábil en tales menesteres.

Logró convencer al viejo don Gutierre de su obediencia y lealtad, de que todo estaba arreglado y de que los Lara le obedecerían. Pero consiguieron apoderarse del pequeño Alfonso y traerlo a sus territorios, hasta la localidad de Haza, a catorce leguas al sur de Burgos, cerca de Aranda de Duero. Y allí comenzó una larga guerra intestina que trajo por mal traer a Castilla a lo largo de muchos años.

Aprovechando la confusión y la falta de un rey o de quien hablara con voz única en su nombre, todos sacaron tajada.

El rey de León, Fernando, tío del pequeño huérfano, comenzó su alianza con los Castro y se apoderó de Burgos.

El navarro, Sancho VI, el Sabio, se hizo con Logroño y buena parte de La Rioja. Llegó a avanzar con sus huestes hasta San Pedro de Cardeña, donde estaban enterrados sus bisabuelos, el Cid y doña Jimena. Entonces, el abad del monasterio, enarbolando el pendón del Campeador, salió a su encuentro y el Rey Sabio demostró que no era incierto su apodo. Descendió de su caballo en gesto de respeto, ordenó a sus tropas que no tocaran ni una brizna del lugar, y tras orar de rodillas ante la tumba de sus antepasados, se retiró. Es algo que pocos conocen, pero yo supe de ello, pues en mis vagabundeos llegué no mucho después por allí y hasta me acerqué a Vivar, pero no me di a conocer, aunque supe que alguna hija del abuelo Pedro aún vivía. Me dio un pronto de vergüenza, que no solía tener, de presentarme ante ellos, pues ya para entonces parecía más un pordiosero que un juglar.

Se temía y podían haber sido peor las dentelladas, pues los almohades podrían haber aprovechado también y poner en peligro las fronteras, pero resultaba que eran ellos quienes tenían problemas en Al-Ándalus y se las estaban teniendo muy tiesas con el Rey Lobo. Apoyados él y su suegro, Ibn Hamusk, por los fronteros castellanos y las mesnadas del nieto de Minaya, Álvaro Rodríguez el Calvo, habían atacado con gran éxito y se habían apoderado de Jaén, Úbeda, Baeza y Carmona. Llegaron a tener cercada a Córdoba y hasta mataron al alcaide almohade de la plaza, y a la misma Sevilla, capital de los muzmutus.

«Pero allá ellos», me decía yo, que por mi lado también había tenido que aprender alguna lección que la vida me había dado y que para nada me había ido como pensaba cuando me escapé de Molina. Mientras me duró lo que traía y con lo que iba sacando de tocar en las plazas y los mercados, tuve un pasar, pero según se fue agotando, me empezaron a alcanzar la miseria y la necesidad.

Ya cuando llegué al principio a Toledo, la primera gran ciudad que vi,

me di cuenta de que lo que mi padre me había contado era solo una cara y una parte de la ciudad. A aquellos sitios por los cuales él había pasado para mí era imposible llegar. Ni acercarme siquiera.

Yo conocí la otra. Peligrosa, sucia, dura y que acechaba cualquier debilidad para quitarte lo poco que tenías y hasta para sacarte el mondongo. Un lugar donde había que andar con mil ojos y no bastaba. Y eso que aún no estaba en lo peor y tenía una posada donde dormir y un pesebre para mis bestias.

Fue en Toledo donde comenzó mi perdición con el vino, a beber con ansiedad y sin fondo hasta caer borracho perdido. Buscaba con él la compañía y la alegría que me faltaban. Y las encontraba. No faltaba con quien reír, y a veces con quien fornicar, siempre que pagara yo. Seguían luego la peor desazón y una amargura no solo en la boca, sino también en el corazón. En una de aquellas y tras sufrir un engaño más, y menos mal que tenía buenos puños y piernas para salir a escape, fue cuando lo del marido cornudo pero consentidor, y que compinchado con su mujer despojaba al pardillo de todo lo que tenía y algo más. Como yo no me dejé robar, y en vez de pagar le reventé la cara, fue la justicia la que cayó sobre mí y me quedé sin caballo. Pero hasta me importó menos que haber tenido que dárselo por las buenas y como un tonto a aquel cabrón.

Me sirvió aquello para tomar la decisión de irme de Toledo, buscar otro rumbo y tirar hacia el norte. Pero los tropiezos se engarzaban como las cerezas al salir de la cesta. Mi genio, que nunca fue bueno, había empeorado, y bastaba cualquier cosa para hacerme explotar. Tenía la boca áspera y el puño fácil. Me vi envuelto en peleas y me endurecí aún más. Seguía queriendo andar solo mejor que acompañado, pero acabe juntándome con lo peor. En comparación con el pelaje de las cuadrillas con las que iba, los grupos de cazurros con los que fueron mi abuelo y padre podrían parecer señores de alcurnia y santos a venerar. Yo, a pesar de todo, seguía aguardando una cierta compostura y procuraba mantenerme aseado. Eso lo intenté siempre; incluso en los momentos de mayor necesidad y abandono, quizá por el hábito adquirido con los frailes o por el arrimo que buscaba en las mujeres y que me hacía aparentar una condición que no tenía, me procuraba rapar y lavarme siempre que podía hacerlo.

Fue por entonces cuando maté a un hombre. Luego tendría que matar a algunos más, pero este es el que se me quedó más grabado, por ser el primero y tenerlo que hacer con mis propias y solas manos. Que en batalla se mataba y se moría, pero esto era diferente y yo lo sentí como peor, pues no era un ejército y unos enemigos enfrente, sino a

solas, uno y uno. Una vida o la otra. Y la otra era la tuya y nada más.

No diré el sitio ni el lugar, ni nada que pueda dar señal de por dónde fue. Tras haberme separado de un grupo con el que había estado en una feria de ganado y mucho mercado, me había marchado por mi cuenta a uno de los campamentos que se solían hacer al lado de estas ciudades cuando había mucho movimiento, y en los que había de todo y de todas las gentes que iban de un lado a otro y que no tenían ni para pagar una posada, y aunque lo tuvieran era difícil que los quisieran acoger. Este se encontraba a las orillas de un río y allí se congregaban las más diversas escorias, pordioseros, huidos, lisiados, ladrones, rameras y todo tipo de gentes sin otra cosa que hacer que intentar comer y sin lugar donde ir, pero que no se podían quedar en ningún sitio. Gentes que iban y venían sin que nadie preguntara ni les preguntaran a ellas.

Llegué por allí y me instalé. Me quedé algunos días y los más fijos me iban conociendo. Dos días antes de lo que pasó, llegó uno que, después de dar alguna vuelta, se instaló cerca de mí. Yo no le di entrada ni conversación sino la mínima del saludo, a veces sin ni siquiera palabras. Pero él se debió de fijar y pensar que en mi aspecto había algo, y que yo entre mis cosas también algo podía tener. Había hecho yo mi refugio con un sombrajo de palos muy cerca de la orilla del río, en una esquina, ya casi en el borde del talud, y separado un trecho de donde estaban los refugios y cubículos de la mayoría. El vecino, seco y afilado de cuerpo y gesto, me inquietaba, aunque no fuera en nada diferente a todos los demás, y dormía yo con un ojo abierto.

A los dos días, a media tarde, me alegró ver que empezaba a recoger lo suyo y prepararse para partir. Incluso vi que iba hasta el centro del campamento para despedirse de alguno que debía de conocer. El caso es que, para mi alivio, se marchó. Pero no sé qué algo no acabó de tranquilizarme o es que tengo, siempre lo he tenido y ahora más de viejo, el sueño ligero. El caso es que aquella noche no dormí bien, tampoco había conseguido vino aquel día, y estando medio en vela medio en sueño, lo oí venir, bien metida ya la oscuridad, aunque aún ardía alguna fogata, como una sombra sobre mí.

Traía una cachiporra en la mano, y ya la estaba levantando para aplastarme la cabeza cuando con un empellón cargué contra él y caímos los dos por el terraplén ladera abajo, agarrados, hasta alcanzar rodando el río. El rufián había perdido su arma en el revolcón y yo no lo dejé incorporarse del todo. No cubría mucho y yo no le tenía miedo al agua porque sabía nadar, y al darme cuenta de que él no, lo arrastré

hacia dentro y allí, dando puñadas y forcejeando, conseguí cogerlo por la cabeza y hundírsela. Aunque, desesperado, intentó zafarse con todas sus fuerzas, eran mayores las mías, y comenzó a tragar agua, asfixiarse, irlas perdiendo y rindiéndose, y lo acabé por ahogar.

Cuando, ya inerte, flotó, no dejé que se hundiera, sino que lo fui empujando hasta el centro de la corriente, y donde esta se aceleraba, pues no lejos de allí había visto que había caída y las aguas cogían fuerza y velocidad, lo solté para que el río se lo llevara, y cuanto más lejos, mejor.

Regresé a mi cobijo y puse a secar la ropa empapada. Con ella todavía algo mojada volví a vestirme al amanecer y bajé de nuevo a la orilla, como para hacer ver que me iba a lavar y para comprobar que no había rastro del cadáver por allí. No lo había, excepto la cachiporra, que cogí y lancé también a la corriente todo lo lejos que pude llegar. No me marché aquel día, sino que aguardé hasta el siguiente para estar atento a lo que pudiera pasar, no fuera a asomar flotando el desdichado por algún lado, y al otro día me fui.

Al muerto no lo echó nadie en falta, porque además lo habían visto marchar, y porque allí a las idas, venidas y partidas nadie les echaba cuenta alguna. Seguramente aparecería aguas abajo en algún recodo y a saber cuánto tiempo después. Un ahogado, un desgraciado de aquellos más. Que lo había matado yo con mis manos, eso solo lo sabía yo, y solo muchos años después, pero muchos, también un confesor.

41

Rumbo

El haber estado tan cerca de morir y el haber tenido que matar a un hombre con mis propias manos me despejó las entendederas lo suficiente como para darme cuenta de que por esa senda no iba a durar mucho y que, más pronto que tarde, quien acabaría flotando en un río o comido por las bestias en un chaparral sería yo. Y lo primero que tenía que hacer era salir de allí y de aquello. Pero no tenía con qué.

Pero, al pensarlo, resultó que sí. Que algo me quedaba. Y aunque aquello fue como robarme a mí mismo, o así me sentí cuando entré en la casa de Medinaceli donde había nacido, a escondidas y procurando no ser visto, es lo que vine a hacer.

Llave tenía, la guardó siempre mi padre y cuando yo me marché de Molina fue lo primero que busqué y me llevé. Por fortuna, no la había perdido en ninguno de mis desbaratados lances, y la cerradura se abrió. Nada había cambiado y el solo hecho de estar allí me conmocionó. Nunca fui de lágrima fácil, pero aquel día más de tres derramé. Lloraba por mi madre, y por padre, pero sobre todo por mí, por mi miseria y mi atolondramiento, que me habían puesto en tan penosa y arrastrada condición.

Durante el camino había determinado el entrar, coger cuanto hubiera de valor y marcharme a toda prisa. Pero puede que aquellas paredes y sus recuerdos fueran quienes me hicieron mudar de opinión. Pasé allí la noche. Muchas horas en vela, maldiciendo lo que había sido de mí en aquellos últimos años, y alguna durmiendo un sueño necesario y reparador. Por la mañana, al despertar, supe lo que tenía que hacer.

Lo primero, y con solo recuperar una pizca de juicio la noche anterior ya lo había decidido, era no aparecer como un ladrón, pues eso me hubiera supuesto el salir huyendo. Para ello, nada más levantarme, me acerqué hasta la fuente, hice un par de viajes para recoger agua, encendí lumbre, la puse a calentar y me aseé todo lo mejor que pude.

Alguna ropa de padre, en mejor estado que la mía ahora, había quedado allí, y me la puse. Me presenté ante el concejo de la villa y me di a conocer. Aunque hacía años que no me veían, algunos me reconocieron, y aunque me hicieron algunas preguntas de las que hube de salir como pude y confesar, y esta vez con verdad, que había dejado el servicio de los Lara y que campaba a solas y me ganaba la vida con mi oficio de juglar. Y que eran tiempos duros y no me iba muy bien. Algo a lo que todos asintieron, porque a ellos, con tanta lucha y revuelta de los señores, les iba parecido.

Quedó pues constatado y escrito que a la muerte de mi madre y de mi padre el propietario de la casa era yo, y que como tal y nacido en la villa tenía condición de vecino de esta, aunque con la salvedad de que mi oficio ambulante no me dejaría residir demasiado en ella. Pero, muy cumplida y untuosamente, tendría que aprender a serlo, prometí retornar, pues no quería vender, sino conservar la casa de mis padres. Y en esto sí dije también verdad, pues algo me había dicho en mi interior la noche antes que aquel último asidero no lo podía soltar.

Resuelto aquello, aunque hube de comprometer el volver pronto para completar algunos trámites y asientos, recogí por las estancias cuanto de valor pudiera haber. Que no era poco. Me quedé unos cuantos días en la población, me hice rapar las barbas y cortar el pelo, y con lo conseguido en el mercado con lo rescatado, en moneda o al trueque, conseguí unos buenos zapatos, que falta me hacían, y una pollina ya no muy joven, con su albarda, aparejo, cincha y un ramal.

Y me marché de allí. Quería alejarme, cuanto antes mejor, del territorio de los Lara, y aquel lo era más que ningún otro. Había decidido ir hacia el norte, que estaba mucho más tranquilo, aunque el rey leonés revolviera mucho por Castilla, pero no quise tomar el camino más derecho para bajar a Riaza, que era donde primero me había propuesto llegar, pues aquello me hacía pasar por Atienza y Ayllón, que eran también zona de los Lara. Así que cogí otro rumbo hasta dar con el río Dulce en Mandayona y con el Henares en Bujalaro, para tirar por Jadraque y llegar a posar a Hita.

Sabía que el castillo y el alfoz eran tenencia de los Castro desde hacía mucho tiempo y que las simpatías de la población estaban por entero con ellos. De hecho, su escudo de armas, los seis roeles de azur sobre campo de plata, señoreaba la puerta de entrada a la plaza. No se me entorpeció el paso, no se solía recibir mal a un juglar si no parecía un andrajoso, encontré posada y pregunté cuándo había mercado, para actuar aquel día. Me dijeron que dentro de dos y me quedé.

Por padre conocía buena parte de la historia del linaje de los Castro. Sobre todo, el entronque por el lado de Álvar Fáñez, a través de una de sus hijas nacida de su esposa doña Mayor, hija del poderoso conde Ansúrez.

Pero era el otro lado el que consideré que me sería útil refrescar. Los Castro provenían de muy alta estirpe y no faltaba en ella incluso la sangre real. Los actuales señores, don Gutierre y don Rodrigo, eran ambos hijos de Fernando García de Hita, hijo este a su vez del famoso y no siempre para bien, desde luego entre los de mi familia nada, conde García Ordóñez, el gran enemigo del Cid, de vida alevosa, pero de heroica muerte, que eso sí había que reconocérselo, en Uclés. Su madre había sido una infanta navarra, Sancha Garcés, hija del rey García, el que pereció en Atapuerca.

Don Fernando fue alcaide de Guadalajara y la reina Urraca le dio en heredad los señoríos de Hita y de Uceda, en los que se afincó, y del primero, donde puso sus casas, cogió apellido. Sus hijos, tanto el mayor Gutierre, cabeza de la familia, como el menor, Rodrigo, fueron desde pronto muy leales y adictos al Emperador.

El primero había gobernado las más importantes tenencias, como Soria, Amaya, Calahorra y una que luego sería muy importante en mi vida, Castrojeriz, que había dejado cuando pasó a ser el ayo del rey niño por encargo del malogrado Sancho III, a quien también había criado.

El más joven, Rodrigo, había sido alférez real y jefe de la milicia toledana, y cabalgado junto al Emperador en la toma de Coria. Fue decisivo en el sitio de Oreja, plaza de la que sería alcaide, como también lo fue de Toledo. Otros juglares ya le habían cantado en el romance de Almería, y en Hita supe que también debía cantarlo yo. Don Rodrigo casó con la hija mayor del Minaya y tuvo cinco hijos con ella; uno era Álvaro, el adalid que al lado del Rey Lobo frenaba y derrotaba a los almohades impidiéndoles llegar hasta las fronteras castellanas, y el otro, el primogénito, era Fernando Rodríguez de Castro, apodado el Castellano por los leoneses y el Leonés por los castellanos, quien habiendo muerto ya su padre, y aún vivo don Gutierre, aunque ya muy anciano, era quien de facto estaba al frente de la familia y comandaba las operaciones y la guerra contra los Lara.

De todo ello me vino muy bien enterarme en detalle durante mi estancia en Hita, pues aunque no habitaba allí nadie de la familia directa, sí lo hacían algunos parientes y vasallos de su confianza, a los que me arrimé. Y canté yo en la plaza de Hita lo que para mi interés

vino mejor, más Minaya que Rodrigo y más romance de Almería que de los Siete Infantes de Lara. No pasé malos días, sino los más buenos desde hacía mucho tiempo, y aún tuve noches mejores. Una mora que sonaba la chirimía se vino a mi arrimo y yo con mucho gusto se lo di. Los dos días se convirtieron en dos semanas y salí de Hita con algo más en la bolsa de lo que cuando entré tenía y habiendo aprendido ciertas cosas que las cristianas no me habían sabido enseñar.

Y lo más importante, un tal don Lamberto, que sustituía en sus funciones al alcaide, que estaba en los campos con las tropas, había resuelto, tras indagar un poco, que lo que yo le contaba era verdad y entendió que bien podría prestarles algún servicio. Y que este sería bien recompensado. Así pues, partí con algunas cartas, guardadas donde no se vieran ni las pudiera perder, que me presentaban como huido de los Lara y cercano a los Castro, a los que podía ser de utilidad.

Cuando marché ya tenía aún más claro hacia dónde encaminar mis pasos. Definitivamente cogería rumbo al norte, y si se terciaba, hacia el reino de León. Por allí, y tras haberle sido arrebatada por don Manrique la custodia del pequeño Alfonso, andaba Fernando Rodríguez de Castro, el Castellano, en tratos con el rey Fernando. Los Lara, sintiéndose vencedores, los estaban sometiendo a un fuerte acoso y la familia se estaba refugiando allí, aunque no entregaban ni uno solo de sus bastiones si lo podían defender y mantener.

Crucé el río Henares y fuime a buscar el Sorbe. Desde allí, con el pico Ocejón como referencia, me fui hasta Tamajón y luego hacia Majalrayo, donde me encontré con el pastor con quien subí hasta la Quesera e hice el trueque por el que obtuve el mastín.

42

Entre Castros y Laras

En aquellos atribulados tiempos en Castilla y en mi propia vida estuve al servicio de los Castro como antes lo había estado de los Lara: a los unos los traicioné con los otros y a los otros con los unos. No hice cosa en nada diferente, aún fuera menos grave la mía, que lo que ellos hicieron una vez tras otra sin importarles a ambos nada más que su propio interés y fortuna. Sus propiedades, sus dineros y su poder, el de su familia, eso se jugaban ellos poniendo todo lo demás por debajo, incluido el pequeño rey, su corona y Castilla, por más que proclamaran ser esas sus lealtades, pues esa era la cáscara y la alharaca en la que iba envuelta la almendra de sus ambiciones. ¡A otro perro con ese hueso, que hay canes que no por jóvenes no dejamos de tener ya retorcido el colmillo! La torcedura solo depende de los golpes esquivados y de las veces que te hayan tundido el lomo.

Tampoco es que descubra nada nuevo, pues así ha sido siempre el mundo y así actúan los poderosos, pero, ¡ojo!, que si algo tengo visto es que, en esto, iguales y hasta más en crudo son los menesterosos. Que son estas cosas que van en los hombres impresas, y no hay lugar donde estos no medren, ni tierra en que no echen semilla, ni hay juramento de caballero que valga ni hábito de fraile que salve de la tentación al que lo viste. Bien lo he vivido a lo largo de los años, primero como niño, luego como joven atolondrado, mala pieza y buen clérigo, y aún diría que en pocos sitios lo he visto clavar más sus garras que tras las tapias de un convento, que es donde ahora moro.

Habré de decir, desde luego, que no solo no he estado exento de tal pecado, sino que lo cometí muy a sabiendas y sin excusas ni monsergas, aunque procurando ocultarlo, pues me iba el pellejo en el envite. Lo hice porque me convenía, como he visto hacer a todos. Para arrepentirse hay tiempo…, mientras sea luego y todo lo más tarde que se pueda y ya no quepa castigo, más allá que el del Divino, que es al que debiéramos temer. Pero en verdad qué poco tememos cuando las pasiones humanas entran en juego y nos atrapan en sus garras. Y de eso sí he sabido bastante y no he faltado a ninguna.

Cruzada la cordillera y ya bajado a Riaza, enfilé el norte con mi pollina y mis perros y dando tumbos de un sitio a otro acabé en Toro por la vendimia. Era lugar de empaque y solo había que ver el pórtico de su iglesia, que estaban engrandeciendo.[57] Tenía buenos viñedos y vinos muy apreciados por lo recio, y cuando se concluía la vendimia se daban grandes fiestas a las que no podían faltar los juglares, y yo fui uno de ellos. Había aprendido a ir con tiento y medir con quién me juntaba, y algo había ya en mí que a los otros también avisaba de que era mejor no traspasar conmigo ciertas rayas.

Acabé por asentarme con una buena cuadrilla que parecía comandar un violero de percha lustrosa y mejor labia, que no perdía la risa ni en los peores trances y que sabía cómo tratar a los que iban con él para que hicieran lo que les mandaba sin que pareciera mandarles. Parecía andar en pareja con una danzadera y tenía siempre cerca un grandón que obedecía todo lo que él disponía. El resto eran más o menos fijos: un contorsionista, dos que jugaban con mazos, y un juglar ya viejo, que no vi en vida ni boca más agria, ni más soez en palabras ni quien peor olor desprendiera. Pero a las gentes el viejo cazurro les caía muy en gracia. Y era de ello de lo que se trataba.

Miguel de Espinosa se llamaba el cabecilla, Aldonza, su pareja, Serafín, el hombrón, y Eustaquio, el cazurro. De los otros que se arrimaban no me acuerdo de los nombres.

Para entonces yo había ya conectado con un enlace de los Castro y me había dado cita en Toro con otro, que me iba a pasar una carta que debería yo llevar a Burgos, además de contarle todo lo que supiera de Molina, Atienza, Soria y Medinaceli, y sobre todo de la nueva fortaleza de Huete, que estaban reforzando de continuo los Lara. Él me daría noticias a mí también para extenderlas a favor de los Castro. Aunque una era ya por todos conocida: en marzo de aquel mismo año los Castro habían destrozado a los Lara en una batalla habida en Tierra de Campos, en el término de Lobregal, cercano a Villabrágima. Los Lara, comandados por Nuño Pérez de Lara, pues el mayor de los hermanos, don Manrique, había quedado en el sur, iniciaron las hostilidades con una arrancada por toda aquella tierra partidaria de sus contrarios buscando devastarla. Pero Fernando Rodríguez de Castro, que se encontraba refugiado en León, retornó con un ejército y les infligió una aplastante derrota, cogiendo prisionero a don Nuño y matando de su mano a su propio suegro, el conde Osorio, que se había unido al Lara.

Algunos otros nobles de su facción perecieron igualmente, por lo que don Nuño y otros prisioneros pidieron un gesto de caballerosidad al

Castro: que los liberara para permitirles enterrarlos, con su palabra de que esto concluido retornarían al cautiverio. El Castellano se lo concedió, y la añagaza del Lara fue la de retrasar en todo lo posible los entierros para demorar su entrega, y aunque el Castro pudo tomarlos de nuevo prisioneros en Dueñas, al topar con ellos, no lo hizo, y ellos después ya no se acordaron de la palabra dada.

La euforia era muy grande en el bando de los Castro y en el encuentro conmigo me daban la guerra por ganada. Pero el rey niño seguía en manos de los Lara. Sí aceptaron estos, conscientes de su debilidad militar y en otra hábil jugada diplomática, un acuerdo de paz para cuya firma se juntaron por un lado los tres Castro, el anciano don Gutierre y sus sobrinos, el Castellano y don Álvaro, y por otro lado los tres hermanos Lara, esto es, don Manrique junto a Nuño y el tercero, también de nombre Álvaro.

La paz duró dos años. Los unos mantuvieron al rey niño, y viendo que corrían el peligro de que se lo arrebataran por estar Haza muy cerca de las bases contrarias, decidieron trasladarlo a Soria, y los Castro aumentaron su poder en Castilla y en León más todavía, pues su líder, el Castellano, actuaba allí en la práctica como el hombre de mayor rango y confianza en la corte del rey Fernando y preparaba el golpe definitivo a los Lara.

Por ello les interesaba sobremanera el tener conocimiento de cuál era la situación en territorio de los Lara, y esa fue la misión que me fue encomendada, pues como juglar y siendo de Medinaceli me sería mucho más fácil hacer un recorrido por aquellas tierras y enterarme de todo lo que se movía y removía por allí.

También me requirieron que les describiera todo lo que conocía de las defensas de Molina por si en algún momento iban contra ella, algo que sí pude hacer y con bastante precisión y detalle, al igual que con Medinaceli o Gormaz, que también conocía a fondo, pero no así con Huete, en la que los Castro habían fijado sus ojos, pues allí no había estado nunca y solo por oídas tenía referencias.

—De Huete nada puedo deciros, tan solo lo que me contó mi padre, y que tras tomar posesión de ella no han hecho sino reforzar sus defensas y aumentar su guarnición en ella. No olvidéis tampoco que don Manrique es gran amigo del Rey Lobo, y que sus feudos lindan por esa parte —tuve que reconocer ante el enviado de don Fernando el Castellano y también de la familia.

—El Mardanis bastante tiene ahora en qué ocuparse con los

muzmutus. El califa almohade Al Mumin ha desembarcado con decenas de miles de guerreros, y no solo le ha hecho levantar el cerco de Córdoba, sino que le ha arrebatado Carmona y todo su alfoz —me contestó.

—Vuestro pariente el nieto del Minaya lucha junto al rey de Murcia y su suegro. Y dicen que ha vencido siempre a los muzmutus —añadí yo.

—Es bravo el Calvo, digno hijo de su padre y de su abuelo, pero no olvides que es un Castro y estará, como ha estado, con nosotros aquí si hace falta. Aunque está muy bien que al mando de las mejores tropas del Rey Lobo esté él y no un Lara —concluyó.

En la cuadrilla de juglares yo me vine a convertir en el segundo al mando tras el violero. Hacíamos collera para defendernos y atacar, aunque yo un poco por debajo, y todos los demás nos respetaban a ambos, pues si el uno decía algo, el otro de inmediato lo apoyaba. Pero la iniciativa la llevaba siempre Miguel y yo sabía que para influirle lo mejor era que pensara que era a él a quien se le había ocurrido la idea. Al principio ponía pegas y luego, tras un tiempo, la proponía. Lo que ni se me ocurría era mirar siquiera a la danzadera, pues me había dado cuenta de que era en extremo celoso y ya se las había tenido con unos en Castrojeriz, donde acabamos a puñadas con un atrevido, pues yo me uní a él. Posábamos allí camino de Burgos, ya que habíamos decidido que hacer el camino en dirección contraria a Santiago podría ser una buena forma de encontrar peregrinos que aún llevaran algo en la bolsa y tuvieran caridad cristiana con nosotros.

La idea fue mía, por cumplir más fácilmente con lo concertado con los Castro, y dejé caer al descuido que tal vez podríamos llegar así hasta Nájera y desde allí, por la sierra de la Demanda, hasta Soria, Almazán, Atienza y Medinaceli, que tenían grandes ferias y fiestas que yo conocía bien al ser de aquellas tierras.

No pensé que Miguel lo aceptara de primeras, y me sorprendió un poco que lo recibiera con entusiasmo, diciendo que era eso mismo lo que él había estado pensando y que conmigo como guía sería ir sobre seguro.

Yo pensé que, sobre todo en Medinaceli, algún riesgo corría de ser descubierto por los Lara, pero envuelto en el grupo de la juglaresca este era mucho menor que si me aventuraba a ir solo. Los Castro me lo agradecerían como solían hacerlo y esta vez los maravedíes ya me darían para comprarme un caballo, porque estaba harto de ir en

burro. Luego ya me buscaría la forma de dejar mi actual compañía, dado que pensaba que podía comenzar a picar más alto y en vez de plazas y mercados tener abierta la puerta de los castillos y los palacios, como tuvo en sus días mi padre. Si los Castro acababan vencedores, como tal parecía, yo también ganaría con ellos, aunque solo fueran las migas. Por el momento, mal no me pagaban.

[57] Colegiata de Toro. En aquel momento estaba en plena construcción y de ese tiempo es su portada norte, románica. Más tardío es el famoso y policromado Pórtico del Paraíso, una de las joyas más impactantes y mejor conservadas del estilo gótico.

43

El mejor amigo

Miguel de Espinosa y yo caminamos juntos y compartimos todo, excepto mujer, durante varios años. Fue el amigo que no había tenido antes nunca. Lo éramos hasta para discutir y nos complementábamos por nuestros muy diferentes caracteres, el mío más duro y directo, aunque se me había ido limando y había dejado en mucho de ser agrio para dejar paso a la seriedad no exenta de socarronería. Había vuelto a saber reír y la prueba del cambio la tenía en el beber. Antes tenía mal vino y ahora disfrutaba de él. En la entraña seguía, sin embargo, igual; ahí seguía vivo el rencor y la ausencia total de aprecio por los demás, fueran hombres o mujeres, señores o siervos, compañeros o desconocidos. Yo no quería a nadie, si acaso a mí y de eso dudaba también, pero no me quedaba otra que conmigo intentar llevarme bien. Con los demás, disimulaba para conseguir lo que quería, y una vez logrado los dejaba en el camino y quedaban olvidados.

No tuve mujer con la que hiciera camino y duraban lo que duraba mi paso, y si pretendían seguirme les dejaba bien claro que cada cual por su lado y si acaso hasta la posada siguiente. No me faltaban, sin embargo, y había quienes, cuando retornaba por el lugar, me estaban esperando. Los hombres buenos, si es que los había o eran aquellos a quienes no les quedaba más remedio que serlo o no tenían más arrestos, no son los que gustan a las mujeres. O eso me parecía a mí. Pero ni lo pensaba siquiera, simplemente era así. Yo cogía lo que podía, sin más, y me marchaba después, sin prometer antes nada, ni tenerme que despedir.

El de Espinosa era al revés. Él estaba siempre de buen humor, hasta debajo de un algarazo de pedrisco en pleno descampado le había visto echarse a reír y ponerse a cantar. Vivía con su Aldonza, se ocupaba de quienes estaban con él y se sentía obligado con ellos, de ahí que el cazurro y el grandón no se le separaran. Y yo mismo entraba en aquello. Dentro de su pillería, semejaba ser alguien cabal, y a pesar de nuestro oficio presumía de palabra. Parecía conformado a su suerte y solo buscaba mejorarla en lo poco que se podía mejorar. Ni siquiera

alguien tan desconfiado como yo tuve jamás sospecha de él. Turbiedades no había nadie que no las tuviera, y menos entre gente de nuestro pelaje, pero las suyas eran de las que se podían contar y no las que ocultaba yo.

Así, por concretar, fuimos amigos y lo fuimos durante mucho tiempo y de verdad, aunque ya tras los primeros meses lo que mejor se nos daba era discutir entre los dos, si bien esa era nuestra mejor manera de amigar y si yo me amusgaba él me lo sabía quitar. Casi entendí hasta que quisiera matarme.

El grupo comenzó a hacer una ruta que comenzábamos cada año en Santiago y acabábamos en Medinaceli y al revés. Todo ello con muchas variantes y desvíos, pero en general siguiendo el camino más usado por los peregrinos, aunque un año fuimos por el que iba desde Oviedo pasando por Tineo y un viejísimo monasterio, el que más de todos, pues según afirman y tienen por escrito los de allí, Santa María la Real de Obona, que así se llama, fue fundado por el príncipe Adelgaster, un hijo bastardo del rey don Silo y su mujer doña Brunilda, tan solo un puñado de años después de morirse el mismísimo don Pelayo.[58] Aquella ruta había sido la primera hacia Santiago, la primitiva, pues fue la que hizo el rey de entonces, que también ya se llamaba Alfonso el II y que llamaron el Casto por no haber tomado mujer nunca, cuando fue avisado por el obispo Teodomiro, que Dios tenga en merecida gloria, de que habían aparecido los restos del apóstol y se fue por aquellos montes y andurriales desde su capital hasta Compostela para comprobarlo, y él y el obispo concluyeron que aquella era en efecto la tumba del discípulo de Jesucristo y que no podía ser otro que Santiago, pues era el que habían decapitado los romanos y la osamenta hallada tenía, en efecto, la calavera cortada, en las manos.

Aquello había sido una bendición divina y gran ayuda y alivio para la cristiandad en la España entera donde tan acosados y oprimidos se encontraban por los infieles seguidores de Mahoma. Desde entonces Santiago no había dejado de hacer favores y milagros para ayudarnos a todos. Incluidos los juglares más pecadores, como lo era yo mismo, pues no había para nosotros mejor lugar que aquel camino, por el que tantas gentes pasaban y la mayoría venían contritos y con buenas intenciones. Y eso era bueno para nosotros, aunque las tuviéramos peores.

Entrados en la Galicia, aquel sendero se juntaba ya desde Lugo con el que cogían los francos, y ya por Caldas de Reis y Cebreiro llegábamos al Monte do Gozo, donde se daba vista a la catedral y ya estábamos a

nada tocando en la plaza o en las calles más concurridas. Luego, dependiendo de las fiestas que hubiera, nos íbamos por un lado u otro de Galicia, para volver al cabo ya de regreso a desandar el camino por Astorga, llegar a León y por Sahagún, en ambos lugares solíamos parar más que en otros sitios, ya ir por Carrión a Castrojeriz, Burgos, otra parada larga, Belorado, Santo Domingo de la Calzada y Nájera. Ahí nos solíamos salir ya de la ruta, y en vez de ir hasta Logroño o Pamplona, tirábamos hacia Soria cruzando por la sierra de Cameros. Desde Soria unas veces íbamos por Osma, Gormaz y Rello a Medinaceli, y otras por Almazán y Atienza. Una vez animé a Miguel a bajar hasta Hita y Guadalajara y subirnos luego desde allí a Segovia y de Segovia a Valladolid. Se trataba de ir dando con lugares donde hubiera gentío y movimiento, que era donde había también algo que pudiera caer en nuestras manos, nuestros estómagos y, si se daba bien, en nuestros bolsillos. A pesar de la ruta prefijada íbamos también mucho al albur. Yo no tanto, pues tenía establecidos los lugares donde entregar mis informes a los Castro y recibir mis recompensas.

Llevar, traer y contar era lo que también se esperaba de nosotros, y eso significaba, en cualquier lugar, estar al tanto de las cosas, unas que importaban mucho a unos, que eran las más cercanas, y otras, las más lejanas, solo a algunos, pero estos solían ser los más importantes. En los dos años tras lo de Lobregal, la pelea entre los Castro y los Lara se adormeció, pero al tercero se reavivó y el incendio fue mayor que todos los anteriores. Los Castro dieron un gran golpe apoyados por el rey de León, que se iba haciendo con toda Castilla. Se presentaron ante Toledo y sin batalla alguna la tomaron bajo su control, poniendo allí al mando a Fernando Rodríguez de Castro, que no dejaba de ser sino hijo de don Rodrigo, quien la había defendido de los moros y sido allí el representante mayor del Emperador.

Con ello los Castro daban pruebas de su total determinación a acabar de una vez por todas con la situación y ser ellos quienes cogieran el mando de Castilla de la mano del rey de León y tío del rey niño, que, y esto era lo que iba cogiendo cada vez mayor peso, era quien debía ocuparse de su custodia como le correspondía por parentesco, y evitar ya aquella disputa eterna entre las dos casas nobiliarias. Era lo que querían los Castro y el leonés, pero no para hacer favor a Castilla, sino para añadirla el uno a su reino, teniendo al pequeño Alfonso bajo su mano y control, y los otros gobernarla toda y quedarse con cuanto quisieran. Y parecían estar en disposición de imponerlo, pues los Lara eran cada vez más débiles y no parecían capaces de enfrentar al poder militar de los otros, más aún con el apoyo de León.

De lo que yo pude informar al enviado de la familia que me conectó a

la vuelta en Gormaz era que, tras haber tomado Toledo, eran ya muy pocas las plazas en la Transierra afines a los Lara, y el bastión de Huete, además de Molina, era de los pocos enclaves poderosos que les quedaban. Atienza y Medinaceli eran, por sus defensas y sus mesnadas concejiles, bocado demasiado grande y peligroso, pero Huete, al sur del Tajo además, sí parecía accesible y su punto más débil.

De las fronteras hacia el norte llevábamos nosotros algunas noticias más. Ramón Berenguer había muerto y ahora la corona de Aragón y el condado de Barcelona tenían un nuevo rey, su hijo Alfonso, el segundo de allí tras el Batallador, lo que para los juglares fue una extraordinaria noticia. El aragonés no solo gustaba de los juglares y siempre había estado rodeado de estos, sino que él mismo componía sus propias canciones. Al poco ya era conocido como el Trovador, y su corte era un lugar de peregrinación para todos cuantos en nuestro oficio queríamos un día dejar los caminos y llegar a caballo a los palacios.

Las nuevas de Al-Ándalus eran peores y una más triste. Aprovechando que el califa almohade había vuelto a Marruecos, Ibn Hamusk y el Mardanis atacaron Granada apoyados por mesnadas castellanas y Álvar Rodríguez de Castro, el nieto del Minaya. Habían conseguido enseñorearse y ocupar la ciudad misma. Pero no pudieron tomar la alcazaba, que resistió.

Lo hizo durante seis meses hasta que el califa regresó de África con un ejército de veinte mil hombres de sus tropas más escogidas por su ferocidad, y fueron al rescate de la ciudad. El Rey Lobo con el nieto de Minaya acudieron en ayuda de los sitiadores ahora sitiados y en la batalla no solo fueron vencidos, sino que el adalid cristiano sucumbió en el combate. Castilla sintió su muerte y sus parientes, los Castro, la lloraron.

Pero la familia, la casa de los seis roeles azules, con Fernando el Castellano al frente, estaba a punto de conseguir la victoria decisiva.

Yo recibí instrucciones de que aquel año me quedara a pasar el invierno en Medinaceli y procurara estar al tanto de todo cuanto sucedía en todo el territorio vecino, particularmente en todo el gran alfoz y común de tierra de Atienza y su poderosa fortaleza, pero más aún de Soria, adonde habría de viajar en cuanto me fuera requerido. Pues en Soria iba a ser el final de aquella contienda y concluir con la victoria final de los Castro.

[58] El 17 de enero de 780. Don Pelayo había muerto en el 737.

44

La fuga de Soria

Había supuesto que me quedaría solo y que Miguel y el grupo retornarían a su Burgos natal, pues al igual que yo eran de aquellas tierras, aunque ellos de más al norte, y el cabecilla de la cuadrilla provenía de Espinosa de los Monteros. Pero para mi sorpresa decidieron quedarse también. Aquello, tal vez, hubiera debido hacerme sospechar, pero no tenía por qué y no solo me pareció bien, sino que me alegré. Es más. Ofrecí mi casa, en la que estaríamos alojados pues tampoco íbamos a movernos mucho, aunque yo sí lo tenía previsto, ya que se me había avisado de que recibiría indicaciones de hacerlo así.

Los Castro se sabían vencedores y estaban decididos a recuperar al rey niño. Los Lara eran por su parte conscientes de que no tenían capacidad suficiente para oponerse militarmente, pues la alianza de sus adversarios con Fernando de León desequilibraba por completo las fuerzas. Se avinieron a pactar y se buscó hacerlo a través de la Iglesia y los obispos.

La primera reunión fue en Atienza, villa muy adicta al rey castellano, al haber obtenido del Emperador unos fueros muy amplios y dominar su concejo y sus mesnadas todo aquel sector de la Extremadura. Llegaron los prelados a la bien amurallada población con su imponente castillo roquero en lo más alto, y se comenzaron a discutir las fórmulas para la entrega del pequeño don Alfonso, que contaba entonces con siete años. Se acordó que quien tomaría su tutela no sería ni un Castro ni un Lara, sino su propio tío, don Fernando, rey de León. A los Lara no les quedaba más remedio que aceptarlo y los Castro se mostraron muy conformes con ello, pues, aunque el que resultaba principal beneficiado teniendo a su sobrino bajo su control iba a ser don Fernando, ellos serían quienes de facto mandarían sobre el territorio, serían los dueños y señores de todos los principales puestos de poder y disfrutarían de la tenencia de los más importantes castillos, ciudades y tierras.

Una semana del frío mes de enero, antes del sínodo de los obispos, yo

ya estaba en la villa con los ojos bien abiertos y los oídos atentos a todo cuanto pudiera ser de interés y procurando saber a qué obispo indeciso o reacio al pacto había que convencer o apretar. Como hubo que hacer con el de Sigüenza, don Cerebruno, muy leal al niño don Alfonso y muy reacio a entregarlo al rey su tío, pues aducía que en la práctica eso era hacerlo su vasallo, y que así se sometía también al vasallaje leonés a toda Castilla.

Advertidos los Castro, encontraron de inmediato la manera de que cambiara de opinión, que no era otra que a través del obispo de Toledo, su superior como metropolitano y con ascendencia personal sobre él, pues además ni siquiera los Lara ya manifestaban excesiva oposición y se allanaban.

El asunto quedó zanjado y solo quedaba el proceder con toda la solemnidad a certificar el acuerdo y darle cumplimiento en Soria. Allí había nacido y ahora se encontraba Alfonso tras dejar Haza desde hacía ya algunos años, bajo la custodia del Concejo de la villa, pero al cuidado personal de un caballero muy cercano a los Lara, don Pedro Núñez de Fuentearmegil, casado con la tía de don Manrique, doña Elvira, y a quien el pequeño rey había tomado singular cariño.

Yo partí entonces hacia Soria y allí informé de que, por parte de los Lara, sabiéndose en clara inferioridad, no iba a haber oposición alguna. A mí algunos contactos me quedaban en Molina y me había arriesgado a ir hasta allí y concertar una cita en una venta un poco alejada que hay a la salida de la población, y en dirección a Peralejos de las Truchas, ya a orillas del Tajo, donde está el puente del Martinete por el que se cruza al otro lado del gran río.

Me había dejado crecer la barba y con los años pasados desde que me había ido, siendo entonces un mocete, pensé que nadie me podría descubrir a no ser de tenerme muy cerca y darme yo mismo a conocer. En el mercado abordé a una de las sirvientas que había bajado a comprar, la dulce rubia molinesa con la que había tenido amores y que se alborozó por mi vuelta y porque yo estuviera vivo y bien. Le hice un buen regalo y le prometí otro mejor si me venía a visitar aquella noche a la posada. Ella aceptó muy gustosa y nos vimos allí para lo que creyó, y lo fue también, era una cita de amor, pero además le pude sonsacar que don Manrique y la condesa estaban resignados a la entrega y así se lo había oído decir. Que habían estado también en Molina sus dos hermanos, don Nuño, el que le seguía en edad, y don Álvaro, y a este último le había oído también que no quedaba más remedio que entregar al rey si la familia quería mantener algo de su poder, pues de no hacerlo acabarían aplastados y todo les sería

arrebatado por los Castro. Que los hermanos, antes de marchar por separado y quedarse tan solo don Manrique, que era quien debía llevar al niño, habían estado reunidos, y que luego comieron juntos con tan solo algunos caballeros de los más allegados. Y que a don Nuño, de quien se decía que era la verdadera cabeza de la familia, por su inteligencia y buen juicio, cuando se servía en su mesa un guiso de pichones al que era muy aficionado, había exclamado con gesto apesadumbrado:

—Otra cosa no podemos hacer. Ni a mí ni a nadie nos gusta, pero esta es la única solución.

Yo me había apresurado a comunicarlo en mi siguiente cita en Soria, y esta vez el propio don Fernando, el Castellano, fue mi interlocutor.

Muy satisfecho con las nuevas, me felicitó por la información obtenida y el contento aumentó su generosidad, dejando en mi mano una buena bolsa por mis servicios.

Solo quedaba aguardar la fecha de la entrega. Tras la llegada a Soria del rey don Fernando II de León, un nuevo cónclave de los obispos de ambos reinos, León y Castilla, ratificó y sancionó lo acordado en Atienza, y se concertó la entrega del rey niño a la tutela de su tío en Soria para junio de aquel mismo año.

El día en que se iba a consumar todo, dediqué la mañana a deambular por la ciudad, donde me topé con mis compañeros juglares. Aquello no me sorprendió, como tampoco el que me hubieran acompañado anteriormente a Atienza, pues en aquellas reuniones de poderosos era donde nosotros podíamos sacar mayor beneficio de nuestro oficio.

Estando con el cazurro y el grandón, la danzadera no nos había acompañado en esta ocasión, pues estaba a boca de parir, es cuando llegó el Espinosa con mucho apresuramiento y nos dio cuenta de lo recién sucedido y que a nada iba a revolver la ciudad y el reino.

—Los Lara no han entregado a don Alfonso y parece ser que uno de ellos ha salido a uña de caballo con el niño de la ciudad. Lo están buscando por todos los lados. Esto se puede poner mal. Mejor será que nosotros también salgamos por piernas de aquí —nos urgió el Espinosa.

Eso hicimos. Camino de Medinaceli algo más pudimos saber, que el autor de la fuga había sido el señor de Fuentearmegil y que se habían dirigido a Gormaz. Llegados nosotros a casa fuimos conociendo en días sucesivos más nuevas. Que de Gormaz lo habían llevado a Atienza

y allí estaban encastillados, y que el rey de León se había dirigido a la villa con su ejército y que la tenía cercada. También se divulgó el relato completo de lo sucedido, que Miguel de Espinosa nos contó con mucho detalle:

—Iban a entregar ya finalmente el niño a su tío, el rey de León. El concejo soriano que lo había custodiado en los últimos tiempos se lo entregó en primer lugar a don Manrique de Lara diciendo con voz sonora que «libre nos lo entregasteis y libre debéis mantenerlo». El paso siguiente ya era que del Lara pasara al rey de León, pero entonces surgió un imprevisto. El niño se echó a llorar, quizá asustado por tantas gentes a las que no conocía, y fue a refugiarse en los brazos de la persona con quien se sentía seguro, el señor de Fuentearmegil. Este dijo que lo llevaría a una sala contigua, donde lo tranquilizaría y lo haría dormir. Pero en vez de hacer tal cosa, lo envolvió en su capa, montó en el caballo que tenía preparado y salieron al galope hacia la fortaleza de Gormaz. Cuando pasaron las horas y el niño no aparecía, fueron a ver dónde estaba y se encontraron con que había escapado.

»El tumulto fue enorme. El rey Fernando señaló a don Manrique como infiel y perjuro y le envió un caballero para retarle a duelo, pero el Lara respondió jocosamente al requerimiento y replicó diciendo que puede que lo fuera, pero que lo que había hecho era librar de la servidumbre y el vasallaje a su señor, el rey niño, lo que fue muy aplaudido por el concejo soriano. Para entonces y ya esa misma noche, don Nuño Pérez de Lara ya estaba en Gormaz con el pequeño. Y ahora ya pueden los Castro echarle un galgo a los Lara.

Y en efecto no hubo quien se lo echara. De Gormaz, don Nuño se lo llevó después a Atienza, y aunque el rey de León acudió a cercarla, se la volvieron a jugar sacándolo disfrazado de arriero y lográndolo poner en seguro en Ávila.[59]

Yo la verdad es que no sabía qué hacer. Desde luego habían engañado a los Castro y yo había contribuido al engaño. Estos, sin duda, estarían furiosos conmigo por haberles dado una información que les hizo confiarse. De eso tuve certeza cuando me abordó en la calle uno de sus hombres, que con muy malos modos me lo recriminó y me exigió la inmediata devolución de lo que el Castellano me había pagado. Me comprometí a devolverle la suma al día siguiente. Pero en lo que tuve que poner todo el empeño fue en salvar mi vida.

[59] 1163. Origen de la fiesta de la Caballada, que se celebra cada año

en Atienza desde hace más de ocho siglos.

45

El mastín que me salvó la vida

Cuando llegué a casa me encontré con que la danzadera ya no estaba; se había marchado, me dijeron, a la casa de una partera, pues el niño estaba ya al venir. Algo en el gesto del Espinosa y sus inhabituales silencios y hosquedad me sorprendieron un poco, pero los achaqué al parto de su mujer. Preocupado como estaba yo también, apenas si cruzamos palabra, y yo me retiré a mi habitación a dormir. Al día siguiente arreglaría cuentas con los Castro, no era cuestión de ponerme del todo a mal con ellos, y comencé a preparar mis cosas para marchar yo también de allí. Puede que los Lara ya supieran mucho más de mí de lo que yo creía y aquel era territorio suyo, así que lo mejor sería cerrar la casa y largarme cuanto antes. Que la cuadrilla hiciera lo que le conviniera, pero yo sabía lo que me convenía a mí. Y eso era desparecer.

Lo que menos me imaginaba era que eso mismo, pero para siempre, era lo que iban a querer hacerme a mí aquella misma noche y quienes menos me esperaba.

La vida se la debo a mis perros y sobre todo al mastín. Dormían echados en un rincón de la habitación y me despertó un sordo regruñir de ellos que me alertó. Me incorporé, alguien venía. Los canes estaban ya en pie y yo eché mano al bastón y saqué el acero. Se abrió la puerta, traían una luz y avanzaron, uno llevaba un mazo en la mano y en la del otro vi brillar el puñal. Me había apostado tras mi propia puerta y sin más le clavé el acero del bastón al que venía con el mazo. Dio un enorme grito de dolor y todo al tiempo supe que eran mis propios amigos, Miguel y sus dos acólitos, y no ladrones quienes me venían a matar. Por eso los perros se habían limitado a regruñir al sentirlos acercarse, pero no habían ladrado. Pero el mastín pareció comprender la situación cuando, tras el grito, el herido se dio la vuelta y salió a escape, soltando el mazo y sujetándose la barriga con las manos, y los otros dos se abalanzaron contra mí. El enorme perro se lanzó contra el grandón, que siempre le había tenido miedo, y le buscó el cuello, pero al protegérselo con el brazo el perro hizo presa

por detrás de la muñeca, se la rasgó, y se quedó a ella enganchado zamarreándole el brazo con todas sus fuerzas, hasta que se oyó el crujido de los huesos al romper.

Miguel de Espinosa no sabía, ese secreto me lo había guardado, por fortuna, lo que escondía mi bastón. Esperaban además sorprenderme dormido o todavía sin estar del todo despierto y menos aún armado. Los perros los conocían, pero su acercamiento en la oscuridad los puso en guardia y, al ver que me atacaban, me defendieron. No se lo esperaban, y menos que yo estuviera armado, y en nada se vieron en inferioridad. Espinosa intentó lanzarme dos puñaladas, pero me bastó con retroceder con el estilete, más del doble de largo que su cuchillo, y lanzarle yo una estocada que le alcanzó la parte superior del muslo. El lebrel se le fue por detrás y lo desequilibró, haciéndole caer al suelo. Le puse la punta de mi arma en el garganchón y soltó la suya rindiéndose. El grandón daba alaridos aterrado por las dentelladas del mastín, y cuando pudo zafarse de sus terribles quijadas, escapó de la habitación perseguido por el perro.

—No me mates, Pedro. Voy a tener un hijo —me dijo quien hasta un instante antes yo creía el mejor de mis amigos.

—¡Tú ibas a matarme a mí! ¿Qué mal os he hecho yo a ti y a los tuyos? ¿Por qué, Miguel, por qué?

—No era cosa entre nosotros. Tu vendías a los Castro y yo a los Lara. Ha sido don Manrique quien lo ha ordenado.

—¿Desde cuándo lo has sabido?

—Desde el principio. Por eso te acogimos, para mejor tenerte vigilado. Nos has venido bien. Pero no me mates. Hazlo por mi hijo, Pedro. No lo dejes huérfano antes de nacer. Te juro que no volverás a saber de mí ni de ninguno de nosotros. No te buscaremos. Te lo juro por Dios nuestro Creador. Yo siempre te he tenido aprecio. Fue una orden de don Manrique y la teníamos que cumplir. No era cosa de gusto para ninguno de nosotros.

No lo maté. Aparté al lebrel y le ayudé a levantarse. Salió renqueando y dando sangre, pero por su propio pie. Fuera, el mastín tenía arrinconado al grandón. Me costó el que obedeciera, pero al final lo dejó ir. Se marcharon y yo, tras cerrar y echar la llave por dentro, volví a la habitación con la cabeza dándome vueltas y sin saber bien qué hacer.

Llegó después para mí un año de penurias y no poco descarrío. De nuevo en los caminos y esta vez solo, pero además en extremo desconfiado tras lo que me había sucedido, y sabiéndome por un lado perseguido por los Lara y por el otro desamparado por los Castro. Ambos me consideraban un traidor y he de reconocer que lo fui, como lo eran ellos, pues no hacían sino burlar la palabra que acababan de dar. Don Manrique desde luego, pero por el otro lado también estaba la interesada connivencia de los Castro con el rey leonés, cuando era a su rey Alfonso a quien debían lealtad. Si esto lo hacían los nobles y señores, más aún podía hacerlo un pobre juglar, pensaba yo.

La terrible peripecia, haber estado en un tris de morir y a manos de quien yo consideraba casi como el hermano que nunca tuve, me hizo el irme haciendo yo cada vez más duro y esquinado. No fui ya para nada persona de la que nadie pudiera fiarse y mis actos durante aquellos años hacen que ahora, al recordarlos, me sienta avergonzado. Engañé a todo el que pude abusando de su buena fe, me aproveché de todo el que se cruzó en mi camino y no me importó el daño que podía hacer. Fui particularmente canalla con las mujeres, usando cuantas malas artes fuera menester para conseguir mis propósitos, mintiendo, sacando todo lo que podía de ellas, algunas muy humildes, y huyendo después. Fueron siendo cada vez más los lugares por los que no podría ya volver a aparecer. También rehuí de los sitios donde temía poderme volver a encontrar con mis antiguos compañeros, de quienes supe que al cazurro mi herida en la tripa había acabado por causarle la muerte. Luego dejé de saber de ellos y casi un año después me enteré de que el de Espinosa, su mujer, el niño que habían tenido y el grandón se habían establecido en el pueblo natal del primero y dejado del todo la vida errante. Que no les iba mal, además. Y ¡qué cosas!, hasta me alegré.

Por mi lado, decidí dejar Castilla y no asomar ni por León ni por el Camino de Santiago. Me dirigí a Aragón, donde el nuevo rey, Alfonso II apodado el Trovador, gustaba de componer poemas y hacerlos cantar por juglares. Se decía que estos eran muy bien acogidos en su corte, pero yo no tuve suerte en mis primeros intentos. Gustaba más de los occitanos y de los de sus propios dominios, fueran del reino aragonés o el condado catalán, aunque también conseguían llegar a su cercanía algunos castellanos, pues estaba casado con doña Sancha, hija del Emperador y por tanto tía del rey pequeño.

Otra hija del Emperador, también de nombre Sancha, mas nacida esta de la primera esposa del monarca, había casado con el rey de Navarra, Sancho VI el Sabio, pero ello no había sido impedimento para que tanto el navarro como el leonés se hubieran apoderado de muchos

territorios castellanos. Los navarros le volvieron a arrebatar a Castilla la casi totalidad de La Rioja, Álava, Guipúzcoa y varias comarcas burgalesas como la zona de Briviesca. Los leoneses hicieron lo propio por su lado y fronteras, apropiándose de varias comarcas burgalesas hasta llegar a Castrojeriz y entregar la tenencia de la misma a Gutierre Fernández de Castro, cabeza formal de la familia, aunque el liderato lo sustentaba el Castellano. El rey Fernando II utilizaba la propia ciudad de Burgos como lugar de estancia de su corte cuando le placía. Menos mal que a los almohades aún conseguía sujetarlos el Rey Lobo, aunque sus fuerzas decrecían y los muzmutus, las gentes también los llamaban así, eran cada vez más poderosos tanto en su Magreb natal como en Al-Ándalus.

No quiero traer a este libro demasiados recuerdos personales de aquel tiempo, pues todavía me provocan mucha amargura; siguen estando clavados en lo más hondo de mi ser y espero que algún día me sean perdonados. Creo que hubiera acabado por sucumbir del todo al mal y yo mismo haber perecido en cualquiera de los episodios de los que hasta el momento y por chiripa había conseguido escapar.

Las cosas en Aragón me fueron de mal en peor y sin pasar mucho tiempo ya no tenía nada en la bolsa ni tampoco qué comer en el zurrón. Me había quedado también sin caballo, arrebatado por unos asaltantes que me sorprendieron cerca de un pueblo en las estribaciones del Moncayo llamado Trasmoz, no lejos de donde los monjes del Císter habían comenzado la construcción de un gran monasterio en las riberas del río Huecha al que se comenzó a llamar de Veruela. A los ladrones les hubiera agradecido incluso que me dejaran con vida si no hubieran dado muerte a mi mastín, que me intentó defender y esta vez pagó entregando la suya, pues lo acribillaron con flechas de ballesta. El lebrel logró escapar y luego, una vez alejados los ladrones, vino hacia mí, convirtiéndose ya en mi sola compañía y el único amigo que entonces tuve. Me dolí mucho de la muerte del mastín y no pude reponer su ausencia hasta años después que conseguí de nuevo hacerme con un cachorro, en este caso de la raza extremeña y un poco más pequeño que el anterior, pero con su misma lealtad y arrimo a mí. Bien puedo decir que, por mi lado y entonces, eran mis perros los únicos seres por los que yo sentía afecto.

Unos meses después, tras haber ido bajando lentamente y a pie, de pueblo en pueblo, hasta las riberas del Jalón y dejado ya su cauce, entrado de nuevo a Castilla, sufrí un nuevo ataque. Esta vez pude responder con el estilete y el bastón, pues era solo uno el asaltante y lo puse en fuga, pero el malhechor consiguió herirme en una pierna con una azcona que llevaba. En muy mal estado alcancé a llegar a

Santa María de Huerta y creo hoy que fue Dios quien me llevó a aquel lugar, y aunque yo siguiera después con mi vida de extravíos, pero al menos mi suerte cambió. Pues allí, mientras me recuperaba de mi herida, es donde se abrió ante mí una posibilidad y mi desesperación me hizo encaminarme hacia ella, sabiendo muy bien que en vez de encontrar algún arrope quizá con lo que me encontrara fuera la muerte.

Supe por los frailes que en la lucha, aún más descarnada tras el engaño de Soria, entre los Laras y los Castros, estos últimos habían dado muerte en combate y ante Huete, se decía que por la mano del propio don Fernando el Castellano, a don Manrique. Precisamente en el lugar que fuera el baluarte y esperanza del jefe del linaje. Muerto él, había quedado ahora al frente de los Lara su hermano don Nuño, que consiguió escapar y seguir manteniendo bajo su control y custodia al pequeño rey. Y aunque pudiera parecer que la situación era desesperada, a la postre ahí comenzó el renacer tanto de los Lara como de Castilla según el pequeño rey iba ganando en edad.

Yo, por mi lado, vi una oportunidad al saber de la muerte de quien había decretado la mía. Era en extremo arriesgado lo que se me ocurrió hacer, pero me sentía tan acorralado que pensé que aquella era mi última oportunidad. Decidí ir a Molina a solicitar el perdón de Pedro Manrique de Lara, el hijo mayor y heredero del fallecido, que en tiempos había manifestado alguna simpatía por mí.

46

Regreso y perdón

Antes de emprender el camino hacia Molina, me acerqué a mi casa de Medinaceli, aquel último refugio, el único hilo que me unía a mi vida anterior, a la familia que un día tuve y a un tiempo pasado mejor. Pero si creía que aquello me aliviaría, fue al revés. Fue entrar en ella e invadirme la desolación. Fría, vacía, con los restos intactos del terrible episodio sufrido allí. Aún quedaban muebles desparramados, cacharros rotos y hasta algunas manchas negruzcas en el suelo que bien podrían ser de sangre. Allí había matado a un hombre, herido a otro y estado a punto de morir yo.

Pero aún más que aquellos recuerdos oscuros me pesaban los de mi niñez, aquellos felices que me hacían sufrir todavía más. Recorrí la casa, como trastornado, recogiendo las cosas caídas e intentando que con ello todo volviera a su lugar. Me asaltaban las imágenes de mi madre haciendo alguna cosa, la de mi padre volviendo alegre de cualquiera de sus largos viajes y cogiéndome en brazos, la de mi abuelo Hugo enseñándome a trenzar una tira de cuero al lado del fuego. Deambulé por toda la casa, incluso entré en el pequeño cuarto de los pájaros, donde aún estaba la alcándara de pared a pared con los rastros de las cagadas de las aves de presa que allí se posaban, y hasta casi escuchaba el grito del halcón.

Una incontrolable tristeza se apoderó de mí y sentado donde estuvo el hogar y ardió la llama alguna vez me eché a llorar. El lebrel se me acercó y apoyó su cabeza en mi pierna, y conmovido se la acaricié.

Quizá aquello me hizo sacudirme un poco la pena y me levanté. Quedaba algo de leña y me afané en encender el fuego. A eso sí había aprendido bien en mi vida errante y caminera. Era ya casi invierno y es mi tierra un lugar frío, aunque en verano abrase el sol. El calor de las llamas me reconfortó y más aún unos bocados de lo que los buenos frailes de Santa María de la Huerta habían tenido la generosidad de darme al partir. Al lebrel también le di. Mas de tres veces había sido yo el que comió con lo que cogía él.

Casi sin darme cuenta, me puse a la tarea de asear la casa en todo lo posible, limpiando, colocando y recogiendo los desperfectos y destrozos de la pelea, hasta que me pareció que ya no quedaba nada de aquel mal rastro. Fui a por agua y la puse a calentar. No tenía nada que poner a cocer, pero una vez más la casa de mis padres me sirvió como último asidero y rebuscando encontré algunas cosillas que podían tener algún valor y hasta una hermosa tela en un arcón, donde hallé también una buena pelliza de mi abuelo Hugo que reservé para mí, pues buena falta me iba a hacer.

Conseguí con todo lo rebañado alguna comida y alguna moneda, y más reconfortado me dispuse a emprender la marcha hacia Molina a intentar conseguir el perdón del Lara. La lluvia, que comenzó a caer, me retuvo durante varios días, pero no me importó. Sintiéndola repicar en el tejado y escuchando el sonar de las canales, al calor del fuego y con la compañía del lebrel, repuse el ánimo y me sentí cobijado. Aquel era mi hogar, la casa de padres, lo que me seguía uniendo a ellos y lo que ellos me seguían ofreciendo, ya muertos, era su cobijo. Hasta reparé como pude algún mueble, volví a repasar y limpiar todo, y al revisar de nuevo la casa a ver qué podía encontrar que se me hubiera pasado, algunas cosas aún hallé, incluso algún recuerdo de mi propia niñez, que volví a guardar.

Cuando ya una mañana salió el sol, cogí las alforjas, el bastón y la vihuela, y el lebrel y yo emprendimos el camino hacia Molina.

Salí esperanzado y con buen ánimo, pero según iba andando y comencé a pensar, se me empezó a enturbiar. Durante los dos días de marcha —anda por las diez leguas la distancia que hay yendo a pie de un lugar a otro—, no hubo un paso en que no dudara de lo que estaba haciendo. A nada que se mirara, poca esperanza podía yo tener, y lo más probable es que me estuviera metiendo en la boca del lobo. Un lobo al que yo había traicionado y que ya me había intentado degollar. Pero no me volví atrás. En algunas cosas aquella dureza mía, que la tuve, ante la adversidad, me vino bien.

En Pedro Manrique de Lara encontré algo más que perdón.

Aunque de principio la cosa no pudo pintar peor. En la segunda jornada alcancé a un carretero que llevaba mi mismo destino. Llevaba algunas vituallas y enseres al castillo y me dejó subir con él.

Me pude enterar de algunas cosas, una de ellas, Dios me perdone, no me causó ningún pesar. Mi viejo enemigo el Desorejado había muerto con mucho honor y defendiendo a don Manrique en la batalla de

Huete. Don Pedro, el hijo, había cogido las riendas, pero la condesa, doña Ermesinda, seguía residiendo en el castillo y en muchos asuntos imponía su autoridad, incluso sobre su hijo. Y aquello me preocupó bastante, la verdad, pues la provenzal me había mostrado siempre mucha inquina, y de ser por ella, no sé dónde estaría yo.

Y ahora me estaba acercando como un cordero a sus dominios. Aquella fue la última tentación de volverme, pero estábamos ya dando vista a Molina y no era cuestión de volverse atrás.

Llegamos hasta las puertas y el carretero, al ser de sobra conocido, las traspasó sin más. Yo me presenté a la guardia como juglar y di mi nombre, Pedro de Medinaceli, que ninguno de los guardapuertas recordó, y pedí le fuera anunciada mi presencia a don Pedro Manrique, a quien conocía y a quien solicitaba ver.

Aquello no era nada usual y tras consultar, supongo, a quien los mandaba y a quien tal vez mi nombre le sonó y no para bien, con gesto algo más hosco me ordenaron que me quedara esperando fuera, y que ya me dirían si podía pasar.

La espera fue larga y a mí se me hizo aún más. No pintaba bien la situación, y con doña Ermesinda dentro y con mando, todavía peor.

Desesperaba ya cuando se produjo un pequeño revuelo. El joven conde venía con un par de caballeros flanqueándole y con voz seria dio orden de que me dejaran entrar. Atravesé la puerta y lo vi ante mí. Había cambiado mucho. Estaba más fuerte y crecido, y aunque un poco más joven que yo, lo grave e impositivo de su voz daban cuenta de que había aprendido a mandar y a hacerse obedecer con un gesto. Hinqué ante él la rodilla y le dije:

—Don Pedro, vengo a entregarme a vos; os suplico que me oigáis y, si lo consideráis en razón, me otorguéis vuestro perdón.

Se me quedó mirando con fijeza y durante un tiempo. Yo mantuve al principio la cabeza gacha, pero al final levanté los ojos hacia él y lo miré a la cara. No vi en ella sonrisa, pero tampoco disgusto ni gesto alguno de odio. Al fin habló, pero no se dirigió directamente a mí, sino a sus dos acompañantes:

—Llevadlo con vosotros a esta torre de al lado —mandó, y luego ya me respondió a mí—: Acepto escucharte, Pedro de Medinaceli, en recuerdo de nuestra juventud. Yo vendré después.

Y cuando iba a darse ya la vuelta, se fijó en el perro y ordenó a los

guardias:

—Cuidad al lebrel. No se vaya a escapar. Y dadle alguna sobra al animal.

A mí durante la espera en una pequeña estancia de la torre también me dieron un cacho de pan y un trozo de queso, y allí me quedé esperando a que el conde viniera, sin saber muy bien si estaba preso y si de allí iba a ir a la mazmorra derecho o, peor, ante doña Ermesinda.

Pero para mi fortuna no fue así. Esta vez don Pedro no demoró tanto su vuelta. Y una vez a solas conmigo, pues así él lo quiso, su semblante, sin dejar de ser serio, tenía ya otra expresión.

Le reiteré mi petición de perdón y le conté, sin ocultar verdad que le atañera, el porqué de aquella huida mía, temiendo correr peligro, al quedarme sin padre y solo, pues bien sabía él que yo tenía grandes enemigos allí. Sin demasiado detalle, le narré también lo penoso y miserable de mi vida a partir de entonces y el haber estado en más de una ocasión al borde de perecer. No le engañé en que había acabado por estar al servicio de los Castro, pero omití lo que pude y rebajé a lo mínimo aquella colaboración concluida en un intento de asesinarme por otros juglares que servían a la casa de Lara, sin explicitar ni siquiera la sospecha y mucho menos la certeza de que su padre don Manrique era quien había dado la orden.

Me di cuenta, por su gesto de sorpresa, de que él no era sabedor de aquello, y diría que le contrarió. A partir de entonces su tono cambió, y se hizo más amable y hasta amistoso al recordar algunos de los lances pasados juntos.

—¿Sabrás que aquel muchacho a quien le arrancaste un trozo de oreja de un mordisco murió como un caballero, que ya lo era, y con mucho honor en combate defendiendo a mi padre?

—Lo he sabido y lo lamento, mi señor —repliqué—. Era un bravo y como tal murió.

Hablamos mucho aquella tarde, porque a la tarde llegó nuestra plática. Hizo traer comida y me acabó no solo dando su perdón, sino ofreciéndome salida para mis apuros.

Pero entendí que, por el momento y por Molina, mejor que no apareciera; doña Ermesinda me tenía entre ceja y ceja y era mejor que siguiera sin saber de mí. Él hablaría con su tío don Nuño y le daría cuenta de que yo había entrado de nuevo a su servicio y le pondría al

tanto de mi disposición. Por el momento, me encomendaba una primera misión: partir hacia el reino vecino de Aragón, con quien tenía muchos lindes su señorío, y con su ayuda tener entrada en la corte juglaresca y allí averiguar cuál era la disposición del rey Alfonso para con la casa de Lara. Pero ahora y cuanto antes lo mejor era que desapareciera de Molina y retornara a Medinaceli. Que me quedara en mi casa y que esperara instrucciones allí de cómo y cuándo irme hacia Aragón.

Yo antes quería preparar el terreno y me atreví a decirle lo penoso de mi situación:

—No tengo con qué valerme, señor. Nada me queda. Ni una borrica en la que montar ni siquiera una hogaza para comer.

Su respuesta me sorprendió:

—Sí te queda algo, Pedro. Los Lara no hemos olvidado a tu padre. Los enseres de su estancia yo mismo los guardé, por si algún día volvías. Y también y con más cuidado que nada, el arcón donde están todos los escritos, las tablillas, los pergaminos y todo aquello que Álvar guardaba como su tesoro mayor.

Aquello me llenó de alegría. ¡Todo lo escrito por mi padre, hasta los versos memorizados de mi abuelo Pedro y copiados por él, estaba allí! ¡No se había perdido!

Me emocioné.

—No podía darme, don Pedro, dicha más grande. ¡A Dios y a vos os doy todas las gracias que puedan darse y os aseguro que solo por ello tendréis y por siempre mi lealtad y gratitud de por vida! Os lo juro, mi señor.

Y hoy, tantos años después y don Pedro ya fallecido, os puedo asegurar que ese juramento lo cumplí.

47

Don Nuño

No quería don Pedro que se supiera nada de nuestro encuentro en el castillo, así que apresuró mi marcha. Concretamos después algunas cosas, para mí la más importante: que los enseres de mi padre y sus escritos me los haría llegar prontamente a Medinaceli. Yo, por supuesto, había de callar todo de mi visita y procurar salir con la máxima discreción.

Nada me dijo de mi petición de ayuda, ni yo, por vergüenza, quise insistir. Pero cuando ya se despidió, y esta vez no me dejó hincar la rodilla ante él, y vinieron a buscarme los dos caballeros que debían de ser por fuerza los de su mayor confianza, traían con ellos un caballo ensillado, no de mucha prestancia, pero caballo al cabo, con unas alforjas bien surtidas de viandas, y uno de ellos me dio una bolsita de cuero con algunos maravedíes.

Regresé a Medinaceli y fueron aquellos días, y en muchos años, en los que sentí que de alguna forma estaba donde quería estar. Llegó a no tardar un carro con las cosas de padre y yo pasé algún tiempo colocando las cosas y en cierta forma volviendo a llenar un poco nuestra casa. Algunos vecinos se acercaron incluso, ya lo habían hecho cuando estuve allí con la cuadrilla del de Espinosa, pero esta vez noté algo diferente en el trato. Una cierta manera de reencuentro. Alguna mujer vieja se atrevió a preguntarme si esta vez pensaba quedarme a vivir.

Y me sorprendí respondiendo con una sonrisa:

—Tengo un oficio viajero, como mi padre, pero volveré siempre por aquí.

Al cabo de varias semanas sin noticias, llegó con ellas el propio don Pedro. Iba de paso con un pequeño grupo de jinetes y con cierta prisa, pero su llegada se notó en la villa y aún más que pararan ante mi puerta y que el joven señor de Molina, junto con dos caballeros, los

mismos que lo acompañaban en el encuentro anterior, entrara en mi casa.

Don Pedro me comunicó, y esta vez con rostro mucho más amable, que su tío don Nuño estaba ya informado, que había aceptado mis explicaciones, que nada sabía ni había salido de él el intento contra mí y que en cualquier caso ya nada debía temer. Que se aceptaba mi ofrecimiento, pero que por ahora convenía esperar. Y que lo más conveniente era que buscara conectar de nuevo con los afines a los Castro con quienes había tenido contacto, y utilizando el atentado sufrido ver de ganarme de nuevo su confianza. Que ahora durante el invierno no saliera del territorio y en cualquier caso me llegara hasta Hita o Guadalajara, y si acaso ya en primavera me dirigiera hasta Toledo. Sería para entonces cuando ya me darían instrucciones más precisas. Para mi sustento durante aquellos meses tendría que usar de mi oficio en los pueblos de los concejos de Medinaceli y Atienza, que eran muchos y no faltaban fiestas, pero antes de marchar don Pedro me dejó alguna ayuda más.

—Puede que parezcamos derrotados, pero el tiempo corre a nuestro favor. El rey crece y nosotros estamos con él. Hay que saber esperar y ahora aguantar. Confío en que en un par de meses puedas encontrarte con don Nuño. Mientras, mantente alerta, y por medio del carretero que te llevó a Molina y sin necesidad de asomar tu por allí tenme al tanto, con alguna misiva, de lo que sucede y que creas de interés. Sobre todo, de todo lo concerniente a los Castro y de si hay movimientos de tropas en los castillos del Tajo y en Zorita en particular —me instruyó.

Tras la derrota de Huete, los Lara habían perdido todo aquel sector de Cuenca, y si don Pedro quería recuperar una plaza, esta era aquella ante la que había muerto su padre. Los Castro tenían en su poder ambas riberas del Tajo, desde Toledo hasta Zorita.

Pero era en buena medida cierto lo que decía. El hecho de que el rey niño estuviera bajo su tutela y que este fuera ganando en edad jugaba a su favor y cada vez se notaba más. Los castellanos estaban con su rey y no les gustaba ser mandados por gentes ajenas.

Con prudencia yo fui haciendo lo convenido y a poco tuve la sensación de que, en efecto, aquel sentir iba calando cada vez más. Había mucha hartura con la guerra entre las dos familias y deseo de que el rey tuviera ya la edad de ceñirse la corona. Pude incluso mandar aviso a don Pedro de que los Castro estaban reforzando Zorita por ser la clave del Tajo y su único paso con un amplio puente de

piedra toda la zona, y que estaban desatendiendo Huete, donde no quedaba sino una pequeña guarnición. Seguro que don Pedro sabía más de aquello que lo que le pude decir yo después de echar una semana por aquel lugar y varios pueblos de alrededor, cantando y contando desde el mercado zoriteño a las fiestas de San Blas, que celebraban mucho los del vecino Albalate. También pasé por la feria de mulas de Tendilla, la de paños de Brihuega, y me dejé caer por Hita, donde di el pábulo que pude a mi sucedido y al intento de los Lara de matarme, lo que no dejaba de ser verdad. Acabé en Guadalajara y me fue bien por allí por la Navidad; saqué para mantenerme y para volver a Medinaceli y pasar a la lumbre el frío, que ya era recio y no estaba la noche para andar a la intemperie.

Fue en febrero cuando recibí aviso de que don Pedro me requería y de que acudiera a Sigüenza , donde se encontraba con el obispo don Cerebruno, uno de los mayores sustentos que el rey Alfonso tenía y ayudaba en todo lo que podía, incluida la educación del niño. Estaban en la villa afanados en la construcción de la catedral, desde la que se divisaba en lo alto el castillo, ya levantado por el Emperador, y la muralla que abrazaría a ambos y al burgo. Tras subir la pina cuesta hacia la fortaleza, llegué a la pequeña explanada ante su puerta y allí me vi con la gente de don Pedro. Me dijeron estos que dejara mi posada y fuera con ellos a un pequeño castillo, del obispado también, que estaba no lejos, sobre la hoz del río Dulce, llamado de Pelegrina, y que allí me estaban esperando.

En aquella fortificación, la más avanzada hacia el norte de las que habían tomado en aquella zona los morabitos después de Uclés y también la última en ser recuperada y repoblada junto con Aragosa, situada a la entrada aguas abajo del cañón, fue cuando al fin pude conocer al cabeza de los Lara, a don Nuño.

Y cuando salí de allí tenía la convicción de que esta vez mi apuesta era mejor, pues, aunque pareciera al revés entonces, yo supe que a la larga los Lara iban a ganar, porque la suerte ya había caído del lado del pequeño rey y a Alfonso lo tenían con ellos. Pero, además, tenían al frente a don Nuño.

Aunque en aquella jornada, tras serme presentando por su sobrino, no estuve con él ni una hora siquiera y tan solo alcancé a cruzar con él unas frases y responder a sus preguntas, saqué la impresión de que era bastante más cabal y recto que su difunto hermano mayor, al que sin duda superaba en inteligencia, y de mucha mayor disposición y más agudo ingenio. Pero, ante todo, me pareció persona íntegra y estimable y con clara conciencia de su misión más decisiva y

trascendente: que el rey Alfonso consiguiera al fin reinar y lo hiciera en libertad y para bien. Que cumplió aquel objetivo es algo a lo que luego el tiempo daría razón y el obrar del rey señalaría que don Nuño le había enseñado con acierto y justicia. Don Alfonso, el octavo de Castilla, sería después la mejor muestra del hacer de don Nuño. Y eso es difícil de negar, como tampoco que los Lara entre las uñas nunca se llevaron para su casa precisamente poco, como parece cosa inevitable entre los hombres, sean estos nobles o plebeyos, si ocasión se les presenta.

Don Nuño comprendió de inmediato, o lo tenía bien sabido, pero no pudo ponerlo en práctica con toda su energía hasta que se convirtió en el jefe y cabeza de la casa Lara, que la aparente y mayor fortaleza de los Castro, su alianza con el rey de León y la que les daba la supremacía militar, era al tiempo su peor debilidad y el portillo por el cual asaltarles la plaza. La piedra angular de aquel vuelco no estaba en el número de hombres a caballo que uno u otro bando tuviera, sino en el creciente sentimiento castellano de que los Castro ya no eran sino los mayordomos y mesnaderos del rey leonés. Esa percepción se había instalado ya con fuerza en todas las ciudades a uno y otro lado de la sierra, Ávila, Segovia y Soria, y ahora estaba ya aflorando con fuerza en la frontera sur y toda la ribera del Tajo, pero para ello era preciso retomar Toledo y entrar con el rey en ella y allí proclamarlo, desalojando a los Castro. Pero conquistar aquella ciudad por la fuerza y desde fuera era algo que no habían conseguido ni los mayores ejércitos musulmanes desde que la hizo suya el sexto Alfonso. Había que hacerlo desde dentro.

La gran ciudad había sido ocupada en persona por el rey leonés don Fernando y entregada en tenencia a sus aliados, los Castro, como la tuvieron en tiempos del Emperador, y el pueblo en buena parte le había aclamado. Pero todo eso había cambiado. Era a su rey propio, a don Alfonso, y aunque aún fuera un crío, al que querían. Pero para ello había que lograr que el niño traspasara sus muros y que los toledanos supieran que ya estaba en el alcázar. Entonces saldrían de sus casas e irían a defenderlo.

Don Nuño Pérez de Lara lo consiguió aquel mismo verano. Aprovechó al conocer que el mayor de los hermanos Castro, don Gutierre, quien formalmente era su cabeza, aunque como tal ejerciera el Castellano, había muerto en primavera en Castrojeriz, cuya tenencia ostentaba. Ello permitía reclamar las posesiones que, en virtud de su posición, al haber sido el ayo primero del rey niño, tenía. Pero esto sería solo viable si se tenía poder para ello y con el rey castellano dentro de la plaza, pues de lo contrario serían las reclamaciones palabras vanas.

La operación era muy arriesgada y podía poner en peligro incluso lo más preciado, que les fuera arrebatada la real persona y se quedaran sin su custodia. Para prepararla, se consiguió contar con los concejos y las mesnadas de la Extremadura. A los de Ávila y Segovia se unieron los de Maqueda, y partieron hacia la capital del Tajo llevando al rey niño con ellos. El hábil conde de Lara ya había establecido contacto además con los toledanos, cuyo concejo le aseguró que, si se acercaba a su ciudad, ellos lo meterían dentro. Un caballero llamado Esteban Illán fue el encargado de hacerlo. Junto con otros conjurados abasteció secretamente la torre de San Román, salió con sigilo de Toledo, fue a buscar al rey a Maqueda y lo condujo hasta la ciudad, logrando que el conde de Lara y los suyos encontraran francas las puertas y pudieran meterse en ella. Como señal convenida, al amanecer del viernes, día 26 de agosto del año 1166, izaron en la torre el pendón real y diéronse grandes voces por la ciudad anunciando que el rey don Alfonso estaba dentro y que a todos se llamaba para que allí acudieran.

Para que aquello diera resultado, y lo dio, don Nuño preparó también el sentir de las gentes de la villa y fue en ello donde los juglares, y yo entre ellos, pusimos nuestro grano de arena. Nuestra labor no fue otra que llegar algunos días antes, alguno como yo más de una semana, a Toledo y comenzar a cantar y recitar por todas sus plazas y calles las gestas y sufrimientos de los castellanos en la frontera y en la guerra contra los moros. Sin olvidar añadir cómo mientras los señores leoneses estaban al resguardo y bien cobijados y desde lugar seguro avasallaban de nuevo a Castilla.

Eso hice por esquinas y mercados. Canté por doquier las hazañas de Rodrigo y de Minaya, castellanos de pro, y no me cansé de denostar la maldad de aquellos nobles de muy viejos linajes y agotada valentía, los infantes de Carrión. Fue aquello uno de mis primeros aportes al cantar de mi abuelo y de mi padre, y al comprobar que las gentes lo celebraban, comencé a ampliarlo y añadirlo siempre. Y a nada era algo que la multitud me reclamaba.

De hecho, el día anterior a la entrada de los Lara en Toledo, me sorprendió la noche en la plaza, frente a la catedral,[60] y luego en la de Zocodover recitándolos.

Contaba primero a las gentes congregadas, y para animar a unirse a más, cómo tras tomar Valencia el Cid envió grandes presentes de caballos y piedras preciosas con Minaya y Bermúdez a su rey Alfonso, el conquistador de Toledo, y al verlo triunfante y rico los dos hermanos de la más linajuda estirpe leonesa pidieron en matrimonio a

las dos hijas del Campeador. El rey no solo se complació con los presentes, aún más, lo perdonó y lo enalteció hasta desatar los celos de García Ordoñez. Para acordarlo todo y a propuesta del propio soberano, se fijó un encuentro, las vistas de la boda, en Toledo, a las orillas del Tajo, a donde el Campeador y el rey se encaminaron al frente de espléndidas comitivas. Don Alfonso, conocido como el Bravo, había llegado un día antes. Rodrigo, al llegar ante el monarca, hizo refrenar a los suyos y acompañado tan solo de los quince caballeros más afectos y queridos por él se adelantó y, bajando de Babieca,[61] se echó de bruces al suelo y mordiendo la hierba rindió acatamiento a su señor.

Entonces el rey le hizo levantar y le dijo:

—Levantaos, Cid Campeador. Besadme en buena hora las manos, que no los pies, de otra manera no contaréis con mi amor.

Pero el Cid insistió, con humildad:

—Merced os pido, mi señor natural. Imploro vuestro favor de rodillas y óiganlo todos los presentes.

A lo que el rey respondió:

—Con todo el corazón os perdono aquí, y os devuelvo mi favor.

Tras ello, el Cid besó sus manos y ambos se besaron en la boca después.

Y a continuación el Bravo tomó a los infantes de Carrión de la mano y los entregó al Cid diciendo: —He aquí a vuestros hijos, pues ya vuestros yernos son. Que os sirvan como a padre y os respeten como señor.

El Cid, sin embargo, le pidió al rey no entregar de su mano a sus hijas, pues no se encontraban presentes, sino que nombrara un representante que las recibiera en su nombre y el designó a Álvar Fáñez.

—Aquí está Álvar Fáñez, tómelas él por su mano y delas a los infantes, así como las tomo yo aquí, como si estuvieran delante. Vos, Minaya, seréis mi padrino en la ceremonia. Cuando volvamos a vernos me contaréis si lo habéis cumplido Y el Minaya había respondido:

—A fe mía que lo haré, señor.

Y lo hizo, como cuando anteriormente hubo de recogerlas en Castilla y

llevarlas con su madre, doña Jimena, hasta Valencia, a donde ya se volvieron los del Cid con los de Carrión y muchos del séquito real, que invitados por Rodrigo quisieron asistir a las bodas.

El nombre de Minaya era muy querido por aquellas tierras del Tajo y más que en ningún lugar en Toledo, y por ello yo no dejaba de mentarlo, amén de porque por mi abuelo Pedro lo tenía como el más leal de todos cuantos calzaron espuela.

Solía contar después que los infantes de Carrión habían recibido una fortuna e inmensos y valiosos regalos en dote, y los detallaba en calidad y número. Disfrutaban de la mejor vida y holgaban a su gusto y placer. Era entonces cuando ya introducía ante la audiencia lo que más me interesaba que quedara en su memoria: la cobardía de los infantes y cómo su vergüenza al hacerse esta patente se transformó en rencor.

Venía primero lo del león que tenía el Cid en una jaula y que se escapó mientras este dormía, y los infantes, en vez de protegerle, habían huido aterrorizados, metiéndose para esconderse debajo de los muebles:

En Valencia estaba mio Cid con todos sus vasallos; con él ambos sus yernos, los infantes de Carrión.

Yacía en un escaño, dormía el Campeador;

mal sobresalto, sabed qué les pasó:

saliose de la red y desatose el león.

En gran miedo se vieron en medio de la corte;

embrazan los mantos los del Campeador

Yycercan el escaño y se ponen sobre su señor.

Fernán González no vio allí donde se escondiese, ni cámara abierta ni torre;

metiose bajo el escaño, ¡tuvo tanto pavor!

Diego González por la puerta salió,

diciendo por la boca: ¡No veré a Carrión!

Tras una viga lagar, metiose con gran pavor;

el manto y el brial todo sucio lo sacó.

En esto despertó el que en buena hora nació;

vio cercado el escaño de sus buenos varones.

¿Qué es esto, mesnadas, o qué queréis vos?

¡Ah, señor honrado!, alarma nos dio el león.

Mio Cid apoyó el codo, en pie se levantó;

el manto trae al cuello y adeliñó para el león.

El león, cuando lo vio, mucho se amedrentó;

ante mio Cid, la cabeza humilló y la boca bajó.

Mio Cid don Rodrigo del cuello lo tomó

y llévalo de diestro y en la red le metió.

A maravilla lo tienen cuantos allí son;

y tornáronse al palacio para la corte.

Mio Cid por sus yernos demandó y no los halló;

aunque los están llamando, ninguno respondió.

Cuando los hallaron, vinieron tan sin color.

¡No visteis tal burla como iba por la corte!

Mandolo prohibir mio Cid el Campeador.

Se sintieron muy ofendidos los infantes de Carrión; gran cosa les pesa de esto que les pasó.

Y después, y ya como remate y aquel día en Toledo, ciudad que tanto asaltos y cercos moros había sufrido y que bien pronto podría tener que aguantar y de hecho soportó, decía yo con especial énfasis

aquellos versos en los que, al ser Valencia atacada por los musulmanes, también moros marroquíes, como estos que de nuevo amenazaban y amenazan nuestras fronteras y vidas, los nobles infantes leoneses se pusieron lívidos de miedo y el rey les exculpó de combatir:

Estando ellos en esto, de lo que tenían gran pesar, fuerzas de Marruecos a Valencia vienen a cercar; cincuenta mil tiendas plantadas hay de las caudales; este era el rey Búcar, si le oísteis nombrar.

Alegrábase el Cid y todos sus varones

pues les crece la ganancia, gracias al Criador;

mas, sabed, de corazón les pesa a los infantes de Carrión que veían tantas tiendas de moros de que no tenían sabor.

Ambos hermanos aparte salidos son:

Miramos la ganancia y la pérdida no;

ya, en esta batalla, tendremos que entrarnos.

Esto es aguisado para no ver Carrión;

viudas quedarán las hijas del Campeador.

Oyó la puridad aquel Muño Gustioz;

vino con estas nuevas a mio Cid Ruy Díaz el Campeador: Ved qué pavor tienen vuestros yernos, ¡tan osados son!: por entrar en batalla desean Carrión.

Idlos a confortar, ¡así os valga el Criador!;

que estén en paz y no hayan allí ración.

Nosotros con vos la venceremos y nos valdrá el Criador.

Mío Cid don Rodrigo, sonriendo, salió:

¡Dios os salve, yernos, infantes de Carrión!

En brazos tenéis mis hijas, tan blancas como el sol; yo deseo lides y vos a Carrión;

en Valencia holgad a todo vuestro sabor,

que de aquellos moros yo soy sabedor;

a vencerlos me atrevo con la merced el Criador.

El colofón no podía ser otro después de la afrenta miserable de los infantes contra sus dulces esposas en Corpes, dejándolas heridas y abandonadas en medio del robledal y como pasto de lobos, pero felizmente salvadas y después vengadas en singular combate por los mejores caballeros del Cid.

Aquello no lo recitaba, pues no lo tenía todavía escrito, pero sí fue entonces cuando decidí que el lugar donde se produjera el juicio de Dios que devolvería el honor al Cid y a sus hijas y traería el oprobio para los de Carrión tendría como palenque a Toledo. Pero no quiero hoy adelantarme más a lo que después en mi vida acaeció.

Concluiré ahora diciendo que al amanecer del día siguiente se oyeron grandes voces en la torre de San Román, donde ondeaba el pendón real, y, entre rebatos de campana y griteríos por las calles de «Toledo, Toledo, Toledo por el rey Alfonso», a sus moradores se los convocaba. Y allí acudieron todos, los unos a defenderla y a atacarla los otros, pero al saber estos últimos que en efecto el rey niño estaba dentro de la torre, desistieron de hacerlo y concluyó todo entre vítores al rey de Castilla y la entrega de Toledo.

Fernando Rodríguez de Castro, que se encontraba en el alcázar, cuando quiso darse cuenta de lo sucedido, comprendió que no tenía nada que hacer contra tal multitud y optó por escapar, saliendo por la trasera de la fortaleza. Tomada la ciudad, el rey Alfonso y el conde de Lara permanecieron una buena temporada en ella, consolidando así la posición y el respeto y cariño de los toledanos y de todas aquellas tierras. Entonces vi la inteligencia de don Nuño y tuve la certeza de que la casa de Lara vencería y que el pequeño rey sería grande.

[60] Entonces un templo mucho más humilde que antes había sido

mezquita y previamente iglesia visigoda. La actual maravilla gótica habría de esperar aún hasta el siguiente siglo para empezar a levantarse.

[61] El famoso caballo del Cid se llamaba así por una sencilla y muchas veces desconocida razón. Era nacido y criado en las praderías de Babia, en la vertiente leonesa de la cordillera Cantábrica que da por el norte a las Asturias, que eran famosas por sus pastos y por criarse en ellas los mejores caballos de guerra. De hecho, los sigue habiendo, y hasta muy recientemente existía una yeguada militar en la zona.

48

La victoria de los Lara

La rueda de la fortuna giró señalando a don Nuño y dio la espalda a los Castro. Estos, además, se encontraron con que el rey Fernando de León tampoco ya les prestaba tanta atención y se quería desentender de los asuntos castellanos, pues había logrado arrebatarles Alcántara a los moros y quiso peregrinar a Santiago.

Lo aprovechó muy bien don Nuño para recuperar terreno perdido, tanto por Tierra de Campos, como Saldaña y el propio Burgos, y con la alianza de don Lope Díaz, el padre del luego tan famoso don Diego López de Haro, también buena parte de La Rioja a los navarros. El rey Fernando se contentó a la postre con quedarse con los territorios del Infantado para ponerlos bajo el mando de su hermana, y se fue olvidando de la pretensión de tutelar y controlar a su sobrino, que iba ganando en años y se acercaba a la mayoría de edad, cuando ya podría ceñir la corona. El leonés sí que volvió a acoger en su corte a don Fernando, el Castellano, pero esto le supuso el enfado de un noble muy poderoso, el conde Ponce de Minerva, que se pasó al servicio de Castilla y rindió vasallaje a su sobrino Alfonso, pasando a convertirse en gran aliado del conde de Lara.

Yo, por mi lado, tras lo de Toledo, había seguido con ellos y en particular con don Pedro, que se encargó de rematar el éxito de su tío en la parte que le correspondía y alcanzó uno de sus mayores anhelos, volver a señorear Huete. Lo consiguió, tras un golpe de mano que cogió por sorpresa a la guarnición, infiltrándose por la noche en la villa ayudado por gentes allí establecidas y provenientes de Atienza. El alcaide se rindió sin apenas resistencia y Huete volvió a la casa de Lara. Pero no pudo don Pedro con Zorita, que se convirtió en el último bastión de los Castro en toda la zona.

Fueron años buenos para mí y se notó pronto en mi caballo y en mis ropas. Volví a mis andadas y no puedo negar que también a mi vida disoluta, pero ahora pisando peldaños más altos gozando de entrada en los castillos, donde si iba acompañando a don Pedro era bien

recibido, y si llegaba solo, también me abrían la puerta con presteza, pues sabían quién me protegía. En uno y otro caso tampoco me faltaban quienes me abrieran sus alcobas.

Fue por aquellos años cuando conocí y tuve trato con un singular personaje, también de nombre Pedro, hijo y huérfano de un arriero de Atienza. Siendo un poco mayor que don Alfonso, le había acompañado cuando de niño se libró este de caer en las manos de los leoneses, y gozaba desde entonces de su favor y amistad, siendo por todos muy considerado. Era ya entonces un mozo recio y cabal, ya caballero villano, y andaba en amores con la más bella juglaresa que yo viera en vida, doña Elisa, a la que ni siquiera me atreví a requebrar, pues ni iluso ni estorbo he sido nunca en tales lides cuando otro te tiene ganado el campo.[62] Sin llegar a la amistad, tuvimos buen trato durante el cerco de Zorita, que se atragantó un tanto acabando presos del alcaide del castillo el conde de Lara y el Ponce de Minerva. Al final el aún jovencísimo Alfonso hubo de sacarlos del atolladero y consiguió rendir la plaza. El rey niño estaba a punto de dejar de serlo, pues tan solo le quedaban meses para cumplir la edad precisa y ser coronado.

En Zorita no pude dejar de recordar a mi padre y su estancia allí acompañando al Emperador durante su entrevista con el Rey Lobo y su suegro Ibn Hamusk. Unos aliados que durante todo aquel tiempo habían sido el tapón que había impedido a los almohades el atacar a Castilla. Pero que amenazaba ahora con ser descorchado y que la riada llegara hasta nosotros.

Ya estando en Zorita llegó noticia de que habían roto su amistad de tantos años y estaban enfrentados. Los almohades lo aprovecharon de inmediato y ofrecieron su apoyo al primero, que aceptó someterse a ellos y se acogió a sus doctrinas. Con ello todo el territorio que controlaba fue rápidamente ocupado por los muzmutus, que se apresuraron a expulsar a cuanto cristiano o judío hubiera por allí y esto en el mejor de los casos, pues nada más llegar las feroces tropas a las ciudades si no huían lo más posible es que acabaran degollados. Se lanzaron tras ello contra el Rey Lobo, pero este de principio logró resistirlos en Murcia y Valencia.

Pedro de Lara, que fue quien me contó las malas nuevas, concluyó con la preocupación expresada de su tío:

—Esperemos que el Rey Lobo aún pueda aguantar un tiempo y que este sea largo, pues no podrá resistirlos siempre, y cuando lo sometan, vendrán contra Castilla. Y son tan numerosos como temibles.

Pero donde yo iba a lidiar y de mucha más grata y mejor manera iba a ser en Aragón.

[62] Protagonistas de la novela de este mismo autor titulada El rey pequeño.

49

La boda de la normanda

En el reino de Aragón había sucedido algo muy parecido a lo acaecido en Castilla. El conde de Barcelona, Ramón Berenguer, había muerto cuando su hijo mayor, a quien él llamaba Ramón, pero su mujer Petronila, reina de Aragón, bautizó y llamó Alfonso, que es el nombre que a la postre él mismo eligió para reinar, tan solo tenía cinco años. [63] Era pues de muy pareja edad a la del Alfonso castellano, solo dos años mayor, y había padecido una peripecia similar, aunque el aragonés conservó más tiempo a su madre. Esta, para eliminar trabas en su desempeño, tanto del condado de Barcelona como del reino de Aragón hizo renuncia de la corona en su hijo, allanándole el camino.

En cuanto a tutores, el joven rey aragonés también tuvo dos, aunque no a la greña como los del castellano. Uno de ellos, su tío Fernando de León, le reconoció su soberanía sobre Aragón y Barcelona, pero resultó que su padre, en su testamento, le había adjudicado otro, Enrique II de Inglaterra, casado con Leonor de Aquitania, con quien estaba emparentado él. Al cabo no le vino aquello mal, pues dio lugar a alianzas muy firmes y pacificadoras que suavizaron las disputas entre los reyes cristianos. Y eso solo pudieron darlo, como era costumbre entre magnates y testas coronadas, las bodas.

Así que me tocó ir a varias, pues los Lara, creo que por indicación de don Pedro, pero con el beneplácito de don Nuño, me enviaron finalmente a Aragón. Había una buena razón. El rey aragonés era también marqués de Provenza y el Trovador, desde jovencísimo apodado así, había creado una corte juglaresca. Yo allí además de abrir ojos y oídos al servicio de Castilla, tampoco vendría mal que los abriera en favor de los Lara, pues mi benefactor, don Pedro, como señor de Molina, era lindero y muy importante con el reino aragonés. De hecho, a su propia ciudad la apellidaban así, Molina de Aragón, y el acento de sus habitantes se parecía mucho más al de Daroca que al de los de Toledo, y no digamos al de los de León.

Antes de que el rey niño cumpliera los quince años, ya andaba don

Nuño buscándole esposa. Y fue a dar con quien entendió sería la mejor solución y donde el aragonés podía ayudarle mucho, pues la novia que se pretendía no era sino una hija de Leonor de Aquitania y de Enrique de Inglaterra, Leonor también de nombre y de tan solo diez años, que había nacido en el castillo de Domfront en la Normandía. Normando era el padre y aquitana su madre, y sus lenguas nativas, el occitano y el francés.

Con la mediación de Aragón el acuerdo fue rápido, pero no solo el de los esponsales de Alfonso y Leonor, sino el de las coronas castellana y aragonesa en el más sólido y duradero pacto entre los dos jovencísimos reyes que, aunque atravesó al final de sus vidas por dificultades, se mantuvo y dio los mejores frutos para los dos y sus reinos.

Tan solo meses después de ser coronado el rey Alfonso en el mes de noviembre, estábamos ya en enero con él en Almazán, muy cerca de la frontera, esperando al Alfonso aragonés. Yo en compañía de los Lara y con mis mejores galas, listo y dispuesto para animar los banquetes y veladas tras las negociaciones.

Los dos jóvenes congeniaron de primeras y muy bien. Tanto, que acordaron un nuevo encuentro en junio en Sahagún, en el que establecieron y firmaron una paz perpetua y un pacto de alianza mutua contra cualquier enemigo, «excepto contra el rey de Inglaterra, al cual tenemos por padre», o sea, Enrique II, tutor del uno y que a nada iba a ser suegro del otro, pues ya estaban pactados los esponsales con su hija Leonor.

Los reyes se separaron entonces, pero yo no volví a Medinaceli, sino que me fui con la embajada que había de ir a recoger a Burdeos a la novia para traerla a España, compuesta por el arzobispo de Toledo y los obispos de Palencia, Burgos, Segovia y Calahorra, y comandada por don Nuño Pérez de Lara, que llevaba a su lado al conde Ponce de Cabrera y muchos señores más. Fue un viaje de mucha alegría y especialmente para mí, pues no dejaba de recordar lo que mi padre me había contado de los suyos hacia aquellas tierras con Alfonso Jordán. Pero procuraba no hablar mucho de ello, pues pronto aprendí que los aquitanos, y en especial la madre de la futura esposa de mi rey, no tenían simpatía alguna por el conde de Tolosa ni por sus herederos tampoco.

Fue para mí aquel un viaje de iniciación. Antes había tenido contacto con muchos juglares, pero lo cierto es que, excepto unos pocos, la mayoría era de muy baja condición, pero no me refiero a la social,

sino que solo algunos tenían talento y eran aún menos los que no se limitaban solo a repetir algunos cantares y romances, sino que ellos inventaran y compusieran también. Músicos los había mejores, pero entre los juglares era difícil coincidir con quienes supieran al menos leer y escribir, aunque reconozco que no les faltaba a otros a pesar de ello gran imaginación e inventiva. Pero todo fue muy diferente en aquel viaje de ida con la comitiva castellana hacia donde nos esperaba la reina Leonor de Inglaterra con su hija, y que además de serlo era la dueña y señora de media Francia, pues todo el occidente francés desde Gascuña hasta Normandía, y por supuesto Aquitania, le pertenecía. Era todo un carácter y nos imponía a todos. Había sido antes reina de Francia. Contaban de ella innumerables cosas, algunas excelsas, otras terribles, como haber tenido que ver en la muerte de Alfonso Jordán y haber tenido amores adúlteros con su propio tío. Era todavía muy hermosa. Algo nada más verla me indicó que lo más conveniente era estar cuanto más lejos de ella mejor, pues sus ojos me parecieron que podían descubrir cualquier secreto y sobre todo los que más deseábamos esconder.

En el séquito llegado desde España se encontraba un joven de veintitrés años, varios menos que yo, de noble y rica familia, llamado Gonzalo Ruiz, de los Azagra de Albarracín, linderos y cercanos al señorío de Molina y aún en mayor independencia en su señorío con respecto al rey de Aragón. Pronto me mostró favor y a nada nos unió el aprecio por la mutua compañía, pues la diferencia de rango la aminoraba el gusto por la poesía y la música, que él practicaba también. Pasamos mucho tiempo juntos compartiendo versos y conversación, y juntos alegramos al campamento en más de una ocasión. Por siempre mantuve hacia él y desde aquel viaje un gran afecto y no dejó de demostrarme tenerlo él conmigo también. Ojalá en mi vida hubiera topado con más como él.

Al llegar a Burdeos la sorpresa fue grande y alegre para ambos, pues acompañando a la novia resultó que con ella venía un nutrido grupo de trovadores, entre ellos el muy insigne y nombrado Peire d'Alvernha, un gascón que trece años antes había estado ya en Castilla, en la corte del malogrado Sancho III, y ahora quería viajar para conocer a su hijo el joven Alfonso y acompañar así a la todavía más niña novia.

Fue en el camino, al pasar por su Gascuña natal rumbo a los pasos del Pirineo, que estaban controlados por Aragón, cuando se le ocurrió organizar una reunión en la que acabamos concurriendo trece trovadores, pues por mediación de don Gonzalo e indicación de don Nuño se me incluyó en ella. Él comenzó el primero con un vejamen y

nos propuso a los demás, para divertirnos todos, que cada uno le siguiera al hilo y, con ánimo jocoso, zahiriera y se burlara con sus versos de los demás.

Reconozco que don Gonzalo quedó en el torneo muy bien y yo bastante mal, aunque tras amoscarme primero, reaccioné después, y aún me cobré un par de piezas francesas, los dos más engolados, a los que con mis punzadas logré hace torcer el gesto y reírse a los demás.

Para que nadie se ofendiera en demasía, Peire concluyó: «La canción ha sido hecha para los soplagaitas, en Puch-vert, todo jugando y riendo»,[64] y nos dedicó una sextilla que nos dejó corridos a cada uno de los doce. A Pierre Rogier le echó en cara que había dejado los hábitos, pues había sido clérigo, canónigo de Clermont, para cantar el amor y que las sayas no le entorpecieran para correr detrás de las damas; a Giraut de Bornelh, el andar vendiendo penas y cantar solo desdichas; a Bernart de Ventadorn, que además de bajito y tener un palmo menos que el anterior, el ser no sirviente de un horno, sino sirviente del hornero; a Raimbaut d'Aurenga, el ser vano y alabancioso, y por no ser menos a él mismo por cantar como una rana en un pozo y croar encima en un lenguaje tan oscuro que no lo entendía nadie.

También nos tocó lo nuestro a los españoles y pareció haberse informado bien, pues a Gonzalo Ruiz, que venía acompañado por dos hermanos mayores, le cayó que, si para venir a una boda necesitaba tal protección, qué necesitaría para ir a la batalla contra los moros, y que estaba tan ufano y presumía en su canto de hechos caballerescos aunque jamás dio un buen golpe si no es que se lo encontró huyendo. Rieron mucho todos, pues ya entonces tenía Gonzalo fama de hombre valiente y que bien reafirmaría luego.[65] A mí, que mi feroz cara solo ocultaba cómo salí huyendo de una occitana en Molina de Aragón, lo que me dejó verdaderamente azorado. Nos sorprendió que a uno que se nos había unido el día anterior le llamó Pierre de Monzón y le zahiriera diciéndole que era culpa suya que ahora dijeran que una canción que cantaba no era suya, sino de su señor, el conde de Tolosa, cuando era al revés y él era el robado y el otro el ladrón.

Al finalizar del vejamen me acerqué hasta él y descubrí que hablaba el más fluido y claro castellano, pero no quiso aclararme si era de Monzón de Campo o del Monzón aragonés. La causa entendí que bien podía estar en sus pasados servicios al nuevo conde de Tolosa, Raimundo, el hijo de Alfonso Jordán, y que por ello no había estado nada a buenas ni con el rey de Aragón, ni con Leonor de Aquitania ni con Enrique II de Plantagenet, pero ahora con quien parecía llevarse

mal era con su antiguo señor y con quien se había reconciliado era con los otros tres. Yo pensé en lo mío con los Castro y los Lara, una minucia comparado con su juego, y me malicié si no estaría haciendo lo mismo que yo. Por lo que me llegó después, se volvió a arreglar con el hijo del Jordán y volvió a Tolosa. Pero como él ocultó sus orígenes y yo vi que no conocía que yo era hijo de quien fue gran amigo del padre y vivió en su capital varios años, preferí callar, pues no hay cosa peor en los dobles juegos que el hablar demasiado.

No éramos, claro está, sino el adorno de la comitiva de la novia, que desde el principio y a pesar de su corta edad dio grandes muestras de resistencia y mucha conformidad con los inconvenientes del viaje, y que se alegraba cuando en los descansos sonaban la música y el canto de los juglares. Doña Leonor, además de por su madre, que imponía a todos, venía acompañada del arzobispo de la ciudad y los obispos de otras cinco más, amén de una lucida tropa de senescales, condes y nobles señores. El problema de vuelta era que, estando en guerra el rey de Navarra con Castilla, desde Burdeos hubimos de ir hasta Jaca, y aun siendo verano, sufrir la dureza de cruzar los Pirineos por Somport, para desde allí ya llegar a Tarazona.

Mientras, nuestro rey Alfonso ya había vuelto a Zaragoza y allí ratificado el tratado suscrito el mes anterior, de nuevo con la presencia del Castellano, y procedido a la entrega de las arras, lo que cerraba el acuerdo matrimonial en que como dote Leonor aportaba el condado de Gascuña.

Mucho se detalló y ponderó entonces lo que en arras dio el castellano a su esposa, pues fueron decenas las ciudades y castillos como Burgos, Castrojeriz, Belorado, Amaya, Saldaña, Carrión, Dueñas, Medina del Campo, Aguilar de Campoo, amén de las rentas de otras tantas villas como las de Tudela, Calahorra, Arnedo, Nájera, Logroño, Grañón, Osma, Peñafiel, Atienza, Hita, Zorita, Oreja y hasta las del puerto de Santander. Y me dejo en el listado seguro que una docena más ahora al escribir, pero de lo que sí me acuerdo es de que don Alfonso también le daba en arras la mitad de las ganancias que desde el día de su matrimonio hiciese a los moros.

En Tarazona se celebró la primera boda, porque hubo una segunda en Burgos. En ambas aprovecharon las gentes del pueblo, además de quienes, por rango, la disfrutaron, para solazarse también un poco. Tarazona había sido elegida al ser la sede episcopal situada en territorio aragonés más cercana al reino de Castilla, y las fiestas desbordaron todo lo imaginable por las gentes que llegaron, castellanos, franceses, occitanos, ingleses, la alcurnia de muchos de

ellos, dos reyes, el de Castilla y el de Aragón, y una reina, la de Inglaterra, y vinieron tantos nobles, títulos, obispos y ricoshombres que no había casa donde acogerlos a todos y algunos tuvieron que posar en lugares cercanos. Las celebraciones y el jolgorio serían recordados por mucho tiempo como algo no visto antes ni que se volvería a ver.

Allí se nos añadió a los trece un nuevo trovador occitano, el también gascón Arnaut Guilhem de Marsan, que engrosó nuestro grupo y se haría después famoso en todo Aragón. Pero más famoso lo fue Giraut de Bornelh: el que había sido tachado de triste y lastimero protagonizó después un sonoro suceso que no hubo castillo ni corte donde no se comentara, con el rey Alfonso de Aragón, ya algunos años mayor y ya también con mucha fama, pero no solo de rey trovador, sino de enamorar damas y cambiar de ellas como de calzas. En una tensón similar a la que habíamos mantenido en la comitiva real y en la que se incluyó al rey, Giraut, tratándolo sin remilgo alguno y como a todos los demás, soltó por su boca y con total desparpajo que don Alfonso, como todos los poderosos, a las damas no las amaba lealmente y solo quería gozarlas para abandonarlas después. No se achantó ni tampoco se ofuscó el Rey Trovador, sino que aguantó el envite como juglar y replicó que no era tal cosa cierta, que no se ensoberbecía con su poder y amaba con el más fiel corazón.

«Sin que tuviera, eso sí, que ser eterno ni mucho fuera a durar», pensé yo, cuando me lo contaron, que le había faltado decir. Pero yo no era tan osado como Giraut y me callé.

Era también cierto que aquellos trovadores eran gentes de muy alta condición. La tenía Giraut, reconocido por muchos como el maestro y príncipe de los trovadores, que llevaba con él a dos juglares para que cantaran sus composiciones, pero aún, sin ir más lejos, mayor la tenía otro de los que habían estado en el viaje, Raimbaut, que era señor de Aurenga, de Orange en nuestra lengua. Y apasionante fue el duelo poético que mantuvieron entre los dos. Giraut, como honradamente me confesó no mucho después, había sentido el influjo de las sencillas trovas y cantares españoles, en algo supongo tuvimos algo que ver don Gonzalo, Monzón y yo mismo, mucho más directos y sencillos, y en especial y para él más cercanos, los de los catalanes. Raimbaut le afeaba su giro, y la discusión entre ambos, desde la elegancia, pero intensa, nos apasionó a todos.

La tensión entre Giraut y el señor de Orange fue motivo de disputa y conversación por todas las cortes y palacios, tanto de España como en toda Occitania, Francia entera y hasta en suelo inglés.

Giraut, con gran vehemencia, maldijo y abjuró de las oscuras maneras de trovar, el «trobar clus», de sus rimas ininteligibles, con palabras rebuscadas, raras y caprichosas que parecían tener como objeto el no ser entendidas por nadie.

Raimbaut le replicó:

—No quiero trovar lo que es fácil y común, lo que a todos los trovadores nos hace iguales. Lo que se divulga y extiende en toda clase de gentes carece de altura y hasta de dignidad. Perdéis las alas de la poesía, Giraut, caéis al suelo y mancháis vuestros versos de barro.

La contestación de Giraut hizo que desde aquel momento yo lo admirara como jamás había admirado a nadie. Creí entender en sus palabras aquello que en boca de mi padre Álvar no había llegado a comprender y se lo agradecí. Su razonamiento, formulado como pregunta, fue un estilete afilado que sajó y descubrió la fatuidad de Raimbaut. Al menos en mi pensar y sentir.

—¿Para qué tróváis entonces, señor de Aurenga, si no os place que os comprendan todos cuantos os escuchan? No puedo compartir tan soberbia avaricia. El ser comprendidos, cantados y amados por todos ha de ser nuestra mayor gloria y el provecho mayor que podemos hacer.

Aquello hizo que yo buscara su cercanía, al principio con reparo, por miedo a sufrir un vergonzoso rechazo. Pero no fue tal, pues al gascón le agradó mucho mi compañía y le reconfortó mi devoción. Cuando más tarde me confesó con toda naturalidad que en nuestros versos sencillos y directos era donde había él hallado el camino para dejar la tela de araña en que habían empezado a convertirse sus composiciones, me quedé totalmente perplejo, pues si yo hacía algo era aprender de él. Y aprendí, ya lo creo, o al menos lo intenté, y me atreví incluso a pergeñar algunas pequeñas canciones de tema amoroso. Reconozco con humildad que en ello no alcanzaba ni a rozar su finura ni la de los demás. Pero Giraut se reía y me decía que no me preocupara por ello, y me recitaba dos versos de un poeta catalán, Guillem de Bergadá, a quien tenía en mucha estima:

Chansoneta leu e plana

leugereta, ses ufana.

—Así debes trovar. Pero, como enseña Guillem, con verso fácil, llano, ligero y sin presunción —me decía—. Quizá los Raimbaut te desprecien, pero las damas no. Y eso cuenta más y mejor. —Y concluía riendo para rematar—: Aunque en eso me parece que tú nos puedes dar lecciones a los dos.

En una confidencia, cuando habíamos iniciado juntos el viaje hacia la corte castellana, a la que nos dirigíamos, me descubrió que andaba un tanto melancólico por el desapego de una hermosa provenzal y que había decidido enviar a uno de sus dos juglares para que fuera hacia donde ella estaba con una canción para su desdeñosa dama. Traducida a nuestra lengua pierde su son, pero no su esencia. Comenzaba diciéndole a su mensajero: «Tú que vas a llevar mi misiva, no te detengas, pues sales de España con buen augurio y toda detención te será dañosa, según me ha dicho un español muy entendido en presagios».

—Ese eres tú, amigo mío, que me has augurado que solo con que llegue mi recado se ablandará el corazón de mi torturadora.

Y continuaba leyéndome y yo intentaba traducir en mi cabeza, ya entrados por tierras castellanas: «Suavemente y paso a paso, jugando, riendo, allano una cancioncita, quitando dichos oscuros, que no quede ni uno solo, y quede clara y sencilla».

Las fiestas en la capital castellana no fueron menores y desbordaron las calles burgalesas con las gentes dispuestas a disfrutarlas también, aunque no estuvieran invitadas a las mesas de los nobles. Castilla respiraba aliviada y en ese sentido, sin duda, pudo hacerlo con razón. El matrimonio, aunque tardó en poderse consumar, dada la edad de Leonor, se entendió muy bien y duró de por vida. Cuando la reina iba camino de los dieciocho años, los hijos empezaron a llegar uno tras otro hasta sumar diez. La mayor, Berenguela, aún vive, el primogénito varón, don Fernando, falleció cuando ya combatía con su padre y era el príncipe más querido de la cristiandad.

La niña reina aprendió con enorme rapidez la lengua castellana y fue la más castellana reina que pudimos tener, aunque en ocasiones se le notaba el normando. Y para bien.

Mi primera estancia en aquella corte, bajo el influjo y la protección de Giraut, de quien me convertí en una suerte de escudero amén de sustituir a su segundo juglar, supuso un suave pero hondo cambio en

mi persona, que fue lento en aflorar y tardé yo mismo en notar en mí. Mi admiración por él se imponía sobre cualquier otra consideración y me sentía más que honrado de poderlo acompañar. La corte castellana y no solo los reyes, sino todos los condes y magnates, le agasajaron y celebraron en gran manera. Don Alfonso le regaló un soberbio palafrén ricamente enjaezado, amén de muchas joyas, y no se quedaron atrás los ricoshombres del reino, el primero don Gonzalo Ruiz, que compitieron en demostrarle su consideración y su generosidad.

Feliz y rico salió, terminadas las bodas y las fiestas, y tras pasar en el reino algunos meses salió de Castilla y emprendió el camino de vuelta a su Gascuña, quizá al encuentro de su añorada dama. Yo no lo acompañé y lo sentí después, aunque poco hubiera podido hacer. Al cruzar por el reino de Navarra, su rey, codicioso y enemistado con los dos Alfonsos, hizo que le robaran tanto su hermoso palafrén como todas las joyas y ricas telas que Giraut llevaba con él. Mucho pesó a todos el conocer la noticia, pero el trovador logró llegar a su destino, aunque sin ninguno de los presentes conseguidos en España, y a muchos nos reconfortó cuando hizo llegar misivas de que se había primero consolado componiendo una canción, una pastorela en la que se lamentaba de que la malicia y la envidia triunfen sobre la alegría y el buen solaz, pero que el mejor tesoro no se lo pudieron quitar. Y este no era otro que su conversión a la sencillez, su nueva fe poética. Tal era así que encargaba a todos cuantos trovadores encontraba que la pregonasen en su nombre, y que si se encontraban con Raimbaut, que de su parte le recitasen una canción expresamente para él compuesta, «ligera y humilde», y que le dijeran que «la gran dificultad y maestría no está en hacer oscura una obra, sino en hacerla clara».

Esa fue también la gran lección que mi maestro dejó para siempre en mí. No soy yo ahora quién para juzgar si la he aprovechado o no. Pero esa ha sido la senda por la que siempre he querido transitar.

Tras la marcha de Giraut yo no paré mucho más por la corte, mas la razón para no haber marchado con él fueron unas cartas de don Nuño y de don Pedro que me recomendaban, pero al tiempo me instaban, a ir hacia donde estaba el rey de Aragón y acompañarlo de vuelta en su corte si él aceptaba recibirme allí, algo a lo que generosamente accedió.

Porque resultaba que la boda del rey castellano con la aquitana llevaba aparejada y apalabrada, entre los dos Alfonsos, una segunda después: la del aragonés con la tía del castellano, doña Sancha, que parecía no haber otro nombre en Castilla para una hija del rey. Esta

era la más joven de todas ellas, habida del segundo y postrer matrimonio del Emperador con doña Riquilda de Polonia y que era la más querida de nuestro rey.

El casamiento en Zaragoza fue la final liberación para el joven rey, que al cumplir los dieciseis años, uno más de los prescritos en Castilla, ya había recibido sus espuelas de caballero, adquiría la plenitud de sus derechos y poderes como rey y se libraba de todas las tutelas. La ciudad fue una fiesta y si alguien hubo feliz a las orillas del Ebro aquel día esos fueron los juglares y los trovadores, porque desde el comienzo y más allá del buen gobierno, el solaz de don Alfonso fueron las artes, a las que amparó, y especialmente la música y la poesía, a las que él mismo dedicó su ingenio.

Trovadores occitanos, provenzales, catalanes, aragoneses y gallegos se dieron cita allí. Pero también los juglares castellanos tuvimos algún rincón y siempre la protección de la reina, que gustaba de oírnos a nosotros y con una risa se sacudía con un cantar un empacho de estrofas rendidas al amor cortés, que era lo que imperaba y gozaba de la general admiración. Al menos en las proclamas. Aunque yo me acordaba entonces de los relatos de mi padre en sus tiempos de Toulouse y me sonreía también guiñándole a alguna dama con la que había compartido algo más que versos la noche anterior.

Mi mayor sorpresa fue un día cuando, al llegar con el séquito real a Tarazona, tras hacer visita a las obras del monasterio de Veruela que comenzaban al fin a avanzar con rapidez, decidió don Alfonso quedarse por una semana allí. Y en un banquete nocturno al que estaban también invitados nobles de mediana condición, me llevé la gran sorpresa al topar mis ojos con otros que me miraban con descarada sonrisa y hasta diría que burlona diversión. No eran otros que los de Erenia, mi perdición molinesa.

Quien me había puesto en el peor trance de mi vida reaparecía en ella justo cuando esta comenzaba a reverdecer en la corte del Rey Trovador.

[63] Nació en marzo de 1157 en Huesca.

[64] Lo vers fo faitz als enflabotz / en Puoich-vert, tot jogan rizen.

[65] Lo demostró muy bien después. Llegaría a ser mayordomo de palacio a partir del año 1191. Pero además de ello y de trovador fue también un valeroso guerrero nombrado y por dos veces como héroe

en la batalla de las Navas de Tolosa, cuando don Alfonso creía llegada la hora de la derrota y de la muerte él y sus dos hermanos se lanzaron junto con él en la última carga que decidió la gran victoria, cuando ya contaba con sesenta y cinco años. Murió a los ochenta y cuatro.

50

En la corte del rey Trovador

Bien sé que debí alejarme, que no debí ni aceptar ni cruzar una palabra y aún menos mantener un encuentro, pero pudo en mí aquel punto de rencor y de venganza que tanto me dañó, con un otro del deseo y del recuerdo de la carne insatisfecha, y un además que la dama, lejos de ajarse, estaba en la plenitud de su belleza.

No di yo el primer paso e incluso lo rehuí, pero cuando Erenia puso a rodar la rueca no tardé en ser un hilo en su telar. Leyó muy bien en mi rictus duro y en mi mirada palpando las curvas de su cuerpo la venganza que yo ansiaba y que ella estaba muy gustosa de concederme.

—La vida te ha hecho un hombre y te ha hecho duro. Malo y quizá hasta peligroso.

Fue de las primeras cosas que me dijo tras buscar bien el momento del saludo y conseguir unos instantes alejados de los demás, sin haber hecho antes mención alguna a lo sucedido años atrás. Al revés, exhibió ante sus amigas el habernos conocido en Molina y señaló la cercanía de mi padre y mía a los Lara de entonces, a don Manrique y ahora a don Nuño y a don Pedro.

—Cuando estuviste la vez anterior en Tarazona, con el séquito de la reina Leonor, ya te vi, pero no me dejé ver, aunque estuve cerca de ti —me susurró en otro aparte en medio del bullicio—. Mi marido estaba entonces aquí. Ahora está en los Pirineos y tardará en volver.

La noche del primer encuentro no yací con ella, pero todas las demás hasta la del día de la partida, sí. Me dio indicación de dónde vivía, en la plaza central de la villa, y dónde y a qué hora debía estar para que una sirvienta de absoluta y bien pagada lealtad viniera a buscarme y hacerme entrar y llegar a una estancia semisecreta y discreta de la vivienda donde ella me esperaba.

No voy a dar de aquello más detalle, solo que todo cuanto de joven y

virgen me negó ahora me lo entregó con absoluta pasión, y todas las ansias y deseos pasados y los ahora ya aprendidos también los dejó satisfechos y cumplidos hasta saciarme. Pero manteniendo tal viveza que volvía de inmediato a su reclamo cuando al día siguiente recibía su recado. Nada de amor hubo en aquello y menos de aquel cortés. Entendí que ella buscaba ajustar una deuda pasada, que no solo me debía a mí, sino a ella misma. También ya que por sus artes intuí que, además de su marido, no había sido yo el primero en su lecho. Yo era una cuenta pendiente.

Sobre aquello nada quise saber, ni sobre su bruto, como lo llamaba, tampoco, y tan solo presté, y más bien por cortesía, atención a que le había dado ya tres hijos, de los que le vivían dos, entre ellos un varón, a quienes amamantó una nodriza que los seguía criando muy bien.

No hubo amor, ya lo he dicho, no el que cantaban los trovadores ni alguno más verdadero; no sabía yo entonces ni siquiera cuál era aquel sentimiento, y aunque a veces había creído profesarlo, no había tardado en desaparecer como lo hace la llama en la hoguera o el agua entre los dedos. Pero tampoco acabó por haber ni rescoldo de rencor con Erenia por lo que me hizo pasar. No era yo mejor que ella, y acabé por comprender que por salvarme hubiera hecho yo en su caso igual y hasta peor, como hizo ella por no quedar manchada. En las últimas noches, en las que como en ninguna faltó el mejor vino, pero en las que bebimos más, nos llegamos a hacer alguna confidencia más allá de las carnales. Hasta deslizó alguna caricia que no fue solo lascivia y sí escondía una cierta compasión.

Casi en la despedida me dijo:

—Sabes muy bien gozar a una mujer y hasta, si quieres y te conviene, hacerla gozar a ella. Pero no sabes dar ni tomar amor. —Luego se rio y prosiguió—: Pero sí sabes, y lo sé yo, que es ese lado salvaje y hasta cruel el que vuelve a las hembras locas, como me sucede cuando me posees a mí. Lo barruntaba de joven y eso era lo que me atraía de ti. Ahora ya lo sé. Eres muy peligroso, y aunque ahora te digo que, aunque por aquí regreses y me veas, no me volverás a tener, quizá cuando eso suceda no solo no lo evitaré, sino que te buscaré.

Partí con la corte sintiéndome yo aliviado también, como si hubiera superado un peligro y hubiera salido de él sin heridas. Mi perdición molinesa no lo había sido en Tarazona, pero lo podía volver a ser. Así que volví con alegría a trasnochar hasta el final en las veladas de los juglares del Rey Trovador, y hasta con mucha melancolía y suspiros al amor cortés.

Pero sin burla alguna he de confesar que me llegué a sentir un patán y que aprendí mucho de los trovadores provenzales, y me esforcé en captar lo que pude de su arte y pensamiento, y algo comprendí sobre todo de aquello que llamaban los sirventeses, que contenían en sus versos críticas o reproches a las costumbres generales y particulares, señalando a todos, de papas a reyes y de condes a obispos, pero deslizando ironía y alejándose de aquella zafiedad soez de los cazurros de plazuela que hace reír a la plebe. Estos herían hondo y en vez de carcajadas alentaban sonrisas cómplices. Aunque también vi que al primero que podía aplicársele la lección moral era al propio trovador, pues cantaba a favor de quien le mantenía y protegía y hostigaba a quienes eran los enemigos de aquel. Pero aquello elevado a los reinos, supe ya por entonces que un día me podría servir también a mí.

En la corte del nuevo rey eran bien recibidos, así lo proclamaba como gran blasón el soberano y en efecto allí fincó por un tiempo el gran Peire d'Alvernha, que no había vuelto a pisar las Españas desde su estancia en la corte de Sancho III, tan joven y prematuramente muerto, al que había admirado y para quien había cantado, siguiendo la estela del viejo Marcabrú, tanto en Castilla como luego en Occitania, alentando a los nobles caballeros a que fueran a aquella tierra para combatir a los temibles almohades. Pero no le hicieron mucho caso, como tampoco a su antecesor, que los había denostado diciendo que más que esforzados guerreros cristianos lidiaban con la comida y con el vino, y que eran unos escanciavinos y soplatizones. Mas aunque entonces el expósito gascón, pues Marcabrú había sido abandonado al nacer, fue ignorado en Francia, en España, aunque no tuviera que ser por su voz, ese impulso supuso el nacimiento de las órdenes de Calatrava y Santiago, que ahora son custodias de las fronteras.

Durante la minoría de edad de los dos Alfonsos nuestras tierras no habían sido precisamente buen lugar para poetas ni juglares errantes, bien lo sabía yo, y menos para los refinados occitanos, pero ahora eran el destino anhelado de provenzales, narbonenses y tolosanos. Incluso el clérigo ajuglarado Hugo Brnenc buscó en ella cobijo, y a la corte del aragonés la llamaba Peire Raimon de Tolosa, corte de la alegría:

Chansós, al port d'alegratge

on pretz e valor s'aten,

al rei que sap et enten.

Y allí recaló y fue tan bueno el recibimiento que no dejó luego de cantar alabanzas de él. Tiempo después, leí en un texto sobre su vida que llegó a mis manos: «Si fo fillz d'un borzes, e fetz se joglar, e anet s'en la cort del rei n'Anfos d'Aragón; el reis l'aculic eil fetz grant honor».

Doña Ermesinda se habría sorprendido de verme leer así, pero yo para entonces ya entendía bien y alcanzaba a expresarme en occitano.

Los juglares seguían llegando al reclamo de la corte del Rey Trovador. Lo hizo el provenzal Pistoleta y aplaudió su largueza en la que todos encontraban albergue: «En Aragón ón prendon tuit repaire». Y el señor de Carcasona, Raimon de Miraval, también trovador, le escribió al juglar Bayona, que tras dilapidar lo ganado pasaba por mucho apuro y miseria, un sirventés dirigido a «nostre rei aragonés» para que volviera a Aragón, donde había obtenido sus riquezas anteriores, y se presentara ante él: «Decid a los cortesanos del rey que entre nosotros aquí huye la liberalidad y ningún rico es generoso. Mas, si alguna vez el rey Alfonso es tan cortés que os recibe, pedidle quinientas mercedes, y que en cualquiera de sus casas os dé un aposento para que seáis portero y os podáis vengar de tantos portazos como en las narices os han dado a vos al querer entrar».

Reíamos mucho con Bayona, pues el juglar era alegre y divertido y sabía burlarse de su desgracia. Me gustaba su compañía y no pocas veces pensé que mejor me habría ido si yo hubiera tenido su carácter y no el mío.

Mi viejo conocido, el trovador Raimbaut, también hizo acto de presencia, pero no en persona, sino a través de su juglar Rossignol, que venía con una canción suya para la condesa de Urgel, de quien el partidario de los versos oscuros se había enamorado sin haberla visto nunca; cosa muy propia en él, pensé para mis adentros. La condesa mucho caso no le hizo al ya un tanto viejo Raimbaut, pues poco después envió una corona de enorme valor a Guillem Mita, a quien la corte juglaresca, o sea, el propio Alfonso, decidió proclamar como el rey entre todos los juglares del mundo, pues le tenía especial predilección y a lo visto la condesa de Urgel también.

Entre los más celebrados estaba también el muy apuesto y galán caballero catalán Giraldo de Cabrera. Ante él más nos valía a los demás retirarnos, y si ponía sus ojos en una dama, dejarlos de poner nosotros si no queríamos caer en la peor melancolía. Era valeroso en

el combate, elegante, generoso, excelente músico y, al contrario que a los demás señores occitanos y a pesar de igualarlos en nobleza, no solo no lo despreciaba, sino gustaba de tocar y cantar él mismo. En una visita real a la ciudad de Arlés nos admiró a todos tañendo con exquisito gusto su vihuela para la danza de las damas. Y aquello no quedó allí, pues hizo entrar en el salón a un maravilloso caballo tordo que tenía, que hermosamente enjaezado comenzó a seguir el ritmo de la música y bailar él también.

Tenía un protegido, un joven juglar de una pequeña población catalana, a quien llamaban Cabra. Lo trataba bien, pero nunca nos burlamos más de alguien que cuando una noche y en tono jocoso y con él delante nos leyó la amonestación que había escrito para su discípulo. Quería lo mejor para él, pero fue cruel, o al menos a mí así me lo pareció, aunque luego comprendí que aquellas burlas allí eran, también lo había visto entre los juglares gallegos, algo común y que no se molestaban por ello, sino que todos se divertían, incluido el señalado. Tal vez allí, sí, pero aquello por las fronteras de la Extremadura castellana no creo yo que fuera nada conveniente el practicarlo. Porque muy duro fue lo que espetó en su propia cara:

—Muy mal sabes tocar la vihuela y peor sabes cantar, ni sabes el estilo de los músicos bretones, y mal te enseñaron a manejar el arco. No sabes bailar, ni sabes los juegos de manos de un trahechador de Gascuña. Nunca te he oído ni sirventés ni bailada, ni buenos estribots, retroenchas ni tensones, ni salen de tu boca versos nuevos de Rudell, Marcabrú, Alfonso o Eblon. No conoces ni te sabes los grandes cantares, ni los romances antiguos. No sabes jijear, ni entonar versos ni en casa ni en iglesia. Vete, Cabra, que quien bien te conocía te echó a topar con el carnero.

La carcajada fue atronadora, y los aplausos al caballero, arrebatados.

Pero entonces él, tomando al joven con afecto por el hombro y acercándolo hacia sí, explicó la razón de su regaño: no había salido todavía, y hasta se resistía a salir de su región natal, no había visto mundo, y el poeta lo animaba e impelía a hacerlo, pues de lo contrario nunca iba a adquirir conocimientos y ampliar su visión de la vida.

Y nos dejó a él y a todos estos versos:

Jes gran saber

non potz aver

si fors non eies de ta rejón

El rey Alfonso era en efecto, y sin duda, uno de los suyos, uno de los nuestros, mejor dicho, un juglar. Pero era un rey, y cuando alguno se le cruzaba en el camino no dudaba en usar tal condición y poder. Como lo que le sucedió a un pobre trovador de Perigord, Arnaut de Maruelh, que no podía vivir de sus letras y tuvo que recurrir, como si fuera un juglar castellano, a cantarlas él y echarse a los caminos, y le fue bien, pues doy fe de que tenía muy hermosa voz y leía con mucho sentimiento y tino los poemas. Anduvo por Aragón y como tantos se deshizo en elogios sobre el rey «cortés e pros», pero luego una dama se cruzó en su camino y él en el de Alfonso de Aragón. Sus pasos le llevaron al castillo de Béziers, donde residía su hermosa vizcondesa. Arnaut se enamoró perdidamente de ella y, para su sorpresa y alegría, ella le correspondió con pasión. Felices y él componiendo bellas canciones para su adorada vivieron un tiempo, hasta que su amor llegó a oídos del rey. Este también había disfrutado de los favores de la hermosa francesa y los celos clavaron sus garras en él. Atormentado y furioso, no cejó hasta que ella, tras hacerle el soberano tantas promesas como amenazas, optara por despedir al pobre trovador de Perigord. Que es bien sabido cuán voluble puede ser el amor si el interés, y encima real, ronda en derredor.

No todo eran alabanzas para el rey. Voces había que le tachaban de «alabancioso y arrogante», aunque pocas se atrevían a decirlo en voz alta y menos a dejarlo por escrito. Pero, al menos, uno sí, y logró fama con ello. Aunque no aparecía desde luego por la corte ni osaba ponerse a su alcance, el noble lemosín Bertrán de Born se dedicó a poner al descubierto sus abusos y acciones innobles y deshonrosas. Y lo hacía, como no podía ser menos, en verso. Escribió ocho octavillas[66] vituperándolo con gran crudeza y entregó varias de ellas a los juglares para que las cantaran y difundieran por doquier. Unos no se atrevieron, pero otros sí. Eran muchas las plazas y muchos los mercados, y sus manos, las del rey, aunque largas, a todos y en todo momento no alcanzaban a llegar.

Y esto fue lo que se comenzó a cantar y llegó a la corte, donde la furia del rey Alfonso, que yo no llegué a ver —no tenía con él tal cercanía—, fue tremenda, pero al lemosín, al otro lado de los Pirineos, no lo llegó, que yo supiera, a destruir:

Del rey de Aragón me han dicho dos juglares que en balde han cantado sus loores, y que si alguna vez les regaló vestidos verdes o azules o les mandó dar dinero, muy bien se lo cobró todo a uno solo, a Artuset, de quien se

apoderó hurtándole lo suyo y vendiéndolo luego a unos judíos.

Y:

Muy mal pago dio también a Pedro, juglar, que le había prestado dineros y caballos y que, sin embargo, fue despedazado por orden de la vieja reina de Inglaterra, sin que le valiese la seña que llevaba, hecha de una banda del jubón de armar del rey.

Aquel Pedro, como se puede comprender y para mi fortuna, no era yo. Pero muchos había que sí sabían quién fue, y los que no, ahora se acabaron por enterar. Este era un aragonés de no poca hacienda y que había servido desde su primera juventud al rey, pero que había hablado muy mal y echaba pestes de la aquitana Leonor, ahora reina de Inglaterra, que tenía en su pasado asuntos tenebrosos, incluido el posible envenenamiento de Alfonso Jordán. Se quejó a Alfonso, pues su marido, Enrique II, había sido tutor del rey. Y Pedro apareció cosido a puñaladas, que no dieron ni uno ni otro, pero a nadie se ocultó que el impulso a la mano que las asestó había sido real.

Lo del juglar Artuset resultaba, cuando se conocía la razón, todavía más estremecedor. El cuento que se relataba desde los salones a las cocinas y desde los palacios a los establos era que este y un compañero del mismo oficio habían dado muerte a un judío. Los hebreos entonces acudieron a pedir justicia al rey y le dieron doscientos maravedíes a cambio de que este les entregara a los culpables. Y que a ambos los habían quemado el día de Navidad. Era esto último lo que sublevaba el corazón de las gentes y el sirventés corrió por todas partes, provocando gran enfado contra el rey.

Aquella corte tenía, pues, grandes brillos, pero como todo lo humano, aunque sea en el más alto lugar, oscuras sombras también. Era una corte de juglares y trovadores también y ello añadía a ambas cosas mayor luz y tiniebla a la vez. Pues como bien me dijo un veterano juglar catalán, aunque eso ya lo sabía yo desde que escapé de Molina, una reunión de tales gentes a lo que más se asemejaba era a una colla de lladres, o sea, una cuadrilla de ladrones. Y que de ella siempre acababa por salir alguno o acuchillado o robado. O como poco engañado. Si además el jefe de la partida era el rey, toda hacienda y toda vida podía colgar de un hilo, y si se tenía un bello amor, mejor era no ponerlo ante sus ojos, pues podías

quedarte sin dama y sin jergón donde dormir.

Así era aquella corte, pero debo decir que de sus favores y bienes gocé. Muchas cosas viví yo en ella y en los viajes con el Rey Trovador. Sin embargo, juegos de la memoria, es un relato de algo que no presencié y tan solo oí contar, el más procaz, eso sí, de cuantos he escuchado, el que se me quedó más grabado en el recuerdo hasta hoy. No tuvo que ver ni con un trovador ni con un juglar, sino con un bufón, pues estos también, y en ocasiones más groseros que los que iban con cazurros y soldaderas, campaban a sus anchas por las cortes. El relato fue de la propia reina Sancha de Aragón, cuya madre, la última mujer del Emperador, era Riquilda de Polonia, hija del duque Ladislao, que había llegado a contemplar la escena en la corte del rey polaco.

Este, que tenía dos bufones favoritos, quiso hacerlos competir para ver quién realizaba la bufonada mayor y que entre ambos pelearan por ser el mejor. Uno de ellos, llamado Till Eulenspiegel, se dirigió dándose mucho empaque y con grotescos pasos al centro del salón, se bajó las calzas y se cagó en el centro de la sala ante el estupor de todos.

Pero aún hizo más: pidió que le llevaran una cuchara, dividió la mierda en dos, llamó a su rival a su lado y le retó a ser capaz de hacer lo que él. Se comió la mitad y le ofreció a su contrincante la cuchara. El otro bufón rehusó, Till venció y la corte al completo lo aclamó.

En la corte del rey Alfonso II de Aragón aquello, bien traído por la reina Sancha, que algo con ello había querido decir, solo produjo repulsión y hubo dama que salió a escape a vomitar.

[66] Tal vez venga de ello el significado actual de la palabra.

51

Ante el califa almohade

Fueron aquellos tiempos felices para mí y los recordaría siempre con añoranza cuando años después aún seguía oyendo hablar de aquellos trovadores, a alguno de los cuales llegué a conocer y por los que acabé, sin llegar a parecerme en aprender idiomas a mi padre, por entender algunos como el francés, el occitano, el galaicoportugués y el catalán. Pero no es sedentaria la vida del juglar y menos la mía, que me debía también a otros intereses y menesteres. Al cabo de poco más de un año, aunque también quería hacerlo por mi propia voluntad, hube de dejar Aragón y regresar de nuevo a Castilla. Don Pedro me reclamó a su lado.

Al rey castellano, el octavo de su nombre, no le faltaron nunca enemigos, ni conspiradores ni vicisitudes. Desde que nació y de por vida. Podía haberle torcido el carácter y conducirlo hacia la crueldad y la venganza, pero lo forjaron entero y duro y al tiempo noble y, en lo que entendió por tal, justo. Su ayo, don Nuño, lo más cercano a un padre que conoció, tuvo que ver con ello.

A poco de reinar comenzó a suscitar adhesiones y unir en torno a sí voluntades. Primero entre sus vasallos, con el rey aragonés muy pronto e incluso con su tío el leonés, pues a nada este consideró que seguir en lo anterior carecía de sentido, y hombre de buena disposición, dejó aparte las inquinas y optó por las concordias. No lo pudo llegar a conseguir del todo, aunque no faltaron intentos, treguas y bodas, con Navarra, aunque mientras vivió el Rey Sabio las hostilidades se mantuvieron dentro de los márgenes e incluso concluirían años después cuando aceptaron ambos el dictamen del rey de Inglaterra, Enrique II, emparentado con ambos, sobre sus disputas de lindes y territorios.

Con su amigo el de Aragón, mientras este se preocupó más de sus territorios españoles que de los del otro lado de los Pirineos, a los que luego se entregó, avanzaron juntos y consiguieron seguir cobrando del Rey Lobo, haciéndose pagar en el mejor oro su apoyo al cada vez más

acosado Ibn Mardanis, y cuando este se desplomó, el aragonés apretó también a quienes le sucedieron, pues los almohades, tras acabar con él, no cogieron por completo el control de la zona.

Porque pusieron sus ojos en Castilla y comenzaron a atacar por allí al tiempo que también lo hacía por occidente contra León y Portugal. Y por ello me requirió don Pedro, sobre cuyas tierras cayó la primera embestida.

Porque el Rey Lobo, de quien se decía, y no solo sus enemigos, que cada día era más déspota, atrabiliario y hasta loco y cruel llegando a la vesania, acabó por sucumbir al nuevo Imperio africano. Ante el empuje de los muzmutus se le sublevaban las ciudades y se le pasaban de bando los alcaides y los batallones. El califa Abu Yaqub cruzó el Estrecho y llegó hasta sus tierras para acabar de zarandear el árbol y recoger el fruto maduro. Las poderosas murallas de Murcia aún siguieron resistiendo asaltos, pero el Lobo acabó por quedarse sin manada, solo y rodeado.

En su último cubil y sintiendo llegar la muerte, convocó en torno a su lecho a sus hijos y les aconsejó que, ante la inevitable derrota, la única opción era unirse a los vencedores, aceptar su doctrina, acatar el tawid y seguir siendo al menos señores, aunque por delegación del califa, de sus ya muy reducidos territorios. Tal hicieron en cuanto expiró.[67] Su hijo mayor se rindió a los almohades, quienes lo nombraron su gobernador y dieron cargos a sus hermanos. Entre Castilla y los africanos ya no quedó colchón ni obstáculo ninguno.

Así lo entendió el califa, que se vino con todo su ejército contra nuestras fronteras, dispuesto a volver, al menos y como primer paso, a echar a los cristianos hasta la ribera del Tajo, como habían logrado hacer los almorávides después de su victoria de Uclés.

Su embestida tras pasar por Cuenca se dirigió contra Huete, primera villa y castillo al lado sur de la sierra de Enmedio. Y allí me pilló. Aquella primavera había regresado de Aragón, y tras pasar por mi casa de Medinaceli, marché a Molina a presentar mis respetos a don Pedro y no hallándolo allí y no queriendo tener que encontrarme con la condesa viuda, doña Ermesinda, que seguía mandando y teniendo propiedad de buena parte de la villa, partí hacia Huete, donde me dijeron que estaba y a donde llegué el 1 de julio. Justo una semana exacta antes de que Abu Yaqub se presentara con un inmenso ejército ante sus puertas y nos cercara. Aquella iba a ser la primera vez en vida en la que iba a asistir a una batalla contra los musulmanes. Digo asistir, pues he de reconocer que, aunque don Pedro me puso cota de

malla y me entregó una espada y un escudo, yo no la llegué a blandir ni di golpe alguno contra ningún infiel. No debo atribuirme hazañas que en ningún caso realicé.

Ante aquella gigantesca multitud de tropas africanas, andalusíes y otras que antes fueron del Rey Lobo y que ahora, al mando de sus hijos, también formaban parte de las haces almohades, como la de su antiguo aliado Ibn Hamusk, don Pedro no albergaba apenas esperanzas de poder resistir y tras los primeros asaltos, aunque se logró rechazarlos, comenzó a pensar en la forma de obtener un amán generoso que permitiera salir libres, con sus armas y algunos enseres, a todos los cristianos. Un nuevo intento masivo de los moros contra las murallas estuvo a punto ya de tomar dos torres que aguantaron de milagro, pues cuando ya se veían perdidas, el empuje musulman, al que no apoyaron desde retaguardia, disminuyó y acabó por desistir.

Pero en realidad nuestra situación era mucho más desesperada aún. Los moros que vivían en el interior de la plaza, ¿quién si no?, habían saboteado los aljibes y habían logrado que se quedaran sin agua. Estábamos perdidos y lo sabíamos bien. No podríamos aguantar apenas unos días más. El abastecimiento del próximo río Borbotón había sido cortado por tropas musulmanas reforzadas que impedían cualquier acercamiento.

Don Pedro se decidió y pidió entrevista con el califa para solicitar la fórmula de rendición pactada, que era muy común en España entre moros y cristianos tras siglos de luchas, avances y retrocesos. Yo le acompañé.

La entrevista fue penosa. El califa Abu Yaqub se mostró despectivo y distante, sin ni siquiera querer conversar directamente con don Pedro. Por él respondió y con una negativa burlona su hermano, el príncipe Abu Hafs. No aceptaba sino la rendición sin condiciones y entregarse la ciudad y todos cuantos en ella moraran confiando en la benevolencia del califa.

Hubimos de retirarnos, pero don Pedro perseveró; había visto entre los notables a un amigo de su padre, un jeque, Al Garnati, que medió cuando don Manrique cayó una vez preso del jefe almorávide Ibn Ganiya por tierras cordobesas y que consiguió que mediante rescate fuera liberado. Recurrió esta vez a él para presentar una nueva propuesta, pero le fue y todavía con mayor desprecio rechazada. El califa y sus cercanos sabían muy bien lo penoso de nuestra situación.

Recuerdo de aquellos días la tribulación de quien yo ya consideraba

amigo, amén de protector, Pedro Manrique de Lara. Su padre había muerto allí mismo, ante aquellos muros, y ahora no tenía más remedio que rendirse y entregarse él mismo junto a todos nosotros a los muzmutus. Aguantar no parecía posible y era exponerse a una matanza final si resistíamos, pero no era mucho mejor salir, entregar nuestras armas y quedar indefensos en manos de quienes hacían de la crueldad y la muerte su norma habitual y con los cristianos aún más. Al fin don Pedro optó por resistir y aguantar lo que se pudiera y hasta el final.

Entonces, todos lo pensamos y hoy yo lo tengo por milagro y verdad, la providencia y Nuestro Señor Jesucristo intervinieron. Pues otra cosa no pudo ser en aquel mediado de julio, limpio el cielo de nubes, cuando sin más aparecieron tremendos nubarrones que ennegrecieron los cielos, ensordecieron la tierra con sus horrísonos truenos y alumbraron con el fuego de los relámpagos para desplomar sus aguas en torrente contra el campamento de los infieles, al tiempo que llenaba a rebosar nuestros depósitos y colmaba nuestros aljibes. Aquello era sin duda una señal de Dios y como tal la entendimos. Y los musulmanes también.

Durante dos días los cielos los azotaron. Y el segundo fue aún peor, pues parecieron dar una tregua y se despejaron. Entonces el califa, rabioso, ordenó un asalto total. Formaron todas sus fuerzas y estaban ya a punto para atacar, cuando de nuevo se encapotó y comenzó el agua a azotarlos con furia todavía mayor, impidiéndoles hasta ver, embarrados sus pies y golpeados con tal saña con furiosas rachas de lluvia y viento que hasta los hacían caer. Hubieron de desistir.

Deshecho su campamento, desarboladas sus tiendas, volcados sus calderos, hambrientos hombres y caballos, decaídos sus ánimos y sabedores de que ahora no nos rendirían por sed, fue el califa quien ahora envió al Lara al jeque Al Garnati, que vino a nosotros a proponernos, como si fuera generosidad de Abu Yaqub y logro suyo, que aceptaba el amán que antes le había propuesto don Pedro y que había rechazado por dos veces.

Recuerdo aún hoy la respuesta cargada de ironía del joven conde de Lara:

—Hoy ese traje no lo llevo puesto, quien se lo tiene que poner es tu califa, Al Garnati, y sabes bien por qué.

Le quería con ello decir que el amán debía ser él quien lo solicitara, pues estaban sus tropas en mucha peor condición que las suyas. Pero

en su tono no sé si el jeque alcanzó a entender que había algo más, porque continuó insistiendo en su encargo.

—No seas soberbio, joven Lara, las fuerzas del califa son inmensas y te aplastarán. Acepta lo que te ofrece, pues es muy generoso, y es lo que propusiste tú. Renuncia a la lucha y marcha con los tuyos, vuestras armas y bagajes dejando las puertas abiertas y nadie te perseguirá.

—No seré yo el que tenga que huir —respondió secamente Pedro de Lara.

El jeque andalusí hizo un último esfuerzo:

—Recuerda a tu padre, que fue mi amigo. Recuerda que fue mi mediación la que lo libró de su prisión. No son otras ahora mis intenciones y deseos sino el librarte de ella a ti también.

Fue entonces cuando ya don Pedro, que era de risa fácil, soltó la carcajada y desveló que además sabía lo que el untuoso jeque le ocultaba y por lo que le pretendía engañar:

—Lo que escondes, Al Garnati, lo conozco yo también. Mi rey don Alfonso, con muy potentes huestes, se acerca a toda prisa hacia aquí. Así que no soy, como te decía, el que ha de pedir amán, sino tu califa, si no quiere acabar muerto o cautivo él.

En la curtida cara de Al Garnati, tan ducho en el disimulo, se reflejó la sorpresa y la frustración. El cómo había logrado enterarse el cristiano no lo sabía, pero desde luego era cierto que era así. Regresó al despanzurrado campamento, donde para proteger la tienda del califa del vendaval y la tormenta habían tenido que levantar una empalizada con maderas, a transmitir que los cristianos eran conocedores de que el rey Alfonso venía a socorrerlos.

Nosotros no pudimos dejar de pensar en su rabia ahora al recordar que tan solo días antes habían tenido Huete en sus manos y con él toda aquella tierra que un día fue de Álvar Fáñez y que seguiría siendo ahora cristiana. Don Alfonso, sabíamos, aún tardaría unos días en llegar, pero mientras don Pedro se atrevió incluso a organizar una salida por sorpresa y por la noche a un flanco del campamento musulmán, sembrando el pánico y haciéndolos huir, pero sin entretenerse apenas excepto para aprovisionarse o coger alguna cosa valiosa y que no estorbara, y volver acto seguido tras la seguridad de sus murallas.

Antes de que don Alfonso llegara, Abu Yaqub levantó el campo,

ordenó la retirada y partió ante nuestra vista por donde había venido. Pero los cercados de Huete no los dejaron irse así como así. Al oír el enorme timbal anunciando la retirada, salieron en tromba contra la retaguardia, y tras llegar al río Borbotón asaltaron una parte del campamento donde habían estado las tiendas, los víveres y el hospital de los enfermos y heridos, haciendo gran mortandad.

El califa hubo de volver a hacer formar a sus tropas por entero para contenerlo. Algo que sí logró, y luego emprender la marcha ya más ordenada y protegida hasta Cuenca. Pero los cristianos los siguieron hostigando durante todo ese día y el siguiente. Al tercero ya se les unió el rey Alfonso y los persiguieron hasta Cuenca, donde tras montar un fortificado campamento en un cerro cercano, el califa penetró. Alfonso entendió que no tenía fuerzas suficientes para una batalla campal en campo abierto contra el ejército almohade ni para asediar la ciudad. Así pues los dos ejércitos se separaron: el uno prosiguió su marcha en retirada hacia Sevilla y el otro retornó a Castilla, tras detenerse unos días en Huete y congratularse por haber conseguido mantener la ciudad y ahora señorear mejor toda la tierra colindante.

No sería mucho después cuando, para reforzar toda aquella tierra, el rey daría Uclés a la Orden de Santiago y Zorita a la de Calatrava, con el fin de asegurar bien aquella frontera y porque, creo firmemente, desde aquel día en que la divisó en lo alto, subida en las rocas y custodiada por las hoces de los ríos, prometió en su corazón que un día y pronto Cuenca sería suya y de la cristiandad.[68]

Con permiso de don Pedro y con la aceptación sonriente de don Alfonso, yo me uní a las tropas del rey y marché hacia el norte con él. La hueste comenzó a desperdigarse tras atravesar el Tajo por Zorita e iniciar la corte el camino pasando por Guadalajara, Atienza, Ayllón, Riaza, Segovia, Valladolid y Burgos. En todas y cada una de las villas y ciudades era don Alfonso muy bien recibido. Las mesnadas de nobles y concejos se habían ido retirando hacia sus lugares de origen y la tropa era cada vez menos numerosa, pero aun así era todavía un considerable número al que había que abastecer. Además de ir el rey y sus más cercanos, un par de obispos, al menos un conde, pero por lo general varios y algunos nobles entre los notables y sus particulares hombres de armas y servicio, estaban, por supuesto el mayordomo, el alférez real y el notario, con sus asistentes, y se añadían también capellán, médico, un halconero, un perrero, uno o dos bufones del rey, escuderos y criados. Eso hacía en nada cien personas. Pero luego había que contar la escolta real, que no era de menos de doscientas, con al menos un par de escuadrones de caballería a los que se sumaba en el

paso por cada enclave el que añadía el señor del lugar, que procuraba ser de lo más lucido. Los pueblos por los que se pasaba eran los encargados de suministrar comida y forraje, pero algunos eran muy pequeños para poder abastecernos, solo en las villas importantes se podía hacer posada en condiciones y no la encontramos demasiado buena hasta poder llegar a Burgos, donde esperaba la reina.

En la comitiva he dejado para el final decir que también íbamos, además de mí, algunos juglares más, y llegados a la ciudad donde estaba previsto el quedarse algún tiempo fueron bastantes más quienes se nos unieron, pues había previsto don Alfonso hacer allí un encuentro similar a los que se habían producido en Aragón, y estaba creciendo tanto su prestigio y la fama de su hospitalidad y generosidad que muchos de los occitanos se habían venido hasta Castilla y era ahora esta la corte más airosa y cuajada de poetas. Más incluso que la del otro Alfonso, el aragonés.

[67] Murió en marzo de 1172.

[68] Conocemos desde hace no muy pocos años el relato preciso y completo de lo sucedido, traducido por el padre Melchor M. Antuña de un testigo presencial e ilustrado desde el lado musulmán, el historiador Abu Marwan Abd al Malikben Muhamad ben Sahib al Sala, resumido Al Sala, conocido como Al Man Bi Imána, que cuenta con todo detalle la expedición, el cerco y la vuelta que realizó junto a Abu Yaqub y en cuyo séquito también figuraba el gran Averroes, a la sazón juez de la ciudad de Sevilla.

52

La corte de Alfonso y Leonor de Castilla

No pudo dejar de apenarme el que ni el maestro Giraut ni algunos otros de los trovadores occitanos que habían venido conmigo hasta España cuando las bodas de los Alfonsos ya no estuvieran allí, pero otros habían llegado y su influjo permanecía vivo. La corte del rey castellano empezaba a atraer a más poetas que la del propio rey aragonés, pues sus cuitas y enganchadas amorosas con algunos juglares y las llegadas de ciertas diatribas acusándole ahora de roñoso cuando antes habían enaltecido su generosidad habían hecho mella. Además, a las graves acusaciones de Bertrán de Born se habían unido otras de un reconocido caballero catalán, el vizconde Guillén de Bergadán, de lengua tan afilada como su espada y gran maldecidor. También le habían producido algún daño, aunque el responsable, tras verse preso, acabó por pedir favor del rey para librarse de su encierro.

La corte real castellana era más tranquila, pero no menos animada, y no tardé en comprender la razón. Este rey Alfonso no se las daba de poeta ni se ponía a competir con los demás juglares. Él se mantenía en su lugar, ofreciendo su hospitalidad y a la postre eso hacía que el río fluyera cada vez más en dirección a su corte. Tanto era así que me encontré allí a más de un juglar catalán que había dejado en la anterior. Entre ellos estaba un gran narrador de novas, Ramón Vidal de Besalú, a quien había tratado anteriormente, pero con el que ahora hice en cierta manera de anfitrión y acabamos por amigar.

El ambiente era bueno, tanto en Burgos como en León, las disputas con el rey de Navarra habían quedado por el momento zanjadas con la mediación del inglés y los almohades parecían aquietados al sur del Guadiana y su califa había vuelto a Marruecos, donde parecía tener problemas. Los almorávides, que ya solo se mantenían en las islas Baleares en España, le daban guerra por Ifriquiya, en el Magreb.[69] La pareja real, con la reina ya cumplidos los quince años y cada vez más lozana y convertida en una autentica castellana, algo que apreciaban en muchos quienes la trataban y las gentes en general, se permitía algún solaz y entre ellos las veladas y sesiones poéticas y

juglarescas eran la distracción mejor a la que ambos solían acudir juntos. Sin excesiva alharaca, eran también muy hospitalarios, y la puerta de la corte se podía abrir, si al rey le placía, para cualquier juglar que tocara en ella.

Esto fue lo que ocurrió en una ahora muy mentada ocasión, y que mi amigo catalán, más sorprendido que yo por la reacción del rey, no dudó en glosar. Y reconozco que después y para alguna ocasión no dejé yo de cogérsela prestada y relatarla, volcándola de su lengua a la nuestra castellana, como ahora hago aquí:

Unas noticias os quiero contar que oí decir a un juglar en la corte del rey más sabio que nunca hubo en cualquier ley, en la corte del rey de Castilla, don Alfonso, que era hospitalario y dulce, con buen sentido, valor y cortesía, con espíritu caballeresco y que, aunque no estaba ungido ni consagrado, estaba coronado de mérito, sentimiento, lealtad, valor y poder.

El rey hizo que en su corte se reunieran muchos caballeros y juglares y muchos ricos barones; cuando la corte estuvo formada, llegó la reina Leonor, a la que antes yo no había llegado a ver. Venía ceñida con un hermoso y bello manto, de una tela de seda que se llama ciclatón; era rojo, con una banda de plata y encima tenía un león de oro. Se inclinó ante el rey y luego se sentó a un lado, algo apartada de él.

Estando ya reunidos y habiendo dado comienzo la música y el entretenimiento, se oyó entonces un rumor en la entrada. Era un juglar que llegaba, sin alboroto, y ante el rey, franco y acogedor, le dijo:

—Rey emperador de mérito, he venido así a vos y ruego, si os place, que mi narración sea oída y escuchada.

A lo que él respondió:

—Quien hable antes de que el juglar haya acabado lo que nos viene a contar, perderá mi gracia.

—He venido a contaros una aventura que acaeció allá en la tierra de donde vengo a un señor aragonés, don Alfonso de Barbastro —comenzó el juglar.

Y nos entretuvo a todos con mucho donaire con el relato de a lo que le

llevaron los infundados e injustos celos a aquel con su hermosa mujer doña Elvira. Se dedicó a ponerla a prueba una y otra vez, y ella al final, cuando nunca había pensado hacer tal cosa, acabó por hacerla entregándose como amante a don Bascuel de Cutanda, el mejor caballero de Aragón. Y no solo eso, sino que el engaño fue tal que el marido, buscando descubrirla, acabó cornudo, apaleado y contento. Pues la paliza que le propinaron fue por suponerle el amante que pretendía conseguir los favores de la dama, se había disfrazado para ello, y el amante verdadero, don Bascuel, dando grandes voces proclamando la virtud de doña Elvira, lo molió a palos. Con ello quedó a ojos del marido sin mácula la virtud de la dama y este, aunque magullado y dolorido, aún feliz. Y más cornudo aún.

Cuando el juglar acabó su relato, fueron largas las risas de caballeros y damas y las de los propios reyes. Entonces él le pidió a don Alfonso que le hiciera el favor de ponerle un título a su historia.

El joven rey lo meditó unos instantes y al cabo respondió sonriente.

—Juglar, tengo estos relatos por buenos, convenientes y bellos, y a ti que los has contado, haré que te den tales soldadas que sabrás cuánto me han agradado tus nuevas. Y quiero que se llame para siempre «Escuela de celosos».

Y no hubo en la corte, noble, caballero, doncel, doncella ni nadie a quien no le gustase aquel cuento ni que no se mostrase deseoso de aprender la «Escuela de celosos».

Pues ya saben vuestras mercedes que, si el rey aplaude, aplauden todos, y que si el rey lee, a todos gusta leer.

El siguiente en aparecer por la corte castellana vino a ser el revoltoso vizconde Guillén de Bergadán, que había logrado salir de la cárcel, pero seguía arriscado con su rey natural y había escrito un sirventés al castellano anunciándole que se iba para su reino: «Rey de Castilla, hacia vos me vuelvo y me dirijo, pues vos sois el mejor desde Padrón a Alemania. Lo que otros estañan, vos lo doráis; donde otro rey desmaya, vos os esforzáis». Y a nadie y menos a los reyes les molestan los halagos, aunque hagan de menos a un rey vecino. O quizá por ello aún gusten más.

Don Guillén, además, no venía solo, sino acompañado de otro juglar tolosano que había logrado ser muy celebrado, no porque cantara bien, sino porque el amor le había hecho componer unas hermosas canciones que le dieron gran fama. Era Aimeric de Peguilhan, hijo de

un mercader de paños, que se prendó de una vecina y fue tal su arrobo que comenzó a trovar muy bien. A la vecina le gustó y a muchos del vecindario también, llegando sus versos hasta el palacio del conde. Pero al marido de la festejada no le placieron nada, y fue tal su encono que hubo de salir por pies. Refugiado en Cataluña, topó con el vizconde, y este desde que escuchó su primera canción le acogió con gran favor, le regaló un caballo y se vinieron para Castilla los dos. Don Guillén anduvo por la corte castellana un tiempo, pero no tardó en añorar sus tierras y sus casas y se volvió a Bergadán. El tolosano, sin embargo, se quedó muy largos años en Castilla, muy agasajado tanto por el rey como por muchos de sus más importantes nobles y caballeros, que comenzaron a imitar sus gustos y a acoger juglares en sus palacios y castillos. Los Lara, los López de Haro, señores de Vizcaya, los Díaz, señores de Cameros y los Ruiz Azagra, señores de Albarracín, con don Gonzalo Ruiz, el poeta, se disputaban la presencia tanto de provenzales como de aragoneses y castellanos. Y aquello de si el rey lee, todos dicen gustar de leer, se demostró ser muy verdad.

Pasé en la corte del rey Alfonso más de un año, visité muchos lugares, ciudades, villas, pueblos, monasterios, iglesias, conventos e incluso pasé más de un mes en una escuela de juglares que se había formado en Sahagún, y tuve tiempo de reflexionar sobre mí. Estaba a punto de cumplir los cuarenta años. Ya hacía algún tiempo que había notado que algo había cambiado en mí, algo había comenzado a removerse en mi interior. Ya no era hacía bastante el joven airado que fui. No tenía riquezas, pero buen sustento, sí. Tenía quienes me protegían, los más poderosos ahora de Castilla, y hasta cercanía, aunque no confianza, nunca gocé de ella, con el rey. No pasaba calamidad alguna y disfrutaba aquí y allá de amores al salto, furtivos e incluso públicos. Tenía en Medinaceli una casa vacía, quizá familia aún en Vivar a la que nunca visité, y no tenía conocimiento de hijo alguno ni por ello me preocupé. Los últimos años había disfrutado de la vida como muy pocos de quienes veía al pasar por las calles de mi igual condición al nacer podían siquiera soñar. Mi anterior dureza de faz y mi herida interior se había serenado la una y había dejado la otra de doler.

Pero había dejado de componer, no me llegaba verso alguno a la cabeza porque tampoco me bullía en el corazón. Hacía mucho que no escribía y me limitaba a cantar lo que tenía ya muy bien aprendido. Sí me gustaba y cada vez más hacer sonar mi vihuela y tañerla, incluso y solo para mí.

A veces recordaba aquella frase que me contaron decía el abuelo Pedro: «Para el juglar y la ramera, mala es la vejez». La mía aún estaba lejos, pero el dicho volvía sin querer yo de continuo a mi

magín. Hacía años había conseguido, tras mis penosas experiencias, el no caer como hábito en la embriaguez, y bebía el vino con desmesura solo cuando era casi obligado el hacerlo por la compañía. Pero ya un par de veces y con excesiva cercanía una de otra había despertado sin recordar muy bien lo sucedido la noche anterior.

Un amanecer de aquellos sí recordé, sin embargo, una cara, un gesto y una mirada, aunque no estaba a mí dirigida. La había contemplado la noche anterior, antes o no sé si durante el jolgorio que con trovas primero y con danzas después recibieron a la corte real en Castrojeriz. Recordé aquellos ojos, negrísimos como su cabello, de mirada que no acababa de ser triste, pero alegre menos aún, y aquel rostro tan hermoso que me hizo quedarme fijo mirándolo, antes de que otros se interpusieran ante él. Pertenecían a la señora de Castrojeriz, la esposa de don Gaspar de Olloniego, que era quien nos ofrecía su hospitalidad.

Iba la corte con el rey Alfonso camino de Burgos. Y desde allí partirían los ejércitos hacia el sur, a cruzar por Zorita el Tajo y llegar hasta Uclés, desde donde se reunirían ya todas las mesnadas para ir a poner cerco a Cuenca y rendirla para la cristiandad. El rey Alfonso no se había olvidado de aquella enriscada ciudad protegida por las hoces de dos ríos y la quería para sí.

[69] Ibn Ganiya, el líder almorávide, el Avengania cristiano, no solo se les seguía resistiendo en su fortín isleño de las Baleares, sino que desde allí lanzó una ofensiva en el Magreb, en el actual Túnez.

53

La señora de Castrojeriz

No volví a ver a la señora de Castrojeriz hasta más de dos años después. No sabía su nombre, ni había cruzado con ella ya no una palabra, sino ni siquiera una mirada, pero no fueron pocas las veces que su rostro y su figura volvieron a mí. Algo, no sabía el qué, me había atrapado de aquella mujer que permanecía en mi recuerdo tras una imagen fugaz y recortada por el olvido de una borrachera que me la dejaba reducida a poco más de un instante. En las muchas noches ociosas y lentas del enredado y desesperante asedio de Cuenca, venía, sin embargo y con extraña frecuencia, a mi memoria, y se mantenía vivo aquel recuerdo de una nada, cuando había olvidado por completo y hasta me costaba ya no solo acordarme de un nombre, sino de la propia existencia de tantas otras con las que había tenido intimidad y coyunda.

Al oír y contemplar las soflamas, delirios, disparates y locuras que por amor cometían mis compañeros de juglaría y en general tantos otros hombres que tocados por aquella mano perdían razón y sentido y eran capaces de hacer lo inaudito y en ocasiones peor, me había dicho a mí mismo alguna vez que yo no lo había sentido jamás así, ni quería ni estaba destinado a sufrir tal tortura, pues más bien que disfrute y alegría, lo que aparecía con frecuencia ante mí eran el desastre y la desolación provocados por él.

Había sentido la pasión por algunas mujeres, a veces muy intensa y obsesiva incluso, pero había sido un embroque carnal que más pronto o más tarde se había acabado por desengarzar. Había querido sus cuerpos, gozarlos, y con el tiempo hacerlos gozar, pero una vez poseídos y aunque hubiera quedado buen gusto y no pocas repeticiones, si el caso y la ocasión lo propiciaban, todas habían acabado siendo pasado, sin otro poso o nostalgia que el recuerdo de la propia coyunda o la circunstancia y enredo por el cual había logrado yacer con ellas.

En ocasiones diría que la solapada venganza, fuera por mi diferente y

más baja condición, fuera por la burla a sus maridos, también movía mis intenciones hacia las hermosas. Y he de reconocer que sí quedaban entonces algunos de esos lances en mi memoria que me hacían aflorar una cierta sonrisa que yo no voy a calificar, pero que poco tenía de bondad. Con más cariño, y hasta con cierta ternura, he recordado a las que, sencillamente, fuera por candor o por no tener ninguno ya, holgaron conmigo solo por el gusto del retozo y la fornicación. Pero poco más que su cuerpo y mejor su desnudez se me habían aparecido después, por añoranza carnal y ausencia de hembra en la que vaciar mis ímpetus.

Así fue, y al menos ahora ya, tan metido en la vejez y cruzado casi todo el río de mi vida hacia el otro lado, habré de ser sincero y hacer con ello acto de contrición. Contar elevados amores sería mentir, y por ello para ciertas cantigas prefería echar mano de quienes los padecían. Fue por ello mi extrañeza cuando el recuerdo de la señora de Castrojeriz se hizo recurrente en mí en aquel sitio de Cuenca, y que no solo podía achacar al tedio, que también pudo tener algo que ver.

Ni el rey de Castilla ni el de Aragón, pues para aquella empresa se juntaron los dos, ni ninguno de sus capitanes creían que la toma de Cuenca iba a ser fácil, pero que el cerco fuera a durar casi un año, tampoco. Pero fue aquello lo que duró. El cerco lo inició el castellano, pues el aragonés andaba ocupado en sus asuntos allende los Pirineos, a cuyas tierras tenía gran querencia, quizá más que a las de aquí, aunque aquel año aún sacó tiempo para hostigar la zona de Valencia y obligar a pagarle cuantiosos dineros por soltar la presa y retirarse.

La ciudad de Cuenca quedó pronto bien sitiada y sin vías de escape, y el tomarla al asalto no tardó en descartarse también. Pero Cuenca se defendía muy bien sola. Ya lo había descrito el andalusí de Beja Sahib al Sala cuando la visitó en la retirada del califa tras su fracaso ante Huete: «Su alcazaba es alta, inexpugnable, cuya elevación llega a tocar las nubes y muestra la prosperidad que alcanzó en tiempo de los Di-l-Nun y su jeque Ismael y de su nieto Al Mamún, que reinó en Toledo, y de los cuidados que estos pusieron en hacer de ella un fortísimo baluarte para afrontar las vicisitudes de los tiempos. La envuelve, por la parte occidental, el río Júcar, con bordes escarpados y precipicios que impiden el acceso a ella, y por la parte oriental corre otro río, el Huécar, en iguales condiciones para la inexpugnabilidad de la plaza; ambos vierten sus aguas en un gran lago que provee en tiempos de sosiego de agua a los habitantes y que está contiguo a la muralla. Se entra a la ciudad por un gran puente, flanqueado en sus dos extremos por dos fuertes torres protectoras, sobre ambos ríos. En la parte septentrional tiene un foso labrado en piedra dura, de profundidad

equivalente a la estatura de dos hombres y que tiene encima un fuerte parapeto. El foso tiene escalones construidos bajo tierra, por los cuales se baja al río, para la provisión de agua en momentos de asedio y para ir a moler los alimentos a los molinos cercanos y del que se regresa por los escalones. No hay sitio por donde se pueda atacar esta ciudad más que por el dicho foso y por el puente sobre la confluencia de los ríos y que está bajo las torres y las defensas de la ciudad».

Descartada pues la posibilidad también de rendirla por sed, solo quedaba el vencerla por hambre, pero para ello era preciso que el cerco se apretara tanto que no pudiera entrar ni un tasajo de carne, ni un grano de trigo ni una brizna de hierba. Y eso se consiguió. Pero la ciudad se había abastecido muy bien y había además algo que jugaba a su favor. De cercos anteriores y de la guerra que se daba de continuo a su alrededor casi no había quedado población que no fuera militar. El número de moros en su interior era apenas de setecientos, la mayoría gentes de armas y curtidos en la guerra. Suficientes para defenderla y que podían aguantar con los alimentos almacenados largos meses. Y aguantaron.

El cerco vio pasar un mes, luego dos y tres sin que hubiera síntoma alguno de abatimiento por parte de los encastillados. Había escaramuzas, pequeños asaltos de hostigamiento y lanzamiento de proyectiles por los pocos puntos por donde se podía llegar a conseguir que alguna piedra golpeara en el interior de la ciudad. Era más importante saber si podía venir ayuda del califa, y sobre ello tuvo información el rey Alfonso: no se iba a mover de Marrakech, pues estaba enfermo al igual que gran parte de sus súbditos, ya que una terrible peste, para nuestra fortuna, se estaba cebando en ellos. Intentaron desde Sevilla alguna expedición contra la zona de Toledo por ver si movíamos tropas hacia allá, pero el rey no se inmutó. Los toledanos sufrieron la embestida y vieron arrasadas sus vegas, pero cuando los moros se retiraron hacia el sur ellos contratacaron a su vez. Los ejércitos musulmanes no hicieron siquiera intención de acercarse a Cuenca y el mando cristiano respiró aliviado.

Los campamentos se convirtieron en poblados con muchas gentes que iban y venían para atender a los miles de soldados allí instalados, desde herreros a panaderos y desde recueros a putas. Todos llegaban, posaban y se iban para luego volver otra vez con nuevas remesas. Los juglares eran también parte del paisaje y nuestra tarea no era de las menos importantes para que el ánimo no terminara por decaer. Yo me había reencontrado con mi protector Pedro Manrique de Lara, que como señor del territorio vecino había aportado muchas tropas y gozaba de gran predicamento por ser el sobrino de don Nuño, el viejo

ayo del rey niño y ahora, más que nada, el consejero mayor y más querido del rey. Don Pedro me hizo poner mi tienda cerca de la suya y nuestra relación se estrechó con los más firmes lazos de amistad. Esos que nacen en torno a las hogueras de los soldados, en las noches en que las estrellas destilan por las puntas de sus brillos los cristales del hielo y el frío se combate con un trago de vino y una canción.

Porque llevábamos allí desde el verano anterior ya estábamos en el siguiente metidos. Habíamos sufrido el tórrido calor y los fríos heladores, visto quedarse desnudos de hojas los árboles del río y volverlas a echar cuando se empezaron a notar los síntomas de agotamiento por parte de los sitiados. Entre los cristianos también había cundido más de una vez, pero la férrea voluntad del rey Alfonso había desestimado cualquier puesta en cuestión de no seguir hasta el final. A principios de verano se había unido al sitio el rey aragonés Alfonso II, que había dejado por un tiempo su querida Occitania y había estado hostigando a los moros por Levante atacando el alfoz de Murcia, impidiéndoles acudir por esa parte en socorro de la ciudad sitiada.

Fue por julio cuando los ánimos de los sitiados parecieron comenzar a flaquear, pues supieron que aquel nuevo año tampoco podrían esperar ayuda alguna de sus hermanos del sur. Cuenca había sido dejada a su suerte por el califa, enredado todavía en África, y los andalusíes no iban a cometer el suicidio de atacar a tan potente tropa de los dos reyes unidos. Pero, además, comenzaron a sufrir bajas, pues los ingenios y máquinas de asedio construidas, aunque no servían para abrir brechas definitivas, sí hacían mucho mal a los cercados y a sus casas. Piedras, saetas y bolas incendiarias no dejaban de caerles cada día y cada noche, tanto por el lado del foso como por el del puente.

La noticia mejor la trajo un desertor que logró huir de la ciudad, un muladí descendiente de cristianos que burló la vigilancia tirándose al río. Contó que dentro ya no quedaba que comer, pues se había consumido la última almorzada de grano, la última res y ya hasta los perros y los cueros. En el real todo fueron albricias, y se confió en que el final era ya cuestión de días.

Nadie pudo imaginar lo que estaba a punto de suceder: antes de rayar el alba del día siguiente los moros salieron contra nosotros y se lanzaron desesperados contra el real castellano con una sola idea en su mente: dar muerte al rey Alfonso. Un turbión de caballería, toda la que les quedaba, y de peones a la carrera cargó dando grandes alaridos y gritando vivas a Alá y a su profeta contra las tiendas. Nos tomaron por sorpresa, muchos dormidos, y consiguieron arrollarnos

penetrando hasta la que guardaba al rey de Castilla.

No lograron matarlo. Pero a punto estuvieron. Muchos caballeros dieron su vida por él aquel día, defendiéndolo de los jinetes moros. Todos, la mayoría sin llegar a ponernos siquiera la cota de malla ni el yelmo, echamos mano a nuestras espadas. Yo mismo combatí aquel día, y conseguí herir a algún infante musulmán y rematar a un jinete caído. El muro de pechos dispuestos a morir matando por que no alcanzaran a su señor consiguió al cabo frenar la embestida, y llegados los refuerzos de los que habían escuchado el tumulto cambiaron las tornas y el lado la matanza. Los musulmanes dieron la vuelta y los que quedaban vivos volvieron al amparo de sus murallas.

Entonces contamos nuestros heridos y muertos, y para dolor de todos, el mayor el de don Alfonso, entre ellos se hallaba, moribundo, a quien él más estimaba y quería. El conde Nuño Pérez de Lara había caído justo en la puerta donde el rey se hallaba, junto a dos hermanos, don Godiel y don Alfonso, caballeros toledanos que a su lado perecieron impidiéndoles entrar. Don Nuño había prestado así su último servicio al rey niño, que todavía no había cumplido los veintidós años, y si algunos excesos y trampas cometió para conseguir su custodia, dejó bien demostrado que supo ejercerla como debía y dando su vida por cumplir con el deber adquirido. Un día aguantó vivo aún, velado por el propio rey, según me contó don Pedro, que junto con el joven hijo de don Nuño, Álvaro, estuvieron a su lado mientras duró su agonía.

Lloró el joven monarca al despedir la fúnebre comitiva, con la que partimos don Pedro y yo, lágrimas de rabia y recordó aquel día en Zorita, cuando aún no había cumplido los catorce y habían cogido preso a su ayo, y juró que rendiría Cuenca, aunque otro año entero de cerco le costara. Por encima de todo y en honor de don Nuño la tomaría.

Volvimos nosotros con la mesnada molinesa que nos había acompañado, de nuevo al sitio, y aún hubimos de esperar hasta el 21 de septiembre[70] para que don Alfonso entrara junto al aragonés por sus puertas y los famélicos moros, tras una embajada postrera y fallida al califa, salieran por otra, en virtud al amán pactado, llevando con ellos lo que pudieran cargar y garantizada su seguridad hasta dar vista a Alarcón, que entonces aún poseían. Hubo que darles alguna comida, pues sin ella no hubieran podido caminar siquiera.

Justo detrás del rey cabalgó aquel día don Pedro Manrique de Lara. Y yo viví de cerca aquel triunfo en Cuenca, la primera ciudad de importancia que el rey conquistaba a los moros y su plaza fuerte más

avanzada en aquel sector contra las fuerzas almohades radicadas en Valencia. La favoreció mucho, la repobló en cuanto pudo, se nombró obispo y encomendó su defensa tanto a santiaguistas como a calatravos, a los que entregó edificios y propiedades para ello. Entre los favorecidos no dejaron de estar también los Lara y en primer término don Pedro, pues eran sus tierras de Huete y de Molina limítrofes con el alfoz a ella concedido.

No tardó en llegar a ella la reina Leonor, que nunca andaba alejada de su marido ni cuando este estaba en campaña, y había esperado el final del sitio en Atienza. Cuenca, de la que se decía que vendría a ser la Jerusalén castellana, pues había en su porte y su meseta al lado del cielo un halo divino, la dejó enamorada, y a no tardar llegaron allí maestros canteros y constructores normandos[71] para comenzar a alzar su catedral.

Fue aquel invierno en el que volví a Molina y allí pasé sus nieves y hielos, pero al calor de la mejor lumbre y en la buena compañía de quien cada vez era más amigo que señor, pues en esto don Pedro no mantenía las distancias que otros nobles, incluso los jóvenes de su propia familia, imponían. Cuando estábamos a solas o en la confianza de los más cercanos ese era nuestro trato. Me congratuló sobremanera el poder instalarme en los aposentos donde había morado al principio, en el propio alcázar del recinto amurallado, y sentí de alguna forma que aquel regreso saldaba una deuda con mi padre y conmigo. Doña Ermesinda ya no estaba. Tampoco aquellas jóvenes criadas que me enseñaron ciertas cosas, aunque un día en el pueblo, paseando por el mercado con don Pedro, topamos con la rubia delgada que ya no lo era tanto y que llevaba dos niños al lado. Nos saludó con mucha reverencia y no evitó sonreírme, aunque llevaba al lado a su marido. De la otra, la primera, supe que hacía mucho se había ido con un aragonés que se la llevó a Daroca a que le cuidara la casa y le calentara la cama.

Volví a escribir y a componer canciones en aquellos días molineses, que cuanto más azules amanecían más helada traían. No gasté demasiadas energías en requiebros amatorios y los solventé con desgana, animé las veladas con algunos otros compañeros y cogí el gusto por recluirme a solas y en las soledades recordar a aquella señora de ojos negros como azabaches y escribir tristes versos, como si de un púber provenzal se tratara.

En primavera, cuando ya tenía pensado partir solo hacia Burgos, resultó que don Pedro hubo de ir hacia la corte que fincaba por allí y me uní, con contento de ambos, a la comitiva. Una vez en la capital no

tardó en hacerse visita a Castrojeriz, y allí conocí al fin el nombre de ella de su propia boca, Susana, que me sorprendió por ser poco usado y sonar a judío. No lo era ella, sino asturiana, hija de un fijodalgo de la villa y nacida en Luarca, paso del camino a Santiago por la costa y uno de los más bellos pueblos costeros y pescadores que yo había conocido, cosa que a la señora le agradó oír sobremanera. O eso me quiso parecer a mí.

Pues creo que me comporté, pasando sobradamente los cuarenta y con tanto corrido y aunque queriendo aparentar otra cosa, como un atolondrado joven, y puse tanto empeño en agradarle y era en esto tan escasa mi destreza, pues esas nunca habían sido mis artes ni mis armas, que no hice sino el ridículo, o esa sensación acabé teniendo al concluir la velada. Cuando estuve a solas, caí en la cuenta de mi situación, de la que tanto me había burlado en otros: no era sino un enamorado viejo que actuaba como un joven enamorado porque nunca lo había estado. Temí que hasta don Pedro, que para estas cosas no fue nunca muy perspicaz, se hubiera dado cuenta, y decidí volver a mi ser natural, con algo de adusto y de esquinado, pero incisivo y afilado en mis avances, como siempre había sido. Pero fue llegar de nuevo ella y quedar desarmado y esta vez confuso y en silencio, pues si la noche anterior todo fueron palabras pretenciosas, exhibir plumaje y buscar sonrisas, esta fue de quedarme sin habla y no hacer sino admirarla.

No estaba aquellos días su marido y hube fortuna en ello y no ante la dama, donde no alcancé ninguna, sino porque mi comportamiento lo hubiera llevado de inmediato a la sospecha, y por lo poco que recordaba era un hombre sanguíneo, de fuerte cuello, muy anchos y poderosos hombros, poca alzada y gruesas y muy musculosas piernas. Un noble bruto, había pensado nada más verlo, de ojos un poco saltones, barba muy prieta y rojiza y un pelo que no tardaría en comenzar a ralearle. Era más joven que yo, quizá ocho o nueve años, y aún lo era más ella, a la que yo sacaría diez de diferencia al menos, pues desde luego no llegaba a la treintena. No había visto ni la vez anterior ni ahora señal de que tuvieran hijo alguno y no tuve dificultad en enterarme de que no tenían:

—La pobre señora aún no ha concebido, aunque más sana y hermosa no puede ser nuestra dueña —me dijo una cocinera regordeta que, con arrobo, me confesó de corrido además—: Yo también soy asturiana y de Luarca, que ella me trajo consigo, señor juglar. ¿A que es verdad que es muy hermosa?

Ya lo creo que lo era. Más aún de lo que yo recordaba. No era en

exceso alta, pero algo más que la mayoría. Pero era su rostro lo que más atraía. Los ojos grandes, profundos y del todo negros, pero con serenas luces interiores, escoltados por finas cejas bien dibujadas y justamente pobladas; la nariz correcta sin ser chata ni aguileña; la boca gustosa sin ser los labios delgados ni en exceso carnosos y la dentadura blanca, bien formada y los dientes pequeños. El pelo recogido parecía ansiar ser soltado y caer en una oscura cascada. Tenía hermosos hombros, pechos no abundosos pero firmes y el vestido ceñido que mostraba una figura juncal de mujer hecha pero, en efecto, no parida. Sonreía poco, pero cuando lo hacía se le trasladaba el brillo a los ojos y le iluminaba toda la cara.

Pero, pensaba al describirla y repasarla en la cabeza: ¿qué era en ella lo que me había hecho recordarla dos largos años y que ahora me tenía en zozobra? Las había visto y hasta gozado más bellas, más sensuales, mejor formadas y más incitantes. No intervenía con ingenio, sino con cierta timidez y mucha mesura; no pretendía destacar, sino taparse, y me rehuía el chocar la mirada. Pero cogía las cosas con unos brazos elásticos y firmes y unas manos de largos dedos, que como tañedor de instrumentos percibí que era muy posible que ella también los tañera.

Me confesé a mí mismo que la amaba y que deseaba poseer su belleza y gozar su cuerpo, pero no era un desear conocido y primero, sino como algo posterior y por el momento secundario. Me parecía, además, inalcanzable, pero podía sentir casi su piel en la mía, aunque no la hubiera rozado siquiera. Sin haberla tocado la sentía y en mi locura pensé que aquello habría de ser mutuo, y que algo similar, no podía ser de otra manera para provocar eso en mí, a ella también le sucedía.

Inicié mi asedio y fue peor que el de Cuenca. Me aproximaba a la orilla sin dificultad y hasta parecía ser bien recibido, pero en cuanto intentaba acercarme a la puerta, esta se cerraba sin ruido, pero con decisión, y en cuanto a escalar los muros era ya algo impensable. Nunca me tiró una escala ni con una media palabra y menos aún con un guiño o cualquier señal de complicidad. Parecía gustar de mi presencia, pero no la quería a solas, parecía disfrutar de mi conversación y tampoco rechazaba mis lisonjas, pero estas se quedaban en el aire como si no llegaran a ella y antes de alcanzarla cayeran al suelo.

Mis estados de ánimo pasaban de continuo del abatimiento a la exaltación, de estar triste y esquivo a alegre y animoso y de ahí de nuevo a avergonzado y furioso para otra vez trocar en altivo y

valiente y acabar en caer en cobarde y fugitivo. De resentirme por su desdén y frialdad a engañarme y querer ver que hasta a amarme comenzaba para rabiar y odiarme al alcanzarme el daño, pero no poder sino seguir amándola. En fin, qué más decir: quien lo probó lo sabe.[72]

Perdí peso, gané en ojeras y menos mal que no me dio por beber. Se sucedieron los meses, las visitas y las excusas para verla, algo a lo que tuve fácil acceso, pero siempre en compañía, por su parte y por la mía, como un invitado más. Mi prestigio se derrumbó entre mis compañeros de oficio, aunque impostaran sus alabanzas a mis nuevas canciones. A fuer de ser sincero, llegué a concluir que a la única que me había ganado era a la regordeta luarqueña, Martina de nombre, la más fiel servidora de su señora, que se mostraba feliz por mi enamoramiento desdichado y sin esperanza para con la dueña de Castrojeriz.

No sé en qué hubiera acabado aquello, pero seguro que en nada bueno, si no hubiera acudido en mi socorro la reina Leonor. Pues a ella le debo haber escapado de allí.

[70] Año 1177.

[71] La catedral conquense tiene un inequívoco sello normando en su fábrica y torres que debe a la reina Leonor, que tanto quiso a la ciudad y a la que hoy se sigue estimando en mucho allí.

[72] Sirvan estas líneas como torpe, aunque rendido, homenaje al gran amador y excelso poeta que también devino en clérigo, Lope de Vega, y a su poema cumbre e inigualable, que describe tal situación.

54

Hacia la Gascuña sin amor

El rey Alfonso siempre me había tratado con afabilidad, pero nunca con cercanía como a otros juglares vi que trataba. Nada le puedo reprochar, sino al contrario, no me faltó su favor, pero quizá mi fama y pasado, o mi carácter tal vez, no lograron traspasar esa sutil pero firme barrera.

Que sí cruzó con mucho desparpajo la todavía entonces jovencísima reina Leonor, a quien ya por entonces se le comenzó a notar, y ella exhibía con orgullo, su primer embarazo, el que daría lugar al poco a su primer hijo que, para que la dicha no fuera completa, fue una niña. Berenguela de nombre en honor de su antepasada catalana. La reina me mandó llamar, conocedora de mis relaciones con los juglares ultramontanos y la buena relación que tenía con muchos de ellos. Doña Leonor me conocía bien y desde el principio de su estancia en España, pues había sido yo uno de los primeros castellanos a quienes vio y de quienes fue acompañada en su primer viaje. Lo solía recordar con gracia.

—Don Gonzalo Ruiz de Azagra fue el primer juglar a quien yo escuché cantar el castellano. El segundo fuisteis vos. Y ahora os entiendo ya mucho mejor de lo que entonces alcanzaba a comprender, por lo que debéis aún más esmeraros.

La reina hablaba perfectamente el romance castellano y algunos otros más, como el occitano, amén del latín, el francés y el inglés. También tenía noticias de mis turbulencias pasadas y amoríos cercanos, aunque no del último, supuse, o quizá sí, pero supondría que la edad me habría moderado o en cualquier caso ello no iba a ser óbice para la misión que me encomendaba.

Su dote había incluido el ducado de Gascuña, que por ello era ahora propiedad del reino castellano, pero el rey Alfonso había estado más atareado en los asuntos en España que de irse hasta el otro lado de los Pirineos y meterse en otros problemas allí. Tenía ahora un respiro con

los demás reyes cristianos, había logrado el acuerdo definitivo con el Rey Sabio de Navarra, que había hecho renuncia de La Rioja en su favor, y estaba a punto de concluir un tratado con su tío el rey de León, que ahora era su mayor deseo y ocupación. Pero tenía a los almohades al acecho e irse hacia aquellas tierras ni se le pasaba por la cabeza, a pesar de que en alguna ocasión le recordaban que Gascuña era su dote y debía recogerla alguna vez.

Lo que doña Leonor quería al menos era saber qué sucedía por allí, y nada mejor para hacerlo que un juglar en vez de fiarse de lo que le decían por cauces oficiales los implicados en el asunto, e incluso lo que su propio padre, su augusta madre o sus hermanos Ricardo o Juan le fueran a contar.

Y pensó de inmediato en mí, con muchos amigos trovadores de allí y con cumplida experiencia; no estaba ayuna de mis quehaceres con los Lara y no me ocultó que había consultado con don Pedro, y ya con veterana edad y más atemperado carácter le parecí la persona indicada. Así que resolutiva y pronto me llamó, me expuso su deseo, me dio dineros suficientes y algunas joyas para después, un caballo, una acémila y un sirviente joven y fuerte para que me acompañara.

Yo obedecí y me llevé, además, un mastín.

Entendí de primeras aquello como una señal, hasta como una liberación, aunque otras veces me pareciera una huida. En cuanto pude marché a Castrojeriz y pedí ver a la señora y rogué que fuera a solas por una vez.

Casi lo fue así, pues apareció en el salón únicamente acompañada con Martina.

No me anduve con rodeo alguno:

—Yo os amo, señora. Y vos lo sabéis hace tiempo. La reina me ordena partir hacia Gascuña y no sé ni cuándo ni si volveré. Si vos me amarais a mí, hasta la podría desobedecer si me lo mandarais hacer, pero al menos decidme si puedo partir con alguna esperanza en conseguir vuestro amor.

Calló, por un tiempo que se me antojó eterno, calló. Yo también me mantuve en silencio.

Al fin contestó con voz fría:

—Id con Dios, Pedro. Cuidaos por esos caminos. —Pareció que en ello

acaban sus palabras, pero tras una pausa y voz más suave y cálida concluyó—: Y procurad volver.

55

Tal dona no quiero servir

Casi cuatro años pasé en la Gascuña para acabar volviendo a España, pasando por todo el sur de la Francia occitana hasta llegar al Mediterráneo y bajar por Portbou, ya por tierras de la Corona de Aragón y el condado de Barcelona, y llegarme hasta Zaragoza, donde fui bien recibido, una vez más, en la corte del Rey Trovador. Y más al traer noticias de tantos juglares con los que había estado y cantado en aquel largo periplo que comencé con dolor, donde alcancé luego sosiego y donde ya al retornar a Castilla me volvió a atrapar la zozobra. Aunque había logrado adormecer su recuerdo, no había podido olvidarla, y el solo hecho de pisar la tierra que ella pisaba me alteró los pulsos del corazón.

Quizá si Dios me da fuerzas un día cuente aquel viaje, pues mucho tiene que contar y en el que yo tanto aprendí. Conversé con muchas gentes de mayor inteligencia y razón que la mía, compartí versos y discusiones con quienes me superaban en ingenio y agudeza, me relacioné con señores que habían recorrido el mundo, ido y vuelto hasta Tierra Santa y hasta más allá, y sí, también fui amado en ocasiones y gocé del favor de hermosas mujeres y de otras que sin serlo me agradaron. Pero no creo que sea hoy motivo ni parte de esta narración que ya voy queriendo concluir, pues soy cada vez más viejo y no sé cuánto más me dará Nuestro Señor de vida.

Sí he de decir que cumplí, en la primera parte de mi periplo, el encargo de mi reina Leonor. Y creo haberlo hecho a su satisfacción por cómo me lo pagó, y aunque luego decidí seguir por mi cuenta en la aventura dejándome llevar a otras tierras antes de regresar, cuando al fin lo hice me recibió con mucho afecto y aun me hizo regalos para que todos conocieran que gozaba de su favor.

Fue en realidad muy fácil. En efecto tenía buenos amigos allí, trovadores con quienes había coincidido en el viaje de doña Leonor de Plantagenet como novia hasta Tarazona y Burgos y otros a los que había conocido en las cortes aragonesa y castellana. No pocos tenían

rango de caballeros y aun títulos nobiliarios y me facilitaron la entrada por donde pasé, y no me faltó alojamiento ni mesa y menos compañía y diversión.

Pude recorrer el ducado, sus ciudades más grandes y sus pueblos más pequeños, la costa y el interior y hasta las islas de la desembocadura del Garona.[73] Concluí que en Gascuña estaban bien y tranquilos sin que nadie pareciera mandar excepto sus señores naturales y antiguos en las villas y poblados. Pocos conocían, excepto los nobles, obispos y algunos de mayor condición, que el rey inglés había dado como dote el ducado a su hija menor, ahora reina en Castilla y autoridad sobre toda aquella tierra en la que vivían. Tenían cierta noción algunos y admiración otros de quién era el rey Alfonso y me hicieron contar de sus gestas contra los musulmanes. Se alborozaban mucho con mi relato de la toma de Cuenca. También sabían de los catalanes y del rey aragonés, pero no les pillaba excesivamente cerca. Les importaba más lo que hacían los condes de Tolosa y sobre todo el rey inglés, el padre de Leonor, que era en realidad a quien la mayoría seguía considerando su rey.

Pero lo más importante de todo lo que le pude transmitir a la reina fueron mis visitas a Burdeos y Bayona, los dos grandes puertos que eran vitales en la conexión entre Inglaterra y los amplísimos territorios en Francia de su padre el rey Enrique II, de linaje normando, pues sus antepasados habían salido de aquellas tierras:

Inglaterra, mi señora, no tiene mayor interés en el interior gascón, pero difícilmente renunciará a esos puertos. Su padre es el rey inglés y su hermano Ricardo lo será después. Son normandos, mucho le deben al mar. No renunciarán a él.

No sé qué cara pondría la reina Leonor al leer aquel párrafo de mi misiva, pero estimo que sabría apreciar mi sinceridad y que era para ello por lo que me había enviado hasta allí. Ella era normanda también y de hecho no tardamos en saber que estaba alentando a su marido, nuestro rey, para que convirtiera las villas del norte, del mar Cantábrico, en buenos puertos con astilleros donde se armaran barcos y Castilla no fuera solo tierra, sino que también señoreara su mar.[74] Daré un salto hacia mucho más adelante hasta casi ahora, cuando estoy concluyendo mi libro y ha doblado el nuevo siglo, que el rey Alfonso llegó a enviar allí su ejército y tomar posesión de aquel

ducado. No hubo oposición en el interior, pero sí en la costa. Burdeos se decantó por Inglaterra y Bayona entró en tratos con el rey navarro. A poco las tropas castellanas se retiraron y Alfonso se olvidó de Gascuña, que bastante tenía con el Imperio almohade.[75]

Estaba a punto de alcanzar el año 1185 cuando al fin, tras demorarme bastante en Aragón, me decidí a asomar por Castilla, pasar por Medinaceli, ordenar un poco mi casa y hacer en ella algunas reparaciones necesarias y presentar mis respetos a don Pedro de Lara, con el que compartí también algún tiempo repasando mis vivencias y poniéndome él a mí al día de cómo andaban por España las cosas. Que no iban mal a lo que parecía. Él acababa de volver de una expedición junto al rey Alfonso, que había tomado el castillo roquero de Alarcón y adelantado la frontera por aquel sector de Júcar. Y además, portugueses y leoneses habían infligido una dura derrota al califa almohade Abu Yaqub, que había atacado Santarem y otras ciudades del costado occidental de la Extremadura, resultó gravemente herido y acabó por morir.

Me interesaron mucho las nuevas, pero no sabía cómo preguntarle por lo que me tenía más en vilo: por la señora de Castrojeriz, si seguía siéndolo allí y si sabía algo de ella. Pero con circunloquios y sin preguntar directamente por ella, conseguí enterarme que sí, que su marido don Gaspar de Olloniego seguía al mando de la plaza y ella con él.

Sus últimas palabras seguían torturándome. Lo habían hecho con mayor o menor intensidad todos aquellos años atrás. Su frialdad y ausencia de respuesta que solo podía interpretarse con un no y luego aquella última frase, aquel «Procurad volver» al que me había aferrado como esperanza, aunque clavo ardiendo era, porque al rojo vivo estaba y me había seguido quemando por dentro. Cuántas veces habría yo dado vueltas y revueltas e intentado interpretar lo que había querido decirme y lo que con ello me quería expresar, cuántas veces había decidido que había sido cruel y que con hielo me despidió y cuántas otras había querido asirme a que su palabra final no era sino una invitación, hasta una orden de que volviera a su lado.

Sobre mi impresión primera, la del frío «Id con Dios», había dejado yo, antes de marcharme, un mensaje, un dolorido lamento, una renuncia final, que había escrito convulso, airado y sobre todo sumido en una enorme tristeza y desazón. Lo había entregado a varios juglares para que lo hicieran correr sin mencionar mi nombre y ocultando cualquier referencia que me pudiera identificar.

Resultaba ahora, y esa era otra de las causas de mi comezón interior, que la canción estaba en todas las bocas y que no había ya juglar que no la cantara o al que no se la hicieran cantar, y que corría ya no solo en castellano, sino en catalán, en occitano, en gallego, en aragonés y en todas cuantas lenguas le diera a uno por cantar.

Era una humilde octavilla y yo mismo ya la había oído sonar en cuanto puse pie en Aragón, y en Molina fue el propio don Pedro quien pidió una noche que la entonara a un juglar.

«Tal dona no quiero servir», así la habían titulado. Vi cómo la coreaban todos y me llené, más que de orgullo, que nunca podría descubrir, de tribulación.

Tal dona no quiero servir

que por mí no quiera rogar

de cavalero de prestar

por ques podría enrequir.

No li quierol suyo pedir,

pues tan dura mes de fablar,

un poco deuria mentir

por su vassallo meiorar.

Esa había sido mi despedida contra ella, mi adiós final cuando partí, pero ahora me martilleaba su susurro, su mandato, que me pareció debía cumplir.

Casi ni busqué excusas, tenía suficientes dineros ahora para podérmelo permitir. Le dije al Lara que deseaba volver a Burgos, que al cabo era la tierra de mis antepasados, y quería al menos intentar saber si alguna familia tenía, y me encaminé hacia allá. En este viaje no había perdido nada, seguía teniendo caballo y me seguía el mastín. El mozo joven y la acémila se habían vuelto desde Gascuña con mis cartas para la reina Leonor.

Fui por el camino más corto, sin detenerme en lugar alguno sino lo

necesario para reposar lo imprescindible y en muy pocos días estuve ya en Burgos, y al siguiente atardecer estaba subiendo la empinada ladera hasta llegar por la parte de atrás, donde estaba la puerta de entrada —por delante era un espolón—, ante el castillo de Castrojeriz. Me di a conocer, no hizo falta que sacara las cartas de la reina Leonor, pues la guardia reconoció mi nombre, solicité entrada y ser recibido por la dueña, a quien dije traer una misiva.

No tardaron mucho en dejarme pasar, me llevaron ante el acceso que bien conocía y me introdujeron en el salón. Nadie había allí.

Ella no se hizo esperar, bajó por la escalera que desde las estancias superiores descendía hasta la sala central donde se celebraban las recepciones, las fiestas y los banquetes, el mismo lugar donde la vi por vez primera, donde la vi danzar, donde me enamoré y donde me despidió. Descendió hasta mí, llevaba suelta la cabellera y en su cara traía escrita la ansiedad y la decisión. Me cató de arriba abajo con sus ojos profundos, suspiró y me dijo solamente:

—¿Por qué has tardado tanto en volver?

[73] Pocos saben que el gran río francés tiene su nacimiento en España, en el Pirineo Central, en el valle de Arán, y durante 47 kilómetros transcurre por territorio español.

[74] La concesión de fueros y el desarrollo de estas villas marineras, desde Fuenterrabía, Laredo y Santander, entre otras, fue una de las grandes aportaciones de aquel reinado, crucial en su futuro y origen de la armada que luego dominaría los mares del mundo durante más de tres siglos.

[75] Sí hubo cierto trasiego de gentes gasconas hacia España, y no solo algunos nobles y cortesanos que buscaron el cobijo de la reina, sino también gentes de a pie que se establecieron en Castilla. Queda la huella de su propio nombre, como es el caso de Gascueña de Bornova, en la sierra Negra de Guadalajara, cerca de Atienza, tan grata a la reina Leonor. En la cara norte de esa misma sierra, en su vertiente madrileña, existe otro pueblo que señala también su procedencia con su nombre, Gascones.

56

Cuando el amor nos alcanzó

No hubo apenas palabras después. Ni abrazo ni beso. Podía ser el momento, pero no era el lugar. No hacía falta, nos sentíamos como si estuviéramos entrelazados, desarmados y desnudos los dos. Porque todo estaba dicho ya con mi presencia y su pregunta y yo sabía que la serviría por siempre y más allá de cualquier final.

No recuerdo exactamente las palabras, tampoco contacto de piel alguno, pero sí la sensación de estarnos tocando, de sentirnos el latido, aunque ambos permaneciéramos inmóviles en medio de la habitación. Pero sí sé que llamó a Martina, que alegró la cara al verme, y le ordenó preparar un aposento para mí en una pequeña torre adosada al edificio principal y con entrada independiente desde el patio de armas.

—Te quedarás ahí. Sal ahora y que te vean salir. Deja en las cuadras a tu caballo y coloca tus pertenencias en la estancia. Martina te llevará comida. Pide que te arrimen leña y enciende lumbre, que estará muy frío el lugar. Yo te iré a ver después. No llamaré a tu puerta. Mi marido está con las mesnadas del rey por tierras de Cuenca. —Y asombrosamente, pocas veces la había visto hacerlo, se echó a reír traviesamente, dio media vuelta y cuchicheando con Martina se marcharon las dos.

Comprendí que todo lo había previsto, pensado y preparado hasta el mínimo detalle. El pequeño aposento de la torre haría ver a todos que yo no estaba en las habitaciones de los señores del castillo ni tenía otro acceso a ellas sino entrando por la puerta principal a ese lugar. Anonadado, solo me había dado tiempo a añadir que el mastín tenía por costumbre dormir cerca de donde lo hacía yo.

Tal hice, anuncié con voz firme que la dueña me aposentaba en la estancia de la torre, que hicieran por traerme leña como ella había ordenado y que me indicaran dónde dejar a mi caballo y me proporcionaran algo de avena o cebada. Yo me encargué de llevarlo a

abrevar, desensillarlo, cepillarlo y mezclar el grano con la paja que encontré también. Luego cogí mis alforjas de viaje, mi vihuela y seguido del mastín me fui a hospedar donde la señora de Castrojeriz me había mandado hacerlo.

Lo hacía todo envuelto en una sensación de irrealidad, de algo que estaba soñando y de que no estaba pasando ni había pasado. Encendí el fuego en la pequeña chimenea del rincón. La estancia disponía de una saleta de entrada con unas sillas y una mesa que daba paso al dormitorio, donde había una amplia cama con un colchón, pero sin nada que lo cubriera. No tardó Martina en tocar a la puerta. Venía con viandas y bebida y acompañada de otra sirvienta más joven que traía sábanas y mantas. Comenzaron a disponerlo todo entre las dos y en un momento la joven salió, enviada a buscar una jofaina y una gran jarra de agua para que me pudiera lavar. Martina aprovechó entonces para hablar:

—Me alegro mucho de que haya vuelto. No sabe cuánto ha podido sufrir la señora, no lo sabe bien —me regañó—. ¿Por qué no sale y ve cómo se pone el sol? Aún queda un poco para el anochecer y hace buen día. Ella tardará en venir.

Le hice caso y salí, subí con el mastín a las almenas y vi por el oeste, hacia donde estaba Compostela, ponerse el sol y acariciar con sus últimos rayos las tierras de la llanura y las puntas de los árboles del soto del río Odra que verdeaban ya. Siempre me ha gustado el contemplar, más que el sol poniente, el lugar donde se van a posar sus últimas luces. Y la luz y los colores que ese postrer beso saca a los labrantíos, los bosques y las praderas que se van sumiendo luego en la oscuridad.

Intentaba serenarme y aparentemente lo estaba, pero la zozobra por el encuentro anunciado iba y venía por mí. Era tanta mi alegría que ahora me asaltaba la incredulidad. Anochecido ya, volví a mi aposento, no tenía gana alguna de comer, pero el vino me sentó bien, apuré dos copas y le empecé a hacer confidencias y preguntas al perro sobre lo que iba a suceder.

Había estado revisando la estancia y di, tapada por un tapiz, con una pequeña puerta de madera incrustada en los sillares de piedra, pero que carecía de cerradura alguna y todo indicaba que solo podría abrirse desde el otro lado. Sonreí, en algo al menos no me iba a sorprender y me anticipaba yo.

Aunque fuera breve el tiempo que tardé en oírla llegar, fue muy larga

la espera. No hay en la vida segundo más largo que el que tarda la amada en llegar y hasta que no aparece no hay zozobra mayor que el pensar que por cualquier cosa, capricho o impedimento, no lo hará.

Vino al fin, traía puesto el sencillo vestido con que me había recibido, pero se había cubierto el cabello con su tocado de dueña, portaba en la mano un candil y en los pies un fino y elástico calzado que traía algo manchado por la bajada por la angosta escalera de caracol que desde algún lugar de los aposentos principales de la fortaleza llegaba hasta allí.

Cerró desde nuestro lado, apagó el candil, el fulgor de la lumbre nos era suficiente, me pidió que arrimara un arcón que había allí para atrancar la puerta, vino hacia mis brazos, se apretó a mí como si quisiera fundirse y me ofreció su boca. Un largo beso, que no parecía querer dejar que acabara y donde aún tuve manos para liberar su pelo y poderlo acariciar. Ni ella ni yo queríamos desprendernos el uno del otro, pero antes de que culminara en el frenesí, hubo algo que nos hizo parar, mirarnos el uno al otro, sosegarnos, cogernos de la mano e ir hacia el lecho, sentarnos en él y comenzar a hablar.

Tanto había que decirnos que apenas si nos dijimos aquella primera noche nada, aunque sí todo lo esencial. Que me había amado pronto y quiso repudiar aquel amor, que había combatido contra él, pues no quería sucumbir a una pasión y menos de quien otras muchas había tenido. Que temía entonces que el abandono llegaría en cuanto me hubiera otorgado su favor. Pero más importante para ella era su honra y ofender a su marido y a Dios, y ello le había hecho el rechazar su tentación.

Hice todas las protestas y ofrecí lo que no pocas veces había ofrecido, pero esta de verdad, mas me di cuenta de que sobre ello era mejor callar e hice una pregunta que debía hacer:

—¿Sabe mi señora lo que yo escribí? —Entonces y muchas veces, hasta en la mayor intimidad y por no sé por qué extraña razón, a ella quise siempre llamarla de vos.

—Lo supe, Pero. —Ella fue quien comenzó cariñosa y cómplicemente a llamarme así—. Desde la primera vez que se la oí cantar a un juglar supe que estaba dirigida a mí. De memoria la sé.

Con el tiempo fui viendo que doña Susana lo era siempre, desnuda o vestida y hasta en el mayor frenesí, una dueña, y que ofrecer disculpa o descubrir debilidad no era algo que se le pudiera pedir. Lo hacía, en

todo caso, con hechos, pero jamás con palabras. Como ahora estaba haciendo.

El siguiente beso nos llevó ya a donde ella esta vez decidió llegar.

—¡Tómame! A ello he venido. Pero algo te pediré. Ternura, Pero. Es algo que no he tenido jamás. Y háblame mientras lo haces, háblame —me susurró.

Aquello fue lo que entonces y por siempre descubrí y para siempre con ella quise explorar y compartir. Lo que a mí también me había faltado, aunque yo no lo hubiera echado en falta hasta conocerla a ella. Claro que hubo pasión, incendio, cabalgada, gemidos, ayes, gritos, embestidas, sudor, estremecimientos, corcovas y hasta procacidades reídas y maldades consentidas, todo ello también. Y el que ella aprendiera a gozar de su cuerpo y el amor. Pero fueron la ternura, la caricia, fue el apretado abrazo y el suspiro siempre principio y culminación de nuestros encuentros.

En aquel primero, tras quedar desnudos, recorrí su cuerpo con mis manos y lo escribí con mis dedos, me enredé en sus cabellos, me abismé en sus ojos y bebí en su boca antes de entrar en ella, antes de penetrar su entraña y ella abrirse del todo para mí y abrazarme con sus muslos en su estertor cuando el mío llegó.

Yacimos después uno al lado del otro. Y como en un torrente comenzamos a hablar, de todo, de pequeñeces, de naderías, de antes, de lo que fue, de ahora, de amor, de zozobra, de ella, de mí, de mi viaje, de mi vida, de la suya y de su soledad. Porque eso era lo que más le pesaba en el alma. El estar sola, sin haber podido engendrar. Seguía sin haber podido concebir un hijo de don Gaspar y eso había agriado hasta el vinagre su matrimonio. Una mujer seca, por muy hermosa que fuera, era lo peor para un caballero infanzón. Al principio había sido, por su belleza, su mayor trofeo al que gustaba de exhibir, ahora permanecía ausente cuanto más tiempo mejor. Cuando venía por Castrojeriz la montaba con furia y se despedía con amargura y amenazas. Suponía que estaba buscando conseguir la anulación de su vínculo. Ella me confesó que había intentado por su parte hacer todo lo posible por quedar preñada, hasta recurrió a una muy reconocida sanadora, medio bruja o lo que fuera, para que le diera remedios y consejos de cómo lograrlo tras haber hecho ella todas las devociones posibles a santos y apóstoles sin que le otorgaran tal don.

El maltrato de palabra —de obra no se atrevió— contra ella se había convertido en una constante en los tiempos que pasaba en su tenencia,

aunque su apariencia no lo indicara, pues semejaba no ser en exceso avisado, era taimado y disimulaba muy bien. Gustaba de hacer fiestas y que la doña apareciera en ellas y fuera objeto de admiración y deseo. Eran aquellas noches las que ella más temía, pues el vino convertía la frustración del de Olloniego en brutalidad. Por fortuna, después de algunas embestidas no tardaba en caer dormido y roncar.

Aquella noche nosotros holgamos hasta el amanecer y también bebimos vino y hasta nos embriagamos un poco y desnuda me pidió que tañera mi vihuela y le cantara aquello de «Tal dona no quiero servir» para pagármela, así lo dijo, ofreciéndome su cuerpo, y esa vez comenzar a gemir desde que empecé a ahondar en su humedad.

Me dijo que era nacida hija de un fijodalgo de Luarca y de la hija de una mujer mozárabe de la tierra mora de Andújar que con ella, una niña de apenas diez años, se había unido a los cristianos que se retiraban de allí. La madre no sobrevino al viaje, pero la hija sí. Un caballero de Cangas de Narcea la prohijó como si fuera de su misma sangre y ella es la que había casado con el luarqués y quien le había puesto el nombre, que según supo tanto para los hebreos como para los cristianos enaltecía la castidad.

Y de esto no se rio, pues desde el primer momento tuvo la pena de estar en pecado y faltar a Dios por lo que hacíamos. Aunque se consolaba en su razón y que, si era por tanto amor, aquello obtendría perdón.

Era la señora de Castrojeriz persona leída y tenía hasta tres libros en latín, amén de muchas tablillas que no dejaba a la vista de don Gaspar. En ellas había llegado a leer aquella historia francesa de Abelardo y Eloísa que mi padre me había relatado también a mí y que entendíamos los dos que eran nuestros protectores.

De todo hablábamos y no se cansaba nunca de oírme contar y hacerme cantar mientras que yo ansiaba escucharla y le pedía que me cantara alguna jarcha mora que su madre le había alcanzado a enseñar y que en su boca sonaba a lo que dicen los musulmanes que suenan las huríes en el jardín de Alá.

Sobre todo, conversábamos excepto de nuestro propio futuro, pues bien sabíamos ambos que nuestro amor no tenía ninguno. Nosotros tan solo tuvimos presentes, momentos efímeros que saboreamos sin desperdiciar ni una gota, donde nos vertíamos el uno en el otro y nos apurábamos hasta quedar rendidos. Siempre con el peligro planeando sobre nuestras cabezas como a veces las aves de presa lo hacían sobre

el gran cerro oteando las llanuras en busca de presas y carroñas. Quizá ello nos excitaba aún más y nos mantenía en una enorme tensión amorosa como yo no había conocido jamás y que no se marchitaba con el paso del tiempo, sino que se acrecentaba cada vez más.

Pasaron meses, se cumplió un año y estábamos a punto de doblar otro. Yo me había instalado en Burgos e iba por Castrojeriz de paso supuestamente obligado con excusa de llevar misivas hacia León o hacia Burgos, que a veces eran hasta verdad. Algunas recibía mensaje de ella, otras me acercaba yo tras haberlo hecho llegar a Martina y hasta en ocasiones era invitado por el propio castellano para que amenizara sus fiestas como reputado juglar, aunque ya apenas ejercía excepto si era llamado a la corte o a algún castillo de señor muy principal.

Doña Susana era tan precisa y meticulosa en los detalles de nuestras citas que nadie podía sospechar de nuestra pasión, pues en las fiestas en público ella tenía conmigo la lejana y cordial relación de siempre y solo Martina, y nadie más que ella, sabía de nuestras citas y nuestra pasión. El que yo estuviera ya para cumplir los cincuenta y ella más lozana que nunca apenas con treinta y cinco, siendo agasajada y pretendida por los más apuestos y jóvenes caballeros y los más elegantes trovadores, era nuestra mejor barbacana. Nadie podía suponer que un viejo y torcido como yo hubiera conseguido sus favores. Y el que menos don Gaspar, que más de una vez, borracho, me había hecho cantar «Tal dona no quiero servir» sin suponer ni por un instante que quien la había escrito era yo, y a quien ahora bien servía y ella a mí era su propia mujer.

57

La renuncia

Por Martina, como había hecho algunas veces, la señora de Castrojeriz me mandó llamar. Lo hizo a través de un ciego que solía hacer aquella parte del Camino de Santiago y con el que me envió mensaje de ir cuanto antes hasta allá. Alborozado, emprendí el camino, y como siempre se me dio entrada franca y ya me dirigía a mi aposento cuando la guardia me dijo que subiera al salón, pues la dueña había mandado que se me condujera allí.

Me estaba esperando. En todo su ser había un aire diferente, de plenitud, pero con serio semblante. Como aquella primera vez, solos los dos en medio del salón, también fue muy precisa, denotando haber preparado una y otra vez las palabras justas que me tenía que decir. Las dijo en voz muy baja, que solo podía oír yo, pero muy firme a la vez:

—He concebido, estoy preñada. Voy a tener un hijo. Es tuyo, Pedro. Pero el padre no puedes ser tú. Esta será la última vez que nos veamos a solas los dos.

Me quedé inmóvil mirándola, aún más inmóvil que aquella primera vez y en esta ocasión como si me hubieran golpeado con un mazo en la cabeza.

Volvió a hablar:

—Quisiera despedirme de ti. Quisiera tener una última noche de amor contigo, pues eres tú quien más feliz me ha hecho en esta vida y con este hijo que llevo en la entraña has colmado esta felicidad. Te lo pido con todo mi cuerpo y te lo suplico con toda mi alma. Pues quiero luego decirte que solo es, fue y será por amor y solo por amor.

No quise ni pude negarme a aquella última noche. La que iba a ser mi última y definitiva noche de amor para ya después nunca volver a yacer con mujer alguna. Fue una noche que siempre tendré en mi memoria, donde Dios comenzó a llamarme y yo a escucharlo. Una

noche en que también comprendí, aunque tanto me doliera, a Susana de Castrojeriz y al hacerlo comencé a redimirme yo.

Pues cuando alcancé a entender que, por encima del corazón, la piel y el deseo, estaba el amor por el hijo no nacido y estaba la razón, supe que no había dejado de amarme, sino que había un amor superior, el de la madre. Y empecé, aunque no podía serlo, a ser padre yo también.

Y comprendido todo, porque ella, hasta con lágrimas, me lo hizo comprender, nos amamos como nunca, fuimos el uno del otro como jamás lo habíamos sido y juramos un eterno amor y protección a quien no podíamos poner en peligro, el hijo de los dos.

Para ello yo debía desaparecer para siempre, pues sería un grave riesgo, hasta por una mirada, mi presencia. El de Olloniego no podía llegar nunca ni por un instante a sospechar que el vástago no era suyo, ella se había apresurado a yacer con él apenas tres semanas después de hacerlo conmigo el mismo día que volvió y tras animarlo con vino. Ni durante el embarazo, ni después de nacer ni en su crianza. Él debía ser el hijo de un noble, ser educado como tal y heredar el linaje y la riqueza de su padre, y no un bastardo de un juglar. En la memoria de todos estaba cómo Fernando Rodríguez de Castro, el poderoso conde, había dado muerte a su mujer, Estefanía, desde entonces llamada la Desdichada, aun siendo hija de un rey, por creer que le había sido infiel. Por todo y por eso también entendí, hasta con alivio, que no podía asistir a la fiesta en que don Gaspar de Olloniego, ufano y rebosante de satisfacción, anunció que su esposa había concebido e hizo votos al cielo pidiendo que fuera un varón.

Fue quizá por ello que la señora de Castrojeriz, que ya se marchaba de mi lado aquella última noche, antes de que empezara a reír el alba, quiso esperar a que amaneciera y la viera y gozara desnuda a la luz del día y pedirme:

—Ámame, llename de ti, pues deseo tenerte dentro junto a mi hijo por última vez.

Al despedirme, ya vestida y cuando levantaba el tapiz para escabullirse por el portillo y regresar a su habitación de dueña y señora, me dijo:

—Te amaré por siempre, mi único señor, mi único amor, mi Pero, el juglar, pues tú me hiciste gozar como hembra y me llenaste como mujer hasta completar mi vida con lo que más he deseado y darme un

sentido y una misión hasta mi muerte, el protegerlo a él. A mi hijo, que es el tuyo también, aunque solo los dos lo sepamos, pero también lo sabe Dios. Y sé que por tu sacrificio lo bendecirá.

Ese mismo día partí de allí, a los dos había vaciado mi casa de Burgos y semana y media después ya estaba en Medinaceli. En el camino ya había decidido dónde ir. Al monasterio donde había estado de niño, a Santa María de Huerta, donde me crie.

58

Santa María de Huerta

En el triste viaje de regreso en soledad desde Burgos a Medinaceli fui repasando mi vida, ya a punto de alcanzar los cincuenta años, y fue aquel repaso a la luz ahora de lo que acababa de suceder lo que me llevó a la decisión de dejar aquella vida y retirarme de aquellos mundos. Volvía a mi refugio, a mi tierra, pero esta vez algo más atrás, a mi infancia, de la que en un tiempo había querido huir y ahora se me presentaba como el único lugar donde podrían mi cuerpo, pero sobre todo mi alma, reposar de una vez y por siempre.

Y a cada paso de mi caballo llevándome hasta allí la decisión se hacía más firme en mi voluntad, pero entendí que no iba a ser fácil lograrlo y acudí a quien debía y quien tenía poder para ayudarme a conseguirlo: don Pedro Manrique de Lara. Él era el personaje con mayor influencia en todo aquel territorio y aún más, el mayor benefactor del monasterio de Santa María, situado a poco más de una legua de mi villa natal. Aquel en que mi padre me metió con los monjes para que aprendiera a leer y a escribir y me enseñaran el latín. Ello también me habría de valer. Amén, claro está, que yo estaba dispuesto a donar de inmediato todo cuanto poseía. Todos mis dineros, algún vaso de oro y sobre todo vajilla de plata, algunas joyas y telas valiosas, y la casa de Medinaceli, con todos los enseres y muebles y cuanto contuviera con una sola excepción, el arcón con los escritos de mi padre y otros que había ido redactando o recopilando yo, así como mis instrumentos musicales. El caballo también lo donaría. Pero el ya viejo mastín no. Él me había cuidado y ahora no podía abandonarlo y lo cuidaría yo.

Don Pedro me recibió con su cordialidad de siempre y el fulgor de la vieja amistad. Se sorprendió al principio de mi decisión, pero, aunque no entré en detalle alguno, pronto la comprendió y, desde luego, se mostró más que dispuesto a apoyarme. Más aún cuando aquella noche, cenando juntos, le expliqué además a lo que pensaba dedicarme en el tiempo que tuviera para mí y me permitieran mis obligaciones. En el viaje había acabado por madurar, aunque ya llevaba un tiempo dándome vueltas por la cabeza, el

trabajar en lo que había comprendido habría de ser mi tarea mayor de por vida. Refundir, ampliar y componer con todos los escritos que, desde las vivencias de mi abuelo a las composiciones de mi padre y de mí mismo, además de las que había ido recopilando de otros juglares también, había ido guardando y eran mi gran tesoro. Con todo ello acabaría por redactar un gran cantar, el Cantar de mio Cid.

A don Pedro la idea le entusiasmó. Conocía además no poco de la historia por habérmela oído cantar y no pocas veces hacerme repetir toda aquella parte de las estancias allí, tanto del Cid como de su mujer e hijas acompañadas de Minaya, invitados y siempre bien recibidos por el moro Abengalbón, a quien don Pedro no dejaba de considerar su antecesor en aquel señorío y en cierta medida era así. Él era el señor de Molina y de todo el territorio circundante y, aunque rendía vasallaje y lealtad a su rey, allí mandaba él.

Pero había en su interés mucha más razón y con una raíz muy personal. Su primera esposa, a la que yo había conocido y levemente tratado, era nada menos que una bisnieta del propio Campeador, la infanta Sancha Garcés, hija del rey de Navarra García Ramírez el Restaurador y de su segunda esposa Urraca, la asturiana, aquella hija no legitima pero tan querida de Alfonso VII el Emperador y su primer amor, doña Gontrodo de Tineo, a cuyas bodas en León había asistido mi padre y ya he narrado aquí mismo yo. Doña Sancha era pues descendiente de reyes por ambos lados, por su padre y por su madre, pero también del Cid, pues su abuela no era otra que Cristina, una de las hijas de Rodrigo que casó con aquel infante Ramiro y restableció la dinastía navarra.

Doña Sancha había muerto hacía ya unos años, dejándole dos hijos, su primogénito García Pérez de Lara y Aimerico. Don Pedro la había hecho enterrar en Santa María de Huerta, a la que ambos tanto habían favorecido, seguía muy fiel a su memoria, aunque ya se había vuelto a casar, y se sentía depositario del legado de aquella estirpe cidiana; sus hijos eran sus tataranietos, y siempre quiso que su recuerdo no dejara de estar vivo en todo su señorío y flotara tanto por Molina como por Medinaceli, Atienza y cuantos lugares bajo su influencia estuvieran. Y, por supuesto, en el monasterio.

Tenía el mayor por entonces, cuando fui a ingresar en él, ya los ocho años cumplidos y era la gran esperanza de su padre, y el pequeño ya andaba por los cinco. A García, así llamado en honor a su abuelo navarro, su abuela la condesa Ermesinda le había dejado en donación a poco de nacer la mitad de la villa de Molina, y su padre gustaba de que yo le recitara algunas de la partes del Cantar de su antepasado. Se hacía de vez en

cuando acompañar por él y de hecho lo hizo aquella vez en que vino conmigo para apoyar mi solicitud de profesar a Santa María de Huerta. [76]

Me acompañó al monasterio, me presentó a su abad y apoyó mi solicitud con tanta energía como humildad, algo que sabía hacer muy bien. Y no se quedó ahí, pues, según supe después, a las palabras había añadido por su lado la donación de unas tierras colindantes que el monasterio ansiaba. El abad con ello me aceptó de muy buen grado.

Le hice firme promesa, a él y a Nuestro Señor, de que no era capricho pasajero sino firme decisión y que la cumpliría hasta morir allí. Y fue más, pues para sorpresa del abad no solo acaté todas las normas y obediencias con la mejor disposición y actitud, sino que comencé a aprender a instruirme como clérigo con gran aplicación y frutos.

Pasaron allí los meses. Al principio no exentos de zozobra y de recuerdos que me desasosegaban. Uno sobre todo me asaltaba: el nacimiento de mi hijo. Y esperaba la nueva con ansiedad, sobre todo cuando las cuentas estaban a punto de cumplirse. Había pactado aquello con la señora de Castrojeriz y encontrado forma de hacérmelo saber. Sabía que se demoraría un buen tiempo en llegarme la noticia, pero cada día que pasaba desde que calculé que podía haber acaecido fue un verdadero suplicio, y cada noche recé al Señor porque el alumbramiento hubiera concluido con bien para la madre y el nacido. Si es que había llegado a nacer.

Fueron meses de angustia y a veces desesperanza hasta que la nueva me llegó. Una línea, dos frases y cuatro palabras que me llenaron de gozo. Las trajo un ciego que tras pasar por mi casa en Medinaceli e indicarle dónde estaba se presentó en las puertas del monasterio. Un mínimo trozo de madera fina en el que ponía: Nacido bien. Fue varón.

Le obsequié al ciego buena recompensa en comida, que era lo único que podía darle, y las gracias más fervorosas al Creador por aquel don que, por muy secreto que hubiera de ser, me expandía el corazón.

Vinieron después de aquello años de recogimiento, serenidad y trabajo. Al cabo de ellos yo era alguien respetado y hasta diría que querido por mis hermanos. El abad sabía de mi empeño desde el primer momento, y no solo me lo permitió, sino que lo alentaba y en algunos de los pocos momentos de solaz que teníamos, yo recuperaba mi oficio de juglar y acompañándome de mi vihuela recitaba algunos pasajes de lo que iba reconstruyendo y componiendo.

Al monasterio no le faltaban las visitas, yo recibía de vez en cuando la de don Pedro de Lara, y por ellas sabíamos de los más importantes sucesos. Que había muerto el conde Fernando Rodríguez de Castro y que su hijo Pedro parecía querer amigar con nuestro rey Alfonso, que había nuevo rey en Portugal, don Sancho, y también en León, pues había muerto el rey Fernando y le había sucedido su hijo, Alfonso también como el nuestro y que hacía el nueve de quienes habían reinado con tal nombre, pero las cosas entre ambos primos seguían difíciles y tensas. Y además se había agriado con el rey de Aragón y este se había unido a Navarra y Portugal contra Castilla, algo que me entristeció mucho, pues resulta que al tiempo escribía versos zahiriendo a los demás reyes cristianos, que eran cuatro además de él, que se dejaran de disputas y unieran sus fuerzas contra el enemigo musulmán, que cada vez era más fuerte y cuyo nuevo califa había pasado junto con un primer contingente de tropas africanas a la Península.[77]

Desde Navarra, dos años después de aquello, llegó la nueva de otra muerte, la del Rey Sabio, al que sucedió su hijo Sancho VII a quien apodaban el Fuerte, pues era un verdadero gigantón y tenía una fuerza descomunal, pero no la inteligencia y prudencia de su padre, y hasta a hacer guiños al califa musulmán llegó. Por fortuna, el rey aragonés había rectificado y vuelto a la buena relación con Castilla y al menos no estar enfrente. Peor que todo había sido lo del nuevo cabeza de los Castro, Pedro Fernández de Castro, hijo del Castellano, pues tras acabar por enemistarse definitivamente con nuestro rey Alfonso, al no aceptar este sus exageradas pretensiones, marchó a Marruecos y se puso al servicio de los almohades, consumando su traición a Castilla. Al año siguiente pasó de nuevo a la Península junto a Abu Yusuf y un formidable ejército de feroces africanos y vinieron contra Castilla. El rey Alfonso salió a su encuentro y los enfrentó en Alarcos.[78]

La desolación y el llanto se apoderaron de Castilla. La derrota había sido demoledora y brutal. La frontera del Guadiana había caído, los castillos hasta la línea del Tajo por aquel sector también, hasta el propio convento de los caballeros calatravos que hubieron de retirarse y establecerse en Zorita. Calatrava volvía a ser de los infieles. La mortandad alcanzó a maestres, nobles, obispos y caballeros. También murió allí, batiéndose con gran arrojo defendiendo al rey Alfonso en los momentos finales, don Gaspar de Olloniego, dejando huérfano a su hijo, que no había cumplido aún los ocho años.

Pero el rey Alfonso no lo desamparó, ni a él ni a ninguno de los huérfanos de Alarcos, a los que dispensó y dio orden de que por todo su reino se hiciera igual. Todos tendrían el amparo real y de sus

vasallos con rango y poder. Todos tendrían cobijo, comida y a todos se les comenzaría a adiestrar y preparar para una misión vital: vengar a sus padres muertos en Alarcos.

Vinieron años crueles y duros para Castilla. Al año siguiente los almohades, aliados además con el rey de Navarra y el rey de León, nos atacaron por todos los frentes. El califa atacó por el oeste aconsejado por el Castro, que había señoreado aquellas tierras, y tomó Montánchez, Santa Cruz, Trujillo y Plasencia, además de arrasar luego, aunque no pudo asaltar sus alcazabas, Talavera, Santa Olalla y la vega toledana, llevando gran botín de granos, ganados y miles de cautivos para convertirlos en esclavos. El terror a los moros retornó, aunque a nosotros no nos llegó a alcanzar, a muchos lugares donde se creía que había desaparecido para siempre.

Y no solo eso; desde el este, tropas del rey de León junto a destacamentos almohades mandadas por el Castro atacaron la Tierra de Campos y se apoderaron de varias fortificaciones y castillos. No llegaron, para mi alivio, a Castrojeriz, donde supe que doña Susana, a la que el rey había otorgado allí residencia, tierra y posibles para que criara a su hijo y se mantuviera ella con holgura, había permanecido y seguía habitando una parte del castillo.

Por el oeste quien vino contra Castilla fue el navarro Sancho VII el Fuerte, que aprovechó para saquear las tierras muy cerca de donde nosotros estábamos, pues por Soria llegó hasta Almazán sembrando por doquier el miedo y la destrucción.

La buena nueva fue que, a la muerte del Rey Trovador, su hijo, que lo era también de doña Sancha de Castilla, Pedro II de Aragón, había acudido raudo a socorrer a su primo Alfonso y restablecido de manera total la alianza y la amistad entre Aragón y Castilla. Con tal socorro ambos lograron desalojar al Castro y recuperar mucho de lo que por la Tierra de Campos se había apropiado. El rey Alfonso retomó por su parte Plasencia, una ciudad muy querida, pues él mismo había sido su fundador, y que se había defendido con uñas y dientes contra el asalto almohade hasta que sucumbió.

Los ataques continuaron varios años más. La siguiente embestida del califa no nos alcanzó tampoco, pero lejos no estuvo, pues Abu Yusuf vino de nuevo por Talavera y Madrid, y subió después por Talamanca, a la que arrasó, pasó por Guadalajara, Oreja, por la que recruzó el Tajo, Uclés, Huete y Cuenca, pero de estas no pudo tomar ninguna, aunque sí asoló sus campos y se llevó un inmenso botín. Después ya, las sucesivas embajadas de Alfonso a Marrakech y la mayor dificultad

de Abu Yusuf para poner en marcha anualmente grandes ejércitos y cruzarlos hasta España lograron la firma de unas treguas. Pero con fecha de caducidad y la certeza de que a su conclusión los almohades lanzarían una todavía mayor y más potente ofensiva, pues su objetivo era no solo tomar Toledo, sino avanzar todo cuanto pudieran hasta el norte y hasta donde siglos antes habían llegado a conquistar.

Entonces supe que mi misión, el completar y acabar el Cantar de mio Cid, era algo que no solo precisaba yo, sino que era necesario para mi tierra castellana, para nuestras gentes, y que con ello regresaran los ánimos y el corazón de sus guerreros y volviéramos a hacer retroceder a los muslimes y los echáramos de una vez al otro lado del mar de donde habían venido. A ello me puse con gran aliento y tesón. Don Pedro Manrique de Lara me animó más que nadie. Mi protector y amigo había estado también al lado de Alfonso en Alarcos y había salido herido, aunque no de gravedad, y me alentaba a concluirlo. También lo hacía mi ya anciano abad, que no tardó en morir. Y entonces se produjo algo inesperado para mí. Por consejo del antiguo abad antes de fallecer, por voluntad de mis hermanos y, bien seguro estoy, por la mano generosa y poderosa de don Pedro de Lara, fui nombrado, once años después de haber ingresado en el monasterio, su abad.

[76] Las esperanzas de Pedro Manrique de Lara no tardarían en quedar en esto frustradas. El niño no alcanzó a cumplir los diez años. Aimerico, sin embargo, sí llegó a la madurez y se convirtió ya en 1194 en vizconde de Narbona, que era otra de las grandes posesiones del señor de Molina y a donde partió y donde ya residió para siempre y hasta su muerte en el año 1239. El señorío de Molina lo heredaría a la postre un hermanastro suyo, Gonzalo Pérez de Lara, hijo de la tercera mujer del conde, doña Mafalda, pues con la segunda no tuvo hijo alguno.

[77] El nuevo califa Abu Yusuf Al Mansur pasó por vez primera el Estrecho en el año 1190. La alianza contra Castilla de Aragón, León y Portugal tuvo lugar un año después.

[78] 18 de julio de 1195. El Castro mandó el ala izquierda musulmana, pero fue también quien apoyó que se aceptara el amán ofrecido por Diego López de Haro para las tropas derrotadas y cercadas en el castillo de Alarcos y que les permitió salir con sus armas y retirarse hasta llegar a los muros de Toledo, a donde el rey había conseguido escapar y llegar.

59

Peregrino

Por el camino que va a Compostela había andado yo muchas veces y por muy diversas causas e intenciones y no precisamente buenas en bastantes ocasiones, pero peregrino a Santiago no lo había sido nunca. Entendí que era el momento en que debería serlo. Para dar primero gracias a Dios por los dones que sin merecerlo me había otorgado, implorar ante la tumba del apóstol su protección y mediación ante el Creador y, desde luego, hacer penitencia por tantos pecados y suplicar su perdón. Era llegado el momento. Había rebasado ya los sesenta años y, aunque aún me veía con fuerzas, estas empezaban a mermar y a poco ya no podría hacer tan largo viaje como tenía que hacerlo, a pie y en soledad.

Y así lo hice, aunque hube de ceder ante mis hermanos en hacerme acompañar por un joven monje y llevar una borriquilla para al menos no cargar con la impedimenta. En ella incorporé mi vihuela, pues no le molestaría al Señor que por una vez tocara para él, y también y eso por mi cuenta vino el mastín. Uno nuevo y fuerte que no pude dejar de tener cuando al viejo compañero de mis andares le llegó su hora. Antes de que llegara la mía debía caminar yo hacia Santiago.

Tenía ya elegida la senda, la de ida y también la de vuelta, pues, además de ganar la indulgencia de Nuestro Señor, quería despedirme de todas las cosas terrenales, y en ello entraba el hacerlo por última vez de las villas, ciudades y tierras que habían tenido una significación especial para mí, entre ellas, y grabada a fuego en mi alma, Castrojeriz. Aunque sobre qué hacer en llegando allí mi corazón y mi razón no dejaban de lidiar.

A la ida decidí ir a tomar el camino principal de la ruta compostelana por Burgos, y para ello marchamos primero hacia Atienza y subimos la sierra por Miedes para luego bajar hasta Ayllón y Riaza, y ya desde allí enderezar hacia el norte para por Lerma alcanzar la capital castellana y la tierra de mis antepasados. Quería ir a Vivar y esta vez intentar conocer a alguien que aún viviera descendiente del abuelo

Pedro.

Sabía que mi padre, al menos, había tenido dos hermanas, que ya llevarían muertas bastante tiempo, pero esperaba poder encontrar algunos hijos suyos y en ello puse mi empeño. A la postre pude hallar a uno, un labrador y su prole. No eran ricos, pero solo pude darles mi bendición. Se sorprendieron al darme yo a conocer y me contaron que había más familia por otros lados, algunas mujeres, pero se habían casado y marchado de Vivar.

Demoramos por allí varios días, pues también quise acercarme a Cardeña y visitar el monasterio de San Pedro y las tumbas del Cid, doña Jimena, Minaya y algunos más de aquella mesnada cuyas andanzas y hazañas estaba recreando ahora para el Cantar, y entendí que me serviría de aliento e inspiración. El abad y los monjes del monasterio nos recibieron muy bien y se congratularon aún más al decirles que mis ancestros tenían raíces allí. Decidí ya entonces que cuando acabara mi obra una copia había de ir allí y otra para Vivar. [79]

Reinicié muy reconfortado por aquello el camino, pero, tras pasar por Burgos y orar en Santa María, mi ánimo se empezó a conturbar de tal forma que incluso mi acompañante algo notó, pero yo guardé silencio sobre el motivo. Cruzamos por aquella larga calle bajo el castillo de Castrojeriz sin pararnos siquiera, sin concederme un mínimo descanso y casi sin atreverme a mirar hacia lo alto y ver aquella fortaleza donde estaba enterrado mi corazón y donde, a lo que sabía, vivía mi hijo, a quien no conocí ni al que podía darme a conocer. Con mi hábito de fraile y con mi compañero de convento al lado nadie me reconoció.

A partir de allí el camino, por la fatiga acumulada y también por la impresión recibida, se me hizo más penoso y hubimos de acortar las jornadas y hasta reposar unos días en un hospital, pues mis pies se habían llenado de ampollas que hubo que curar. Agradecí mucho a mi joven acompañante, de nombre Agustín, su ayuda y paciencia para conmigo, pues creo que sin su bondad y apoyo no hubiera podido llegar. Pero al conseguir ya arrivar a Cebreiro y a pesar de algunos días de lluvia que hubimos de soportar, mi espíritu recuperó su ánimo y al llegar al Monte do Gozo nos inundó la alegría. Que subió a lo más alto cuando al fin pude abrazar al apóstol y sentir su fuerza en mi interior.

No nos demoramos allí apenas y no quise abusar de la hospitalidad que, al saberme abad, quisieron ofrecerme, y tras descansar tan solo dos días emprendimos el camino de vuelta.

Algo había cambiado en mí, algo se había decidido en mi interior y, aventando todas las dudas que antes tenía, esta vez en mi meta estaba detenerme en Castrojeriz y dar cumplimiento a un deseo que de no intentar, al menos, alcanzarlo, no me perdonaría a mí mismo jamás.

Tampoco conté nada de ello al hermano Agustín y él, prudente, no preguntó. Yo sí hube de hacerlo y tras las respuestas dirigirme al castillo y allí hacer petición a los guardias de la entrada que llevaran recado a la dueña, doña Susana, que Pedro de Medinaceli, abad de Santa María de Huerta, pedía humildemente poder verla.

Me dijeron que darían el aviso y podía aguardar allí en el patio interior, desde donde se veía la puerta de la torrecilla adosada donde había yo morado, pecado y hecho pecar. Hube de esperar y oí dar horas hasta que tras otro ir y venir de guardias me indicó que la señora me esperaba en el salón, y me dio un vuelco el corazón.

Y allí estaba, en el mismo lugar donde una vez me recibió y otra me despidió, erguida, serena y tan hermosa o más aún en su madurez. A su lado estaba un niño, alto y fibroso, a pesar de su edad, diez años tendría ya, que me miraba con gran curiosidad.

Ella le dijo:

—Anda, hijo mío, ven conmigo, y besa la mano del señor abad y que te dé su bendición. —Y dirigiéndose a mí—: Y también, padre, démela a mí.

No duró mucho la entrevista. Ambos, ella mejor, guardamos la compostura y reprimimos cualquier gesto que nos pudiera delatar. Los años de convento y contención me sirvieron de mucho para controlar mi emoción, que estuvo a punto de desbordarse cuando en una ocasión llamó al muchacho por su nombre: Álvar.

Me miró con aquellos ojos suyos y en su intensa negrura brilló una luz. Ambos sabíamos bien el porqué de aquel nombre y se lo agradecí en lo más profundo de mi ser.[80] Me dijo que el muchacho había comenzado ya a ejercitarse con las armas y que era también aprovechado en lecturas.

Los bendije y pedí a Dios que le diera larga vida a ella y que lo preservara en la batalla a él.

Marché después y, al bajar por la cuesta del castillo hasta la iglesia donde me esperaba el hermano Agustín, mis ojos se llenaron de lágrimas. Cuando llegué donde estaba, mi rostro rebosaba la alegría

que inundaba mi corazón.

Nuestro regreso a Santa María de Huerta lo hice ligero y contento. En el camino hacia nuestra tierra y nuestro convento fui feliz y mis piernas parecieron recobrar la fuerza de su juventud. Al parar por las noches, descolgaba del arzón de la borriquilla la vihuela y cantábamos fray Agustín y yo loas a la Virgen María y a nuestro Creador.

Cruzamos de nuevo por Burgos, pero en esta ocasión seguimos por la Ruta Jacobea y fuimos por Belorado hacia tierras riojanas, pasando por Santo Domingo de la Calzada para rezar a su santo patrón. Quise hacer en San Millán de la Cogolla parada, pues deseaba visitar los monasterios de allí, que ahora eran dos, el de Suso, en la falda de la colina, y el de Ayuso, a sus pies, mucho más grande e imponente, que se había levantado después.[81] De no haber tenido prisa por regresar a mis obligaciones en nuestro monasterio yo me hubiera quedado un mes o más en el de Suso y en compañía de un jovencísimo monje, de apenas dieciocho años, que nos pusieron como acompañante y guía, llamado Gonzalo, avecindado en Berceo de niño y en San Millán criado.

[79] Hay constancia de que en efecto Vivar tuvo una de las primeras copias del Cantar. Lo de Cardeña es un posible, pero no existe prueba documental alguna.

[80] Era costumbre en Castilla poner al hijo el nombre de un abuelo. De alguna manera ella había conseguido ponérselo también, aunque para ello y en apariencia hubiera tenido que convencer a don Gaspar de que se saltara la costumbre.

[81] El de Suso, «de arriba» en el castellano actual, es mucho más antiguo y humilde, del siglo VI, poblado por eremitas en sus principios desde la época visigoda. El de Ayuso, «de abajo», se comenzó a levantar en 1053.

60

El juglar de Berceo

Gonzalo era un juglar, pero de alma muy diferente a la que tuve yo. En él todo era alegría y bondad, y era su canto el gozo y la alabanza al Dios Creador y a su creación. Gonzalo, sencillo y bueno, desbordaba en sus versos y cantigas ese amor por las gentes, las vidas de animales y plantas, de pájaros, peces, ranas y lagartos, por las lluvias, los soles, las nieblas, los ríos y los montes. Aquel joven juglar me enseñó a mí mucho más que yo a él. En él aprendí el significado y el amor por el Dios Creador y allí encontré sentido a mi vida y a las vidas de los demás.

Él mismo nos dijo quién era y de dónde provenía con unos risueños versos:

Si queredes saber quien fizo esti dictado,

Gonzalo de Berceo es por nombre clamado,

natural de Madriz, en San Millán criado.

Nos enseñó además los monasterios y confieso que me quedé arrobado por el pequeño, aquel de Suso, cuyos orígenes se perdían en siglos anteriores y remotos, cuando las hordas infieles aún no habían llegado a España y arrasado a la cristiandad hasta dejarla reducida a casi nada y tenerse que someter o refugiarse de los musulmanes en más alto y lejano de las montañas del norte. A todos los rincones había llegado el islam e impuesto su perversa doctrina. Hasta allí, a aquel pequeño monasterio había alcanzado su furia, la todavía reciente en la memoria del feroz y terrible Almanzor, que lo alcanzó en su última campaña de destrucción el mismo año en que al retirarse hacia el sur acabó por expirar y marchar a los infiernos en Medinaceli.[82]

El minúsculo monasterio de Suso quedaría para siempre en mi recuerdo como manantial de luz e inspiración. La tumba de san Millán, las reliquias de otros hombres santos como él y el osario de muchos más que allí habían vivido en las pequeñas oquedades de la montaña y elevado su rezo a los cielos; la iglesia en la roca y el influjo que no se podía dejar de percibir y emocionar de tantas y tan buenas almas que habían allí morado y orado.

En la entrada me había sorprendido el saber que en el pie de la pared de la derecha reposaban tres reinas que fueron madres de Navarra: Jimena, Elvira y Toda, pero el conocer quiénes estaban en los sepulcros de la izquierda me sobrecogió aún más. Allí reposaban, hasta que llegara la resurrección, los cuerpos mutilados de los siete infantes de Lara y su ayo, don Nuño, sacrificados todos por las espadas musulmanas, pero inducidas por la vesania y malvada venganza de su tío y su perversa mujer, doña Lambra.

Gonzalo, que llevaba el mismo nombre del más pequeño de los siete, al que su madre tanto amaba, y yo cantamos aquella noche el renombrado romance en su honor.

Los pocos días que pasamos allí fueron un gozo para nuestro espíritu y he de reconocer que para nuestro cuerpo también. No nos privamos de algún sencillo pero suculento manjar ni de beber la buena y espumosa cerveza que el de Berceo sabía fermentar. Ni faltó tampoco que ambos al acabar de cantar solicitáramos a la concurrencia lo que Gonzalo nunca dejaba de pedir como entrada y como despedida:

Quiero fer una prosa en román paladino

en qual suele el pueblo fablar a su vecino,

ca non so tan letrado por fer otro latino,

bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino.

Salimos de San Millán de la Cogolla contentos en alma y cuerpo, y así llegamos a Nájera, donde quisimos ver el panteón de los reyes que un día lo fueron de Navarra en el monasterio de Santa María la Real. Este había sido mandado hacer por García III, apodado el de Nájera por tener por ella predilección, tras seguir su halcón a una perdiz que se refugió en una gruta, y al entrar el rey tras él dio allí con una imagen

de la Virgen oculta desde mucho tiempo atrás para que no fuera hallada por los infieles. Tras arrebatarles Calahorra a los moros y con el botín obtenido, hizo levantar él allí monasterio.

Fue muerto el rey García en Atapuerca en combate con las tropas de su propio hermano el rey Fernando, el primero de Castilla y de León, que había querido preservar su vida y tal ordenó a sus caballeros, pero hubo quienes por rencor no cumplieron. Allí quedó enterrado su cuerpo con una inscripción: Fin de rey, pero su corazón fue llevado a Nájera, donde está su sepulcro. También vimos enterrado allí a su hijo Sancho IV, llamado el Noble y luego el de Peñalén por haber sido asesinado allí por sus propios hermanos, y así perderse el reino hasta que lo restauró García Ramírez, hijo del infante Ramiro y de su esposa Cristina, hija del Cid, y por ello llamado el Restaurador.

Muy hermosa nos pareció el arca funeraria a la que prestamos la mayor atención, la de doña Blanca Garcés, hija de este Restaurador y esposa que fue de nuestro rey Sancho III y madre de quien ahora reinaba en Castilla, nuestro buen rey don Alfonso el octavo. Fray Agustín y yo oramos ante su sepulcro y partimos después, no sin antes observar que en muchas lápidas estaban los nombres de los señores de Haro, antepasados de quien ahora tanta importancia tenía en Castilla, don Diego Lopez de Haro, señor de Rioja y de Vizcaya, pues a él se debía que la provincia vascongada hubiera vuelto a Castilla.

De Nájera quise yo marchar hacia el sur y dejando el Camino Francés ir hacia Soria por la sierra de los Cameros, donde tuvimos la hospitalidad de su señor principal, emparentado con los López de Haro, a quien en algunos tiempos serví yo, pero ante quien no me quise identificar en mi vida anterior cuando no llevaba hábito sino el jubón y la gorra de juglar.

Llegamos a Soria y al río Duero, hermoso como en pocos lugares, y fui despidiéndome de los paisajes, de las almenas de las murallas, de las espadañas de las iglesias, por el sabinar de Calatañazor, por Osma y por Gormaz, que es adonde yo más quería ir. Desde San Esteban ascendimos a la enorme fortaleza que fue de los califas y allí me llegó el recuerdo de mi otro abuelo, el halconero Hugo, al que sí pude conocer, y sobre todo el de mi madre, a la que imaginé, con un estremecimiento en toda mi piel, cómo un día mi padre la vio cuando llegaba por el mismo camino por el que ahora llegaba yo.

El camino de retorno llegaba ya a su fin. Seguimos por Berlanga de Duero, toda ella reciamente fortificada, y paramos a refrescarnos en Rello, tan bien rodeado de su muralla y con el viejo orgullo que no

hay por qué desmentir de que fue en una torre de su término donde entregó su alma al diablo Almanzor. Al día siguiente llegamos a Medinaceli, donde hicimos noche. Al siguiente amanecer emprendimos la etapa final para alcanzar, ya entrada la noche, nuestra morada, Santa María de Huerta, con mi firme intención de no volver a salir ya de ella nunca más. Mis viajes por la Tierra habían definitivamente concluido y solo me quedaba hacer uno, el que me llevara, si en su infinita clemencia hubiera perdonado mis pecados, al lado de nuestro Creador. Pero antes le pedía un tiempo para completar una última misión. Pero no quise ya ni ir a la puerta de la casa que fue de mis padres y mía después.

Yo sabía ya con mucha mayor certeza y fuerza y con la ayuda que sentía en mí, proveniente de Dios, que debía entregarme a una tarea: concluir cuanto antes el Cantar de mio Cid y hacerlo llegar y correr por todas las tierras de Castilla y de España entera si pudiera también.

[82] Año 1002.

61

Yo, Pero el Abbat, don Pedro, el conde, el rey Alfonso y el Cantar

Nada más regresar a la abadía, mi actividad fue frenética. Y no solo estaba en mi voluntad, sino que mi amigo y protector don Pedro de Lara me alentaba y en cuanto podía se acercaba por el monasterio, que él mismo había contribuido a refundar y a llevarlo al buen momento por el que atravesaba con sus donaciones, mercedes y privilegios, para ver cómo progresaba la obra. Nadie tenía en ello más interés que él. El recuerdo de su esposa Sancha Garcés, el de quien fuera un malogrado primogénito García y el del único hijo que de ella le quedaba, Aimerico, ahora ya lejos de él, tras haber marchado a Narbona, todos ellos estirpe del propio Cid, le espoleaba aún más, y también a mí.

Y sabía yo también que don Pedro, cuya cercanía al rey Alfonso había sido muy estrecha desde su infancia y a lo largo de todo su reinado, le hacía saber qué progresos estábamos haciendo, y este los recibía con gran interés. La atención que en mi vida de juglar en su corte no me había prestado, en apariencia era ahora mucho mayor. Porque don Pedro y él comprendían la importancia del Cantar como grito de resistencia y de llamada a la guerra y a la victoria contra el enemigo africano y musulmán, y para ello no había mejor símbolo que el Campeador. Pero además de símbolo, también resultaba que el rey Alfonso era igualmente descendiente suyo; su madre, casada con el malogrado rey Sancho, era Blanca Garcés, hija del rey García Ramírez el Restaurador y biznieta por tanto también del Cid, como la esposa de don Pedro, pero hija de diferente madre, en su caso de la esposa legítima.

Don Pedro había sido elevado a la categoría de conde, la más alta dignidad que el rey podía otorgar, desde muy joven, poco después de la muerte de su padre, don Manrique, en Huete, y luego había sido también jefe militar de la casa de Lara desde el fallecimiento de su tío don Nuño en el cerco de Cuenca.[83]

Lo había sido y lo seguía siendo todo en Castilla, teniente de Osma y

Gormaz, capitán general de la frontera sur y gobernador del reino de Toledo y de la ciudad. En la diplomacia, donde en ocasiones yo había sido uno de sus peones e informadores, había conseguido prestar servicios importantes, como fue el influir en el pariente de su mujer, Sancho VI el Sabio, rey de Navarra, y lograr una paz necesaria entre este y Castilla. Confiaba ahora el conseguir hacer algo parecido con su hijo, el Fuerte, pero no había obtenido éxito alguno. Había estado junto al rey en todas sus más importantes batallas y conquistas: su propia defensa de Huete, el cerco y conquista de Cuenca y de los castillos del Júcar. Y en las victorias y en las derrotas también, pues junto a él sufrió la de Alarcos, retornando herido de allí.

Su señorío de Molina, en el que gozaba de una semiindependencia y que era además hereditario, le permitía hasta el uso de sellos propios. [84] Yo pude verlos más de una vez estampados en alguno de sus documentos, y yo mismo fui destinatario de algún escrito sellado por él. Estaba en ellos representado como a él más le gustaba aparecer: un caballero protegido por un casco cónico y un escudo en forma de larga cometa, montado sobre un caballo de guerra al galope y blandiendo una lanza.

Pero fue también un gran protector de las órdenes tanto monacales como militares, teniendo predilección en el primer caso por el Císter y por nuestra abadía de Huerta en particular, y en el segundo por los calatravos, a quienes benefició y ayudó mucho. Sobre todo, tras Alarcos. No hubo nadie que se alborozara tanto como él cuando, tras haberse visto casi al borde del exterminio y expulsados de su convento mayor y fundacional, el de Calatrava, y refugiados en Zorita, lanzaron tres años después un ataque por sorpresa desde allí, entrando por Manzanares sobre el castillo de Salvatierra, con cuatrocientos caballeros y setecientos soldados, y consiguieron apoderarse de la fortaleza en la que permanecían desde entonces, en plena zona musulmana, amargando la vida a los moros de todo el territorio y llenando de alegría a los cristianos.

Sus donaciones a unos y otros y algunas ventas por irrisorias cuantías hicieron que algunos, en vez de apreciar su generosidad, de la que nosotros disfrutábamos, le criticaran y consideraran manirroto y mal administrador, pero no seré yo quien tal cosa diga de él. En los propios archivos de nuestra abadía figuran importantes donaciones suyas a nuestro monasterio, y allí aparece la fecha de marzo de 1179, cuando estuvo, acompañado del rey Alfonso, en la ceremonia de colocación de la primera piedra del edificio que nos cobija y ampara en el día de hoy.

Los monjes blancos, así nos llamaban las gentes por nuestros hábitos a los cistercienses, nos habíamos establecido ya en la zona en tiempo del Emperador en la cercana localidad de Cántabos, en un austero edificio que él a tal fin entregó. Allí llegó un joven monje, Martín de Hinojosa, que sería luego nuestro gran guía y nuestro primer abad en Santa María de Huerta después del traslado de la congregación a una granja en la orilla derecha del río Jalón, fronteriza al reino de Aragón, más fértil y surtida de agua.

Mucho de lo que soy yo ahora se lo debo a ese santo, pues a mi juicio y el de mis hermanos merece tal consideración. Él fue quien me enseñó el camino y me condujo con mano firme y bondad por él. A él y a la generosidad y apoyo de don Pedro Manrique de Lara debo sin duda el haber ascendido hasta el puesto de abad tras haber ido desempeñando diversos cargos en el monasterio, y ser su prior cuando don Martín fue nombrado obispo de Sigüenza, que es su desempeño actual.[85]

Gozaba yo, pues, del más firme y mejor de los apoyos, y don Pedro me espoleaba en mi tarea y todavía más cuando al año siguiente de mi vuelta me anunció que el rey Alfonso iba a visitarnos y quería escuchar ya el Cantar. Me entró gran apuro, pues no había completado siquiera el segundo libro de los tres que tenía ya decidido que lo iban a componer.

—Pero —me dijo— el rey vendrá en marzo, y al menos los dos primeros libros los deberás tener dispuestos para el rey, y también habrás de decirle algo de cómo será el tercero y final.

¡Cuán pocas horas dormí desde aquel día hasta que el rey apareció con su corte por la puerta de nuestra abadía!

Durante aquellos años de atrás yo había ido conjuntando todo cuanto había podido recuperar de lo que mi abuelo relató. A él es a quien se debe el primer libro en su mayor parte, aunque recuperado y pasado a escrito por mi padre, que fue añadiendo sus versos, y así casi se llegaba a completar el segundo, y de mi cosecha en buena parte fue el libro tercero. En él he de confesar que puse mi espíritu y mi intención. Bien se sabía en quiénes se reencarnaban ahora los infantes de Carrión y cuál era la traición que estaban haciendo a Castilla y hasta a la cristiandad.

Trabajé a destajo y mis monjes me asistieron en todo cuanto pudieron. Llamé también a juglares del contorno para que me ayudaran a la presentación, y conseguí tener también algunos músicos que

acompañaran las voces, dos con la vihuela y una joven juglaresa que hacía sonar bien la cítara. Entrené a los monjes para que nos ayudaran, pues la representación iba a durar largas horas. También hubieron de prepararse viandas y bebida para todos cuantos vinieran, y en ello se afanaron tanto nuestros hermanos frailes como las gentes que trabajaban las tierras de la abadía, así como cocineras, sirvientes y doncellas, pues nunca el monasterio había estado en semejante situación.

Cuando don Alfonso llegó, ya lo estaba yo esperando en el pórtico de entrada al monasterio. A su lado cabalgaba don Pedro y venían con él la reina doña Leonor y algunas otras damas, como la esposa actual de nuestro protector, doña Mafalda. También lo aguardaban dentro caballeros y damas del entorno del monasterio, que habían sido invitados por don Pedro y algunos pocos por mí.

Salí a recibirlo con gran humildad, pero fue él quien se bajó del caballo y, dirigiéndose a mí, que hincaba mi rodilla en tierra, me levantó y me dijo: —No, Pero. Eso, cuando eras juglar en mi corte, sí. Ahora estás en tu monasterio y eres su abad. Como juglar oiremos el cantar que has compuesto y que don Pedro de Lara tanto me ha enaltecido y que tengo fuertes deseos de conocer. Esta tarde todos te escucharemos a ti, y como creo que ya me oíste decir una vez, si alguien osa interrumpirte, perderá mi amor. Y más aún pues de quien se canta es alguien de cuya sangre algo queda en la mía —concluyó no sin orgullo el rey.

Ignoraba don Alfonso las muchas discusiones habidas por el lugar donde hacerlo. Pensamos en la plaza del monasterio, entre el pórtico y la puerta de la iglesia, donde podrían instalarse algunos sitiales elevados sobre tarimas para que pudieran desde allí escucharlo los reyes y los más ilustres invitados, pero se arguyó que, siendo aún abril y que el frío por aquí, que en el invierno se hiela la tinta, no se había acabado de ir, lo más fácil era que lloviera en vez de hacer sol. Que mejor sería hacerlo a cubierto o al menos resguardados, y se propuso el claustro, que al cabo, si comenzaba a llover, tenía el refugio de las galerías. Era un hermoso lugar, sin duda, pero no me acabó de convencer.

Al final yo había optado por una decisión drástica: sería en el refectorio. Ello provocó no poco estupor en varios de mis hermanos y más de una objeción. Aquello me iba a suponer las amonestaciones y críticas de mis hermanos, pues era nuestra norma en el Císter hacerlas con toda claridad en nuestras reuniones como una forma fraternal de reconvenir los comportamientos indebidos de los que no se ve librados

el abad. Pero venía el rey, venía el conde, y mucho les debíamos a los dos. Al final, con algunos refunfuños finales, los logré apaciguar, y sin demasiada aspereza conseguir que se aceptara aquello como la mejor solución posible. Era el lugar más seguro y donde estaríamos a salvo de las inclemencias del tiempo. Al menos de las más leves, porque otras bien sabemos que nos pueden alcanzar y dejarnos anegados, como a veces han hecho las desbordadas aguas del Jalón.[86] Ahí solo me quedaba confiar en la divina voluntad de Nuestro Señor, pero por mi lado yo haría lo que en mi mano estuviera para que todo saliera de la mejor manera.

Así que a las palabras de don Alfonso contesté con una sonrisa y cierta picardía: —Por nuestra parte, mi rey, bien puede estar seguro de que ninguno de los monjes interrumpirá la lectura y menos en el lugar donde se ha de producir.

El refectorio es nuestra más amplia sala, en la que se sirve la única comida que tomamos cada día consistente en dos platos, una libra de pan, vino y frutas cuando las hay, que al igual que verduras produce nuestra huerta en mucha cantidad. Se come en silencio total mientras desde un púlpito se nos leen pasajes elegidos de los textos sagrados. Era el mejor lugar posible para dar cabida a nuestros ilustres invitados, el que tenía la mejor acústica y estaríamos a cubierto y protegidos de las inclemencias que pudieran presentarse.

En la plaza, pasado el pórtico de entrada, quedaba un amplio espacio para que allí pudieran acampar y montar sus tiendas los hombres de armas y quienes vinieran como sirvientes y ayudantes. En el monasterio y en algunas estancias que teníamos al efecto para ocasiones similares, podrían pernoctar los reyes, el conde y su mujer y algunos pocos más. En cuanto a las viandas para todos, esa era mi menor preocupación. El ora et labora de nuestra orden en Santa María de Huerta se cumplía a rajatabla y la tierra era generosa con nosotros. La huerta era nuestra principal dedicación en cuanto a faenas se refiere. Pegada al monasterio, de una gran extensión y rodeada toda ella de un muro, es, y no se tome como pecado de orgullo, un auténtico vergel. Buenas fanegas de la mejor tierra y el agua en abundancia del Jalón propician todos los cultivos de cuanto queremos plantar, hortalizas y árboles frutales que conviven en gran armonía allí, respetando espacios, seleccionando enclaves para cada cual, cuidados con sabiduría acumulada por los años y la experiencia y en los que nos empleamos con tesón, voluntad y dando gracias a Dios por los frutos que obtenemos.

Para la función, que tuvo lugar por la tarde y que estuvo acompañada de algunos chaparrones y un viento desagradable que me dio la razón

a mis precauciones, me acompañaron algunos músicos, entre ellos dos de los hermanos que sabían tocar, y también convoqué a algunos que vinieron desde Medinaceli. Recordé con nostalgia a Alí, aquel moro que tocaba el rabel con mi padre, pero ya no había ninguno parecido al que llamar.

Me ayudaron también en el decir varios monjes, pues asignamos voces diferentes para señalar a algunos de los más principales personajes. Aquello fue un acierto, pues el Cantar era largo y de haberlo tenido que hacer yo solo aquello hubiera agotado mis fuerzas y mi voz.

Se habían preparado dos sitiales sobre una pequeña tarima para que hicieran de tronos y en ellos se aposentaron don Alfonso y doña Leonor. Tan solo un escalón por debajo estaba ya el conde de Lara con su mujer doña Mafalda, y luego cada cual en su sitio y por rango colocados todos y cada cual. Tras las filas de los monjes hubo también lugar para que algunos de quienes venían en compañía de los reyes y el conde pudieran asistir.

A un sonido de tambor se hizo el silencio, y si ya muy pocas voces, y quedas, se habían oído antes, ya ni un murmullo se escuchó y comenzó la función.

Durante la primera parte, la más conocida, había quienes en ocasiones seguían los versos y hasta los veíamos mover los labios, aunque sin emitir sonido alguno, como siguiendo lo que nosotros íbamos declamando. Eran esos los pasajes que ya muchos juglares castellanos habían comenzado a cantar, pero otros era la primera vez que se escuchaban, y esos fueron los que levantaron la mayor expectación. El silencio en el refectorio fue esa tarde el más profundo al que asistí en aquella sala, más que nuestras silenciosas comidas, en las que, a pesar de la norma que prohibía hablar, el trasiego al servir y al escanciar, el chocar de las escudillas, el rebullirse, mascar o sorber provocaba siempre en el espacio como un cierto rumor.

Cuando llegamos ya al final del libro segundo y comenzamos con el tercero, la atención, lejos de decaer, se redobló. Al estar tan vecinos a las tierras molinenses y de Medinaceli y Atienza a las que hacían referencia, fueron aquellas estrofas de las más apreciadas y muy asentido el buen hacer del moro Abengalbón, que se malició de las perversas intenciones de los infantes y sospechó de ellos, que hasta conspiraron para asesinarlo y apoderarse de sus riquezas, pero él los descubrió y los amenazó:

¡Oye, sobrino, tú, Félez Muñoz!

Por Molina iréis, allí posaréis una noche;

saludad a mi amigo, el moro Abengalbón:

reciba a mis yernos como él pudiere mejor.

Dile que envío a mis hijas a tierras de Carrión;

de lo que necesitaren, sírvalas a su sabor;

desde allí las acompañe hasta Medina por mi amor;

por cuanto él hiciere, yo le daré por ello buen galardón.

Como la uña de la carne, ellos partidos son.

Ya se tornó para Valencia el que en buena hora nació.

Piénsanse en ir los infantes de Carrión.

Por Santa María de Albarracín pasaban la noche;

aguijan cuanto pueden los infantes de Carrión;

helos en Molina con el moro Abengalbón.

El moro, cuando lo supo, plúgole de corazón;

con grandes alborozos, a recibirlos salió.

¡Dios, qué bien los sirvió a todo su sabor!

Otro día de mañana, con ellos cabalgó;

con doscientos caballeros, acompañarlos mandó.

Iban a cruzar los montes, los que dicen de Luzón.

A las hijas del Cid, el moro sus dones dio;

buenos sendos caballos a los infantes de Carrión.

Pasaron el Arbujuelo y llegaron al Jalón;

do dicen La Ansarera ellos posados son.

Todo esto les hizo el moro por amor del Cid Campeador.

Ellos veían la riqueza que el moro sacó;

entre ambos hermanos concertaron la traición:

ya pues que hemos de dejar las hijas del Campeador,

si pudiésemos matar al moro Abengalbón,

cuanta riqueza tiene la tendríamos nos.

Tan a salvo lo tendremos como lo de Carrión:

nunca tendría derecho de nos el Cid Campeador.

Cuando esta maldad tramaban los de Carrión,

un moro ladino bien se lo entendió;

no tiene puridad, díjolo a Abengalbón:

Alcaide, cuídate de estos, que eres mi señor;

tu muerte oí acordar a los infantes de Carrión.

El moro Abengalbón era muy buen barragán;

con doscientos que tiene, iba a cabalgar;

armas iba teniendo, parose ante los infantes;

de lo que el moro dijo a los infantes no place:

Decidme, ¿qué os hice, infantes de Carrión?

Yo sirviéndoos sin engaño y vos acordasteis mi muerte.

Si no lo dejase por mio Cid el de Vivar,

tal cosa os haría que por el mundo sonase,

y luego llevaría sus hijas al Campeador leal;

vos nunca en Carrión entraríais jamás.

Para su desgracia, proseguía luego el Cantar, habían seguido adelante con ellos y llegadas al robledal son vejadas, maltratadas y dadas por muertas. Fue aquí donde se desataron los sentimientos, que los rostros de los asistentes expresaban con mucha más claridad incluso que si les pusieran voz.

Esto les ha dicho y el moro se tornó;

teniendo iban armas, al pasar el Jalón;

como de buen seso, a Molina se tornó.

Ya partieron de La Ansarera los infantes de Carrión; dispónense a andar de día y de noche.

A siniestro dejan a Atienza, una peña muy fuerte;

la sierra de Miedes pasáronla entonces;

por los Montes Claros aguijan a espolón;

a siniestro dejan a Griza, que Álamos pobló;

allí están los caños do a Elfa encerró;

a diestro dejan a San Esteban, mas a lo lejos quedó.

Entrados son los infantes al Robledo de Corpes;

los montes son altos, las ramas pujan con las nubes; y las bestias fieras que andan alrededor.

Hallaron un vergel con una limpia fuente;

mandan hincar la tienda los infantes de Carrión;

con cuantos ellos traen, allí yacen esa noche;

con sus mujeres en brazos demuéstranles amor.

¡Mal se lo cumplieron cuando salía el sol!

Mandaron cargar las acémilas con haberes de valor;

han recogido la tienda donde albergaron de noche;

adelante eran idos los de criazón;

así lo mandaron los infantes de Carrión:

que no quedase allí ninguno, mujer ni varón,

sino ambas sus mujeres, doña Elvira y doña Sol:

solazarse quieren con ellas a todo su sabor.

Todos eran idos, ellos cuatro solos son.

Tanto mal urdieron los infantes de Carrión:

Creedlo bien, doña Elvira y doña Sol,

aquí seréis escarnecidas en estos fieros montes.

Hoy nos partiremos y dejadas seréis de nos;

no tendréis parte en tierras de Carrión.

Irán estos mandados al Cid Campeador;

nos vengaremos en esta por la del león.

Allí les quitan los mantos y los pellizones;

déjanlas en cuerpo y en camisas y en ciclatones.

¡Espuelas tienen calzadas los malos traidores!

En mano prenden las cinchas resistentes y fuertes.

Cuando esto vieron las dueñas, hablaba doña Sol:

¡Por Dios os rogamos, don Diego y don Fernando, nos!

Dos espadas tenéis tajadoras y fuertes;

a la una dicen Colada y a la otra Tizón;

cortadnos las cabezas, mártires seremos nos.

Moros y cristianos hablarán de esta razón;

que, por lo que nos merecemos, no lo recibimos nos;

tan malos ejemplos no hagáis sobre nos.

Si nos fuéremos majadas, os deshonraréis vos;

os lo retraerán en vistas o en cortes.

Lo que ruegan las dueñas no les ha ningún pro.

Ya les empiezan a dar los infantes de Carrión;

con las cinchas corredizas, májanlas tan sin sabor;

con las espuelas agudas, donde ellas han mal sabor,

rompían las camisas y las carnes a ellas ambas a dos; limpia salía la sangre sobre los ciclatones.

Ya lo sienten ellas en los sus corazones.

¡Cuál ventura sería esta, si pluguiese al Criador

que asomase ahora el Cid Campeador!

Tanto las majaron que sin aliento son;

sangrientas en las camisas y todos los ciclatones.

Cansados son de herir ellos ambos a dos,

ensayándose ambos cuál dará mejores golpes.

Ya no pueden hablar doña Elvira y doña Sol;

por muertas las dejaron en el Robledo de Corpes.

Fue esta parte la que más conmovió a todos, especialmente a las damas presentes, que en ocasiones no pudieron aguantar algún pequeño grito de dolor y repulsión. Los caballeros, por el contrario, tenían tensa la cara y el gesto furioso y airado, y hasta a alguno vi apretar con fuerza el puño de su espada. Sobre todo, cuando proseguía luego el Cantar con los infantes regodeándose en el dolor que habían causado:

Lleváronles los mantos y las pieles armiñas,

mas déjanlas apenadas en briales y en camisas,

y a las aves del monte y a las bestias de fiera guisa.

Por muertas las dejaron, sabed, que no por vivas.

De nuestros casamientos, ahora somos vengados;

no las debíamos tomar por barraganas si no fuésemos rogados, pues nuestras parejas no eran para en brazos.

La deshonra del león así se irá vengando.

Alabándose iban los infantes de Carrión.

La llegada de Félez provocó en todos un gran alivio y la tensión se relajó:

Mas, yo os diré de aquel Félez Muñoz,

sobrino era del Cid Campeador:

mandáronle ir adelante, mas de su grado no fue.

En la carrera do iba, doliole el corazón;

de todos los otros, aparte se salió;

en un monte espeso, Félez Muñoz se metió

hasta que viese venir sus primas ambas a dos

o qué han hecho los infantes de Carrión.

Violos venir y oyó una razón.

Ellos no le veían ni de ello tenían razón.

Sabed bien que, si ellos le viesen, no escapara de muerte.

Vanse los infantes, aguijan a espolón.

Por el rastro, tornose Félez Muñoz.

Halló a sus primas amortecidas ambas a dos.

Llamando: ¡primas, primas! luego descabalgó.

Ató el caballo, a ellas se dirigió:

¡Ea, primas, las mis primas, doña Elvira y doña Sol!

¡Mal se ensayaron los infantes de Carrión!

¡A Dios plega y santa María que por ello prendan mal galardón!

Las va tornando en sí a ellas ambas a dos.

No pueden decir nada, tanto de traspuestas son.

Partiéronsele las telas de dentro del corazón.

¡Despertad, primas, por amor del Criador,

mientras es de día, antes que entre la noche;

que las bestias fieras no nos coman en este monte!

Van recobrando doña Elvira y doña Sol;

abrieron los ojos y vieron a Félez Muñoz.

¡Esforzaos, primas, por amor del Criador!

Cuando no me hallaren los infantes de Carrión,

con gran prisa seré buscado yo;

si Dios no nos vale, aquí moriremos nos.

Con tan gran duelo hablaba doña Sol:

¡Así os lo pague, mi primo, nuestro padre el Campeador!

¡Dadnos del agua, así os valga el Criador!

Con un sombrero, que tiene Félez Muñoz,

nuevo era y fresco, que de Valencia sacó,

cogió del agua en él y a sus primas dio;

muy laceradas están y a ambas las hartó.

Tanto las rogó hasta que las incorporó.

Las va confortando y alentando el corazón

hasta que esfuerzan, y a ambas las tomó;

y, enseguida, en el caballo las cabalgó;

con el su manto, a ambas las cubrió;

el caballo tomó por la rienda y luego de allí las sacó.

Juntos solos los tres, por los robledos de Corpes,

entre noche y día, salieron de los montes;

a las aguas del Duero, ellos arribados son;

en la Torre de doña Urraca, él las dejó.

A San Esteban, vino Félez Muñoz;

halló a Diego Téllez, el que de Álvar Fáñez fue.

Cuando él lo oyó, pesole de corazón;

tomó bestias y vestidos de pro;

iba a recibir a doña Elvira y a doña Sol.

En San Esteban dentro las metió;

cuanto él mejor puede, allí las honró.

Los de San Esteban, siempre mesurados son;

cuando supieron esto, pesoles de corazón;

a las hijas del Cid les dan enfurción.

Allí estuvieron ellas hasta que sanas son.

Alabándose estaban los infantes de Carrión.

De corazón pesó esto al buen rey don Alfonso.

Van estos mandados a Valencia la mayor.

Cuando se lo dicen a mio Cid el Campeador,

un gran rato pensó y meditó.

Alzó la su mano, la barba se tomó:

¡Gracias a Cristo, que del mundo es señor,

cuando tal honra me han dado los infantes de Carrión!

¡Por esta barba, que nadie mesó,

no la lograrán los infantes de Carrión,

que a mis hijas bien las casaré yo!

Pesó a mio Cid y a toda su corte,

y a Álvar Fáñez de alma y de corazón.

Cabalgó Minaya con Pero Bermúdez

y Martín Antolínez, el burgalés de pro,

con doscientos caballeros, los que mio Cid mandó;

díjoles firmemente que anduviesen de día y de noche, que trajesen a sus hijas a Valencia la mayor.

No lo retardan el mandado de su señor;

aprisa cabalgan, andan los días y las noches.

Vinieron a San Esteban de Gormaz, un castillo tan fuerte; allí albergaron en verdad una noche.

A San Esteban, el mandado llegó

que venía Minaya por sus primas ambas las dos.

Varones de San Esteban, a guisa de muy pros,

reciben a Minaya y a todos sus varones;

presentan a Minaya esa noche gran enfurción.

No se lo quiso tomar mas mucho se lo agradeció:

Gracias, varones de San Esteban, que sois conocedores, por esta honra que vos disteis a esto que nos aconteció.

Mucho os lo agradece allá do está mio Cid el Campeador; así lo hago yo que aquí estoy.

¡A fe Dios de los cielos que os de por ello buen galardón!

Allí yacen esa noche y con tan gran gozo lo hacen.

Otro día de mañana, piensan en cabalgar;

los de San Esteban acompañándolos van

hasta el río, de amor dándoles solaz.

Desde allí, se despidieron de ellos; se disponen a tornar; y Minaya con las dueñas iban hacia adelante.

Cruzaron Alcoceba, a diestro dejan Gormaz;

do dicen Vadorrey, allá iban a pasar;

en la casa de Berlanga, posada tomado han.

Otro día de mañana, métense a andar;

a la que dicen Medina, iban a albergar;

y, de Medina a Molina, en otro día van.

Al moro Abengalbón, de corazón le place;

saliolos a recibir de buena voluntad;

por amor de mio Cid, rica cena les da.

Desde allí para Valencia, encaminados se van.

Al que en buena hora nació llegaba el mensaje;

aprisa cabalga, a recibirlos sale;

armas iba teniendo y con gran gozo lo hace.

Mio Cid a sus hijas íbalas a abrazar;

besándolas a ambas, tornose a alegrar:

¿Venís, mis hijas? ¡Dios os cuide de mal!

Yo acepté el casamiento, mas no osé decir más.

Plega al Criador, que en cielo está,

que os vea mejor casadas de aquí en adelante.

¡De mis yernos de Carrión Dios me haga vengar!

Al final yo había avanzado tanto en la composición que el rey y don Pedro pudieron escuchar el Cantar casi al completo, aunque del libro tercero me quedaron algunas cosas por corregir y que más tarde hube de pulir y cambiar. Quedaron algunos espacios que después hube de rellenar, mas alcancé a meter el juicio de Dios en que los caballeros cidianos vencían a los de Carrión y restablecían el honor de las hijas del Cid agraviadas, escarnecidas y maltratadas en el robledal de Corpes. Y aún hice más: aquella noche improvisé unos versos para el final, que luego acabé por conservar. Concluía el Cantar con que ambas hijas habían casado con reyes, la una con un navarro y la otra con un aragonés, lo cual no se alejaba apenas de la verdad y era lo que había oído yo contar. Pues era bien cierto que ahora los reyes de España, el allí presente y el de Navarra, eran descendientes del Cid, como también lo había sido la primera esposa de nuestro protector, don Pedro de Lara.

Tuvieron su consulta con Alfonso el de León;

hicieron sus casamientos con doña Elvira y con doña Sol.

Los primeros fueron grandes mas estos son mejores;

con mayor honra las casa que lo que primero fue:

ved cual honra crece al que en buena hora nació,

cuando señoras son sus hijas de Navarra y Aragón.[87]

Hoy los reyes de España sus parientes son;

a todos alcanza honra por el que en buena hora nació.

¡Así hagamos nos todos justos y pecadores!

Estas son las nuevas de mio Cid el Campeador;

en este lugar, se acaba esta razón!

Cuando acabó el Cantar hasta el rey se levantó. Y fue entonces cuando y por siempre más bullicio se ha levantado jamás en aquel lugar en toda su historia. Todo eran parabienes, a todos había cogido por el corazón. Don Alfonso me llamó a su lado: —Si esto hubieras cantado alguna vez en mi corte, qué no te hubiera dado yo. Ahora, Pero Abad, te conmino a que me digas qué te puedo regalar, que tu rey te lo dará.

—Nada para mí, señor, para Santa María, sí. Pero sabrá mi señor para qué quiero los dineros que tenga a bien entregarnos: hemos de comprar pergaminos y todo lo necesario para el recado de escribir. Es preciso que se comience cuanto antes a difundir este cantar, y para ello habremos de copiar cuantos más libros mejor.

—Eso, abad, que me dices es la más fundada razón. —Y en voz muy alta, ordenó—: Debe este cantar ir por las plazas y las calles, por villas y pueblos hasta el último rincón. Así lo manda vuestro rey, pues esta es la palabra que alentará los corazones de quienes, cuando llegue el día, iremos a combatir a los moros y exterminar a los africanos hasta que ninguno quede aquí.[88]

Así empezó a hacerse. Al comienzo, solo se pudo ir entregando retazos, pero eran tan presto recogidos por los juglares y tan rápidamente pasaban de mano en mano, que todos tenían al menos un trozo del Cantar. Y este comenzó a escucharse y a sonar como un toque de rebato que encendió el corazón de Castilla.

[83] Aparece ya como tal en el año 1166, su padre murió en el 1164 a manos del mayor de los Castro. Don Nuño, el ayo del rey, en 1177.

[84] Es el primer sello aristocrático que se conserva y está datado en 1179, pero los usaba ya antes, desde el año 1164, y su diseño estaba inspirado en los occitanos, donde acabaría por acceder a un

vizcondado, el de Narbona.

[85] Fue en efecto santificado y como tal figura ahora en el santoral católico. San Martín de Hinojosa.

[86] Las inundaciones han castigado desde sus inicios hasta el día de hoy al monasterio. De hecho, la última sufrida ha sido en el año 2018.

[87] En el Cantar se las llama Sol y Elvira y en la realidad se llamaron María y Cristina. El Cantar casa a la primera con el rey de Aragón, cuando lo fue con el conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, cuyo hijo, pero no descendiente de ella, sí fue el rey de Aragón al casarse con la reina Petronila, y murió dejando solo una hija, condesa luego de Besalú. En el caso de Cristina, se acerca mucho más a la realidad, pues casó con un infante, Ramiro Sánchez de Pamplona, y fue su hijo García Ramírez el que restauró la dinastía.

[88] Tras concluir la batalla de las Navas y al comenzar la persecución de los vencidos musulmanes, don Alfonso dio la orden de que no se cogiera cautivo a ningún almohade africano y se los degollara a todos y solo se hiciera prisioneros a los andalusíes.

62

El perdón de Dios

Don Pedro de Lara alcanzó a tener el Cantar completo en sus manos, un ejemplar aún sometido a revisión, pero que más que nadie él merecía tener, pues había sido en gran medida su impulsor. Pudo disfrutarlo muy poco tiempo, no llegaron a tres los años que alcanzó a vivir después de aquella jornada memorable con el rey en Santa María de Huerta. El 14 de enero de 1202 vino al monasterio por última vez, y esta lo hizo para quedarse allí para siempre. Con gran dolor dirigí los oficios de su funeral y bajo el arco de la primera piedra del claustro enterramos sus restos mortales junto a los de su primera esposa, doña Sancha Garcés de Navarra. Don Pedro fue en vida el gran benefactor de la abadía, tanto que hasta lo quiso ser después de muerto, pues en su testamento dejó importantes bienes, y concretó incluso la cantidad de cuatrocientas ovejas, cuarenta vacas y diez yeguas que añadir, además.

Sobre su sepulcro se grabó en una plancha de piedra su nombre, su condición, su sobrado valor y hasta aquella hazaña suya cuando con sus manos dio muerte al terrible y gigantesco moro Zafra, que aterraba a todos, en un combate singular. No dejo nunca de recordarlo con inmensa gratitud y de rezar por su alma una oración siempre que paso junto a él. También lo hago por su mujer, doña Sancha, por cuyas venas corrió la sangre del Cid. De ese parentesco no había dejado de alardear don Pedro, siendo por ello también hermanastra de la madre del propio rey don Alfonso, doña Blanca.

No lejos de donde se hallaban sus sepulturas, estaban también los restos mortales del padre, don Manrique, y de su esposa, la condesa Emersinda, muerta trece años después de que él pereciera en la batalla de Huete.[89] A los dos yo había perdonado, pues no fue su trato de buenos cristianos conmigo; ambos habían querido acabar con mi vida de una u otra manera, pero en cuanto a su salvación eterna, eso ya entendía que habría de juzgarlo Dios.

De todas formas, aquello quedaba ya muy atrás, y por haberme concedido Nuestro Señor Jesucristo el enderezar los renglones torcidos de mi vida

debía dar yo gracias continuas al Salvador, y afanarme en las tareas en las que por su gloria debía perseverar. La más importante, el culminar mi manuscrito, ya convertido en un texto general pero dividido en tres libros, lo que absorbía todos los días y momentos de mi vida que mis obligaciones me permitían. Que no eran muchos, aunque nos levantáramos a las cuatro de la mañana y nos acostáramos a la nueve de la tarde, porque como abad tenía múltiples asuntos a los que atender. Uno de ellos era también el vigilar que varios monjes de Santa María de Huerta estuvieran de lleno ocupados en copiar cuantas más copias del Cantar mejor.

Nunca se había conocido una respuesta igual a un romance en toda Castilla. Por doquier se cantaba y se escuchaba con pasión, de los castillos de los más importantes señores a los concurridos mercados de los más humildes labriegos. No había, me parecía a mí, nadie que no se supiera al menos un verso de él. Y entendíamos algunos que era aquello de una transcendencia crucial: Castilla se iba a jugar su misma existencia, los otros reinos cristianos también, e incluso la cristiandad de allende los Pirineos podría sufrir terribles consecuencias si éramos derrotados. Era el momento de los héroes y no los había en la memoria de las gentes castellanas más grandes que Rodrigo y Minaya. Juntos debían cabalgar los dos y enardecer los corazones de quienes iban a combatir.

Fue ya en el año de gracia de nuestro señor de 1207 cuando al fin pude poder colofón a mi obra, y al concluirla no resistí la tentación de firmar con mi nombre y añadir: Yo, Per Abbat, lo escribí, y puse debajo el mes, mayo, y la fecha.[90]

Fue una verdadera liberación el hacerlo, como lo es ahora el contar en estas páginas que estoy a punto de acabar sobre la vida de mi abuelo, mi padre y la mía cuál fue nuestra relación con el Cantar de mio Cid, que no solo ha sido mío, sino de ellos dos también. Y a fuer de ser justo habría de decir que de algunos otros más, pues a lo largo de todos estos años se han ido añadiendo estrofas, pasajes y versos de todos ellos. Ha sido obra mía la recopilación y hechura final. A Pedro de Cardeña y a Álvar de Vivar debo lo más, pero a todos estos juglares que lo fueron cantando y a la vez introduciendo cada cual sus cosas y aportes, a ellos también tengo mucho que agradecer.

Fue hace ahora cinco años cuando lo concluí y comenzó a correr ya completo por las Españas cristianas. Para entonces, mis fuerzas ya estaban bastante menguadas, pues estaba a punto de cumplir los setenta, y cuando escribo estas líneas ya cargo con un lustro más, pues estamos ya en el año de 1212. Y este es el año, apenas si quedarán un par de meses, en que ha de librarse la batalla crucial.

Estos dos últimos años, tras los anteriores de tregua, han sido ya vertiginosos y anunciadores de la gran lid campal que se lleva preparando por el rey Alfonso y sus aliados y por el nuevo califa almohade, Al Nasir, que nosotros llamamos Miramamolín, que ha llegado a jurar por su dios que hará que sus caballos abreven en el lugar más sagrado de la cristiandad, las fuentes de San Pedro en Roma. Es con ello con lo que ha amenazado a la cristiandad.

El año pasado ya vino con un inmenso ejército y avanzó contra Castilla, pero en su camino estaba Salvatierra, y allí se estrelló durante casi dos meses su poderosa embestida. Al cabo la tomó, y los calatravos supervivientes, merced a un amán, hubieron de abandonarla. Mas ya no le quedaba tiempo para atacar la frontera e intentar asaltar Toledo, que era su objetivo. Sí avanzó hacia Madrid, intentando apresar a nuestro rey y al fiel aliado, don Pedro de Aragón, a quienes ni siquiera alcanzó a divisar. Tan solo lograron cercar en Madrid a don Diego López de Haro, pero este bravamente se les resistió y hubieron de retirarse.

Entonces el infante don Fernando, el hijo varón y heredero de nuestro rey, el príncipe más admirado por la cristiandad, tan prudente como valiente, había insistido a su padre en que no se podía atacar a aquel gran ejército y que era mejor esperar al siguiente año. Y luego él mismo, con su permiso, atacó las ciudades fortificadas de Montánchez y Trujillo cuando ya el califa, tras fracasar ante Madrid, regresaba hacia el sur. El joven príncipe, con veinte años, junto a otros ilustres y sabios varones, había hecho por convencer con sus misivas al papa Inocencio III para proclamar la cruzada y que se unieran a nuestros ejércitos caballeros y huestes del otro lado de los Pirineos en aquella decisiva y crucial batalla que iba a determinar el futuro de España y hasta de toda Europa tal vez.

La desolación llegó a la corte castellana poco después cuando, regresado a Madrid el príncipe, fue asaltado por unas funestas fiebres y falleció. Fue un golpe terrible, pero el rey Alfonso mantuvo su espíritu y su coraje. Se convocó a todas las tropas que quisieran venir en Toledo para la primavera siguiente, y eran ya ahora los caminos un hervidero de gentes armadas que iban bajando hacia el sur. Venían ultramontanos a miles, pero también, aunque su rey declinó el acudir, caballeros leoneses. No se decidía a hacerlo el rey navarro, Sancho VII el Fuerte, que había incluso ido personalmente a la capital de Al Nasir, a Marrakech, buscando acuerdo y dineros, pero volvió frustrado y con las manos vacías. El califa, hijo del vencedor de Alarcos, se sentía arropado por su ejército, de número y poder descomunal, y con fuerzas sobradas para aplastar él solo a los cristianos.

Sancho dudaba, pero Pedro de Aragón no. Al revés, él había sido quien más había presionado para romper las treguas y atacar a los musulmanes. El rey Gentil, así le apodaban algunos, y otros el Católico, por la vehemencia de su fe, ansiaba combatir el poder del islam, aunque en gustos y acciones, rodeado siempre de hermosas damas y de juglares, se parecía en mucho a su padre el Trovador. Pero en lealtad, bien enseñado por doña Sancha de Castilla, su madre, no lo había igual.

Nosotros estábamos esperando, además, que el aragonés de un momento a otro apareciera por nuestro monasterio, pues habíamos sido avisados de que hacia aquí venía para luego ir a buscar el Tajo y dirigirse al encuentro en Toledo de Alfonso.

Yo tenía, además, el corazón en vilo por algo más. Había sabido que, enviado por el rey Alfonso para recibirlo en la frontera entre Castilla y Aragón, había de llegar un joven caballero de poco más de veinte años, el nuevo señor de Castrojeriz e hijo de quien lo fue antes, don Gaspar de Olloniego. Uno de los huérfanos de Alarcos que se habían preparado durante aquellos diecisiete años para vengar a sus padres. Y que su nombre era Álvar.

Pasé muchas horas orando al conocer la nueva, y días y meses los pasaría después, primero por haber podido alcanzarlo a ver, y luego porque regresara vivo y con honor.

Fue a media mañana de un día a mediados de mayo cuando vi asomar la comitiva con el rey Pedro II al frente y las banderas y pendones de Aragón desplegados a su alrededor. Al lado del rey aragonés cabalgaba en efecto un joven caballero, e inmediatamente supe que era él. Mi hijo, a quien solo había visto una vez. Llegaron a nuestra puerta y salí presto a recibirlos. Hasta el monasterio no llegaría la hueste aragonesa por entero, sino una comitiva de los más importantes caballeros que escoltaban al rey y que se hospedarían aquella noche allí.

Fue muy cumplido el rey don Pedro conmigo e hicimos todo lo que en nuestra mano estuvo para su mejor aposento y comodidad. En algún momento, tras haber yo cumplimentado a don Pedro, se acercó a mí el joven caballero castellano y me saludó:

—Me place mucho volverle a ver, señor abad. Tuve el honor de conocerlo siendo yo un niño cuando vino a visitarnos a Castrojeriz. Me alegra verle bien y le traigo un saludo de mi señora madre, que también se encuentra bien, y que me encareció que se lo diera de su

parte si aún vivía, reverendo padre. Y que le pidiera su bendición.

—Te la doy hoy, hijo mío, y la esparciré sobre todos cuando mañana partáis. Y por todos rezaré para que nuestro Dios Salvador os proteja a ti y a los demás en la batalla que habréis de librar.

Al decir «hijo mío» no pude evitar que la voz me temblara, pero para mi disculpa aquello bien podía ser achacado a mi ya provecta edad.

Compartí con ellos aquella noche la cena, yo muy frugal. Salió a colación el Cantar de mio Cid y el hecho de que uno de sus descendientes, el rey Alfonso, estaría en la batalla.

Don Pedro entonces aseveró:

—Y yo os digo que Sancho de Navarra también acabará por venir. Él es asimismo un descendiente del Campeador y en esta batalla no puede faltar.

Al día siguiente, tras no haber podido apenas dormir en toda la noche, yo estaba ya desde antes del amanecer revestido de mis dignidades para bendecir y despedir al rey y a los caballeros. Celebramos prontamente la misa y al dirigirme a ellos no pude excusar el hablarles de nuestro fundador don Martín de Hinojosa, el obispo de Sigüenza, que ya muy anciano había previsto retirarse a nuestro monasterio, y de su sobrino, tan ligado a nosotros también y con quien se iban a encontrar en Toledo, pues no era otro que don Rodrigo Jiménez de Rada, el arzobispo de la ciudad y el más cercano apoyo y sostén de nuestro rey Alfonso.[91]

Apremiaba el tiempo, concluí la eucaristía y salí a la puerta de nuestra iglesia para impartirles a todos una postrera bendición. Montaron los notables en sus caballos y sus hombres, que habían acampado en la plaza, lo hicieron también. Trazando un pequeño arco pasaron a mi lado para recibirla tras haberse encomendado todos a la Virgen María con una breve plegaria. Las manos en alto, me dispuse a bendecirlos y rezar juntos una oración, y así lo hice mientras comenzaba a subir el sol en la mañana luminosa de mayo y sus rayos calentaban la tierra y hacían brillar las armaduras.

Partieron. Mi hijo Álvar iba delante de nuevo, al lado del rey Pedro. Antes de salir por la puerta del monasterio volvió la vista hasta donde yo estaba y me sonrió con un gesto alegre.

Elevé entonces los ojos al cielo y sentí, en lo más hondo de mí, que Dios, al fin, me había perdonado.

[89] El panteón de los Lara, aunque muchas de las sepulturas han desaparecido, sigue siendo una de las grandes joyas de Santa María de Huerta.

[90] La fecha escrita en números romanos no es exactamente esa, pues correspondía a la contabilidad de años anterior y sustituida después por la actual en la que hemos fechado ya toda nuestra historia.

[91] El arzobispo toledano, gran impulsor y gran artífice de la cruzada y jornada de las Navas, Rodrigo Jiménez de Rada, sobrino de Martín de Hinojosa, se hizo enterrar y allí se encuentra su sepulcro junto al de su tío en el monasterio de Santa María de Huerta.

Epílogo

PER ABBAT (PEDRO ABAD) Y EL CANTAR DE MIO CID

UNA TEORÍA PERSONAL

Considero al Cantar de mio Cid el hecho fundacional de la literatura española. Añado que tengo para mí que es, aunque esté escrita en verso, la primera novela, el primer gran relato, de nuestra lengua universal. Como lo fueron, por ejemplo, la Ilíada y la Odisea para el griego. Novelas históricas, por cierto. Ese género «menor» al decir de ignaros, que como tal deben de considerar a Homero, Tolstói o Galdós y que por la misma pulsión de tontos contemporáneos han de considerar así, en las artes plásticas, a Tiziano, Velázquez o Goya y a los cuadros de Carlos V, La rendición de Breda, Los fusilamientos del 3 de mayo o el Guernica de Picasso.

Pero ¿quién es y qué fue del autor del Mio Cid? El primer ejemplar que se conoce está firmado. Exactamente pone al final que «Per Abbat le escriuio en el mes de mayo, / En era de mill. C.C xL.v. años». Según la Academia de la Historia, «hay un espacio en blanco entre la segunda C y la x, lo que durante mucho tiempo hizo pensar que en él había habido otra C, luego raspada. Pero la lectura con lámpara de cuarzo, la fotografía de rayos infrarrojos y el vídeo-microscopio electrónico de superficie dejan claro que nunca hubo en ese espacio una C ni ningún otro signo gráfico; por tanto, es seguro que el año 1245 de la era hispánica, o sea, 1207 después de Cristo».

Por tanto, ya tenemos nombre y fecha, Per Abbat (Pedro Abad) y mayo de 1207.

¿Pero se trata del autor o es un copista y por tanto un duplicado de un texto anterior? Él pone «escribió», pero los eruditos dicen que eso es «copió». Y yo digo que no sé yo.

Es sin duda una incógnita, como todo lo que rodea al protagonista de la historia y a quien fue el autor del relato y creador de la leyenda,

que se superpone, se entrevera y acaba por fundirse en el imaginario popular y en las investigaciones académicas. Rodrigo Díaz de Vivar vivió y protagonizó unos hechos históricos de enorme relevancia. Una vida de novela que dio origen y se transmutó en leyenda y en cantar y donde a los hechos y los personajes reales se añaden otros de ficción.

Algo similar sucede con el autor. ¿Fue uno o fueron varios? ¿Fue Per Abbat? ¿Y quién y de dónde era y dónde escribió este Abad?

Bien pudiera, y lo que ahora planteo ya es una teoría personal, ser una mezcla de varias posibilidades. Que por un lado copiara o recreara pasajes y que otros los añadiera él. Hay además un hecho muy significativo y que he podido contrastar como nativo de las tierras de la transierra castellana y las alcarrias siguiendo el itinerario que marca con total precisión el propio Cantar, desde que acampados en las sierras de Miedes («A la sierra de Miedes fuimos a posar») divisan las torres de la Peña Fort (Atienza) «que los moros han» hasta que llegan a la Molina de Aragón actual, donde manda el moro amigo Abengalbón. Todo el primer libro, donde se recrea la toma de Castejón de Henares y la algara de Álvar Fáñez, es de una precisión topográfica tal y de un conocimiento del terreno y del recorrido que pareciera que el autor hubiera sido testigo presencial y participante en ella.

Desde la sierra de Miedes se divisan en efecto las torres de Atienza y, como la mesnada no quiere ser detectada y está incursionando ya en el reino musulmán de Toledo, se retranquean y se pierden de vista cogiendo alguna vereda por la garganta del río Cañamares, que los va a llevar a salvo de miradas hasta el Henares y luego subiendo este por ahora términos de Castilblanco y Bujalaro hasta el pico de Matillas. Desde allí es desde donde lanzan la cabalgada para cruzar al otro lado, ascender por la cárcava y tomar Castejón ya subido en el monte de enfrente.

Allí se queda Rodrigo, y Álvar, yendo por el borde de la planicie de los altos (llano en alto es el significado árabe de la palabra «alcarria») por el viso, como hoy puede hacerse por una vereda, va a caer sobre Jadraque, descender por el Badiel y caer sobre Hita, llegar a los arrabales de Guadalajara y a galope río Henares abajo esta vez, hacer alarde y enseñarles la «seña», su pendón, a los moros de Alcalá. Luego vuelve con los cautivos, ganados y el botín a Castejón y allí abren la «tienda» para que vengan a rescatar a los prisioneros. Una vez concluida esta operación, no quería ni podía llevar una recua de gentes, que estorbaría la necesaria ligereza de su mesnada guerrera y vagabunda, y se dirige por Anguita y la paramera hacia Molina. Allí sabe que será bien recibido y que en la historia y entonces estaba bajo la égida del reino de los Hud de Zaragoza,

a cuyo servicio se pondrá, aunque este aspecto se solapa en el Cantar, pero está perfectamente documentado en la historia. En aquel momento, un siglo más tarde, cuando el Cantar empieza a ser popular por villas y plazas, en plena invasión almohade, aquello era mejor dejarlo tapado. Los ataques en el actual Aragón y las batallas contra los moros —la de Alcocer, cerca de Terrer, ha quedado también muy bien documentada— se libran contra deudos del rey musulmán de Valencia. Toda esta parte también indica un conocimiento muy exacto del territorio, enclaves y una vívida imagen de los propios combates y el exacto lugar donde tuvieron lugar.

Medinaceli aparece de continuo en la obra y con todo su alfoz. El gran medievalista don Ramón Menéndez Pidal y bastantes historiados más señalan que todo indica que el autor primero del romance bien pudo ser natural de aquel estratégico e importante lugar, no solo por el conocimiento que demuestra de todo el entorno, su toponimia, rutas y caminos, sino por los giros y expresiones que utiliza. El gran monasterio, el más cercano, era el de Santa María de Huerta, en la misma frontera con el gran aliado Aragón, y en él está documentado que se produjo la primera lectura del Cantar celebrada en presencia del propio rey Alfonso VIII y auspiciada por el poderoso señor de la zona y de todo el reino como cabeza de su linaje, don Pedro Manrique de Lara II, señor de Molina y gran impulsor del libro, su copia y difusión. Su primera esposa, doña Sancha de Navarra, enterrada allí, junto a él, era a su vez también descendiente del propio Cid, a través de su hija Cristina casada con un infante navarro y madre del rey García Ramírez el Restaurador, como lo eran el rey castellano y el navarro, tataranietos todos del Campeador.

El origen y causa del primer destierro es señalado por algunos expertos en la incursión cidiana, persecución represalia por un taque de los moros a Gormaz a los dominios de los Di-l-Nun toledanos, donde el rey Alfonso VI había sido acogido como exiliado y donde en ese momento el rey castellano-leonés se encontraba visitando al sucesor de Al Mamún, ya fallecido, su nieto Al Qadir. Rodrigo no había acompañado al monarca por hallarse enfermo, y al ser avisado de un ataque moro por ese lado y posiblemente por rebeldes al rey de Toledo, él, en compañía de su primo hermano o hasta puede que hermanastro, Álvar Fáñez, contraatacó. Ello le fue muy afeado por el «malo» del Cantar y de la historia, García Ordóñez, pues con ello había puesto en peligro la vida de Alfonso, que se hallaba en la capital toledana.

Lo que con lo anterior quiero señalar es que estos pasajes parecen directamente vividos por quien los escribió por vez primera, y que más allá de que a lo largo de todo el relato, y en los libros posteriores aún más, se entrevere historia con leyenda y se ficcionen o inventen personajes y sucesos, buena parte de los hechos relatados sucedieron en realidad,

aunque en ocasiones en contextos diferentes. El ejemplo más destacado es el de sus hijos. En la historia fueron tres. Diego, el mayor, muerto en combate en la batalla de Consuegra contra los almorávides, donde había acudido ya al mando de la mesnada cidiana; su padre, ya amigado con el rey, se había quedado en Valencia, conquistada por él, y una vez más la responsabilidad de su muerte se achaca a García Ordóñez, que lo dejó desflanqueado al retirarse. Quien lo acusa es Álvar Fáñez, que si en el Cantar es el brazo derecho y alter ego de Rodrigo, en la historia, aunque siempre amigos fraternales, fue el capitán general de la frontera del rey Alfonso, cuya primera misión fue la de apoderarse del gran castillo clave en el Tajo Alto, el de Zorita de los Canes, construido con las piedras de la muy próxima ciudad visigoda de Recópolis. «Minaya (mi anai, mi hermano en vascuence) el que Zorita mandó», señala, y con ello refleja la importancia del lugar el verso 735, fue luego personaje clave y de importancia militar similar y en ocasiones hasta superior por su transcendencia a la de su pariente y amigo Rodrigo, a quien admiraba y quería profundamente. Fue el gran baluarte de la frontera y quien salvó a Toledo, de la que fue primer alcaide cristiano y prínceps, de ser vuelta a tomar por los musulmanes, que estuvieron a punto de conseguirlo si no hubiera sido por una salida suya que les incendió y destruyó sus máquinas de guerra.

Las dos hijas del Cid, que ciertamente existieron, no se llamaron ni Sol ni Elvira, sino María y Cristina, y no casaron con unos inventados infantes leoneses de Carrión, sino una con el tercer conde de Barcelona y otra con un infante navarro y cuyo hijo fue el rey García Ramírez, que restauró aquella corona. Sancho VII el Fuerte, uno de los protagonistas de las Navas, era por ello tataranieto del Cid. O sea, que fueron mucho más relevantes de lo que en el Cantar aparece.

Pero todo ello tiene un porqué y una razón muy fundada.

Puede que el Cantar, o al menos en sus primeros pasos, fuera comenzado a pergeñarse en vida del protagonista y así ocupan un relevante papel quienes están a su lado; el Cid muere en 1099, Álvar Fáñez en 1114, Alfonso VI en 1109, en época no mucho más tardía. Puede que comenzara a ser difundido oralmente por juglares cazurros, así llamados para diferenciarlos de los más encumbrados y cortesanos, y que se ganaban la vida de pueblo en pueblo y mercado en mercado. Una primera fecha y un lugar donde pasar a un pergamino al menos en parte puede situarse en Medinaceli en 1140 (reinado de Alfonso VII), entonces ya en poder castellano y gran cabeza al igual que su lindera Atienza de un gran Común de Villa y Tierra. O también cabe que fuera algo más tardío o continuación de aquello en San Esteban de Gormaz por el año 1160, dividido de nuevo el reino de Castilla y León

entre Sancho III y su hermano Fernando II; este primero ha fallecido dejando a su hijo Alfonso VIII huérfano con solo unos años de vida y a cuya custodia aspiran los Lara y los Castro, quienes se apoyan en el tío del príncipe, el rey de León, que con ello quiere ser él quien mande en ambos reinos. Las diferencias desde entonces entre Castilla y León se van a ir acrecentando y derrotados los Castro, y ya entrado en mayoría de edad Alfonso VIII, los leoneses van a ser cada vez peor considerados por los más fronterizos y expuestos castellanos.

Esta es una de las grandes claves del Cantar y su razón más «política». La que va a dar lugar a su gran eclosión como potentísima arma de afirmación castellana y convertirlo en el cantar más popular, extendido, amado y compartido por todas sus gentes sin distinción de condición ni linaje. Cantado en las plazas de los pueblos, jaleado en los patios de armas de los castillos o escuchado con arrobo en los salones de los condes y magnates y por el propio rey, va a llegar a su cenit al principio del siglo XIII, en el cual ya tenemos una prueba de que ha sido escrito en su totalidad y visto la luz al completo en aquel mayo de 1207.

Comencemos esta segunda parte con una pregunta: ¿por qué es más de un siglo después de la muerte de Rodrigo cuando el Cantar alcanza su cenit?

La respuesta es muy sencilla: porque es el momento en que Castilla lo necesita más que nunca.

El rey Alfonso VIII había tenido un fructífero reinado desde su llegada a la mayoría de edad, casado con la reina Leonor de Plantagenet, normanda, hermana del rey inglés Ricardo Corazón de León y desde que arribó a Castilla, con tan solo diez años, la más leal y entregada a su esposo y al reino del que fue una de sus más grandes reinas, y ahí están Las Huelgas en Burgos o la catedral de Cuenca, reconquistada por su marido, para atestiguarlo.

Todo se iba a truncar en el desastre de Alarcos en 1195, donde la temeridad excesiva de Alfonso VIII concluyó en la más espantosa derrota y quedando Castilla sola, únicamente con el apoyo de Aragón y en gravísimo peligro ante el ataque del nuevo Imperio almohade, aún más terrible y fanático que el almorávide, y el de los reinos de León y de Navarra, que en connivencia con ellos se lanzaron contra las fronteras castellanas por todos los lados.

Resistieron y resistió Alfonso. Logró, a la postre y tras casi un lustro de agobio, firmar tregua y comenzar a reponerse. Y a prepararse para la revancha, para lo que luego sería la trascendental batalla de las Navas.

Es en ese clima cuando el Cantar se convierte en un himno y los «malos» han de quedar señalados sin que quepa duda alguna: los moros, que ya son ahora un todo, pues han desaparecido los reinos de taifas y los acuerdos y parias, encabezados por los almohades y los terroríficos ejércitos; y los acomodaticios leoneses, los cobardes «infantes», que viven cómodamente y al resguardo lejos de la frontera mientras los castellanos sufren los embates islámicos.

Para enfrentarlos el Cantar tira de sus dos grandes y recientes héroes, aún vivos en la memoria de las gentes, el Cid y Álvar Fáñez, ambos burgaleses y ambos ya cantados en el Cantar de Almería, donde se dice que si a uno le preguntaran quién fue mejor de los dos, ambos contestarían que el otro. Aunque en la historia actuaron casi siempre por separado, en su juventud lo hicieron juntos como los jóvenes guerreros más brillantes de Castilla, que le habían dado a Sancho II la victoria en Llantada y Golpejera contra su hermano Alfonso, al que luego sirvieron ambos. Casaron con damas de altos linajes: Jimena, hija del conde de Oviedo y con sangre real en las venas, y Elio, hija del conde Ansúrez, el más poderoso, cercano y fiel vasallo de Alfonso VI.

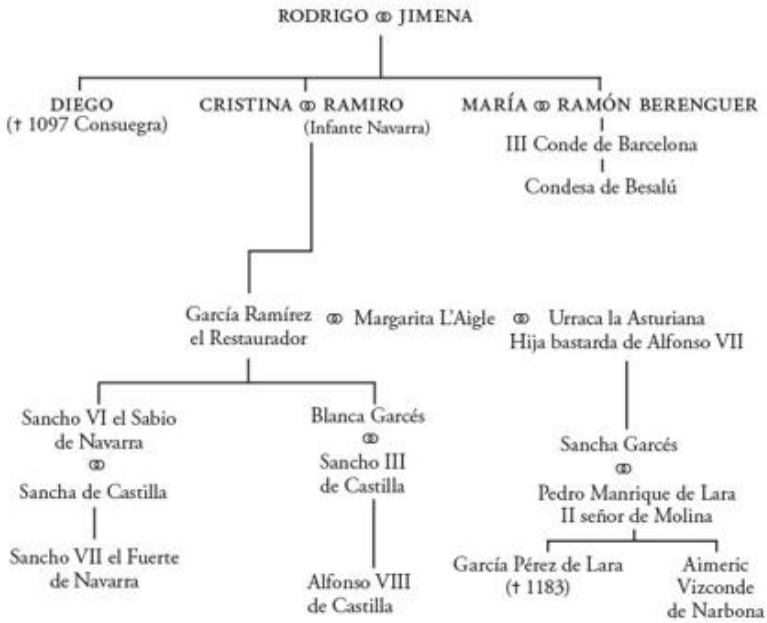
Exiliado Rodrigo, Álvar dudosamente puede acompañarle al destierro (1081), pues un año y pico después ya está mandando Zorita y en el 1084 se encuentra con el rey en el cerco definitivo a Toledo, que acabará cayendo en 1085. Él llevará escoltado a Al Qadir para entronizarlo en Valencia y ocupará toda la tierra de los Di-l-Nun hasta Cuenca, «la tierra que fue de Álvar Fáñez», dicen las crónicas. Su historia será luego una tenaz defensa, una enconada resistencia ante un enemigo muy superior, sobre todo tras su victoria de Uclés (1108), donde aguanta a duras penas, reponiéndose de derrotas y contratiempos y logra mantener, aunque con agujeros (las pérdidas de Oreja y Alcalá de Henares), la línea del Tajo, volviendo a salvar Toledo.

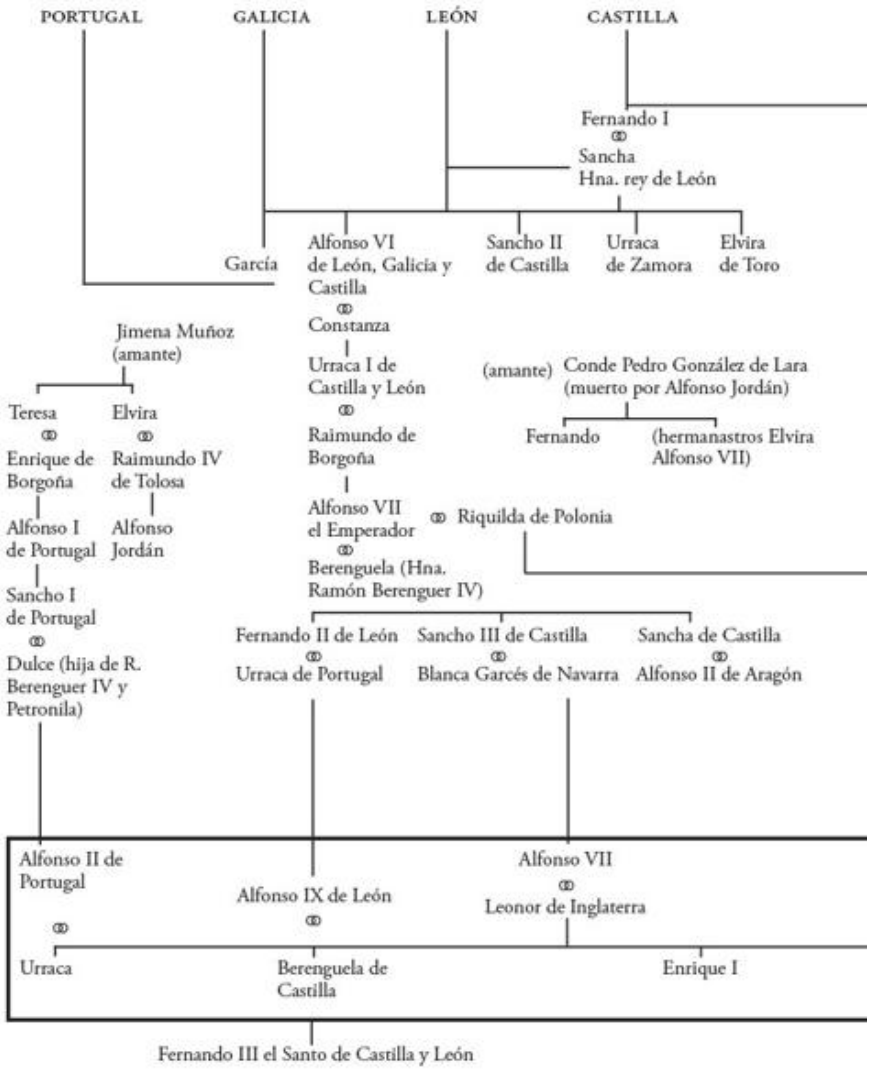
Ambos, Rodrigo y Álvar, habían sido muy firmes aliados. Ante la muerte del primero y la retirada de Jimena de Valencia (1103), Álvar acude con el rey Alfonso para evacuarla, ello va a dejarlo sin el último dique de contención y los embates van a ser cada vez peores y ya angustiosos después tras la citada derrota de Uclés. Pero resistió, aunque fuera a morir luego en 1114 ya con setenta años a manos cristianas y de los partidarios del rey aragonés Alfonso I el Batallador —casado y separado después de la hija de Alfonso VI, Urraca de León y de Castilla, a la que Álvar había jurado defender en el lecho de muerte de su padre el rey—, que pretendían apoderarse de gran parte de sus territorios.

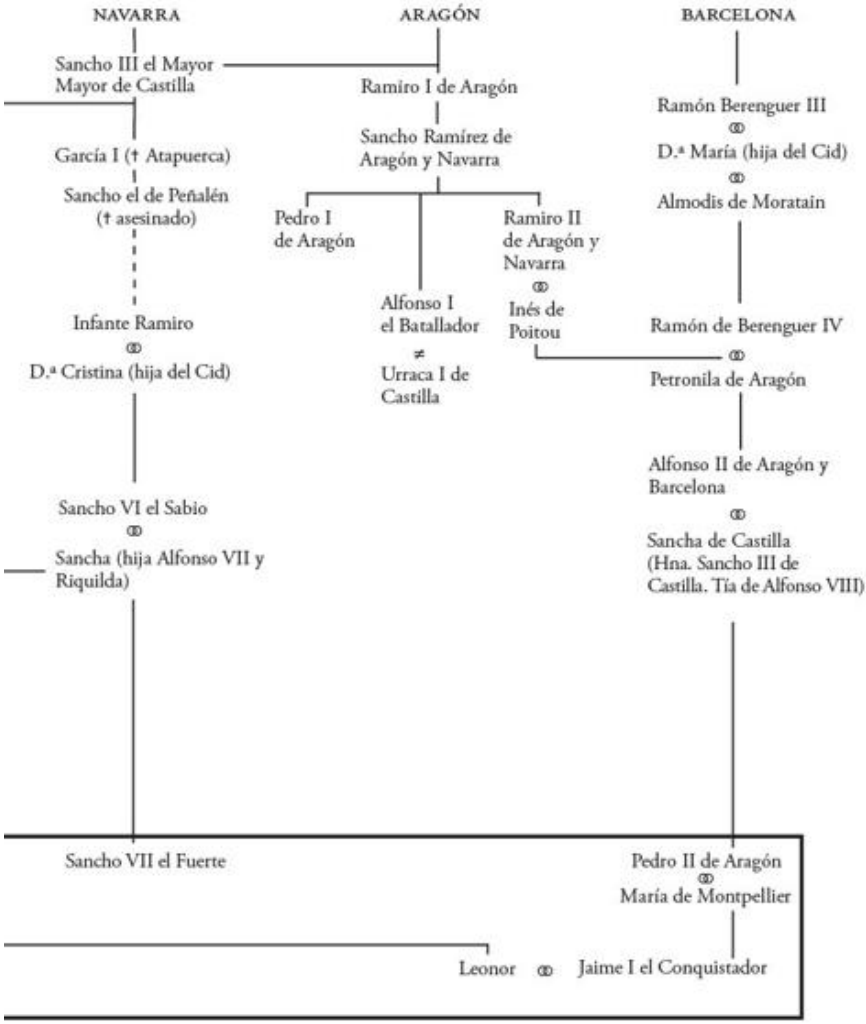
Los dos héroes, conjuntados y hermanados como tal vez lo estuvieron en la vida real, familiarmente, son, con la primacía de Rodrigo Díaz de Vivar, las enseñas de Castilla, su símbolo y su ejemplo. Y ese es el alma del Cantar.

Que en la composición final que ahora conocemos da además, y ante todo, un impresionante salto adelante, y como decía al principio de todo, un hecho fundamental en la eclosión y expansión de una lengua, que va a convertirse en universal con los siglos. Y lo es ante todo por una causa. Porque el Cantar de mio Cid es de una estremecedora belleza, de una impactante altura literaria, una monumental obra maestra, una inmensa novela versificada y un maravilloso poema. Su autor, o autores, pero desde luego uno final, es un verdadero genio, una cumbre de nuestra literatura a la altura de los más grandes.

LINAJE DEL CID



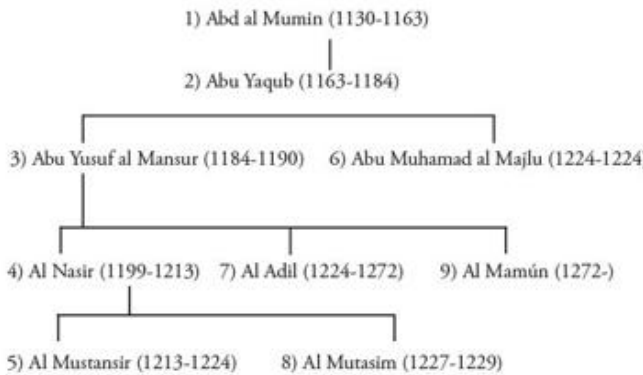

PORTUGAL
GALICIA
LEÓN
CASTILLA
Fernando I
Sancha
Hna. rey de León
García
Alfonso VI
de León, Galicia y
Castilla
Sancho II
de Castilla
Urraca
de Zamora
Elvira
de Toro
Jimena Muñoz
(amante)
Constanza
Urraca I de
Castilla y León
(amante)
Conde Pedro González de Lara
(muerto por Alfonso Jordán)
Teresa
Elvira
Enrique de
Borgoña
Raimundo IV
de Tolosa
Raimundo de
Borgoña
Fernando
(hermanastros Elvira
Alfonso VII)
Alfonso I
de Portugal
Alfonso
Jordán
Alfonso VII
el Emperador
Riquilda de Polonia
Berenguela (Hna.
Ramón Berenguer IV)
Sancho I
de Portugal
Fernando II de León
Sancho III de Castilla
Sancha de Castilla
Dulce (hija de R.
Berenguer IV y
Petronila)
Urraca de Portugal
Blanca Garcés de Navarra
Alfonso II de Aragón
Alfonso II de
Portugal
Alfonso IX de León
Alfonso VII
Leonor de Inglaterra
Urraca
Berenguela de
Castilla
Enrique I
Fernando III el Santo de Castilla y León


NAVARRA
ARAGÓN
BARCELONA
Sancho III el Mayor
Mayor de Castilla
Ramiro I de Aragón
Ramón Berenguer III
D.ª María (hija del Cid)
García I († Atapuerca)
Sancho Ramírez de
Aragón y Navarra
Almodis de Moratain
Sancho el de Peñalén
(† asesinado)
Pedro I
de Aragón
Ramiro II
de Aragón y
Navarra
Alfonso I
el Batallador
Inés de
Poitou
Infante Ramiro
Ramón de Berenguer IV
D.ª Cristina (hija del Cid)
Urraca I de
Castilla
Petronila de Aragón
Alfonso II de Aragón y
Barcelona
Sancho VI el Sabio
Sancha (hija Alfonso VII y
Riquilda)
Sancha de Castilla
(Hna. Sancho III de
Castilla. Tía de Alfonso VIII)
Sancho VII el Fuerte
Pedro II de Aragón
María de Montpellier
Leonor
Jaime I el Conquistador

ALMOHADES

El Mahdi / Ibn Tumart (fundador)

Califas



Taifas

Murcia-Valencia hasta 1172: Ibn Mardanis, el Rey Lobo
Baleares hasta 1202: Ibn Ganiya. Almorávides
Zonas de Córdoba y Jaén: Zafadola. Hudíes. Hasta su muerte en 1146

EMIRES ALMORÁVIDES

Abdalá ibn Yasin (1040-1059)

Yahya ibn Ibrahim (1048)

Yahya ibn Umar al Lamtuni (c. 1050-1056)

Abu Bakr ibn Umar (1056-1087)

Yusuf ibn Tasufín (1062-1106)

Alí ibn Yusuf (1106-1143)

Tasufín ben Alí ben Yusef (1143-1145)

Ibrahim ibn Tasufín (1145-1145)

Ishaq ben Alí ben Yusef ben Tasufín (1145-1147)

TAIFAS Y REYES PRINCIPALES

Toledo: Di-l-Nun. Bereberes. Al Mamún

Córdoba y Sevilla: Abadíes. Árabes. Al Mutamid

Zaragoza: Hudíes. Árabes. Al Muqtadir

Badajoz: Aftasíes. Bereberes. Al Mutawakil

Granada: Ziríes. Bereberes. Al Allah

Almería: Eslavos. Jairan

Cronología

REINADO DE ALFONSO VI

1065

—Fernando I, rey de León y Castilla, muere en León. En virtud de lo dispuesto en 1063 su reino se divide entre sus hijos: Sancho (Castilla), Alfonso (León) y García (Galicia).

1067

—La reina Sancha, mujer de Fernando I, muere. Tras su muerte se empieza a romper el acuerdo sucesorio entre sus hijos.

1068

—Batalla de Llantada entre los reyes Sancho II de Castilla y Alfonso VI de León. La victoria de las tropas castellanas no tiene prácticamente consecuencias.

1071

—El rey García de Galicia es depuesto por sus hermanos, que se reparten su reino.

1072

—Batalla de Golpejera entre los reyes de Castilla y León. Alfonso VI de León es hecho prisionero y Sancho II reunifica los reinos.

—Alfonso VI es enviado al destierro a Toledo tras la intercesión de su hermana la infanta Urraca y el abad Hugo de Cluny.

—Sancho II, a pesar de haber sido reconocido rey en León, ha de hacer frente a ciertos descontentos de la nobleza leonesa, entre ellos a la desobediencia de la familia Ansúrez y a la de su hermana Urraca, que se encastilla en Zamora.

—El rey Sancho II es asesinado ante los muros de Zamora.

—Alfonso VI, que ha vuelto del destierro tras la muerte de su hermano Sancho, es reconocido como rey de León, Castilla y Galicia.

1073

—El rey García de Galicia es apresado por Alfonso VI y enviado al castillo de Luna, donde vivirá prisionero hasta su muerte en 1090.

1075

—Al Mamún, rey de la taifa de Toledo, principal aliado de Alfonso VI en Al-Ándalus, muere envenenado en Córdoba.

1080

—En un concilio celebrado en Burgos, los obispos de los reinos de Alfonso VI deciden abandonar el rito visigótico-mozárabe y adoptar la liturgia romana, tal como era demandado por el papado.

—Pacto de Cuenca: Al Qadir, rey taifa de Toledo, depuesto por un sector de la población apoyado por Al Mutawakil de Badajoz, se refugia en Cuenca. Llama en su ayuda a Alfonso VI, quien a cambio de reponerlo en Toledo exige la entrega de Zorita y otros castillos del territorio toledano.

1085

—Toledo se rinde a Alfonso VI tras el pacto alcanzado con Al Qadir. Una de las condiciones del acuerdo establecía que los cristianos

apoyarían al taifa toledano a apoderarse de Valencia, reino que había pertenecido a los dominios de su abuelo Al Mamún.

1086

—Al Qadir se entroniza en Valencia con la ayuda de las tropas cristianas mandadas por Álvar Fáñez.

—Los almorávides cruzan el Estrecho y convierten Algeciras en su cabeza de puente. El emir Yusuf ibn Tasufín, en su recorrido por Al-Ándalus, va sumando a su ejército las tropas de las diferentes taifas andalusíes.

—Batalla de Zalaca/Sagrajas. Alfonso VI es herido de gravedad en una pierna. Tras la derrota, el ejército cristiano, entre cuyas tropas se encontraban los contingentes de Álvar Fáñez, que había acudido desde Valencia a la llamada del rey, se retira ordenadamente hasta Coria sin que los almorávides aprovechen su victoria.

—Bernardo de Sauvetat es nombrado arzobispo de Toledo.

1088

—Yusuf ibn Tasufín regresa a Al-Ándalus y dirige una campaña militar contra Aledo que fracasa por las rencillas entre los taifas coaligados a los almorávides. Con los socorros de la tropa cristiana al mando de Alfonso VI la fortaleza resiste.

1090

—Yusuf ibn Tasufín regresa por tercera vez a Al-Ándalus. Los almorávides deponen a los reyes taifas de Granada y Málaga, que son desterrados al Magreb.

1091

—Los almorávides toman Córdoba y ocupan Sevilla y destronan a su rey Al Mutamid, que es desterrado al Magreb.

1092

—Los partidarios valencianos de los almorávides matan a Al Qadir. La ciudad es gobernada por un consejo de notables a cuyo frente estaba el cadí Yafar ibn Yahaf, reforzado por un contingente almorávide.

1093

—Matrimonio de la infanta Urraca, hija primogénita de Alfonso VI, con Raimundo de Borgoña.

1094

—Los almorávides ocupan Badajoz y deponen a Al Mutawakil.

—El Cid toma Valencia.

1097

—El emir de los almorávides, Yusuf, pasa el Estrecho por cuarta vez para ponerse al frente de la campaña militar anual.

—Batalla de Consuegra. Alfonso VI se refugia en su castillo y es sitiado durante ocho días por los almorávides, que, al no poder tomar la fortaleza, levantan el sitio.

—Los almorávides derrotan a Álvar Fáñez en el sector de Cuenca, que mandaba esa región hasta Zorita y Santáver.

1099

—Los almorávides cercan Toledo, acampando en San Servando. En su retirada conquistan Consuegra.

—Muerte del Cid en Valencia.

—Los cruzados conquistan Jerusalén.

1100

—Matrimonio de Alfonso VI con Isabel. Algunos autores señalan que se trata de la princesa musulmana Zaida, nuera del rey de Sevilla Al Mutamid, convertida en Isabel, madre del infante heredero Sancho.

1101

—Los almorávides sitian Valencia.

1102

—Alfonso VI llega en socorro de Valencia. Tras analizar la situación de la ciudad y tantear a las tropas almorávides, ordena la evacuación de la ciudad, a la que prende fuego.

1104

—Alfonso VI toma Medinaceli tras un año de asedio.

1105

—Nace Alfonso Raimúndez, hijo de la princesa Urraca, el futuro Alfonso VII.

1106

—Muerte del emir almorávide Yusuf.

1107

—Muere el conde Raimundo de Borgoña.

1108

—Batalla de Uclés. Muere el infante heredero Sancho. Tras la derrota, Álvar Fáñez consigue guiar la retirada del grueso del ejército hacia los pasos del Tajo.

1109

—Muere Alfonso VI en Toledo.

REINADO DE URRACA I

1109

—Matrimonio de la reina Urraca, viuda, heredera de Alfonso VI, con Alfonso I de Aragón.

1110

—Alí ibn Yusuf, nuevo emir almorávide, cruza el Estrecho y concentra sus tropas en Córdoba. Tras pasar por la tierra de Álvar Fáñez destruyendo fortalezas y saqueándola, pone cerco a Toledo, en la que Álvar Fáñez «erat strenuus dux christianorum». Durante ocho días los almorávides destruyen San Servando y concentran su ataque sobre la puerta de Almoguera. Levantado el cerco, antes de regresar a Córdoba, asaltan Madrid, Olmos, Canales y Talavera rompiendo sus murallas. Guadalajara y otras ciudades resisten sin grandes daños.

—Un grupo de nobles gallegos, con el conde de Traba al frente, reclama los derechos hereditarios del infante Alfonso, hijo del primer matrimonio de la reina Urraca con Raimundo de Borgoña. Alfonso el Batallador invade Galicia y con el apoyo de las Hermandades de Lugo vence a los nobles gallegos en Monterroso.

—Los almorávides toman Zaragoza y controlan todo Al-Ándalus.

—La corte castellano-leonesa, al igual que las ciudades del reino, se divide entre los partidarios del rey de Aragón y los de anular el matrimonio de la reina por la relación de parentela entre los reyes.

—El papa amenaza con la excomunión a los cónyuges. Doña Urraca decide separarse del Batallador y se refugia en Sahagún. Alfonso I de Aragón, tras encarcelar a la reina en El Castellar, ocupa todas las plazas que habían tomado partido por la reina: Palencia, Burgos, Osma, Orense, Toledo (donde depone al arzobispo) y Sahagún (donde depone al abad).

—Los partidarios de la reina logran liberarla y se refugian en Candespina.

—Alfonso I el Batallador, con el apoyo de doña Teresa, hermanastra de la reina Urraca, y su marido Enrique, condes de Portugal (que pretendían la cesión del reino de Toledo), vence en Candespina a los partidarios de la reina, encabezados por los condes Gómez González y Pedro González de Lara.

1111

—Alfonso I de Aragón es aclamado en Toledo a su llegada a la ciudad, en la que se documenta una breve estancia del monarca.

—Álvar Fáñez recupera Cuenca del poder de los almorávides.

—La nobleza gallega y el arzobispo de Santiago, Gelmírez, proclaman rey de Galicia al hijo de la reina, Alfonso VII. La aceptación de este hecho por parte de doña Urraca supone una nueva ruptura con el Batallador.

1112-1113

—Período de enfrentamientos y acuerdos entre los partidarios de la reina Urraca, del marido de la reina, Alfonso I de Aragón, y del hijo de la reina, el futuro Alfonso VII.

—Mazdali, nombrado por el emir almorávide gobernador de Córdoba, Granada y Almería, realiza una devastadora campaña en el valle del Henares. Cerca Guadalajara y asola toda la comarca antes de volver a Córdoba con abundante botín.

—En el verano de 1113, Mazdali toma el castillo de Oreja y cerca a Álvar Fáñez en el castillo de Montesant, que resistió.

1114

—Álvar Fáñez muere («después de las octavas de Pascua mayor») en un enfrentamiento con las milicias concejiles de Segovia, ciudad partidaria de Alfonso I de Aragón, defendiendo el reino a favor de la reina Urraca.

—Atendiendo a la consanguineidad de los monarcas, el matrimonio de doña Urraca y Alfonso el Batallador es declarado nulo en un concilio celebrado en Palencia.

1115-1117

—Los partidarios de la reina Urraca y los de su hijo, el futuro Alfonso VII, mantuvieron posturas de colaboración en diversas ocasiones, que se mantendrán a lo largo de los años siguientes hasta el final del reinado de doña Urraca.

—Escasez de abastecimiento en Toledo, cuyo territorio sigue sufriendo la presión almorávide.

1118

—Alfonso I el Batallador conquista a los almorávides el reino de Zaragoza.

—El arzobispo de Toledo, don Bernardo, conquista Alcalá.

—Alfonso VII confirma fueros a Toledo.

1119-1120

—Doña Urraca da a Fernando García las villas de Hita y Uceda con los mismos términos que habían tenido en tiempos de Alfonso VI.

—Ese mismo año, Fernando García de Hita otorga carta de arras que incluye a las dos poblaciones a favor de su mujer, Estefanía, nieta de Pedro Ansúrez (hija de Armengol V de Urgel y María Pérez).

—Alfonso I el Batallador repuebla Soria y la vincula a la diócesis de Tarazona.

1121

—Inicio del movimiento almohade en el norte de África con la sublevación de Mahdi ibn Tumart.

—Bernardo de Agén, chantre de la catedral de Toledo, es consagrado como obispo de Sigüenza. Con la restauración de esta diócesis, el arzobispo de Toledo y los partidarios de la reina doña Urraca y del infante Alfonso tratan de contener la expansión política y eclesiástica de Alfonso I de Aragón, que el año anterior había conquistado Calatayud y había promovido la restauración de la diócesis de Tarazona.

1124

—La reina doña Urraca, considerando la pobreza de la catedral seguntina, «destruida y asolada» durante más de cuatrocientos años, concede a la misma la décima parte del portazgo de Atienza y Medinaceli.

—Pascual Acebo, Juan Sabello y otros vecinos de la comarca describen los límites de los términos de Zorita y Almoguera según eran en tiempos de Álvar Fáñez.

1126

—Muere la reina doña Urraca en el castillo de Saldaña.

—Campaña de Alfonso I contra Granada y Córdoba.

REINADO DE ALFONSO VII EL EMPERADOR

1126

—Alfonso VII, que estaba en Sahagún a la muerte de su madre la reina Urraca, marcha a León, donde es coronado por el obispo don Diego. Allí acuden diversos miembros de la alta nobleza, como los condes Suero Vermúdez y Rodrigo Martínez para presentarle su adhesión junto a otros nobles leoneses y asturianos. Desde la vieja capital del reino, marcha a Zamora, donde acudirán algunos magnates gallegos, encabezados por el conde Pedro de Traba, su viejo ayo, y el arzobispo Gelmírez. El recorrido del nuevo rey continuó por buena parte del territorio del reino: Salamanca, Cea, Saldaña…, recibiendo el respaldo de la mayor parte de las autoridades locales y de muchos señores de la tierra.

1127

—Alfonso I de Aragón, para tratar de frenar los movimientos de su hijastro, que empezaba a ser reconocido rey en Castilla, entra en territorio castellano con un fuerte ejército. El movimiento del monarca aragonés aceleró las adhesiones castellanas al nuevo rey leonés, lo que le permitirá la ocupación de Burgos y su reconocimiento por los concejos de la Tierra de Campos.

—Pacto de Támara. Las tropas de ambos contendientes se encuentran en el valle de Támara y para evitar un enfrentamiento abierto se negoció un acuerdo por el que Castilla y León volvían a los límites anteriores a la batalla de Atapuerca en 1054. En él se reconocía la soberanía de Alfonso I sobre Vizcaya, Álava, Guipúzcoa, Belorado, la Bureba, Soria, San Esteban de Gormaz y La Rioja. Por su parte, Alfonso I el Batallador renunciaba al título de emperador y cedía algunas plazas fronterizas: Frías, Pancorbo, Briviesca, Villafranca de Montes de Oca, Burgos, Santiuste, Sigüenza y Medinaceli.

1128

—Matrimonio de Alfonso VII con Berenguela, hija del conde de Barcelona Ramón Berenguer III.

—Alfonso I el Batallador, para asegurar la frontera frente a Castilla, promueve la repoblación de Almazán y conquista Molina a los almorávides.

—Alfonso Enríquez, hijo de doña Teresa, condesa de Portugal, comienza a desplazar en territorio portugués a su madre y a su amante

y consejero, el conde Fernando Pérez de Traba, que se ven obligados a refugiarse en Galicia. Aunque Alfonso VII sometió a su primo, cercándolo en Guimaraes, se iniciaba así el proceso de la independencia de Portugal.

—El gobernador almorávide de Granada Umar ibn Yusuf ataca las tierras de Toledo.

1129

—Alfonso VII da a la catedral y al arzobispo de Toledo «el castro que ahora se llama Alcalá, antiguamente Compluto».

—Alfonso I el Batallador ataca Medinaceli y Morón, que son socorridas por Alfonso VII desde Atienza. El conde Pedro González de Lara vuelve a negar la ayuda a Alfonso VII.

1130

—El conde Pedro González de Lara es encarcelado y despojado de sus dominios, marchando al exilio a Bayona, donde muere. Su hermano, el conde Rodrigo González, se somete a Alfonso VII y es nombrado alcaide de Toledo.

—Alí ibn Yusuf, emir almorávide, realiza una incursión contra Toledo y destruye el castillo de Aceca.

—Muere Mahdi ibn Tumart.

—Proclamación de Abd al Mumin. Los almohades empiezan a controlar casi todo el norte de África.

1131

—El caudillo andalusí Zafadola, heredero de los Ibn Hud, últimos reyes taifas de Zaragoza, se hace vasallo de Alfonso VII. Con el acuerdo de vasallaje, por el que Zafadola entregó la fortaleza de Rueda al rey cristiano recibiendo a cambio posesiones en el reino de Toledo, Alfonso VII trataba de promover la creación de un Al-Ándalus gobernado por su vasallo, tributario de la monarquía castellano-leonesa y opuesto a los almorávides.

1132

—Los almorávides, en una nueva incursión en territorio toledano, matan a los alcaides de Escalona, Domingo y Diego Álvarez, y al de Hita, Fernando Fernández.

1133

—Nace el infante Sancho, futuro Sancho III de Castilla.

—Alfonso VII concede fuero a Guadalajara, señalando los límites de su alfoz.

1134

—Desastre de Fraga. Muerte de Alfonso el Batallador. Separación de los reinos de Aragón y Navarra. Ramiro II el Monje es elegido rey de Aragón, y García Ramírez, de Navarra. Alfonso VII ocupa La Rioja y Zaragoza.

1135

—Alfonso VII es proclamado emperador en León por el obispo Arriano ante Guido de Vico, legado papal de Inocencio II. Así llamado como sobrenombre el Emperador, recibe el vasallaje de prácticamente todos los reyes y nobles cristianos peninsulares, a excepción de Alfonso Enríquez de Portugal.

—Durante la coronación imperial de Alfonso VII, los obispos de Sigüenza y Tarazona llegan a una concordia sobre los límites de sus diócesis, quedando Calatayud para el primero y Daroca para el segundo. El silencio de Molina parece indicar que esta ciudad había sido abandonada tras la muerte de Alfonso I el Batallador.

—Alfonso VII otorga nuevo privilegio dando a la Iglesia de Sigüenza el diezmo de las rentas reales en Medinaceli.

—El conde Rodrigo González de Lara, al casar con la viuda de Fernando García de Hita, aporta en dote la heredad de Huérmeces, en

término de Atienza.

—El arzobispo de Toledo don Raimundo otorga fuero a Alcalá, en el que se fija que los moradores del castillo pagasen la mitad que los de la villa.

—García Ramírez, rey de Navarra, se declara vasallo de Alfonso VII de León y Castilla, quien le entrega Zaragoza.

1136

—Alfonso VII entrega Zaragoza a Ramiro II de Aragón, y García Ramírez, rey de Navarra, se alía con Alfonso Enríquez de Portugal contra el Emperador. Diversos territorios gallegos, portugueses, navarros y castellanos se convierten en escenario de operaciones bélicas durante varios años.

—Motín en Santiago de Compostela, que está a punto de costarle la vida al arzobispo Diego Gelmírez.

—Concilio de Burgos en el que se trata de poner fin a los conflictos sobre los límites de las diócesis de Burgos, Osma, Tarazona y Sigüenza, para cuya solución se sigue el documento llamado la Hitación de Wamba. Dicho documento en realidad no tenía nada que ver con la geografía diocesana del antiguo reino visigodo (sobre la que en teoría se restauraban las diócesis nuevamente instauradas según avanzaba la ocupación cristiana), sino que se trataba de una carta apócrifa del mismo siglo XII, que se ajustaba bien a los intereses del triunfante Alfonso VII y sus colaboradores eclesiásticos.

—El conde Manrique Pérez de Lara, muy interesado en el sector de Atienza y Medinaceli, se dirigió a las ruinas de Molina, que ocupó, acometiendo la reconstrucción de sus defensas y su repoblación.

1137

—Nace el infante Fernando, el futuro Fernando II de León.

1138

—Campaña de Alfonso VII por tierras de Jaén y Coria en la que muere

el conde Rodrigo Martínez. Los almorávides toman el castillo de Mora, por lo que Alfonso VII manda construir el castillo de Peña Negra. Algaras del frontero Munio Alfonso en territorio musulmán.

—Alfonso VII otorga al obispo de Sigüenza don Bernardo «el lugar en que está construida la citada iglesia seguntina», con licencia para hacer una puebla en la que pueda instalar cien casados con sus familias y bienes, con facultad para labrar las tierras incultas que estaban desiertas.

—Alfonso VII adjudica al cabildo catedralicio de Toledo las tercias diezmales de Beleña y Cogolludo.

1139

—Toma de Oreja por Alfonso VII.

—Alfonso VII concede a la iglesia de Sigüenza los diezmos de las rentas reales de Atienza, Castejón, Medinaceli y Molina.

—Victoria de Alfonso Enríquez de Portugal sobre los almorávides en Ourique, tras la que comienza a intitularse como rey.

1140

—Guerra abierta entre Alfonso VII y Alfonso Enríquez de Portugal que termina con los acuerdos de Valdevez, en los que se pacta una tregua por tres años.

—Alfonso VII dona la villa de Talamanca a la condesa doña Urraca Fernández, hija de Fernando García de Hita. La villa volvería a la corona en 1148.

—Alfonso VII, además de confirmar el señorío de la iglesia seguntina sobre los cien primeros pobladores de la ciudad de Sigüenza, amplía el señorío episcopal con otros cien pobladores, con facultad para roturar y cultivar las tierras que hubiere incultas y abandonadas desde los tiempos de su abuelo Alfonso VI, que adquirió la comarca.

—El obispo de Sigüenza llega a un acuerdo con el concejo de Medinaceli, que incluye en lo relativo «a la población de Santa María de Sigüenza» que pudiera aumentar con otros cuarenta vecinos con

sus heredades (diez de Sigüenza de Suso y treinta de Medinaceli); y que los «albarranes» carentes de heredad podrán ir a poblar cuantos quisiesen.

—Esponsales del infante Sancho (III) con Blanca de Navarra.

1142

—Alfonso VII toma Coria.

1143

—Muere el emir almorávide Alí.

—El nuevo emir, Tasufín, nombra a Avengania jefe supremo de Al-Ándalus.

—Incursión de Munio Alfonso, alcaide de Toledo, al territorio de Córdoba. En la campaña derrota a los gobernadores de Córdoba, Avenceta, y Sevilla, Azuel, que mueren en el combate.

—Nueva campaña de Alfonso VII contra territorios de Córdoba, Sevilla y Carmona. El Emperador deja a Munio Alfonso y a Martín Fernández, alcaide de Hita, en retaguardia, en Peña Negra, que son atacados por Farax, el adalid musulmán de Calatrava. Muerte de Munio Alfonso.

—Independencia del reino de Portugal, tras unas negociaciones presididas por el cardenal-legado papal Guido en Zamora.

1144

—García Ramírez casa con Urraca, hija de Alfonso VII.

—Campaña de Alfonso VII por un amplio territorio de Al-Ándalus con resultado muy positivo para el Emperador, al producirse una rebelión generalizada de los líderes andalusíes contra los almorávides.

—Don Bernardo, obispo de Sigüenza, en el documento de dotación del cabildo de su iglesia, tras recalcar que encontró destruida la iglesia de Sigüenza y cómo la había reedificado con doble muro y torres contra el peligro de los enemigos, le asigna, entre otras cosas, la mitad de las

rentas de los «habitantes que habían bajado del castillo a poblar la antiquísima ciudad de Santa María, poco poblada hasta el presente».

1144-1145

—La disgregación del poder almorávide en la Península da lugar al segundo período de taifas en el que en un principio tiene una importancia fundamental Zafadola, que, tras impulsar la sublevación de numerosas plazas, consigue expulsar a Avengania de Córdoba.

—Tasufín perece en Marruecos tratando de frenar el avance almohade.

—Desembarco en la Península de las primeras tropas almohades respondiendo a la petición de auxilio de Ibn Qasi, cabecilla espiritual y político del Algarve.

1146

—Muere Zafadola en una campaña muy confusa contra los almorávides desarrollada en las tierras de Baeza, Úbeda y Jaén a manos de los «caballeros pardos», que en principio habían acudido en su ayuda al mando de los condes Ponce de Cabrera, Armengol de Urgel y Manrique de Lara.

—Campaña de Alfonso VII contra Córdoba controlada por el gobernador almorávide Avengania, quien termina por entregar la plaza y entrar al servicio del Emperador.

—Toma de Calatrava.

—Alfonso VII, a cambio de Caracena y Alcubilla, da al obispo de Sigüenza las salinas del vado en las de Santiuste y «Sigüenza de arriba con su castillo y pertenencias». Concede también que sus vecinos puedan seguir labrando y pastando en término de Medinaceli como antes, cuando eran vecinos de esta, y que siguieran con el mismo fuero. Ordena que Sigüenza de Arriba y Sigüenza de Abajo constituyan una misma villa y un solo concejo, del que el obispo sería su señor.

1147

—El hispanomusulmán Ibn Mardanis, el Rey Lobo de las crónicas

cristianas, y su suegro Ibn Hamusk controlan la zona del Levante desde Cuenca hasta Valencia y Murcia.

—Los almohades toman Sevilla.

—Conquista de Almería por Alfonso VII el Emperador.

1148

—El conde Manrique Pérez de Lara concede fuero a Molina.

1149

—Entrevista en Zorita de Alfonso VII el Emperador con el Rey Lobo, Ibn Mardanis, de Murcia y con el rey de Valencia Ibn Hamusk para afianzar su alianza contra los almohades. En el transcurso de esta, Alfonso VII exime a los moradores del castillo de Almoguera del pago de numerosos impuestos, entre ellos el de posta, fonsadera y martiniega, para resarcirles de los daños sufridos por la población frente a los almorávides.

—Muere la reina Berenguela, esposa de Alfonso VII.

—Alfonso VII vende al Concejo de Atienza los castillos de Castejón de Suso y Castejón de Yuso, sitos junto al Henares.

—Los almohades se apoderan de Córdoba.

1150

—Los almohades toman Badajoz.

—Campaña de Alfonso VII contra Córdoba con la colaboración de García Ramírez de Navarra.

—Muere García Ramírez de Navarra. Le sucede Sancho VI el Sabio.

1151

—La mayor parte de los reyes del occidente de Al-Ándalus (Béjar y Évora, Niebla, Jérez y Ronda y Tavira) se someten a los almohades.

—Tratado de Tudején: Alfonso VII y Ramón Berenguer IV se reparten las futuras zonas de reconquista.

—Matrimonio del infante Sancho, hijo primogénito de Alfonso VII, con doña Blanca, hermana de Sancho VI de Navarra. Matrimonio del monarca navarro con doña Sancha, hija de Alfonso VII.

1155

—Nace en Soria el infante Alfonso, que heredará el reino de Castilla tras la muerte de su padre Sancho III con el nombre de Alfonso VIII.

—Alfonso VII determina la división de los reinos de Castilla y León entre sus hijos varones Sancho y Fernando en un concilio celebrado en Valladolid.

1156-1157

—Toma de Granada por los almohades.

—Campaña de Alfonso VII para socorrer a Almería, en la que solo cuenta con la colaboración del Rey Lobo.

—Alfonso VII cambia con el Rey Lobo Alicún, cerca de Baza, por Uclés.

—Reconquista de Almería por los almohades.

—Muere Alfonso VII el Emperador. Los reinos de Castilla y León se dividen entre sus hijos Sancho III y Fernando II.

REINADO DE SANCHO III

1157

—Sancho VI de Navarra se declara vasallo de su cuñado Sancho III de

Castilla.

1158

—Nace la orden militar de Calatrava. Los templarios, que tenían encomendada la defensa de dicha fortaleza desde que en 1147 se la entregara Alfonso VII, rehusaron a ella. Ante esta situación, Sancho III entregó la tenencia y el señorío de Calatrava al abad de Fitero, Raimundo, y al caballero Diego Velázquez, que fundaron la nueva orden.

—Acuerdo de Serón de Nágima entre Sancho III y Ramón Berenguer IV, por el que el rey de Castilla renunció al título de rey de Zaragoza, así como a la soberanía sobre Calatayud y otras villas, a cambio de que el conde catalán y soberano aragonés y sus sucesores rindieran homenaje a los reyes de Castilla.

—Muere en Toledo Sancho III de Castilla.

REINADO DE ALFONSO VIII

1158

—A la muerte de Sancho III, siguiendo las instrucciones del testamento del monarca, se designa tutor del rey niño (que solo contaba con tres años) a Gutierre Fernández de Castro y regente del reino a Manrique Pérez de Lara en un intento de equilibrar el reino entre las dos familias nobiliarias más poderosas. La solución dura pocos meses, pues los Lara, tras presionar al anciano conde Gutierre González de Castro, al que prometen que obedecerán como jefe, consiguen apoderarse de la persona del rey, al que trasladan a Haza, dentro de su zona de influencia.

1159

—La inestabilidad dentro de Castilla motivada por el enfrentamiento entre los Lara y los Castro es aprovechada por el rey navarro, Sancho VI, que se apodera de Logroño y una gran parte de La Rioja. Fernando

II de León ocupa por su parte la ciudad de Burgos.

—El Rey Lobo, Ibn Mardanis, con la colaboración de un importante contingente de caballeros y peones cristianos, sitia y ocupa Jaén, Úbeda, Baeza, Écija y Carmona. Incluso intenta sitiar Sevilla.

1160

—Los Castro, dirigidos por Fernando Rodríguez de Castro, derrotan a los Lara en Lobregal.

—El califa almohade Abd al Mumin pasa a la Península. Derrota a los castellanos en tierras de Badajoz. Obliga al Rey Lobo a levantar el cerco de Córdoba y le arrebata Carmona.

—Los Lara, que custodiaban al rey niño, lo trasladan a Soria para alejarlo de la frontera con León.

1161

—El califa almohade regresa a Marruecos, circunstancia que es aprovechada por Ibn Hamusk, suegro del Rey Lobo, con ayuda de un ejército castellano mandado por Álvar Rodríguez, nieto de Álvar Fáñez, para apoderarse de Granada, aunque la guarnición almohade aguanta en la alcazaba.

1162

—Alfonso II, rey de Aragón.

—Fernando II de León, que con el apoyo de los Castro controlaba ya buena parte del reino de Castilla, ocupa Toledo, al frente de la que pone a Fernando Rodríguez de Castro.

—Los almohades, con importantes refuerzos llegados desde Marruecos, se dirigen a Granada con un ejército de más de veinte mil combatientes. La plaza cae en su poder a pesar de que el Rey Lobo acudió en ayuda de los sitiados con una importante hueste mixta de musulmanes y cristianos. En el combate muere Álvar Rodríguez, nieto de Álvar Fáñez, apodado por los musulmanes el Calvo.

1163

—Los Lara, acosados por el rey de León y sus partidarios en Castilla, pactan la entrega de Alfonso VIII a su tío.

—Pedro Núñez de Fuentearmegil, caballero emparentado con los Lara, huye desde Soria con el rey niño, poniéndolo bajo la protección de las villas leales, llevándolo primero a San Esteban de Gormaz y más tarde a Atienza. Estos sucesos dan origen a la tradición de la Caballada, popular celebración el día de Pentecostés que rememora la huida del rey niño escondido bajo la capa de un arriero de la villa desde Atienza hasta Ávila, que según la tradición desde entonces recibe el título honorífico de Ávila del Rey o Ávila de los Leales. Ningún documento histórico o crónica cercana a los hechos menciona este episodio.

—Abu Yaqub, nuevo califa almohade.

1164

—Batalla de Huete. El conde Fernando Rodríguez de Castro derrota a los partidarios de los Lara. El regente de Castilla, el conde Manrique Pérez de Lara, muere en la batalla. Su hermano, el conde Nuño Pérez de Lara, pasa a liderar su familia.

1166

—Alfonso VIII da al monasterio de San Salvador de Atienza cierta cantidad de sal de las salinas de dicha población.

—Muere el conde Gutierre Fernández de Castro.

—Don Nuño Pérez de Lara recupera Toledo.

1169

—Cerco de Zorita. Tras ocupar la villa el ejército real, se entablan negociaciones con el alcaide de la fortaleza, Lope de Arenas, partidario de los Castro, en el transcurso de las que retiene como prisioneros en el castillo a los condes Nuño Pérez de Lara y Ponce de

Minerva. Tras casi dos semanas de asedio, los encastillados se rinden y los condes son liberados.

—Los almohades, enterados del enfrentamiento entre el Rey Lobo y su suegro Ibn Hamusk, que combatían por Jaén, marchan hacia Córdoba, donde reciben la sumisión de Ibrahim ibn Hamusk.

—Ibn Mardanis aguanta a los almohades en Valencia y Murcia.

—Alfonso VIII alcanza la mayoría de edad al comenzar su decimoquinto año de vida, tal como había establecido su padre Sancho III en su testamento.

1170

—Tratado de Sahagún entre Castilla y Aragón. Alfonso VIII y Alfonso II de Aragón acuerdan una paz perpetua y un pacto de alianza mutua contra cualquier enemigo, excepto Enrique II de Inglaterra, que era tutor de Alfonso II y padre de Leonor, futura esposa de Alfonso VIII.

—Alfonso II de Aragón, ante la toma de Valencia por los almohades, conquista Teruel y su comarca.

1171

—El califa almohade, Abu Yaqub, pasa a la Península.

1172

—Muere Ibn Mardanis, el Rey Lobo, cercado en Murcia por los almohades. Su hermano y sus hijos se someten a los almohades que controlan toda la España musulmana.

—Los almohades cercan y asedian Huete, que resiste defendida por don Pedro Manrique de Lara.

1173

—Tregua de Castilla con los almohades.

1174

—Alfonso VIII da a la Orden de Santiago la villa y el castillo de Uclés.

—Alfonso VIII dona a la Orden de Calatrava el castillo de Zorita.

1175

—Alfonso VIII dona a la Orden de Calatrava el castillo y la villa de Almoguera.

1176

—El califa Abu Yaqub regresa a Marruecos.

—Cerco de Cuenca.

—Inicio de la construcción de la Gran Mezquita de Sevilla, cuyas obras durarán hasta 1198.

1177

—Muere en el sitio de Cuenca don Nuño Pérez de Lara, exregente de Castilla.

—Alfonso VIII de Castilla, tras casi un año de cerco, conquista Cuenca.

1179

—Tratado de Cazola: nuevo reparto entre Alfonso VIII de Castilla y Alfonso II de Aragón de las zonas de reconquista futura.

—Sancho VI el Sabio, rey de Navarra, hace renuncia definitiva a favor de Alfonso VIII de Castilla de La Rioja.

1179-1180

—Nace la infanta doña Berenguela, futura reina de León y Castilla.

1184

—Segunda venida a la Península del califa Abu Yaqub. Expedición almohade contra Santarem.

—Conquista de Alarcón.

—Muere el califa Abu Yaqub Yusuf.

1185

—Sancho I, rey de Portugal.

—Muere el conde don Fernando Rodríguez de Castro.

1188

—Alfonso IX, rey de León.

—Primera reunión de las Cortes en León, cuna y antecedente del parlamentarismo europeo.

1190

—Pasa a la Península el nuevo califa almohade Abu Yusuf.

1191

—Alianza de León, Aragón y Portugal contra Castilla.

—Tregua entre Castilla y los almohades.

1194

—Muere Sancho el Sabio de Navarra. Le sucede su hijo Sancho VII el Fuerte.

—Pedro Fernández de Castro pasa a Marruecos al servicio de los almohades.

1195

—Nuevo viaje del califa almohade Abu Yusuf a la Península para preparar una gran campaña contra Castilla.

—Derrota castellana en Alarcos, tras la que se pierde gran parte de La Mancha.

—Tras la derrota, Alfonso IX de León solicita la devolución de ciertos castillos, lo que avivará las hostilidades entre los dos reinos.

1196

—Campaña almohade al frente del califa en la que, tras tomar Montánchez, Santa Cruz, Trujillo y Plasencia, saquearon las tierras de Talavera, Santa Olalla, Maqueda y Toledo. La campaña se hizo coincidir con una incursión leonesa con ayuda de tropas almohades y de Pedro Fernández de Castro en Tierra de Campos.

—Pedro II, rey de Aragón.

—Alfonso VIII recupera Plasencia.

1197

—Campaña almohade contra Talavera, Maqueda, Toledo, Madrid, Guadalajara, Oreja, Uclés, Huete y Cuenca.

—Tregua entre Castilla y los almohades.

—Acuerdo en Castilla y León. Matrimonio de la infanta doña Berenguela con Alfonso IX de León.

1198

—El califa almohade Abu Yusuf regresa a Marruecos.

—Tratado de Calatayud entre Castilla y Aragón.

1199

—*Primera lectura, en el monasterio de Santa María de Huerta, en presencia de Alfonso VIII, del Cantar de mio Cid.*

—Muere el califa almohade Abu Yusuf.

1200

—Incorporación de Guipúzcoa y de Vitoria a la corona de Castilla.

1201

—Nace el infante don Fernando, el futuro Fernando III de Castilla y León, hijo de doña Berenguela y Alfonso IX de León.

1202

—Muere el conde Pedro Manrique de Lara. Es enterrado en el monasterio de Santa María de Huerta.

1204

—Nace el infante Enrique, el futuro Enrique I de Castilla.

1211

—Alfonso II, rey de Portugal.

—El nuevo califa almohade Abu Abdalá al Nasir pasa a la Península y

al frente de un gran ejército toma Salvatierra.

—Muere en Madrid el infante don Fernando, heredero del rey Alfonso VIII.

—Alfonso VIII, con las milicias concejiles de Madrid, Guadalajara, Cuenca, Huete, Uclés y algunos «ricos omes», lanza una campaña hacia las tierras del Júcar en la que toma Jorquera y Alcalá del Júcar.

1212

—Batalla de las Navas de Tolosa. Alfonso VIII y sus aliados derrotan a los almohades.

—Tratado de Coímbra entre Castilla y León.

1213

—El califa almohade Al Nasir regresa a Marruecos.

—Conquista de Alcaraz.

—Muere Al Nasir.

1214

—Octubre. El día 5 muere Alfonso VIII. Le sucede su hijo Enrique I de Castilla, quedando como regente su madre, la reina Leonor, que muere el día 31. Queda como regente la infanta doña Berenguela, la hermana mayor del rey Enrique I.

Notas

pegar

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

www.harpercollinsiberica.com